ALBERTO M. CALIANI

LA CONSPIRACIÓN DEL REY MUERTO

"En *La Conspiración del Rey Muerto*, Alberto M. Caliani recrea un mundo vívido, repleto de profundidad, marco de una historia apasionante que no querrás dejar de leer hasta la última página."

Juan Gómez-Jurado

LA CONSPIRACIÓN DEL REY MUERTO

Alberto Caliani

«Cuando tuvieran por cierto Perdida toda esperanza Portugal tendrá bonanza

Con la venida del Encubierto».

Antonio Gonçalves Annes Bandarra, escritor y profeta, 1500-1556

NOTA DEL AUTOR

Parece que fue ayer cuando mi amigo José Miguel Recio me comentó que tenía una idea para una novela histórica basada en la leyenda del rey Sebastián de Portugal. Quedamos un día en casa y me trajo los primeros folios del manuscrito. Al empezar a leerlos, vi tal exceso de información, de fechas, de datos, de linajes… en definitiva, de detalles superfluos fruto de una exhaustiva documentación, que aparté los papeles y le pregunté, a bocajarro, si quería escribir un libro de texto o una novela. Me respondió que una novela y le dije que, tal y como veía aquello, sería complicado enganchar a un gran sector del público con algo así. Entonces le pedí que me contara la historia que bullía en su cabeza, y eso hizo.

Me habló de algunos de los personajes, de un arcabucero llamado Alonso Teixeira que asistió a Sebastián de Portugal en la Batalla de Alcazarquivir (también conocida como la Batalla de los Tres Reyes); me habló de la vida castrense en la Ceuta portuguesa, siempre alerta a

los ataques bereberes y azotada por la peste; de un amigo irlandés del protagonista, que se convierte en su sombra; de su relación con una vieja mora —en aquella época, este término no tenía ninguna connotación despectiva— y de un mercader judío en una hermosa historia de convivencia entre tres culturas distintas; me explicó quiénes eran los sebastianistas, las profecías de Bandarra, los agentes de Felipe II… Aquello me fascinó tanto que le propuse escribir yo la novela junto con él.

Ese día, allá por 2011, comenzó a forjarse La conspiración del rey muerto.

Me inundó de documentación, que luego completé a base de investigaciones propias y viajes a algunos de los escenarios donde se desarrolla la novela. Filtré mucha información y descarté muchas de las subtramas que José Miguel Recio me proponía porque, si llego a hacerle caso, sería algo parecido a los Episodios Nacionales de don Benito Pérez-Galdós. Intenté que los datos históricos aparecieran durante conversaciones o descripciones de pasada para no atosigar al lector ni distraerlo de la trama. Traté de mezclar los personajes históricos con los ficticios y darles una personalidad propia a los primeros, a veces tomándome ciertas licencias, ya que no olvidemos que esto es una novela. Así mismo, tras mucho discutir entre nosotros, decidimos darle voces algo más modernas a los personajes, que sin parecer completamente actuales tampoco se prodigan en diálogos cargados de excesiva retórica, propios de tiempos pasados. Mientras que José Miguel cuidaba el rigor histórico para que yo no sacara los pies del tiesto, traté de recrear la historia de forma que los lectores no tuvieran problemas a la hora de seguirla, en una fórmula que ya me funcionó muy bien en El secreto de Boca Ver de: meter al lector dentro del libro, hacerle que sea uno más de este grupo de aventureros.

A pesar de que el resultado final dista bastante del planteamiento original de José Miguel Recio, he de reconocer que él es el padre de la idea, quien me facilitó el escenario y las piezas para que montara mi obra de teatro, y eso hice con su generosidad y beneplácito. La conspiración del rey muerto es de los dos, es nuestra obra conjunta.

Por último, compartiré con vosotros una pregunta que mis allegados me formulaban a menudo: «¿Pero qué haces escribiendo una novela histórica, si ni siquiera eres lector de ese género?

¡Pero si tú siempre dices que escribes para entretener!». Mi respuesta fue inmediata desde la primera vez: «Quiero conseguir un reto:

escribir una novela histórica que no defraude a los amantes del género y que enganche como la heroína a quienes jamás han leído una».

¿Lo he conseguido? Vosotros, lectores, tenéis la última palabra.

Alberto Caliani

CAPÍTULO I

EL SOL MADRUGÓ LA MAÑANA del 28 de julio de 1578. Desde horas muy tempranas, su calor asfixiante recibió a la flota portuguesa frente a las costas de Arcila. Aún faltaba para el mediodía, pero el astro rey brillaba con tanta fuerza que los frailes que viajaban a bordo de los barcos lusos rezaron el ángelus a las diez de la mañana.

Apoyado en la borda de la carabela que le había traído de Lisboa al norte de África, Alonso Teixeira contempló el ir y venir de barcazas de las que desembarcaban a toda prisa hombres, bestias y provisiones. La actividad en el puerto era frenética. Una vez descargadas las barcazas, estas regresaban a los barcos a por más. En algún momento nos llegará el turno a nosotros, pensó.

La ciudad norteafricana de Arcila había sido tomada en 1471 por los portugueses, quienes la transformaron en un fuerte de inexpugnables murallas plagadas de cañones que vigilaban el mar con celo. Siendo paso obligado de la ruta del oro sahariano, la plaza se mantuvo próspera y cosmopolita, por lo que sus habitantes aceptaron con gusto su nueva bandera. Ahora, un siglo después de su conquista, Arcila recibía en sus muelles a una fuerza invasora sin precedentes.

—¡Soldados, no os durmáis! ¡No tardaremos mucho en desembarcar!

Quien así habló fue Ferrante Avalos, el cabo al mando de la escuadra de arcabuceros a la que había sido destinado Alonso. Ferrante era un combatiente veterano, de mandíbula cuadrada,patillas hirsutas y cejas espesas. Sus treinta años parecían cuarenta, como si el ejército le hubiera arrebatado la juventud a mordiscos. Era un soldado ejemplar, con carisma suficiente para que su sargento y alférez consultaran con

él muchas de las decisiones a tomar. A pesar de tratar a sus hombres como un padre o un amigo más que como un superior, había algo en él que imponía respeto. Los nueve arcabuceros que formaban su escuadra obedecían sus órdenes sin cuestionarlas: si el cabo lo decía, no había más que hablar.

La escuadra de Ferrante, de reciente formación, estaba dividida en dos grupos de bien distinta afinidad: por un lado, cinco mozalbetes procedentes de Silves que se habían embarcado juntos en busca de una fama y una fortuna que nunca llegarían a alcanzar. Respondían a los nombres de Adalberto, Desiderio, Joaquim, Lourenço y Tadeu. Solían permanecer siempre juntos, como una piña, relacionándose solo lo indispensable con el resto de la escuadra completada por Alonso Teixeira, Antonio Expósito, Diego de Sessa y Luis Veira, estos algo mayores y con los pies más en la tierra que los zagales de Silves. Ambas camarillas solo se mezclaban en las pocas ocasiones en las que tenían que formar.

—¡Venga, rápido! —les apremió Ferrante, que comprobaba con mirada inquisidora cómo sus soldados se ajustaban sus equipos. A pocos metros del cabo, Alonso se calzó las botas altas con tanto ímpetu que a punto estuvo de caer de culo encima de uno de los silvenses; a su lado, su compañero Diego de Sessa se ajustaba el barboquejo del morrión, preguntándose si el coleto de cuero que le cubría el torso serviría de algo contra el fuego enemigo; Antonio Expósito, que había sido monje antes que soldado, enrollaba la mecha de su arcabuz alrededor de su brazo derecho, cuidando de no enredarla con sus manos temblorosas; detrás de ellos, Luis Veira, el más veterano de la escuadra y a la vez el más tranquilo, cruzaba su bandolera, de la cual colgaban sus doce apóstoles con las dosis de pólvora justas para cada disparo, observando, divertido, cuán nerviosos estaban sus compañeros ante el inminente desembarco. Llamarles arcabuceros es faltar a la verdad, pensó, sonriendo de medio lado. Veira tenía razón: aquellos soldados inexpertos, entrenados en pocas semanas, no eran ni la sombra de los arcabuceros españoles o alemanes, capaces de recargar el triple de rápido que ellos; hombres que a cada disparo creaban una viuda o hacían llorar a una madre. Los arcabuceros de verdad olían a pólvora y muerte, y estos soldados bisoños olían a sudor y miedo. Sobre todo los silvenses, que cruzaban miradas nerviosas entre ellos sin osar abrir el pico.

Alonso, listo para el desembarco, se acercó a Ferrante para recibir el visto bueno. El cabo leyó en su mirada la impaciencia de la juventud. A pesar de tener un cuerpo fuerte, esculpido en la misma cantera en la que su padre se deslomó durante décadas, Alonso no era más que un

jovenzuelo lampiño de mentón prominente, nariz afilada y ojos vivarachos que parecían estar siempre alerta. A Ferrante le caía bien Alonso, que había preferido el riesgo de la vida militar a sucumbir a una rutina como la que vivió su padre, trabajando de sol a sol, picando piedra hasta caer muerto.

—¿Nos han asignado ya a algún tercio, mi cabo? —preguntó Alonso a Ferrante.

—Aún no, pero tranquilo, que pronto lo harán. —Mientras hablaba, pasaba revista a su escuadra. Se sintió satisfecho: todo estaba bien—. Por ahora nos espera una marcha de cuatro o cinco días bajo este sol del demonio. —El cabo señaló al mar—. Estad preparados para cuando llegue nuestro transporte.

Ferrante se alejó unos metros de sus soldados y suspiró. Aquella operación militar carecía de toda organización. El caos se olía en el aire como gas venenoso. Nadie parecía saber nada. Nadie quería decidir nada. Los tercios estaban sin asignar y las provisiones sin repartir; los oficiales, a pesar de estar confusos, fingían que todo estaba bajo control, y la tropa, ajena a todo, tan solo aguardaba la orden de entrar en combate.

Cuatro días de marcha bajo el sol. ¿En qué estado llegarían los soldados? ¿Serían capaces de combatir con eficacia después de esa paliza? Ferrante se apoyó en el palo mayor, sin perder de vista las barcazas de transporte. Aquella campaña contra el jarife Abdelmalik le parecía cada vez más arriesgada, un capricho del joven rey Sebastián de Avis, deseoso de emular las hazañas de su abuelo Carlos I en Túnez y obtener la gloria al frente de sus ejércitos en campo abierto. ¿Cuál sería el coste en vidas de ese capricho juvenil? Ferrante abandonó sus reflexiones al divisar una barcaza aproximándose directamente hacia ellos. Por fin les había llegado el turno de desembarcar.

—¡Arcabuceros! ¡En fila, detrás de mí!

Uno por uno, la escuadra de Ferrante descendió por la escala de gato que se tendía desde la borda de la carabela a la barcaza a remos que esperaba abajo. El mar, en calma, facilitó la operación. En dos minutos, la escuadra de Ferrante se fundió con otros treinta hombres que se hacinaban en la pequeña embarcación como Dios les daba a entender. El cabo estudió sus rostros: los más jóvenes se dividían entre los que no podían disimular su miedo y los que componían una expresión bravucona en su cara. Estos últimos solían ser los primeros en morir. Los hombres más curtidos, como Luis Veira, mostraban

serenidad. A pesar de tener solo cinco o seis años más que los novatos, los veteranos parecían mucho más viejos. La guerra avejenta, se dijo Ferrante, imaginando por un momento cómo sería la vida de un mercader, de un labriego o de un pescador. Trabajo duro del amanecer al crepúsculo, pero al menos tenían la certeza de ver salir el sol al día siguiente.

Cuando los marineros decidieron que la barcaza estaba llena —esto fue cuando comprobaron con total tranquilidad que la borda sobresalía tan solo cuatro dedos del agua—, hundieron sus remos y se dirigieron a la costa. De tanto en tanto, el mar se colaba en la barca mojando a sus ocupantes, que trataban de mantener secas sus armas y la pólvora. En lugar de dirigirse a los muelles, los remeros enfilaron proa a la playa. Varias barcazas más, todas abarrotadas de soldados, acompañaban a la que transportaba a la escuadra de Ferrante. Cuando se encontraron a algo menos de quince brazas de la orilla, la tripulación arboló los remos, dando por finalizado el viaje.

—¡Al agua, deprisa! —graznó un marinero viejo en un portugués que arrastraba un acento difícil de identificar—. ¡Todavía quedar muchos viajes, y no haber tiempo que perder!

Renegando y profiriendo malos augurios contra el extranjero, los soldados se arrojaron al agua, que afortunadamente no cubría más arriba de los muslos. Conforme se acercaban a la orilla, los suboficiales reorganizaban sus escuadras. Allí les aguardaba un oficial de aspecto aburrido que sujetaba unos pliegos clavados a una tablilla de madera.

—Esperad aquí —les ordenó Ferrante—. Voy a ver qué me cuenta ese…

Ferrante intercambió un saludo militar con su superior. Tras cruzar unas palabras que ni Alonso ni sus compañeros fueron capaces de oír, el oficial apuntó los nombres de los integrantes de la escuadra y despidió al cabo, que regresó junto a sus hombres.

—Nos han asignado al Tercio de don Francisco de Távora —anunció —. Tenemos que atravesar la ciudad entera hasta llegar a la Puerta de Tierra, así que andando…

La escuadra abandonó la playa y ascendió los peldaños que separaban la Puerta del Mar de la arena de la playa. Alonso, cargado como el resto de sus compañeros con la mochila, el arcabuz y las faltriqueras, trotó hasta colocarse al lado de Ferrante.

—¿Es un buen tercio, mi cabo? —se interesó.

—Ese tercio partió de mi tierra, el Algarve —contestó Ferrante, como si aquello fuera la mejor de las garantías.

—El Algarve —repitió Alonso, sin tener ni idea de dónde se encontraba aquel lugar; aparte de Lisboa, la ciudad que le vio nacer, el resto del mundo era desconocido para él. De hecho, Arcila era la primera tierra distinta de Lisboa que pisaban sus pies—. ¿Y ese don Francisco de Távora, mi cabo… es un buen comandante?

—Si le haces tantas preguntas a él como a mí, seguro que acabará ahorcándote, por muy santo o rufián que sea —gruñó Ferrante, restregándose el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Espero dar pronto con su tienda. Este calor me está matando.

Tras la Puerta del Mar se abría el laberinto de plazoletas y callejuelas de Arcila, donde una multitud de personas circulaba sin cesar como un desfile de hormigas gigantes. Tras varias pesquisas infructuosas, un moro que tiraba de un burro cargado con la Torre de Babel en el lomo le indicó la forma más rápida de llegar a la Puerta de Tierra.

—Malas noticias —se lamentó Ferrante—. Ese hombre me ha dicho que el camino más corto es atravesando el zoco. Dice que si seguimos todo recto no nos perderemos.

La escuadra, precedida por Ferrante, se internó en el zoco para descubrir enseguida que atravesarlo en línea recta no era tan fácil como parecía. Las callejuelas, muy estrechas, estaban flanqueadas por puestos de mercaderes que exhibían telas, especias, frutas, verduras, carne, objetos de latón, perfumes… cualquier cosa que uno pudiera imaginar. Cientos, tal vez miles de ciudadanos, paseaban por el mercado obstaculizándoles el paso. Un ejército de niños chillones les acosó, gritando en árabe y extendiendo sus manos hacia ellos, pidiendo limosna. Luis Veira losespantó fingiendo sacar su cuchillo. Al cabo de media hora, Ferrante se dio cuenta de que era la cuarta vez que pasaban por el mismo puesto de alfombras.

—¡Dios maldiga al arquitecto que diseñó esta pocilga! Antonio Expósito resopló.

—Me siento como Teseo —rezongó, como si alguno de los presentes conociera la leyenda del laberinto del minotauro—. Lástima que no tengamos un cordel largo.

Ferrante se paró en seco, explorando los alrededores para buscar un

punto de referencia. Cuando más absorto estaba en su estudio, el dueño de un burro cargado de pescado maloliente le hizo apartarse al grito de «¡balak!». Aplastado contra la pared por la bestia, de la boca de Ferrante surgieron sapos y culebras. Como respondiendo a la afrenta, el animal levantó la cola y soltó un cagajón mastodóntico que a punto estuvo de acertar en la bota de Ferrante, quien estaba al borde de la alferecía. Sus hombres, al otro lado de la callejuela, se mordían los carrillos por dentro para no romper en carcajadas. El cabo volvió a emprender la marcha, jurando que si se cruzaba con otro burro lo degollaría en las mismísimas narices de su dueño. Al doblar la siguiente esquina, tuvieron la suerte de toparse con dos fronteiros. Los fronteiros, soldados portugueses destinados en las plazas africanas, eran muy apreciados por su conocimiento del terreno y de las extravagantes tácticas de los infieles. Los más jóvenes incluso habían nacido en el Norte de África y hablaban dariya con la misma soltura que el portugués. En combate eran letales, y tenían fama de ser capaces de perseguir a un enemigo durante días bajo el sol y de ocultarse, si era preciso, en el recoveco más inaccesible y estrecho que uno pudiera imaginar.

—Os acompañaremos a la Puerta de Tierra —se ofreció uno de los fronteiros—. De otro modo, acabará la batalla y aún andaréis de compras por estos tenderetes.

Guiados por los fronteiros, la escuadra dejó atrás el zoco para entrar en la medina, que era tan laberíntica como el mercado pero con calles algo más anchas. Las casas, pintadas de blanco y añil, le recordaron a Ferrante su Algarve natal, lo que le provocó una breve oleada de nostalgia.

—La ciudad es demasiado pequeña para un ejército de veinte mil soldados —se quejó uno de los fronteiros—. Dentro de sus murallas no caben tantas almas…

—¿Veinte mil? —repitió Ferrante, asombrado—. Nunca pensé que fuéramos tantos para esta batalla…

—No me refiero solo a los que acaban de desembarcar y a los que ya están aquí —apuntó el fronteiro—. Los generales esperan a un tercio italiano enviado por el rey Felipe. Un ejército mejor preparado que el nuestro, que se nutre de rapaces que aún se mean en sus camastros. —La falta de expresividad en la cara del soldado denotó que su intención no era burlarse de los jóvenes arcabuceros; simplemente, exponía una cruda realidad—. Por suerte para nosotros, castellanos y alemanes ya están a solo media jornada de aquí.

—Pronto se reunirán en el camino con la caballería de nuestro aliado Muhammad —vaticinó el segundo fronteiro, cuyas palabras sorprendieron a Ferrante.

—¿Caballería? —El cabo no disimuló su desconcierto—. ¿Qué pueden hacer tropas a caballo contra arcabuces y picas? ¿Qué clase de batalla va a ser esta?

—No tengo ni idea —confesó el segundo fronteiro, encogiéndose de hombros—. Pero se rumorea que el enemigo ha reunido setenta mil u ochenta mil soldados a caballo. Tal vez sea una exageración y no lleguen ni a treinta mil, pero, de todos modos, son demasiados caballos para tan pocas armas de fuego.

Ferrante elevó la vista al cielo, para encontrarse con los toldos de colores que sombreaban las calles de la medina.

—Confiemos en nuestros mandos y en Dios Nuestro Señor.

—Amén —respondió desde la cola Antonio Expósito, que a pesar de haber colgado los hábitos para enrolarse en la cruzada del rey Sebastián, aún seguía firme en su fe católica.

Por fin llegaron a la Puerta de Tierra, la salida de Arcila al interior. Sin la protección de los toldos, el sol les mordió con saña.

—A partir de aquí no os será difícil encontrar el campamento de don Francisco de Távora —dijo uno de los fronteiros, señalando un mar de carpas que se extendía en una explanada inmensa—. Sus tiendas se encuentran detrás de las del tercio de don Miguel de Noroña. Según dicen, ambos tercios formarán la retaguardia…

Diego de Sessa saltó, indignado:

—¿La retaguardia?

Ferrante le miró por encima del hombro.

—¿Qué esperabas, Diego? ¿Que el alto mando deposite el peso de la batalla en tus hombros encorvados? —El joven clavó sus ojos en tierra, decepcionado—. Tranquilo, te prometo que en la retaguardia no estaremos de brazos cruzados. En cuanto una de las alas de nuestro ejército empiece a flaquear, allí nos mandarán a nosotros, a sustituir a los caídos.

Luis Veira torció la boca en una sonrisa malvada.

—O para correr detrás de la vanguardia cuando salga en desbandada perseguida por los sesenta mil caballos sarracenos.

Ferrante le fulminó con una mirada ígnea. Solo faltaba que el más veterano de su escuadra metiera miedo a los bisoños.

—¡No me los asustes, Luis, mal rayo te parta! —le reprendió—. Nuestros enemigos no son más que una manada de salvajes, mientras nosotros tenemos grandes estrategas, armas modernas y la bendición de Dios. —El cabo se santiguó y miró al sol, rubricando su manifestación de fe que, por otra parte, no se creía ni él, vista la desorganización que reinaba por todas partes—. Con su ayuda, venceremos a Abdelmalik y a sus perros.

Los arcabuceros cruzaron una mirada de inquietud. Hasta entonces, ni siquiera se les había pasado por la cabeza la posibilidad de una derrota. Aquella campaña, que en el fondo no era más que el desvarío de un monarca sediento de gloria, había sido vendida por la Iglesia como una importante cruzada a favor de la Cristiandad con el joven rey como su paladín. Y como una cruzada en toda regla, recibió la bula del Papa Gregorio XIII. Aquello motivó a soldados de muchos países a viajar a Lisboa para unirse al ejército que se enfrentaría al jarife Abdelmalik. Allí llegaron andaluces y castellanos, desarmados y harapientos, para unirse a la lucha contra el infiel; italianos, alemanes, irlandeses… todo aquel con deseo de empuñar un arma fue bien recibido.

Los fronteiros decidieron regresar a las calles sombreadas de Arcila, así que se despidieron de los arcabuceros deseándoles buena suerte.

—¡Volved con vida, que nosotros cuidaremos de la Plaza en vuestra ausencia!

Dicho esto, dieron media vuelta y desaparecieron por la Puerta de Tierra. Ferrante estudió el despliegue de tiendas de campaña.

—Otro laberinto —gruñó—. Diferente al zoco, pero otro laberinto.

Por suerte, Ferrante no estuvo muy acertado en sus malos augurios, y la escuadra no tardó en dar con el campamento de don Francisco de Távora. El cabo adivinó que la tienda más amplia y más concurrida de todas era la del comandante. Además de centinelas en la puerta, había un trasiego de personas que salían y entraban de la carpa, algunos de ellos vistiendo uniformes de oficial, además de una fila de suboficiales que guardaba cola.

—Voy a presentarme a don Francisco —dijo—. Vosotros no os mováis de aquí.

Los nueve arcabuceros se recostaron contra la muralla de Arcila, maldiciendo el calor insufrible que los bañaba en sudor y pegaba sus ropas al cuerpo. Los silvenses no tardaron en formar su propio corro a unos pasos del resto de la escuadra, como era habitual. Los soldados aflojaron los coletos, descolgaron las faltriqueras y se desabrocharon las camisas. No desentonaban con el resto de la tropa. Allá donde miraban, veían soldados semidesnudos a cuenta del calor. Los mandos hacían la vista gorda: preferían un ejército mal uniformado a un ejército deshidratado. Ferrante guardó cola junto a otros cabos y sargentos portugueses hasta que le llegó el turno de entrar. Dentro no encontró a don Francisco de Távora, sino a un capitán con aires afeminados que le dio instrucciones sobre la marcha que iniciaría el ejército al día siguiente, aparte de soltarle una arenga repleta de malos agüeros y advertencias funestas. Tras quedar anonadado por el negro porvenir vaticinado por el oficial, Ferrante recibió un par de talegas conteniendo las exiguas raciones para su escuadra: tres odres de vino, ocho de agua, pescado momificado —que no seco—, tocino sudoroso, galletas manidas y algo de fruta y verdura para exorcizar el fantasma del escorbuto. Todo ello por si los carros de intendencia no lograran llegar al frente con los suministros. Aquello no pintaba nada bien.

La escuadra de Alonso permanecía silenciosa, amodorrada por el calor. A ninguno de ellos le gustó la expresión taciturna que traía Ferrante: parecía un alma en pena.

—Soldados —comenzó a decir, dejando las talegas junto a Diego de Sessa, quien recibió un merecido palmetazo en la mano al intentar curiosear en ellas—. No quiero asustaros, pero tampoco ocultaros la verdad. Las fuerzas a las que vamos a enfrentarnos son muy superiores a lo que habíamos supuesto en un principio…

—¿Cómo de superiores, mi cabo? —quiso saber Desiderio, levantándose del suelo pedregoso.

—Nuestros espías aseguran que miles de soldados acuden a la llamada de Abdelmalik. Su hermano Ahmed ha traído consigo veinte mil jinetes procedentes del sur; moriscos expulsados de Granada gritan venganza desde Tetuán; cientos de voluntarios se unen al ejército desde las cabilas cercanas para expulsarnos, y se rumorea que un regimiento de arcabuceros turcos, tiradores formidables, asistirá a Abdelmalik en la campaña. Nada se sabe aún de su artillería —suspiró

—, pero no creo que sea inferior a los pocos cañones con los que contamos.

—¿Cómo es que han venido soldados desde Turquía a combatirnos? —preguntó Alonso, extrañado.

Antonio Expósito, que había crecido entre libros y gozaba de un saber muy superior al de sus compañeros, intentó explicarle el asunto:

—Política, Alonso —dijo—. Política e intrigas palaciegas. Cuando Muley Abdallah murió, su hijo Muhammad, nuestro aliado, partió de Fez, asesinó a dos de sus hermanos y se coronó rey…

—Amor fraternal —le interrumpió Diego de Sessa, a quien sus compañeros mandaron callar con una orquesta de chistidos—. Perdón… prosigue, Antonio, te lo ruego…

Antonio era un gran narrador de historias. Abandonado por su madre al nacer en la puerta de un monasterio, fue criado por los frailes, que se apiadaron de él. Allí aprendió a leer y a escribir, y pronto destacó del resto de sus compañeros como un zagal despierto y ávido de conocimiento. Ya de crío se colaba en la biblioteca del monasterio, devorando libro tras libro ante la admiración de los frailes, que se extrañaban de que un niño tuviera tantas ganas de aprender. A los diez años ya hacía vida de monje y vestía el hábito marrón de la orden. Antonio aligeraba siempre sus obligaciones monacales para perderse en la biblioteca. Le encantaban los libros de Historia, sobre todo los que describían batallas importantes bajo el mando de generales legendarios. Tanto marcaron su espíritu aquellas lecturas que cuando llegaron a sus oídos los rumores de la campaña que se estaba fraguando en África no lo dudó ni un momento: Antonio se escapó a Lisboa y se alistó en el ejército. «Me remangué el hábito y corrí hasta desgastar las sandalias», comentó en una ocasión.

Todos escuchaban ensimismados el relato de Antonio, quien narró con bella prosa y mil detalles las tramas bereberes: de cómo Abdallah intentó asesinar a sus hermanos tras coronarse rey y así dejar la sucesión a sus hijos; de cómo Abdelmalik huyó a Constantinopla para ganarse el favor de los bajás y del Gran Turco Sultán Morato —lo que explicaba la presencia de los tiradores otomanos en la presente campaña—; de cómo Muhammad, a la muerte de su padre, partió con su ejército a Fez donde se coronó rey; de cómo su tío Abdelmalik se enteró de la muerte de su hermano desde Constantinopla y convenció al Gran Turco para que le prestara ayuda; de cómo, desde Argel, Abdelmalik reunió un ejército de cinco mil escopeteros, de los cuales

cuatrocientos eran jenízaros (la élite de la Sublime Puerta) a los que unió doce mil lanceros convocados por su hermano Ahmed; de cómo los dos ejércitos libraron batalla hasta que el alcaide de los moriscos andaluces, un tal Dogaly, se pasó al bando de Abdelmalik junto con dos mil tiradores, «traicionando a Muhammad, para no perder la costumbre», apuntilló Antonio; y de cómo Muhammad, tras sufrir varias derrotas más, buscó finalmente el favor de Sebastián de Portugal.

La narración de Antonio se prolongó durante cerca de dos horas, y tan cautivados estaban en ella que ni se percataron de que las murallas de Arcila ahora les regalaban sombra. A la hora de comer, Ferrante repartió algunos víveres, no demasiados, previniendo una escasez aún mayor. Mientras daban cuenta del frugal almuerzo, aún comentaban las historias de Antonio.

—Me da en la nariz que nuestro aliado Muhammad no es de fiar —opinó Luis Veira mientras se hurgaba entre los dientes con una ramita seca.

—Muhammad es hombre de mucha plática y pocos escrúpulos —sentenció Antonio—. Si el carácter de nuestro rey es como dicen que es, no es difícil que se haya dejado engañar por él.

Ferrante se levantó de un salto, ofendido por el comentario de Antonio.

—¡Estás hablando de mi rey! ¡De tu rey! —El cabo le señaló con un dedo acusador que le hizo palidecer—. ¡No consiento que se cuestione a nuestro soberano, así que basta de historias por hoy!

Todos asumieron la reprimenda sin rechistar. No era habitual que Ferrante tuviera esas explosiones de ira. Alonso achacó su mal genio a los informes recibidos en el puesto de mando. Conforme avanzó la tarde, comenzó a correr una brisa reparadora que hizo que los soldados se olvidaran, al menos de momento, de dónde se encontraban. El cabo paseaba de aquí para allá intercambiando pareceres con otros suboficiales. Tras una cena parca a la luz de las estrellas, la escuadra se preparó para dormir en el mismo lugar donde habían pasado el resto de la jornada. Diego fue el primero en caer, acompañando sus sueños con ronquidos leoninos capaces de poner en fuga al mismísimo Belcebú. Antonio fue el siguiente en quedarse dormido, y poco a poco los silvenses fueron cayendo uno tras otro en brazos de Morfeo. Alonso se preguntó dónde andaría Luis Veira, que llevaba ausente un buen rato. Tal vez ha encontrado un lugar más

cómodo donde pasar la noche, elucubró.

Alonso improvisó una almohada con su coleto de cuero y dejó al lado su mochila, su morrión y su arcabuz. Tumbado de espaldas, contempló el cielo estrellado. Era curioso: la luna, aquella noche, tenía la forma exacta del símbolo del Islam. ¿Sería aquello un mal presagio? Tal vez, en aquella campaña disparatada, Dios estaba con los musulmanes. Sin poder conciliar el sueño, Alonso se preguntó por qué había dejado la seguridad de su hogar para alistarse en el ejército. Su padre era la respuesta. No quería vivir ni morir como él.

Su padre había trabajado en las canteras de Lisboa desde muy joven, cuando no era más que un niño de voz aflautada. Como no conocía otra cosa, llevó a trabajar a Alonso con él en cuanto el pequeño tuvo fuerza suficiente para levantar un marro. Después de trece años compartiendo sufrimientos junto a su padre, este cayó enfermo. Una vida de tragar polvo culminó en una muerte vomitando sangre. La agonía previa a no poder ni moverse de la cama había durado cuatro meses, pero su padre, hombre cumplidor hasta el absurdo, se había negado a guardar reposo, desoyendo las advertencias de María, su esposa.

Alonso se negó a acabar así. Analfabeto, sin saber más que picar piedra, decidió que su única oportunidad para salir de allí estaba en el ejército. Casi mata a su madre del disgusto. Alonso la dejó al cuidado de su hermana Úrsula, casada con un estibador tan grande de corazón como de espaldas, en una casa más o menos grande que el matrimonio poseía cerca del puerto de Lisboa. Alonso, con veinte años recién cumplidos, no dudó en enrolarse en la primera campaña que surgió, que no era otra que Berbería.

—¿Qué pasa, zagal, no puedes dormir? —Alonso se volvió y distinguió la silueta de Luis Veira en la oscuridad—. He visto el brillo de tus ojos desde aquellas tiendas de allá lejos…

Alonso se incorporó sobre los codos. Luis Veira era algo mayor que ellos, un individuo con aspecto de haber sobrevivido a cien guerras. A pesar de tener un carácter arisco, Alonso confiaba en él. Se le veía un hombre rudo, corpulento y malcarado, pero el joven lisboeta estaba convencido de que tras esa cáscara acorazada residía un corazón noble.

—Pensaba, Luis, pensaba…

—¿Y puede saberse en qué pensabas? —Veira se sentó a su lado.

—En por qué me alisté. La verdad, cuando embarqué en Lisboa nunca imaginé que tendría la muerte rondando tan cerca. Puede que en tres días estemos todos muertos. —Alonso clavó sus ojos en la sombra que era Veira—. ¿Tú no piensas nunca en eso, Luis?

—Prefiero no pensar, no sirve para nada. De todos modos, nosotros formaremos la retaguardia —le recordó—. Con un poco de suerte ni entraremos en combate pero, si entramos, verás cómo es más fácil de lo que imaginas: tus músculos se moverán solos, tus manos cargarán el arcabuz y apuntarás al enemigo sin siquiera darte cuenta… Y si llegamos al cuerpo a cuerpo, solo tendrás que dejarte llevar. Eres un hombre fuerte y ágil, tus reflejos harán el resto.

—Gracias por los consejos… supongo —dudó Alonso, que ahora se sentía aún peor que antes—. ¿Cuánto llevas de soldado?

—Lo mismo que tú —respondió Veira, sin inmutarse.

—¿Cómo? —Alonso se incorporó un poco más, sorprendido por la respuesta—. Antonio, Diego y yo estábamos convencidos de que eras veterano. Sabes manejar armas, pelear, no pierdes nunca los nervios…

Veira se echó a reír.

—Tuve que usar armas cuando asaltaba caminos. Algún que otro idiota se me resistió y no tuve más remedio que dispararle… y también hubo quien me persiguió para matarme —recordó, divertido —. Me he pasado media vida jugándomela, qué le vamos a hacer…

Alonso se quedó muy callado, sorprendido y atemorizado ante la espontánea confesión de Veira. Como si pudiera leer su mente, este le palmeó el hombro.

—Si hubiera querido robaros o mataros lo habría hecho durante el viaje y luego os habría tirado al mar, así que duerme tranquilo. —Veira se acercó a su oído y le susurró—. Además, antes que a Antonio, a Diego o a ti me cargaría a las comadres silvenses. Es broma, no tengas miedo: he venido a redimirme de mis muchos pecados. Descansa.

A pesar de las inquietantes declaraciones de Luis Veira, Alonso se quedó dormido al poco rato. Era la primera vez en muchos días que dormía en tierra firme, sin el vaivén de las olas. Aun estando en el suelo, a la intemperie, descansó mejor que en la carabela. Una cosa sí era cierta: a Veira no le temblaría el pulso si tenían que enfrentarse al enemigo y, quién sabe, tal vez era verdad que había venido a África a

redimirse.

CAPÍTULO II

28 de julio de 1578, Arcila

LAS TROPAS PORTUGUESAS ABANDONARON ARCILA con las primeras luces del alba. Los hombres marchaban en fila de a dos, precediendo a los carromatos de intendencia en los que viajaban los civiles que acompañaban al ejército. Mientras se organizaban las filas, Alonso pudo ver que entre estos había mujeres e incluso niños, además de llamativos mayordomos negros de gran estatura que eran sirvientes, sin duda alguna, de los hidalgos y nobles embarcados en aquella cruzada.

La interminable columna enfiló hacia el sur, flanqueada por el mar a la derecha y contemplada por una extensión infinita de tierras baldías a la izquierda. A media mañana, el calor se hizo insoportable, aún peor que el día anterior. Los soldados, asfixiados, se despojaban de toda la ropa que podían y la guardaban en sus morrales. Quienes peor lo pasaban eran los piqueros, que no sabían qué hacer con la coraza de acero; después de un rato al sol, las piezas metálicas de la armadura quemaban como una sartén en el fuego.

La escuadra de Ferrante Avalos resistía la marcha bajo el sol del mediodía: Antonio contaba historias de campañas pasadas, Diego de Sessa las amenizaba con sus gracias y Alonso y Veira le mandaban callar, coreados por los silvenses, quienes poco a poco se iban integrando en el grupo. El único que parecía ausente era el propio Ferrante, atormentado por un mal presentimiento.

De vez en cuando, oficiales engalanados recorrían las filas a caballo inspeccionando las tropas con los estandartes de sus casas al viento. Pasado el mediodía, seis caballeros de emplumada y brillante armadura aminoraron el paso junto a la escuadra de Ferrante. Uno de ellos portaba el guion arlequinado en blanco y negro de la bandera de Lisboa. Tras examinar a los hombres con el ceño fruncido, el que parecía el mandamás, un noble ataviado con una coraza repujada en oro sobre fondo negro y un yelmo a juego rematado con una gran pluma blanca, espoleó a su hermoso caballo tordo y siguió su camino. Ferrante se volvió hacia sus hombres.

—Ese es nuestro maestre de campo, don Duarte de Meneses. Alonso siguió con mirada soñadora al maestre, preguntán dose si algún día ascendería lo suficiente en el ejército como para cabalgar al lado de alguien tan importante como él. Un vistazo a la parte trasera de la fila echó sus sueños por tierra: soldados veteranos de muchas guerras pasadas arrastraban sus huesos cansados, con la piel llena de heridas mal cosidas y sin un mal palmo de tierra donde caerse muertos, con la única esperanza de sobrevivir un día más o morir sin sufrir demasiado. Alonso sintió, de repente, nostalgia de la cantera.

Inmerso en sus tribulaciones, guardó silencio durante el resto de la marcha. El calor también había amordazado a Antonio, quien había sustituido sus narraciones por un jadeo ronco. Ni siquiera Diego tenía ánimos para bromas. Por fin, el sol decidió retirarse a descansar pintando un atardecer benévolo, que trajo consigo una brisa bendecida por los ángeles del cielo. Uno de ellos, encarnado en un jinete de porte señorial, ordenó el alto en las filas. Los soldados, agotados, se dejaron caer al suelo.

El despliegue de tiendas de campaña comenzó enseguida. La mala sombra para la escuadra de Ferrante vino de la mano del propio Francisco de Távora, quien les ordenó apostarse en lo alto de un cerro a unas trescientas varas al sur, por si aparecían hostigadores de Abdelmalik. No fueron ellos los únicos en tener que hacer guardia nocturna: a cada cincuenta pasos, grupos de cinco o seis arcabuceros se apostaban vigilando el mar de colinas que rodeaba la zona. Fue una medida prudente: aquel terreno era propicio para una emboscada.

—Dos vigilarán y el resto descansará —decidió Ferrante—. De esa forma, no correremos el riesgo de dormirnos a la vez cuando la noche esté más avanzada.

Y así lo hicieron. Alonso durmió el primer turno, siendo despertado alrededor de las tres de la madrugada por Tadeu, uno de los silvenses. El joven se desperezó y vigiló desde lo alto de la colina acompañado por Diego de Sessa, que no paraba de bostezar. Desde su atalaya, Alonso distinguió en mitad de la miríada de tiendas de campaña la enorme carpa del rey Sebastián de Portugal. No pudo reprimir una sonrisa de orgullo al imaginar al monarca en su interior, rodeado por su alto mando, organizando la jornada del día siguiente.

29 de julio de 1579

Al segundo día de marcha, el sol comenzó a hacer estragos en las filas del ejército. La escuadra de Ferrante pasó por delante de unos soldados que se vendaban los pies llenos de ampollas con trozos de tela arrancadas de sus propias mudas. El cabo les señaló con la cabeza.

—Alemanes —dijo.

—Había un libro en el monasterio en el que aparecían grabados de los lansquenetes —recordó Antonio, que había tenido ocasión de admirar varias reproducciones de Daniel Hopfer representando a dichas tropas —. Su atuendo no se parece en nada al que llevan esos…

Ferrante se echó a reír.

—He combatido junto a ellos en otras ocasiones, y no hay dos que lleven el mismo uniforme —afirmó—. Una cosa son los dibujos y otra la realidad: esos rufianes componen sus uniformes de lo que van rapiñando durante su carrera como mercenarios. Fíjate bien en los bombachos acuchillados y en las defensas de hierro de sus botas…

Los lansquenetes, percatándose de que los portugueses hablaban de ellos, soltaron parrafadas ininteligibles coreadas por risas y gestos burlones. Ferrante se llevó dos dedos al morrión, ofreciéndoles su sonrisa más radiante.

—Presentaremos nuestros respetos a vuestras esposas y madres en el burdel —dijo, sin dejar de sonreír—. Les diremos que vuestras mercedes están bien… jodidos pero felices.

Todos rieron menos Antonio, que se santiguó y rezó para que ninguno de los alemanes entendiera portugués.

30 de julio de 1579

El tercer día de marcha estuvo marcado por el desánimo en la tropa portuguesa. El agua se consumía a un ritmo preocupante, y los intendentes se plantearon racionar su reparto de forma drástica. Era evidente que los encargados de la logística se habían equivocado en las previsiones. Para colmo, el sol parecía haber crecido en el cielo. El calor sofocante y la deshidratación provocaron las primeras bajas: los alemanes, menos acostumbrados a las altas temperaturas que los portugueses, fueron los primeros en sucumbir bajo los efectos de la insolación: unos caían inconscientes, otros sufrían vómitos y mareos, los más fuertes y decididos arrastraban sus doloridos pies intentando seguir la cola de la marcha y los más débiles eran transportados sobre las carretas, protegidos del sol por toldos livianos. El resto del ejército no estaba mucho mejor que los alemanes, pero al menos la marcha proseguía. La fila de a dos ya no era tal fila. Al atardecer, el camino había mezclado tudescos con italianos, castellanos con portugueses, los primeros con los últimos y todos con los demás. Por fin, poco antes del atardecer, la voz de alto se propagó de escuadra en escuadra. Por segunda noche consecutiva no hubo servicio de guardia para Ferrante y sus hombres. La escuadra se sentó en el suelo polvoriento, desfallecida. Cerca de ellos, un grupo de italianos ruidosos como matronas había formado un corrillo, distribuyendo sus pertenencias por los alrededores. Ferrante captó las miradas de desconfianza con que Luis Veira observaba a sus nuevos vecinos.

—Vigilad vuestros avíos y dormid con un ojo abierto —advirtió el cabo—. La noche será oscura y no me fío de esos rufianes.

—Yo haré guardia hasta que me venza el sueño —se ofreció Veira—. Ya os daré una patada a alguno de vosotros cuando se me desplomen los párpados…

Se acostaron sin cenar, a pesar de que los estómagos se lamentaban como un orfeón de almas en pena. Era la primera vez en su vida que Alonso pasaba auténtica necesidad. A pesar de haber nacido en una casa humilde, jamás estuvo privado de pan, de un plato de guiso y mucho menos de agua. La noche, como había anunciado Ferrante, era completamente negra, y no había hogueras ni antorchas en el campamento. El enemigo estaba cada vez más cerca y había que extremar las precauciones. Explorando los alrededores con la mano, Alonso se puso de pie.

—¿Adónde vas? —susurró Veira en el silencio de la noche.

—A desbeber lo poco que bebimos hoy —respondió Alonso, también en un susurro.

Veira dejó escapar una risita malvada.

—Cuidado con las serpientes de estas tierras, que son muchas, grandes y hambrientas, y no harán ascos a una longaniza, por muy pequeña que sea.

Alonso estaba maquinando alguna respuesta ingeniosa con la que contraatacar a su compañero cuando de repente tropezó con algo que soltó una exclamación de susto. Lo siguiente que notó el joven fue un puñetazo en la parte trasera de la rodilla. Pillado de improviso, cayó al suelo cuan largo era.

—¡Cura, figlio di puttana!

Alonso se levantó del suelo. A pesar del insulto y de haber recibido un buen golpe, aún se sentía culpable. Era normal que el tipo soltara exabruptos, después del susto que se había llevado. Intentando disculparse, Alonso ofreció al soldado su mano derecha abierta. Solo Dios sabe qué pasó en ese momento por la mente del italiano, que agarró con fuerza la muñeca de Alonso y, tirando de él, logró ponerle de rodillas. Un segundo después, Alonso tenía el brazo retorcido en la espalda y el cuello inmovilizado por una presa. Otra sombra se levantó a su izquierda, y solo sus reflejos le libraron de una brutal patada que cortó el aire demasiado cerca de su cara. De repente, el italiano que había intentado patearle gritó de dolor y cayó al suelo: alguien le había propinado un tremendo culatazo en las costillas; quien lo hizo se materializó como un espectro empuñando un arcabuz cuya mecha encendida dibujaba un punto rojo en la noche.

—Suéltale —ordenó Veira, apuntando a la frente del soldado que agarraba a Alonso.

A estas alturas, italianos y portugueses se encontraban en pie, desconcertados por el alboroto. Veira soltó un juramento cuando unas manos expertas y raudas le desarmaron. Al darse la vuelta, se encontró con la sombra de Ferrante.

—¿Acaso quieres que te ahorquen? —Los ojos del cabo se clavaron en los de Veira como carbones ardientes.

Veira, en lugar de achantarse, saltó hacia el soldado que sujetaba a Alonso. Con un movimiento vertiginoso, casi de ilusionista, colocó la punta de un fino estilete debajo de la oreja del italiano, justo en el hueco que queda entre el cráneo y la mandíbula. La oscuridad fue piadosa con el italiano, y nadie advirtió la mancha de orines que se extendió en sus calzones. Muy despacio, sin aspavientos, el soldado

soltó a Alonso que, libre de su presa, se levantó tosiendo.

—Estoy bien —dijo, restregándose el cuello—. Estoy bien, dejemos esto ya, Luis.

Veira se incorporó poco a poco, apartando lentamente el estilete. Entre tinieblas, el italiano adivinó la sonrisa canina de Veira, e incluso entendió el mensaje que le dejó antes de irse.

—Da gracias a que tengo un buen día; de no ser así, te habría sacado los sesos por la oreja como si fueras un caracol.

Alonso, aún nervioso, rechazó el agua que le ofreció uno de los silvenses. Portugueses e italianos quitaban hierro al asunto, intercambiando palabras y gestos pacificadores. Ni unos ni otros deseaban dormir esa noche con un enemigo en potencia. Estaban allí para luchar contra Abdelmalik, no entre ellos. Ferrante se llevó a Veira a unos pasos del campamento.

—¿De verdad ibas a pegarle un tiro al italiano, Luis?

—No me hace falta matar para poner a un rufián en su sitio —respondió Veira—. Solo le asusté lo suficiente para que soltara a Alonso.

Ferrante quiso preguntarle por el estilete que llevaba oculto en la manga como un vil asesino de callejón, pero prefirió pasarlo por alto. Veira, por su parte, quiso pronunciar unas últimas palabras en defensa de Alonso:

—El rapaz solo pretendía disculparse con los italianos, mi cabo. Fueron ellos quienes saltaron como animales. De no ser por mí, Alonso estaría ahora en la enfermería, molido a patadas.

Ferrante no respondió, pero su silencio fue interpretado por Veira como el fin del rapapolvo. El cabo apagó la mecha con los dedos, le devolvió el arcabuz y dio media vuelta. De regreso al campamento, Veira se acuclilló junto a Alonso, que respondía al interrogatorio de sus compañeros, que querían conocer todos los detalles del altercado.

—¿Quieres que te acompañe a buscar un sitio seguro para mear?

Alonso dudó unos instantes.

—¿Querrás creer que ya no tengo ganas?

Todos rieron. Al poco rato dormían como si nada hubiera sucedido. A pocos metros de distancia, el italiano, temblando de miedo y sumido en la vergüenza, rogaba a Dios para que la brisa nocturna secara sus meados antes del amanecer.

31 de julio de 1578

Para sorpresa de la tropa, el viernes no hubo marcha. El rey Sebastián esperaba refuerzos procedentes de Arcila y se especulaba con la posibilidad de que se tratase del tercio de Italia prometido por Felipe de Castilla. En lugar de dicho tercio, quien apareció en el campamento fue don Francisco de Aldana, capitaneando a cuatrocientos soldados castellanos y trayendo consigo veinticuatro piezas de artillería que fueron recibidas con entusiasmo. Tan buen oficial como poeta, don Francisco de Aldana era un militar de renombre. Los estandartes castellanos al viento y las banderas bordadas con símbolos de la Cristiandad elevaron la moral de los portugueses. Los caballeros castellanos pasearon sus pendones por el campamento, siendo vitoreados allá por donde pasaban. Algunos soldados españoles corrieron detrás de Francisco de Aldana, aclamándole como si del mismísimo Felipe se tratara.

Pero aquel paseo no fue solo una exhibición de fuerza por parte de don Francisco de Aldana. El caos que reinaba en el campamento no pasó desapercibido al militar, quien decidió tomar cartas en el asunto tras recibir el beneplácito de Sebastián. Y nada mejor para obtener dicho beneplácito que un presente formidable. Francisco de Aldana, de parte del rey Felipe, ofreció al joven Sebastián un antiguo yelmo tocado con una flor de raso blanco que había pertenecido a Carlos I, abuelo del monarca portugués. El casco, que había protegido la cabeza del Emperador en la derrota del temido pirata Barbarroja, protegería ahora la de Sebastián, quien lo recibió con expresión iluminada, como si de una reliquia sagrada se tratara. Después del yelmo, que fue la de cal, el soberano portugués recibió la de arena: una carta firmada por el Gran Duque de Alba exhortándole para que se conformara con la toma de Larache y detuviera de inmediato su cruzada contra Abdelmalik. Por desgracia, Sebastián hizo caso omiso a la misiva.

Obnubilado por el yelmo, que obró prodigios de fetiche, Sebastián

permitió a don Francisco de Aldana organizar el desbarajuste que reinaba en su ejército, cosa que este hizo ayudado por sus capitanes e ingenieros. Regimientos, batallones, compañías y escuadras; carretas de intendencia, caravanas de civiles; campamentos, unidades extranjeras… ningún detalle escapó a su control.

Mientras tanto, en la tienda real, Sebastián admiraba el yelmo de su abuelo como si su sola presencia conjurara un poder divino suficiente para derrotar no solo a Abdelmalik, sino al propio Saladino si regresara de su tumba. ¿Larache? ¿Quién se conformaría con Larache cuando podía tener toda Berbería?

Una vez que Francisco de Aldana y sus hombres reorganizaron lo que se podía reorganizar, se celebró un consejo en la tienda de Sebastián donde el rey portugués, apoyado por Muhammad, decidió el orden de marcha y la estrategia a seguir: el ejército llegaría hasta la orilla del río Loukos, cerca de Larache, y lo remontaría por su orilla izquierda para enfrentarse directamente a las tropas de Abdelmalik. Aquel ataque frontal pareció descabellado a la mayor parte de los capitanes portugueses, pero Muhammad, temeroso de que una vez conquistada Larache el ejército regresara a Portugal sin derrotar a su tío Abdelmalik, convenció a los presentes de que el plan era viable.

—Abdelmalik no es tan fuerte como creen vuestras mercedes —aseguró, hablando con asombrosa firmeza—. Mis espías me han informado de que una enfermedad voraz le consume y entre sus tropas corren rumores de que pronto partirá hacia el Paraíso. Muchos de sus hombres han desertado ya, y muchos correrán a nuestras filas en cuanto vean la fuerza de nuestro ejército. A nadie le gusta servir a un rey moribundo, vencido de antemano.

Muhammad mezclaba mentiras con verdades: si bien era cierto que Abdelmalik estaba muy enfermo, las deserciones en masa de las que habló solo se habían producido en su imaginación.

—¡Pues qué mejor momento para atacar que ahora! —decidió Sebastián, levantándose de su silla—. Con el jarife Abdelmalik debilitado, la moral de sus tropas reptará por el suelo como un enjambre de gusanos.

Para pesadumbre de sus capitanes, el Rey dio por finalizado el consejo. A su espalda, Muhammad apenas podía contener su sonrisa de satisfacción.

2 de agosto de 1578

El ejército reemprendió la marcha al día siguiente. Los tercios avanzaban organizados de acuerdo con el orden establecido. Don Francisco de Aldana no descansaba, recorriendo las filas de arriba a abajo a lomos de su caballo. Sus órdenes no distinguían rango ni nacionalidad, e incluso quienes no entendían el castellano obedecían sus disposiciones a rajatabla, ya que más que órdenes eran mazazos de sentido común.

Por fin llegaron al Makhacen, un afluente del Loukos que atacaba al río desde su margen derecha. En cuanto llegaron a su orilla, se dio la voz de alto. Un grupo de suboficiales y cabos, entre los que se encontraba Ferrante, fue convocado por un capitán de ingenieros que agitaba un manojo de papeles como si quisiera espantar a un enjambre de avispas invisible. Tras escuchar al oficial, Ferrante regresó al lado de sus hombres.

—Hay un vado un poco más adelante —anunció—. Es muy antiguo y está tan deteriorado que las carretas y los cañones no podrán atravesarlo. Tenemos que reconstruirlo.

Diego de Sessa protestó, ceñudo:

—¿No decían que había un puente río arriba?

—Según nuestros espías, ese puente es una trampa. Dicen que vieron a los ingenieros de Abdelmalik llevando barriles de pólvora en carretas. Si intentamos atravesarlo lo volarán en pedazos y quedaremos expuestos a un ataque por la retaguardia.

Los demás suboficiales daban órdenes a sus tropas, que partían en busca de piedras para reforzar el vado. Ferrante instó a sus hombres para que se pusieran manos a la obra: cuanto antes empezaran, antes terminarían. Por suerte, si algo no faltaba en la ribera del Makhacen eran piedras.

—¿Tú no decías que te habías alistado en el ejército para escapar de la cantera, Alonso? —le picó Diego de Sessa mientras hacía rodar una roca ayudado por la culata de su arcabuz.

—Debe ser el destino, Diego —rio Alonso.

Antonio, que transportaba una piedra enorme con la ayuda de Veira, recordó una de las hazañas bélicas que había leído en el convento.

—Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, consiguió que sus hombres construyeran un puente en una sola noche en Garellano. Siete mil soldados lo atravesaron, sorprendiendo a los franceses por la retaguardia y un flanco. ¡Una gran victoria!

—Ojalá aquí pase lo mismo —gruñó Veira, internándose en el río hasta las ingles.

Veira y Antonio soltaron la roca encima de otras que formaban el vado. Diego y Alonso hicieron lo mismo con las suyas, al igual que los de Silves, que canturreaban canciones sumergidos en el agua hasta la cintura. Los soldados transportaban las piedras como un ejército de hormigas, y poco a poco el vado comenzó a recobrar su antiguo aspecto. No iban a construir un puente como el del Gran Capitán pero, al ritmo al que trabajaban, las carretas y los cañones atravesarían el Makhacen en pocas horas.

Oculto detrás de unos matorrales, en la orilla opuesta del Makhacen, un ojeador espiaba los movimientos del ejército de Sebastián. Un numeroso destacamento de soldados de infantería atravesó el afluente del Loukos, desplegándose no lejos de donde estaba el explorador. Este se agachó aún más detrás de la maleza y evaluó la situación. En ese momento, la mayor parte del ejército se hallaba concentrado en los trabajos del vado, desorganizados en una marea humana que iba y venía cargada de piedras. Moviéndose con sigilo, el oteador emprendió el camino de regreso a su unidad, apostada al otro lado del cerro, en desenfilada.

Mientras descendía la pendiente opuesta de la colina que le separaba de las tropas cristianas, buscó con la mirada al capitán de su destacamento. No le fue difícil divisar su estandarte al frente de los cientos de hombres a caballo que aguardaban su informe. A lomos de su corcel, el caballero cordobés renegado Solimán del Pozo siguió con la vista a su ojeador hasta que lo tuvo a sus pies. Una vez escuchó su informe de principio a fin, el capitán habló a los oficiales que le acompañaban:

—En este momento, la mayor parte de las tropas enemigas trabaja en la reconstrucción del viejo vado —explicó—, pero también hay un destacamento de soldados a pie a este lado del río. Si les atacamos

ahora, daremos un golpe a la moral de los portugueses y mermaremos a su infantería antes de la gran batalla.

—¿No será demasiado arriesgado? —preguntó el oficial que estaba a su izquierda, un hombre de tez rojiza que tironeaba de las riendas de su caballo con evidentes síntomas de nerviosismo.

—Ahora mismo no esperan una carga —intervino el oficial que estaba a la derecha de Solimán—. Si atacamos con rapidez, les pillaremos desprevenidos y provocaremos un gran descalabro. Solimán del Pozo se ajustó el yelmo. Aquel caballero cordobés de noble y poderosa estirpe, que había dado la espalda a la religión católica al conocer a Abdelmalik durante su cautiverio en Orán, se había ganado la confianza del Jarife hasta el punto de ser nombrado caballerizo mayor. Sin gritar la orden, Solimán hizo alzar su estandarte y espoleó su montura. Al instante, cientos de jinetes a caballo remontaban la colina para atacar a la infantería portuguesa.

El viento trajo el estruendo de los cascos de los caballos hasta la orilla, y los infantes alertaron la presencia del enemigo a gritos. Cuando Solimán apareció en la cima del cerro, centenares de arcabuceros a caballo atravesaban el Makhacen en una horda tan desesperada como furiosa. Los infantes se agruparon a toda velocidad, formando puercoespines de picas para disuadir a la caballería del renegado. Solimán había sido demasiado optimista: mientras sus caballos bajaban por la pendiente en mitad de una polvareda, los arcabuceros cristianos, sin apearse de sus monturas, descargaron sus armas.

Decenas de jinetes moros cayeron al suelo, haciendo tropezar a los que venían detrás. Hombres y bestias rodaron pendiente abajo, y algunos no volvieron a levantarse. Desde el río, Alonso y sus compañeros de escuadra contemplaron atónitos la fallida carga de Solimán.

—¡Fuego!

Otra descarga de arcabuces azotó las filas musulmanas. En el ala izquierda, los piqueros habían ensartado a varios caballos enemigos, cuyos jinetes se arrastraban por el suelo solo para ser rematados por las espadas de los infantes. Al otro lado del Makhacen, Ferrante Avalos reorganizaba su escuadra junto a las de su tercio, aunque todos estaban convencidos de que las tropas atacantes jamás lograrían cruzarlo.

El sonido de un cuerno anunció la retirada de la caballería mora. Solimán del Pozo maldijo para sus adentros. Su golpe de efecto no

solo había sido un fracaso estrepitoso, sino que había provocado numerosas bajas entre sus filas.

Los gritos de victoria de los portugueses despidieron a las tropas vencidas, que pronto se convirtieron en una nube de polvo en el horizonte. Su intento de socavar la moral del enemigo no había servido más que para reforzarla. Ese día, el caballerizo mayor de Abdelmalik se cubrió de una vergüenza difícil de soportar.

CAPÍTULO III

LA JAIMA DE ABDELMALIK ERA la más amplia y hermosa del campamento. La tienda, capaz de albergar cómodamente a más de cincuenta hombres, estaba situada en el centro del despliegue de carpas que formaban el inmenso castro del Jarife, rodeada de antorchas encendidas y protegida por los gigantescos soldados de su guardia personal; hombres hercúleos de tez tan negra como los ropajes y turbantes que vestían, armados con cimitarras capaces de partir a un toro en dos de un solo golpe.

Hacía varios días que Abdelmalik se debatía entre la vida y la muerte a causa de una repentina enfermedad que le atormentaba con terribles dolores y vómitos. Su hermano, Muley Ahmed, había despejado los alrededores de la tienda de forma que solo su guardia personal y el alto mando pudieran acercarse a ella, para así mantener en secreto la mala salud del monarca saadí. La moral de las tropas tenía que estar alta, en caso de que Sebastián de Portugal decidiera presentar batalla.

Ya era de noche cuando una retahíla de insultos en perfecto francés puso en alerta a los soldados negros que custodiaban la jaima del Jarife. Cuatro de ellos entraron en la tienda como una tromba, con sus terribles cimitarras en alto. Reduán, el chambelán de Abdelmalik, les detuvo con un gesto tranquilizador. El Jarife, desde detrás del biombo que separaba su litera del resto de la tienda, dedicaba improperios a un azorado marsellés que abandonaba la jaima con pasos rápidos y dignos. Los guardias siguieron con la vista al ofendido Guilleaume Bernard, hasta que su silueta se fundió con las sombras nocturnas.

—Volved a vuestros puestos —les ordenó Reduán, dedicando una sonrisa a los colosos de piel de azabache—. Conforme la salud de nuestro rey mejora, empeora su carácter —mintió—. Eso es buena señal.

Un gemido de dolor puso fin a los insultos, que hasta entonces habían sofocado los rezos del viejo santón que se había convertido, en los últimos tres días, en la sombra de Abdelmalik. El curandero le consolaba con sus oraciones y luchaba contra su enfermedad, ejecutando extraños rituales en los que invocaba el poder infinito de Alá.

Guilleaume el Marsellés, como se le conocía en el campamento, irrumpió de malos modos en la tienda que compartía con un joven viajero y escritor conocido como Vincent le Blanc, quien se sobresaltó ante la vertiginosa entrada de su compañero, que mascullaba maldiciones ininteligibles con los nudillos a punto de estallar. Le Blanc colocó la pluma en el tintero sin poder evitar reírse.

—Veo que vienes de excelente humor, amigo Guilleaume…

El marsellés ocupó una silla cercana a su compañero, bufando como un venado. Sin ningún tipo de miramientos, dejó la bolsa en la que llevaba su instrumental médico encima de los papeles recién escritos por Le Blanc. Este los recuperó cuidadosamente, comprobando que la tinta no se había corrido. Así y todo, no se lo tuvo en cuenta: era evidente que su amigo estaba muy enfadado.

—¿Cómo es posible que alguien como Abdelmalik confíe más en las brujerías de un santón iluminado que en la medicina clásica? —se preguntó Guilleaume en voz alta—. ¡Por los clavos de Cristo, si es un hombre culto que habla a la perfección varios idiomas y conoce las artes y las ciencias como el más sabio de los eruditos! ¡Tenías que haberle oído insultarme en francés! ¡Parecía la verdulera más irreverente del mercado de París! ¡Por muy rey que sea y por mucho oro que tenga, no es más que un bárbaro maleducado y desagradecido!

Le Blanc, que trataba de salvaguardar sus papeles de las iras del marsellés, no pudo reprimir una carcajada.

—Tranquilízate, Guilleaume. Si alguien te oye tendremos problemas…

—¡Sería un milagro que alguno de estos salvajes entendiera francés! ¡Maldita la hora en la que acepté el cargo de embajador de Francia en Fez!

Vincent le Blanc sacó de un cofre de madera una de las botellas de brandy que guardaba con celo envuelta en varias capas de paños. A pesar de que los soldados musulmanes eran permisivos con los extranjeros en lo referente al consumo de alcohol, Le Blanc prefería no hacer público su alijo, por si acaso. Sirvió dos vasos. Aquello le vendría de perlas al iracundo marsellés.

—Tómate esto, cálmate y cuéntame lo que ha pasado. Vincent le Blanc alzó el vaso a su salud. Aquel joven aventurero estaba vivo de milagro. De hecho, podía decirse que había vuelto a nacer. Acusado en Mequinez de haber profanado reliquias moras, estuvo a punto de ser ajusticiado por el emir local. Fue el propio Abdelmalik quien intercedió en el último momento por su vida, considerándole un hombre valioso por su audacia y conocimientos. Así fue cómo Vincent le Blanc acabó convirtiéndose en una especie de consejero y en uno de los amigos de confianza del Jarife.

—Abdelmalik se ha negado a que le practique una sangría —gruñó Guilleaume, jugueteando con el vaso de brandy—. Prefiere las suras del Corán y las danzas paganas de ese vejestorio de Rachid Laraki a la ciencia conocida, como si la religión pudiera curar sus males.

—¿Una sangría? Que conste que yo también me habría negado, Guilleaume. ¿Quién es ese Rachid Laraki?

—Un santón de Tetuán, un hombre muy milagroso, según dicen. Un brujo, Vincent, un pagano engañabobos.

Le Blanc se repantigó un poco más en su silla.

—Guilleaume, tú no eres médico de verdad —rezongó, arriesgándose a un nuevo ataque de ira del marsellés que por suerte no se produjo—. Tienes algunos conocimientos de medicina, lo admito, pero nada más. Lo más probable es que Abdelmalik comiera algo en mal estado y eso se pasa en dos o tres días. Tú mismo me contaste que ayer vomitó un cuajo de queso del tamaño de un puño.

El marsellés negó con la cabeza y se acercó un poco más a él.

—Su enfermedad no se debe a algo que comió —dijo en voz muy baja —. ¿Aún no lo entiendes, Vincent?

—¿Qué es lo que debo entender?

—El problema de Abdelmalik ya no está en su estómago, sino en su sangre. Lo peor es que no podemos ni insinuarlo: si lo hacemos,

nuestra cabeza no estará mucho tiempo sobre nuestros hombros.

Le Blanc frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Guilleaume bajó el tono de voz hasta convertirlo en un susurro casi inaudible:

—Le han envenenado.

Lo único que se oía en el interior de la jaima real eran los rezos de Laraki, quien dibujaba unos extraños signos con una ramita de olivo encendida a varios centímetros de las articulaciones de Abdelmalik, que en ese momento dormía. Signos humeantes sobre los codos, sobre las muñecas, nudillos, rodillas, tobillos…

Al padre Diego Marín, embajador del rey Felipe de Castilla en la corte de Abdelmalik, aquello le pareció una parodia de extremaunción. A pocos pasos del santón, el sacerdote asistía al ritual pagano mordiéndose las mejillas por dentro. Algo así, en España, habría supuesto un castigo ejemplar por parte de la Santa Inquisición. Con lo grande que es el mundo, ¿por qué tenía que estar él en aquel nido de moriscos, renegados, infieles y brujos? En silencio, el padre Marín maldijo su destino.

El sacerdote pasó revista a los allegados del Jarife presentes en la tienda. En la esquina más alejada, Solimán del Pozo, apoltronado en unos cojines forrados con las mejores sedas, rumiaba desde hacía horas el vergonzoso fracaso de su carga. Por suerte para él, Abdelmalik estaba demasiado ocupado muriéndose para prestar atención a las estúpidas hazañas bélicas de su caballerizo mayor, que le habían costado un precio considerable en hombres y caballos.

Junto al lecho de Abdelmalik, supervisando cada uno de los movimientos del santón, se encontraba Reduán, su chambelán. Otro renegado, pensó el padre Marín, este portugués. ¿Qué fuerza oculta ejercía el Islam sobre los cristianos para que estos lo abrazaran voluntariamente y renunciaran de por vida a la verdadera fe? ¿Qué estaba pasando con el cristianismo? Eran muy pocos los musulmanes que abandonaban sus creencias para hacerse cristianos; y de esos, tres cuartas partes lo hacían por obligación y mantenían su culto a escondidas. Algo fallaba en la fe de Cristo, eso era seguro.

A continuación desplazó la vista hacia dos hombres que conversaban en voz baja, algo alejados del biombo que separaba el espacio

personal del Jarife del resto de la jaima. Uno de ellos era Mahmud el Taba, un hombre rubio, de ojos azules y misterioso pasado que hablaba el árabe con tal perfección que nadie era capaz de averiguar su procedencia, dato que él mismo mantenía en secreto. Aquel enigmático personaje había llegado a ser nombrado comandante de los renegados europeos al servicio de Abdelmalik. Su contertulio era Hazem de Macedonia, un experto tirador y jinete. Hazem tenía seis mil arcabuceros a caballo a sus órdenes, prestos a combatir a las huestes del rey Sebastián bajo la bandera de la media luna.

Más renegados. Traidores malnacidos. Por suerte, el rey Felipe estaba al tanto y movía sus hilos desde España ayudado por la mano de Dios y una red de espías que le mantenía informado en todo momento de lo que acontecía en Europa y África.

Las cortinas que hacían de puerta de la jaima real se abrieron para dar paso a la figura acorazada de Muley Ahmed, el hermano menor de Abdelmalik. Todos le saludaron llevándose la mano al corazón, la boca y la frente. Solimán del Pozo se levantó de los cojines en señal de respeto. Muley Ahmed les devolvió el saludo y rodeó el biombo tras el que yacía el Jarife, quien abrió los ojos como si le hubiera visto venir en sueños. Laraki, el santón, interrumpió sus rituales obedeciendo a una señal de Reduán. Muley Ahmed sonrió mientras evaluaba el estado de su hermano. Era poco menos que deplorable. Abdelmalik hizo un esfuerzo y le devolvió una sonrisa cansada.

—Mi hermanito pequeño… —susurró.

—Tienes buen aspecto, mi rey —mintió Muley Ahmed—. Pronto estarás bien.

Abdelmalik sorprendió a todos incorporándose sobre un codo y agarrando el guantelete de acero de su hermano.

—Ahmed, dime que los portugueses se retirarán sin presentar batalla…

El padre Marín, algo alejado de la escena pero atento a la conversación, conocía de antemano la respuesta de Muley Ahmed. Por mucho que el Jarife deseara evitar el absurdo enfrentamiento militar con Sebastián, había muchos intereses ocultos que harían inevitable la batalla. Muley Ahmed le cogió la mano a Abdelmalik.

—Ojalá pudiera decirte lo contrario, hermano, pero no: todas las conversaciones han sido suspendidas y los emisarios despedidos. Si Alá no lo remedia, las aguas del Loukos se teñirán de sangre muy

pronto.

Abdelmalik se dejó caer sobre el colchón, con la mirada fija en el techo.

—Les ofrecí Larache como regalo de buena voluntad y Sebastián lo despreció. ¿Qué más tengo que hacer para evitar esta estúpida guerra?

—Ya es tarde para evitarla, hermano, pero no temas: venceremos. Les superamos en número y Alá está con nosotros. Tú descansa tranquilo y aguarda la gloria mientras te recuperas…

Reduán, el chambelán, decidió que aquella conversación no le incumbía al santón y lo despidió de la tienda.

—Con vuestro permiso, saldré un rato afuera —se excusó Laraki, retirándose entre reverencias—. Seguiré rezando por nuestro rey.

El viejo salió de la jaima real caminando de espaldas. Solimán del Pozo, que se encontraba cerca de la entrada, siguió sus pasos con recelo. Aquel vejestorio harapiento con pinta de loco no le gustaba un pelo. Mientras tanto, detrás del biombo, los dos hermanos continuaban con su conversación ante la mirada silenciosa de Reduán, que asistía a ella como un convidado de piedra.

—¡Qué triste es que el fin de mi reinado sea un baño de sangre! —se lamentó Abdelmalik—. Prométeme que si muero, no dejarás que el reino se desintegre en luchas sucesorias que conviertan en inútiles los sacrificios de nuestra familia y la sangre derramada por nuestros soldados…

—¡No vas a morir, hermano! —le reprendió Ahmed—. ¡Y olvida tus preocupaciones! Los portugueses se retirarán al ver la grandeza de nuestro ejército. Puede que Sebastián esté loco, pero no los oficiales que le acompañan. Lo más probable es que se vayan por donde han venido, con el rabo entre las patas como perros sarnosos que son. Y si no se retiran, peor para ellos, sufrirán una derrota humillante. Apresaremos a los supervivientes y su libertad servirá de moneda de cambio para recuperar las plazas perdidas. Descansa, hermano: nos aguardan días de victoria.

El padre Marín salió discretamente de la jaima real, dejando que los dos hermanos siguieran creyendo que eran dueños de su destino. Le entraron ganas de echarse a reír. Atravesó el campamento hasta que un centinela le dio el alto. Se identificó como embajador de Castilla, alegó que iba a rezar a las afueras del castro y no tuvo mayor

dificultad para salir. No tardó en localizar el punto de encuentro de su cita: un gran árbol muerto que se destacaba del resto por su tamaño y fealdad. El lugar estaba desierto y era de lo más siniestro. Como Jesús en Getsemaní, el padre Marín esperó, rezando a Dios Nuestro Señor.

Andrea Gasparo Corso saludó con la mano al último centinela del campamento de Abdelmalik, dejando tras de sí la luz de las antorchas para sumirse en la oscuridad que rodeaba el despliegue de jaimas. El soldado siguió con la mirada la rechoncha silueta del extranjero, sabedor de que tenía permiso del Jarife para ir con libertad adonde quisiera. ¿Por qué al poderoso Abdelmalik le gustaba tanto rodearse de infieles, conversos y traidores? Solo Alá lo sabía. El centinela suspiró. Él no era más que un guerrero destinado a dar la vida por su rey, así que desterró sus inquietudes y se concentró en su guardia. Al fin y al cabo, para eso le pagaban su miserable soldada.

Gasparo Corso caminó en la noche sin dar un tropezón, presintiendo los obstáculos como un murciélago. Envuelto en su capa, se dirigió hacia el árbol muerto donde le esperaban, esquivando piedras y ramas caídas. Para quien no le conociera, Gasparo Corso podría pasar por un panadero de pueblo bien vestido, a quien las galas le sentaban como a Cristo un alfanje. Ni siquiera sus refinados ropajes eran capaces de realzar su aspecto vulgar.

Era un hombre de estómago abultado por la gula y cabeza calva y redonda, tocada casi siempre por un sombrero demasiado alto que intentaba disimular su baja estatura. Sus facciones regordetas lucían una sonrisa permanente que no era más que una máscara de falsedad. Unos ojos ladinos y brillantes centelleaban en un rostro poco agraciado. Era difícil imaginar, a simple vista, que Gasparo Corso era uno de los hombres más influyentes de todo el Mediterráneo. Y precisamente ese aspecto corriente era para Andrea su mejor baza. Un lobo con piel de cordero y magia de camaleón, capaz de pasar desapercibido en mitad de una manada de leones hambrientos.

Andrea Gasparo Corso era el pilar mayor de una red de espías compuesta por hermanos y parientes, que controlaba cualquier movimiento político y comercial entre Europa, África y Turquía. Sus hermanos Francesco, Mariano y Filippo controlaban la información desde Valencia, Barcelona y Marsella, entre otras bases. En África, Andrea se encargaba de Berbería, y su pariente, Mami Corso, de lo que se cocía en Argel. Desde cada una de esas ciudades iban y venían emisarios, correos, espías e informadores que mantenían a los Corso al tanto de cualquier acontecimiento que pudiera suponer un beneficio para ellos o sus contratantes.

A lo largo de los años, la familia Corso había logrado afianzar férreos lazos de amistad —y de traiciones encubiertas— que abarcaban desde lo más bajo de la sociedad hasta lo más alto de la realeza, lo que les convirtió en un clan tan influyente como peligroso. Andrea Gasparo Corso no estaba en el campamento de Abdelmalik por casualidad. Cumplía una misión encomendada por el mismísimo rey Felipe de Castilla, quien conoció a Andrea y a su hermano Francesco unos años atrás, cuando obraron de intermediarios en un intento de atraer a la Corona Española al beylerbey de Argel, Alí Bajá, también conocido como Uchalí el Tiñoso, ofreciéndole un marquesado en su Calabria natal a cambio de su deserción. A pesar de no conseguir sus propósitos, el rey Felipe entabló una relación de interesada amistad con los Gasparo Corso. Era mejor tenerlos de su lado que contra él. En esta ocasión, la misión de Andrea en la corte de Abdelmalik era especialmente artera y malvada.

El padre Marín intuyó los leves pasos de Andrea en la noche, pasos que precedieron a la aparición de su silueta achaparrada. A pesar de la oscuridad, el religioso vislumbró su sonrisa de serpiente. Fue el propio Felipe de Castilla quien nombró a Andrea Gasparo Corso ayudante personal y traductor del padre Marín, quien aceptó su ayuda con la resignación y obediencia que exigía su cargo de embajador de la Corona. Para Marín, la compañía del espía era aún más desagradable que convivir entre renegados y sarracenos.

—Me estaba impacientando —masculló, sin disimular su irritación.

Andrea no alteró su sonrisa, a pesar de saber que no era santo de la devoción del sacerdote.

—Tuve que reunirme con alguien antes de venir —se disculpó—. Los buenos trabajos hay que pagarlos con presteza. No podréis quejaros de cómo están yendo las cosas…

—¿Ya habéis pagado al asesino? Abdelmalik aún sigue vivo… El corso emitió una risita ronca.

—No por mucho tiempo, excelencia.

El padre Marín se recostó en el árbol muerto. En cierto modo, Gasparo Corso le daba miedo.

—¿Cómo ha podido acceder vuestro asesino al Jarife? Ese brujo, Rachid Laraki, no se separa de él desde hace tres días. Ni él, ni Reduán. Es como si Abdelmalik tuviera tres sombras…

Andrea amplió su sonrisa aún más.

—¿Quién creéis que trajo a Laraki al campamento, padre? Marín tardó varios segundos en reaccionar.

—¿Vos?

—Nadie mejor que él para hacernos el trabajo sucio. Laraki arrastra consigo la fama de ser el mejor curandero de Berbería, un hombre íntegro, un fervoroso siervo de Alá, alguien en quien se puede confiar… —El espía se encogió de hombros—. Es una pena que un buen montón de ducados y unas promesas falsas tuerzan el camino de un santo para convertirle en un asesino, pero la vida es así…

El padre Marín elevó la vista al cielo. Dios, ¿por qué tengo que meterme en estas intrigas tan mezquinas? El cielo, como de costumbre, no le respondió.

—¿Creéis que el plan de nuestro rey Felipe saldrá bien, Gasparo?

—Con toda seguridad, padre —afirmó Andrea—. Una vez muerto Abdelmalik, Muley Ahmed recibirá la corona y romperá el vínculo que une a su hermano con el turco, y ya sabéis que los lazos de Muley Ahmed con nuestro rey son fuertes. En lo referente a Sebastián, no hay de qué preocuparse. Está demasiado ofuscado con su estúpida cruzada para ver que sus ejércitos van a ser masacrados. Los posibles sucesores a la corona portuguesa viajan con él y correrán su mismo destino. El rey Felipe se coronará rey de Portugal, como está previsto, y su alianza con Muley Ahmed le proporcionará el control de todo el Mediterráneo. Un control pacífico y muy rentable para la corona de Castilla.

El padre Marín suspiró. En un gesto mecánico, besó la cruz de oro que llevaba colgada al cuello.

—Confío en que Dios nos perdone por esto…

—La voluntad de Felipe es la voluntad de Dios, no lo olvidéis. Lejos del árbol muerto, en el centro del campamento, los gritos de dolor de Abdelmalik resonaron en la noche una vez más.

CAPÍTULO IV

4 de agosto de 1578

LA MADRUGADA DE ESE DOMINGO pareció no tener fin para el ejército del rey Sebastián. A excepción de las mujeres y los niños que viajaban en el bagaje, en la retaguardia, nadie pegó ojo. El vado reconstruido por los soldados soportó el peso de las piezas de artillería y de los carromatos más grandes, y aún no había amanecido cuando el último soldado dejó atrás las aguas del Makhacen. Tan solo las unidades de caballería, al mando del propio Sebastián, quedaron en la otra orilla, a la espera del resto de los jinetes de Muhammad procedentes de las cabilas del norte. En algún lugar, más allá de la impenetrable negrura de la noche, se encontraba el campamento de Abdelmalik. A pesar del cansancio y la falta de sueño, la moral de las tropas cristianas estaba alta. La carga fallida de los jinetes de Solimán del Pozo había elevado los ánimos de la soldadesca hasta las barbas de San Pedro, prodigando bravuconadas y presagios de victoria. En cambio, los oficiales se mantenían más reservados al respecto. Sospechaban —y con acierto— que aquel precipitado ataque de la caballería no había sido más que el fallo de algún gerifalte ebrio de entusiasmo, nada que llevara a suponer que el resto de los ejércitos del Jarife fueran a actuar de forma parecida.

Fue poco antes de que el sol asomara por el este cuando se dio la voz de alto. Los tercios fueron desplegados en formación de combate y las órdenes se propagaron por las filas como regueros de pólvora. A unas mil seiscientas varas por delante de la vanguardia se desplegaba una muralla interminable formada por hombres, caballos y pendones al viento. En la penumbra de los minutos previos al amanecer, las siluetas de las tropas moras asemejaban ánimas recién salidas del purgatorio.

Alonso Teixeira confundió el latido de su corazón con el repicar de un tambor de guerra. El sol naciente en el horizonte comenzó a iluminar la inmensa explanada donde ambos ejércitos se veían las caras por primera vez. Era una luz espectral, en lo que iba a ser un día diáfano que ahora lucía los brochazos rojizos y anaranjados de la alborada. Tinieblas desgarradas por el astro rey, como ropajes ardiendo.

Ferrante formó a sus arcabuceros justo al lado izquierdo de la infantería, que mantenía sus picas en alto, ensombreciendo aún más la tenue luz del alba.

—No encendáis las mechas todavía —advirtió—. Aún falta para que entremos en combate.

Alonso contempló el área de tierra que se extendía ante él, comprobando que el horizonte allí también permanecía oculto por las siluetas de miles de jinetes. El tercio de Don Francisco de Távora al que pertenecía formaba la retaguardia, sí, pero esta se vería expuesta desde el primer momento al enemigo. Alonso no entendía de tácticas militares, pero no había que ser un genio para darse cuenta de que estaban flanqueados de antemano. Lo que dijeron los fronteiros de Arcila resultó ser cierto: había caballos por doquier. Ferrante, a su izquierda, miraba al frente con el rostro transformado en una máscara de piedra. A su lado, Luis Veira le guiñó un ojo a Alonso.

—Tranquilo. Igual nos largamos de aquí sin pegar un tiro. Diego de Sessa alargó el cuello desde atrás.

—¿Por qué dices eso, Luis?

—A ojo de buen cubero, los moros nos superan en tres a uno. No creo que los oficiales sean tan insensatos como para presentar batalla…

—¡Silencio en las filas! —ordenó Ferrante, lanzando una mirada corrosiva a Veira—. ¡No quiero oír ni una sola palabra más!

Tadeu, uno de los silvenses, se apoyó en su arcabuz. Su cara era un poema.

—Dios te oiga, Luis —susurró en un hilo de voz que no fue oído por el cabo, quien seguía contemplando al enemigo con expresión indescifrable.

Conforme el sol ascendía en el horizonte, las siluetas de los jinetes musulmanes se definieron en forma y color a pesar de la distancia. Soldados acorazados, amparados por banderines y estandartes bordados con medias lunas y suras del Corán, aguardaban la hora de la batalla, inmóviles como pinturas al óleo. Don Francisco de Távora, que espoleaba un caballo sin más armadura que una silla de montar de cuero y una manta con los colores de su casa, rodeó todo el despliegue cristiano, pasando revista a los miles de hombres y bestias que formaban el ejército invasor. Intentó convencerse a sí mismo de que su espíritu y valor eran más altos que los de la gigantesca horda que lo rodeaba.

Tres tercios componían la vanguardia que se enfrentaba cara a cara con la descomunal formación de media luna de los jinetes de Abdelmalik: en el centro, el tercio de fronteiros de Don Álvaro Peres de Távora, expertos combatientes que sentían la tierra que pisaban como si fuera parte de ellos mismos. A la izquierda de este tercio

principal, se encontraban los castellanos de Don Alonso de Aguilar; a su derecha, el tercio alemán de lansquenetes de Martín de Borgoña, señor de Tamberg, uniformado con brillantes colores y armaduras pulidas a espejo. Varias filas de arcabuceros irlandeses e italianos, comandados por Thomas Stukley y Hércules de Pisa, protegían los flancos de los piqueros. Francisco de Távora se sintió satisfecho con esa formación frontal: eran los más veteranos, soldados con muchas batallas a sus espaldas que sabrían contener una carga de caballería como Dios manda.

En el ala derecha del ejército, justo detrás de los alemanes, se encontraban los tercios comandados por Don Vasco de Silveira y Don Miguel de Noronha. Los soldados elevaron sus picas y arcabuces al paso del de Távora, quien los saludó elevando su espada al cielo.

Rodeando la formación, Francisco de Távora contempló el bagaje, formado por los carromatos donde viajaban los no combatientes: religiosos, escribanos, intendentes, mayordomos y las esposas e hijos de los mercenarios, que viajaban con ellos exponiéndose a una muerte prematura o a una vida como esclavos en caso de ser capturados por el enemigo. Tres filas de arcabuceros protegían a los civiles, que en ese momento guardaban silencio a la espera de acontecimientos.

El ala izquierda del ejército, encabezada por los castellanos de Alonso de Aguilar, estaba reforzada por el tercio de don Diego Lopes Sequeira y por el comandado por el propio Francisco de Távora. El oficial tiró de las riendas y se acercó al paso a su tercio, examinándolo una vez más. Soldados bisoños, en su mayoría, que contemplaban las filas moras con una mirada que al de Távora se le antojó vacía. Entre los arcabuceros que protegían el flanco del tercio reconoció a Ferrante Avalos, con quien había departido en varias ocasiones en jornadas pasadas. Al pasar frente a él con su caballo, le dedicó un fugaz saludo.

Cuando don Francisco de Távora se alejó, un silencio de camposanto reinó entre sus soldados. Ferrante se volvió hacia sus hombres y les dedicó una sonrisa con la que no pudo disimular el velo de preocupación que empañaba su rostro.

—Espero que esto empiece cuanto antes —murmuró Alonso, con las tripas revueltas por el miedo.

—Yo espero que esto no empiece nunca —le replicó Antonio Expósito.

Vincent le Blanc espiaba a los ejércitos desde lo alto de una colina, bastante alejado del frente. Armado con una pluma, un tintero y un

buen montón de pliegos en blanco, el aventurero se había propuesto documentar la batalla. Desde su posición, veía las piezas de artillería de Abdelmalik ocultas en un maizal, apuntando directamente a la vanguardia cristiana. En aquellos momentos, los cañones del ejército de Sebastián se desplegaban frente a las filas del tercio de Alonso de Aguilar. Le Blanc contó treinta y seis, entre pesados y ligeros. De repente, captó un suave sonido de pisadas a su espalda. Sobresaltado, volvió la cabeza para descubrir el sonriente rostro redondo de Andrea Gasparo Corso.

—Disculpad si os he asustado —se excusó el espía, inclinando la cabeza a modo de saludo.

Vincent le Blanc le devolvió la cortesía y volvió a enfocar su atención hacia el campo de batalla. El corso se plantó a su lado, sin abrir la boca. Tras unos instantes de incómodo silencio, Le Blanc rompió el hielo con una reflexión en voz alta:

—¿Cómo pudo saber Abdelmalik el lugar exacto por donde el enemigo cruzaría el río?

Gasparo Corso amplió un poco más su sonrisa, pero Le Blanc, concentrado en el despliegue de las tropas, no lo apreció. Un agente doble había filtrado la información —falsa, por supuesto— de que el puente que cruzaba el Makhacen estaba cargado de barriles de pólvora. Lo que más gracia le hacía al corso era que, en lugar de pólvora, esos barriles contenían granos de trigo. La estratagema había surtido efecto, y el ejército de Sebastián de Portugal no solo había perdido una noche reconstruyendo un viejo vado, sino que había avanzado por donde los moros querían. La información es un arma más poderosa que la artillería, se dijo.

—No veo a la caballería de Sebastián… —comentó Gasparo Corso, barriendo el campo de batalla con sus ojos.

Como respondiendo a su reflexión, una bandada de aves remontó el vuelo al otro lado del río, a la vez que el eco del retumbar de la tierra hizo vibrar el suelo pedregoso sobre el que se erguían Le Blanc y él. El sonido creció en intensidad hasta evolucionar en un estruendo.

—Ahí llega —respondió Le Blanc.

La aparición de los jinetes cristianos levantó una polvareda similar a una tormenta de arena. Al frente de ese simún, el propio Sebastián de Avis galopaba a lomos de su caballo blanco, ambos engalanados con una exquisita armadura que realzaba la belleza de la estampa. El

yelmo emplumado de Carlos I cubría su cabeza por completo, dándole aspecto de ángel vengador.

Los tres regimientos de caballería llegaron a la vez al campo de batalla: el comandado por el Rey, el del duque de Aveiro y el de Muhammad, estos últimos alzando al unísono sus arcabuces hacia el cielo mientras gritaban parrafadas en árabe que ni Alonso ni los demás integrantes de su tercio entendieron. Aquella aparición al galope fue confundida al principio con una carga, lo que hizo retroceder a las primeras filas musulmanas, sobrecogidas por el fragor de los caballos acorazados. Desde atrás, los moros empujaban a las filas delanteras, y los que insistían en recular eran ajusticiados sobre el terreno y reemplazados por otros. Los tercios cristianos levantaron sus arcabuces e hicieron cimbrear las picas en señal de bienvenida.

Alonso hinchó el pecho, respirando aquel polvo que tenía sabor a victoria. Hasta la expresión de Ferrante había dejado de ser la de una estatua para tornarse en una sonrisa de satisfacción. Allí estaba su Rey, galopando a lomos de su imponente montura mientras apuntaba su espada hacia las filas moras. La percepción de Alonso quedó magnificada por la admiración, sintiendo en lo más profundo de su alma que Sebastián era realmente el adalid de toda la Cristiandad, un líder invencible tocado por la mano omnipotente del Altísimo.

Aunque él no fue consciente de ello, justo en ese momento su vida cambió para siempre. Se unió al vocerío general, más seguro que nunca de que iban a vencer. A pocas varas de donde él se encontraba, Sebastián de Portugal encabritó a su caballo, deteniendo así a toda la caballería. Los jinetes comenzaron a formar en los flancos del ejército y en la vanguardia: la caballería del Rey quedó en el ala izquierda, la del duque de Aveiro formó delante de los fronteiros de Álvaro Peres de Távora, y los jinetes de Muhammad se posicionaron en el ala derecha.

Antes de formar a sus jinetes, Muhammad se permitió la osadía de trotar, acompañado por varios de sus oficiales, por delante de las filas del ejército de Abdelmalik. Con sus estandartes al viento, Muhammad instó a las tropas enemigas a que desertaran y se unieran a él en su batalla contra el Jarife. Su arenga no tuvo el éxito esperado, y los pocos imprudentes que lo intentaron fueron pasados a cuchillo sin piedad. Con su cara teñida de color rojo fracaso, Muhammad regresó al ala derecha del despliegue portugués. La arrogancia había dado paso a la vergüenza. El mediodía llegó con ambos ejércitos enfrentados cara a cara. En el bando cristiano, el ángelus dio paso a una misa, mientras los moros, volviéndose hacia la Meca, invocaron el

poder de Alá.

Las primeras negociaciones tuvieron lugar alrededor de las cuatro de la tarde. Una comitiva encabezada por Hazem de Macedonia abandonó las filas moras para encontrarse a mitad de camino con el cortejo cristiano, dirigido por Álvaro Peres de Távora y Francisco de Aldana. A la sombra de las banderas blancas, los diplomáticos entrecruzaron argumentos: por su parte, Abdelmalik ofrecía a Sebastián la posibilidad de retirarse de forma honrosa. Era una oferta generosa, teniendo en cuenta que el ejército musulmán les superaba de forma aplastante. Por desgracia, Sebastián exigía la rendición incondicional de Abdelmalik. Sin posibilidad de acuerdo, ambas comitivas regresaron decepcionadas a sus filas.

Mientras tanto, en su campamento, Abdelmalik había abandonado su litera desoyendo las recomendaciones de Rachid Laraki y de Reduán. Tocado con una armadura ligera —la acorazada, mucho más pesada, fue incapaz de ponérsela—, ordenó que le subieran a su caballo. Acompañado en todo momento por Solimán del Pozo, cabalgó hasta la retaguardia de sus tropas. Hazem de Macedonia le interceptó por el camino.

—Gran Jarife, el enemigo rehúsa retirarse. Habrá lucha.

Abdelmalik reflejó el disgusto en su expresión. El color de su piel oscilaba entre el amarillo y el verde. Solimán del Pozo y Hazem de Macedonia intercambiaron una mirada elocuente: a pesar de estar a lomos de su montura y ataviado con equipo de guerra, el monarca saadí estaba más muerto que vivo, era un milagro que no se desplomara a la vista de todos. Si eso llegaba a suceder, la moral de las tropas se desmoronaría como un castillo de arena y puede que hasta el alto mando reconsiderara la oferta de Muhammad. ¿Qué pasaría con los turcos si caía Abdelmalik? El lazo que unía al Jarife con Turquía era más personal que político. Solimán sintió un nudo en la garganta imaginando a los temibles jenízaros abandonando el campo de batalla o, aún peor rebelándose contra el sucesor de Abdelmalik si este no era de su agrado.

—Démosles más tiempo para reflexionar —jadeó Abdelmalik, agarrándose a las bridas de su montura como si le fuera la vida en ello —. Parlamentaremos de nuevo antes del anochecer.

Hazem y Solimán cruzaron una nueva mirada. Ambos sabían que Sebastián nunca se echaría atrás. Habría batalla, por mucho que Abdelmalik deseara lo contrario.

—Voy a ofrecerle otra vez Larache a Sebastián —continuó el Jarife, clavando su mirada en Solimán del Pozo—. Si vuelve a arrojarme mi regalo a la cara, mañana por la mañana se teñirán de sangre las aguas del Makhacen.

—Sugiero que hablemos de esto en la jaima real, poderoso Abdelmalik —propuso el caballerizo, que quería a toda costa apartar al monarca de la vista de los soldados; era demasiado evidente que su salud pendía de un hilo—. Se hará como ordenéis.

Abdelmalik asintió, cansado, y dejó que Solimán del Pozo tomara la rienda de su caballo. En la jaima, Reduán y Muley Ahmed le ayudaron a despojarse de su armadura. A los pocos minutos, el monarca saadí dormía un sueño inquieto en su litera. Laraki retomó sus rituales. El chambelán tocó la frente de su amo y se dirigió hacia donde departían Solimán y Hazem, en el otro extremo de la jaima.

—No le baja la fiebre —musitó, desolado—. ¿Cómo va a comandar la batalla en ese estado?

—Yo me encargaré de eso —afirmó Solimán del Pozo, hablando con una seguridad incuestionable; mientras arrastraba una mesa de madera repleta de mapas hasta el centro de la tienda, se dirigió a Reduán y a Hazem—. Llamad a todos los comandantes, que vengan a toda prisa. Saldremos victoriosos de esta batalla, con Abdelmalik o sin él. —El renegado cordobés levantó la vista hacia Hazem de Macedonia—. Llama también a Muley Ahmed: esto le concierne a él más que a nadie.

Hazem abandonó la tienda para cumplir la orden de Solimán. Reduán se quedó junto al caballerizo, que comenzaba a colocar sobre un mapa pequeñas piezas de madera que representaban a sus ejércitos y a los del enemigo. El chambelán, tras unos minutos de silencio, tartamudeó:

—¿Creéis que Abdelmalik no llegará a mañana?

Solimán del Pozo contestó sin dejar de desplegar piececitas sobre el tablero.

—Viva o muera, su espíritu estará en la batalla.

Sin entender muy bien lo que el caballerizo mayor acababa de decir, Reduán asintió y regresó al lado de su señor que, más que dormido, ya parecía muerto.

Por la tarde, los cristianos habían montado tan solo unas pocas

tiendas, entre las que destacaba la imponente carpa de Sebastián de Portugal. Dentro de ella, el alto mando discutía lo poco que el joven monarca dejaba discutir. La suerte estaba echada desde mucho antes de partir de Lisboa: ofreciera lo que ofreciera Abdelmalik, Sebastián atacaría sin remedio.

Los comandantes no podían hacer otra cosa que intercambiar miradas entre ellos y digerir, resignados, las arengas entusiastas del joven de cabello rubio y rizado que les conducía, sin temblarle el pulso, a una batalla que tenía todos los visos de ser una derrota apabullante. Lo peor de todo era que nadie tenía el valor suficiente para decirle al rey que iban a ser masacrados por una caballería que les triplicaba en número.

—Majestad, se acerca una comitiva de emisarios portando bandera blanca —informó un sargento desde la entrada de la tienda.

Sebastián despachó a Francisco de Aldana y a Álvaro Peres de Távora.

—Espero que Abdelmalik haya entrado en razón y envíe a sus parlamentarios a anunciar su rendición. En caso contrario, ya sabéis lo que tenéis que decirles.

Los dos comandantes ejecutaron una reverencia al unísono y abandonaron la tienda, acompañados por otros oficiales que formarían la comitiva negociadora del monarca portugués. Mientras se dirigían al trote corto hacia donde esperaban los parlamentarios de Abdelmalik, Álvaro Peres de Távora contempló la muralla de caballos y hombres armados que les rodeaban en formación de media luna.

—Nunca pensé que hubiera tantos caballos en el mundo, don Francisco. ¿Habíais visto alguna vez tantos juntos?

—Los han sacado del infierno —afirmó el militar y poeta, elevando su mirada al horizonte—. Pronto anochecerá. En el peor de los casos, no habrá combate hasta mañana.

Desde su fila, Alonso vio pasar a los parlamentarios en sus monturas. Inspirado por su Rey, ya no tenía miedo. En silencio, rezó para que no hubiera acuerdo entre ambos bandos. Estaban flanqueados, sí, pero eso no sería obstáculo para vencer a los infieles; les superaban en número, pero eso tampoco le asustaba. Dios estaba de su parte, sus arcabuces abatirían a la caballería y las bestias que sobrevivieran a las balas serían ensartadas por las picas ungidas por la bendición de Nuestro Señor Jesucristo.

Con un ejército comandado por el todopoderoso Sebastián de Avis no podían perder.

Poco después, Alonso vio regresar a los parlamentarios camino de la tienda real. No tardó en recibir el rumor, procedente de la vanguardia, de que Sebastián había rechazado Larache por segunda vez. Ferrante resopló y se sentó en el suelo, justo delante de Alonso.

—Descansad lo que podáis —recomendó a sus hombres—.Mañana al amanecer nos veremos las caras con el moro.

Esa noche, ambos ejércitos durmieron a la intemperie, uno frente al otro, sabedores de que para muchos de ellos, aquel sería el último sueño que tendrían. En la jaima real, Abdelmalik se retorcía de dolor, maldiciendo a Sebastián y a la locura que le guiaba.

En la tienda real, Sebastián aguardaba impaciente el amanecer.

CAPÍTULO V

4 de agosto de 1578

LA AURORA DE ESE LUNES llegó precedida por las bendiciones de los frailes. La expresión desencajada del religioso que dibujaba la señal de la cruz en el aire con un tembloroso crucifijo de madera daba escalofríos. Alonso lo vivió como una ceremonia de extremaunción masiva y hundió la cabeza entre los hombros, como si quisiera esquivar aquellas plegarias derrotadas. Cuando el cura trémulo se marchó a bendecir a otro tercio se volvió hacia su amigo Antonio Expósito, que estaba justo detrás de él.

—Antonio, tú que fuiste fraile… ¿podrías rezar por nosotros?

Antonio no entendió a la primera la petición de su amigo.

Solo cuando se enfrentó a los rostros implorantes de sus compañeros, cuyas miradas convergían en él como si fueran una sola, vio en ellos la necesidad de una oración más. Una oración solo para ellos. Allí estaba su escuadra, con la que había partido de Lisboa y con la que ahora sentía unos lazos próximos a la hermandad. Tadeu, uno de los silvenses, le dedicó una sonrisa apagada que llegó a conmoverle en lo más profundo del alma; a su lado, Diego de Sessa ya no hacía chistes;

Joaquim, otro de los de Silves, apoyó su mano en el antebrazo de Antonio. En la fila delantera, Luis Veira había trocado su habitual gesto altivo y autosuficiente por una mirada que por un momento le hizo adivinar cómo había sido de niño, mucho antes de que la vida le empujara a asaltar viajeros en los caminos. Incluso el cabo Ferrante, los otros silvenses y los demás soldados anónimos que le rodeaban parecían estar de acuerdo en que Antonio les dedicara una plegaria.

Y con un nudo en la garganta, Antonio Expósito rezó un último padrenuestro.

Abdelmalik insistió en dirigir personalmente a su ejército en la batalla, a pesar de haber pasado la noche entre dolores y vómitos. A su alrededor, el alto mando de las tropas musulmanas intercambiaba miradas que mezclaban admiración y temor: admiración por el coraje del monarca, y temor porque era evidente que su salud empeoraba por momentos. Transportado por su guardia personal a bordo de un tahtirevan1 que le ocultaba de la vista de la tropa, Abdelmalik llegó a la retaguardia de su ejército, en lo más alto de un cerro desde el que dominaba el campo de batalla. Una vez que los gigantes negros depositaron la sofisticada angarilla en el suelo, el Jarife se apeó de ella con un esfuerzo que se reflejó en las arrugas de su rostro. Vestía una túnica bordada en oro y piedras preciosas, rematada por un hermoso turbante negro empapado por el sudor que perlaba su frente. Una cimitarra larga, engarzada con diamantes, colgaba de su cinturón de piel.

—Mi caballo —ordenó.

Fue Solimán del Pozo quien acercó su montura al Jarife, que se aferró a las bridas engalanadas con fuerza, como si temiese caer al suelo de un momento a otro. Su hermano, Muley Ahmed, le ayudó a montar. Una vez lo logró, Abdelmalik se irguió para contemplar el campo de batalla.

El padre Marín, acompañado de Andrea Gasparo Corso, sintió una admiración sincera por el mandatario saadí. A pesar de su enfermedad, mostraba una fortaleza increíble. Rachid Laraki, el santón envenenador, cruzó una mirada furtiva con Gasparo Corso y regresó al campamento. Cerciorándose de que nadie oía sus palabras, Gasparo Corso se dirigió al padre Marín:

—Es la mejoría que precede a la muerte —aseguró—. No llegará al mediodía.

El embajador de Felipe de Castilla no hizo comentario alguno. En ese momento, sentía lástima por el Jarife. Era una pena tener que prescindir de un hombre con tantas virtudes, pero él no era nadie para cuestionar los planes del Rey. Avanzando con su montura al paso, Abdelmalik llamó a Muley Ahmed:

—Acompáñame, hermano, cabalga a mi lado.

Y fue así cómo Abdelmalik pasó revista a las tropas a lomos de su caballo, dedicándoles palabras de ánimo y victoria, mientras el clamor de sus soldados hacía temblar la tierra de Alcazarquivir. En la retaguardia, Solimán del Pozo transmitió las órdenes del Jarife a los oficiales. Tras una breve arenga, los comandantes se posicionaron al frente de sus unidades.

La batalla que pasaría a la Historia como la Batalla de Alcazarquivir, o la Batalla de los Tres Reyes, estaba a punto de librarse.

Desde su posición privilegiada en lo más alto del cerro, Vincent le Blanc contempló el simple —y a la vez formidable— orden de batalla de los moros. Poco a poco, la naciente luz del sol descubrió a decenas de miles de jinetes, arcabuceros y lanceros que amenazaban con cernirse sobre los tercios cuadrangulares del rey Sebastián.

El centro de la media luna lo formaban treinta mil hombres a pie armados con arcabuces y alfanjes, entre ellos los temibles jenízaros al mando de Mohamed Taba, que encabezaba la fuerza de elite más poderosa de la infantería musulmana. Detrás de ellos, veinte mil jinetes, dispuestos de dos mil en dos mil, aguardaban a que las armas de fuego agotaran su munición para entrar en acción.

El ala derecha era dirigida por el hermano de Abdelmalik, Muley Ahmed, que comandaba a mil escopeteros a caballo, precedido por diez mil lanceros a pie. El ala izquierda, casi un reflejo idéntico de la derecha, tenía a Mohamed Zarco al frente.

En la lejanía, los estandartes se elevaron al cielo. Las tropas del rey Sebastián comenzaron a moverse.

Hasta los oídos de Vincent le Blanc llegaron órdenes en árabe, y esta vez fueron los estandartes de la media luna los que se elevaron. El sol, recién salido de su letargo nocturno, alargaba hasta el infinito las sombras de los dos ejércitos.

Las tropas comenzaron a avanzar. Lo hicieron despacio, sin prisa, como dos amantes que caminan a su encuentro. Dos amantes que

pronto se enzarzarían en un abrazo de dolor y destrucción.

A la luz del amanecer, Vincent le Blanc mojó la pluma en el tintero y comenzó a escribir los prolegómenos de la batalla.

El obispo de Coímbra, montado en su caballo, dio la última bendición al rey Sebastián, no sin antes hacerle partícipe del inquietante sueño que le había asaltado tan solo unas horas antes.

—Majestad, anoche soñé con esta batalla…

—¿Y bien, monseñor?

—En mi sueño la perdíamos…

Sebastián lanzó una mirada divertida al prelado a través del yelmo de su abuelo.

—Vos lo habéis dicho: en vuestro sueño. ¡Avanzad!

El obispo de Coímbra fue testigo de cómo la orden de marcha se propagaba de tercio en tercio, iniciándose un avance lento de las tropas que caminaban como un solo hombre. Tirando de las riendas de su caballo, el obispo cabalgó hacia la retaguardia, donde rezaría con todas sus fuerzas para que su sueño no se hiciese realidad.

—¡Encended las mechas y cuidad de que no se os apaguen!

Tanto Ferrante como el resto del tercio de Francisco de Távora caminaban con la cabeza ligeramente ladeada hacia la izquierda. Enrolladas en sus brazos, las mechas encendidas de los arcabuces estaban prestas a prender la pólvora. El ala derecha de la formación de media luna de Abdelmalik se cernía poco a poco sobre ellos. Luis Veira, que marchaba justo al lado de Alonso, llamó su atención de un codazo.

—¿Recuerdas cuando te dije que formaríamos la retaguardia?

—Alonso asintió; tenía la garganta demasiado seca para contestar—. Pues visto lo que se nos viene encima, creo que esta retaguardia se va a convertir en vanguardia de un momento a otro.

—Son muchos. Muchísimos —logró articular Alonso.

—Mantente a mi lado y recuerda: si llegamos al cuerpo a cuerpo, déjate llevar por tu instinto. Ya me gustaría a mí tener tus brazos para cortar cabezas…

El cabo Ferrante, que había oído la conversación, guardó silencio. Veira tenía razón: si los moros atacaban por el flanco, tendrían que contenerlos para que no atravesaran las líneas y llegaran al bagaje. Entre ellos y el enemigo solo se interponía la caballería del rey Sebastián, muy inferior en número a la muralla humana que se aproximaba por la izquierda, lenta pero inexorable.

El rugido de la artillería eclipsó el sonido de las miles de pisadas de hombres y bestias. Los cañones musulmanes abrieron fuego desde el pequeño maizal donde se apostaban, aunque por fortuna para los cristianos, sin demasiado acierto: las balas cayeron justo delante de la vanguardia formada por los fronteiros de Álvaro Pere de Távora, levantando columnas de piedras, polvo y humo. Tan solo el rebote de uno de los proyectiles alcanzó a la primera fila, acabando con la vida de un par de soldados portugueses.

—¡Fuego!

Esta vez, fue la artillería de Sebastián la que disparó, y con bastante más tino que la del Jarife. Los proyectiles penetraron en las filas de Abdelmalik, desmembrando a muchos hombres y causando pavor entre los soldados de infantería, que caían unos sobre otros, intentando escapar de la debacle. En el ala derecha de la vanguardia cristiana, una voz en alemán resonó por encima de la algarabía:

—¡Inutilizad esos cañones! —ordenó el duque de Tamberg a sus lansquenetes—. ¡Están ocultos en ese maizal!

Una veintena de hombres equipados con martillos, espadas y arcabuces cortos abandonó las filas a la carrera. Todos ellos portaban una bolsa en bandolera que contenía clavos de hierro dulce destinados a ser introducidos en los oídos de los cañones para dejarlos inservibles. Los arcabuces ladraron desde el campo de maíz, acabando con uno de los lansquenetes. Sin amedrentarse por el fuego enemigo, los mercenarios alemanes continuaron avanzando. Mientras tanto, los artilleros del Jarife trataban de recargar a toda prisa sus cañones.

Ambos ejércitos proseguían su avance. No tardarían en estar al alcance de los arcabuces. Desde su posición, Ferrante y sus hombres no quitaban ojo a los lanceros que se acercaban cada vez más por su izquierda. De repente, detrás de estos, comenzó a levantarse una polvareda de lo más inquietante.

—¿Qué cojones es eso? —se preguntó en voz alta Diego de Sessa.

—Caballería —dijo Ferrante—. ¡Se preparan para cargar! Detrás de los

lanceros, un millar de jinetes armados con arcabuces cortos rodeó sus propias líneas en busca de un ángulo propicio para atacar a la caballería del rey Sebastián, que avanzaba a la par de los tercios, interfiriendo la línea de tiro de los arcabuceros de Francisco de Távora y de Lopes Sequeira. Si no se movían, y rápido, sería imposible devolver el fuego enemigo.

—¿Pero qué carajo sucede? —gruñó Ferrante—. ¡Nadie da una maldita orden!

Un formidable estruendo procedente de la vanguardia siguió a sus palabras. Arcabuces moros y cristianos habían abierto fuego y, esta vez, las bajas en un lado y en otro fueron muchas. Otra segunda descarga siguió a la primera, y otra más a la segunda. Una sinfonía de gritos de dolor llegó a los oídos de Alonso y sus compañeros. Era el aullido de la batalla, el llanto de la guerra. El nerviosismo hizo presa entre los soldados del tercio de Francisco de Távora, que solo oían el fragor del combate sin poder ver qué sucedía en el frente. Y para colmo de males, los jinetes de Muley Ahmed se acercaban en la lejanía, con sus arcabuces en alto.

Fue justo en ese momento cuando el sonido de quinientos caballos al galope hizo trepidar el suelo desde la vanguardia, atravesando la humareda producida por los arcabuces de la infantería. Eran los quinientos jinetes del duque de Aveiro que, anticipándose a unas órdenes que no iban a llegar nunca, decidió cargar contra los escopeteros de Muley Ahmed, a pesar de que estos les duplicaban en número. Tanto musulmanes como cristianos presenciaron, boquiabiertos, cómo los caballos cruzaban a toda velocidad por delante de ambos ejércitos. Por muy rápido que los jenízaros intentaban recargar sus armas, no tuvieron tiempo de alcanzar a ninguno de los jinetes del Duque.

El hermano de Abdelmalik fue sorprendido por la vertiginosa carga. Sus arcabuceros a caballo, centrados como estaban en la caballería de Sebastián, aún fuera de tiro, intentaron recomponer su formación para afrontar la nueva amenaza que se precipitaba sobre ellos con las espadas desenvainadas.

No fueron lo bastante rápidos.

La carga del duque de Aveiro fue brutal. Los caballeros cristianos penetraron en las filas de Muley Ahmed con la fuerza de un ariete. Los disparos de los arcabuceros erraron en su mayoría, no así las hojas de las espadas portuguesas. A pesar de ser quinientos contra mil, los

moros caían a cientos, lo que hizo retroceder a los lanceros a pie, que contemplaban la masacre a unas doscientas varas de donde se producía el choque de bestias y hombres. Para los escopeteros de Abdelmalik, era difícil apuntar sin abatir a un compañero, y los caballos, asustados, se encabritaban y hacían caer al suelo a sus jinetes. Muley Ahmed profirió una maldición y tiró de las bridas de su montura.

—¡Retirada!

Los tercios que formaban el ala izquierda del ejército de Sebastián lanzaron gritos de entusiasmo ante la audacia del duque de Aveiro que, envalentonado por su propia hazaña, cargaba ahora contra los lanceros de Muley Ahmed, con tanto ímpetu que estos soltaban las lanzas y corrían en desbandada. Mientras tanto, en la vanguardia, nuevas descargas de arcabuces causaban bajas en uno y otro ejército. El combate cuerpo a cuerpo no tardaría en llegar.

Alonso, ebrio de entusiasmo, contempló el terror que la carga del duque de Aveiro había desencadenado entre la infantería de Abdelmalik. En ese momento, no tuvo duda alguna de que la cruz prevalecería sobre la media luna.

No podía sospechar que la hazaña del duque de Aveiro iba a ser el último movimiento victorioso del ejército de Sebastián de Portugal.

Desde la colina, Abdelmalik gozaba de una vista privilegiada del destrozo que el duque de Aveiro estaba provocando en el ala derecha de su ejército. A su lado, montado en un caballo negro como la noche, Reduán, su chambelán, le sujetaba por el hombro para asegurarse de que no cayera al suelo. Cerca de ellos, Solimán del Pozo estudiaba el campo de batalla, enviando destacamentos de hombres para reemplazar a los caídos, ya que Abdelmalik estaba demasiado débil para dar las órdenes en persona. El Jarife, a pesar de encontrarse peor que nunca, insistía en presenciar el combate desde su montura. Su tez era la de un hombre que lleva varios días muerto.

Un observador a caballo se acercó al trote, portando novedades del frente:

—Poderoso Abdelmalik, una veintena de enajenados han atacado las posiciones de nuestra artillería, han matado a muchos servidores y han inutilizando todos nuestros cañones. —El observador hizo una pausa—. A pesar de que luchaban como endemoniados, nuestros soldados han acabado hasta con el último de ellos.

Lansquenetes, adivinó Solimán del Pozo, conocedor de las arteras tácticas de los mercenarios alemanes.

—En esta batalla la artillería no es importante… —jadeó Abdelmalik, dirigiéndose seguidamente a Solimán del Pozo; su voz era cada vez más débil, poco más que un susurro apagado—. Envía a todos los jinetes del centro contra el grueso del ejército… vamos a aplastar a esos infieles de una vez por todas.

Solimán acató la última orden de Abdelmalik con gusto. El renegado cordobés tenía sed de victoria.

Ya no habría piedad para Sebastián de Portugal.

A pesar de su determinación, los jinetes del duque de Aveiro no estaban pasándolo demasiado bien. El desconcierto inicial de los moros había dado paso a una resistencia encarnizada por parte de estos, y las bajas entre los caballeros eran cada vez más cuantiosas. El propio duque de Aveiro había sido alcanzado en una pierna por una lanza. Así y todo, el noble seguía combatiendo con fiereza, ignorando el dolor y la pérdida de sangre.

Mientras repartía estocadas a diestro y siniestro, el duque de Aveiro captó movimiento en las filas sarracenas. Una polvareda inmensa y un estruendo digno de un terremoto precedieron a una marea formada por caballos y hombres procedentes de la retaguardia. Los ojos del Duque estuvieron a punto de escapar de sus órbitas al ver lo que se les venía encima: veinte mil jinetes, alfanje en mano, se lanzaban al galope sobre ellos.

—¡Retirada! ¡Retirada!

Los caballeros cristianos huyeron a través de las líneas enemigas recibiendo un duro castigo por parte de la infantería. Muchos cayeron de sus monturas para ser rematados en el suelo o tomados prisioneros. Quienes lograban escapar de las armas blancas eran alcanzados por el fuego de arcabuz. La gloriosa carga del duque de Aveiro quedó reducida a una sangrienta desbandada.

Tan solo cuarenta varas separaban a las vanguardias de ambos ejércitos, y las órdenes en el bando cristiano seguían sin producirse. Las bajas entre los alemanes, italianos, portugueses y castellanos eran numerosas. Ya no se oían disparos: los arcabuceros habían agotado la munición y no quedaba tiempo para recargar. Las tropas cristianas se detuvieron en seco y las picas señalaron al frente, a la espera del ataque sarraceno. Los alfanjes abandonaron sus fundas y las lanzas

apuntaron al enemigo, mientras los veinte mil jinetes de Abdelmalik daban cuenta de los supervivientes de la caballería del duque de Aveiro.

Y justo en ese momento, sin dar orden alguna y ante la estupefacción de todos, Sebastián espoleó a su caballo y cargó en solitario contra el enemigo. Francisco de Aldana, que se encontraba a su lado, presenció boquiabierto cómo el joven rey se lanzaba, espada en mano, contra el muro humano que se extendía ante él.

—Que Dios nos proteja… —murmuró Francisco de Aldana, quien gritó seguidamente—. ¡Santiago! ¡Por el Rey!

Y los caballeros de Sebastián de Portugal siguieron a su líder en su enloquecido ataque.

Muley Ahmed, al frente de los supervivientes de su regimiento de arcabuceros a caballo, remontó la colina donde se encontraba el alto mando del ejército musulmán. Muchos de sus hombres, a pesar de permanecer erguidos en sus monturas, estaban heridos de gravedad. Desde lo alto del cerro, el hermano de Abdelmalik echó una ojeada al campo de batalla y sonrió satisfecho: la formación de media luna rodeaba la vanguardia y los flancos enemigos. El dios cristiano tendría que obrar un milagro muy poderoso para darles la victoria, y Muley Ahmed no creía demasiado en los milagros.

Buscó a Abdelmalik con la mirada. La última vez que le vio estaba sobre su caballo y ahora no veía al animal por ninguna parte. No tardó en localizar el tahtirevan del rey, ahora rodeado de oficiales y consejeros por todas partes. Entre ellos distinguió a Solimán del Pozo, al padre Marín, a Reduán y, algo más apartado, a Gasparo Corso. En sus rostros se reflejaba una gran preocupación, y Muley Ahmed temió lo peor. Solimán del Pozo le interceptó de camino hacia el palanquín del Jarife, cuyos cortinajes permanecían cerrados.

—Muley… vuestro hermano ha muerto —le dijo el cordobés, sin rodeos.

—¡Apártate, quiero verlo!

Muley Ahmed corrió las cortinas con un gesto furioso. Dentro del tahtirevan, tumbado boca arriba en una litera forrada de seda, yacía el cadáver de Abdelmalik. Un hilillo de líquido negruzco resaltaba en la comisura de sus labios: el último vómito del monarca había sido de sangre. Muley no pronunció palabra. Se limitó a contemplar el rostro de su hermano, tragándose las lágrimas. Una presencia próxima a su

espalda le hizo girar sobre sus talones: Solimán del Pozo, el padre Marín y Andrea Gasparo Corso le observaban a corta distancia. El renegado cordobés tomó la iniciativa, colocando una mano afable, pero firme, en el antebrazo de Muley Ahmed. Los ojos de Solimán se clavaron en los suyos.

—No es hora de derramar lágrimas por vuestro hermano.

Ya habrá tiempo para ello cuando derrotemos a Sebastián.

—Pero…

Solimán del Pozo le interrumpió:

—Somos muy pocos los que sabemos que Abdelmalik ya goza de los placeres del Paraíso. La mayor parte de los oficiales cree que el Jarife ha sufrido un desmayo, y así debe ser hasta que termine la batalla. La noticia de su muerte podría acarrear consecuencias desastrosas para nuestro ejército: muchos de nuestros soldados podrían desertar para unirse a Muhammad, y eso significaría la derrota.

El padre Marín se acercó a Muley Ahmed, que digería las advertencias de Solimán del Pozo con rostro circunspecto.

—Felipe de Castilla os apoya —afirmó el sacerdote—. Tenéis su bendición como nuevo jarife. —El padre Marín dedicó una sonrisa amistosa al abrumado Muley Ahmed—. Contaréis con el mejor aliado que una nación pueda tener.

Gasparo Corso intervino, corroborando las palabras del embajador de España:

—El trono es vuestro, Majestad. Berbería tiene un nuevo rey y sois vos.

Solimán del Pozo asintió. Sin pronunciar palabra, Muley Ahmed recompuso su armadura y subió de nuevo a su caballo, espoleándolo hasta situarse al frente de sus jinetes, con quienes volvió al campo de batalla. No hicieron falta palabras para aceptar el trono. El cordobés se volvió hacia el padre Marín.

—Ahora solo queda que Muhammad comparta la suerte de Abdelmalik…

—Amén —respondió el sacerdote.

Todos dirigieron su vista hacia el campo de batalla, donde ambos ejércitos ya se confundían en una masa caótica que había perdido cualquier tipo de formación de combate. Los musulmanes envolvían a las tropas del rey Sebastián por todas partes, como una inmensa jauría de lobos hambrientos. Si los cristianos no se rendían, aquello acabaría siendo una masacre.

Gasparo Corso se sintió satisfecho de sí mismo. Una vez más, había cumplido su misión.

—¡Esperad! ¡Esperad un poco más!

Ferrante voceaba sus órdenes sin dejar de apuntar a la horda de jinetes que galopaba hacia ellos. Las picas de la infantería les sobrepasaban por encima de sus hombros y cabezas, perturbando su puntería. Alonso, detrás de Ferrante, era incapaz de mantener quieto su arcabuz, que se agitaba como si estuviera vivo.

—¡Primera línea, fuego! —gritó el oficial al mando.

El rugir de cientos de arcabuces siguió a la orden, y muchos jinetes enemigos fueron abatidos por las balas. La segunda fila, donde se encontraba Alonso, reemplazó a la primera. Las picas temblorosas golpeaban las cabezas de los arcabuceros, desconcentrándolos aún más. Si cargan ahora, los caballos quedarán ensartados en las picas sin remedio, pensó Alonso, preparándose para contemplar por primera vez, y muy de cerca, el espectáculo macabro de animales y hombres empalados, miembros amputados y heridas sangrantes.

Pero la caballería enemiga no tenía intención de cargar: tomando una trayectoria paralela a los tercios, los jinetes dispararon sus arcabuces antes de que la nueva orden de fuego resonara en las filas portuguesas. Alonso oyó el silbido de las balas pasando muy cerca de su cabeza. No fue alcanzado de milagro. Un segundo después, notó cómo algo pesado se desplomaba sobre su espalda haciéndole trastabillar. Al volverse, se descubrió a sí mismo sujetando el cuerpo sin vida de Ferrante, cuyo rostro estaba teñido con el rojo de su propia sangre.

—¡Al suelo!

Alonso cayó a tierra con el cadáver de su superior aún en los brazos. Justo en ese momento, una segunda descarga enemiga abatió a varios soldados de su tercio. Su salvador había sido Luis Veira, que ahora le agarraba del coleto, arrastrándole hacia el interior de las filas de piqueros, avanzando a cuatro patas.

—¡Suelta a Ferrante, Alonso! ¡Está muerto!

Alonso soltó al cabo, que quedó tumbado en el suelo junto a otros soldados portugueses. Mientras gateaban hacia el interior de las filas, él y Luis se encontraron a Antonio Expósito encogido como un conejo asustado, abrazado a un inmóvil Diego de Sessa que contemplaba la batalla con unos ojos que ya no podían ver. Tres de los silvenses habían corrido la misma suerte de Diego y yacían sin vida al lado de Antonio. A pesar de la profunda pena que le infundía la imagen de sus compañeros muertos, Alonso se sintió afortunado: aún estando en primera línea, ni él ni Luis habían resultado heridos.

—¡Antonio, ven con nosotros! —Alonso le separó a la fuerza del cadáver de Diego de Sessa; Antonio, como en trance, ni se inmutó—. ¿A dónde vamos, Luis?

—Nos refugiaremos en el bagaje —propuso este, recogiendo el arcabuz de Diego de Sessa, cuya mecha aún estaba encendida, para dárselo a Alonso—. Coge esto.

—Aún no he disparado mi arma… todavía me queda un tiro.

—Pues ya tienes dos. ¡Vamos, Antonio, espabila!

El antiguo fraile siguió a sus compañeros sin pronunciar palabra. El miedo había transformado su cara en una máscara desencajada. No tuvieron que ir contra corriente: los piqueros, desobedeciendo las órdenes de los oficiales de mantener la posición, soltaban las picas y retrocedían a la carrera. Mientras les quedara munición a los moros, la carga nunca se produciría, y ellos no eran más que un blanco estático para sus arcabuces.

Y había arcabuces de sobra para acabar con diez tercios. Aquello estaba perdido.

Muchos eran los soldados cristianos que huían en desbandada hacia el Makhacen, tan solo para ser alcanzados por la caballería que, alfanje en mano, los cazaba con una facilidad pasmosa. Mientras corría hacia el bagaje acompañado por sus amigos, Alonso no podía quitarse de la cabeza la imagen de Sebastián cargando en solitario. Solo alguien guiado por la mano de Dios podía ser capaz de una hazaña tan formidable. Alonso había quedado obnubilado por la estampa del joven monarca espoleando a su caballo mientras apuntaba con su espada al enemigo. Ni en el mejor de los grabados había visto algo así. Sin embargo, aquella huida desenfrenada de las tropas no correspondía a la imagen triunfal de su rey: o Sebastián era capaz de

obrar un milagro por sí mismo o aquello no terminaría bien.

Por fin llegaron al bagaje, donde había cientos de carruajes de todo tipo. Las bestias de tiro se agitaban nerviosas, asustadas por el fragor del combate y el ir y venir de gente a la carrera. Los tres arcabuceros se detuvieron un instante para evaluar la situación en la que se encontraban. Allí, el panorama era aún más dantesco que en primera fila. Los niños lloraban sin parar, los más pequeños aferrados a sus madres y los más mayores agachados en el suelo, con sus caritas bañadas por lágrimas de terror; los curas, arrodillados, invocaban a Dios a gritos, convencidos de que el Creador les había dado la espalda; los sirvientes de los nobles protegían a sus esposas e hijos con palos y cuchillos de cocina, conscientes de que no tendrían nada que hacer contra los moros. Tan solo varias hileras de arcabuceros, apostados detrás de unas carretas, mantenían al enemigo alejado del bagaje, aunque su reducido número presagiaba que solo sería cuestión de tiempo que los jinetes irrumpieran en el laberinto de carruajes y asesinaran a los civiles o, aún peor, los capturaran para convertirlos en esclavos.

—¡Ahí! —gritó Luis Veira, señalando una carreta cargada de fardos.

Alonso, Luis y Antonio se ocultaron bajo el carruaje. El antiguo fraile lloraba como un niño, balbuceando algo que parecía una oración. Luis le propinó una patada en la pierna que le arranco un quejido.

—¡Reacciona, sabio de los huevos! ¡Para lo que haces aquí, más te habría valido quedarte en el convento!

Alonso sujetó la pierna de Luis, que se disponía a patear de nuevo al lloroso Antonio.

—Déjale.

Luis Veira le arrebató el arcabuz a Antonio de muy malos modos.

—¡Reza al menos, si es para lo único que sirves!

Antonio Expósito salió de debajo del carro y se refugió detrás de unos cajones, con la mirada húmeda perdida en el cielo. Aquello estaba siendo demasiado para él. Alonso y Luis soplaron sus mechas y apuntaron sus armas, a la espera de que el enemigo se acercara lo suficiente. Cuando algunos de los jinetes moros se pusieron a tiro, los dos abrieron fuego a la vez. La bala de Luis alcanzó a uno en el pecho, matándolo en el acto; la de Alonso acertó al caballo del que iba justo detrás, que se desplomó arrojando a su dueño al suelo. Sin pensárselo

dos veces, Alonso cogió su arcabuz de repuesto y apuntó al moro caído, que trataba de ponerse en pie, aún conmocionado por el golpe contra el suelo. El tiro fue bueno: el jinete cayó de bruces, inmóvil. Alonso apartó la cara de la culata y se tomó unos segundos para contemplar al primer hombre que había matado en su vida.

—¡No te duermas! —le reprendió Luis, que ya recargaba su arcabuz—. ¡Esto no ha hecho más que empezar!

Alonso arrancó de su bandolera uno de sus apóstoles, introduciendo su contenido por la bocacha del arcabuz. Para su sorpresa, su mano no temblaba. Atacó la pólvora y la bala con la baqueta y apuntó a un nuevo objetivo.

—Espera a que estén más cerca —le recomendó Luis, que ya apuntaba a otro jinete.

Un arcabucero a caballo saltó por encima de una de las carretas, empuñando su arma con una sola mano y lanzando al aire gritos que llenaron de terror los corazones de los más indefensos. Alonso apuntó su arma hacia él y apretó el disparador. Para su satisfacción, el moro cayó del caballo, agarrándose la pierna. Al verle caer, un piquero abandonó la seguridad del bagaje para correr hacia donde se encontraba el moro herido, adelantando su pica como si fuera una gigantesca lanza. Ignorando el fuego enemigo, el infante portugués hundió la punta de su arma en el bajo vientre del jinete, que profirió un grito estremecedor.

—¡Qué huevos más grandes! —exclamó Luis Veira, admirando la heroica acción del soldado; un segundo después, este caía abatido por una bala—. Y qué sesos más pequeños. Al menos se ha llevado a uno por delante…

El intercambio de disparos duró un par de minutos más. Alonso y Luis habían agotado sus apóstoles, y ya tiraban de los de Antonio Expósito, que seguía rezando entre los cajones.

—No aguantaremos mucho más aquí debajo —auguró Luis, que acababa de desperdiciar uno de sus últimos tiros.

Justo en ese momento, una antorcha encendida cayó encima de la carreta que les servía de refugio. Los fardos comenzaron a arder, elevando una columna de llamas y humo al cielo. Ascuas y chispas comenzaron a llover a su alrededor. No fue el único carruaje que quedó envuelto en llamas. El enemigo intentaba hacerles salir del bagaje a toda costa.

—¡Larguémonos de aquí! —gritó Luis, agarrando otra vez a Alonso por el coleto; ambos retrocedieron unos pasos, manteniéndose detrás del carro en llamas, no lejos de los cajones donde Antonio se escondía —. Escúchame, esto está perdido. Tenemos que salir de aquí como sea, así que carga tu arcabuz y sígueme.

—¿Estás hablando de desertar? —le preguntó Alonso, incrédulo. A pesar de las circunstancias adversas, aquella posibilidad ni se le había pasado por la cabeza.

—Antes muerto que vivir como un esclavo en manos de esos salvajes. —Luis y Alonso recargaron las armas por última vez; Luis dirigió la vista a los cajones donde se había escondido Antonio, pero este ya no estaba allí—. ¿Y el cabrón del cura? ¿Dónde carajo se ha metido?

Alonso le buscó con la mirada, pero el humo y la marabunta humana que corría de un lado a otro le impedían ver más allá de diez pasos de distancia. Lo más seguro es que Antonio hubiera huido hacia el centro del bagaje, acobardado por el ataque enemigo.

—No correrá peor suerte que la nuestra —apostó Luis—.¡Vámonos!

En cuanto abandonaron la protección de la carreta ardiendo, descubrieron que la ruta hacia el Makhacen estaba tomada por la caballería mora. Los arcabuceros que defendían el bagaje eran cada vez menos, y la munición se agotaba sin remedio. Los jinetes del Jarife, muy superiores en número, descargaban sus armas una y otra vez, manteniendo a los cristianos acorralados entre los carromatos. Por suerte para Alonso y Luis, la humareda y las llamas les protegían, al menos por ahora.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Alonso.

Veira no contestó, pero su silencio fue toda una respuesta: no había adónde ir. La caballería rodeaba completamente a los tercios, mermándolos a base de fuego de arcabuz. En la vanguardia, los lanceros musulmanes avanzaban con sus armas apuntando a los piqueros que aún quedaban en pie. La caballería de Muhammad había sido diezmada, y del rey Sebastián y sus caballeros nada se sabía. Alonso se sintió miserablemente solo en medio de todas aquellas almas que luchaban por sobrevivir. Sus sueños de una gloriosa carrera militar estaban a punto de culminar en una muerte poco digna en su primera campaña.

—¡A tu derecha!

Alonso se volvió para descubrir, con horror, cómo un jinete atravesaba la humareda dirigiéndose al galope hacia ellos. El brillo del alfanje que llevaba en su mano era aterrador.

El joven se apartó como pudo de la trayectoria de la hoja curva, sin tener ocasión de disparar. Luis rodó por tierra, esquivando al caballo por un pelo. El jinete pasó de largo, atacando por la espalda a dos arcabuceros apostados tras unos cajones que ni siquiera le vieron venir; y no fue ese el único que atravesó las defensas del bagaje: aquí y allá aparecían hombres a caballo que, después de acabar con los defensores cristianos, agarraban a mujeres y niños y se los llevaban en volandas a su campamento.

El destino de esas criaturas podía llegar a ser peor que la muerte.

—¡Que no nos arrinconen! —aulló Luis, levantando su arcabuz hacia un soldado a caballo que apareció al trote entre dos carruajes.

El disparo no dio en el blanco, pero el jinete efectuó un movimiento brusco que acabó encabritando a su montura. Alonso, que se encontraba justo en el flanco del caballo, le disparó a bocajarro, abriendo un agujero en el costado del moro. Cuando cayó al suelo, Alonso le machacó la cabeza con la culata. Lo hizo una y otra vez, sin remordimiento, hasta que Luis le detuvo agarrándole del brazo.

—Ya es suficiente, ese no se levanta. —Luis le quitó el alfanje al muerto y se lo ofreció a su amigo; era un arma pesada, de empuñadura larga y hoja gruesa y curva—. Toma esto. Eres lo bastante fuerte para manejarlo y es más efectivo a distancias cortas que el arcabuz.

Alonso empuñó la espada con las dos manos. Estaba afilada a conciencia. A Luis aún le quedaba un tiro por disparar.

—Salgamos de aquí.

Aquello era más fácil de decir que de hacer. La defensa del bagaje era atravesada una y otra vez por jinetes que mataban o capturaban a alguien y escapaban sin que nadie les hiciera frente. No eran pocos los que irrumpían solo para saquear los carromatos. Sabedores de que la batalla estaba ganada, el enemigo se centraba ahora en el botín.

Muchos soldados de los tercios de don Vasco de Silveira y de don Miguel de Noroña defendían con las picas a los civiles, que trataban de refugiarse entre ellos. Era una huida en todas direcciones y en ninguna. Luis corrió hacia el lugar que vio más despejado con Alonso

siguiéndole de cerca. Unirse a cualquiera de los tercios solo significaría retrasar la muerte o la captura. Sorteando los carruajes como buenamente pudieron, lograron salir del bagaje.

Fue entonces cuando Alonso y Luis vieron a su comandante, don Francisco de Távora, cargar contra un grupo de jinetes que se aproximaba al bagaje. El noble iba a la cabeza de un grupo de espadachines portugueses que avanzaban a la carrera gritando como posesos. Varios moros cayeron de sus monturas, abatidos por ellos, hasta que Francisco de Távora fue derribado de su caballo. Varios sarracenos se lanzaron sobre él, acabando con su vida a golpe de alfanje. Luis Veira, preso de furia, disparó su último tiro hacia la caterva que cubría al noble, rezando para que su bala mandara al menos a uno de ellos al infierno. Desechando su arcabuz, recogió la espada de un portugués muerto y se lanzó hacia los moros, que ahora luchaban contra los supervivientes del destacamento.

Alonso y Luis se unieron a la escaramuza atacando a los moros por la espalda, dejando de lado el honor para dar paso a la ira. Empuñado por los brazos de cantero de Alonso, el alfanje hacía estragos entre los sarracenos. No tenía conocimientos de esgrima, pero su espada caía una y otra vez sobre el enemigo, causando heridas mortales, hasta que uno de sus ataques fue parado con maestría por uno de los jinetes desmontados. Este desvió la hoja de Alonso con facilidad, a pesar de que el golpe que iba dirigido a su cabeza podría haber partido en dos a una cabra. El moro describió un arco con su arma e hirió a Alonso en el brazo izquierdo, cerca del hombro, arrancándole un grito de dolor y rabia. Frente a él, su contrincante le obsequiaba con una sonrisa desdentada de superioridad: estaba claro que se había dado cuenta de que su adversario no tenía ni idea de esgrima. En los ojos de su enemigo, Alonso vio reflejada su propia muerte.

Fue entonces cuando Veira apareció por la izquierda del moro con una escalofriante mueca de odio dibujada en su rostro. Con un movimiento preciso y decidido, introdujo la punta de su espada por debajo de la armadura de mallas del soldado y empujó con todo el peso de su cuerpo. La fina hoja de acero atravesó al moro de lado a lado, pero por desgracia, sin tocar ningún órgano vital.

Aquello le costó caro a Luis.

El alfanje del moro describió una curva descendente y le hizo un corte profundo en la parte interna del muslo. Luis cayó de espaldas al suelo y soltó la espada. Su atacante, de pie, contemplaba aterrorizado la empuñadura que brotaba de su abdomen sin saber qué hacer. Presa

del dolor y de los nervios, parloteaba en árabe sin parar, como si hablara con la espada. Alonso aprovechó ese momento para descargar un golpe con todas sus fuerzas que esta vez no pudo detener.

La cabeza rodó por el suelo con el casco aún puesto. Ignorando los combates que tenían lugar a su alrededor, Alonso se agachó junto a Luis, que taponaba su herida con ambas manos, intentando contener la hemorragia a toda costa. Sangraba a borbotones. A pesar del dolor, Luis consiguió componer una sonrisa.

—Creo que esta es la última vez que nos salvamos el pellejo el uno al otro, rapaz.

—No digas eso —le contestó Alonso, tratando de cargar con Luis—. Agárrate fuerte…

Luis Veira se resistió, apretando los dientes en un gesto que resumía el tormento que sufría.

—Ese perro me ha dado bien, Alonso. Haz caso a un muerto, y vete tú…

—¡De eso nada! ¡Tú vienes conmigo!

Luis agarró a Alonso por el brazo izquierdo, y el aullido de dolor que soltó el joven le recordó que él también estaba herido.

—Si te empeñas en llevarme contigo moriremos los dos. ¡Suéltame!

Alonso no sabía qué hacer. Luis se quitó el cinturón de cuero y lo apretó por encima de la herida para intentar detener el reguero de sangre que ya empezaba a formar un charco en el suelo pedregoso. Cada vez había menos combates y más moros saqueando el bagaje. Los pocos supervivientes del destacamento de Francisco de Távora, dispersos, habían desaparecido del campo de batalla. Por fortuna para Alonso y Luis, el polvo y el humo les ocultaban, al menos por ahora, de la vista de los jinetes que recorrían el campo de batalla en busca de botín.

—Pero… ¿qué vas a hacer tú? ¡No puedo dejarte aquí!

Luis Veira hizo caso omiso a los lloros del joven.

—Ni se te ocurra ir por el río —le advirtió—. Esa ruta está tomada. —Luis señaló con el dedo al soldado al que Alonso acababa de decapitar —. Ponte el casco de ese perro y corre hacia esa arboleda que se ve

allí, a lo lejos. Con suerte, los moros te confundirán con uno de ellos y podrás irte de aquí…

—¡No pienso dejarte solo y malherido! —protestó Alonso.

—¿Hasta dónde piensas llegar cargando conmigo? —le retó Luis, apartándole de un empujón—. ¡Desde luego, no muy lejos! Con un poco de suerte moriré desangrado. Dicen que es una muerte dulce, mejor de la que merezco, ¡así que vete de una maldita vez!

Alonso no pudo reprimir sus lágrimas. Luis, tendido boca arriba en el suelo, le hizo un último gesto para que se fuera. Su rostro, manchado de polvo, le dedicó una sonrisa y un guiño.

—Venga, rapaz… largo de aquí.

—Al final lo conseguiste —le dijo Alonso, antes de marchar—. Dios te bendiga, amigo mío, te has redimido.

Luis soltó una risita cansada.

—Vete ya, no pierdas tiempo…

Alonso, haciendo de tripas corazón, recogió el casco del moro. No lejos de él, pasaron jinetes enemigos cargados con provisiones robadas; otros llevaban consigo mujeres y niños que chillaban y lloraban sin consuelo. Sin mirar atrás, se deshizo del coleto y de la bandolera, se colocó el casco y se dirigió a la arboleda, rezando para que el enemigo no se fijara en él. Se sintió el hombre más cobarde del Universo: había fallado a su país, a su rey y a sus amigos, y ahora corría como una rata asustada haciéndose pasar por un infiel. Mientras huía, Alonso deseó que una bala acabara con su vida de una vez por todas.

Los jinetes de Abdelmalik, que aún hostigaban a las tropas cristianas aquí y allá, no repararon en él. En medio de la polvareda su silueta, rematada por un casco moro y un alfanje, le hacían confundirse con uno de ellos. La herida del brazo le dolía mucho y no paraba de sangrar. Imitando a Luis, Alonso se quitó el cinturón de cuero y lo apretó en torno al hombro, a modo de torniquete. Su ropa, rota por varios sitios y manchada de sangre y tierra, le hacía parecer un mendigo. Caminó deprisa pero sin atreverse a correr, no fuera que algún oficial moro le confundiera con un desertor y decidiera darle muerte. La arboleda que había señalado Luis no estaba lejos y, poco a poco, la batalla fue quedando atrás.

Sin acabar de creérselo del todo, Alonso llegó al bosquecillo, que era más extenso de lo que en un principio le había parecido. Buscó unos matorrales donde ocultarse y darse un respiro. Medio asfixiado, se despojó del casco enemigo y dejó el alfanje en el suelo. Tenía la garganta seca y se sentía agotado. Por suerte, conservaba intacto su odre de agua. Con manos temblorosas, Alonso acercó el pellejo a su boca, pero lo que vio por el rabillo del ojo hizo que gran parte del agua se le derramara por la barbilla, empapándole el pecho y los calzones.

Desde su escondite, Alonso distinguió a un grupo de cuatro cristianos que acababa de llegar a la arboleda. Iban a pie y uno de ellos cojeaba, como si la pierna le doliera mucho. Se detuvieron junto a unos árboles, jadeantes. Por sus uniformes y armaduras, se trataba de oficiales y hombres de alta alcurnia. Todos empuñaban espadas largas teñidas de sangre y vestían corazas labradas con heráldicas reproducidas con exquisito detalle.

Uno de ellos era un hombre bastante más joven que los demás, de cabello rubio y rizado, que iba ataviado con una llamativa armadura. Los otros tres parecían dedicarle una atención especial. Uno de los más mayores se acercó mucho a su rostro, como si examinara a conciencia una herida. Al girar la cabeza en su dirección, Alonso reconoció de inmediato al caballero de pelo rizado. Durante un segundo, su corazón se detuvo en seco, para reanudar después sus latidos a pleno galope.

Aquel joven no era otro que el mismísimo rey Sebastián de Portugal.

CAPÍTULO VI

EN CUANTO ALONSO ABANDONÓ SU escondrijo, las cuatro espadas de los caballeros se elevaron hacia él, forjando una amenaza muda que hizo que su rostro perdiera el poco color que le quedaba. Sebastián y sus tres oficiales avanzaron con lentitud, abriéndose en abanico. Alonso, que tenía la garganta seca, fracasó en su primer intento de articular palabra. Tal vez no fuera un mal final acabar ensartado en la hoja del Rey. Se lo merecía, por desertor y cobarde. El hijo del cantero se arrepintió en ese momento de no haberse quedado en el bagaje para compartir el mismo destino de sus compañeros: la muerte o la esclavitud.

—¡Majestad! —logró tartamudear, al fin—. ¡Soy portugués, Majestad!

Alonso hincó su rodilla en tierra y agachó la cabeza ante Sebastián, a la espera de un castigo que consideraba más que merecido. Lo más probable era que alguno de los nobles le acusara de desertor y, si eso ocurría, no tendría la desfachatez de defenderse. Estaba decidido a aceptar su destino con determinación. Para su sorpresa, una voz con acento español le ordenó levantarse:

—Arriba, muchacho.

Quien habló fue el caballero castellano Gonzalo Chacón, hermano del arzobispo de Toledo, que cojeaba a causa de un tiro en la pierna. En su espada se veía más sangre que acero, testimonio fehaciente de su pericia en combate.

—Este hombre está herido —observó Cristóbal de Távora, otro de los nobles, señalando con su tizona el brazo izquierdo de Alonso.

Este levantó la cabeza muy despacio, temeroso de enfrentarse a un reproche del Rey. Cuando sus ojos se elevaron lo bastante para encontrarse con su rostro, descubrió que Sebastián de Avis le dedicaba una sonrisa manchada de sangre.

—¿No has oído a don Gonzalo, muchacho? ¡Arriba!

Alonso se puso en pie y contempló de cerca a su rey, boquiabierto. Era joven, tal vez cuatro o cinco años mayor que Alonso. Su piel, muy blanca, estaba llena de churretes, y su boca, pequeña, había sufrido un golpe muy fuerte: tenía el labio superior herido y había perdido dos dientes. La sangre teñía de rojo su mentón y había salpicado su armadura. A Alonso le pareció imposible que la sangre del Rey fuera igual que la suya. De hecho, le resultaba inconcebible que Sebastián pudiera sangrar. ¿Acaso no era un ángel vengador enviado por el Señor para acabar con los infieles?

—Deberíamos ocultarnos mejor —sugirió don Francisco Mascarena, el tercer caballero que escoltaba al Rey—. Es solo cuestión de tiempo que nos localicen y me gustaría estar algo más descansado para la siguiente batalla…

—Ven con nosotros, soldado —le ordenó Sebastián a Alonso. Alonso recogió de los matorrales el alfanje y el odre de agua.

Por vergüenza, prefirió dejar en el follaje el casco sarraceno. Los caballeros intercambiaron una mirada divertida al comprobar el

tamaño descomunal de la espada mora.

—¿De dónde sacaste eso, soldado? —le preguntó don Gonzalo mientras le apremiaba a correr al interior del bosque.

—Se la quité a un moro, excelencia. Me quedé sin munición y me pareció una buena arma…

Los caballeros y el Rey soltaron una risita sin dejar de avanzar hacia la espesura. Francisco Mascarena no quitaba ojo al alfanje.

—¿Y la sangre que cubre la hoja, es cristiana o musulmana?

—Es mora, excelencia —se apresuró a contestar Alonso, que empezaba a sentirse algo más cómodo con los nobles—. Mi compañero Luis Veira y yo asistimos a don Francisco de Távora en su última batalla. Nosotros éramos pocos y los moros muchos…

—¿Qué ha sido de don Francisco? —preguntó Cristóbal de Távora, que a pesar de tener el mismo apellido no compartía lazos de parentesco con el comandante del tercio de Alonso.

—Murió, excelencia, pero no sin llevarse consigo a muchos infieles. Cayeron sobre él como lobos hambrientos.

Los nobles cruzaron miradas lúgubres entre ellos. Era evidente que las bajas habían sido muchas. Los que no habían muerto en combate ahora serían prisioneros de Abdelmalik, quien no dudaría en canjear sus vidas por riquezas o favores. Así era la guerra, un negocio más.

Por fin llegaron a una zona lo bastante frondosa para quedar fuera de la vista de los oteadores. Aquello tan solo retrasaría lo inevitable, ya que las patrullas a caballo no tardarían en peinar la región entera. El Rey y los tres caballeros se sentaron en unos troncos caídos y Alonso se quedó de pie, sin saber qué decir o qué hacer. Francisco Mascarena examinó el rostro de Sebastián una vez más. La sangre lo cubría todo y era difícil determinar la gravedad de la herida. Sin que nadie le dijera nada, Alonso se acercó al Rey, ofreciéndole su odre de agua.

—Tomad, Majestad. Limpiad vuestras heridas y refrescaos.

Sebastián de Avis aceptó el pellejo de agua con una sonrisa de agradecimiento, vertiendo parte de su contenido en una mano para lavarse la herida, que ahora se mostró tal cual era: el labio superior había sufrido el impacto de algo contundente, tal vez el pomo de una espada, llevándose por delante los dos incisivos del monarca. Ni

siquiera el yelmo de su abuelo pudo protegerle de ese golpe, pensó —no sin cierta ironía— Gonzalo Chacón, que observaba el amoratado rostro del joven a unos pasos de distancia. Sabía que el hecho de que Sebastián siguiera con vida respondía a las intenciones de Abdelmalik: ninguno de los soldados sarracenos había descargado un golpe mortal contra el rey de Portugal. Aquel mozalbete iluminado valía más vivo que muerto. A pesar de todo, Sebastián había demostrado ser un guerrero formidable, acabando con la vida de decenas de enemigos. Una vez lavada su herida, el Rey bebió un buen trago de agua. Ya saciado, cerró el odre y se lo devolvió a su dueño.

—No nos has dicho tu nombre, soldado.

—Alonso Teixeira de Lisboa, Majestad. Sebastián volvió a sonreírle.

—Me has dado en este momento lo que más necesitaba, Alonso. Ojalá pudiera recompensarte como te mereces.

Alonso sintió arder sus mejillas. Allí estaba él, vestido de harapos, recibiendo el agradecimiento del mismísimo rey Sebastián. Si vivía para contarlo, seguro que nadie le creería.

—Déjame ver tu herida —le pidió Francisco Mascarena, arrancando los pocos jirones que formaban la manga izquierda de la camisa de Alonso; el noble, que tenía conocimientos de medicina, le tranquilizó —. Te quedará una cicatriz, pero no se te saldrán las tripas por ahí. Afloja el torniquete a cada rato para que circule la sangre. —Alonso asintió, demostrando que prestaba atención a sus palabras—. ¿Te duele mucho?

—Solo un poco, excelencia.

Mascarena dio media vuelta para reunirse con el rey y los otros nobles. Alonso se quedó en su sitio, de pie, apoyado en el alfanje. Desde donde estaba, pudo oír con claridad la conversación que tuvo lugar entre los caballeros.

—Majestad —dijo don Gonzalo Chacón—, deberíais entregaros. Vuestra vida vale más que esta cruzada perdida.

—Jamás —respondió el monarca sin titubear—. Prefiero que la Historia me recuerde como un rey derrotado que como un soberano cobarde.

—¡Habéis matado a decenas con vuestra espada! —protestó don Gonzalo—. ¡Nadie podrá decir de vos que sois cobarde!

Cristóbal de Távora intervino, pronunciando unas inquietantes palabras:

—Pero, Majestad…, no tenéis descendencia, y todos los posibles sucesores al trono de Portugal han caído en el campo de batalla. ¿Qué será de nuestro reino, sin nadie que lo gobierne?

—El Señor proveerá, mi querido Cristóbal —respondió Sebastián—. El futuro de Portugal está en sus manos.

Francisco Mascarena cruzó una breve mirada con Cristóbal de Távora. Todos conocían la cabezonería del joven rey, que ya había resistido embates de personajes mucho más influyentes que los tres que se encontraban con él en ese momento.

—Majestad, os lo ruego, no lo hagáis por vos… hacedlo por Portugal. Si os entregáis, el rescate llegará pronto, y vos podréis volver a Lisboa y reinar el resto de vuestros días como un soberano querido y admirado por vuestro pueblo…

Sebastián clavó una mirada corrosiva en don Francisco de Mascarena, que no pudo evitar bajar la vista. Tras unos instantes de incómodo silencio, el Rey pronunció una frase que quedó grabada a fuego en la memoria de Alonso, que permanecía atento a lo que allí se hablaba:

—La libertad se gana con la muerte, no se compra con dinero. —Sebastián hizo una pausa larga, que enfatizó aún más sus palabras—. Nunca lo olvidéis, don Francisco.

El sonido de pisadas de caballos en la lejanía puso fin a la conversación. El rey y los tres nobles se volvieron hacia donde procedía el ruido con sus espadas en ristre. Alonso levantó su alfanje, dispuesto a morir con ellos. Al final, Dios le daba la oportunidad de redimirse de su cobardía luchando codo con codo con su Rey. Aquel pensamiento infló su orgullo y espantó su miedo. Cuál fue su sorpresa cuando una mano acorazada le arrebató el alfanje con pasmosa facilidad. Al girar su cabeza, el joven cantero se encontró con el rostro grave de Sebastián.

—Alonso, esto está perdido —dijo a la vez que sacaba una hermosa daga de su funda—. No puedes andar por ahí con esa espada: los nuestros podrían confundirte con un enemigo y los moros con un saqueador. Toma esta daga y márchate de aquí. Te será útil en el camino y podrás venderla luego para pagar tu pasaje de vuelta a Lisboa.

Alonso sostuvo la daga en su mano como si estuviera en mitad de un sueño. Debía valer una fortuna: la hoja, de unos veinticinco centímetros de largo, tenía el filo de una navaja de barbero por ambos lados; el guardamano y la empuñadura eran de oro macizo, y varias piedras preciosas remataban su acabado. Toda una obra de arte.

—Pero, Majestad…

—¡Silencio, Alonso, es una orden! —Sebastián cerró los dedos de Alonso alrededor de la empuñadura—. Vuelve a casa y cuenta a todos cómo di mi vida por Portugal.

Alonso titubeó. El sonido de los caballos se oía cada vez más cerca. Don Gonzalo Chacón le propinó un empujón sin miramientos.

—¿No has oído la orden de tu rey, soldado? ¡Vete y cuenta al mundo que caímos como unos valientes!

Alonso dio media vuelta y corrió como loco en dirección a una colina que se alzaba más allá de la arboleda. Su instinto de supervivencia le gritaba al oído que al otro lado estaría a salvo, fuera de la vista del enemigo. Cuando iba por mitad de la pendiente, giró la cabeza y vio una escena que llenó su corazón de tristeza.

Muchos moros a caballo rodeaban al rey Sebastián, que lanzaba estocadas a diestro y siniestro. A su lado, don Gonzalo Chacón y don Francisco Mascarena trataban de contener, espalda contra espalda, los embates de los sarracenos. Don Cristóbal de Távora había corrido peor suerte que sus compañeros: el noble yacía de bruces en el suelo, ensartado por una lanza.

Presa del terror, Alonso remontó la colina a gatas y se dejó caer por el otro lado, rodando por una pendiente plagada de piedras y espinos. La última imagen grabada en su mente fue la de Sebastián rodeado por varios jinetes; a pesar de su destreza con la espada, no podría aguantar mucho más. Una vez repuesto de su accidentado descenso, Alonso divisó el río Makhacen. Aferró con fuerza la empuñadura de la daga de Sebastián y juró, en silencio, que contaría al mundo entero que el rey de Portugal había muerto como un héroe de leyenda. Corriendo de matorral en matorral, sin moros ni cristianos a la vista, Alonso se dirigió al río, preguntándose si volvería a ver su Lisboa natal.

CAPÍTULO VII

ALONSO LLEGÓ A LA ORILLA opuesta del Makhacen con el alma encogida por el miedo. No fueron las embravecidas aguas del río las que le asustaron, sino el macabro cargamento que la corriente arrastraba consigo: cadáveres de hombres y mujeres a decenas, tal vez a cientos, algunos heridos de muerte y otros hinchados por el ahogamiento. Uno de ellos chocó contra Alonso mientras este braceaba hacia la orilla, abrazándose a él como un espectro sediento de venganza. Era un hombre de unos cuarenta años, con los ojos muy abiertos y la boca desencajada, a la caza de esa última bocanada de aire que nunca llegó a tragar. Alonso lo apartó, espantado. Criado en la ribera del Tajo, estaba preparado para atravesar el río por muy fuerte que fuera la corriente, pero no para esquivar una flota de muertos que hizo que el Makhacen se conociera, durante mucho tiempo, como el Río de la Podredumbre.

Las lágrimas de Alonso se mezclaron con el agua que chorreaba por su cabello largo y lacio. Jadeando, se dio unos segundos para descansar sobre el lodo de la orilla y observar el panorama desde el otro lado del río. Ni un alma por los alrededores. Mientras en el campo de batalla quedaran cristianos por apresar y mercancías que saquear, estaría a salvo. Cuando el botín se acabara, las patrullas de Abdelmalik barrerían la comarca en busca de prisioneros. Si se tropezaba con alguna, estaba perdido.

El sol todavía estaba alto en el cielo. Por desgracia para Alonso, aún quedaban muchas horas de luz. Una vez cruzado el Makhacen, se planteó qué hacer a continuación. Estaba solo, desconocía el terreno, y su equipo se reducía a medio odre de agua —que no se atrevía a rellenar a causa de los cadáveres que infestaban el río— y a una daga tan llamativa que era todo un reclamo para la codicia ajena. Para colmo, estaba herido. ¿Sería seguro intentar llegar a Arcila? ¿Y si Abdelmalik decidía atacar la Plaza tras la derrota portuguesa?

Alonso nunca se había sentido tan solo. ¿Qué habría sido de Luis? ¿Seguiría vivo? ¿Y del pobre Antonio, que había demostrado que nunca debería haber dejado la paz del convento? Alonso intentó apartar de su mente las imágenes de sus amigos muertos o prisioneros. No era hora para el llanto. Tenía que sobrevivir y empezar a moverse ahora, antes de que los moros comenzaran a hacerlo.

El norte le pareció la ruta menos descabellada de todas. Si lograba llegar a Arcila, podría tomar un barco de regreso a Lisboa o, en el peor de los casos, unirse como soldado a la milicia local y compartir su

suerte. Aprovechando que no había nadie por los alrededores, corrió todo lo deprisa que pudo. Por la posición del sol, sería alrededor de la una de la tarde. El terreno estaba sembrado de árboles que le infundían una agradable sensación de amparo. No miró hacia atrás ni una sola vez, tan solo corrió y corrió sin detenerse, ignorando el cansancio y el dolor de su herida.

Después de una hora de carrera ininterrumpida, Alonso no tuvo más remedio que pararse a riesgo de que el corazón le reventara. Aprovechó la sombra de un saliente rocoso y se acurrucó en ella. Le echó un vistazo a la herida: lavada por las infectas aguas del Makhacen no parecía tan grave como en un principio había temido. ¿Contraería la peste o algo peor por haber nadado entre muertos? Desolado, se preguntó si no habría sido mejor dejarse apresar por los moros.

—¡Eh, tú!

Alonso se levantó de un salto, con los músculos en tensión y la daga por delante. Con los ojos desorbitados por el miedo, intentó localizar al dueño de la voz entre los matorrales, pero no vio a nadie. Fuera quien fuera, había hablado en portugués. ¿Y si era el fantasma del ahogado al que había apartado como un fardo, que había regresado de entre los muertos para exigirle respeto?

—¿Eres portugués? ¿Castellano? ¿Italiano?

Alonso decidió que aquellas preguntas no eran propias de un aparecido, así que optó por contestar a pesar de que la congoja le había secado la garganta aún más.

—¡Soy portugués! ¡Sal y muéstrate de una vez!

Unos matorrales se movieron a la izquierda de Alonso, descubriendo a un hombre de unos treinta años que aparentaba más por la calvicie; su rostro, ovalado, lucía una barba corta tan oscura como los pocos pelos que quedaban en su cabeza; poseía ojos astutos, techados por cejas gruesas. Una de ellas estaba partida por una antigua cicatriz que le atravesaba el ojo aunque sin dañarlo. Su piel era muy morena, curtida por años de sol. Para colmo de males, el desconocido portaba una espada al cinto. Alonso se dijo que no podía tener un aspecto más inquietante.

—Tranquilo, muchacho, no necesitarás eso. —El hombre señaló la daga que Alonso empuñaba—. Soy portugués, como tú.

Sin dejar de apuntarle con el puñal, Alonso sopesó la situación: si aquel tipo hubiera querido matarle, podría haberlo hecho a traición, sin descubrirse. Además, la espada que portaba permanecía en su cinto y en los ojos de su dueño no leyó intención de sacarla. Algo más tranquilo, decidió entablar conversación con el recién llegado.

—No vistes uniforme —reparó Alonso—. ¿Viajabas con el bagaje?

El hombre negó con la cabeza.

—Pertenezco al Tercio de Fronteiros de don Álvaro Peres de Távora. Estuve en vanguardia, de rodelero. —El soldado señaló las ropas que llevaba, harapos parecidos a los de Alonso—. Me deshice de la coraza y del morrión y le quité estos pantalones a un muerto: eran más cómodos que los míos para salir por patas. A propósito, corres como si el mismísimo Belcebú te pinchara el culo con su tridente. Pensé que no pararías nunca.

Alonso relajó un poco más la mano de la daga.

—¿Cómo fueron las cosas en la vanguardia?

—Un desastre —reconoció el fronteiro—. Las pocas órdenes que nos llegaban lo hacían tarde y mal. Sus arcabuces nos diezmaron. Cuando nos dimos cuenta, estábamos encajonados en el bagaje… —El hombre detuvo su charla durante un segundo para señalar la daga de Alonso —. ¿Podrías guardar eso?

Tras dudar unos instantes, Alonso volvió a encajar la daga en su cinto.

—Mi nombre es Gonzalo Nuño —se presentó el fronteiro, sentándose a su lado y destapando su propio odre de agua; tenía los labios tan resecos como la garganta—. ¿Cuál es el tuyo?

—Alonso Teixeira. —El joven esperó a que el fronteiro diera un trago de agua—. Formaba parte del tercio de Francisco de Távora, en retaguardia.

Gonzalo suspiró.

—Las cosas fueron mal por todos lados. Los moros nos flanquearon desde el principio y nos rodearon en lo que se tarda en rezar un padrenuestro.

Alonso asintió.

—Tuvimos enfrente a los jenízaros. ¿Sabes quiénes son?

—Los tiradores turcos —respondió Alonso, recordando las enseñanzas de Antonio Expósito, quien había ensalzado en más de una ocasión la ferocidad de dichas tropas de élite.

—Esos mismos. Los muy bastardos disparaban tres veces antes de que nuestros arcabuceros recargaran una. Nuestro tercio cayó fila tras fila, y los turcos retrasaron el momento del choque todo lo que pudieron. ¿Para qué enfrentarse con nuestras picas si podían matarnos desde lejos? No nos quedó más remedio que retroceder.

—Algo parecido hicieron con nuestra ala, pero quienes nos atacaron montaban a caballo.

—La caballería vino después y en gran número. Antes de que nos diéramos cuenta, teníamos el bagaje cerrándonos el paso a nuestra espalda, muchos de nuestros piqueros estaban muertos y otros muchos tiraban sus armas para rendirse. Resistir solo servía para retrasar lo inevitable. Fue un caos. Al cabo de un rato, ya no sabíamos quiénes eran amigos y quiénes enemigos. No había oficiales, ni órdenes que obedecer. Los moros nos rodeaban y muchos de los nuestros se rendían nada más verlos. Lo peor fue cuando empezaron a raptar mujeres y niños…

—Pobre gente —se lamentó Alonso—. Cuando vi cómo se llevaban a los críos en volandas me quise morir…

—Si Abdelmalik muestra piedad, serán incluidos en los lotes de prisioneros cuando Portugal pague los rescates. En caso contrario, acabarán en un mercado de esclavos —el fronteiro hizo una pausa—. Solo Dios sabe qué será de ellos. Estábamos acorralados, sin saber qué hacer ni adónde ir. Al final decidí esconderme en un carruaje cargado de sacos de grano. Me hice sitio entre ellos como buenamente pude y esperé a ver qué pasaba. Por lo que oía, los combates eran cada vez más esporádicos, y conversaciones en árabe fueron sustituyendo, poco a poco, a los gritos de mis compañeros. La cosa se estaba calmando, o al menos eso parecía.

»Transcurrido un rato, una lanza atravesó los sacos por tres veces. La sentí pasar muy cerca: un sarraceno, comprobando si había alguien escondido entre la mercancía. No me pinchó por un pelo. Contuve la respiración hasta que la carreta se puso en movimiento. El muy hijoputa se llevó el carro entero…

Alonso alzó las cejas.

—¿Contigo dentro?

—Como lo oyes. Esperé hasta que el fragor de las escaramuzas se convirtió en un eco lejano. Entonces asomé la cabeza entre los sacos, confiando en no toparme cara a cara con un batallón de moros, pero el Señor estuvo conmigo: en la carreta solo estábamos el ladrón y yo. Un bellaco más negro que el caparazón de un escorpión.

—¿Y qué sucedió entonces?

El fronteiro torció el gesto y se encogió de hombros.

—No es que me enorgullezca de lo que hice, porque no es de buen cristiano atacar a traición, pero le clavé mi espada justo aquí. —Gonzalo se señaló la nuca y describió con su índice la trayectoria de la hoja, sacando la lengua como un ahorcado—. Que conste que fui piadoso, que el desgraciado murió sin decir ni mú, así que no creo que le doliera…

—¿Y no había más moros por los alrededores? —preguntó Alonso, a quién la historia del fronteiro le fascinaba.

—Alguno que otro había, pero todos demasiado ocupados con sus propias fechorías como para reparar en una carreta de grano tirada por bueyes. Arrojé al moro muerto fuera del carro y conduje hasta el linde de un bosquecillo cercano donde encontré al paisano muerto al que le quité los pantalones. Esas malditas calzas acuchilladas del uniforme no sirven para correr —apuntó—. Nadie se oculta en el campo como un fronteiro, así que me fue fácil llegar al río sin ser visto. Entonces te divisé en la orilla opuesta, corriendo como un ciervo.

—Estaba aterrado, y no solo por los moros. Atravesar el río a nado fue horrible.

—No creas que yo lo crucé volando —le recordó el fronteiro—. Yo también tuve que nadar entre los muertos; y luego me tocó perseguirte, pero bueno… al menos ya no estamos solos. Hasta aquí llega mi historia —concluyó—. ¿Y la tuya?

Alonso le relató con detalle todos los acontecimientos acaecidos desde que entraran en combate con las fuerzas de Abdelmalik hasta su huida disfrazado de moro a través de la arboleda. Sin embargo, no mencionó su encuentro con Sebastián: algo en su interior le advirtió que no era prudente hacerlo.

—Eres un hombre fuerte y valiente —dijo Gonzalo imaginando a Alonso, alfanje en mano, abatiendo moro tras moro durante su escaramuza junto a Francisco de Távora—. ¿Y adónde piensas ir ahora?

—Pensaba ir al noroeste y costear hasta a Arcila. Es mi única opción, no conozco estas tierras…

—Yo sí. Aunque nací en Coimbra, he pasado la mayor parte de mi vida en Berbería. Si seguimos juntos tendremos más posibilidades de conseguirlo: conozco el terreno, conozco las costumbres de sus habitantes y hablo su lengua mejor que el portugués —Gonzalo hizo una pausa, clavando sus ojos en Alonso—. ¿Qué dices? ¿Aceptas mi compañía?

Alonso adelantó su mano, agradecido.

—Creo que un fronteiro me vendrá bien. Gonzalo se la estrechó.

—Aún faltan unas horas para que anochezca, y este no es mal sitio para descansar hasta entonces.

—¿Vamos a viajar de noche? —preguntó Alonso, inquieto ante la perspectiva de caminar a oscuras por los campos de África.

—Es lo más prudente. Al norte de aquí hay granjas donde podremos hacernos con algo de comida y tal vez con ropajes que llamen menos la atención que estos harapos.

—¿Vamos a robar? —Alonso se escandalizó ante esa idea. Si su madre llegara a enterarse moriría del disgusto.

—Vamos a coger cosas prestadas —le corrigió Gonzalo, dulcificando la fechoría—. Es por necesidad y lo devolveremos en cuanto tengamos ocasión.

Gonzalo sostuvo la mirada acusadora de Alonso, tratando de mantener una expresión pétrea en su cara. Tras unos segundos de tenso encare, ninguno de los dos pudo evitar romper en carcajadas.

—Estoy seguro de que Dios nos perdonará por ello —rio el fronteiro.

—Dios puede que nos perdone, pero Alá… con ese lo tenemos más difícil.

Y entre risas, los dos portugueses aguardaron a que llegara la noche.

El largo camino hacia el norte se abría ante ellos, tan amenazador como la batalla que habían dejado atrás.

Durante las horas que precedieron al anochecer, Gonzalo Nuño demostró ser un compañero tan locuaz como ameno. Después de mejorar el camuflaje del refugio con unos ramajes que les mantendrían ocultos, el fronteiro resumió su vida a Alonso en menos de media hora: vino de Coimbra de la mano de su padre, un artesano del metal, viudo, que supo hacerse un hueco entre los mercaderes del zoco de Tánger. Por desgracia para el pequeño, su padre murió pocos años después, dejándole solo.

Gonzalo heredó sus herramientas y su puesto en el zoco. Aquel trabajo resultaba complicado para un chaval de doce años, que carecía de la fuerza y la destreza necesarias para competir con los artesanos locales, mucho más expertos que él. Además de eso, arreglar ollas y sartenes y confeccionar utensilios de metal le resultaba tremendamente aburrido. Así y todo, Gonzalo se ganó la vida con su tenderete como pudo, convencido de que la mayor parte de su clientela acudía a él más por simpatía y compasión que por su buen hacer.

El principal problema de Gonzalo tras la muerte de su padre fue la soledad, así que no esperó a que le salieran pelos en el bigote para buscar esposa y formar una familia. Aquella empresa tampoco le salió bien: Gonzalo se casó dos veces y enviudó otras tantas.

Su primera esposa murió de unas fiebres a las dos semanas de casarse. Ni siquiera llegó a cumplir los diecisiete. A la segunda la mató un caballo de una coz, mes y medio después de la boda. El fronteiro afirmó a Alonso que la maldición de la viudedad perseguía a su familia desde tiempo inmemorial. Fue a causa de esta convicción, y sin retoños a los que cuidar, que Gonzalo decidió unirse al ejército y mandar a paseo el oficio que tanto le aburría.

Desde los dieciocho hasta ahora, que tenía treinta y dos, Gonzalo Nuño vivió la vida del fronteiro, defendiendo aldeas, patrullando caminos y luchando por la corona de Portugal en el norte de África allí donde era necesario. Había participado en muchas escaramuzas contra los moros, pero la Batalla de Alcazarquivir había sido la campaña más grande y desastrosa de su historia.

Al anochecer, Alonso y Gonzalo abandonaron su refugio para emprender la marcha. Las nubes cubrían la luna y las estrellas, dejando los campos a merced de las tinieblas. Así y todo, Gonzalo se movía en la oscuridad como si tuviera ojos de gato.

—Cuidado, Alonso, hay una rama delante de ti, no tropieces. Era increíble.

Subieron y bajaron collados, atravesaron prados y arboledas y cruzaron un par de caminos sin tropezarse con un alma. Conforme avanzaba la noche, los ojos de Alonso se fueron acostumbrando a la negrura, y aunque su percepción no llegaba a los niveles felinos de Gonzalo, dejó de tropezar cada dos por tres. A unos pasos por delante, el fronteiro le instruía:

—Tienes que aprender a ver con los oídos, Alonso. Ese es el secreto.

Llevaban horas caminando en la noche cuando Gonzalo divisó unas luces en la lejanía. La textura del suelo, blanda y granulosa, revelaba que pisaban un sembrado. Protegidos por la oscuridad, se acercaron a las luces que iluminaban un par de edificios de adobe construidos de cualquier manera por manos no profesionales.

—Dame tu odre, Alonso, y quédate aquí.

Alonso se puso en cuclillas mientras Gonzalo se alejaba de él en dirección a la granja. El rato que transcurrió desde que se fue hasta que regresó fue el más largo de su vida. El fronteiro no volvió con las manos vacías.

—¿Qué traes? —preguntó Alonso, impaciente.

—Te lo mostraré cuando salgamos de este huerto, vamos.

Caminando agachados, abandonaron los campos de cultivo en busca de un lugar discreto donde repartirse el botín. Gonzalo eligió una zanja para extender en ella el fruto de su rapiña.

—He llenado los odres con agua del pozo —explicó, devolviendo el suyo a Alonso—, y mira esto: pescado seco y dátiles.

Alonso mordió con ansia un trozo de pescado. A pesar de no haber comido nada desde el día anterior, no había sentido el aguijonazo del hambre hasta tener comida frente a él.

—Despacio, no te vaya a sentar mal —le recomendó Gonzalo, desplegando un hatillo de ropas; el fronteiro sacudió un par de pañuelos grandes y dos chilabas húmedas—. Esto estaba tendido fuera de la casa.

Gonzalo se puso una chilaba y rodeó su cabeza con uno de los

pañuelos, componiendo un turbante que apenas dejaba al descubierto parte de la nariz y ojos. El fronteiro se puso de pie y dio una vuelta frente a su compañero.

—¿Qué tal estoy?

—Me entran ganas de rebanarte el pescuezo —le confesó Alonso, con la boca llena.

—Eso es que el disfraz es bueno. Venga, ponte la chilaba. Ahora te arreglo el pañuelo de la cabeza.

Alonso se vistió con los ropajes robados y Gonzalo remató su disfraz con el turbante. Sus siluetas, en la oscuridad, eran las de dos campesinos moros, con la particularidad de que ellos calzaban botas en lugar de babuchas. Gonzalo también había afanado una manta de rayas blancas y rojas con la que formó un hatillo en el que guardó su espada y la comida.

—Así no llamaremos demasiado la atención. En marcha, no quiero estar aquí cuando el labriego descubra que le hemos robado la ropa.

Caminaron durante horas, deseando que la brisa nocturna acabara de secar la ropa húmeda. Alonso se sentía incómodo con la chilaba, que limitaba el movimiento de sus piernas. Por otro lado, la tela que envolvía su rostro le agobiaba. ¿Por qué irían tan tapados los moros? Gonzalo, sin embargo, parecía acostumbrado a las vestimentas locales.

—Si nos tropezáramos con algún nativo, tú mantén la boca cerrada y déjame hablar a mí —advirtió Gonzalo—. Hablo árabe mejor que la mayoría de los cabileños que habitan estas tierras.

—¿Y si se dirigen a mí?

—Diré que eres mudo… o mejor aún, que estás loco. Esta gente aprecia mucho a los rarras. Baila, haz tonterías, habla jerigonzas en un idioma imaginario y te ganarás el respeto de los lugareños.

—No hablas en serio, ¿verdad?

—Estás en Berbería, amigo. Aquí manda la locura.

Gonzalo eligió un bosque apartado del camino para acampar. El amanecer estaba próximo, y no habían parado de andar en toda la noche. Como el día anterior, el fronteiro recolectó ramas caídas y troncos para construir un refugio. Gonzalo extendió la manta en el

suelo, dejó la espada al alcance de la mano y se tumbó junto a Alonso.

—Reanudaremos la marcha después de mediodía. A esas horas, los comerciantes están en los mercados, los ganados en los prados y los agricultores en sus cultivos. Si nos cruzamos con alguien será un milagro. Si vamos a buen paso y no paramos a descansar, llegaremos a Dchar Jedid por la noche.

—¿Dichar qué…?

—Dchar Jedid —silabeó Gonzalo—. Es un pueblo, al norte.

Alonso se incorporó sobre un codo.

—¿Estás loco? ¿Quieres que entremos en un pueblo?

—No tenemos que entrar. Mi amigo Abdelouahed vive en las afueras, él nos ayudará.

—¿Un moro? —El tono de Alonso mezcló la incredulidad con el desprecio.

—No todos son como los que combatimos ayer, Alonso, y ni siquiera esos son tan monstruosos como tú los ves. ¿Nunca has pensado que ellos te ven a ti de la misma manera que tú a ellos?

Alonso guardó silencio. No, nunca lo había pensado.

—¿A cuántos mataste ayer? —preguntó Gonzalo.

—Perdí la cuenta… muchos.

—¿Crees que no tenían padres, hermanos, mujeres e hijos?

—Alonso aguantó el reproche en silencio—. Ellos son como tú y como yo. Ríen, lloran, aman, odian… En estos momentos hay una madre, una esposa o un niño, rotos de dolor por la pérdida que tú les causaste.

—¡Pero es la guerra, Gonzalo! —se defendió Alonso, encajando mal las palabras de su compañero.

—Tú lo has dicho, Alonso. Por eso la guerra es terrible. Que mis palabras no te lleven a engaño: no hiciste mal, ni cometiste pecado alguno. Si tú no hubieras matado a esos hombres, ellos te habrían matado a ti. La guerra santifica el asesinato ante los ojos de Dios y de los hombres. Es de locos, pero es así.

Alonso agachó la cabeza, reflexionando acerca de las palabras del fronteiro. Tenía más razón que un santo, como decía su madre.

—Será mejor que durmamos —le recomendó Gonzalo—. La caminata de mañana será dura.

Ambos cayeron rendidos de inmediato. Ni la luz del alba ni el resplandor del sol fueron capaces de despertarles. Alonso se incorporó de un salto alrededor de las once de la mañana, haciendo que Gonzalo diera un respingo.

—¿Qué pasa? —preguntó este, empuñando la espada. Alonso parpadeó varias veces e hizo un gesto de desdén.

—Nada, perdona… una pesadilla.

—¿Tenía algo que ver con la batalla?

Alonso asintió. En su sueño, peleaba espalda contra espalda junto al rey Sebastián. Alfanjes y lanzas les rodeaban y, por mucho que intentaba proteger al soberano, este recibía cortes y estocadas una y otra vez, sin terminar de morirse nunca, sufriendo lo que prometía ser una agonía eterna. Desde el suelo, con las tripas fuera, Luis Veira se reía a carcajadas, mientras le gritaba una y otra vez: «¡Defiende a tu amado rey! ¡Defiéndele! ¡Defiéndele y déjame morir aquí!».

—Las pesadillas te perseguirán durante un tiempo —profetizó Gonzalo, estirándose dentro del refugio de ramas—. A veces durante mucho, pero no temas, te acostumbrarás. Es el precio que hay que pagar por nuestros actos. Quien no tiene pesadillas después de matar a alguien está poseído por el Demonio, y su alma estará condenada a arder en el Infierno —sentenció.

Tras un frugal desayuno a base de dátiles, Alonso y Gonzalo abandonaron su refugio para salir a campo abierto. El fronteiro, desde la cima de un cerro, buscó el camino con la mirada.

—Es por allí, vamos.

Caminaron a buen paso, cruzándose muy de vez en cuando con algún campesino que conducía un burro cargado hasta lo imposible, con alguna mujer solitaria portando verduras en capazos, o con algunos chiquillos desarrapados jugando cerca de la calzada. Nadie sospechó de ellos: el disfraz resultaba eficaz.

—¡Salaam aleikum! —saludaban los viajeros a su paso.

—¡Aleikum salaam! —respondía Gonzalo por los dos, llevándose la mano al corazón, la boca y la frente. Su acento sonaba impecable.

Tan solo un par de veces se apartaron del camino para esconderse: la primera fue a causa de una columna de soldados que marchaba hacia el oeste y no tardó en perderse de vista; la segunda fue más inquietante: un estruendo de caballos al trote les llegó desde el sur. Esta vez, Gonzalo empujó a Alonso fuera del camino, instándole a correr a toda prisa. Al abrigo de un peñasco, fueron testigos de cómo al menos dos mil jinetes armados hasta los dientes se dirigían hacia el norte.

—Esto no me gusta, Alonso —murmuró Gonzalo, sin poder disimular su preocupación—. Esos sí que estuvieron en la batalla, y es posible que se dirijan a Arcila.

—¿Crees que pretenden atacar la ciudad?

—No creo nada, tan solo comento lo que veo, y acabo de ver a muchísimos jinetes cabalgando hacia el norte con sus estandartes al viento. ¿Hacia dónde van? No lo sé —se respondió a sí mismo—. La única certeza que tengo es que no quiero ir adonde ellos vayan.

—¿Entonces, qué hacemos ahora?

Gonzalo se tomó unos segundos para reflexionar.

—Lo decidiremos después de hablar con mi amigo Abdelouahed. Es posible que ya tenga noticias de la batalla. Él nos aconsejará adónde ir.

Sin detenerse siquiera a comer, Alonso y Gonzalo siguieron la calzada que les llevaría hasta Dchar Jedid. Durante el resto del día, no volvieron a tener encuentros no deseados ni sobresalto alguno. Cuando la oscuridad cayó sobre ellos, la recibieron como a una aliada. Poco antes de la medianoche, Gonzalo mostró a Alonso las luces de Dchar Jedid a lo lejos: diminutos puntos amarillos que moteaban con su brillo la negrura.

—La casa de Abdelouahed no queda lejos —dijo Gonzalo, tratando de orientarse en la oscuridad—. Adelante.

Como en la noche anterior, atravesaron movedizas tierras de cultivo hasta que el fronteiro reconoció la granja.

—Esta es. Al menos esta noche dormiremos sobre cojines. Los

animales del corral se sobresaltaron, a pesar de que Alonso y Gonzalo hacían poco ruido. Las luces en el interior de la casa se movieron, y una silueta cheposa armada con una espingarda apareció por la puerta principal. A su lado, otra figura, esta algo más baja, empuñaba un hacha con las dos manos.

—¿Quién anda en mis tierras? El fronteiro soltó una risotada.

—¿Así es como recibes a tu hermano, viejo cascarrabias?

—¿Gonzalo?

Cuando las lámparas exteriores de la granja iluminaron los rostros de los presentes, las sonrisas brillaron en la penumbra.

—El mismo, hermano. ¡Que la paz sea contigo!

Abdelouahed abrazó y besó a Gonzalo, saludó a Alonso de pasada y les empujó dentro de la casa. Antes de entrar, se dirigió al joven del hacha, un mozalbete robusto que no había cumplido aún los dieciséis.

—Mohamed, quédate afuera y vigila que no se acerque nadie.

—Sí, padre.

El interior de la casa era acogedor pero austero a más no poder: un par de mesas bajas de metal, montañas de cojines, una cocina de leña, un anafe de carbón y poco más. Al fondo había otra puerta, cerrada, donde se encontraban Sora, la esposa de Abdelouahed, y Rachida, su hija. Abdelouahed las tranquilizó a través de la puerta. Por supuesto, no la abrió: había hombres ajenos a la casa, por lo que había que mantener a las mujeres fuera de su vista, como manda el Corán. Abdelouahed espió el exterior de la granja por las ventanas y cerró todos los postigos.

—Sentaos —les invitó, señalando los cojines—. Voy a hacer té.

Tenía la espalda encorvada tras una década de labrar la tierra. Sus barbas canas y largas en contraste con su cabeza afeitada le daban el aspecto de un anciano, aunque no había cumplido aún los cuarenta y cinco. Tan solo sus ojos revelaban que su espíritu se mantenía tan joven como cuando trabajaba de observador para los fronteiros, hacía ya más de diez años.

—He temido por tu vida, Gonzalo, no sabes cuánto he rezado por ti —Abdelouahed habló en portugués por cortesía hacia Alonso—. Sé que

las cosas no os han ido bien en esta batalla, y te he imaginado muchas veces muerto en los campos de Alcazarquivir.

—Dejó la tetera al fuego y se volvió hacia su amigo con una sonrisa manchada de sarro—. ¡Qué alegría ver que eso no ha pasado!

—Yo también me alegro —rio Gonzalo—. Entonces, cuéntame: ¿cómo terminó todo? ¿Se rindió Sebastián? ¿Qué ha sido de Muhammad? ¿Qué hará ahora Abdelmalik?

Abdelouahed clavó sus ojos en los de sus invitados.

—¿Acaso no sabéis lo que ha pasado en Alcazarquivir?

—Alonso y yo teníamos mejores cosas que hacer que enterarnos de los últimos partes de guerra. Entre otras cosas, mantener a salvo el pellejo.

Abdelouahed se sentó en el suelo con las piernas cruzadas.

Su rostro tenía una expresión grave.

—Entonces es verdad que no sabéis lo que les ha pasado a los reyes…

Ellos negaron con la cabeza. Alonso sintió un hormigueo en el estómago, consciente de que estaba a punto de conocer, al fin, el desenlace del último combate de Sebastián contra los moros. Siendo realistas, solo cabían dos posibilidades, a cuál de ellas peor: captura o muerte.

—Lo que ha sucedido en esa batalla ha sido una desgracia sin precedentes. —Abdelouahed hizo una pausa—. Yo, al menos, no conozco ninguna batalla en la que hayan muerto tres reyes.

CAPÍTULO VIII

ABDELOUAHED SIRVIÓ EL TÉ DE hierbabuena sobre la mesa de metal, acompañándolo con unos dulces de almendra hechos por su esposa que supieron a Alonso a manjar de dioses. Mohamed, el hijo de Abdelouahed, se echó a dormir sobre unos cojines al otro lado de la habitación, seguro de que nadie había seguido a los portugueses hasta allí.

Alonso y Gonzalo devoraron los pastelillos con voracidad leonina. Abdelouahed se preguntó, divertido, si la velocidad a la que comían se debía al apetito o al ansia por escuchar las noticias de la batalla. Una vez dieron cuenta de la cena, Abdelouahed compartió con ellos la información que había obtenido el día anterior.

—Ayer me encontré con un viejo amigo en Dchar Jedid, un oficial de caballería que se había unido a las fuerzas de Abdelmalik al mando de cien jinetes —explicó—. Me dijo que el Jarife intentó por todos los medios evitar la batalla, aun a sabiendas de que triplicaban en número a los invasores. Según me contó, Sebastián rechazó todas las ofertas de paz, empeñado en presentar batalla…

—Pues ya viste como nos fue —rezongó Gonzalo—. ¿Y qué fue de Abdelmalik? ¿Cayó en combate?

—No exactamente —respondió Abdelouahed—. Enfermó de camino a Alcazarquivir y murió el mismo día de la batalla. Se rumorea que fue envenenado.

Alonso y Gonzalo cruzaron una mirada.

—¿Envenenado? ¿Por quién? —quiso saber el fronteiro.

—Hay quien dice que por su propio hermano, Muley Ahmed, quién ahora ostenta el cargo de jarife; otros apuntan a Muhammad, aunque si el envenenamiento fue idea suya, poco provecho le sacó: murió a la vez que Abdelmalik. También hay quien afirma que la mano asesina proviene del otro lado del Estrecho. —Abdelouahed se encogió de hombros y señaló hacia arriba—. El único que lo sabe con certeza es Alá.

—¿Cómo murió Muhammad? —preguntó Gonzalo. Abdelouahed compuso un gesto de desprecio.

—Como el cobarde que siempre fue, huyendo de la batalla como una

mujer asustada. Encontraron su cadáver aplastado por su caballo en un vado del Makhacen. El animal fue abatido por un disparo y Muhammad murió ahogado en dos palmos de agua. Un final digno de un perro.

—¿Y Sebastián? —quiso saber Alonso, rompiendo el silencio prudente que había mantenido hasta ahora—. ¿Cómo murió?

—Con mucha más dignidad que Abdelmalik y Muhammad —afirmó Abdelouahed con una sonrisa triste—. Murió como debe hacerlo un guerrero: luchando. Mi amigo, el oficial de caballería del que os hablé antes, me dijo que fue derribado de su montura cuando ya había atravesado tres cuartas partes de las filas enemigas, y que al final fue abatido cerca del campamento del Jarife.

—Eso es mentira.

Gonzalo volvió la cabeza para enfrentarse a Alonso, quien taladraba a Abdelouahed con una mirada de acero. Este mostró sus manos abiertas al joven.

—No te ofendas, amigo, yo solo cuento lo que he oído: no estuve allí para comprobar la veracidad de esta historia…

—Yo sí —repuso Alonso—. Vi a Sebastián después de esa primera carga, y ni de lejos estaba en mitad de las filas enemigas: lo que cuenta ese amigo tuyo no es verdad.

Gonzalo Nuño frunció el ceño, sorprendido por la revelación.

—¿Dónde viste al Rey, Alonso?

—En la misma arboleda que tú rodeaste con el carro de bueyes. Estaba acompañado por unos caballeros. El propio Sebastián me ordenó irme de allí para contar al mundo que había caído como un valiente, por la gloria de Portugal. Unos jinetes enemigos le rodearon en esa arboleda, que quedaba muy lejos del campamento del Jarife.

—¿Estás seguro de que ese joven era Sebastián de Portugal? —preguntó Abdelouahed.

Alonso sacó la daga de debajo de la chilaba y la colocó sobre la mesa de té.

—Esta es su daga. Él me la regaló.

Gonzalo se quedó asombrado. Si bien la había visto antes en la mano de Alonso, no se había fijado en su riqueza. Si todo lo dorado era oro, y si las piedras preciosas eran auténticas, aquella pieza costaría una fortuna. Un arma demasiado valiosa para pertenecer al hijo de un cantero. A pesar de que confiaba en Alonso, Gonzalo no pudo evitar ser escéptico.

—Perdóname, Alonso, pero no creo que el rey Sebastián vaya regalando sus armas al primer arcabucero que se encuentre…

Sin mostrarse ofendido, Alonso recogió la daga de la mesa y la observó fijamente, como si ejerciera un embrujo sobre él.

—Sebastián estaba herido y tenía sed. Le di agua de mi odre y él me pagó el favor regalándome esta daga. Me dijo que me sería útil en el camino, y que si la vendía me podría pagar un pasaje a Lisboa.

Abdelouahed estudió los ojos de Alonso y decidió que el joven decía la verdad. O al menos, su verdad.

—¿Y qué pasó con Sebastián? —quiso saber—. ¿Consiguió huir?

—Cuando me fui, continuaba peleando contra los jinetes.

—Alonso bajó la vista, avergonzado—. No creo que lo consiguiera… eran demasiados.

Abdelouahed posó una mano consoladora en el hombro de Alonso, que guardó la daga de nuevo entre sus ropajes. El granjero sintió ternura por el joven arcabucero.

—En cualquier caso, es improbable que Sebastián sobreviviera a esa batalla —dedujo—. Si estuviera vivo, la noticia habría llegado hasta el último rincón de Berbería. Un rey vale mucho más vivo que muerto: imagina el rescate que Portugal pagaría a Muley Ahmed.

—¿Por qué no me contaste esto antes, Alonso? —preguntó Gonzalo.

—No sé… tal vez porque me avergüenzo de haberle dejado solo, a merced del enemigo.

—¿Qué favor le habrías hecho muriendo junto a él? —le preguntó Abdelouahed—. Ninguno.

—Cumpliste su última orden —le recordó Gonzalo—. Actuaste como un buen vasallo.

Alonso aspiró aire entre los dientes.

—Lástima que esa buena servidumbre no me sirva de consuelo.

Abdelouahed se dio cuenta de que aquel tema era doloroso para su joven invitado y decidió zanjarlo de inmediato. Se levantó, dio dos palmadas, e invitó a sus huéspedes a que le imitaran.

—Coged unos cuantos cojines y seguidme.

Gonzalo y Alonso le acompañaron hasta una barraca construida aún peor que la vivienda principal de la granja. Abdelouahed abrió una chirriante puerta de madera que sonaba no por vieja, sino por mal hecha.

—Construí esto para guardar maíz —explicó—, aunque está aún por estrenar. Aquí estaréis seguros. ¿Necesitáis más cojines?

—Está todo bien, hermano —dijo el fronteiro—, te lo agradezco de todo corazón. De todas formas, no nos quedaremos mucho tiempo…

Abdelouahed interrumpió a Gonzalo con un gesto.

—Mañana por la mañana me acercaré al pueblo. Voy a enterarme de cómo andan las cosas por el norte y así decidiremos qué ruta es más segura.

—No sé cuántos favores te debo ya, Abdelouahed —suspiró Gonzalo.

—Los favores que te hago a ti, Alá me los compensará en el Paraíso.

—Amén —dijo Alonso.

Abdelouahed giró la cabeza hacia él, sonriendo.

—Amén, mi joven amigo. Voy a por mantas.

El granjero salió del granero y Alonso le siguió con la mirada.

—Nunca imaginé a un moro como él. Es más cristiano que el más cristiano de los hombres que haya conocido jamás.

—Ya te lo dije, Alonso: moros, cristianos, judíos… lo que cuenta no es la religión, sino el alma de cada uno. Algún día, los sabios demostrarán que Dios no está en los cielos, sino dentro de cada uno de nosotros.

Alonso se echó a reír.

—Tal vez salgas vivo de África, Gonzalo, pero como no te guardes tus reflexiones, no sobrevivirás a la Santa Inquisición.

El fronteiro hizo el signo contra el mal de ojo y rio también.

6 de agosto de 1578, Dchar Jedid

Abdelouahed salió de la granja una hora después del amanecer. Antes de irse, dejó a sus huéspedes dos hogazas de pan dulce, un buen pedazo de queso, un recipiente con mantequilla salada y unos trozos de carne seca de cordero. Dormían como troncos, así que no les molestó.

Se paseó por el zoco, se afeitó la cabeza en una barbería, tomó té en tres cafetines distintos e indagó allá por donde pudo.

A la hora de comer, ya había recopilado información suficiente para planear el viaje de sus amigos. Por desgracia, las noticias no eran demasiado precisas, ni mucho menos halagüeñas.

Alonso y Gonzalo se despertaron bastante después del mediodía, desayunaron en el cobertizo y no salieron hasta que regresó Abdelouahed. Este les condujo al interior de la casa y les acomodó en el salón principal, como la noche anterior. Una vez más, las mujeres permanecieron en la habitación contigua, como dos espectros silenciosos. La expresión preocupada de Abdelouahed reveló que la información que traía no era demasiado esperanzadora.

—Las cosas no pintan bien en el norte —empezó a decir—. Hay fuerzas leales a Muley Ahmed agrupándose alrededor de Arcila. Aunque aún no se ha producido ataque alguno, es posible que la situación cambie en unos días. Arcila queda descartada, es muy arriesgado atravesar el cerco que la rodea. Tetuán, ni soñarlo: los judíos están en pie de guerra. Afirman que Sebastián los habría pasado a cuchillo en caso de haber ganado la batalla y ahora patrullan los caminos en busca de supervivientes portugueses para ajusticiarlos.

—¿Y Tánger? —propuso Gonzalo—. ¿También andan las cosas mal por allá?

—Las cosas están mal en todas partes —rezongó Abdelouahed—, pero tal vez sea el destino menos peligroso. ¿Aún conservas contactos allí?

—Me quedan algunos amigos de confianza, o al menos eso creo. Si conseguimos llegar sin llamar la atención, sé de alguien que podría conseguirnos un pasaje con destino a algún puerto andaluz. Una vez allí, llegar a Portugal será solo cuestión de tiempo.

Alonso asistió a la conversación en silencio, sentado sobre los cojines con las piernas cruzadas, imitando la posición que adoptaban sus amigos. Él no tenía nada que opinar, estaba en manos de Gonzalo y Abdelouahed. Cualquier ruta que decidieran le parecería buena, ya condujera a la libertad, a la muerte o tal vez a algo peor. Una vez más, dio gracias a Dios por su encuentro fortuito con el fronteiro. Sin él, ya estaría muerto o prisionero.

—Mi primo Said viaja a Tánger una vez al mes para transportar mercancías de comerciantes de Dchar Jedid —dijo Abdelouahed—. Creo que le toca pasado mañana. Suele salir al amanecer, y tarda en llegar dos o tres días. Una carreta de comerciantes no despertará sospechas a las patrullas que encontremos en el camino y sé que Said no pondrá reparos a que nos unamos a él.

—¿Viaja solo o con alguien más? —quiso saber Gonzalo.

—Su hermano Youssef, otro buen hombre. Esta tarde iré a su casa a pedirles el favor.

Abdelouahed no regresó hasta la hora de la cena. Una vez más, Alonso y Gonzalo abandonaron el cobertizo y se sentaron en el salón. La cena fue parecida al desayuno: pan dulce, queso, cordero y fruta. Mohamed, el hijo de Abdelouahed, les acompañó en silencio, ya que no entendía el portugués.

—Said dice que será un honor para él y su hermano llevaros a Tánger —anunció Abdelouahed—. Dice que ha hecho el viaje decenas de veces y que jamás tuvo incidente alguno. Es más, le encanta la idea de tener compañía distinta a la de su hermano: el bueno de Youssef es bastante parco en palabras. Por supuesto, le he dicho que yo también voy.

Gonzalo apoyó la mano en su brazo, en un gesto de afecto.

—Hermano, te lo agradezco: has hecho mucho por Alonso y por mí, pero no quiero que te arriesgues a viajar a Tánger con nosotros…

Abdelouahed sacudió la mano como si intentara disipar la preocupación de Gonzalo.

—Ningún soldado se meterá con un grupo de mercaderes. Vestidos como nosotros pasaréis desapercibidos. Además, lo más probable es que a estas alturas ya no queden portugueses que capturar. Las patrullas deben estar regresando a sus cabilas de origen…

—Pues mejor, entonces. ¿Ves? No hace falta que vengas…

—Pues no me da la gana de perderme el viaje —decidió, clavando sus ojos muy abiertos en los de su amigo—. Hace años que no salgo de Dchar Jedid, y no vas a ser tú quien me lo impida. Además, ya sabes que te gusta tenerme a tu lado cuando las cosas se ponen feas.

Gonzalo se echó a reír.

—En eso tienes razón. Alonso, ahí donde ves a este viejo, nunca te enfrentes a él si lleva un cuchillo en la mano. Te degollará dos veces antes de que puedas levantar tu espada.

Alonso sonrió, convencido de que Gonzalo no exageraba. El moro tenía grabadas sus aventuras con los fronteiros en las arrugas de su cara. Abdelouahed: un hombre bueno y afable que no dudaba en arriesgar su vida por unos extranjeros.

Gonzalo tenía razón: en todas partes hay buenas personas.

9 de agosto de 1578

Dos días después, Abdelouahed, Gonzalo y Alonso partieron a pie hacia la finca de Said. Cualquiera confundiría a los portugueses con dos lugareños: ambos llevaban chilabas, faldones, zaragüelles y sombreros de paja para protegerse del sol. Gonzalo llevaba su espada camuflada en un fardo que llevaba al hombro, con la empuñadura

siempre al alcance de la mano, por si fuer menester usarla. Alonso llevaba la daga de Sebastián embutida en una funda de piel de cabra que Abdelouahed le confeccionó el día anterior. «No es digna de un arma tan valiosa, pero al menos protegerá tu carne de su filo». A pesar de ser una funda humilde, a Alonso le pareció tan hermosa como su gesto.

El camino hasta la finca de Said estuvo libre de sorpresas y encuentros inesperados. Él y Youssef aguardaban al borde de la carretera, junto a un carro de mulas abarrotado de sacos y cajas. Said era un hombre de aspecto bonachón que rondaba la edad de Gonzalo y Youssef un joven pelirrojo y de piel rosada algo mayor que Alonso. El fronteiro les saludó en árabe, ya que ninguno de ellos hablaba portugués. Youssef arregló el pañuelo de Alonso de forma que le tapara más la cara, a la vez que pronunció unas palabras que Gonzalo tradujo sobre la marcha.

—Dice que mantengamos el rostro cubierto. Nuestras vestimentas son bereberes, pero nuestras caras no.

Alonso agradeció la atención de Youssef con una sonrisa. Abdelouahed se hizo hueco en la parte trasera del carro e hizo una seña a los portugueses para que se sentaran a su lado.

—Poneos cómodos, el viaje hasta Tánger será largo.

Alonso y Gonzalo se encajaron como pudieron entre los fardos, sacos, cajones y mil y un cachivaches de metal que se apilaban en la carreta. A Alonso le pareció imposible que tal montaña de mercancía no se precipitara sobre sus cabezas.

—¿Cómo son capaces de cargar un carro de esta manera? Yo necesitaría tres como este para transportar esta mercancía…

—Dale a un moro un barril de tres cántaras y él logrará meter cuatro —rezó Gonzalo; Abdelouahed, a su lado, aprobó las palabras del fronteiro asintiendo con la cabeza.

El carromato avanzaba al paso lento de las mulas, brincando aquí y allá a causa de las piedras del camino. Said y Youssef, que ocupaban el pescante, también estaban rodeados de mercancía.

Era tal el peso que soportaba el carruaje, que Alonso se preguntó si no se partiría en dos antes de llegar a Tánger.

No vieron soldados, tan solo campesinos trabajando en sus huertos o

algún que otro caminante que les saludaba sin prestarles demasiada atención. Alonso se hacía el dormido cada vez que se cruzaban con alguien. El tráfico de viajeros, bestias y carros se hizo más intenso conforme avanzaban hacia el norte. Alrededor de las cinco de la tarde, Said abandonó la carretera principal para tomar un camino de tierra a la derecha. Abdelouahed les explicó que se había desviado para no acercarse demasiado a Arcila.

El firme de esta nueva carretera era aún peor que el de la que acababan de abandonar. Las posaderas de Alonso protestaban a cada bache; Gonzalo, acostumbrado a cosas peores, dormitaba con la cabeza apoyada en el hombro de Abdelouahed, que canturreaba algo ininteligible, absorto en sus pensamientos.

Anocheció y acamparon lejos del camino, fuera de la vista de los viajeros. Said y Youssef desplegaron una jaima donde prepararon una cena compuesta por hojaldres rellenos de carne acompañados de dulces de almendra y miel. Por supuesto, no faltó el té.

Aquella noche, nada ni nadie perturbó su sueño.

11 de agosto de 1578, dos días después

La monotonía les acompañó hasta bien avanzada la tarde. La luz del crepúsculo teñía de rojo el cielo de Tánger. De nuevo en la carretera principal, el tráfico se intensificaba conforme se acercaban a la ciudad. Gonzalo, presa de la nostalgia, se puso de pie sobre la caja del carro para contemplar, desde la lejanía, la urbe que le vio crecer.

—Quién me iba a decir que un día regresaría a mi casa como un fugitivo…

Abdelouahed tiró de su chilaba y le obligó a sentarse de nuevo.

—¡Shhh! ¡No hables en portugués! Este camino está lleno de orejas y ojos por todas partes.

Gonzalo se disculpó y ajustó una vez más su pañuelo sobre el rostro,

dejando tan solo sus ojos a la vista. Alonso le imitó. Said y Youssef observaban con cautela a los caminantes que se dirigían a Tánger, la mayor parte de ellos ciudadanos que volvían a casa después de su jornada de trabajo. De repente, Youssef señaló algo a lo lejos y la expresión de su cara se desencajó. Cuando Said descubrió lo que apuntaba, tiró de las riendas y detuvo el carro en seco.

—¡Abdelouahed!

Este brincó del carro, alarmado por el tono de voz de Said. Lo que vio a unas ciento cincuenta varas de distancia no le gustó nada. A la derecha del camino distinguió cuatro cruces en forma de aspa con cuatro hombres atados a ellas. Ninguno de ellos se movía. Gonzalo y Alonso se apearon de la carreta y también pudieron contemplar la macabra escena.

—Said, oculta el carro detrás de ese cerro —ordenó Abdelouahed en árabe a su primo, señalándole un montículo cercano cubierto de vegetación—. Voy a acercarme a echar un vistazo.

Gonzalo le agarró por la manga de la chilaba.

—¡Ni lo sueñes! ¡No voy a dejar que vayas solo!

Abdelouahed cerró los dedos sobre la garra de Gonzalo, forzando una sonrisa tranquilizadora.

—Cálmate, hermano. Puede que sean cuatro criminales vulgares y corrientes prendidos por la guardia. La única forma de salir de dudas es averiguar quiénes son, y acercarme allí contigo sería más peligroso que ir solo…

—En eso tiene razón —intervino Alonso, que no podía apartar la vista de las cruces que se recortaban contra el rojizo manto del anochecer tangerino.

—Vosotros dos id con Said detrás del cerro y esperadme ahí —les ordenó, tajante.

Abdelouahed se mimetizó entre los hombres y mujeres que regresaban a Tánger, imitando sus andares cansados. Haciendo gala de una osadía cercana a la locura, abandonó el camino para ver más de cerca a los crucificados, que desde lejos parecían muertos. Conforme se acercaba, sus peores temores cobraban fuerza: los cuatro vestían restos de uniformes cristianos y ya eran cadáveres. Les habían torturado de forma horrible. Uno de ellos aún conservaba unas botas metálicas

salpicadas de sangre; su tez clara y cabello rubio delataba su procedencia germana. Un lansquenete, adivinó Abdelouahed con un nudo en la garganta.

—¿Adónde vas, viejo?

Abdelouahed se volvió sobresaltado hacia la voz, que pertenecía a un joven que descansaba despatarrado detrás de un peñasco; aunque iba vestido a la usanza árabe, no tenía aspecto de serlo. Una nariz aguileña cubría la parte superior de unos labios gruesos y fruncidos en una mueca de desagrado. Un judío. A pocos metros detrás de él, pastaba un caballo de pelaje marrón cuyas bridas estaban sujetas a un tronco cercano. El judío se levantó, perdió el equilibrio y a punto estuvo de caerse de culo. A su lado, una jarra enorme de vino explicaba el paso inseguro del joven, que portaba una espada al cinto y un arcabuz en la mano.

—Que la paz sea contigo —le saludó Abdelouahed, señalando a continuación a los cuatro crucificados—. ¿Quiénes son estos desgraciados? Los vi desde el camino y me picó la curiosidad…

El judío esbozó una sonrisa de borracho y levantó el dedo índice.

—Enemigos tuyos y míos, así que no sientas pena por ellos.

—El hombre escupió en dirección a uno de los crucificados, acertándole en el pecho—. Formaban parte del ejército de Sebastián. Ese loco cabrón pretendía exterminar a los judíos tras acabar con las tropas del Jarife. Por suerte, ya está donde se merece, en el infierno.

El borracho regresó a la roca que le servía de apoyo y agarró la jarra de vino con ambas manos.

—No te ofrezco porque sé que eres un buen musulmán —explicó, ahorrándose la invitación que Abdelouahed rechazó con gesto amable.

—¿Solo capturasteis a estos cuatro?

El judío negó con la mano, haciendo gestos exagerados a causa del alcohol.

—Cuanto más te acerques a Tánger, más cruces de estas verás. La ciudad está rodeada por tropas leales al Jarife y por judíos venidos de Tetuán, como yo. Si un soldado de Sebastián intenta entrar, lo cazamos. —Y se pasó el pulgar por su propia garganta, en un gesto elocuente.

—Es un alivio saberlo —rezongó Abdelouahed, intentando disimular su desasosiego—. Gracias por la información, amigo, y que la paz sea contigo.

—Me espera una noche larga —se quejó el judío—. Es una pena que no bebas, porque me gustaría invitarte a un trago.

—Te lo agradezco, pero he de irme. Me esperan en Tánger.

—Que la paz sea contigo. Buen viaje.

El judío tomó otro buche de vino. Detrás de él, su caballo permanecía inmóvil, como pintado al óleo sobre el paisaje crepuscular. Abdelouahed regresó a la carretera y rodeó el montículo tras el que se escondía el carro de Said. Por su cara, Gonzalo y Alonso adivinaron que traía noticias nefastas.

—No podemos acercarnos más a Tánger —informó—. Los judíos están asesinando a los supervivientes del ejército cristiano. Uno de los muertos que he visto lleva calzas de lansquenete; los otros tres podrían ser castellanos o italianos, no lo sé con seguridad. Sus uniformes estaban hechos harapos —explicó—: los han torturado hasta matarlos.

Alonso vio cómo los hombros de Gonzalo caían, abatidos. Las cosas se ponían muy feas y él se sintió más pequeño y desamparado que nunca. En ese momento, recordó la cantera como un lugar maravilloso donde se respiraba polvo y paz. Abdelouahed, en cambio, no lo veía todo perdido.

—Lo que podemos hacer es desviarnos hacia…

Gonzalo le interrumpió con un gesto enérgico. No estaba dispuesto a que Abdelouahed y sus primos corrieran más riesgos.

—Hermano, vosotros ya os habéis arriesgado bastante trayéndonos hasta aquí. A partir de ahora, Alonso y yo seguiremos solos.

—Eso es una locura —se enfadó Abdelouahed—. ¿Hacia dónde pensáis ir?

—Ceuta queda a tres o cuatro jornadas de viaje. —Gonzalo le guiñó—. No te preocupes por mí, viejo, recuerda que soy un fronteiro.

Abdelouahed asintió en silencio. La verdad es que no podía comprometer más a sus primos. Bastante habían hecho ya llevando a

dos fugitivos en su carreta. Por muy valientes que fueran, Said y Youssef eran simples mercaderes, no hombres de armas. A pesar de que a Abdelouahed le habría encantado acompañar a Gonzalo y a Alonso hasta las puertas de Ceuta, sabía que al ir a pie lo único que haría sería retrasarles. Pero al granjero se le ocurrió que aún podía hacer una última cosa por ellos.

—Id cogiendo provisiones para el viaje y esperadme aquí. No tardaré.

Se marchó sin dar a nadie ocasión de preguntarle a dónde iba. Gonzalo y Alonso se hicieron con un par de odres de agua, un hatillo con comida y poco más. Said y Youssef no paraban de ofrecerles regalos de todo tipo que el fronteiro rechazaba intentando no herir sus sentimientos: había que ir ligeros de equipaje.

Poco a poco, las tinieblas se fueron cerrando sobre Tánger, trayendo la noche a la campiña que la rodeaba.

Abdelouahed regresó media hora después del anochecer y no lo hizo con las manos vacías: sujeto por las riendas, traía un caballo de pelo marrón, ensillado y todo. El animal, tranquilo, parecía no prestar demasiada atención a los presentes.

—¿De dónde demonios has sacado eso? —le preguntó Gonzalo, atónito.

Abdelouahed le mandó callar, colocándose el índice en los labios.

—Si no os demoráis y os dirigís al noreste por la costa, llegaréis a Ceuta en un par de días. Manteneos a distancia de los caminos pero sin perderlos de vista, o las montañas acabarán cerrándoos el paso.

Alonso colgó los odres de agua y el hatillo de comida en la silla del caballo, preguntándose a quién se lo habría robado Abdelouahed. El joven no tenía ni idea de montar y confiaba en que Gonzalo tuviera alguna experiencia con caballos. El fronteiro se despidió de los primos de Abdelouahed en árabe, mientras que Alonso les mostró su gratitud con una sonrisa. Cuando llegó el turno de despedirse de Abdelouahed, Gonzalo se abrazó a él.

—Tendré que vivir dos vidas para poder pagarte lo que has hecho por nosotros.

—No me debes nada: ser tu hermano es lo más grande para mí. Alonso estrechó la mano de Abdelouahed.

—No tengo nada que ofrecerte, solo mi agradecimiento. El granjero se echó a reír y ejecutó una reverencia exagerada.

—Ha sido un honor para mí conocer al mejor vasallo del rey Sebastián de Portugal. Y ahora marchaos, no perdáis tiempo.

Gonzalo subió al caballo con la gracia del que lo ha hecho antes en innumerables ocasiones. Alonso, sin embargo, tuvo que ser ayudado por el fronteiro y por los primos de Abdelouahed.

—Qué alto se ve todo desde aquí —balbuceó, intranquilo.

—Tú agárrate a mí y no te sueltes. ¡Arre!

El caballo emprendió el trote y desapareció en las tinieblas. Cuando el ruido de los cascos se perdió en la noche, Abdelouahed le habló a su primo:

—Said, vuelve a la carretera y dirígete a Tánger.

—¿No prefieres acampar aquí esta noche?

—Ni de broma: no quiero estar cerca cuando cierto judío borracho se despierte y descubra que le han robado el caballo mientras dormía.

Said y Youssef dejaron escapar una risita nerviosa, subieron al carro y lo condujeron de vuelta a la carretera, ahora solitaria. A lo lejos, las luces de Tánger les dieron la bienvenida. Mientras cruzaban los arrabales de la ciudad, Abdelouahed dirigió una última mirada triste hacia el noreste.

Algo en su interior le decía que no volvería a ver nunca más a Gonzalo Nuño.

CAPÍTULO IX

13 de agosto de 1578, dos días después

DURANTE EL VIAJE, ALONSO Y Gonzalo apenas bajaron del caballo para comer y dormir. Avanzaron campo a través, acercándose a los caminos principales lo justo para no perder el rumbo. Nadie les prestó mucha atención, y eso que la estampa de dos hombres montados en un mismo caballo no era muy habitual.

Por la posición del sol, ya habían pasado al menos dos o tres horas del mediodía. A Alonso le dolían horrores las posaderas y los músculos de las piernas, pero no osaba quejarse: ya tendría tiempo de descansar en Ceuta, si conseguían llegar. El caballo remontaba al paso una pendiente plagada de matorrales secos y lo hacía bajo un sol abrasador que empapaba a sus jinetes en sudor. Frente a ellos se alzaba su destino, una montaña alta y gris que se recortaba contra el cielo a una legua de distancia.

—Dyebel Musa —anunció Gonzalo—. En Ceuta la conocen como la Mujer Muerta.

—¿Está muy lejos la ciudad?

—No mucho —le animó el fronteiro—, está al otro lado de la montaña, a unas horas de camino. ¿Cómo va la cosa a nuestras espaldas?

Alonso miró atrás por enésima vez ese día.

—Todo tranquilo —informó.

Pero esa tranquilidad llegó a su fin alrededor de las cuatro de la tarde, cuando divisaron a un grupo de cinco jinetes a medi legua de distancia, parados en la ladera de la Mujer Muerta. Las siluetas de los hombres montados a caballo resultaban bastante amenazadoras.

—¿Crees que pueden ser mercaderes, Gonzalo?

—No pienso quedarme aquí para averiguarlo —contestó este, espoleando al animal para sacarlo de la línea de visión de los desconocidos—. ¡Agárrate!

La bestia trotó lo más rápido que pudo, cansada no solo por la dura jornada de viaje sino también por el peso extra de Alonso. Gonzalo pretendía llegar al mar tomando una vereda que trazaba curvas por todo el costado de la montaña. No era el camino más corto para llegar a Ceuta, pero así descubrirían si los jinetes estaban interesados en ellos o no. En su huida, pasaron cerca de labriegos y pastores que se les quedaron mirando con gesto extrañado. Conforme trotaban camino

arriba, este se convertía en una pendiente que no beneficiaba en nada al caballo.

—¿Los ves? —le preguntó Gonzalo a Alonso.

—No veo a nadie —respondió Alonso después de recorrer el terreno con la vista—. ¿No sería conveniente parar un poco? No entiendo de caballos, pero este parece a punto de reventar…

Gonzalo redujo el ritmo de la bestia hasta ponerla al paso. El caballo avanzaba con la cabeza gacha, y la espuma que cubría su morro se derramaba sobre las piedras del camino como si su alma equina, derretida, cayera a sus pies. El fronteiro escudriñó el horizonte una vez más: ni rastro de los jinetes.

—Tal vez solo eran cazadores —se tranquilizó—. Desmontemos un rato, este pobre está demasiado cansado para seguir soportando nuestro peso por más tiempo.

Se apearon de la montura y Gonzalo compartió con el caballo un poco de su propia agua, dándosela a beber en una olla de cobre que encontraron en las alforjas del judío un par de días antes. Alonso no dejaba de vigilar el horizonte. El terreno, ahora despejado a excepción de unos matorrales bajos y espinosos que ofrecían poco cobijo, comenzaba a ser más escarpado por delante.

—Detrás de esta montaña está la aldea de Bel Younnech —explicó Gonzalo, tratando de orientarse por el paisaje—. Si seguimos esta vereda y nada nos lo impide, esta noche aporrearemos las puertas de Ceuta para que nos dejen entrar. Sigamos, prefiero ir despacio a quedarme parado.

Llevando al caballo sujeto por la brida, comenzaron a subir por el camino. El suelo, alfombrado de piedras sueltas, resultaba traicionero. Siguieron ascendiendo a paso lento hasta llegar a unas cien varas de la cima. Justo cuando Gonzalo iba a celebrar la cercanía de su éxito, Alonso le agarró de la manga y señaló a su derecha: a milla y media de distancia, los mismos cinco jinetes que habían visto antes se aproximaban trotando por una vereda distinta a la que habían tomado ellos. El fronteiro lanzó una maldición y volvió a subir al caballo, que protestó al sentir su peso. Sin perder un segundo le tendió la mano a Alonso, que trepó hasta sentarse a horcajadas detrás de su amigo.

—¡Agárrate fuerte!

Gonzalo espoleó a su montura sin piedad y esta movió la cabeza a un

lado y a otro, irritada, negándose a trotar. Con pasos inseguros, continuó remontando la ladera, pero las piedras rodantes resbalaban de forma peligrosa. Alonso giró la cabeza y descubrió, horrorizado, que los jinetes estaban cada vez más cerca. Sus caballos, sin signos de cansancio, acortaban la distancia con facilidad. Si nada lo impedía, en pocos minutos estarían encima de ellos. Gonzalo tomó entonces una decisión drástica.

—¡Desmonta, Alonso! ¡Iremos por donde no puedan seguirnos los caballos!

Ambos abandonaron la montura de un salto, con el corazón desbocado. El fronteiro se colgó un odre de agua a la espalda y le lanzó el otro su amigo.

—No podemos permitirnos cargar con nada más.

Dicho esto, dio una palmada al caballo, que se alejó de ellos pendiente abajo. A lo lejos, el que parecía ser el jefe de los jinetes daba órdenes mientras agitaba un arcabuz. Ahora sabían que iban armados y con malas intenciones. Gonzalo se deshizo de la chilaba y sacó la espada del fardo donde la ocultaba, enganchándola a su cinturón. Alonso le imitó, despojándose de todo ropaje que entorpeciera sus movimientos.

—Lo más probable es que intenten rodearnos —supuso Gonzalo, que vio a dos de los jinetes abandonar el grupo en direcciones opuestas—. ¿Listo para correr?

—Como si me persiguiera el diablo.

Alonso apenas podía seguir la carrera del fronteiro, que remontaba la traicionera pendiente con facilidad caprina. Sorteando los matorrales que invadían la ladera, los portugueses iniciaron un ascenso que amenazaba con ser cada vez más complicado. Gonzalo se detenía de vez en cuando a esperar a Alonso, aprovechando ese momento para controlar a sus perseguidores.

—Después de la cima todo es cuesta abajo —jadeó—. En cuanto podamos tirarnos al mar, nos tiramos. No creo que se arriesguen a perder sus caballos por perseguirnos…

Sin descanso, echando el bofe, corretearon por veredas, treparon por paredes casi verticales y escalaron salientes sin pararse a pensar en una posible caída. Alonso tenía las manos despellejadas, pero ni siquiera sentía dolor. Colgada de su cinturón, envuelta en la funda de piel, la daga de Sebastián acariciaba su muslo izquierdo. Trescientas

varas por debajo de ellos, los tres moros que formaban el grupo más grande buscaban, sin éxito, un sendero por el que perseguirles a caballo.

—Que se jodan —gruñó Gonzalo, escupiendo en su dirección—. Lo malo es que he perdido de vista a dos de ellos.

—¿Dónde pueden haber ido?

—No lo sé, pero no bajemos la guardia.

A punto de despeñarse en varias ocasiones, siguieron trepando hasta llegar a la cima, desde donde distinguieron varias veredas que descendían hasta las costas de Bel Younnech. Justo cuando pensaban que se encontraban a salvo, uno de los jinetes desaparecidos llegó trotando desde el oeste. Ni rastro del otro, al menos por ahora. Gonzalo y Alonso desenfundaron sus armas mientras el desconocido, un jovenzuelo de apenas dieciséis años, detenía su caballo en seco y les apuntaba con un arcabuz. Una parrafada en árabe arrancó una sonrisa a Gonzalo.

—¿Qué es eso tan divertido que ha dicho? —quiso saber Alonso.

—Que no nos pasará nada si nos rendimos —tradujo el fronteiro—. Estos no quieren matarnos, Alonso: son traficantes de esclavos o cazadores de recompensas. Pon cara de que estás cagado de miedo. Si consigo que ese mozalbete se acerque lo suficiente, sabrá lo que es jugársela con un fronteiro.

El muchacho se aproximó a sus presas sin dejar de mirar por encima de sus cabezas, como si buscara con la vista al segundo jinete. Alonso no tuvo que fingir sus temblores: estaba asustado de verdad. La imagen de los soldados crucificados en Tánger le asaltó sin remedio. Gonzalo, sin soltar la espada, mantenía los brazos en alto y fingía pedir clemencia, acercándose paso a paso al caballo del mozo, que reculaba sin dejar de apuntarle.

—¡Tira esa espada, perro! ¡No te acerques!

Con un movimiento tan vertiginoso que tomó por sorpresa hasta a Alonso, Gonzalo saltó hacia el joven, le agarró por la chilaba y lo arrancó de su montura. El tiro que se escapó de su arcabuz se perdió en el aire. El muchacho cayó al suelo con tal violencia que perdió el conocimiento en el acto. Gonzalo pudo haberle rematado en el suelo, pero no lo hizo: en el fondo, era incapaz de quitarle la vida a un crío indefenso.

—¡Sujeta al caballo, Alonso!

Este agarró las bridas del animal, que solo protestó unos instantes antes de calmarse.

—¿Qué hacemos ahora?

—Galopar hasta Bel Younnech todo lo deprisa que podamos. Con suerte, allí…

El estampido de un disparo interrumpió las palabras de Gonzalo, que abrió mucho los ojos en una mueca de sorpresa. El fronteiro, aún de pie, se tocó la espalda con la mano: cuando la retiró, estaba llena de sangre.

—¿Gonzalo?

El fronteiro empujó a Alonso.

—¡Vete!

Esas fueron sus últimas palabras antes de caer de bruces al suelo. Desconcertado, Alonso dirigió su vista hacia unos matorrales cercanos, donde distinguió la silueta del segundo jinete recargando su arcabuz a toda prisa.

—¡Gonzalo! ¡Gonzalo, levántate, por Dios!

Los intentos por reanimar al fronteiro fueron inútiles. Sin pensárselo dos veces, Alonso subió al caballo como pudo y lo espoleó con todas sus fuerzas, como había visto hacer a Gonzalo. El animal comenzó a correr por la vereda, justo hacia donde estaba el otro jinete terminando de recargar su arma. Cuando Alonso pasó a su lado como una exhalación, el moro disparó su arcabuz sin mucho tino: la bala pasó por encima de la cabeza de Alonso, que galopaba sin control a velocidad vertiginosa por un terreno que se le antojaba aterrador. El caballo comenzó a resbalar montaña abajo, en un frenético descenso que levantaba una polvareda asfixiante y que acabaría, si nada detenía a la bestia, en el mar.

Todos los esfuerzos de Alonso se centraban en seguir a horcajadas sobre el caballo, que parecía poseído por todos los demonios del averno. El animal siguió resbalando sobre las piedras, incapaz de detenerse, dirigiéndose sin remedio hacia un cortado que les esperaba más abajo. Atenazado por un terror cerval, Alonso se agarró con fuerza a sus crines, rezando para que se detuviera en el último

momento. Sus oraciones no fueron escuchadas.

La caída, de más de setenta pies de altura, desembocó en un mar de aguas frías donde Alonso se sumergió gritando de terror. El caballo tuvo peor suerte que él y perdió la vida al estrellarse contra las rocas que plagaban el pie del acantilado. Cuando Alonso se dio cuenta de que estaba vivo y entero, rio dentro del agua como un loco, expeliendo una nube de burbujas que le acompañó en su emersión.

Pero aún no se encontraba a salvo, la pared rocosa era impracticable y la corriente poderosa. Como experto nadador que era, conocía el peligro de las aguas bravas, así que bebió un largo trago de su odre de agua, vació el resto en el mar y sopló hasta llenarlo de aire, improvisando un precario flotador. Agarrado a él, se dejó arrastrar por la corriente, abatido por el cansancio y la pena por su amigo muerto. Cuando la mar le llevó cerca de la playa, hizo un último esfuerzo y nadó hacia la orilla con las pocas fuerzas que le quedaban.

Luchando por mantenerse consciente, Alonso braceó con fuerza. La herida le dolía pero le daba igual, no podía darse por vencido. Si lo hacía, la muerte de Gonzalo habría sido en vano. Conforme se acercaba a la orilla, encontró rocas afiladas que amenazaban con abrirle la piel pero, lejos de esquivarlas, las utilizó para tomar impulso. De pronto, sus pies tocaron fondo. Lo había conseguido, estaba a salvo.

Tambaleándose, Alonso arrastró sus pies hasta salir del agua. Instintivamente, se llevó la mano al cinturón y le alegró comprobar que la daga seguía allí. Apenas pudo dar diez pasos por la playa antes de caer al suelo, inconsciente.

El agotamiento, aunque tarde, le había derrotado.

Alonso regresó al mundo de los vivos animado por una voz femenina que le martilleaba con el peor portugués del Universo, a la vez que acompasaba sus palabras con suaves golpes de bastón.

—¿Tú vivo? ¿Tú bien? ¡Despierta! ¿Tú bien? ¿Tú vivo?

El joven levantó un poco las manos y los golpecitos cesaron. Se dio la vuelta y abrió los ojos poco a poco. El crepúsculo empujaba lentamente al sol a su exilio diario. Alonso calculó que llevaba inconsciente al menos tres o cuatro horas. Sus ropas aún estaban húmedas. De pie, a su lado, la dueña de la voz celebró su despertar.

—¡Tú vivo, gracias a Alá! —La mujer elevó la vista al cielo y gritó—.

¡Mulana! ¡Tú mucho mojado! ¡Viene casa de Anisa, tú seca!

Se trataba de una mujer de piel cuarteada y morena cuyas arrugas le hacían aparentar cien años, contrastando con su vitalidad, que era la de una joven de veinte. Era menuda, de rostro redondo y sonrisa acogedora, a pesar de alternar las mellas con unos dientes de oro demasiado grandes para su boca. Un tatuaje en forma de rombo adornaba su entrecejo. Su vestimenta estaba compuesta de varias capas de tejido blanco y una especie de falda a rayas rojas, blancas y negras que le llegaba hasta los tobillos. Tenía otra tela similar, esta a rayas rojas y blancas, anudada a la espalda. Alonso se dio cuenta, por el encorvamiento de la mujer, de que aquella pieza de ropa hacía las veces de morral. Unas sandalias de esparto, un bastón de alcornoque mal tallado y un enorme sombrero de paja con borlas de colores remataban su atuendo.

—¿Portugués? ¿Español?

—Soy portugués.

—¡Sabe habla! —aplaudió la anciana—. ¡Viene casa de Anisa!

Alonso exploró los alrededores con la mirada. Las casas, aunque espaciadas unas de otras, formaban un pueblo de tamaño considerable. Incorporándose sobre las diminutas piedras que formaban la playa, Alonso buscó indicios de sus perseguidores. Por suerte para él, por allí no se veía a nadie.

—¿Dónde estoy?

—Esto Bel Younnech —informó la mujer, que pronunciaba la «e» como si fuera una «i»—. Yo Anisa —se presentó.

—Yo Alonso Teixeira, de Lisboa.

—Viene a casa de Anisa y seca, Alonso Tichira di Lisboa.

La mujer empezó a caminar unos pasos por delante de Alonso, volviéndose a cada instante para cerciorarse de que la seguía. Él obedeció sin rechistar. Una vez más, no tenía otra opción.

A pesar de sus años, Anisa avanzaba por la empinada vereda con asombrosa agilidad, y eso que llevaba una carga a la espalda que Alonso imaginó pesada. El este, oculto tras unos riscos no muy altos que formaban el pequeño golfo donde se encontraban, no revelaba ciudad alguna.

—Tengo que llegar a Ceuta. ¿Está al este?

—Septa por allí —confirmó Anisa, señalando la oscuridad con el dedo.

—¿Podríais indicarme el camino…?

—Septa lejos —le cortó Anisa—. Septa mañana. Anisa lleva. Hoy come y duerme tranquilo.

Alonso suspiró y rezó para que aquella hospitalidad no disfrazara una trampa. Su mano palpó la empuñadura de su daga, comprobando una vez más que seguía allí. Mientras ascendía por el estrecho camino, examinó lo poco de paisaje que la escasa luz le permitía ver. En la ladera de la montaña había casas pequeñas rodeadas de huertos esparcidas por todas partes. Más abajo, cerca de la playa, divisó cabañas de pescadores. Anisa, siempre por delante de él, le animaba alternando frases en árabe con palabras en portugués. De repente, surgieron de la nada unos chiquillos risueños que acompañaron al dúo cuesta arriba, alternando sus risotadas con frases que Alonso no necesitó entender: sin duda, aquellos diablillos se burlaban de él. Anisa agitó su bastón, reforzando el gesto con unas amenazas ininteligibles que pusieron a los mocosos pies en polvorosa.

Alonso vio más casas conforme ascendían la pendiente. Algunas caras curiosas se asomaban a las ventanas para espiarles, pero nadie abrió la boca ni para saludar. Anisa seguía caminando, rebosante de energía. Por fin, tras recorrer un trecho más, se detuvo.

—Casa de Anisa —anunció.

La casa era parecida a la de Abdelouahed, aunque esta era más grande y estaba mejor acabada. Estaba rodeada por varios huertos y por unos corrales que contenían gallinas y conejos. Anisa encendió unas lámparas de aceite que iluminaron la entrada.

—Entra. Casa de Anisa, casa tuya.

El interior estaba formado por un salón con una cocina de leña, cuya chimenea atravesaba el techo. El mobiliario era menos escueto que el de Abdelouahed: había varias mesas de madera, cojines, tres aparadores y un sinfín de cajas, barriles y sacos dispuestos por doquier. De las paredes colgaban objetos de labranza de buena factura. Desde el salón se accedía a dos habitaciones separadas de este por sendas cortinas.

—Ese, cuarto de Anisa. Otro, cuarto tuyo.

—¿No marido? —preguntó Alonso, contagiado de la forma de hablar de su anfitriona.

—Marido muerto —informó ella, componiendo una expresión de infinita tristeza—. Anisa nada hijos. Anisa sola. Mar trae tú a esta casa. Tú ahora como hijo de Anisa.

Alonso no supo qué decir ante tal alarde de hospitalidad. Tras unos segundos de acongojante silencio, solo pudo articular un débil agradecimiento.

Anisa descargó de su espalda su improvisado morral. Con mucho cuidado, volcó su contenido en una caja de madera que había en una esquina del salón. Alonso no pudo contener la curiosidad y se acercó a mirar. Eran conchas, cientos de ellas.

—Ahora Anisa arregla comida. Tú ve cuarto, allí ropa seca.

Alonso entró en la que iba a ser su habitación por esa noche y corrió la cortina, buscando un poco de intimidad. Colgados de una cuerda había zaragüelles, camisas y chilabas del difunto marido de Anisa. Alonso se despojó de sus ropas húmedas, dejándolas extendidas en el suelo. También se quitó las botas, que junto con el cinturón eran lo último que quedaba de su uniforme de arcabucero. El joven acarició la daga que pendía del cinto.

¿Cómo reaccionaría la guardia al verla? Aquella obra de arte despertaría la codicia de cualquier rufián de la milicia o, en el peor de los casos, le acusarían de haberla robado a algún oficial. En ese momento decidió que no cruzaría las puertas de Ceuta con la daga encima. Tenía que pensar dónde esconderla, un lugar en el que nadie más que él pudiera encontrarla. Eso si no lo daban por desertor y lo ahorcaban nada más llegar.

El joven eligió unos zaragüelles no demasiado amplios y una camisa no muy distinta de las que vestían los cristianos. No deseaba llegar a Ceuta disfrazado de moro. Volvió a calzarse sus botas de cuero a pesar de estar aún húmedas, y ocultó la daga enfundada en la caña de la que calzaba su pie derecho. Encontró a Anisa en el salón, cocinando sémola aderezada con hierbas aromáticas y verduras. Con el hambre que gastaba, aquello le olía a gloria.

—Cuscús —le explicó ella, a la vez que señalaba un cuenco que contenía el zumo de varios limones recién exprimidos, mezclado con agua y azúcar—. Bebe. Bueno, bueno, bueno…

Alonso bebió la limonada a sorbos cortos, disfrutando de la suave acidez del refresco. Hacía rato que había dejado de pensar que aquello era una encerrona. Recordó lo que Gonzalo le había contado acerca de la hospitalidad de los musulmanes y no pudo contener una sonrisa que vino acompañada de una lágrima. Anisa giró la cabeza como si hubiera olido el llanto de su invitado.

—¡Oh! ¡Tú llora! ¿Qué pasa, tú cae de barco?

Alonso no pudo evitar reírse.

—Peor, yo caído de montaña con caballo. —Hizo una pausa—. Creo que mereces que te cuente cómo he llegado hasta aquí…

Alrededor de la cazuela de cuscús, usando solo palabras sencillas, Alonso relató a Anisa sus aventuras en el norte de África, de principio a fin.

CAPÍTULO X

14 de agosto de 1578

ALONSO Y ANISA ABANDONARON BEL Younnech antes del alba, recorriendo un camino que bordeaba la costa rocosa que daba al Atlántico. Una vez dejaron atrás unos riscos, Anisa señaló con su bastón una franja de tierra elevándose alta en el horizonte.

—Septa —dijo, empleando el nombre árabe de Ceuta—. Mucho anda ahora.

La anciana iba cargada como una mula, pero su ritmo de marcha era digno de un fronteiro. Alonso insistió en ayudarla con los bultos y, tras mucho discutir, consiguió que Anisa le pasara el más ligero de sus fardos, uno que contenía verduras. Aparte de frutas y vegetales, la mujer cargaba con conchas vacías que recogía por las playas para vendérselas a un lijudi —un judío— de Ceuta. Según explicó, el mercader transformaba su nácar en una pasta que luego vendía a los joyeros para adornar alhajas y objetos de lujo. Para Anisa, aquel era su negocio más rentable.

Comparado con los caminos que había transitado en los últimos días, este le pareció a Alonso una bendición. El mar, gris y medio oculto por la niebla, se agitaba en olas espumosas que rompían contra las rocas de la orilla. A su derecha, unos cortados de piedra elevaban un bosque mediterráneo vibrante de vida. Mientras seguía a Anisa —que amenizaba la marcha con canciones morunas que sonaban todas igual —, Alonso no paraba de buscar con la mirada un buen lugar donde esconder su daga. Debía elegirlo bien, un lugar reconocible para que no le fuera difícil recuperarla y que a la vez pasara desapercibido a los caminantes. Por ahora, todos los sitios se le antojaban demasiado parecidos, por lo que decidió no arriesgarse.

Un par de horas antes del mediodía, Anisa le mostró unas ruinas que se alzaban sobre una colina a lo lejos. Ella lo llamó el afrag. Se trataba de los restos de una fortificación del siglo XIV que el sultán merinida Abu Said había mandado construir a las afueras de Ceuta, para mantenerse a salvo de las revueltas independentistas que a veces afloraban en la Plaza. Del palacio que había presidido el afrag no quedaba casi nada después de doscientos años de saqueos. Los restos de las murallas, de tapial, aún dibujaban su antiguo perímetro a trazos discontinuos, sujetos por viejos puntales de madera. Algunas almenas rectangulares todavía permanecían en pie, testigos mudos de glorias pasadas.

Cruzaron un puente de madera que atravesaba el llamado Arroyo de Fez y entraron en las ruinas del afrag a través de una puerta en forma de herradura. Un poco más adelante, se apreciaba el lugar donde una vez estuvo el alcázar del sultán, ahora completamente en ruinas. Muchos restos de edificios derruidos se extendían a uno y otro lado del camino, y Alonso se dijo que aquel era un buen lugar para ocultar el puñal.

—Anisa, tengo que ir un momento ahí detrás —se excusó Alonso, restregándose el estómago con la mano—. ¿Puedo?

Anisa soltó una risita y se sentó en un pedrusco a descansar.

—Yo espera aquí, tú tranquilo. Ve, ve —le instó.

Fingiendo que se lo hacía encima, Alonso se perdió de vista entre las ruinas del afrag. No había nadie por los alrededores. Todo lo valioso había sido saqueado hacía ya mucho tiempo y allí no había nada que atrajera la atención de curiosos y buscavidas. En definitiva, un lugar perfecto para esconderla.

Alonso eligió los restos de unas antiguas caballerizas y cavó un agujero de unos dos pies de profundidad, usando la misma hoja de la daga. Guardó el arma en la funda de piel y la envolvió con un pañuelo rescatado del ajuar del difunto marido de Anisa. Depositó el bulto en el fondo y lo cubrió de tierra. Contó los pilares de la vieja estructura. Estaba en el segundo, comenzando por la izquierda. Acabó de disimular el agujero con el pie hasta no dejar ni rastro de él. Nadie podría adivinar que en aquel lugar desolado se ocultaba un tesoro como el que acababa de enterrar.

Libre de la preocupación de la daga, se sintió mucho más tranquilo. Ahora solo le quedaba rezar para ser bien recibido por sus paisanos en Ceuta. Después de memorizar el paisaje para un futuro regreso, volvió junto a Anisa, que se puso de pie en cuanto le vio llegar.

—Vamos —le apremió—. Septa cerca, muy cerca.

Dejaron atrás el afrag para encontrarse con las primeras casas que formaban los arrabales. El camino, flanqueado por hierba verde y arbustos, comenzaba a cobrar vida. Muchos mercaderes moros y algún que otro cristiano se dirigían a la ciudad portando mercancías. Los más afortunados las llevaban en burros; los menos, iban cargados como tales.

Los arrabales estaban compuestos por casas de todos los tamaños que solo tenían en común su poca altura. Era raro ver alguna con más de dos pisos. Algunos huertos y jardines daban la nota de color al blanco de la cal o al amarillo arenoso del adobe.

—Mira las murallas. —Anisa señaló al frente—. Eso, Septa.

Alonso se maravilló de la poderosa fortificación que rodeaba la ciudad, muy parecida a las que protegían otras costas portuguesas. Aquella construcción le pareció inviolable, una auténtica obra de arte de ingeniería militar. En ese momento comprendió por qué todas las civilizaciones mediterráneas habían luchado encarnizadamente por poseer el dominio de aquella plaza fuerte.

Ceuta se levantaba en una isla separada a tiro de piedra del continente. Al sur, el Mediterráneo bañaba la bahía con sus aguas cálidas, compartiendo su azul con las costas beréberes. El Atlántico, más frío —como el propio Alonso había comprobado el día anterior—, dominaba la bahía norte, con Gibraltar como vigía de las playas andaluzas. Un puente levadizo separaba la isla del continente. El foso y las formidables murallas protegían la ciudad de ataques enemigos,

convirtiéndola en un fuerte inexpugnable.

Más allá de lo que era la ciudad en sí, Alonso divisó un monte alto, en cuya cima se erigía una imponente fortaleza que dominaba las aguas del Estrecho. Los portugueses lo llamaban el Monte Hacho, y desde allí se encendían hogueras para advertir de la proximidad de naves enemigas. No lejos de esa fortaleza, había una ermita en honor a San Antonio de Pádua —santo nacido en Lisboa—, mandada construir por Juan I de Portugal después de tomar Ceuta en 1415.

Bajando del Hacho hasta un viejo foso seco que cortaba el paso a la ciudad, se extendía la zona conocida como la Almina. Muy poblada en otros tiempos, ahora se había convertido en tierra de cultivo a la sombra de algunas viejas torres merinidas, supervivientes de guerras pasadas. Donde los acantilados no formaban una defensa natural, el hombre había construido murallas que hacían casi imposible un asalto desde el mar. En lo táctico, la isla entera era una joya castrense.

La ciudad, propiamente dicha, ocupaba la parte más estrecha de la isla, desde el foso de la Almina hasta las murallas que separaban Ceuta del continente africano. Las fortificaciones y torreones que dibujaban su perímetro componían un baluarte de una milla de largo por media de ancho. En su interior, calles estrechas desembocaban en plazas donde se desplegaban mercados bullentes de animación; había varias capillas e iglesias, e incluso una catedral en su plaza central. Aquella ciudad era muy parecida a cualquier otra urbe portuguesa, diferenciándose de las demás tan solo por el inevitable toque de mestizaje bereber. Era entre la protección de sus murallas donde moraba la mayor parte de la población, confiada en que el espesor de sus muros y el poder de su artillería mantendrían a raya a cualquier invasor lo bastante loco como para intentar un ataque.

Alonso y Anisa se abrieron paso a través del gentío que se agolpaba en las inmediaciones del puente levadizo. Aquella entrada era conocida como baluarte de La Bandera. Alonso se emocionó al ver a los soldados portugueses apostados junto a las tres baterías de cañones que apuntaban sus bocas al oeste; otros, asomados a las almenas de las murallas, contemplaban el ir y venir de mercaderes y visitantes. Cientos de voces hablando portugués, árabe y castellano a la vez orquestaban una cacofonía que Alonso no lograba entender. Anisa, por su parte, saludaba a unos y a otros. Los más jóvenes besaban su mano con respeto. Por lo que vio Alonso, la anciana era muy conocida en la Plaza. Anisa iba despejando el paso a golpe de voz y bastón, animando a Alonso a avanzar.

—Ahora tú habla soldados en puerta… vamos, vamos. Cruzaron el puente levadizo y llegaron hasta la entrada de la Plaza, donde encontraron a cuatro soldados portugueses armados con espadas y alabardas. Anisa hizo señas a uno de ellos, que se acercó de mala gana. El soldado, que conocía a la anciana de vista, enfocó su atención en Alonso. La expresión de su cara revelaba inteligencia corta y modales indeseables. Antes de que Alonso pudiera abrir la boca, Anisa tomó la iniciativa:

—Yo encuentra soldado portugués ahogado en playa —explicó, señalando a Alonso—. Él bueno.

El guardia pasó revista a Alonso de pies a cabeza. Su expresión era de desconfianza.

—¿Dices que eres soldado? A mí no me lo pareces…

—Mi nombre es Alonso Teixeira, de Lisboa. Combatí como arcabucero contra las tropas del jarife Abdelmalik en Alcazarquivir, al mando de don Francisco de Távora…

—¿Y tu uniforme y tu arcabuz? —le interrumpió el soldado.

—Quedaron en el frente. La batalla fue un desastre, yo escapé como pude.

El soldado agarró a Alonso por el cuello de la camisa.

—¡Así que un desertor!

—¡No, no! —respondió Alonso de forma atropellada; Anisa, por su parte, recriminó el comportamiento del soldado soltándole un par de maldiciones en árabe—. La batalla ya estaba perdida cuando crucé el río…

—¡Guardia!

Los otros tres soldados se personaron a paso ligero, con sus espadas y alabardas en ristre. Alonso encogió la cabeza entre los hombros; su peor pesadilla se estaba haciendo realidad.

—¡No soy un desertor! ¡Dejadme que os explique!

—Se lo explicarás al capitán del baluarte. ¡Llevadle al calabozo!

Ignorando los ruegos de Anisa, Alonso fue arrastrado al interior de las murallas hasta una pequeña celda del cuerpo de guardia, donde fue

arrojado después de practicarle un registro nada sutil. Le despojaron del hatillo de verduras, de las botas y del cinturón, dejándole solo los zaragüelles y la camisa. Alonso dio gracias a Dios por no llevar la daga encima: sin duda le habrían acusado de ladrón además de desertor. A cuatro patas sobre la paja sucia que alfombraba a retales el suelo, tuvo ganas de llorar. Estaba siendo tratado por sus paisanos mucho peor que le habían tratado los moros. A sus espaldas, oyó girar la llave de la reja. Intentó protestar, pero uno de los soldados le mandó callar de nuevo:

—¡Silencio! ¡Ya hablarás con el capitán, y solo cuando te pregunte!

Los soldados desaparecieron, dejándole solo. La única compañía que tuvo Alonso durante su encierro fueron las voces procedentes del exterior. Voces que, al contrario que él, eran libres.

Permaneció encerrado en el calabozo tres horas que duraron una eternidad. Su corazón se disparó al ver acercarse, a través de los barrotes, a un soldado enorme que llevaba unas melenas y unas barbas pelirrojas dignas de un gigante comedor de niños. Dos mofletes sonrojados sostenían a dos ojos pequeños y ceñudos, techados por unas cejas espesas del mismo color que la barba y el pelo. Parecía muy enfadado. Alonso se lo imaginó dejando sin conocimiento a un toro de un puñetazo. El coloso se plantó frente a la celda, mirándole de arriba a abajo con gesto condescendiente. Alonso temió, por un momento, que viniera a torturarle.

—¡Levántate! —le ordenó el gigante, abriendo la celda. Alonso apreció un leve acento extranjero en su portugués—. El capitán don Pedro de Guevara quiere verte…

Contra todo pronóstico, el mastodonte de acento extraño no le arrancó la cabeza. Ni siquiera sacó a Alonso de la celda a empujones ni le sujetó por el brazo. Caminando detrás de él, fue indicándole el camino. Mientras atravesaban el patio de armas, algunos soldados le dedicaron a Alonso chanzas e insultos. De vez en cuando, la palabra desertor llegaba a sus oídos. Cabizbajo, las soportó en silencio.

—Por aquí —le guió el fortachón, haciéndole pasar por debajo de un arco de piedra engalanado con banderolas de muchos colores.

El despacho era una estancia amplia, con una mesa de exquisita manufactura, unas sillas tapizadas, unos aparadores, un soporte lleno de espadas y un tapiz que representaba el escudo de Portugal. Un par de cuadros al óleo flanqueaban al crucifijo que la presidía. Alonso no

recordaba haber visto una habitación tan elegante como aquella.

Detrás de la mesa le esperaba don Pedro de Guevara. Era un oficial de unos treinta y cinco años, enjuto, de nariz prominente y perilla puntiaguda. Los bigotes, muy cuidados, se proyectaban fuera del rostro, dibujando unas curvas que sobresalían de sus mejillas. Su morrión, brillante como un espejo, reposaba sobre la mesa. Al ver a los recién llegados parados en la puerta, el capitán les hizo una seña para que entraran.

—Mi capitán —comenzó a decir el gigante, cuadrándose ante su superior; Alonso le imitó, con la mirada perdida al frente—, este hombre dice llamarse Alonso Teixeira, de Lisboa. Asegura pertenecer al tercio de don Francisco de Távora y haber participado en la batalla contra las tropas de Abdelmalik.

El capitán abrió mucho los ojos y se recostó en el respaldo de su silla, estudiando a Alonso como quien observa un espécimen desconocido.

—Así que dices haber participado en la batalla contra el Jarife… —Alonso asintió, sin atreverse a hablar—. Quítate la camisa.

Alonso obedeció, sorprendido por la petición del oficial. Don Pedro de Guevara se levantó y estudió el torso desnudo del joven. Además de la herida encostrada del brazo, que dejaría una fea cicatriz al no haber sido bien tratada, Alonso lucía cortes y hematomas por todas partes, además de tener las manos despellejadas.

—¿Cómo te hiciste esa herida? —le preguntó, señalando el corte del brazo.

—Peleando contra un moro, mi capitán. Me hirió con su alfanje…

—¿Y qué fue de él?

La voz de Alonso no mostró emoción alguna.

—Lo maté.

Pedro de Guevara asintió, dando por finalizado su estudio anatómico. Detrás de Alonso, los mofletes del gigante se elevaron en una sonrisa involuntaria. Aquel detalle del moro muerto le había gustado. El capitán hizo un gesto a Alonso para que se vistiera y volvió a sentarse en su silla.

—Las noticias que llegan de Arcila son confusas y contradictorias —

dijo el capitán—. Solo nos han quedado claras tres cosas: la primera es que nuestro ejército ha sido derrotado; la segunda, que Abdelmalik murió en circunstancias extrañas y la tercera que tanto el rey Sebastián como los posibles aspirantes a la corona de Portugal están muertos o desaparecidos. —Don Pedro tamborileó con los dedos su morrión de acero.

—¿Se sabe algo del rey Sebastián, mi capitán? —se atrevió a preguntar Alonso.

—A pesar de que todo apunta a que ha muerto, no lo sabemos a ciencia cierta. Te seré franco: tú eres el primer superviviente de la batalla que ha llegado a Ceuta y, a las fechas que estamos, es probable que seas el único que lo haga hasta que se empiecen a negociar los rescates. Siéntate —le ordenó—. Tú también, Tomás. —El barbudo ocupó la silla de al lado—. Quiero conocer tus impresiones de la batalla y que me cuentes cómo has llegado hasta Ceuta. Si tu historia me convence, aconsejaré al gobernador de la Plaza, don Dionisio de Pereira, que te permita quedarte como uno más de nuestros soldados.

Alonso tomó aire y comenzó a narrar su historia, empezando con el desembarco en Arcila. No paró de hablar durante las siguientes cuatro horas; tan solo evitó mencionar su encuentro con Sebastián y los nobles en la arboleda. Pedro de Guevara y Tomás le escucharon con interés de principio a fin.

—… y así fue cómo llegué a las puertas de Ceuta, mi capitán —concluyó Alonso, exhausto.

Pedro de Guevara se recostó en el respaldo de su silla y entrecruzó los dedos. Sus ojos se cruzaron con los de Tomás, que no había abierto la boca en toda la tarde. Alonso adivinó que entre el oficial y el gigante había cierta complicidad.

—Nos has proporcionado más información que todos nuestros correos juntos —le felicitó don Pedro, después de una larga pausa—. Le contaré tu historia a don Dionisio de Pereira. Si te permite quedarte en la Plaza, será un orgullo para mí tenerte bajo mis órdenes.

—El orgullo será mío, mi capitán —respondió Alonso, ruborizado.

—Es tarde. Tomás, búscale una cama y que pase la noche en el cuerpo de guardia. Mañana iré a ver al gobernador. Podéis retiraros. —Antes de que abandonaran el despacho, don Pedro les llamó una última vez —. Tomás, no quiero que nadie le llame desertor, ¿entendido?

—A la orden, mi capitán —respondió el barbudo con una inclinación de cabeza—. Si alguien se mete con él se las verá conmigo.

Tomás condujo a Alonso al cuerpo de guardia, donde advirtió a los presentes que estaba bajo su protección.

—Si alguien se atreve a insultar a este hombre o a tocarle siquiera un pelo de la ropa, os juro por la tumba de mi abuelo que le arrancaré los huevos y los arrojaré al foso, ¿entendido?

Todos asintieron en silencio, sabedores de que el gigante no bromeaba. Tomás le tendió una manta fina a Alonso y le señaló un jergón vacío. El joven le dio las gracias:

—Os agradezco que me tratarais como a un soldado y no como a un prisionero —lo dijo en voz baja, para que los otros soldados no le oyeran—. A partir de ahora, consideradme a vuestro servicio.

Tomás volvió a estudiarle de arriba a abajo.

—Tienes buenas espaldas y buenos brazos para bregar con bestias. Si te dejan quedarte, solicitaré tu destino en las caballerizas. Ahí sí que estarás a mi servicio.

A pesar de que las únicas experiencias que había tenido hasta ahora con caballos habían sido horribles, Alonso agradeció las palabras de Tomás con una leve reverencia. Cuando este comprobó que Alonso había dejado su camastro preparado, le explicó cómo llegar al comedor.

—Dile a Bartolomeu, el cocinero, que vas de mi parte. Que te prepare algo de cenar, ¿de acuerdo? Te quiero con fuerzas en caso de que mañana tengas que limpiar todas las cuadras.

—Así lo haré. A propósito, ¿cuál es vuestro nombre?

—Tomás O’Donnell.

Dicho esto, el gigante se dio media vuelta y salió dejando a Alonso en compañía de los soldados. Uno de ellos, un zagal de dientes salidos y ojos saltones, se acercó a él para compartir un detalle que consideraba de vital importancia.

—Es irlandés de Irlanda. Por eso pronuncia las erres raras… El soldado le susurró esta redundancia con tal secretismo que parecía que él y solo él conocía la verdadera procedencia de Tomás O’Donnell.

Alonso le agradeció mucho la información, aunque lo cierto era que le daba igual.

No tenía ni la más remota idea de dónde quedaba Irlanda.

CAPÍTULO XI

Ceuta, 6 de noviembre de 1578

LA PRIMERA LLUVIA DE NOVIEMBRE sorprendió a Alonso en las caballerizas del baluarte de La Bandera. Después de dos meses y medio trabajando allí a diario, el olor a excrementos y a cuadra le eran ahora tan familiares como el aire terroso de la cantera de Lisboa. Dos meses y medio y parecía que había llegado ayer.

El gobernador de la Plaza, don Dionisio Pereira, había quedado impresionado al escuchar las aventuras de Alonso de labios de Pedro de Guevara, tanto que había mandado llamar al joven arcabucero a su presencia. Azorado por tanto honor, Alonso compartió una tarde con el Gobernador y con el capitán de La Bandera, recreando con todo lujo de detalle su periplo desde Alcazarquivir a Ceuta. Por supuesto, no mencionó su encuentro con Sebastián de Portugal, ni mucho menos la daga: algo en su interior le decía que no era prudente hacerlo.

A Dionisio Pereira le agradó la forma de ser de Alonso. No solo le permitió quedarse en Ceuta, sino que le prometió que hablaría con fray Alberto, un viejo trinitario ducho en letras y números, para que le enseñara a leer y a escribir. Ese mismo día, su capitán envió una carta a María, la madre de Alonso, comunicándole que su hijo estaba a salvo en la guarnición de Ceuta.

El Gobernador cumplió su promesa y Alonso fue llamado al Monasterio de la Trinidad cuatro días después de llegar a Ceuta. A partir de entonces, iría todas las tardes a recibir lecciones de fray Alberto, siempre y cuando hubiera cumplido con las tareas que Tomás O'Donnell, el irlandés, le encomendaba en las caballerizas.

Tomás, buen espadachín y mejor jinete —a pesar de ser casi tan grande como el caballo que montaba—, fue quien sugirió a don Pedro el destino de Alonso. «Si le tengo cerca, me será más fácil enseñarle a

montar a caballo y a manejar la espada. Este chico promete», le había dicho al capitán. El oficial intuyó que Alonso le había caído en gracia al irlandés desde un primer momento, y el tiempo le dio la razón.

Alonso se sentía feliz. No solo había encontrado un nuevo hogar. Además, tenía amigos fieles: Tomás O'Donnell, aparte de ser su superior inmediato e instructor, acabó compartiendo con él buenos ratos y muchas jarras de cerveza y vino fuera del horario cuartelero; a Anisa, su salvadora, la veía casi a diario en la Plaza de África, donde se montaban los puestos de mercaderes. No había día en que ella no le diera una pieza de fruta o una hogaza de pan. Al principio, Alonso se sentía apurado por estos regalos, pero cualquier intento por no aceptarlos no solo ofendía a Anisa, sino que hacía que esta sacara su bastón a pasear y, aunque era una mujer pequeña, sus bastonazos eran peores que los capones de Tomás. También había cogido cierta confianza con Samuel Benhamú, un judío que regentaba una tienda en una de las calles colindantes a la Plaza de África; él era quien compraba el nácar a Anisa. Benhamú era uno de los ciudadanos más ricos y mejor considerados de Ceuta, y su esposa y su hija eran dos joyas dignas de contemplar. Por último, el capitán don Pedro de Guevara y su prometida, doña Clara de Vasconcelos, también apreciaban a Alonso y, a pesar de las diferencias de hidalguía entre ellos, le trataban con respeto y cariño. No podía pedir más.

Alonso metió el caballo que estaba cepillando en la cuadra para guarecerlo de la lluvia. Los otros caballerizos y acemileros hicieron lo mismo con las bestias que tenían a su cuidado. Era el día libre de Tomás, y seguro que estaría reponiendo fuerzas en casa para luego ir a gastarse los cuartos a Las Tres Esquinas, su taberna favorita. Alonso decidió que se pasaría por allí al terminar sus clases con fray Alberto. Aquello era todo un privilegio: después de comer, sobre las tres de la tarde, tenía permiso del capitán para ir al convento, lo que le despejaba un poco de la rutina cuartelera. Don Pedro le aseguraba que, si era aplicado y aprovechaba bien las enseñanzas del fraile, algún día llegaría a ser oficial. Fray Alberto, por el contrario, sostenía que el destino de Alonso estaba lejos de las armas. Por su parte, Alonso escuchaba a los dos sin hacer demasiado caso a ninguno de ellos. Él acabaría siendo lo que Dios quisiera que fuese.

Terminó su faena poco después de la una de la tarde y le pidió permiso al sargento de guardia para poder salir del baluarte. El suboficial le dejó ir. Ya que tenía que pasar por fuerza por la Plaza de África, decidió detenerse a saludar a Anisa. La lluvia había cesado y los mercaderes volvían a desplegar sus tenderetes. La buscó con la mirada, pero no la localizó en su puesto. Su vecino habitual de

mercado, un árabe aún más viejo que ella, le hizo una seña.

—Si buscas a Anisa, está en casa del lijudi —dicho esto, el anciano escupió en el suelo, lo que arrancó una sonrisa a Alonso.

—¿Por qué odias tanto a maese Samuel? Cada vez que le mencionas, escupes.

—Seguro que ese perro la engaña —aseguró, lanzando un segundo escupitajo al suelo—. ¡Es lijudi! Ese se aprovecha de que es viuda y le paga el nácar a mitad de precio.

Alonso soltó una carcajada.

—¿Pero tú crees de verdad que Anisa se deja engañar? No creo que haya nacido moro, cristiano o judío capaz de tal hazaña. Temo más a su bastón que a la Santa Inquisición.

—Anisa ladra mucho, pero no muerde y el lijudi lo sabe. Ella se conforma con poco y él sabe darle lo justo para tenerla contenta. Anisa te quiere como a un hijo, así que pórtate como tal. —El tendero señaló la espada que colgaba del cinto de Alonso—. ¡Pínchale al lijudi en el culo con eso!

Y por tercera vez, el viejo escupió en el suelo, para proferir seguidamente una sarta de maldiciones en árabe que a Alonso le parecieron muy graciosas a pesar de no entenderlas.

—¡Tú lo que quieres es que yo acabe en galeras! ¡Que tengas buenas ventas, abuelo, y que Alá te bendiga!

Alonso se internó por las calles que daban al este y se dirigió a la tienda de Benhamú. El establecimiento del judío era de lo más selecto de Ceuta, y no habría desentonado en una capital importante como Lisboa, Toledo o Córdoba. Su clientela, aparte de la nobleza, clero y ejército local, provenía de adineradas familias bereberes y de navegantes venidos de todos los rincones del Mediterráneo.

La tienda en sí era un local grande y bien iluminado, con una puerta de metal al fondo, casi siempre cerrada, que daba a la vivienda de Benhamú, que muy pocos elegidos tenían el honor de visitar. Varios mostradores y muchas vitrinas cerradas con llave exhibían las preciadas mercancías, sobre todo joyas y artículos de lujo venidos de muy lejos. Los expositores, fabricados por los mejores ebanistas de Florencia, dejaban boquiabiertos a los clientes, y los objetos que estos contenían hacían estremecerse de placer a los ricos y babear de

envidia a los pobres.

A pesar de la fortuna que llenaba estanterías, vitrinas y cajas fuertes, nadie jamás cometió la locura de robar algo al judío. Era de todos conocido que maese Samuel gozaba del favor de las autoridades, del beneplácito de la Iglesia —aun no siendo un converso—, y de la protección del Ejército. No era raro ver al joyero, emperifollado de pies a cabeza, en actos donde acudía lo más selecto de Ceuta. Había quien decía que incluso el gobernador de la Plaza le debía incontables favores, lo que alimentaba la leyenda de que la influencia de Benhamú era casi ilimitada, leyenda que, por otra parte, no era más que una exageración de ciudad pequeña.

Pero por muchas y preciadas que fueran sus posesiones, la mayor joya de Samuel Benhamú era su hija Luna, una joven de diecisiete años de piel blanca, ojos almendrados y cabello negro que, cuando no estaba recogido por valiosos tocados o finas redecillas, caía sobre sus hombros en una cascada azabache. Aunque pasaba la mayor parte del tiempo detrás de la puerta de metal que separaba la tienda del palacete donde moraba, no era raro verla en el establecimiento, junto a su padre, enigmática y silenciosa, sentada en una silla, bordando con bastidor o leyendo algún libro escrito en unos caracteres cuadrados muy distintos de los que usan los cristianos.

Alonso notaba que su corazón se detenía al verla. Ese día de noviembre, sin embargo, no encontró a la joven en la tienda. Allí solo estaba maese Samuel, discutiendo en árabe con Anisa, que gesticulaba con energía titánica señalando el cargamento de conchas que acababa de esparcir sobre uno de los mostradores.

—Buenos días nos dé Dios —saludó Alonso, cruzando la puerta del establecimiento—. ¿Llego en mal momento?

Anisa relajó su cara de enfado durante un segundo, saludó sonriente a Alonso, y reanudó su reprimenda al judío, que se encogía de hombros y ponía cara de desolación. La situación le pareció divertida a Alonso, que no pudo evitar acordarse de los escupitajos que el viejo mercader había dedicado al lijudi.

—¿Qué le pasa hoy a Anisa, maese Samuel? Andad con cuidado, que en uno de esos meneos de bastón os hará un chichón en la cabeza del tamaño de una naranja.

—Este es el cuarto saco de conchas que me trae esta semana —se lamentó el judío—. Le he dicho que hasta que no acaben de sacarle el

nácar a todas las que tengo no me traiga más, ¡pero ni caso! Como siga a este ritmo, voy a tener que echar de mi casa a mi mujer y a mi hija para meter las malditas conchas.

Anisa dio un golpe en el suelo con su bastón, indignada. A Alonso le parecía increíble que aquella anciana tuviera ese genio y esa vitalidad con todos los años que arrastraba a sus espaldas.

—Marea buena, ¿qué quieres, que yo deja conchas en playa? —Anisa mostró una vez más el cargamento al comerciante, como si este no lo hubiera visto ya—. Cuando marea mala, tú quejas: nada mercancía. Cuando marea buena, tú quejas: mucha mercancía.

Benhamú puso los ojos en blanco, fingiendo que le daba un patatús.

—De acuerdo, te haré el favor y te las quitaré de encima —se rindió, al fin—. Te doy cinco ceitiles por todo.

—¿Tú crees que yo loca? ¡Diez ceitiles!

—Seis.

—Ocho.

—Siete.

—¡Ocho! —repitió Anisa.

Alonso, al otro extremo de la tienda, no podía aguantar la risa. El judío le miró, en busca de comprensión.

—¿Has visto lo que tengo que aguantar cada día? Tú ganas, bruja: ocho ceitiles. —Benhamú rebuscó en su bolsa y pagó a Anisa con ocho monedas—. Pero no me traigas más hasta que yo te lo diga, ¿está claro?

Anisa volvió a componer una expresión ofendida.

—Si mañana marea buena, yo trae otra vez. Tú mucho vago, tú trabaja y saca nácar…

Anisa dio media vuelta, besó a Alonso en la frente y abandonó la tienda, dejando a los hombres a solas. El comerciante recogió el saco de conchas y dirigió su vista a Alonso, que no podía parar de reír.

—Algún día, esta mujer acabará conmigo. Tengo conchas en el almacén para bautizar a toda África.

Alonso aprovechó la ocasión para picar a Benhamú. El comerciante le caía bien y sabía que el sentimiento era recíproco.

—Pues hay quien opina que deberíais pagarle más por ellas…

—Eso es porque soy judío —se lamentó—. Siempre nos echan la culpa de todo. Me pregunto cuándo prescribirán los cargos por la muerte de Cristo. Te juro que yo no había nacido cuando le mataron. Además, leí en alguna parte que quien le dio el toque de gracia fue un romano. ¿Por qué no le pedís cuentas a ellos? —Benhamú meneó la cabeza—. Los cristianos estáis locos, y encima no paráis de insistir para que los judíos reneguemos y nos unamos a vosotros.

—Judíos, cristianos, musulmanes… todos andan locos en estos tiempos que corren. Nos aferramos a las locuras del pasado e impedimos que el futuro nos traiga cordura.

Benhamú alzó las cejas, asombrado.

—Esos frailes te están enseñando bien. ¿Estudias filosofía?

—Por ahora solo aprendo a leer y a escribir, maese Samuel. Más adelante, Dios dirá… Dejad que os eche una mano con eso.

Ayudado por Alonso, el judío arrinconó el saco de conchas en una esquina de la tienda, intentando que ocupara el menor espacio posible a base de moldearlo a patadas. Una vez finalizado el trabajo, Benhamú señaló con la cabeza la puerta de metal que separaba la tienda de sus aposentos personales.

—Cuando sepas leer te enseñaré mi biblioteca. Tengo volúmenes únicos, que encierran una sabiduría no apta para cualquiera.

—Mientras no moleste a la Inquisición…

—¡Calla, no mientes a la bicha! —Benhamú hizo el gesto contra el mal de ojo—. Y dime, Alonso, ¿qué te trae por mi casa?

—Solo vine a ver a Anisa, pero con las pulgas que gasta hoy mejor ni me arrimo. La verdad es que solo estoy haciendo tiempo. En un rato iré a mis clases con fray Alberto y luego a Las Tres Esquinas, a beberme una jarra de cerveza con Tomás.

—El irlandés. Menudo bárbaro. Con una mano sostiene el crucifijo y con la otra la jarra de cerveza. Y su verga, en la entrepierna de la primera ramera que le diga qué bonitas barbas tienes. No es buena

compañía para ti, Alonso…

—No le juzguéis así, maese Samuel —le defendió Alonso—. Vos solo apreciáis su fachada tosca, pero os juro que su corazón es bondadoso y noble.

En ese momento, la puerta de metal se abrió, dando paso a dos mujeres que parecían salidas de los cuadros cortesanos que adornaban las paredes del palacio del Gobernador. La mayor de ellas, Sara, la esposa de Benhamú, era una mujer no demasiado alta pero de porte majestuoso, que aún mantenía en sus facciones la belleza de sus mejores años. A su lado, Luna, su hija, rezumaba lozanía y hermosura. Alonso sintió, con pavor, cómo sus mejillas se encendían ante la mirada impasible de la joven. Intentando disimular su rubor, hizo una reverencia con tal torpeza que su morrión cayó al suelo, dando una campanada que nada tuvo que envidiar a las de la catedral. Luna agachó la cabeza para disimular la risa, interrumpida por un discreto codazo de su madre, experta en mantener la compostura en todo momento. Sara devolvió el saludo a Alonso con un movimiento de cabeza y se dirigió a su esposo:

—Vamos a dar un paseo por el mercado ahora que ha escampado, Samuel. No tardaremos.

—No gastéis mucho, rosas mías —bromeó Benhamú, besando sus manos—, y que Dios os bendiga.

Las dos mujeres abandonaron la tienda, dejando a un orgulloso Benhamú y a un sonrojado Alonso contemplando la estela de su paso. El mercader golpeó al joven en el coleto con el dorso de la mano.

—¡Ni lo sueñes! —le advirtió, alzando un índice amenazador—. No está hecha esa miel para unos labios palurdos como los tuyos.

—¡No pensaréis que pretendo algo con vuestra hija! —se defendió Alonso, consiguiendo que sus mejillas enrojecieran aún más—. ¡Dios me libre!

—Me curo en salud, por si acaso. La juventud es insensata y sé bien lo que me digo…

Para alivio de Alonso, Benhamú cambió de tema y, como de costumbre, sonsacó al joven anécdotas de sus aventuras en África. Le encantaba conocer detalles de la batalla de Alcazarquivir, y Alonso a veces no tenía reparos en inventarse hazañas bélicas con las que deleitar a su amigo. Así, entre narraciones reales e imaginarias, sonó

la hora de ir con fray Alberto.

El Monasterio de la Trinidad había sido, tiempo atrás, una antigua madrasa llamada al-Yadida, donde los musulmanes de Ceuta se sumergían en las enseñanzas del Corán, los secretos de los números y el arte de las letras. Era un edificio pequeño, de planta rectangular, que por fuera poco o nada había cambiado desde su construcción, por lo que sus formas arquitectónicas árabes contrastaban con la cristiandad que ahora abrazaban sus muros. El minarete de la fachada norte había pasado a ser campanario sin perder su aspecto original, y la puerta principal, ricamente adornada de arabescos, no había sido tocada por albañiles cristianos.

En el patio principal del convento, unos arcos de herradura daban paso a las celdas de los monjes y a la Capilla de Santiago, donde la docena de religiosos que habitaban el monasterio practicaban el culto diario. Otras estancias de la antigua madrasa habían sido habilitadas como dormitorios para huéspedes, bibliotecas, almacenes y despachos, respetándose, en la mayoría de los casos, la estructura original del edificio.

La labor principal de la Orden de la Santísima Trinidad era la de asistencia y redención de prisioneros liberados por el Islam, y solo en casos muy especiales, como el de Alonso, algún fraile tutelaba a algún adulto espabilado para formarle como buen cristiano y hombre de saber. Un buen ejemplo de ello era fray Alberto, quien había aceptado a Alonso siguiendo la recomendación del Gobernador. Fray Alberto era un monje anciano, flaco y barbudo, cuya bondad mejoraba con la edad como el buen vino. Artífice de una caligrafía exquisita y poseedor de una voz celestial declamando versos, obnubilaba a Alonso en sus clases. Estas se celebraban en uno de los despachos del convento, y Alonso sabía cuándo daban comienzo, pero nunca cuándo acababan. A veces, el viejo monje se sentía inspirado —o aburrido—, y prolongaba sus enseñanzas durante tres o cuatro horas, dándolas solo por terminadas cuando los bostezos de Alonso despeinaban sus barbas. En esas ocasiones, el viejo fray Alberto bendecía al joven con un pescozón, ya que de todos es sabido que la letra con sangre entra.

Aquella tarde, Alonso leyó, por primera vez, un párrafo completo. No fue gran cosa, solo una frase corta para niños, pero al fraile le brillaron los ojos como si acabara de pelar un quintal de cebollas. Al dar por concluida su lectura, el joven quiso saber el veredicto de su mentor.

—¿Lo hice bien, fray Alberto?

—Jamás tuve un alumno tan espabilado como tú —reconoció el monje—. Empezaste mis clases hace dos meses y ya casi sabes leer. En tres meses más, a lo sumo, podrás entender cualquier escrito que te pongan por delante… y entonces empezaremos con la escritura.

—Por las noches, en el barracón, hago prácticas con la pluma y el tintero que vos me regalasteis. Copio caligrafía, y cada vez me sale mejor… aunque para ser franco, ni siquiera sé lo que escribo —rio—. Mañana os traeré los ejercicios, a ver qué os parecen…

Fray Alberto revolvió el pelo lacio y oscuro de Alonso.

—¡Algún día llegarás a ser alguien, cantero!

Justo en ese momento, dos frailes se personaron en el despacho. Alonso se levantó de un salto, cuadrándose ante ellos. Uno era el prior fray Payo de la Cerda, un hombre culto, de edad indefinida y gordo como un lechón, cuyas mejillas sonrojadas parecían estar siempre a punto de estallar. Alonso le temía, ya que parecía estar siempre al acecho para encomendarle tareas y recados que nunca podían esperar: cuando no era sacar unos cubos de agua del pozo, era llevar una carta al otro lado de la Almina o mandar una cesta de comida a alguna familia necesitada en el Campo del Moro. Por esta razón, Alonso intentaba anticiparse siempre a sus pasos, no dudando en esconderse detrás de una columna o debajo de una mesa para evitar el encuentro. De todas formas, y a pesar de ser un marimandón —tal vez por el cargo de prior que ostentaba—, el padre Payo era un hombre bueno y generoso.

El otro clérigo era desconocido. Aparentaba unos cuarenta años, tenía porte recio, nariz aguileña y mirada gélida. Vestía el mismo hábito de trinitario que fray Alberto y el prior, pero el suyo, además de estar mucho mejor tejido, venía aderezado con un morral de viaje de tela marrón y una enorme cruz de plata pendiendo del pecho. En lugar de ir descalzo, como los trinitarios de Ceuta, calzaba unas sandalias de cuero de excelente calidad. Su atuendo era, en resumen, una versión más lujosa de la de los frailes del Monasterio de la Trinidad de Ceuta.

—Perdonad la interrupción —se excusó fray Payo—. ¡Alonso, qué suerte encontrarte aquí!

Lo primero que pensó Alonso es que el prior iba a mandarle hacer algún recado pero, por suerte para él, se equivocó.

—Fray Alberto, Alonso —prosiguió fray Payo, señalando al trinitario forastero—, os presento a fray Roque del Espíritu Santo, enviado de

los Duques de Braganza para asistir a los liberados de Alcazarquivir. Fray Roque, este es Alonso Teixeira, el joven que logró escapar de los moros atravesando las tierras que van de Alcazarquivir a Bel Younnech.

Fray Roque clavó sus ojos de hielo en los de Alonso, que se adelantó para besar el cordón de su hábito. Fray Alberto cerró con fuerza los libros que había sobre la mesa y mantuvo su boca cerrada, más tensa de lo normal, preguntándose para qué habrían enviado los Duques de Braganza a aquel forastero, como si los trinitarios de Ceuta no supieran asistir a liberados.

—Así que tú eres el superviviente de Alcazarquivir. —Alonso asintió —. Dios Nuestro Señor debe amarte mucho para haberte acompañado en tan arduo viaje, hijo mío. ¿Rezaste mucho durante los días que anduviste perdido por tierras de infieles?

—A todas horas, reverendo Padre —mintió Alonso, que mantenía su cabeza agachada.

—Dios siempre cuida a sus ovejas más queridas —suspiró fray Roque, desviando la atención a fray Alberto—. Y vos sois fray Alberto, uno de los más veteranos y piadosos trinitarios de Ceuta…

—Cuando se es trinitario, no hay mérito en ser piadoso

—replicó el fraile—. En cambio sí lo es llegar a viejo, pues andar todo el día descalzo, vestir de harapos, comer poco y trabajar mucho acorta la vida, por lo que doy gracias a Dios de que aún me tenga en este mundo.

Fray Roque prefirió pasar por alto el sarcasmo de Fray Alberto. El prior cambió de tema, consciente de que el trinitario visitante no contaba con las simpatías del anciano.

—Fray Roque se alojará en el monasterio mientras esté en Ceuta — anunció el prior—. La caravana de liberados saldrá muy pronto de Tánger, así que en pocos días estarán aquí.

—Perdonad, reverendo Padre —intervino Alonso—. ¿Ya no hay cerco alrededor de las plazas portuguesas en Berbería?

El trinitario facilitó a Alonso un parte de guerra completo:

—Los moros han vuelto a sus cabilas de origen, los judíos han sido reprendidos en Tetuán y tropas castellanas refuerzan los perímetros de

las plazas. El nuevo jarife, Muley Ahmed, no desea importunar a Felipe de Castilla ni a sus aliados. No temas por la caravana, Alonso, nadie interferirá en su viaje.

A Alonso le alegró saber que las aguas volvían a su cauce.

¿Habría sobrevivido alguien más de su escuadra? Se acordó de Luis Veira, a quién dejó vivo en el campo de batalla. ¿Y qué habría sido de Antonio Expósito? Capturado y sin oponer resistencia, como si lo viera.

—¿Quién es tu capitán, Alonso? —le preguntó fray Roque de repente.

—Don Pedro de Guevara, reverendo Padre.

—Hablaré con él para que te permita estar en primera fila cuando lleguen los liberados, así podrás buscar a tus compañeros: tal vez alguno haya sobrevivido. Y también podrás presentar tus respetos a los restos del difunto rey Sebastián, que viaja en la misma caravana.

El corazón de Alonso se detuvo por un momento.

—¿El cuerpo del rey viene con los liberados?

—Así es. El Jarife se lo entregó al embajador de Castilla en Fez, el padre Marín, como muestra de buena voluntad.

Así que los rumores eran ciertos: al final, Sebastián de Avis había caído en combate. Alonso sintió una leve punzada de decepción en el alma, a pesar de que la noticia no le cogió del todo por sorpresa. Ni el mejor de los guerreros podría haber salido victorioso de tan desigual lucha.

—¿Me mostráis mis aposentos, fray Payo? —le pidió fray Roque al prior—. Estoy cansado del viaje…

—Por supuesto, acompañadme.

Los dos trinitarios abandonaron el despacho, dejando solos a Alonso y a fray Alberto. En cuanto se fueron, este comenzó a despotricar:

—¡Como si fuera la primera vez que recibimos liberados! ¿Para qué necesitamos a un emisario de los Duques de Braganza aquí? ¡Los Duques de Braganza! ¿Sabes que enviaron a su hijo Teodosio a luchar en Alcazarquivir? ¡Y tiene solo diez años, por el amor de Dios! Se dice que le hirieron en la batalla y que aún sigue prisionero de los moros,

pobre chiquillo, lo que estará pasando…

Alonso se espantó ante aquel disparate. Por lo visto, la insensatez era compañera habitual de la nobleza. Menos mal que nací pobre, pensó.

—Tal vez han enviado a fray Roque para recibir el féretro de Sebastián —aventuró Alonso, en un intento de aplacar la ira de fray Alberto—. Puede ser cosa del protocolo…

—¡Paparruchas! Ese fray Roque es un trinitario engreído con aires de jesuita: túnica de buen paño, sandalias de cuero, cruz de plata… ¡A este le endosaba yo mi hábito, que pica como si estuviera tejido con ortigas, a ver si lo aguanta!

El anciano abandonó el despacho sin dejar de renegar, y Alonso dio por concluida la clase del día. Salió del convento a toda velocidad, no fuera que algún fraile le reclutara para cualquier recado y se encaminó a Las Tres Esquinas. Casi con toda seguridad, su amigo Tomás ya estaba allí con una cenefa de espuma cervecera en el bigote.

El cielo continuaba nublado y gris, pero no había vuelto a llover. Las calles estaban animadas y los comercios repletos de gente comprando y vendiendo. Alonso ascendió los escalones llenos de bocados que llevaban a Las Tres Esquinas. La taberna se emplazaba en un edificio viejo, casi al borde del foso seco de la Almina. Varios puestos de pescado atufaban el ambiente alrededor de la tasca, y sus dueños pregonaban la mercancía con voces capaces de despertar a las ánimas del purgatorio.

Alonso tuvo que esperar unos segundos a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra de la taberna, que a aquella hora de la tarde aún estaba poco concurrida. Tenía dos pisos de altura, con una escalera a un lado de la cocina que comunicaba la planta principal con el sótano y con la planta superior, donde unas cuantas mujeres de mala reputación ofrecían sus servicios en cuartuchos preparados a tal efecto. El mostrador principal, formado por dos tablones clavados a inglete sobre barriles vacíos, ocupaba una de las esquinas, junto a la escalera. A la derecha, una puerta desvencijada daba a la cocina, donde Marcela, la vetusta cocinera, preparaba sus especialidades. A lo largo de todo el establecimiento había varias mesas largas a juego con bancos corridos; tanto unos como otros pedían a gritos una mano de barniz. Las ventanas, casi siempre cerradas, obligaban a mantener candelabros encendidos que sumergían el local en una noche eterna.

—¡Alonso!

Tomás le llamó desde la esquina más alejada de la puerta, donde se encontraba su mesa favorita: una muy pequeña, con cuatro sillas y en el rincón más íntimo del salón. Delante de él había tres jarras vacías, prueba irrefutable de que iba ya por la tercera cerveza. Alonso saludó a Téo, el propietario de la taberna, que en ese momento lavaba jarras de madera en un cubo lleno de agua parduzca. Téo había llegado a Ceuta una década atrás, procedente del Algarve, como el difunto Ferrante Avalos. Era un hombre de poco más de cuarenta años, cabeza afeitada y expresión decidida. Adquirió Las Tres Esquinas por un precio irrisorio a su antiguo propietario, un burgalés borracho que acabó echando el hígado en el callejón trasero una noche de invierno, poco después de venderla. La idea de las habitaciones y las meretrices había sido de Téo, que además de tabernero, tenía vocación de proxeneta.

—¿Una cerveza, Alonso? —preguntó este.

—¡Qué le vamos a hacer, Téo! El irlandés me las va a hacer tragar una detrás de otra aunque yo no quiera, así que no lucharé contra lo inevitable…

Tomás le invitó a sentarse, dando dos palmadas en la silla que tenía al lado. Cuando bebía, sus facciones se tornaban bonachonas y sonrientes, aunque siempre existía el riesgo de que un repentino ataque de ira transformara al irlandés en una tarasca endemoniada. Alonso se preguntaba cómo era posible que la barriga redonda de Tomás, moldeada a base de cerveza, vino y cordero, no le molestara en absoluto a la hora de montar a caballo o practicar la esgrima. Como instructor no tenía precio, aunque Alonso había sufrido en sus carnes algún que otro arrebato del irlandés, que profería blasfemias en su lengua natal mientras le perseguía con un palo, una fusta, o cualquier otra arma improvisada si no hacía las cosas como él quería. De todos modos, adoraba a aquel gigantón, con quien pasaba la mayor parte del día.

—Cada día amo más esta ciudad, Alonso —declaró Tomás, entrechocando su jarra con la del joven—. Hay de todo, y no has de recorrer millas a caballo para obtenerlo. Buena cerveza, buen vino, comida sabrosa, buenas putas y frailes piadosos que perdonan nuestros pecados con indulgencia divina. ¿Qué más podemos pedir?

—¿Mejor paga?

—Cobramos menos de lo que quisiéramos, pero más de lo que merecemos —recitó—. Mientras nos sobre para algún que otro vicio,

demos gracias a Dios, Nuestro Señor.

—Amén… supongo —añadió Alonso.

El irlandés echó un vistazo a la taberna. Estaba prácticamente desierta, a excepción de un par de prostitutas holgazaneando en la barra y un par de parroquianos dando cuenta de unas jarras de vino. Tomás se acercó un poco más a Alonso, hablando en susurros:

—Esta mañana oí que vienen los primeros liberados a Ceuta… y adivina qué viene con ellos.

—El féretro del rey Sebastián.

Tomás frunció el ceño, tomado por sorpresa.

—¡Coño! ¿Cómo te has enterado?

—En el monasterio. Lo ha dicho un fraile trinitario enviado por los duques de… —Alonso intentó recordar el ducado en cuestión, sin éxito—. Da igual cómo se llamen. La cuestión es que ese fraile, que más que un fraile parece un obispo, lo ha contado delante de mí, de fray Alberto y del Prior. Va a pedirle a don Pedro que me deje estar en primera fila durante la llegada de liberados, por si viera a alguno de mis compañeros de escuadra.

Tomás tomó un sorbo de cerveza y movió la cabeza. Cada vez que daba un buche, una línea de espuma blanca le manchaba el bigote y él, de un lengüetazo, la eliminaba.

—Pues se avecina una buena —rezongó, reprimiendo un eructo que le salió por las fosas nasales, como el bufido de un dragón—. A mí quien reine en Portugal me trae sin cuidado, pero seguro que habrá follón.

—¿Quién queda de la familia real para ocupar el trono?

—El trono ya está ocupado. —La respuesta de Tomás sorprendió a Alonso, que no se había enterado de aquello—. El cardenal don Enrique fue coronado rey de Portugal a finales de agosto…

—¿El Gran Inquisidor, nuestro rey? —Alonso no daba crédito a las palabras del irlandés.

—Ya fue regente antes de que Sebastián fuera coronado y, según parece, no hay nadie mejor que él para ocupar el trono. Lo malo es que el cardenal es más viejo que Matusalén. Recuerda lo que te digo:

cuando menos te lo esperes, Felipe de Castilla se proclamará rey y no habrá nadie para hacerle frente.

—No sé si prefiero a Felipe o al cardenal. El cardenal, por lo menos, es portugués.

—Tan jodido está enero como febrero —rezó Tomás, haciendo una seña a una de las camareras—. Trae otras dos, hermosa. —El irlandés esperó a tener las dos jarras sobre la mesa y volvió a bajar el tono—. ¿Sabes qué te digo, Alonso? Que como están las cosas, tal vez fuera mejor estar bajo bandera española. Felipe tiene un imperio rico y próspero, y bajo su capa todos estaremos más seguros. Dicen que la flota castellana patrulla las aguas de Berbería, atenta a un ataque del turco. Las plazas portuguesas en África están en peligro, y dependemos en gran medida de la protección de España.

Alonso perdió la mirada en su cerveza, pensando que era más que probable que Tomás tuviera razón. Una nueva era estaba a punto de empezar y ellos no podían hacer nada para impedirlo. Harto de hablar de temas transcendentales, decidió cambiar de tercio:

—Esta mañana he estado en la tienda de maese Samuel.

—Sus labios no pudieron evitar una sonrisa evocadora—. He visto a Luna. Cada día está más bella.

Tomás resopló.

—Mucha yegua para tan poco jinete —sentenció—. Sí que apuntas alto, arcabucero de tres al cuarto.

—No he dicho que vaya a intentar nada con ella —se defendió.

—Este viejo irlandés sabe leer el brillo de los ojos de un imberbe tarado como tú. Cuando pronuncias su nombre, se encienden dos lunas en tus pupilas… y nunca mejor dicho. Deja de soñar, rapaz, esa princesa judía no es para ti.

—No siempre seré un arcabucero muerto de hambre —proclamó Alonso—. Fray Alberto dice que soy un alumno aventajado. Algún día, seré un hombre importante.

—Por lo pronto te quedan unos años hasta que pagues tu arcabuz y el que perdiste en Berbería, y luego tienen que sobrarte dineros para comprar tu licencia. Te quedan muchos lomos de caballo que cepillar. —El irlandés soltó una carcajada—. Como no tengas un golpe de

suerte…

Alonso levantó su jarra.

—Por ese golpe de suerte.

—Por ese golpe de suerte —repitió Tomás.

Las jarras de madera se tocaron una vez más, salpicando espuma sobre la mesa húmeda. Bebieron hasta bien entrada la tarde, cuando Las Tres Esquinas se llenó de parroquianos con ganas de remojarse el gaznate y de mozas atraídas por el sonido de las monedas. Cada vez que Alonso recordaba el brindis sentía ganas de reír. Si Tomás supiera lo que tengo enterrado en el afrag. Si algún día lograba vender esa daga por su precio, se convertiría de inmediato en un hombre rico.

Aquella noche, Alonso regresó al cuartel borracho y feliz. Al día siguiente, retomó su rutina de cuadras, guardias, equitación, esgrima y estudios. Pero esa noche soñó con Luna, aquella dama tan inalcanzable como el astro que le prestaba su nombre.

CAPÍTULO XII

4 de diciembre de 1578

AÚN NO HABÍAN DADO LAS doce de la mañana de ese día cuando un emisario a caballo llegó a Ceuta con noticias de los liberados. Se trataba de un joven caballero castellano que hablaba portugués casi a la perfección. En cuanto se identificó, dos jinetes le condujeron al palacio del Gobernador.

—Los carros de la caravana van tirados por mulas, excelencia —informó el caballero a Dionisio Pereira—. Viajan a paso lento, por lo que no les esperéis antes del atardecer. Yo me adelanté para informaros.

—¿Hubo algún contratiempo en el camino?

—Ninguno, excelencia —le tranquilizó—. Cuatro caballeros castellanos, los más diestros espadachines que podáis imaginar, escoltan la caravana.

—¿Solo cuatro? —Al gobernador le parecieron pocos.

—Las cosas están tranquilas en Berbería, excelencia. Felipe de Castilla ha devuelto la paz a África, y el nuevo jarife, Muley Ahmed, ha retirado sus tropas. No hay nada que temer.

El Gobernador dio orden de empezar de inmediato con los preparativos para la recepción de los liberados. Casi toda la guarnición se puso manos a la obra. La calle empedrada que iba desde las puertas de Ceuta hasta la Plaza de África fue engalanada con banderas portuguesas y estandartes de las principales casas lusas. La artillería del baluarte de la Bandera había cargado salvas, y dos filas de arcabuceros formados desde el puente levadizo hasta las puertas de la iglesia dejaban un pasillo para el cortejo fúnebre. La gente se agolpaba en la plaza, más que para recibir a los liberados, para ver el féretro de Sebastián de Avis. Ese día, un solo muerto fue más importante que muchos vivos.

A las cinco de la tarde, las personalidades de la ciudad se reunieron ante las puertas abiertas de la Iglesia de Nuestra Señora de África a la espera del cortejo. Allí se encontraban el gobernador de la Plaza, don Dionisio Pereira, acompañado por el comandante don Rodrigo de Meneses. Junto a estos, fray Roque del Espíritu Santo y el obispo don Miguel de Ziabra departían en latín, con una cadencia de voz parecida a un canturreo que resultaba ininteligible para los presentes; detrás de ellos se encontraban la mayoría de oficiales y sacerdotes de Ceuta. Alonso, pegado a su capitán como una lapa y en mitad de un mar de gente importante, se sentía tan fuera de lugar como una monja en un burdel.

Poco antes del atardecer, el sonido de tambores anunció la llegada de la caravana. Personalidades civiles, militares y religiosas formaron frente a la iglesia para recibir al cortejo fúnebre. El gentío, silencioso, flanqueaba a las filas de soldados firmes, inertes como estatuas bajo la tenue luz del crepúsculo. Los menos afortunados —la mayoría— presenciaban el acto a pie de calle, mientras los más pudientes ocupaban una tribuna que se alzaba junto a la fachada principal de la iglesia, erigida para este funeral. Alonso divisó en un extremo de la tribuna a doña Clara de Vasconcelos —la prometida de su capitán—, y un poco más lejos a Samuel Benhamú, a su esposa y a Luna. Sus miradas se cruzaron durante un segundo, y este habría jurado que la vio sonreír. Sin poder evitarlo, el rubor inundó sus mejillas una vez más, hecho que no pasó desapercibido a Pedro de Guevara, que malinterpretó la causa del sonrojo.

—¿Estás nervioso, Alonso?

—Sí, mi capitán —mintió—. Me entristece ver llegar a mi rey en una caja de madera, aunque por otro lado me anima saber que podría reencontrarme con alguno de mis compañeros.

—Ojalá. —Don Pedro señaló al frente con la barbilla—. Mira, ahí llegan.

El carruaje fúnebre decepcionó a todos los presentes por su insultante sencillez. Se trataba de una carreta normal y corriente, tirada por dos caballos sin ornato alguno. En el pescante, junto al conductor, viajaba un personaje rechoncho, vestido con ropajes demasiado lujosos para su aspecto vulgar. Su atuendo era rematado por un sombrero que elevaba su altura lo menos en un pie. En su rostro lucía una sonrisa desmedida, muy desacorde con la solemnidad del momento. Detrás, en la zona de carga de la carreta, una sábana de raso negro ocultaba las formas rectas del ataúd, que aún sin estar a la vista se adivinaba austero. Cuando la salva de artillería atronó desde el Baluarte de la Bandera, el personaje del sombrero alto escondió la cabeza entre los hombros como una tortuga, para luego soltar una risita nerviosa, como de hiena.

Cuatro caballeros equipados con armadura de media gala daban escolta al cortejo. Detrás de ellos, tres nobles portugueses cabalgaban con rostro circunspecto y ropa costosa, ahora parda por el polvo del camino. Uno de ellos giró su montura y ordenó detener las carretas donde viajaban los liberados, para así dar preferencia a la entrega del féretro a las autoridades.

El silencio tras la salva fue absoluto. La carreta se detuvo y los cuatro caballeros desmontaron, así como los nobles portugueses. A una seña del comandante don Rodrigo de Meneses, unos mozos de cuadra se hicieron cargo de las monturas de los recién llegados.

El personaje del sombrero ridículo se apeó del carruaje. Sin pronunciar palabra, los cuatro caballeros castellanos cruzaron dos varales por debajo del ataúd y lo levantaron de la carreta; los faldones de raso negro acariciaron el empedrado de la Plaza de África. Encabezados por el retaco del sombrero, la comitiva, formada por el féretro, los caballeros que lo portaban y los tres nobles portugueses, se detuvo justo delante de las autoridades. Fray Roque del Espíritu Santo se dirigió hacia el extraño personaje acompañado por Dionisio Pereira y Rodrigo de Meneses. Los tres nobles portugueses se colocaron junto al hombrecillo y también cruzaron reverencias y saludos. El

Gobernador les reconoció como don Luis César, don Duarte de Castelblanco y don Miguel de Noronha.

Tras un carraspeo que tenía todas las trazas de ser fingido, el hombre del sombrero habló en voz muy alta para que todos le escucharan. A pesar de tener un fuerte acento italiano, hablaba un portugués bastante decente:

—Yo, Andrea Gasparo Corso, hago entrega del cuerpo de su Majestad Sebastián de Portugal al muy reverendo padre fray Roque del Espíritu Santo, a don Dionisio Pereira como gobernador de Ceuta y a don Rodrigo de Meneses, enviado de Lisboa y comandante de la Plaza, por mandato del rey Muley Ahmed e intercesión de su Majestad Católica don Felipe de Castilla. Ha sido deseo de ambos que los restos mortales del que fue soberano de Portugal sean traídos a la frontera de Ceuta. —Gasparo Corso hizo una breve pausa—. El rey Muley Ahmed quiere que se haga saber que la entrega se efectúa libre y graciosamente, sin ningún interés, siendo testigos los aquí presentes: don Luis César, don Duarte de Castelblanco y don Miguel de Noronha.

Fray Roque rezó una oración y se dirigió a Gasparo Corso:

—Hasta que se disponga su envío a Portugal, el cuerpo de su Majestad reposará en la Capilla de Santiago. Seguidme, por favor…

La gente se apartó con respeto al paso del féretro, persignándose los cristianos y con inclinaciones de cabeza quienes no lo eran. Una multitud comenzó a caminar detrás del cortejo fúnebre, hasta formar una procesión en toda regla.

Alonso seguía en posición de firmes junto a su capitán y el resto de oficiales. La muchedumbre le impedía ver el paso del ataúd, pero era fácil adivinar por dónde iba por la forma en que el gentío se desplazaba. Apenado, el arcabucero no pudo reprimir derramar una lágrima.

—Tienes mi permiso para acompañar al cortejo, si quieres —le concedió don Pedro.

—Os lo agradezco, mi capitán, pero prefiero esperar a los liberados. Ya tendré tiempo de llorar a mi rey mañana —dijo, secándose con un dedo.

La caravana de los cautivos avanzó hasta quedar por completo dentro de las murallas de Ceuta. Doce trinitarios de sotana raída y corazón piadoso se dirigieron hacia ellos para darles la bienvenida con los

brazos abiertos, luciendo sonrisas en sus rostros cansados por la rutina del convento. Más tarde los asistirían uno por uno, no solo para reconfortarles de las calamidades pasadas; la influencia nociva del Islam era bien conocida, y más de uno y más de dos volvían convertidos en musulmanes, unos por convicción propia y otros obligados por sus captores. Parte de la labor de los trinitarios era purgar esos casos en cada entrega, y así hacer que las ovejas volvieran al redil del cristianismo. Mientras los frailes atendían a los recién llegados, Pedro de Guevara empezó a caminar hacia las carretas.

—No te separes de mí —le ordenó a Alonso—, y fíjate bien, a ver si ves a algún conocido.

Era evidente que los liberados estaban cansados del viaje, y la expresión de sus rostros aún reflejaba el sufrimiento y la ansiedad del cautiverio. Los pocos curiosos que no habían seguido al cortejo les daban la bienvenida, prodigándose en muestras de afecto, como hacían los trinitarios. Sumaban un total de cincuenta y cuatro rescatados, entre los que había tres mujeres y dos niños. Un sargento de alabarderos les hizo formar. Una vez organizados en filas, fue pasando lista. Alonso paseó entre ellos junto al capitán, pero no vio a ninguno de sus amigos.

—¿Nadie? —le preguntó don Pedro.

—Nadie, mi capitán —suspiró Alonso, decepcionado—. Creía que serían muchos más. —Alonso se dirigió al conductor de la carreta más próxima, un hombre gordo poseedor de una nariz que parecía una ciruela—. Perdonad, ¿estos son todos los supervivientes de la batalla?

—¡Qué va, quedan miles allí todavía! —respondió el cochero narigón —. Estos son los primeros —explicó—. La mayoría de los cautivos esperan su rescate, y el dinero es escaso y llega lento. Si hay oro, el moro entrega un grupo de prisioneros; no hay oro, no hay entrega. Así funciona esto.

Alonso recorrió la caravana con la vista hasta reparar en una figura delgada, vestida con sotana, que parecía estar despidiéndose del conductor del último carro de todos. El cura se echó al hombro un petate y comenzó a caminar hacia donde formaban los liberados. Algo en él le resultó familiar.

—¿Quién es ese cura? —le preguntó a nariz de ciruela, que enseguida reconoció la figura lejana que se acercaba a ellos con paso lento.

—Ah, ese… Un jesuita que viaja con los cautivos, pero no consta en la

relación de presos. Oí que también estuvo en Alcazarquivir, pero fue liberado allí mismo por alguien importante.

—¿Le conoces, Alonso? —le preguntó Pedro de Guevara.

—Me suena, mi capitán, pero lo cierto es que no conozco a ningún jesuita… —Cuando el sacerdote estuvo más cerca, Alonso pegó un respingo—. ¡Que me aspen!

Dejando de lado todo protocolo militar, se separó de su capitán a la carrera y se lanzó hacia el sacerdote, que conforme le vio venir se detuvo en seco, preguntándose quién sería aquel soldado loco que corría hacia él como si pretendiera derribarle. Cuando le tuvo más cerca y le reconoció, el petate resbaló de su hombro y cayó al suelo.

—¿¡Alonso!?

Alonso y el jesuita se fundieron en un abrazo y se echaron a reír. Ambos empezaron a dar saltos sobre el sitio, ejecutando una especie de baile ridículo. El conductor narizotas les observó durante un rato, meneó la cabeza y se volvió a Pedro de Guevara.

—¿Habéis visto alguna vez al Ejército y a la Iglesia bailar juntos con tanta alegría?

El capitán esbozó una sonrisa de medio lado.

—Me parece que ese soldado y ese cura han bailado antes en el infierno.

Y así fue cómo Alonso Teixeira y Antonio Expósito se reencontraron, el mismo día en que los restos mortales del rey Sebastián llegaron a Ceuta.

CAPÍTULO XIII

4 de diciembre de 1578, ese mismo día

ALONSO Y ANTONIO EXPÓSITO CAMINARON por callejuelas paralelas a la Plaza de África, a fin de evitar a la enorme multitud que seguía el funeral. Los que no se agolpaban en la puerta de la Capilla

de Santiago para llorar la muerte de Sebastián, formaban corrillos en la plaza para comentar, entre susurros, el futuro tenebroso que se cernía sobre Portugal. Aquella tarde no solo se derramaron lágrimas de pena. También hubo muchos llantos de indignación.

—La casa de mi amigo Tomás está al final de esta calle —le dijo Alonso a Antonio sin aminorar la marcha—. Allí estarás más cómodo que en el Convento de la Trinidad.

—Siempre que tu amigo acepte darme cobijo —apuntilló Antonio.

—¿Tomás? Ni lo dudes. Estará encantado, te lo aseguro.

Pero bueno, cuéntame cómo lograste salir vivo de la batalla… Mientras caminaban, Antonio comenzó a narrarle los sucesos que acontecieron después del ataque al bagaje, intercalando en el relato una noticia que produjo en Alonso una alegría infinita: a pesar de la gravedad de su herida, Luis Veira había logrado sobrevivir y se encontraba en Tánger, a la espera de rescate como tantos y tantos prisioneros.

—Yo estaba con él cuando le hirieron —explicó Alonso—. Tuvimos que abrirnos paso a espadazos, ¡menuda escabechina! —bajó la voz, en un susurro misterioso y divertido a la vez—. No te lo vas a creer, pero al moro que hirió a Luis, lo decapité de un solo tajo.

Antonio se santiguó.

—¡Vaya par! ¡Y eso que fue vuestro bautismo de fuego!

—Aún hubo más, ya te contaré… pero sigue tú. ¿Qué pasó cuando te apresaron?

—Nos llevaron al campamento de Abdelmalik y allí nos enteramos de que había muerto. Unos cuentan que enfermó durante el viaje y otros que le envenenaron. Lo importante fue que el nuevo jarife, Muley Ahmed, dio orden de que se nos diera buen trato, por lo que el cautiverio no fue tan terrible como imaginamos.

—¿Y cómo es que ahora eres jesuita?

Antonio Expósito se detuvo un momento. Las callejuelas seguían desiertas a causa del sepelio y las ventanas vacías y las puertas cerradas eran los únicos testigos de su conversación.

—Podría decir que tuve suerte, pero yo prefiero pensar que Dios

estuvo conmigo. Entre la corte que acompañaba al Jarife estaba el embajador de Castilla en Fez, el padre Marín, un hombre influyente y poderoso: es consejero de su Católica Majestad, el rey Felipe…

Alonso torció el gesto en una mueca de disgusto.

—Se te ilumina la cara al nombrarlo —le reprobó. Fray Antonio no entró al trapo.

—¿Vas a dejar que te cuente cómo acabé siendo jesuita?

—Sigue.

—Pues ese embajador, el padre Marín, necesitaba un intérprete de alemán, y yo me ofrecí para el trabajo…

—¿No había lansquenetes que hablaran portugués o castellano? —le interrumpió Alonso.

—Seguro, pero el padre Marín quería a alguien de confianza. Le extrañó que un vulgar arcabucero portugués hablara castellano y alemán… y cuando le dije que también hablaba italiano francés, inglés y latín, ya no dejó que me separara de él ni un momento.

Alonso se echó a reír.

—Como dice fray Alberto, el conocimiento es el arma más poderosa que existe.

—Ya viste que con el arcabuz soy un desastre —recordó Antonio—. Qué vergüenza pasé cuando me encontrasteis llorando en el bagaje. Eso me costó noches enteras sin dormir…

—Cada uno sirve para lo que vale —le consoló Alonso. Antonio asintió y prosiguió con su relato.

—Con el paso de los días, acabé contándole mi vida al padre Marín, desde mis recuerdos de niño en el monasterio hasta que hui de él en busca de aventuras. Se ve que mi historia le impresionó, porque nada más llegar a Tánger me preguntó si quería ser ordenado sacerdote… y he de reconocer que una vez escarmentado de mis desventuras como soldado, aquello era lo que más deseaba.

»El padre Marín me dijo que yo tenía los conocimientos necesarios para ser un buen jesuita, y me preguntó si estaría interesado en vivir en la Corte, en Madrid. Le dije que sí, y hace dos semanas, en Tánger,

pasé a engrosar las filas de la Compañía de Jesús.

—Así que te vas a España…

—Partiré hacia Madrid dentro de unos días con los caballeros que han escoltado el féretro de Sebastián hasta Ceuta.

Alonso reanudó la marcha, empujando al fraile con suavidad para que siguiera caminando.

—Te veo más castellano que portugués, Antonio.

El fraile se encogió de hombros.

—Soy un hombre de Dios, Alonso, y Él nos ve a todos iguales, seamos de donde seamos.

—Si algo envidio de los curas es vuestro pico endiablado.

—Alonso extendió su dedo índice, señalando hacia adelante—. Esa de allí es la casa de Tomás.

—Me da cierto apuro…

—En cuanto le conozcas se te quitará, ya verás qué personaje.

La casa —pequeña, vieja y desconchada—, se alzaba casi al borde del foso seco de la Almina. Alonso aporreó la puerta tres veces y esta se abrió casi al instante, mostrando a un Tomás O'Donnell sorprendido de recibir visita. El irlandés, que odiaba las aglomeraciones de gente, no había asistido al sepelio, por lo que se había quedado en casa cocinando un guiso de carne capaz de saciar a un regimiento. No tenía otra cosa que hacer: Las Tres Esquinas, al igual que las demás cantinas de Ceuta, guardaba luto por el Rey, por lo que las rameras estarían hoy con las piernas tan cerradas como los locales donde trabajaban. Ni qué decir tiene que Alonso y Antonio fueron bien recibidos.

—¡Por supuesto que podéis alojaros aquí, fray Antonio! —le invitó Tomás, después de sentarle a la mesa—. No hay mayor honor para este pobre pecador que dar cobijo a un siervo de Dios. Consideraos en vuestra casa.

—No me prodiguéis tantas atenciones, que hasta hace nada era un simple arcabucero como Alonso, pero con la diferencia de que él sabe hacer su trabajo y yo no. Llamadme simplemente Antonio, maese Tomás, y apeaos del tratamiento de vos, os lo ruego…

—Pues vos también, entonces. Para vos, soy Tomás.

—Para ti —le corrigió el fraile.

—Pues para ti, ¡qué demonios! —Para sorpresa del jesuita, Tomás se propinó una sonora bofetada a sí mismo—. Perdón, tengo una lengua que debería ser cortada.

Antonio echó un vistazo al interior de la casa. Estaba construida de ladrillo y madera, y se encontraba sorprendentemente limpia para ser propiedad de un caballerizo que apestaba a cuadra las veinticuatro horas del día. Se componía de una estancia principal con cocina de leña y dos aposentos, uno de los cuales parecía siempre a punto de recibir invitados, con sábanas pulcras y colcha bien estirada; en cambio el otro, el de Tomás, presentaba una cama deshecha y unas cómodas con cajones abiertos rebosantes de ropa sin doblar, apilada de cualquier manera. Alonso sospechaba que el dormitorio inmaculado estaba siempre listo para alguna conquista amorosa diferente de las fulanas con las que Tomás acababa acostándose; una conquista que aún no había tenido lugar y que era probable que aún tardase en llegar, si es que alguna vez llegaba.

—Tengo una tinaja de vino recién traída de Oporto —ofreció Tomás —. ¿Los curas podéis beber vino?

Antonio le guiñó un ojo.

—Algún vicio hemos de tener para poder confesarlo al día siguiente.

Tomás se frotó las manos, feliz con la compañía.

—Voy a por él.

Al minuto siguiente, los tres brindaban con jarras de barro llenas del mejor vino de Oporto que habían tomado en mucho tiempo. Antonio volvió a narrar su cautiverio en Berbería, esta vez para Tomás, quien le prestó gran atención entre sorbo y sorbo de vino. Una vez que Antonio terminó su relato, el irlandés se deshizo en alabanzas hacia Alonso, ensalzando su habilidad innata para la esgrima y la equitación, además de sus progresos escolares con fray Alberto. Aquello llenó de gozo a Antonio.

—Así que estás aprendiendo a leer. Me siento orgulloso.

—No quiero acabar mi vida como un simple soldado y morir desangrado o de aburrimiento. Voy a intentar prosperar, Antonio.

El jesuita brindó por ello.

—Me encanta oírte decir eso.

La noche empezó a caer y el oporto no paró de correr. Las mejillas estaban cada vez más sonrosadas y las lenguas más desatadas. Alonso le relató a Antonio sus aventuras en Berbería, y este las escuchó boquiabierto. En el fondo, el fraile sentía envidia de Alonso, quien se había convertido, sin querer, en el aventurero que él siempre había deseado ser.

—Ojalá Luis Veira venga a Ceuta —deseó Alonso, dando otro trago a su oporto—. Ese sí que es un tipo duro. Cualquier otro habría muerto desangrado, pero él… él tiene más sangre de lo normal.

Tomás sirvió más vino, y Antonio apuntó a Alonso con su jarra.

—¿Cómo dijiste que se llamaba el fronteiro con el que viajaste?

—Gonzalo Nuño, otro hombre excepcional. Sin él jamás habría llegado a Ceuta. ¡Qué lástima que se quedase en el camino! —El rostro de Alonso se ensombreció—. Todos aquí piensan que soy un héroe y es mentira. Sobreviví en Alcazarquivir gracias a Luis, y logré llegar a Ceuta gracias a Gonzalo. Siempre me llevo la gloria de otros…

Alonso estuvo a punto de echarse a llorar, pero Tomás le mandó callar a la vez que le agarraba de las orejas con sus manazas. De cerca y con el ceño fruncido, el gigantón intimidaba.

—¡Shhh! No seas marica, Alonso. ¿Le enseñamos al padre el juguetito con el que practicas últimamente?

Alonso compuso una sonrisa de borracho.

—¡Venga, venga! ¡A ver si él tiene huevos de levantarla!

Antonio se echó otra copa de oporto.

—¿De qué habláis?

Tomás se metió en su cuarto y regresó con su claymore, una espada a dos manos casi tan alta como Alonso. Antonio siguió con ojos espantados el brillo de su enorme hoja mientras el irlandés la desenvainaba con lentitud.

—Que la maneje él, que es un gigante, lo entiendo —dijo el fraile—. ¿Pero tú puedes con eso, Alonso?

Este se levantó de la silla con tanto brío que a punto estuvo de perder el equilibrio.

—Trae para acá, Tomás —exigió con la mano extendida.

Tomás volvió a enfundar la espada y se la tendió.

—Cuidado, ¿eh? No vayas a hacerte daño. Antonio, vente conmigo al fondo de la habitación, que estaremos más seguros lejos de este patán.

Riéndose por lo bajo, se colocaron al otro lado de la estancia, con la espalda contra la pared. Alonso desenvainó la espada y arrojó la funda a un rincón. Con una facilidad pasmosa, levantó el arma y la hizo girar dibujando ochos en el aire. La alzó sobre su cabeza y describió dos estocadas descendentes que a Antonio le parecieron imparables. A su lado, Tomás sonreía satisfecho.

—¿Lo hace bien? —quiso saber Antonio.

—Como si hubiera nacido con un mandoble en la mano —afirmó Tomás, orgulloso; para celebrar lo bien que lo hacía Alonso, le dio un trago largo a su jarra de vino—. Lástima que el ejército portugués no la considere un arma reglamentaria. Si Alonso hubiera tenido una de estas en Alcazarquivir, habría roto las filas enemigas él solo y se la habría metido al Jarife por donde caga.

Alonso cesó de mover la espada y dejó que su punta se apoyara en el suelo de madera. De repente, se sintió abatido.

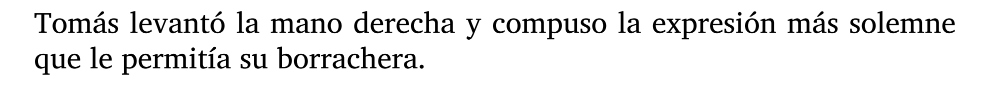
—Eso mismo hizo nuestro rey: rompió las filas enemigas como si fuera un ariete. Apuesto a que mató a más de mil moros con esa carga…

Tomás recogió la funda del suelo y le quitó la espada a Alonso para guardarla.

—¿Otra vez estás con eso? —Enfundó la claymore y la arrojó sobre su cama—. No es de valientes enfrentarse a un enemigo cinco veces más numeroso que tú: es de locos. Venga, bebamos un trago en memoria de Sebastián…

Los tres regresaron a la mesa y alzaron sus jarras. Tras un trago más largo de lo normal, Alonso la depositó sobre la mesa y miró a sus amigos: primero a Antonio y después a Tomás.

—Si os cuento un secreto… ¿prometéis no revelarlo nunca?



Tomás levantó la mano derecha y compuso la expresión más solemne que le permitía su borrachera.

—Lo juro —hipó.

Antonio trazó la señal de la cruz en el aire; también estaba borracho como una cuba.

—Como si de secreto de confesión se tratase. Alonso pareció recobrar algo de sobriedad.

—Al huir de la batalla, me encontré con el rey Sebastián en una arboleda. Iba acompañado de tres nobles y estaba herido.

Antonio y Tomás clavaron su mirada en Alonso, preguntándose si no sería una broma. Por el tono de su voz y la expresión de su rostro, no lo parecía.

—El Rey me mandó llamar —prosiguió—, y yo acudí a su lado. Le faltaban estos dos dientes. —Alonso se señaló los incisivos—. Sangraba mucho. Yo le di agua de mi odre, para que se limpiara la herida y bebiera, y él me lo agradeció…

—… nombrándote caballero allí mismo —interrumpió Tomás, riendo. Su chanza tuvo poco éxito, porque ni Antonio ni Alonso la celebraron.

—Me regaló una daga. Una daga muy, muy valiosa…

—¿Y dónde demonios está? —quiso saber Tomás—. No será la que usas para cortar el pan: esa tiene más óxido que acero.

—La tengo escondida en las afueras de Ceuta, en un lugar secreto.

Antonio se restregó las sienes. Algo en su interior le decía que Alonso no mentía.

—Todo esto me resulta increíble… ¿Y qué pasó después?

—Unos moros a caballo irrumpieron en la arboleda. Pero antes, los nobles intentaron convencer al rey para que se rindiera, asegurándole que el rescate no tardaría en llegar… ¿y sabéis lo que él les respondió?

Antonio y Tomás negaron con la cabeza; Alonso repitió las palabras del Rey:

—La libertad se gana con la muerte, no se compra con dinero.

Tomás sintió un nudo en la garganta.

—Palabras valerosas, dignas de un rey.

—Luego me ordenó que huyera para poder contarle al mundo que murió como un valiente. La última vez que le vi, los moros le rodeaban. No os podéis imaginar cómo peleaba: seguro que mató a muchos antes de morir.

Antonio le interrumpió:

—Un momento, ¿dónde dices que estaba esa arboleda?

—Al lado del Makhacen.

El jesuita se rascó la barbilla.

—Me extraña, Alonso. Dicen que Sebastián cayó en medio de las filas enemigas, peleando junto a muchos de sus caballeros…

—Imposible. Esa arboleda está muy lejos de donde estaban las filas moras. Incluso si hubiera sobrevivido, ¿cómo habría podido reunir tropas suficientes para volver a cargar contra el enemigo? Nuestro ejército huía en desbandada, eso no pudo ser —insistió.

Tomás apartó su jarra. Al igual que Alonso, ahora parecía más sobrio.

—Esto no será una broma tuya, ¿verdad?

—Es la verdad, te lo juro. Eso de que Sebastián fue abatido entre las filas enemigas es mentira. O murió en la arboleda o le capturaron vivo…

—¿Para asesinarlo después? —Tomás se negó a sí mismo con la cabeza—. Un rey vivo tiene un valor incalculable, el Jarife no puede ser tan estúpido.

Antonio pidió silencio con las manos abiertas.

—A no ser que hubiera alguien interesado en hacer creer a todos que el rey había muerto…

Ahora fueron Alonso y Tomás quienes fijaron la mirada en él.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que empiezo a entender algunas cosas que sucedieron durante

mi cautiverio —susurró el fraile como si hablara consigo mismo—. A veces, oía retazos de conversaciones extrañas entre el padre Marín y Gasparo Corso. Hablaban en latín, pero eso no es problema para mí…

—¿Quién es ese Corso? —inquirió Tomás.

—El extranjero que ha entregado el féretro de Sebastián a las autoridades. No sé bien quién es, pero parece gozar de los favores del rey Felipe. Se codea con embajadores, nobles, religiosos, oficiales, soldadesca, con judíos, moros, cristianos… Incluso pasaba tardes enteras en la tienda de Muley Ahmed, como si fueran un par de amigos.

—Pues parece un hombrecillo sin importancia —se extrañó Alonso.

—El escorpión, cuanto más pequeño, más veneno tiene —silabeó Antonio, volviendo al meollo de la conversación—. Una tarde, oí al padre Marín hablando con Gasparo Corso. Mencionaban a un cautivo especial que mantenían aparte, fuera de la vista de todos. Al principio no les presté demasiada atención, ya que bien podría tratarse de algún noble importante. Pero luego mencionaron a un desdichado que había sido ejecutado en Arcila por hacerse pasar por Sebastián. Aquello me hizo aguzar el oído, pero por desgracia se alejaron, dejándome con la mosca detrás de la oreja.

»Comenté aquello con algunos prisioneros y cuál fue mi sorpresa al enterarme de que ya corrían rumores de que el Rey había sobrevivido a la batalla y que estaba preso en nuestro mismo campamento —Antonio hizo una pausa—. Tal ver por eso Muley Ahmed decidió mostrar el cuerpo del rey muerto, para así acallar los rumores acerca de Sebastián.

—¿Tú viste el cadáver? —le preguntó Alonso.

—No, yo solo vi el ataúd. Según me dijo uno que vio el féretro abierto, el cuerpo estaba rebozado en cal. Sus palabras exactas fueron: «parecía un fantasma blanco».

—¿No hubo nadie que pudiera reconocerle? —insistió Alonso. Tomás frunció el ceño.

—¿Qué insinúas?

—Que puede que el que esté dentro de ese ataúd no sea el rey Sebastián.

Durante unos segundos, reinó un silencio en la estancia tan espeso como el humo de un cañonazo.

—No hablarás en serio —dijo Antonio—. ¿Qué ganaría el moro manteniendo cautivo al rey de Portugal? Imagina el rescate que podría sacar por él, es absurdo…

—Dime una cosa, Antonio: si tú hubieras visto el cadáver del Rey, ¿le habrías reconocido?

—La verdad es que no. Nunca le vi de cerca en persona.

—No todo el mundo ha tenido la cara del Rey a tres palmos de distancia: yo sí. Además, sería fácil comprobar si es él o no: al verdadero le faltan dos dientes…

Tomás miró a Alonso de reojo.

—No querrás ir a la Capilla de Santiago a abrir la tapa del ataúd, ¿verdad?

—Podría entrar por la ventana de la celda de fray Alberto y colarme en el convento, siempre la deja abierta y duerme como un tronco. Desde allí puedo bajar al patio, entrar en la capilla por la puerta que da a la portería, abrir el ataúd y comprobar si es el auténtico Sebastián.

—¿¡Pero tú te has vuelto loco!? —exclamó Tomás, maldiciendo para sus adentros a la tinaja de oporto y a la descendencia del mercader que se la vendió—. ¿Y si te tropiezas con algún monje despierto?

—No pasará nada —afirmó—. Los frailes me tienen en gran estima, y siempre puedo decir que fui a presentar mis respetos al Rey…

A Tomás aquel plan no le convencía en absoluto.

—Si te pillan, te azotarán por ello; eso si no te cuelgan…

Alonso dio un último trago y echó un vistazo a la calle través de la ventana. La noche era cerrada e invitaba a la aventura.

—Podéis quedaros aquí bebiendo. Yo voy al convento, deseadme suerte.

Ni Tomás ni Antonio tuvieron la mala conciencia de dejar a Alonso solo en su disparatada misión. Recorrieron las callejuelas como bandidos, esquivando borrachos y evitando patrullas nocturnas. Por

suerte, el exterior del convento estaba desierto y la ventana de la celda de fray Alberto abierta de par en par, como de costumbre.

—Hazme un estribo con las manos —le pidió Alonso a Tomás.

El irlandés aupó a Alonso hasta que pudo agarrarse al alféizar de la ventana. A pesar de llevar mucho vino encima, no tuvo dificultad para encaramarse en el vano y saltar dentro de la celda. Tumbado en su jergón, con la cara pegada a la pared, el trinitario hacía vibrar sus barbas con cada ronquido. Sigiloso como un ladrón, Alonso levantó el cerrojo de la puerta y salió al claustro. Ni un alma despierta.

Bajó de puntillas las escaleras de piedra que daban al patio y avanzó en cuclillas tratando de fundirse con las sombras. Siguió pegado a la pared hasta llegar a la portería. La puerta de la capilla se encontraba tan solo a unos pasos. Por suerte, el Gobernador no había dejado centinelas de guardia. Entre el ataúd y él tan solo se interponía la hoja de madera.

Que no esté cerrada con llave, por favor…

La suerte volvió a acompañarle. Alonso giró el picaporte y empujó la puerta despacio, sin hacer ruido. Los cuatro cirios encendidos que rodeaban el ataúd daban un ambiente tétrico a la capilla. Cerró la puerta y se enfrentó con el féretro que descansaba frente al pequeño altar de mármol. El paño negro que lo cubría se le antojó siniestro, como la túnica de un espectro. Por suerte, los efluvios del alcohol dieron fuelle a su valor.

Se sacó de los calzones la pequeña palanqueta de hierro que había traído de casa de Tomás. Santiguándose, dobló el paño de raso hasta dejar el ataúd al descubierto. Era una caja de madera basta, con una tapadera que apenas encajaba bien, sujeta por cuatro clavos que prometían no oponer demasiada resistencia. No era un féretro digno de un rey. Tras dejar la tela plegada en el banco más próximo, Alonso comenzó a desclavar la tapa con manos temblorosas: enfrentarse cara a cara con un muerto rebozado en cal no iba a ser agradable. ¿Y si le pillaba algún fraile? Si le acusaban de profanar el cadáver de Sebastián no le libraría de la horca ni San Pedro. En un segundo, se vio a sí mismo en una mazmorra de la Inquisición, rodeado de todos los artefactos de tortura imaginables.

Desechando sus temores, Alonso hizo fuerza con la palanca. La madera crujió un poco, pero cedió sin problemas. Repitió la operación con los tres clavos restantes, cuidando siempre de hacer el menor

ruido posible. A pesar de la cal, un olor nauseabundo inundó sus fosas nasales. Por un instante, temió vomitar el oporto sobre el cadáver.

Sobreponiéndose a las arcadas, Alonso retiró un poco la tapa, dejando su parte superior al descubierto. Entre la cal y la oscuridad de la capilla, poco se veía del muerto. Tomó prestada una de las velas que custodiaban el féretro y la acercó a la caja abierta. Dejando de lado los escrúpulos, retiró con la mano la cal de la cara del cadáver.

Bajo la temblorosa luz del cirio, descubrió la faz medio descompuesta del que decían era el rey Sebastián de Portugal.

Su dentadura, aunque irregular y cariada, estaba intacta. Alonso devolvió la vela a su sitio, se sacudió las manos y vol-

vió a clavar la tapa del ataúd. Colocó el paño de seda tal y como lo había encontrado y abandonó la capilla con la palanqueta embutida en su calzón. Recorrió el mismo camino de vuelta hasta la celda de fray Alberto, cerró el pestillo por dentro y saltó a través de la ventana a la calle, dando un susto de muerte a Tomás y a Antonio, que seguían cumpliendo sus labores de vigilancia.

—¡Mal rayo te parta! —exclamó Tomás, a punto de darle un puñetazo —. ¿Has podido verle?

—Sí —Alonso hizo una pausa jadeante—. No es Sebastián.

—¿¡Qué dices!? —Antonio se santiguó sin siquiera darse cuenta de que lo hacía.

—Lo que oyes. El que está dentro de esa caja no es nuestro rey.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Tomás.

—Por lo pronto volvamos a tu casa, esto es más serio de lo que parece.

Eso hicieron, y esta vez con pasos más ligeros y con sus corazones redoblando como tambores en una ejecución. Una parte de Alonso maldijo su descubrimiento: si el muerto del ataúd hubiera sido Sebastián, se habría quedado tranquilo y su vida podría haber seguido como la de cualquier otra persona. Descanse en paz y se acabó; a rey muerto, rey puesto.

Pero ahora que sabía que su muerte era una farsa, Alonso no podría volver a dormir tranquilo preguntándose dónde estaría su admirado rey y en qué condiciones.

El descubrimiento de aquella dolorosa verdad y la responsabilidad que esta conllevaba, se le antojaron una carga demasiado grande para el hijo de un humilde cantero lisboeta.

CAPÍTULO XIV

5 de diciembre de 1578, al día siguiente

DESPUÉS DE MUCHO DISCUTIR SOBRE qué hacer, decidieron ser prudentes y no tomar decisiones precipitadas. La resaca que reemplazó a la borrachera pintó las cosas más complicadas que cuando el vino nublaba sus sentidos, haciendo que los riesgos fueran solo retazos inconsistentes en un óleo que poco a poco se tornaba más oscuro. Por ahora tocaba guardar silencio: confesar la intrusión nocturna de Alonso en la Capilla de Santiago para abrir —Antonio había apuntado que a las autoridades no les costaría ningún trabajo sustituir dicho verbo por profanar— el ataúd de Sebastián de Avis, no traería nada bueno. La idea inicial de Alonso de hacer partícipe de su descubrimiento al capitán Pedro de Guevara se les antojó, a la luz del día, una locura. Lo único que tenían para sostener que el muerto del ataúd no era el Rey, era la historia de su encuentro en Berbería y el detalle de los dientes rotos; según Tomás, algo que no valía lo que un salivazo de cualquiera de los que estuvieran metidos en lo que el irlandés había empezado a llamar, con voz misteriosa, la conspiración.

Con la excusa de una clase intensiva de equitación, Tomás ensilló a Runner, su caballo, y a Vigilante, un alazán dócil, hermoso y sin jinete fijo que pertenecía a la guarnición. Ambas bestias eran jóvenes, de apenas cuatro años, aunque por su porte y fortaleza prometían convertirse en monturas excepcionales. No era la primera vez que Alonso montaba a Vigilante, pero nunca en un trecho tan largo como el que le esperaba esa mañana. Tomás se había empeñado en ver la daga de Sebastián con sus propios ojos, por lo que la cabalgada les llevaría hasta las ruinas del afrag.

—Basta un poco de mala suerte para que un perro la desentierre y quede a merced de cualquier gañán —le había dicho a Alonso, no sin falta de razón—. Lo mejor es esconderla donde esté más a mano. Si es tan valiosa como dices, podría solucionarte la vida.

Antonio no les acompañó. Además de ser un pésimo jinete, tenía cosas que hacer esa mañana, entre otras presentar sus respetos a fray Payo y asistir a fray Roque en una misa que celebraría a mediodía en la Catedral. Trabajo clerical, lo denominó él.

Camino del afrag, Tomás no paró de corregir la postura de Alonso, que recibía sus consejos disimulando el dolor que sentía en piernas y trasero. A pesar de sus progresos, aún le quedaba mucho que aprender. A caballo, el trayecto entre Ceuta y las ruinas se le hizo corto. Los caminantes que se cruzaron, la mayoría mercaderes vestidos a la usanza árabe, se apartaban del camino al paso de los corceles. Tras un buen rato de cabalgada, cruzaron la puerta sur del afrag.

—¿Recuerdas dónde la enterraste? —preguntó Tomás.

Alonso recorrió las ruinas con la vista. Aparte de algún que otro viandante que transitaba el camino de piedra sin prestarles atención, no había un alma por los alrededores. Unas nubes blancas algodonaban el cielo azul de la mañana y el sol, de cuando en cuando, se asomaba para regalarles su alegría. Tomás reprimió un bostezo sobre su montura; se le veía cansado, tras no haber pegado ojo en toda la noche. Alonso, sin embargo, se sentía despierto y alerta: después de las emociones vividas en el convento, habría podido jurar que jamás volvería a dormir.

—Creo que es por allí —dijo al fin, poniendo su montura en movimiento.

Se alejaron de la carretera que atravesaba las ruinas. Después de un par de infructuosos rodeos, Alonso localizó, por fin, las viejas caballerizas.

—Es aquí.

Desmontaron junto al segundo pilar de la ruinosa estructura, no sin antes comprobar que no había moros en la costa. Tomás apreció, divertido, cómo a Alonso le temblaban las piernas, no sabía si por la cabalgada o por la resaca. El joven desenfundó su espada y removió la tierra como si quisiera arrancarle una confesión. De rodillas, escarbó con sus propias manos hasta dar con lo que buscaba. Con cuidado, recuperó el atadijo polvoriento que ocultaba el tesoro, liberándolo del pañuelo que lo envolvía.

Alonso le tendió a Tomás la daga enfundada en la piel de cabra. Sus ojos centellearon al ver la empuñadura de oro; la luz del sol atravesó las joyas engarzadas en el mango, arrancándoles destellos hipnóticos.

Muy despacio, el irlandés desenfundó la hoja para descubrir el acero mejor pulido que jamás habían contemplado sus ojos.

—Conozco a muchos militares nobles y adinerados —comenzó a decir—, pero ninguno arriesgaría algo tan valioso como esto en el campo de batalla. —Volvió a enfundar la daga y se la devolvió a Alonso, mirándole a los ojos—. Consérvala con orgullo: pocos pueden presumir de haber recibido un regalo así de Sebastián de Avis.

Alonso la guardó en el morral que llevaba cruzado al pecho.

—Entonces, ¿ahora me crees?

—Nunca dudé de ti, pero no estaba seguro de que ese caballero al que auxiliaste en Alcazarquivir fuera realmente Sebastián. Ahora no me cabe la menor duda: algo tan valioso tiene que ser, por fuerza, de un rey.

—¿Qué hago con ella? ¿La vuelvo a esconder aquí?

—Yo preferiría tenerla cerca, Alonso. Ceuta es Ceuta, y mañana esta zona podría estar infestada de moros preparando un asedio. Aquí nunca sabemos por dónde sopla el viento. Tampoco te aconsejo que la lleves encima, a no ser que quieras acabar apuñalado en un callejón.

—¿Podría guardarla en tu casa? —sugirió Alonso.

—Mi puerta no aguantaría ni el cuesco de una cría de cinco años —repuso Tomás.

—¿Y si se la entrego a don Pedro de Guevara? Tomás rechazó la idea con vehemencia.

—¡Ni se te ocurra! Si no se traga lo de tu encuentro con Sebastián, te tachará de ladrón o de saqueador.

Alonso acarició el morral que contenía su tesoro y pensó en un lugar seguro donde guardarlo. Se dijo que ya se le ocurriría algo cuando llegaran a Ceuta. Las posaderas y las piernas le torturaron durante todo el camino de vuelta. Mientras devolvían los caballos a sus cuadras, no dejó de darle vueltas a las hipótesis que Antonio Expósito había barajado la noche anterior sobre las razones de meter a un impostor en el ataúd:

«A mí se me ocurren dos posibilidades —había dicho el jesuita una vez regresaron a casa de Tomás, después del asalto al convento—. La

primera es que Sebastián murió en el campo de batalla y no se encontró el cadáver. Sería lógico que mostraran a otro muerto como si fuera el rey para así apaciguar las habladurías.

»La segunda es más retorcida: mantienen a Sebastián prisionero para así dejar vacante el trono de Portugal. Hay muchos aspirantes a la Corona: el viejo cardenal don Enrique, el Prior de Crato, los Duques de Braganza, el rey Felipe… Si Sebastián sigue preso, sin duda hay alguien muy importante detrás a quien le interesa que se le dé por muerto. Y en ese caso: ¿por qué no le asesinan y acaban con el problema? —Antonio reflexionó durante unos instantes hasta darse por vencido—. Hay algo que no termino de entender en todo esto».

Alonso tampoco lograba entenderlo, así que su principal preocupación pasó de Sebastián a la daga que guardaba en su morral. Tomás le invitó a comer a su casa: según él, con el estómago lleno se pensaba mejor. Cuando Alonso le agradeció la invitación, el irlandés le quitó importancia.

—Me haces un favor comiéndote un buen plato y repitiendo —le dijo —. Si no, me veo almorzando y cenando lo mismo de aquí a Navidad.

A Alonso se le pasó por la cabeza acercarse a la Plaza de África y visitar a Anisa en su puesto, pero no se atrevió a hacerlo llevando la daga encima. Era como si le quemara dentro del morral. Aquella fue la primera vez que sintió miedo caminando por las calles de Ceuta: imaginaba ser objeto de todas las miradas, como si la multitud supiera, de algún modo, que portaba un botín que le convertía en presa apetitosa de rufianes y mangantes. Ir con Tomás le daba seguridad, pero no podría vivir siempre pegado a sus faldas. Alonso respiró al llegar a casa del irlandés, y cuál fue su sorpresa cuando encontraron a Antonio esperando en la puerta.

—¿Por qué no has entrado? —le preguntó Tomás—. ¿No funciona la llave que te dejé esta mañana?

—Vengo de dar un paseo por la Almina —explicó—. Os vi venir de lejos, así que preferí esperaros en la puerta. Fray Roque me ha dado licencia para tomarme el resto del día libre.

Tomás abrió la puerta y les invitó a entrar.

—Pues vas a ver algo que te dejará boquiabierto.

Sentados de nuevo a la mesa, y una vez que cerraron todas las contraventanas que daban a la calle, Alonso le mostró la daga a

Antonio. El irlandés encendió el fuego y puso el guiso a calentar. El fraile, obnubilado, no paraba de girar el arma en sus manos.

—Alonso, ¿no has pensado que si vendes esto podrías pagar tu licencia? —Antonio no era un experto en joyas, pero no hacía falta serlo para saber que aquello valía un dineral—. Hasta te sobraría para poder establecerte por tu cuenta. Abrir un pequeño negocio, tal vez…

—¿Tú crees? Aún debo el arcabuz que perdí en Berbería y el que me han dado aquí.

—Con esto podrías comprar arcabuces para un tercio — apostó el clérigo.

Tomás atendía a la conversación mientras removía el guiso con una cuchara de madera del tamaño de una pala. Lo curioso es que, en sus manazas, no se veía tan grande como realmente era.

—Le he dicho que la guarde en un lugar seguro. —Tomás probó un poco de guiso para ver si estaba caliente y decidió dejarlo un rato más al fuego—. El muy infeliz quería dársela en custodia a don Pedro de Guevara, pero no ha contado con que podrían acusarle de ladrón.

Antonio enfundó la daga y se la tendió a Alonso, que la devolvió de inmediato a su morral.

—¿Y ese mercader del que me hablaste ayer, Alonso?

—¿Maese Samuel? La verdad es que no se me había ocurrido…

Tomás se volvió hacia ellos con el ceño tan fruncido que las cejas parecieron unirse a sus barbas. Cuando habló, lo hizo blandiendo el chorreante cucharón de madera como si fuera un hisopo:

—¿Dejarle algo tan valioso a un mercachifle judío? ¿Acaso te has vuelto loco? ¡Hazlo y no volverás a ver esa daga en tu vida!

Alonso no dudó en salir en defensa de su amigo.

—Maese Samuel es un buen hombre, Tomás, y sé que me aprecia. Además, tiene cientos de joyas exquisitas en su tienda, así que no creo que vaya a quedársela…

—¡Un judío es un judío! —le recordó Tomás, hundiendo con rabia la cuchara en el guiso, como si lo apuñalara—. El dinero es lo que les mueve, y ese no será muy diferente de sus hermanos de raza.

Alonso, que conocía muy bien a Tomás, esperó a que se le pasara el pronto para contestarle. Sus enfados eran intensos pero solían durar poco. Antonio permanecía en silencio. Aunque no estaba muy de acuerdo con los prejuicios de Tomás, tampoco tenía claro que fuera prudente dejar algo tan especial en manos de un mercader, así que prefirió no opinar. Solo Alonso tenía criterio para saber si era buena idea dejarle la daga a Benhamú, y aún quedaba por ver si este aceptaba su custodia, ya que no era una responsabilidad pequeña. Alonso despejó todas las dudas del jesuita en la contestación que le dio al irlandés:

—Tomás, recuerda que si no fuera por Abdelouahed, un moro, yo no estaría aquí ahora mismo: probablemente estaría muerto o preso en Berbería. ¿Y qué es lo más parecido a una madre que tengo en Ceuta? —Alonso se respondió a sí mismo hablando con voz firme—. Una mora, Anisa, que me da el mismo cariño que le daría a su hijo si Dios hubiera tenido a bien bendecirle con uno propio. Y maese Samuel, un judío rico que no tendría por qué dignarse a mirarme a la cara, comparte conversación y afecto conmigo. —El irlandés siguió removiendo el guiso, ceñudo pero callado—. Mírate a ti mismo, Tomás. ¿Cuánta gente que no te conoce te considera un bárbaro?

El irlandés retiró la perola del fuego y la colocó directamente sobre la mesa, a la vez que repartía tres cucharas de madera, estas de tamaño normal.

—Está bien, haz lo que te dé la gana —le dijo a Alonso, señalándole con su cuchara—. Ahora come y calla.

Antonio sintió un profundo orgullo por Alonso: si todo el mundo pensara como él, las guerras no existirían. Mientras saboreaba el guiso —que sabía a gloria—, miró a Tomás por el rabillo del ojo. El gigante comía en silencio, pero algo le decía a Antonio que la réplica de Alonso le había convencido. En el peor de los casos, ¿qué podía perder? Solo algo material, y Antonio sabía ahora que el auténtico tesoro de su amigo era imposible de robar: unos principios envidiables y una sabiduría de la cual aún no era consciente. Las horas que el viejo fray Alberto dedicaba a educar a Alonso comenzaban a dar sus frutos. Unos frutos de calidad excepcional.

—¿Por qué me sonríes, Antonio? —le preguntó Alonso con la boca llena.

—Dentro de unos días me marcharé de Ceuta y no sé cuándo volveremos a vernos —le dijo—. Pero de algo estoy seguro: cuando

nos encontremos de nuevo, no serás un vulgar soldado.

Tomás miró a Antonio de reojo, agachó la cabeza y siguió dando buena cuenta del guiso. Alonso se encogió de hombros y se concentró en buscar un trozo de carne entre las patatas. Antonio no pudo evitar ampliar su sonrisa: había visto cómo a Tomás se le escapaba una risita furtiva.

El irlandés le daba la razón sin necesidad de hablar. En su interior, sabía que Alonso había nacido para ser algo más que un soldado.

CAPÍTULO XV

5 de diciembre de 1578, ese mismo día, por la tarde

DESPUÉS DEL ATRACÓN DE GUISO y una sobremesa amenizada por la charla, Alonso decidió visitar a Benhamú. La daga parecía pesar cada vez más; cuanto antes la guardara en un lugar seguro, antes cesaría ese sinvivir. Hizo que Tomás le acompañara —o mejor dicho, le escoltara— hasta la tienda. Una vez que el irlandés dio su trabajo por concluido, se despidió de él.

—Te espero en casa tomando unos vinos con Antonio, que las patatas con carne me han hecho olvidar el que tomé ayer. ¿Tardarás mucho?

—Lo que tarde en contarle mi historia a maese Samuel. Espero que me deje guardar esto en su casa…

Tomás mascculló algo entre dientes y se marchó. Alonso respiró hondo y se dirigió hacia la puerta entornada de la tienda. La abrió sin llamar y descubrió que Benhamú no estaba solo. Una vez más, Anisa estaba allí, pero esta vez no iba cargada con un saco de conchas. Lo que hoy había entre ella y Benhamú era un cofrecillo con adornos de nácar acerca del cuál parecían hablar en árabe. Anisa leyó en los ojos del tendero que tenían compañía. Al darse la vuelta y ver a Alonso, ella tuvo una reacción de lo más extraña:

—¡Vete, tú espera fuera! —Alonso se quedó pasmado por la determinación de la anciana, que se dirigía a él con la fuerza de un ariete haciendo aspavientos—. Ahora yo te llama, fuera, ¡venga,

venga!

Y le cerró la puerta de la tienda en las narices.

Alonso se quedó como un pasmarote, con la boca abierta y un saludo fallido colgando de ella. Pasada la sorpresa inicial, se echó a reír. ¿Qué demonios andaría discutiendo Anisa con el lijudi? Alonso esperó apoyado en la fachada de la tienda hasta que la puerta volvió a abrirse. Fue la misma Anisa quien ahora le dio la bienvenida, obsequiándole con dos sonoros besos en las mejillas.

—Ahora tú entra, ahora no negocio.

—¿Acaso piensas que voy a ir corriendo a la competencia a chivarme de vuestros tratos, Anisa? —le preguntó Alonso, tratando de aguantar la risa.

Ella le dio un palmetazo en la cabeza, soltó una parrafada en árabe que subrayó con una risita misteriosa y se encaminó calle abajo.

—¿Ya te vas? —le preguntó Alonso mientras se alejaba.

—Yo marcha ya. Quiere llegar a casa antes de noche.

—Pues hasta mañana, Anisa, que descanses…

Ella se dio la vuelta durante un segundo y le dedicó una sonrisa contenida que resumió, sin palabras, todo el cariño que sentía por él. Alonso se la devolvió y, en ese momento, la vio distinta, como si de repente hubiera vuelto a ser la niña pequeña que fue hacía muchísimo tiempo. Cuando la perdió de vista, Alonso se dio cuenta de cuánto quería a aquella vieja menuda y gruñona.

—¿Vas a quedarte fuera?

Alonso aceptó la invitación de Benhamú y entró en la tienda, iluminada tan solo por las ventanas altas que hacían que el sol de la tarde incidiera sobre las vitrinas cargadas de objetos brillantes y alguna que otra lámpara encendida. Una vez dentro, cerró la puerta a sus espaldas. Benhamú le interrogó con la mirada, intrigado.

—¿Puedo hablar con vos en privado, maese Samuel?

Benhamú puso los ojos en blanco y soltó una risita divertida.

—Hoy debe ser el día de los secretos. Primero Anisa y ahora tú.

Alonso buscó con disimulo el misterioso cofrecillo de nácar que había visto antes encima del mostrador y no lo encontró. Lo más probable era que el mercader lo hubiese puesto a buen recaudo. Sin saber qué decir, se encogió de hombros y forzó una sonrisa de compromiso. Benhamú le palmeó el hombro y echó los cerrojos de la puerta del local.

—No creo que hoy tenga demasiados clientes, así que cerraré un rato. Si alguien necesita algo, ya aporreará la puerta. —Benhamú se colocó detrás de uno de los mostradores—. Tú dirás, Alonso…

—No sé por dónde empezar —comenzó a decir—. Ya sabéis que os he hablado muchas veces de mis aventuras en Berbería…

—¡Claro, me encanta oírlas! —le interrumpió el tendero.

—Pues hay algo importante que aún no os he contado…

Alonso narró entonces su encuentro con Sebastián y los nobles en el bosquecillo, mencionando el regalo de la daga; también cómo el Rey le ordenó que huyera y cómo le dejó peleando contra los moros muy lejos de donde decían que había sido abatido. Benhamú le escuchó en silencio, con el ceño fruncido en un gesto de atención absoluta. Cuando dio por finalizado el relato de Alonso, le preguntó:

—¿Y qué quieres de mí, aparte de que te guarde el secreto? Porque supongo que quieres que esto siga siendo secreto, ¿verdad?

—Sí, maese Samuel. Pero tengo que pediros algo más… Alonso sacó la daga y la puso encima del mostrador, justo

donde un rato antes había reposado el cofrecillo de Anisa. Benhamú pareció dudar, como si no se atreviera a tocarla. Le pidió permiso a Alonso con una mirada interrogante y este se lo concedió con otra de aprobación. En silencio, el mercader desenfundó la daga y la examinó con ojo experto. Una vez dio por terminado su estudio, la enfundó de nuevo.

—¿Tienes idea de cuánto vale esto, Alonso?

—Supongo que debe ser muy valiosa —dijo él.

—Mucho más de lo que te imaginas. Además del valor del oro y las joyas, el labrado es excepcional. Y si a eso añadimos que ha sido propiedad de Sebastián de Avis podrías obtener un precio desorbitado por ella. ¿Me la has traído para que la valore o para que la compre? Si

es para que te la valore, no será difícil que me equivoque en el precio; si es para que te la compre, ya te digo de antemano que tal vez no pueda pagarte lo que vale…

—No la traje para eso, maese Samuel —repuso Alonso—. Tan solo me gustaría que la pusierais a buen recaudo en vuestra casa.

Benhamú parpadeó, asombrado. Con los ojos fijos en Alonso, volvió a coger la daga.

—¿Quieres que yo te la guarde? —repitió, como si le extrañara la petición.

—Me fío de vos, maese Samuel. —Alonso cerró los dedos del mercader alrededor de la funda de piel de cabra—. Sé que nadie en la Plaza se atrevería a robaros, y sé que es aquí donde estará más segura. ¿Me haréis el favor de guardarla?

—Alonso, ¿eres consciente de que si vendieras esto, tu vida quedaría resuelta como por arte de magia? Dejarías de ser un soldado para convertirte en lo que quisieras ser. Podría buscarte un comprador, conozco a mucha gente que pagaría lo que vale. Yo no te cobraría ni un maravedí de comisión…

Alonso le interrumpió cerrando aún más sus dedos sobre la daga. Había notado que el mercader se había sentido honrado por su confianza, y él, ahora más que nunca, confiaba en Benhamú.

—No es mi intención venderla, maese Samuel. Si Dios ha de premiarme con dineros y posición, ya proveerá. Pero este es un regalo del que no quiero desprenderme: solo lo haría por una cuestión de vida o muerte y no por vivir mejor.

Benhamú le puso la mano en el hombro, y a Alonso le vino a la memoria la imagen de su difunto padre. A veces, él hacía lo mismo.

—Créeme, Alonso, me honra que me consideres tu amigo y que te fíes de mí. No todo el mundo deposita su confianza en un mercader judío, y menos en los tiempos que corren. Y referente a lo que dices, no te vaticino, sino que te aseguro, que Dios proveerá y te premiará como mereces, aunque ese día derrames lágrimas de dolor.

Aunque aquella enigmática frase le dejó intrigado, Alonso tenía una pregunta más importante para él que esa especie de acertijo.

—Entonces, maese Samuel, ¿creéis que no miento cuando os digo que

esta daga fue un regalo de Sebastián de Portugal?

—Llevo la mayor parte de mi vida negociando, y me he topado con más embusteros de los que tú podrías conocer si vivieras doscientos años. Los huelo a varias millas de distancia y tú no eres uno de ellos. Y ahora, acompáñame…

Por primera vez, la puerta de hierro que separaba la tienda de la casa de Samuel Benhamú se abrió para Alonso. Daba a un patio interior adornado con flores y protegido por altos muros. En él había tres puertas, además de una escalera al fondo del patio que descendía hasta un sótano. Un par de criados se asomaron al oír sus pisadas, pero Benhamú los despachó con un ademán. Alonso se dio cuenta, por sus caras, de que les extrañaba ver a un visitante allí dentro.

Bajaron los peldaños hasta llegar a la puerta del sótano. Benhamú sacó una llave grande que colgaba de su cuello y la abrió, para luego pasar a un pequeño corredor con puertas a izquierda y derecha. Unas antorchas encendidas iluminaban el subterráneo, que parecía una mazmorra.

—Estos son mis almacenes, donde solo entramos Sara, Luna y yo. Júrame que nunca contarás a nadie lo que veas aquí.

—Os lo juro. —Alonso se puso la mano en el pecho para enfatizar su promesa.

Benhamú abrió una pequeña celdilla de la pared y sacó un manojo de llaves unidas por un aro de metal que tenía pinta de pesar un quintal. Buscó una de las llaves y abrió la segunda puerta de la derecha; tomó una de las antorchas de la pared y la usó para iluminar la cámara a la que accedieron. La luz del fuego reveló varios arcones, cómodas y armarios de madera, todos fabricados con maderas valiosas y acabados por manos de artista. Alonso no se atrevió a pronunciar palabra: sus ojos, muy abiertos, hablaban por él.

—No todo es tan valioso como parece. —El tono humilde de Benhamú sonó a excusa—. Hay bagatelas y recuerdos de familia mezclados con objetos caros.

Buscó otra llave —esta mucho más pequeña que la anterior— y abrió la cerradura de un cofre que reposaba en una esquina. Alonso calculó que harían falta al menos dos hombres para levantarlo. Dentro había joyas dispuestas en bandejas forradas de terciopelo rojo: anillos, pulseras, collares, colgantes, camafeos… Benhamú dejó la antorcha en un soporte de la pared y levantó una de las bateas, revelando un

hueco donde depositó la daga enfundada.

—Aquí estará segura —dijo, cubriéndolo de nuevo con la bandeja; cerró la tapa del cofre y volvió a echar la llave—. Listo. Cuando quieras verla o la necesites, solo tienes que pedírmelo.

Alonso le dio las gracias con una sonrisa. Benhamú le invitó a salir de la cámara y dejó la antorcha en el pasillo, en su soporte original. Aprovechando el nuevo momento de soledad, le planteó a Alonso una pregunta que a este le pareció un tanto comprometida:

—¿Sabes que hay quien piensa que el rey Sebastián no murió en Alcazarquivir, Alonso?

Este no supo qué decir.

—No sé de qué me habláis, maese Samuel. Benhamú bajó aún más la voz:

—Tengo un amigo en Tetuán que sostiene que el rey Sebastián está vivo, cautivo y oculto en algún lugar de Berbería. Y no solo él lo afirma, hay profecías que hablan de ello…

La garganta de Alonso decidió convertirse de repente en un pedregal. Profecías. Tal vez Tomás O'Donnell tenía razón: te juntas con judíos, y al rato estás nadando en la herejía.

—¿Qué queréis decir, maese Samuel?

—Ven conmigo a la biblioteca. Luna sabe de esto más que yo…

Alonso le siguió escaleras arriba, hasta el patio repleto de arriates cargados de flores en los que se intuía el toque de Sara, la esposa del mercader. Saber que iba a encontrarse con Luna comenzaba a producir el efecto habitual en él: su rostro se enrojecía como si hubiera corrido del Hacho a La Almina ataviado con armadura completa. Cruzaron la puerta de la izquierda y pasaron a un salón decorado con aparadores, armarios y cómodas de hermosa fabricación y lustroso barnizado. Jarrones repletos de flores, figuras de cerámica, tapices en paredes y óleos enmarcados hacían que la residencia de la familia Benhamú compitiera en elegancia con la del gobernador. Subieron otra escalera interior y cruzaron dos puertas más hasta llegar a una sala amplia, cuyas ventanas debían darle una claridad radiante en horas de máxima luz. No había paredes a la vista, sino estanterías cargadas de libros. En un rincón, sentada en un sillón acolchado junto a una de las ventanas, estaba Luna leyendo un grueso volumen.

—Padre —dijo la joven, sorprendida por la presencia de Alonso en la residencia familiar; Luna besó la mano paterna y luego se dirigió al invitado, cuyo rostro estaba a punto de estallar—. Alonso, qué sorpresa —su voz sonaba a cántico celestial—. Bienvenido.

Alonso depositó un beso etéreo en el dorso de su mano. Ella ladeó la cabeza de forma casi imperceptible y Alonso habría jurado que se alegraba de verle. Iba a decirle algo, pero estando tan azorado como estaba y con maese Samuel presente, prefirió callarse para no meter la pata. Así que hizo algo que nunca ofende a nadie: sonreír.

—Luna, hija, ¿recuerdas ese libro del que hablamos hace meses… el del zapatero que escribió unas profecías acerca del rey de Portugal?

—El zapatero de Trancoso. —Luna se acordó a la primera—. Antonio Gonçalves Annes de Bandarra. ¿Quieres que busque el libro?

—Te lo agradecería.

Se acercó a una de las estanterías al otro lado de la biblioteca, revisó una de las que estaban más altas, sacó un libro de tapas verdes y se lo entregó a su padre. Benhamú se lo agradeció con una sonrisa y comenzó a hojearlo, hasta que le pidió a su hija que le hiciera el favor de encontrar la trova por él.

—Ella es mejor que yo para esto —se excusó el tendero—. Los años no perdonan, y mi vista ya no es la de antes…

Mientras buscaba la trova en cuestión entre las páginas del libro, la esposa de Benhamú apareció en la biblioteca. También fue evidente su sorpresa al encontrar allí a Alonso. Las visitas no eran nada frecuentes en su casa y se limitaban a algún familiar o amigo judío que hiciera escala en Ceuta. Alonso se apresuró a saludar a doña Sara con otro de sus besos aéreos que no llegaban a tocar la piel de la mano. A pesar de su edad, Sara era casi tan hermosa como Luna.

—Alonso —comenzó a decir Benhamú—, huelga decir que si confías en mí, también puedes confiar en mi esposa y en mi hija. ¿Quieres compartir con ellas nuestro secreto? Así, si me pasara algo, ellas estarían al tanto…

—Confío en ellas tanto como en vos —le confirmó Alonso; las mujeres cruzaron miradas entre sí, preguntándose qué se traerían entre manos el mercader y el soldado—. Si me permitís, les contaré lo mismo que os conté a vos.

Benhamú hizo una seña a su esposa para que cerrara la puerta e invitó a todos a sentarse. Se reunieron alrededor del sillón de Luna —que su padre ocupó como muestra de jerarquía— y Alonso pensó que, de repente, estaba inmerso en una de esas conspiraciones judías de las que tanto se hablaba. Se dijo que le daba igual: estando cerca de Luna, no temía ni a la Santa Inquisición.

—Cuenta lo de la arboleda de Alcazarquivir —le pidió Benhamú.

Alonso narró una vez más, esta vez para un público más exquisito, su retirada de la batalla y su encuentro con Sebastián. Sara le escuchó con seria admiración, pero lo mejor para Alonso fue la cara de Luna: la joven le miraba embelesada, como si viviera en su piel cada momento de sus aventuras en Berbería. Por suerte para él, sus padres no se dieron cuenta de ello; de ser así, seguro que su madre le habría propinado uno de sus codazos furtivos.

—La daga de la que habla Alonso está en el almacén —informó Benhamú a su mujer y a su hija—. Luego os la enseñaré, es una pieza excepcional. Y ahora, Luna, ¿puedes leer la trova de Bandarra que habla del regreso del Rey?

Alonso volvió a sentirse inmerso en el contubernio judío que daría con sus huesos en prisión, pero la verdad era que aquella profecía le tenía en ascuas.

—Si la Inquisición se entera de que tenemos este libro lo pasaremos mal —advirtió Luna antes de empezar a leer. Su padre espantó sus miedos como quien espanta un enjambre de moscas.

—Alonso es como de la familia, Luna —le dijo—. Es justo que si él comparte con nosotros sus secretos, nosotros compartamos los nuestros con él. Además, no sé qué daño puede hacerle un libro a la Iglesia o a nadie. Los cristianos se están vengando a estas alturas de todos los años que fueron perseguidos, ¿y quiénes pagamos el pato? Nosotros, los judíos…

—No olvidéis a los moros, maese Samuel —le recordó Alonso, irónico.

—¡Esos se lo merecen! —les sentenció sin piedad—. Luna, lee.

—Bandarra era un zapatero que vivía en Trancoso —comenzó a explicar mientras pasaba con rapidez las páginas del libro—. Escribió unas trovas que muchos creen profecías… aquí está. —Luna esbozó una sonrisa malvada y le tendió el volumen abierto a Alonso—. ¿Te atreves a leerlo tú?

Cuando Alonso creía que ya no se podía sonrojar más, notó la sangre hervir en sus mejillas.

—Mejor vos, Luna. Todavía no me siento preparado…

Sara recriminó las confianzas que su hija se tomaba con Alonso con una mirada de reojo de la que brotaron alfileres invisibles. Luna la ignoró y comenzó a leer:

—«Cuando tuvieran por cierto, perdida toda esperanza, Portugal tendrá bonanza con la venida del Encubierto». —La joven cerró el libro dejando uno de sus dedos entre las páginas y miró a su padre. Este miraba a su vez a Alonso, que tenía cara de no haberse enterado de nada.

—Hay quien opina que el Encubierto no es otro que Sebastián, que esperará la ocasión propicia para regresar a Portugal y devolver a su país la gloria perdida.

Sara intervino, hablando con voz cansada:

—La verdad es que mientras Felipe II mantenga su hegemonía sobre el Imperio, poco podrá hacer Portugal, o cualquier otra nación, para afianzar su propia identidad. A España le ha venido muy bien que Sebastián haya desaparecido, ya esté muerto o preso. Eso, si no tiene nada que ver en esta trama…

Alonso no pudo aguantar más. Las piezas de aquel mosaico comenzaban a encajar demasiado bien y sintió la necesidad de compartir su secreto más comprometido.

—Voy a confesaros algo que solo otras dos personas de mi máxima confianza conocen —comenzó a decir—. Como ya os dije, las noticias oficiales mencionaban que el rey Sebastián había caído en medio de las filas enemigas. Pues bien, la última vez que le vi estaba peleando a muerte por su vida en la arboleda, muy lejos de donde dicen que cayó. Si lo mataron, fue allí mismo, y si no, lo más posible es que lo cogieran preso —Alonso hizo una pausa—. Anoche hice algo que podría llevarme a la cárcel o, aún peor, a la horca. Me colé en la Capilla de Santiago y abrí el ataúd del Rey.

Todos se quedaron boquiabiertos ante aquella sorprendente revelación. A Luna casi se le cae el libro de la mano. En ese momento, Alonso ya no sentía embarazo por la presencia de la joven; acababa de abrir su corazón de par en par y lo estaba poniendo a merced de los presentes.

—Os puedo jurar por Dios que no es Sebastián quien está dentro de esa caja —afirmó, y sus palabras sonaron rotundas, como un puñetazo en la mesa—. Cuando vi al Rey, le faltaban estos dos dientes de aquí. —Se señaló los incisivos—. El que ocupa su lugar tiene los dientes en su sitio.

Benhamú se afiló la barba con las manos mientras miraba a su mujer y a su hija con ojos desorbitados. Alonso esperó en silencio a que alguien hablara. La claridad de la tarde comenzaba a retirarse para dar paso a la noche, y el ambiente en la biblioteca, con pocas velas encendidas en los candelabros, se tornaba penumbroso y conspirador.

—Entonces la profecía es cierta —susurró Benhamú, hablando más para sí mismo que para los demás—. Sebastián está vivo.

—Yo solo puedo asegurar lo que sé y lo que he visto —dijo Alonso, reacio a afirmar nada—. Sé que hay rumores entre los prisioneros de la batalla que dicen que el rey está preso; también tengo noticias de primera mano de que hay un prisionero muy importante retenido en algún lugar de Berbería; no sé si será Sebastián u otro noble. También estoy seguro de que no es Sebastián quien está en la Capilla de Santiago, y ahora escucho una profecía que habla de su regreso. —El joven movió la cabeza como si quisiera sacudirse las ideas de ella—. Esto es demasiado para mí…

—Ojalá mi amigo Abraham Gibre pudiera escuchar esta historia de tus labios —deseó Benhamú en voz alta—. Te encantaría conocerle: es un hombre sabio e influyente, muy bien relacionado con la más alta nobleza portuguesa. Lástima que estés en el ejército. Si estuvieras libre de tus obligaciones castrenses, vendrías conmigo a su casa, en Tetuán.

—Pero yo solo tengo mi testimonio, y mi palabra vale lo que vale la palabra de un soldado, que no es mucho…

—La palabra tiene valor cuando va avalada por pruebas y yo te creo. Si mi amigo Abraham viniera a Ceuta, le encantaría escucharte —insistió.

—De todas formas, Alonso, sé discreto —le recomendó Sara, dedicándole una mirada seria, de reojo—. Seguro que detrás de todo esto hay gente importante interesada en hacer creer a todo el mundo que Sebastián ha muerto. Pero ojo, también hay quien podría usar lo que tú sabes en beneficio de Portugal sin revelar la procedencia de la información. Tal vez puedas ser útil a tu patria sin exponerte demasiado…

Luna y Alonso cruzaron una mirada fugaz. Era preciosa. Del rostro de la muchacha, los ojos de Alonso viajaron al exterior oscuro que se intuía a través de la ventana. Ya era casi de noche.

—Estoy muy a gusto en vuestra casa, maese Samuel, pero me esperan —se excusó Alonso, levantándose—. Os agradezco una vez más que guardéis lo único realmente valioso que poseo.

Benhamú se levantó también.

—Posees más de lo que crees —le dijo—. Considera mi casa la tuya.

Alonso se despidió de las damas y bajó las escaleras que llevaban al patio interior. Los criados ya habían encendido las lámparas y el palacete se veía alegre e iluminado. Benhamú descorrió los cerrojos de la puerta de la tienda y esperó a que Alonso saliera.

—El rey Sebastián estaría orgulloso de ti —afirmó, sonriendo.

Alonso le devolvió la sonrisa y logró articular un agradecimiento atropellado. Miró al cielo, ya casi negro, y caminó por la calle en dirección al foso seco de La Almina, a casa de Tomás.

Benhamú echó de nuevo los cerrojos y apagó las lámparas y los candelabros de la tienda. Mientras lo hacía, su mente recreó el encuentro de Alonso con Sebastián de Avis tal y como él lo había imaginado.

De algún modo, dentro de él, sintió envidia del cantero lisboeta.

CAPÍTULO XVI

5 de diciembre de 1578, esa misma noche

ALONSO ENCONTRÓ A TOMÁS Y a Antonio mucho más sobrios de lo que esperaba, probablemente porque el vino de la noche anterior aún ponía pegas para dejar que uno nuevo ocupara su lugar. La habitación principal de la casa estaba iluminada por el fuego del hogar y por algunos candelabros que esparcían una cálida luz. Sin preguntarle siquiera, Tomás le sirvió una jarra de vino y le invitó a sentarse.

—¿Cómo te fue con el judío?

—La daga está bien guardada —informó—, ya puedo dormir tranquilo.

Alonso bebió un trago y decidió sincerarse con sus amigos. A partir de entonces, en lo tocante al tema de Sebastián, decidió no ocultarles nada.

—Tengo que contaros algo —empezó a decir—. Al parecer, no somos los únicos que creemos que el Rey sigue vivo…

Alonso narró con pelos y señales su conversación con Benhamú, hizo referencia a la trova de Bandarra en la que se mencionaba el regreso del Encubierto y la posibilidad de que este fuera Sebastián de Avis. También les habló del misterioso amigo de Tetuán que sostenía que el rey estaba preso en Berbería. Sus amigos le prestaron atención sin abrir la boca. Solo cuando Tomás dio por terminado el discurso de Alonso, hizo uso de la palabra:

—Espero que tu intuición no te defraude con esa familia. No solo has puesto tu fortuna en sus manos, sino también tu libertad. Si te denuncian, estás listo…

—Ese libro de Bandarra está prohibido por la Santa Inquisición, Tomás —apuntó Antonio—. Ellos también han depositado su confianza en Alonso: él puede denunciarles a ellos igual que ellos a él. No les conozco, pero no creo que sean mala gente…

—Dios te oiga y nos proteja —rezó Tomás—. Al menos, conseguiste lo que querías: la daga está a buen recaudo.

Alonso suspiró y jugueteó con su jarra. El aroma dulce del oporto le evocaba una reconfortante sensación de paz y felicidad. Sin darse cuenta de ello, esbozó una sonrisa rayana en el éxtasis.

—¿Has visto la cara de imbécil que se le acaba de poner? —le preguntó Tomás a Antonio, que también había reparado en la expresión de felicidad absoluta del joven—. ¿A qué viene esa sonrisa de idiota?

—Luna. —Alonso dejó caer las dos sílabas como si fueran gotas de rocío matutino—. No os podéis imaginar lo bella que estaba mientras leía los versos de Bandarra. Era un ángel…

Antonio se echó a reír.

—Una joven con clase hasta para leer profecías heréticas.

Alonso le contestó sin abandonar su sonrisa:

—Ella convierte la herejía en bendición, fray Antonio.

El jesuita se santiguó y elevó la vista al cielo, pidiendo perdón para aquella alma insensata y enamorada. Tomás se sirvió otra jarra de vino y ofreció llenar la suya a Antonio. Este la rechazó, demasiado oporto para dos días.

—Lo triste es que este pobre desgraciado piensa que puede tener una oportunidad con esa joven —dijo Tomás—. Olvídate de ella antes de que te lleves la mayor desilusión de tu vida. Un día se casará delante de tus propias narices con un judío cuyas botas valgan veinticinco soldadas tuyas. ¿Y sabes qué harás entonces? Llorar en Las Tres Esquinas, ahogar tus penas en vino hasta echar los hígados en el callejón de atrás y gastar tus pagas en putas para olvidar tu infortunio.

—¿Y no es justo eso lo que haces tú? —le soltó Alonso sin pensar, arrepintiéndose en el acto de haberlo dicho.

Tomás enmudeció y Alonso se sintió morir. Su lengua, más rápida que su conciencia, parecía haber asestado una estocada dolorosa en el corazón de su amigo. Antonio también se dio cuenta de que la puya había tocado hueso. Su vista se hundió en lo que quedaba de oporto en su jarra. Alonso intentó disculparse entre balbuceos:

—Tomás, lo siento… yo…

El gigante le interrumpió con un gesto amable, para luego hablar en un inusual tono sosegado que hizo sentir a Alonso aún peor.

—Hace mucho tiempo yo pasé por algo parecido en Irlanda. Se llamaba Eithne. —Mientras hablaba, los ojos de Tomás brillaban como dos minúsculas candelas—. Era una sirena de cabellos rizados de color cobre. Su sonrisa eclipsaba la belleza de los acantilados de Moher. Tenía un don especial para cantar y tocar el arpa. Cuando lo hacía, los ángeles del cielo bajaban a admirarla.

Alonso se sintió raro escuchando aquellas palabras de labios de Tomás. Jamás hubiera imaginado que el tosco caballerizo guardara dentro de sí sentimientos tan delicados.

—Recuerdo la primera vez que la vi: fue en un viaje que hice con mis padres a la feria de ganado de Luimneach. Mi padre criaba caballos —

explicó—. Ella estaba allí, con su familia. A pesar de que no éramos más que dos niños y tan solo nos vimos de lejos, me enamoré de ella en ese preciso instante.

»Cuando mi padre se dio cuenta de que cruzábamos sonrisas, me sacó de la plaza a empujones y me arrinconó en un callejón. Me pregunté qué había hecho para enfadarle así. Mi padre era un hombre rudo, pero no era de esos que maltratan por maltratar.

«¿Acaso no sabes quiénes son?», me preguntó. Su cara estaba tan cerca de la mía que a punto estuve de mearme en los calzones. Yo no tenía ni idea de quiénes eran; era la primera vez que les veía. Yo solo sabía que aquella niña era la criatura más hermosa de este mundo. «Pertenecen al clan O'Connor, enemigos de los O'Donnell desde tiempos de tu bisabuelo. A ellos ni se les mira, ni se les oye, ni se les ofrece agua cuando tienen sed… Y si algún día tenemos que cruzar algo con ellos serán espadas, no sonrisas. ¿Entendido?».

»No pude hacer más que asentir y obedecer. Cuando volvimos a la feria, ella ya no estaba allí. Es probable que sus padres le dedicaran una reprimenda parecida a la mía. Cosas de clanes, Alonso: odios y rencores que se aferran al tiempo y sobreviven a padres e hijos, generación tras generación.

»Pasaron los años, me convertí en un muchacho y seguía con la imagen de esa cría en mi cabeza. No eran pocas las mozas casaderas que se dejaban ver por la granja de mi padre, pero yo no les hacía ni caso. Mi corazón pertenecía a un fantasma de mi memoria.

Tomás hizo una pausa para servirse un poco más de vino.

—Cuando cumplí los veinte volví a visitar Luimneach, esta vez sin mis padres, al frente de una caballada de veinte bestias para vender en la feria de ganado. Mi hermano menor, Sean, me acompañaba junto con cuatro empleados de la granja que nos ayudaban a bregar con los caballos.

»Y quiso el destino que volviera a encontrarme con ella en la misma feria. Los años la habían convertido en una diosa celta. Cuando nuestras miradas se cruzaron, supe que me había reconocido. A pesar de las advertencias de mi padre, no dudé en acercarme a ella. «Llevo años pensando en ti y ni siquiera sé cómo te llamas», le dije, sin rodeos. «Eithne», me respondió ella, «y yo también recuerdo el día en que nos vimos por primera vez aquí mismo, hace años».

»Como era de suponer, ese día le dijeron a ella algo parecido a lo que

me dijeron a mí: yo era un O'Donnell, y si merecía algo, era ser destripado por un O'Connor. —Tomás bebió un generoso trago de vino; sus amigos le escuchaban en silencio—. Su voz sonaba a música y su piel estaba moteada de pecas que se encendían como estrellas al sonreír.

—Entonces entiendes lo que siento cuando hablo de Luna —le interrumpió Alonso.

—Aún no he acabado mi historia —advirtió Tomás, retomando por un instante su característico tono mandón—. Eithne vivía en una aldea próxima a los acantilados de Moher, a unas diez millas al noroeste de la granja de mi padre. Le pedí permiso para visitarla y ella aceptó. Mientras hablábamos, miraba hacia atrás continuamente. Cuando le pregunté por qué lo hacía, me dijo que había venido con su hermano mayor al frente de cien cabezas de ganado. «Será mejor que no nos vean juntos, ni aquí ni en mi tierra», me dijo. «Cuando vengas a verme, pasa de largo mi aldea y dirígete a los acantilados. Verás una roca enorme, cubierta de musgo. A partir del domingo que viene, te esperaré allí cada tarde».

»Y ese fue el comienzo de mi historia de amor y de mi ruina. Cada tres o cuatro días, yo cabalgaba a mi cita con ella. Me esperaba sentada en la que se convirtió en nuestra roca, tejiendo o acompañando sus cantos con el arpa. Corríamos por los acantilados, dejábamos que nuestras ropas se calaran por la lluvia y nos amábamos a espaldas de nuestras familias, viviendo un secreto que era cada vez más difícil de guardar.

»Y un día su hermano nos sorprendió. Lo más probable es que alguien me viera cabalgando por los alrededores y le advirtiera de mi presencia. No vino solo: le acompañaban tres de sus primos, todos borrachos y armados. Enseguida empezaron los insultos y las provocaciones, e iban en serio. Eithne me suplicaba a gritos que me fuera, pero un O'Donnell no huye jamás.

»Saqué mi claymore de la funda que colgaba de la silla de mi caballo. Es la misma espada que tú has empuñado tantas veces. No me gusta presumir, pero ya sabes cómo la manejo. Imagíname entonces, sin espaldas doloridas ni barriga criada con cerveza. Intenté evitar el conflicto, las disputas de nuestros abuelos no tenían por qué cobrarse víctimas entre sus nietos. Ni siquiera nuestras fincas colindaban. El odio del hermano de Eithne y la borrachera de sus primos relegaron mis alegatos a la burla y, antes de poder darme cuenta, ya cruzaba mandobles con ellos.

»Eran malos espadachines, previsibles en sus movimientos y torpes en sus estocadas. Lo último que yo quería era herir a alguien que compartía la misma sangre de mi amada… Pero de lo que uno quiere a lo que uno ha de hacer hay un abismo y, si no me tomaba la pelea en serio, acabarían matándome.

»Eithne gritaba sin cesar para que paráramos, y en su vehemencia se acercó demasiado a la pelea —Tomás hizo una pausa y sus ojos destellaron con un brillo líquido—. Pasó lo peor. No sé si fue una estocada perdida o si uno de sus primos lo hizo a propósito. Lo único que recuerdo es a Eithne agarrándose el costado, tratando de cerrar una herida por donde su vida se derramaba a chorros sin que nadie pudiera evitarlo.

Dos lágrimas grandes rodaron por las mejillas de Tomás interrumpiendo su historia. Alonso y Antonio no supieron qué hacer para consolarle, y sus intentos quedaron en pobres amagos. A pesar de que Alonso se sentía responsable de haber provocado aquel torrente de malos recuerdos, deseaba conocer el final de aquella tragedia.

—¿Qué pasó entonces, Tomás?

Este se secó las lágrimas con la manga del blusón y bebió otro sorbo de su jarra.

—Me volví loco. Antes de darme cuenta, ya había matado al hermano de Eithne y a uno de sus primos. Los otros dos salieron corriendo y les dejé marchar. A mí solo me interesaba comprobar que ella seguía con vida. Me agaché a su lado rogando a Dios con todas mis fuerzas que no se la llevara, pero Dios tendría otra cosa que hacer ese día, porque Eithne ya no estaba conmigo. Ni siquiera pude despedirme de ella.

»Permanecí abrazado a su cuerpo, llorando como un niño durante no sé cuánto tiempo. Lo que me arrancó de aquel trance fue el sonido de caballos al galope. Muchos caballos. Distinguí al menos dos docenas de jinetes a lo lejos: venían a por mí.

»Y aunque no había cosa que más deseara en ese momento que reunirme con Eithne en el Reino de los Cielos, no iba a ser una espada O'Connor la que me enviara junto a ella. Así que recogí mi claymore del suelo, con su hoja aún manchada de sangre y la guardé en su funda, que colgué en mi espalda. Di una palmada a mi caballo para que huyera y, sin pensármelo dos veces, corrí hacia el acantilado, gritando de dolor y rabia. Te juro que no sentí ningún miedo. Salté lo más lejos que pude sin siquiera encomendar mi alma a Dios Nuestro

Señor.

»Pero aun así, Dios obró un milagro. Muchos son los que han saltado por los acantilados de Moher pero, que yo sepa, solo yo vivo para contarlo. Me abandoné a mi suerte y la marea me alejó de la costa. Por mucho que deseaba morir, mis piernas y brazos me obligaban a mantenerme a flote, así que esperé a que llegara la hora de desfallecer y marcharme de este mundo de una vez por todas.

»Pero algo debía tener yo pendiente en esta vida para que el vigía de una nao portuguesa me avistara y diera la voz de alarma. De repente, me vi a bordo de un barco, tapado con una manta y rodeado de gente que me miraba con ojos muy abiertos. Cuando me preguntaron qué hacía yo a merced del Atlántico, me inventé el naufragio de un navío comercial inglés. Rehusé la oferta del capitán de llevarme a puerto: lo último que quería era volver a casa. Había desobedecido a mi padre y, a buen seguro, le había condenado a la guerra.

»Y así fue cómo di con mis huesos en Ceuta, donde me empleé como soldado bajo la bandera del reino de Portugal. Pasé años sin poder conciliar el sueño, sin poder quitarme de la cabeza el dolor causado a mi familia. Más de una vez pensé en regresar, atormentado por la incertidumbre de lo que pudo traer consigo mi historia de amor con Eithne.

Antonio Expósito intervino:

—¿Entonces no sabes lo que pasó en tu casa después de que te dieran por muerto?

Tomás alzó la vista al techo y trató de sonreír sin éxito.

—Quiero pensar que los O'Connor se conformaron con mi muerte y prefirieron dejar las cosas como estaban… Pero la verdad es que no sé lo que pasó después: tal vez las viejas heridas se reabrieron y volvió a reinar la guerra entre nuestros clanes. Ha pasado tanto tiempo… —Tomás dirigió su mirada hacia el dormitorio que conservaba eternamente acicalado—. ¿Sabes para quién tengo preparada esa habitación, Alonso? —Este negó con la cabeza—. Para Eithne. Cuando me emborracho lo suficiente, puedo verla entrar en casa, inundándolo todo con su sonrisa.¿Pero, sabes qué? Ella nunca vendrá, está muerta.

»Tu caso no es tan trágico como el mío, Alonso, pero ten presente que si te enamoras de la mujer equivocada, como hice yo, acabarás sumido en la desgracia, sin más ilusión que dejarte embriagar por el vino para poder disfrutar de la fantasía de algo que nunca podrá ser. Alonso —

Tomás le agarró de la mano; sus ojos volvían a estar empañados por las lágrimas—, suelo molerte a consejos, pero este es el más importante de todos: nunca seas como yo.

Alonso apretó la mano del caballerizo entre las suyas. Los callos las hacían ser ásperas y secas, como de piedra. Era difícil creer que alguien de caparazón tan duro albergara tanta ternura y dolor en su interior. Para Alonso, era todo un esfuerzo no acompañarle en el llanto.

—¿Sabes qué te digo, irlandés? Que sería un orgullo para mí poder ser algún día como tú.

Tomás soltó una risa sardónica.

—No sabes lo que dices… ¿Acaso el amor te volvió loco del todo?

—Sé lo que digo, quiero ser un hombre valiente, honesto, noble y leal como tú. La pena es que no tengo un pecho lo bastante grande para guardar un corazón como el tuyo.

Tomás miró a Alonso a los ojos, descubriendo que las lágrimas comenzaban a aflorar también en ellos. Desde su silla y en silencio, Antonio tampoco podía reprimirlas. Lentamente, la vista del irlandés descendió hasta clavarse en sus manos entrelazadas.

—Maldita sea nuestra estampa, Alonso… ¿será que los amores prohibidos nos han vuelto maricones?

Fingiendo asco, el joven de zafó de las manazas de Tomás y rompió a reír. Antonio, mezclando llanto con risa, soltó una carcajada quebrada. El irlandés llenó todas las jarras sin preguntar, y esta vez el jesuita la aceptó. Sus lágrimas ya no eran de tristeza y su sonrisa hacía que los pómulos se hincharan por encima de sus barbas.

—Vas a hacer caso omiso a mi consejo, ¿verdad, rufián? Lo presiento…

Alonso se encogió de hombros.

—Sé que no tengo nada que hacer con Luna, Tomás, pero déjame que sueñe mientras pueda. Algún día se casará con alguien digno de ella y eso me dolerá… pero estaré preparado, te lo prometo.

Sabiendo que un corazón enamorado nunca hace caso a quien bien le aconseja, Tomás se limitó a asentir en silencio y bebió un buche de

oporto con sabor a gloria. Era un buen consuelo para pasar el tiempo hasta que Nuestro Señor Jesucristo decidiera reunirle con su amada Eithne.

CAPÍTULO XVII

12 de diciembre de 1578

ESE DÍA, ANTONIO EXPÓSITO PARTIÓ en un barco rumbo a Sevilla. De allí, viajaría por tierra hasta su nuevo destino en Madrid, que según él era uno de los mejores a los que cualquier sacerdote podía aspirar: nada más y nada menos que traductor y escribiente de fray Clementino, el secretario personal de monseñor Felipe Sega, nuncio de su santidad el Papa Gregorio XIII. Una vez más, su cultura y conocimiento le abrían las puertas del éxito.

La despedida fue dura para Alonso, que había disfrutado de la compañía de su amigo sin pensar en el adiós. Tomás, el viejo lobo solitario, también sintió mucho la partida de aquel jesuita con quien tanto compartió durante esa semana. Después de años viviendo solo —o peor aún, entre fantasmas—, se había acostumbrado a tener compañía en casa, y fue por ello que le ofreció a Alonso ocupar la misma habitación que acababa de abandonar Antonio.

—¿Estás seguro de esto, Tomás? —le había preguntado el joven, que tenía sus dudas acerca de cómo llevaría el irlandés el cambio de rutina que suponía compartir techo con alguien.

—Dos soldadas juntas valen más que separadas —sentenció el irlandés, que veía a Alonso más como un hermano menor que como un amigo—. Además, así no tendremos que frecuentar tanto Las Tres Esquinas en busca de tertulia, y donde come uno comen dos. Al final hasta ahorraremos cuartos, ya verás.

Y fue así cómo Alonso dejó su barracón de La Bandera para vivir en casa de Tomás, a la vera del foso seco de La Almina. Allí transcurrieron lentos los días que siguieron a la marcha de Antonio, allí celebraron la Navidad —como de costumbre, acompañados por un buen vino— y vieron cómo 1578, un año decisivo en la vida de Alonso, daba paso a 1579.

Algunas mañanas, dentro de una de las cuadras y fuera de la vista de todos, Tomás entrenaba a Alonso en el manejo de la espada a dos manos. Aquello era muy diferente de las clases de esgrima clásico que dos veces por semana impartía el capitán Pedro de Guevara en el acuartelamiento. Alonso, que además de fuerte era rápido de reflejos, se estaba convirtiendo poco a poco en un buen espadachín, aunque a

veces ejecutaba movimientos brutales que disgustaban a su capitán. Huelga decir que esas estocadas barbáricas, como don Pedro las denominaba, eran fruto de las enseñanzas del irlandés.

Cuando no tenía guardia en La Bandera, subía a lomos de Vigilante hasta el Castillo del Hacho. Él mismo se había asignado el caballo para su uso, y ningún superior le puso pegas para ello. Desde las almenas de la fortaleza, se dejaba los ojos buscando barcos piratas en los dos mares que bañan Ceuta. Nunca localizó ninguno. La flota de Felipe II aseguraba el mar con su presencia y los bereberes se guardaban de acercarse a las costas protegidas por España. Las guardias en el Hacho eran cómodas, a no ser que hiciera mal tiempo. Con viento y lluvia, estar en lo más alto de Ceuta era bastante desagradable; pero en un día de sol era todo un regalo contemplar el mar desde el adarve.

Si no estaba de servicio, las primeras horas de las tardes de Alonso pertenecían a fray Alberto. Por fortuna, nadie se percató nunca de su intrusión en el monasterio ni de la apertura del ataúd, así que Alonso pudo seguir asistiendo a sus clases con normalidad. Ahora que tenía las puertas de Benhamú abiertas, se sentía con más ganas de aprender que nunca. Algunos días, después de las clases, se pasaba por su tienda y este le invitaba a entrar en casa. Con la excusa de hojear libros y practicar lectura, se sentaba cerca de Luna, se atrevía a consultarle dudas y a pedirle ayuda en los párrafos más complicados. Aunque seguía sonrojándose en cuanto cruzaba el umbral de la estancia, se había habituado a ello y afrontaba su timidez confiando en superarla algún día. A la joven aquello le divertía y, aunque siempre estaban bajo la estricta vigilancia de doña Sara o del propio Samuel, poco a poco se acostumbraron a estar cerca. En ocasiones, Luna le traducía de viva voz ejemplares escritos en hebreo; incluso le leyó pasajes de la Torá, la Mishná y la Cábala, que Alonso no entendía demasiado bien aunque, en el fondo, le daba igual: en labios de su amada sonaban a gloria bendita. A veces, cuando se sentaba con ellos en la biblioteca, maese Samuel sacaba el tema de la supuesta conspiración del rey Felipe para hacerse con el trono portugués. Solía mencionar a Abraham Gibre, su misterioso amigo de Tetuán, quien al parecer disfrutaba de excelentes relaciones con Antonio, Prior de Crato, sobrino del cardenal don Enrique, actual rey de Portugal. Es más, Benhamú aseguraba que no había sido otro sino Gibre quien se había hecho cargo de las costas del rescate de Antonio, que también fue prisionero en Alcazarquivir.

Y así, entre guardias, aprendizaje, entrenamiento, enamoramiento e intrigas, pasaban los días de Alonso, ensalzados de vez en cuando con visitas a Anisa en su puesto del mercado, donde charlaban en su

jerigonza mitad árabe, mitad portuguesa, dándose un cariño mutuo comparable al de una madre y un hijo.

Y luego venían las noches. La mayor parte de ellas transcurrían tranquilas en la casa que ahora compartía con Tomás. A veces, sobre todo después de cobrar la soldada y si al día siguiente no había guardia, pasaban unas horas en Las Tres Esquinas, donde bebían más de la cuenta y Alonso era testigo de los escarceos de Tomás con las fulanas. Por mucho que las mujeres le acosaban —era de los clientes más guapos y jóvenes de la taberna—, Alonso se limitaba a juguetear un rato con ellas pero nunca mordía el anzuelo. Cada vez que sus caricias y besuqueos iban a más, la imagen etérea de Luna le asaltaba como un fantasma vengador. Tomás se reía de él mientras apretaba las nalgas de alguna moza de costumbres distraídas.

—Sigue así, cantero, y morirás virgen.

Y luego rubricaba su chanza con una risotada draconiana y una palmada en el trasero de la furcia, que sonaba tan fuerte como el disparo de una culebrina. Estas le reían la gracia porque era buen cliente, pero Alonso sospechaba que los cariños del irlandés tenían que doler como azotes de vergajo.

Así transcurrían los días en Ceuta, amenizados de tanto en tanto por alguna incursión a las cabilas cercanas para empezar o acabar una contienda, para rescatar a unos prisioneros cristianos, para reprender a unos esclavistas moros o simplemente para saquearlas en busca de provisiones. Tomás y Alonso, siendo encargados de las caballerizas, se libraban de aquellas correrías en las que algunos de los que iban no volvían. Alonso, impulsado por su juventud, envidiaba a sus compañeros cuando iban a cumplir alguna misión más allá de las murallas de Ceuta, uniformados de pies a cabeza, armados hasta los dientes y dibujando una estampa bélica que casaba con los sueños de gloria forjados en la cantera de Lisboa. Cuando parecía flotar en su ensoñación, Tomás le agarraba de los tobillos y le hacía volver al suelo.

—No sabes lo que es eso, Alonso —le dijo una vez—. Sí que es verdad que a veces encuentras enemigos dignos de un combate de verdad, a los que matas sin piedad por sus actos indignos. Pero también es cierto que hay veces que nuestros hombres arrasan una cabila habitada por gente de paz tan solo para hacerse con lo poco que tienen. Ni te imaginas lo que una soldadesca llevada por la locura de la guerra es capaz de hacerle a las mujeres y a los viejos. A veces hasta a los niños. En la guerra todo vale, todo parece lícito, como si vestir un uniforme y

portar una bandera te diera derecho a todo. Y luego cuando vuelves a tu cama, por las noches, no puedes soportar los recuerdos. Te conviertes en tu peor enemigo, y si puedes evitar eso, Alonso, mejor para tu cordura.

Y en eso, como en muchas otras cosas más, Tomás O'Donnell tenía razón.

4 de febrero de 1579

Al amanecer, Alonso se desperezó en las almenas del Castillo del Hacho, estirando espalda y brazos hasta el borde de la quiebra. Desde su atalaya dominaba toda la bahía sur, y el sol, a medio encender, se asomaba rojo y tímido por el este. A esa hora tan temprana, la gran bola de fuego se dejaba contemplar cara a cara. Creyéndose solo, la señaló con el dedo, desafiante. Detrás de él, la voz de Tomás le sacó de su delirio de poder:

—¿Se puede saber qué demonios haces?

Alonso se volvió, con esa mezcla de vergüenza y culpa que asalta a quien es pillado in fraganti en mitad de una extravagancia. Al ver la cara de sorpresa del irlandés, se echó a reír.

—Desafiaba al sol. A esta hora está a mis pies, ¿no lo ves? Tomás fingió registrar a Alonso.

—¿Dónde guardas el vino, rufián?

Alonso levantó los brazos, dejándose hacer.

—No necesito vino para estas cosas. A veces me dejo llevar por mis impulsos, me hace sentir bien…

Tomás puso los ojos en blanco.

—Debo ser el único de la guarnición que sabe lo tonto que eres. Al resto los tienes engañados. —El irlandés le agarró por la nuca y le propinó una patada en las posaderas—. Prepara los caballos, el relevo está al llegar.

Poco después, Tomás, Alonso y el resto de la guardia saliente cabalgaban monte Hacho abajo en dirección a la ciudad. La lluvia les sorprendió a mitad de camino, arruinando lo que auguraba ser un día hermoso. Las gotas de agua, finas como agujas, les obligaban a entrecerrar los ojos. Mientras avanzaban, Alonso se dirigió a Tomás:

—¿Te has dado cuenta de que ya casi no corriges mi forma de montar?

—Eso es porque es incorregible —mintió Tomás—. ¡Esa espalda, más tiesa, mendrugo!

Alonso le sacó la lengua y espoleó a Vigilante.

—¡Cógeme si tienes huevos, vejestorio!

El súbito arranque al galope sorprendió a Tomás, que no pudo hacer otra cosa que ver cómo Alonso se alejaba de él a toda velocidad. Recogiendo el guante imaginario arrojado a su cara, espoleó a Runner, dejando atrás a sus compañeros salientes de guardia.

Vigilante atravesaba la lluvia como una saeta. Alonso, agachado sobre sus crines, le alentaba con palabras. A bastante distancia por detrás, Tomás intentaba alcanzarle, hasta que finalmente se dio por vencido y frenó a su montura. Alonso lanzó un grito de triunfo y siguió galopando rumbo a los arrabales. A solas, bajo la lluvia, Tomás no tuvo más remedio que echarse a reír.

—Maldito bastardo hijo de perra…

Le había entrenado bien, hombre y bestia eran ahora uno.

Tomás se sintió orgulloso y feliz.

Conforme llegaba a los arrabales, Alonso comenzó a ver gente enfrascada en sus labores cotidianas: mujeres recogiendo la ropa tendida y mojada por la lluvia, hombres cargados con mercancías para su venta en la Plaza, niños dando de comer a las gallinas, arrieros tirando de sus bestias… Todo parecía normal, hasta que Alonso distinguió a un hombre plantado en mitad del puente que cruzaba el foso seco de la Almina. Parecía esperar a alguien, con la cabeza protegida por una capucha que impedía distinguir sus rasgos. Para su sorpresa, el desconocido le detuvo alzando la mano.

—¡Alonso, para!

Reconoció la voz de Samuel Benhamú bajo la capucha. Por el aspecto de sus ropas, llevaba un buen rato esperando bajo la lluvia. Alonso se detuvo en seco.

—¡Maese Samuel! Estáis empapado, ¿sucede algo?

El judío agarró las bridas del caballo y descubrió su cabeza, mostrando una cara crispada y ojerosa. Parecía veinte años más viejo.

—Se trata de Anisa, Alonso… tengo malas noticias.

—¿Anisa? —El joven sintió la sangre abandonar su rostro—. ¿Qué le ha pasado?

Un trueno en la lejanía solemnizó las palabras de Benhamú.

—Ayer por la mañana sufrió un desmayo en el mercado. La llevaron a la Casa de la Misericordia, pero poco se pudo hacer por ella…

—¿Ha… muerto? —tartamudeó Alonso.

—Era muy anciana, más de lo que aparentaba. Murió esta madrugada. El único consuelo que nos queda es que lo hizo en paz, sin sufrimiento.

Las gotas de lluvia que resbalaban por el rostro del joven disimularon la cascada de lágrimas que brotó de sus ojos.

—¿Dónde está?

—En la Casa de la Misericordia. Ve a velarla, Alonso. Mientras tanto, iré a buscar a Messaoud, el santón a cargo del morabito de Sidi Bel Abbás, para que prepare el sepelio. Anisa solía visitarlo a menudo y en más de una ocasión manifestó su voluntad de ser enterrada allí.

—Iré a velarla en cuanto deje a Vigilante en la cuadra y dé novedades en La Bandera.

—Mi esposa y mi hija la acompañan, Alonso. Haz lo que tengas que hacer con calma, Anisa no está sola.

Mordiéndose el labio por la pena, Alonso espoleó una vez más a su caballo, rumbo al acuartelamiento. Sus compañeros, sabedores de la muerte de Anisa, le acompañaron en el sentimiento y respetaron su silencio. Román, otro de los caballerizos, se hizo cargo de Vigilante para que pudiera irse. Justo en ese momento, el propio Tomás y el resto de la guardia saliente llegaron a las cuadras. En cuanto vio la

cara de su amigo, supo que algo no iba bien.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó nada más desmontar. Alonso apenas pudo pronunciar la respuesta:

—Anisa ha muerto. Está en la Casa de la Misericordia.

Tomás le abrazó y él se derrumbó. Con un gesto discreto, el irlandés ordenó a los presentes que les dejaran solos. Todos obedecieron en silencio, devolviendo los caballos a sus cuadras.

—¿Quieres que vaya contigo? —Alonso asintió con la cabeza, sin dejar de llorar; en ese momento, le pareció un niño desvalido—. Entonces vámonos, ya dará otro las novedades…

Recomponiéndose un poco, Alonso se encaminó hacia la salida del baluarte acompañado de Tomás. Juntos recorrieron la escasa distancia que les separaba de la Casa de la Misericordia. Era un edificio de dos pisos, de fachada ancha y austera. Sus ventanas de medio punto, dispuestas en formación militar, daban a la parte posterior de la Iglesia de Nuestra Señora de África. Entre sus muros, cofrades, galenos y trinitarios asistían a los cautivos liberados del Islam, trataban enfermedades y curaban heridas. Raro era ver allí a musulmanes, pero en el caso de Anisa, er evidente que la buena influencia de Benhamú, apoyada sin duda por un generoso donativo, había hecho posible la excepción.

No hizo falta preguntar dónde estaba Anisa. Fue fray Alberto quien, luciendo una sonrisa tierna tras sus barbas blancas, rodeó con su brazo el hombro de Alonso y le condujo hasta una pequeña habitación donde habían preparado una camilla, vestida con una sábana blanca, para que el cadáver de la anciana descansara.

—Sé cuánto significaba ella para ti —le dijo el fraile en un susurro.

Sobre la camilla, el cuerpo menudo de Anisa reposaba con los ojos cerrados. Junto a esta, de pie, se encontraban doña Sara y Luna. Tres moras desconocidas para Alonso lloraban junto a Anisa sin consuelo. No había lágrimas en sus rostros: eran plañideras profesionales contratadas por Benhamú a cambio de unas monedas. Sara se adelantó para darle el pésame. Fue mudo, tan solo un apretón en la mano. Luna imitó a su madre y Alonso clavó sus ojos llorosos en los de ella, agradeciéndole el gesto con una sonrisa que se truncó en fracaso. Detrás de él, con el sombrero sujeto sobre el pecho, Tomás presentaba sus respetos a la difunta.

—Fray Alberto —susurró el irlandés—. ¿Sabéis si es correcto santiguarse en estos casos?

El trinitario palmeó el brazo del hombretón.

—Solo hay un Dios, Tomás. Fuimos nosotros quienes inventamos diferentes formas de honrarle. —El fraile señaló la sala—. Fíjate en esto: una musulmana muerta, acompañada de judías y cristianos. Si Jesús en persona estuviera aquí, nos felicitaría por ello. Santíguate y reza por el alma de Anisa desde el corazón, Tomás, es lo que manda el cielo.

El irlandés acompañó en sus rezos a Alonso, que lloraba con los brazos cruzados frente a la camilla. El rostro de Anisa aún estaba al descubierto, pendiente del velo de tela que lo cubriría antes de ser enterrada. Sin familia que la honrara en el momento de su muerte, las mismas plañideras se habían encargado de lavarla y amortajarla según el rito musulmán. Las facciones de la anciana reflejaban una paz labrada a base de doblar el espinazo día tras día, sin descanso. Su espalda dolorida ya no cargaría más peso, ni sus brazos cuarteados por la edad guiarían más la carretilla repleta de frutas. Tras muchas décadas de incesante trabajo, la buena de Anisa descansaba, por fin, para siempre.

En silencio, detrás de Alonso, Luna compartía su dolor. Nunca le había visto llorar, y aquello le afectaba más de lo que hubiera imaginado jamás. De repente, las lágrimas afloraron a sus ojos. Su madre, a su lado, la abrazó con ternura.

—Estos momentos son siempre tristes, Luna.

Ella asintió sin pronunciar palabra, guardándose que su llanto no era por Anisa, sino por la pena de Alonso.

Tres horas después, Benhamú regresó acompañado por Messaoud, el santón del morabito de Sidi Bel Abbás. Era un hombre mayor, que no anciano, poseedor de una larga barba cana y unos ojos extrañamente azules en un moro. La piel, de un hermoso tono cobrizo, estaba surcada por arrugas talladas por años, sol y salitre.

Sara y Luna habían dejado en el velatorio a Alonso, Tomás y al recién llegado Pedro de Guevara, que vino acompañado por su prometida, Clara de Vasconcelos. A estos se unieron algunos mercaderes conocidos de Anisa y un pequeño grupo de compañeros de Alonso. La mayoría de ellos presentaban sus respetos al joven y abandonaban la Casa de la Misericordia sin entretenerse allí más que lo justo. Aquella

mañana se convirtió en un fugaz ir y venir de gentes, con el incesante gemir de las plañideras de fondo. La verdad era que aquellas mujeres se estaban ganando el salario.

Messaoud saludó en árabe a los presentes, mantuvo aferrada la mano de Alonso durante unos instantes, reconociéndole como el más allegado de la difunta, y pronunció una frase que Benhamú le tradujo:

—Quiere que salgamos fuera. Las mujeres van a terminar de amortajarla y él va a recitar unas oraciones en su memoria.

Aquella fue la última vez que Alonso vio el rostro de la que él consideraba su segunda madre. Benhamú y Tomás le acompañaron al patio interior, donde Pedro de Guevara y su prometida se despidieron, dando la visita por cumplida. Dos hombres fornidos cruzaron la puerta principal de la Casa de la Misericordia portando una caja de madera que, sin ser igual, le recordó a Alonso al ataúd del falso Sebastián. El judío siguió el paso del cajón con la mirada.

—He contratado un carromato para que lleven a Anisa al morabito. Su excelencia, el Gobernador, ha firmado el permiso de enterramiento a pesar de no estar censada en Ceuta.

—Ella se lo agradecerá desde el cielo —le dijo Alonso—, y yo desde la Tierra.

—Conozco a Anisa desde hace muchos años —recordó Benhamú—. Una buena mujer, siempre alegre, a pesar de haber pasado media vida completamente sola. Sin marido, sin hijos, sin familia… Solo te tenía a ti, Alonso, y es por ello que en mitad de este triste suceso, voy a permitirme darte una buena nueva.

—¿Qué buena nueva podéis darme en un día funesto como hoy? —preguntó Alonso sin disimular su desconcierto; el judío lanzó una mirada dubitativa a Tomás que Alonso captó al vuelo—. Podéis hablar delante de él con libertad, maese Samuel, si Anisa era como mi madre, Tomás es como mi hermano.

Benhamú accedió a hablar, no sin antes comprobar que estaban los tres solos en el patio.

—¿Recuerdas la tarde que trajiste la daga a mi tienda? —Alonso asintió—. Ese día, Anisa me comunicó que había vendido su casa y sus tierras en vida para ser entregadas a su vecino el día de su fallecimiento. El notario de Bel Younnech arregló los papeles para cuando llegara el momento. Ella cobró por adelantado y trajo ese

dinero más los ahorros de toda su vida junto con un documento en el que te nombra legatario de todos sus bienes.

—¿Y eso qué quiere decir, maese Samuel?

—Que todo el dinero de Anisa te pertenece —respondió Benhamú sin andarse con rodeos.

Alonso se quedó boquiabierto e inmóvil, como si acabaran de propinarle una bofetada por sorpresa. En ese momento se acordó del misterioso cofrecillo con adornos de nácar. Tomás, a su lado, paseaba su mirada de Alonso al comerciante, preguntándose si no se trataba de una broma.

—Pero no será mucho, ¿no? —preguntó, intrigado—. Anisa no aparentaba ser rica…

—Es mucho más de lo que imagináis —les advirtió Benhamú, dirigiéndose especialmente a Alonso—. Anisa trabajó durante toda su vida, se alimentó de su huerto y solo gastó lo preciso. Te adelanto que los dineros que te aguardan en mi casa podrían dar un giro a tu vida.

Alonso perdió la mirada más allá de la puerta por donde había entrado el ataúd. Una vez más, su suerte se había convertido en fortuna: había encontrado a Anisa por casualidad, o mejor dicho, ella le había encontrado a él, empapado, solo y asustado en la playa. Desde el primer momento, le trató como al hijo que nunca llegó a tener, como si hubiera esperado su mágica llegada cual regalo del mar. Alonso se cubrió la cara con las manos y lloró como un chiquillo. Apoyado en una de las columnas del patio, se deshizo en lágrimas. Tomás, detrás de él, no supo si consolarle o dejarle desahogarse en soledad. Benhamú le ayudó en su decisión:

—Vamos fuera, dejémosle solo un rato.

El mercader le condujo a la calle, dejando que la lluvia les refrescara. Enseguida, unas gotitas perlaron las hirsutas barbas de

Tomás. La calle estaba casi desierta por el mal tiempo. Aparcado junto a la Casa de la Misericordia, esperaba el carromato que trasladaría el ataúd hasta el morabito.

—Maese Samuel —comenzó a decir Tomás—, permitidme que os dé las gracias por todo lo que hacéis por Alonso. Él os aprecia y respeta muchísimo.

—De eso no me cabe duda, maese Tomás. Es un joven muy especial, tocado por la suerte… o por Dios, no lo sé. A vos también os quiere mucho.

Los carrillos de Tomás sonrieron por encima de la barba rojiza.

—Trato de enseñarle lo poco que sé y el muy truhán ya me supera en todo. Es un muchacho muy sagaz.

—También le enseñáis a beber vino y a frecuentar tabernas —le reprendió el judío, alzando una ceja inquisidora, para a continuación dedicarle una sonrisa sincera—. Pero él os quiere y admira. Sabed que contáis con mi aprecio, como mejor amigo de alguien a quien quiero mucho a pesar de conocerle desde hace tan solo unos meses.

—Eso pasa con Alonso, se gana el cariño a la primera.

—Ha nacido para ser algo más que un soldado, de eso estoy seguro… —auguró Benhamú.

Alonso interrumpió la charla con su aparición. Sus ojos estaban irreconocibles por las ojeras del llanto, pero se le veía más tranquilo. Detrás de él, en el patio, se oía movimiento.

—Ya la traen —anunció Alonso, mirando al cielo encapotado—. No hace falta que me acompañéis al morabito; hace un día de perros, el camino es largo y Anisa no habría permitido que enfermarais por su culpa.

Benhamú se echó a reír.

—¡Nos habría amenazado con su bastón! —Por un momento, Alonso sonrió al recordar los enfados de la vieja Anisa—. Iremos en mi carruaje —decidió el judío—. Estaremos a refugio de la lluvia y no le daremos motivos para que se enoje desde el Paraíso.

Tomás dio un paso al frente.

—Yo también voy, si me lo permitís.

—Sois bienvenido, maese Tomás —aceptó.

Media hora después, tres carromatos atravesaron los arrabales de Ceuta, remontando la cuesta que llevaba al morabito de Sidi Bel Abbás, a los pies del Monte Hacho, cerca del mar. En el primero viajaba el ataúd junto a los porteadores, en el segundo el santón, las

plañideras y tres mercaderes moros amigos de Anisa. En el tercero, el más lujoso, viajaban Alonso, Tomás y Benhamú. En el morabito se encontraron con la sorpresa de que medio mercado estaba allí. Varias decenas de amigos y conocidos se habían adelantado al cortejo fúnebre para dar el último adiós a Anisa.

—Esa vieja cascarrabias era muy querida por todos —recordó Benhamú, emocionándose.

Conforme al rito musulmán, el cuerpo amortajado fue sacado del ataúd para ocupar el hoyo que se abría a pocos pasos del muro este del morabito. Era un edificio bajo, de paredes encaladas con un blanco deslumbrante. Aunque contaba con varios siglos de antigüedad, estaba conservado con mimo por el santón y sus fieles. De hecho, ese fue el único templo islámico respetado por Juan I de Portugal a su llegada a Ceuta, en 1415. Testigo mudo de muchas alegrías y tristezas, el morabito de Sidi Bel Abbás contemplaba ahora el sepelio de la buena de Anisa.

Mientras el santón rezaba en voz alta, los presentes oraron en silencio, cada uno a su propia versión de Dios. El cielo les dio una tregua y dejó de llorar durante un rato. Con su cuerpo orientado hacia la sagrada Qibla, Anisa descansó para siempre en paz.

Tras los rezos, los mismos hombres que trajeron el ataúd cubrieron el agujero de tierra y el santón dio por concluida la ceremonia. Poco a poco, todos abandonaron el templo, emprendiendo el camino de vuelta.

—Vámonos —ordenó Benhamú a su cochero, que aguardaba instrucciones en el pescante.

Encogido dentro del carruaje, con la cabeza gacha, Alonso permaneció silencioso y taciturno durante todo el trayecto. Tomás y Benhamú tampoco hablaron. A veces, el silencio es el mejor consuelo.

Esa noche, Alonso fue incapaz de conciliar el sueño. La muerte de Anisa le hacía imaginar, de forma recurrente, la de su propia madre, a quien hacía tanto que no veía y a la que aún tardaría tanto en ver. Era como vivir una pesadilla tremenda en un inacabable duermevela. Por fin se durmió, bien avanzada la madrugada. Afuera, las últimas gotas de lluvia repiquetearon en azoteas y tejados. Al día siguiente, un sol radiante, acompañado de una brisa marina, bendijeron el primer día de Ceuta sin Anisa.

Fue uno de esos días que a ella le encantaban.

CAPÍTULO XVIII

13 de marzo de 1579, Ceuta

EL LEGADO DE ANISA NO solo bastó para que Alonso saldara sus deudas con el Ejército y comprara su licencia; también pagó la de Tomás. En marzo de 1579, ambos dejaron de formar parte de la guarnición de Ceuta. Aquello no fue plato de gusto para Pedro de Guevara, que hizo un esfuerzo por entenderlo y cursar trámite a los documentos que convertirían a los soldados en civiles.

—¿Qué haréis a partir de ahora? —se interesó don Pedro, después de firmar a regañadientes los pliegos de licencia.

—Maese Samuel nos ha ofrecido un empleo muy bien pagado, mi capitán —respondió Alonso—. Necesita un par de hombres de confianza para custodiar envíos de joyas fuera de Ceuta.

—¿Joyas?

—Sí, de Guinea —explicó—. Tiene acuerdos comerciales para venderlas en Andalucía y Portugal. Dice que sin nosotros no se habría atrevido a meterse en ese berenjenal: sería muy fácil para alguien sin escrúpulos esfumarse con una fortuna que cabe en un bolsillo.

—Entiendo. Así que el viejo zorro amplía el negocio…

—Y nosotros nuestras bolsas —intervino Tomás, de pie frente a la mesa.

Don Pedro le señaló con el dedo y fingió una mueca de furia.

—Largo, antes de que me arrepienta de haber firmado esto. Para mí, es una faena perder al mejor caballerizo que ha tenido La Bandera en años.

Tomás se encogió de hombros y esbozó una sonrisa tímida debajo de sus barbas. Alonso, a su lado, le dedicó una mirada de agradecimiento a don Pedro. Era un buen hombre.

—Mi capitán, ha sido un orgullo servir a vuestras órdenes —aseguró

Alonso.

El oficial se echó a reír.

—Con lo avispado que has resultado ser y con esa buena suerte que te ampara, no me extrañaría que acabaras siendo gobernador de la Plaza. Tal vez, algún día sea yo quién se cuadre ante ti.

—¡No creo que llegue a tanto! —Alonso rio también, para luego ponerse serio—. Para mí, pase lo que pase, vos siempre seréis mi Capitán.

Don Pedro se levantó de su silla para despedirles.

—Hoy mismo pasaré estos documentos al Gobernador para su firma. —De repente, se puso pensativo—. Podría enviaros a una última guardia al Hacho, como despedida —hizo una pausa y les guiñó con picardía—. Es broma, consideraos de permiso hasta que tengáis la licencia firmada. Si queréis, ya podéis entregar vuestros uniformes y vuestras armas al furriel.

Alonso y Tomás le dieron las gracias y dejaron atrás el despacho. No demoraron la entrega de los pertrechos militares. Incluso el irlandés, que se había mostrado muy reacio a abandonar su vida de soldado, se sentía impaciente por cortar el cordón umbilical que le unía con la vida castrense. Dieron dos viajes de la casa de la Almina a La Bandera cargados como mulas. Una vez entregaron todo, se miraron el uno al otro. Vestían con camisas viejas y calzones medio raídos.

—No te reconozco sin el uniforme —le dijo Tomás a Alonso, estudiándole como a un bicho raro; a continuación, se examinó a sí mismo—. Qué demonios, yo tampoco me reconozco.

Alonso le dio una palmada en el hombro.

—Vamos a comprar ropa elegante, cómoda y que no pique —decidió de repente—. Atuendo de viajeros. Tomás dirigió la vista a las caballerizas.

—Echaré de menos esto. —Su voz sonó triste—. Los caballos siempre han formado parte de mi vida, en Irlanda y aquí. No sé si me acostumbraré a no tener uno cerca…

—¿Quién te ha dicho eso? —le preguntó Alonso, frunciendo el ceño—. Anda, vamos a las cuadras. Tengo otra sorpresa para ti.

Román, el soldado destinado a sustituir a Tomás como jefe de las caballerizas, les saludó al verlos venir. Sin mediar palabra, desapareció en uno de los establos. Tomás ni siquiera le vio: el irlandés caminaba taciturno, con la mirada fija en el suelo. En cuanto cruzaron la puerta de la cerca de las caballerizas, Tomás vio a Román tirando de dos caballos que reconoció enseguida. Ambos lucían limpios, brillantes y ataviados con sendas sillas de montar nuevas, confeccionadas con cuero de calidad y con mochilas de viaje colgadas a cada lado. El irlandés los reconoció a distancia.

—¡Runner y Vigilante! —Miró de reojo a Alonso, y vio que este lucía una sonrisa en la cara que hablaba por sí sola—. No me irás a decir que…

—Los compré ayer —confirmó—. Les he cogido cariño y el Ejército me los ha dejado a un precio razona…

Tomás le interrumpió con un abrazo que habría dejado sin costillas a alguien menos fuerte que Alonso. Las barbas pelirrojas le asfixiaban. Román, junto a los caballos, no daba crédito a lo que veía. Ni en sueños habría podido imaginar que aquel hombretón pudiera emocionarse tanto.

—Alonso, ¿cómo voy a poder pagarte todo esto? —Estaba al borde de las lágrimas—. ¡Voy a necesitar tres vidas para saldar mi deuda contigo!

Alonso se zafó del abrazo de oso como pudo.

—Esto es una bagatela sin importancia, irlandés. Eso sí, tú te encargarás de cuidarlos, ¿de acuerdo?

—Pero, ¿dónde vamos a guardarlos? —Tomás agarró a Runner por el bocado y le obsequió con unas palmaditas en el morro—. No me dirás que también has comprado unas cuadras…

—Maese Samuel tiene sitio en su establo, a dos calles detrás de la tienda —explicó Alonso—. Ahí guarda el carruaje y los dos caballos de tiro. Hay espacio de sobra para estos dos.

Román le cedió las riendas de Vigilante a Alonso y dio dos palmadas en el aire, echándolos.

—¡Venga, fuera! No quiero paisanos dentro del recinto militar. Y no me digáis que aún sois soldados porque os doy un rastrillo a cada uno y os pongo a limpiar cuadras, así que, ¡arreando!

Los dos subieron a los caballos, ahora suyos de verdad, y salieron del acuartelamiento como dos auténticos hidalgos, los más zarrapastrosos de todos los tiempos. Cruzaron la Plaza de África al paso hasta llegar al establo de Benhamú. Bernardo, el cochero, se hizo cargo de las bestias.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó Tomás a Alonso una vez que dejaron los caballos en la cuadra—. A partir de hoy, tú mandas.

—Lo que dijimos antes, vamos a comprar algo de ropa y luego celebraremos nuestra licencia en Las Tres Esquinas. Yo pago —anunció.

Tomás le lanzó una mirada de soslayo.

—Sigue gastando así y acabarás mendigando en la Almina.

—Esto no ha hecho más que empezar —dijo Alonso—. Maese Samuel me ha prometido que con él ganaremos dinero suficiente como para no tener que tirar de ahorros.

El irlandés se santiguó.

—Que el Dios de los judíos le oiga.

—Pues andando, antes de que cierre el sastre.

Juntos, fueron a comprar ropa adecuada para su nueva vida de viajeros. Mientras caminaban por las callejuelas, Tomás no paraba de pensar en la sorpresa que le tenía preparada a Alonso. No iba a ser solo el zagal quien le agasajara a él con constantes regalos de cara a la nueva vida que habían elegido vivir: él también tenía algo para el chico. Eso sí, tendría que esperar unos días más antes de ver la cara de asombro que pondría al recibir el obsequio.

El regalo aún no estaba acabado y tenía que ser perfecto.

27 de marzo de 1579

—¡Ni se te ocurra abrir los ojos hasta que yo te diga!

Alonso estaba sentado en el salón con los ojos cerrados, tal y como Tomás le había ordenado. Estuvo tentado de abrirlos un poco y así poder ver, a través de las pestañas, lo que el irlandés tramaba en su dormitorio. Decidió que no era buena idea: si le pillaba, del guantazo de aquella mano enorme y llena de callos no le libraría ni Cristo, así que los mantuvo cerrados.

Oyó frufrú de tela en el dormitorio, acompañado de un tintineo metálico, por lo que supuso que Tomás estaría desenvolviendo algo. Tras unos instantes de leve ajetreo, sintió los pasos de su amigo deteniéndose justo enfrente de él.

—Ya puedes abrirlos.

Alonso no solo abrió los ojos. En cuando vio lo que Tomás sostenía en las manos, se le descolgó la boca como si le fallaran las bisagras. Frente a él tenía una espada muy parecida a la claymore del irlandés, tres o cuatro dedos más corta, embutida en una funda de madera, cuero y metal repujado. El guardamanos, largo y robusto, formaba una cruz imparable contra una espada contraria. Alonso la desenfundó muy despacio.

—No me lo puedo creer…

La hoja era gruesa, de doble filo y con una acanaladura en medio. La habían pulido y afilado a conciencia. Su punta, en manos de Alonso, podría atravesar a un caballo de parte a parte con facilidad.

—Es formidable. —Alonso la movió en el aire, comprobando que era más ligera que la de Tomás; el acabado se veía incluso de mejor calidad—. ¿Cómo se te ha ocurrido regalarme esto?

—Ya no tenías espada, y ahora que voy a ser yo quien termine tu formación como esgrimista no voy a seguir con esas técnicas de maricas que enseñan en el cuartel para pincharte un poquito: cuando se te acerque alguien con la espada por delante, se la apartas de un golpe, giras la claymore y le cortas en dos.

Alonso se echó a reír.

—¡Así de fácil!

—En Berbería hiciste algo parecido con la espada del moro.

—Es cierto —recordó Alonso, enfundando de nuevo la claymore—. Debe ser mi destino: usar espadas grandes.

—Tienes brazos para eso. ¿Te imaginas tú y yo por esos caminos, con nuestros mandobles a la espalda? ¡Se lo pensarán dos veces antes de preguntarnos por dónde se va a Cádiz!

Alonso se colgó la claymore envainada en la espalda, sobre los ropajes de tela y cuero que habían comprado días atrás. El herrero que la había forjado —siguiendo las instrucciones de Tomás— había hecho un trabajo magnífico. Alonso se encasquetó uno de sus nuevos sombreros emplumados y dio dos vueltas por la habitación, con los brazos extendidos.

—¿Qué tal me sienta?

—Pareces alguien y todo —se mofó Tomás. Alonso le abrazó.

—Gracias, no sabes la ilusión que me hace este regalo.

—Si crees que lo he hecho por ti, eres idiota: quiero que tengas una buena espada por si tienes que salvarme el pescuezo.

Alonso se echó a reír y separó al gigante de un empujón.

—¡Nunca cambiarás! —Abrió la ventana e intentó calcular la hora por la luz solar—. Voy a enseñársela a fray Alberto. Hoy toca clase.

—Admiro tu fuerza de voluntad —suspiró Tomás—. A mí me daría pereza tragarme una charla a estas horas.

—Le prometí seguir con mi formación a pesar del nuevo trabajo. ¡Luego nos vemos!

El trayecto desde el foso de la Almina al Monasterio de la Trinidad no fue tan tranquilo como de costumbre. La gente correteaba por la calle y hablaba con sus vecinos en las puertas de sus casas. Las caras eran más circunspectas de lo habitual, como si algo les preocupara. Una señora, con un crío de unos dos años en brazos, pasó al lado de Alonso corriendo como si la persiguieran los demonios. Por un momento, a Alonso se le pasó por la cabeza que tal vez un ejército moro estaba a las puertas de Ceuta, pero enseguida desechó la idea: la gente corría de la Almina hacia las murallas. ¿Un ataque por mar, tal vez? Giró la cabeza hacia el Hacho, pero no vio hogueras de alarma encendidas. Entonces se percató de que una campana lejana, probablemente la de la Ermita del Valle, llevaba un buen rato sonando. Era un toque extraño que Alonso no reconoció y que pronto fue repicado por la campana de la catedral. Poco después, la de la Iglesia de África se unió a ellas y, a continuación, la de los trinitarios.

Sin saber por qué, arrastrado por el impulso que hacía correr a sus paisanos, Alonso aligeró el paso hacia el monasterio. La claymore botaba en su espalda mientras corría. En la Plaza de África se veía movimiento, tanto de civiles como de militares. Las puertas del convento estaban abiertas. Entre varios frailes trinitarios, Alonso distinguió a fray Alberto.

—¡Alonso! —Al monje pareció extrañarle verle allí—. ¿Acaso no oyes las campanas tocando a pestem fugo?

—¿El qué? —Alonso no tenía ni idea de lo que hablaba el fraile.

—¡La muerte negra! —exclamó fray Alberto, levantando los brazos en un gesto dramático; parecía escapado de un óleo apocalíptico—. Hay dos personas contagiadas en la Almina, una mujer y su hijo.

Era la primera vez que Alonso se enfrentaba a la pesadilla de la peste. Conocía sus horrores de oídas, pero nunca antes la había vivido de cerca. Ahora entendía las carreras de la gente: unos huían de la ciudad para refugiarse en el extrarradio; otros corrían a encerrarse en sus casas a rezar para que la enfermedad no se cebara en los suyos. Pronto, la Casa de la Misericordia estaría a rebosar de enfermos, y los trinitarios, hombres píos y sin miedo, acudirían a atender a los afectados a riesgo de su propia vida.

Con la certeza de que sus clases se pospondrían hasta que pasara la epidemia, Alonso corrió contra la marea humana en busca de Tomás. Ahora que conocía el peligro, evitaba a toda costa rozarse con la multitud que corría desbocada por la calle. De hecho, a mitad de camino se tapó boca y nariz con un pañuelo, como le habían enseñado durante su entrenamiento militar. Llegó a la casa y puso al irlandés al corriente de las malas nuevas. Este le recomendó tranquilidad. No era la primera vez que se enfrentaba a algo así.

—No hay que perder la calma —comenzó a decir, hablando muy despacio—. Tenemos que hervir el agua antes de beberla, no tocar a los enfermos, tampoco lo que estos hayan tocado y fregar todo con vinagre. También es bueno rezar a todos los santos y quemar tomillo —Tomás rubricó sus palabras persignándose.

—Avisemos a maese Samuel —Alonso no podía sentirse más preocupado por Luna; prefería ser él quien contrajera la enfermedad antes que ella—. Él sabrá qué hacer mejor que nosotros.

Tomás insistió en impregnar de vinagre los pañuelos con los que iban a cubrirse boca y nariz. El hedor agrio hizo que sus ojos lagrimearan

como si pelaran cebollas. La calle se veía ahora más despejada: quien tenía que salir de Ceuta a toda prisa lo había hecho ya, y los que no estaban ya atrincherados en sus casas, sumidos en plegarias interminables.

Encontraron la tienda cerrada, al igual que los demás establecimientos que dejaron atrás. Las ratas, que eran parte habitual del paisaje urbano, se veían ahora más temibles, como si fueran la personificación diabólica del enemigo. Alonso aporreó la puerta del establecimiento hasta que Romero, el mayordomo, la entreabrió. Aparentaba más edad por su poco pelo y las arrugas que surcaban su tez negruzca, y era fácil confundirle con un moro por la sombra de barba cerrada y sus cejas espesas. Estaba casado con Mercedes, la gobernanta. Al contrario que ella, que era una mujer menuda, Romero era alto y fuerte. En cuanto les reconoció les hizo entrar a toda prisa.

—Subid a la biblioteca, maese Samuel está allí.

Alonso guio a Tomás a través de la puerta metálica, subió la escalera del patio y llegó a la estancia, donde encontró a Benhamú en compañía de un hombre vestido con ropajes árabes de impecable confección. Su piel era negra como el carbón, lo que hacía resaltar sus ojos como luciérnagas en la noche. Una extraña barba adornada con abalorios daba un último toque exótico a su aspecto.

—¡Alonso, Tomás, pasad! —el judío se alegró de verles; enseguida hizo una seña hacia el hombre negro—. Él es Mauricio Ndongo, enviado de mi amigo Vasco Ravines. —El gigantón les dedicó una reverencia algo exagerada—. Acaba de traerme esto.

Benhamú abrió una pequeña caja de madera de palo de rosa y mostró su contenido, alrededor de un centenar de cristales de diferentes tamaños. Alonso y Tomás fruncieron el ceño.

—Diamantes en bruto —explicó el judío, fingiendo no haber reparado en sus caras asustadas—. Su valor siempre está en alza. Hasta ahora venían de Oriente, pero Vasco ha encontrado un yacimiento en Guinea. Tengo un cliente en Lisboa dispuesto a pagar una fortuna por el contenido de esta caja.

Alonso decidió que la plaga era más importante que los negocios.

—Eso está muy bien, maese Samuel, pero no sé si sabéis que hay dos casos de muerte negra en la ciudad…

Benhamú pidió tranquilidad con la mano.

—No es la primera vez que nos azota la peste, Alonso, así que mantén la calma. El barco que ha traído a Mauricio hasta Ceuta nos llevará a Gibraltar en cuanto estemos listos para embarcar. Mi familia y yo nos quedaremos allí, en casa de un primo mío, hasta que pase la epidemia. Vosotros dos viajaréis a Lisboa, entregaréis los diamantes y recibiréis el pago.

A Alonso le dio un vuelco el corazón.

—¿Podré visitar a mi familia, maese Samuel? —preguntó atropelladamente.

—Por supuesto —le concedió Benhamú, con una sonrisa—, así podrás conocer a ese sobrino que dices que no conoces.

Alonso tuvo ganas de plantarle un beso en la frente al mercader. Ni se le había pasado por la cabeza la posibilidad de viajar a Portugal, y menos a tan corto plazo. Cuando Benhamú les había hablado del transporte de mercancías siempre imaginó destinos más cercanos, como Cádiz o Málaga, pero nunca un viaje tan largo.

El judío despachó al heraldo de Vasco Ravines con instrucciones y dinero para el capitán del barco, e instó a Alonso y Tomás para que fueran a preparar el equipaje. En las dependencias personales de la familia del comerciante había trajín de baúles que auguraban una larga ausencia. Alonso no vio ni a Luna ni a Sara. Imaginó que estarían en sus aposentos seleccionando qué llevar con ellas. Romero informó a Alonso que él y su esposa se quedarían en Ceuta.

—Alguien tiene que quedarse aquí, Alonso. Cerraremos esto a cal y canto y no asomaremos la nariz hasta que pase la plaga. Alonso y Tomás le transmitieron sus mejores deseos y regresaron a casa corriendo. Alonso se sintió más tranquilo sabiendo que Romero y Mercedes se quedarían. Al fin y al cabo, su posesión más preciada estaba en uno de los almacenes del sótano. Decidieron ir ligeros de equipaje y llevar lo justo para llenar las alforjas de Runner y Vigilante, a los que recogieron del establo en cuanto dejaron la chabola cerrada con llave. Bernardo ya se había llevado las bestias de tiro a los muelles. El carruaje, demasiado voluminoso para embarcarlo, se quedó en su lugar cubierto por unas lonas.

—Ya deben estar en el puerto —apostó Tomás, ajustándose su claymore a la espalda. Alonso también llevaba la suya; el irlandés sintió una oleada de orgullo: dos tipos tan fuertes como ellos, portando armas tan poderosas, imponían respeto—. Vamos para allá.

Fueron cabalgando. Las calles estaban ahora casi desiertas, como si la Muerte en persona las hubiera despejado con su fantasmagórica presencia y a golpe de guadaña. Mauricio Ndongo aguardaba a pie de muelle, junto a la nao en la que atravesarían el Estrecho de Gibraltar. Alonso y Tomás divisaron a Bernardo en cubierta; el cochero bregaba con los caballos, que se resistían a bajar a la bodega. Mauricio les saludó con una inclinación de cabeza y les invitó a subir a bordo.

Desmontaron para conducir a sus caballos a través de la amplia pasarela de madera y cuerda que unía el velero con el muelle. Runner y Vigilante subieron por la rampa como si llevaran toda la vida haciéndolo, y eso que era la primera vez que embarcaban. Tomás los había adiestrado bien. Una hora después, la familia Benhamú apareció en el muelle caminando con pasos rápidos. A pesar de que el mercader había quitado importancia a la plaga con sus palabras, era evidente que ardía en deseos de abandonar la Plaza cuanto antes. Su rostro reflejaba preocupación. Dejó pasar a Sara y a Luna delante de él. Desde cubierta, Alonso la vio cruzar la pasarela. Estaba preciosa. Llevaba puesto un vestido azul brillante, con una diadema enjoyada en el pelo. Sostenía un cofre en las manos. Por lo que aparentaba pesar, Alonso adivinó que contenía libros. Corrió por la cubierta a su encuentro. Sin hablar, tomó su carga y clavó una mirada silenciosa en ella. Luna agradeció la galantería con una sonrisa. Sus ojos se prodigaron en una oleada de silencio; sus suspiros, inaudibles, rubricaron el redoble de sus corazones.

Poco después, la nao abandonó una Ceuta azotada por un enemigo invisible e implacable. Las primeras hogueras purificadoras comenzaron a humear en los cerros de la Almina, más allá del foso seco, donde los más pobres serían pasto de la plaga. Tomás, que no era demasiado amigo de los viajes por mar, decidió dormitar en popa, en la toldilla, con la espalda apoyada en unos barriles.

Alonso y Luna compartieron las horas que duró el viaje de Ceuta a Gibraltar en la proa de la nao. La brisa de poniente les regaló una travesía suave y fresca que casi les hizo olvidar el infierno que dejaban atrás. Los delfines, juguetones, siguieron al barco durante un trecho. La joven rio encantada al verlos.

Sara observó a su hija y a Alonso desde detrás de uno de los ventanucos de la cámara de popa, donde el capitán les había acomodado a ella y a su marido para resguardarles de la intemperie. Él sostenía un pequeño atadijo de tela basta que contenía los diamantes, demasiado preocupado con su custodia como para atender a algo más. Sara suspiró: sus temores parecían tomar consistencia

delante de sus propias narices. Por una parte, quería y admiraba a Alonso, a quien consideraba todo un héroe.

Pero por otra parte, como una buena madre, aspiraba a que su hija se casara con el heredero de una familia adinerada. Y lo más importante: que también fuera judío.

CAPÍTULO XIX

3 de abril de 1579

EL VIAJE A CABALLO HASTA Sanlúcar duraría apenas tres días, con el Atlántico siempre a la izquierda, como un inmenso punto de referencia. El miedo de Alonso a perderse se desvaneció en cuanto se sintió capaz de interpretar el detallado mapa que Benhamú le había facilitado. En él, además de todos los caminos y poblaciones, figuraban las mejores posadas de la costa sur.

El recuerdo de cualquier cabalgada anterior quedó como un paseo infantil comparado con esta, pero al final, los dolores de piernas y riñones remitieron hasta esfumarse del todo para no regresar jamás. Tomás le dijo a Alonso que ahora sí podía considerarse un jinete de verdad. No forzaron las monturas, y alternaron el trote con el trote corto y el paso. No tenían prisa. El barco que les llevaría a Lisboa desde el Puerto de Barrameda salía en seis días, así que se tomaron el viaje con calma.

Encontraron el camino mucho más transitado de lo que imaginaron en un principio y nunca dejaron de ver carruajes de pasajeros, carretas cargadas de mercancía, mulos semienterrados en alforjas y sacos, jinetes solitarios e incluso viajeros a pie, que como peregrinos en busca de redención, recorrían las calzadas con paso lento y seguro.

A pesar de estar siempre alerta contra posibles salteadores, disfrutaron del viaje como si fuera el primero de su vida, llenando sus pulmones con frescas bocanadas de libertad. Habían repartido los diamantes en dos bolsas de cuero adosadas al cuerpo, debajo de la ropa. De todos modos, la visión de un gigante barbudo y un joven robusto con espadas enormes era capaz de disuadir a cualquier asaltante. Como complemento a las claymore, Josué, el primo de Benhamú —también

poseedor de una tienda similar a la de maese Samuel—, les había prestado dos arcabuces cortos a cada uno, con su pólvora, munición y útiles de mantenimiento. Los llevaban en fundas de piel enganchadas a la silla de montar, y tenían el tamaño justo para ser usados con una sola mano.

—En Alemania e Italia fabrican unos aún más pequeños que estos, a los que llaman pistolas —les había explicado Josué—. De todos modos, estos servirán para despachar a cuatro antes de desenfundar esos espadones monstruosos que gastáis.

Aparte del arsenal de espadas y arcabuces, llevaban dos dagas al cinto que Tomás se encargó de afilar como navajas de barbero. El irlandés decía que tenían que servir tanto para cortar el pan y el chorizo como para rebanarle el pescuezo a un rufián. No eran ni la sombra de la obra de arte enjoyada que descansaba dentro de un cofre en el almacén de Benhamú, pero su hoja era eficaz y extraviarlas no supondría un drama.

Pasaron la primera noche en una posada a pie de camino, a la altura de Vejer. Benhamú les había dado sendas bolsas de dinero para que no repararan en gastos durante el viaje, lo que hizo que Tomás se replanteara la fama de roñosos que precedía a los judíos. Cenaron una deliciosa carne asada y bebieron unas jarras de cerveza que facilitaron mucho el sueño. Durmieron en un jergón cómodo, dentro de una habitación más o menos curiosa que Tomás se ocupó de atrancar con una silla «por si las moscas».

A la mañana del día siguiente reanudaron viaje rumbo a Cádiz, última etapa antes de Sanlúcar. Durante ese trecho de camino, rebasaron a varios grupos grandes de jóvenes a pie. En ellos no viajaba ninguna mujer, ni ningún crío sin pelos en las piernas. En ocasiones, estos grupos iban acompañados por uno o dos soldados españoles a caballo. Tomás no tardó en llegar a una conclusión:

—Reclutas. Alguien está formando un ejército.

Alonso no le dio demasiada importancia y decidió disfrutar del viaje. Gran parte del camino era cuesta abajo y los caballos aprovecharon para galopar un rato, tan felices como sus amos. Luego vinieron las llanuras que se extienden antes de llegar a Cádiz. El paisaje cambió de bosque y llanura a esteros y salinas al pasar por la Villa de la Real Isla de León, lo que más tarde se conocería como San Fernando. Dos leguas y media después, cruzaron las puertas de Cádiz. Las murallas nuevas, construidas apenas cinco años atrás, se alternaban con las más

antiguas. La guardia no puso impedimentos a su entrada: ahora parecían hidalgos.

—Esta nueva vida empieza a gustarme —canturreó Tomás, ufano.

Recorrieron varias calles hasta dar con la Posada del Rosario, que era la que el mapa de Benhamú recomendaba, un edificio grande y rebosante de vida. Un zagal de unos doce años salió a recibirles. Era menudo y avispado. Tomás le arrojó una moneda y se llevó los caballos al establo, más contento que unas pascuas. Entraron al salón principal, lleno de mesas corridas y de toneles por todas partes. Comparada con esta, Las Tres Esquinas era la letrina de una leprosería. El mobiliario era nuevo, bien barnizado; los candelabros de plata estaban relucientes y los toneles lustrosos. Su clientela la componían hidalgos y plebeyos mucho más elegantes que la soldadesca harapienta a la que Alonso y Tomás estaban acostumbrados. Una joven escotada de aspecto saludable y cabello recogido en una cola se les acercó, clavando sus ojos en Alonso. Hablaba con un marcado acento andaluz. Medio en castellano, medio en portugués, Alonso le dio a entender que buscaban alojamiento y comida.

—Puedo ofrecerles dos habitaciones para que vuestras mercedes tengan intimidad, por si quisieran compañía esta noche —sugirió la joven, que respondía al nombre de Juani—. Las camas son amplias y cómodas, y no encontrarán ni una rata, ni una garrapata ni una pulga.

Alonso pagó por anticipado y subieron a las habitaciones. Estaban en el segundo piso, al final de un largo pasillo iluminado con faroles. Juani no había mentido: estaban inmaculadas y aún mejor amuebladas que el salón. Si bien no eran muy grandes, sí eran cómodas. Disponían de un bacín lleno de agua, un espejo y un orinal limpio por si no querían salir a la letrina del patio trasero. Desde abajo les llegaban risotadas femeninas y exclamaciones de hombres con evidentes síntomas de embriaguez, lo que hizo pensar a Tomás que el piso inferior era campo de batalla para encuentros amorosos.

—Tengo que probar el ganado gaditano —manifestó Tomás; según sus propios cálculos, llevaba al menos dos meses sin estar con ninguna mujer—. Como mañana no tenemos prisa para levantarnos, esta noche la dedicaré a que me mime una jovencita. ¿Te apuntas?

Alonso negó con la cabeza a la vez que componía un gesto de resignación.

—La maldición de Luna me persigue, Tomás. Es pensar en ella y no se me levanta.

—Ya he visto cómo os miráis —observó el irlandés; era la primera vez que sacaba el tema desde que salieron de Gibraltar—. Me acuerdo cuando te dije que ese capricho tuyo solo era una locura de mozalbete idiotizado, pero ahora ya no sé qué decirte…

—¿Crees que ella siente lo mismo por mí? —le preguntó, con los ojos abiertos como platos.

Tomás se mesó las barbas.

—Soy algo lerdo en estos temas, pero creo que sí. Lo malo es que eso puede costarnos nuestro empleo, cantero del demonio. Si doña Sara o Maese Samuel se enteran, te circuncidarán con tu propia claymore. Te darán un tajo en ese pellejo que te cuelga y te harán judío a la fuerza, y apuesto a que no se esforzarán en ser precisos. Con un poco de mala suerte, le entregarán tu verga a Luna como dote. Eso sí, cabrá en un cofre muy pequeño.

Alonso se echó a reír de buena gana.

—¿Todos los irlandeses sois así de bestias?

—Allí me consideran fino y educado, casi un marica. En mi clan no durarías ni un suspiro, ni con esas espaldas que tienes.

—Tomás se desperezó todo lo que pudo y sus brazos chocaron con paredes y techo—. ¡Estos gaditanos malnacidos construyen casas para enanos! Voy a echarme una siesta, así recuperaré fuerzas para la juerga.

Cada uno se encerró en su habitación. Alonso metió los cuatro arcabuces en el armario, echó el cerrojo y se guardó la llave en el bolsillo. No tenía sueño, así que decidió asomarse a la ventana y pasar el rato observando la calle abarrotada de gente. Vendedores ambulantes pregonaban pescado y fruta. En una esquina, una jovenzuela bien parecida engatusaba a un marinero borracho. Dos soldados de la guardia, armados con alabardas, charlaban con toda la calma del mundo; su sola presencia mantenía la calle tranquila y sin altercados. Unas niñas jugaban al corro mientras unos críos, algo más pequeños que ellas, las hostigaban tirándoles piedrecitas. En la puerta de la posada, dos hombres algo bebidos arreglaban el mundo con discursos ebrios.

Aquella calle era muy distinta a las de Ceuta. Alonso buscó una chilaba, una túnica judía o una kipá y no encontró nada de eso. Todos eran cristianos y vivían con la tranquilidad de no colindar con un reino con el que se mantenía una paz tensa que podía convertirse en guerra en cualquier momento. Desvió la vista hacia el horizonte y se acordó de Antonio Expósito. Entre Cádiz y Madrid no había mar. Si quisiera, podría montar en Vigilante y solo tardaría unos días en reunirse con su amigo. En ese momento, se dio cuenta de que Ceuta era una especie de presidio; un lugar de concordia entre razas y religiones, pero un presidio al fin y al cabo. Se dijo que si un día se casaba con Luna —si es que maese Samuel o doña Sara no le hacían lo que profetizaba Tomás— no vivirían en África. Tal vez en Sanlúcar, donde Benhamú tenía una casa incluso más grande que la de Ceuta. El judío siempre decía que el futuro de su negocio estaba en las Indias y que Sanlúcar era la puerta del comercio con el Nuevo Mundo.

Alonso estaba sumido en esos pensamientos cuando vio una columna de paisanos desfilar por la calle. Como los otros grupos que habían visto en el camino, iban escoltados por militares. Frunció el ceño al recordar la observación de Tomás: «alguien está formando un ejército». Pero, ¿para luchar contra quién?

Al final, el cansancio le pudo y se echó a dormir.

3 de abril de 1579, esa misma noche

Unos golpes en la puerta despertaron a Alonso de su siesta. Al abrirla, se encontró con un Tomás pletórico y sonriente. Alonso reconoció en el acto —y no sin cierto pavor— su cara de «estoy listo para lo que me echen». Si nada lo impedía, la última etapa de su viaje sería maldecida con una resaca terrible.

—Límpiate esas legañas y baja a la taberna. Hay mujeres hermosísimas y el vino parece recién salido de las venas de Nuestro Señor Jesucristo.

—Recuerda que estás en España, bajo el crucifijo de Su Católica Majestad el rey Felipe —le advirtió Alonso—. Suelta algo así en público y acabarás en una mazmorra de la Santa Inquisición.

—Eres un aguafiestas —rezongó Tomás, haciendo con los dedos el gesto contra el mal de ojo—. Te espero abajo, voy pidiendo una jarra de vino.

Tomás ya llevaba dos copas encima cuando Alonso bajó. Se había acomodado en un extremo de la mesa más vacía del establecimiento, pero al ritmo que llegaban parroquianos, no estarían solos por mucho tiempo. Juani y otras cuatro camareras, todas de lo más lozanas, servían las mesas con presteza, dedicando palabras agradables a todos los clientes y soportando con una sonrisa algún que otro pellizco y alguna que otra palmada en el trasero. En cuanto Juani vio a Alonso al pie de las escaleras, dejó lo que estaba haciendo y se acercó tanto a él que sus pechos se aplastaron contra su torso.

—El señor de la espada grande —le saludó; Alonso intuyó que sus palabras tenían doble sentido—. Vuestro amigo el gigantón os espera allí. —Señaló a Tomás con la barbilla—. Si necesitáis cualquier cosa de mí, no tenéis más que pedírmela.

—Gracias. —El rostro de Alonso se puso a hervir de inmediato. Hacía tiempo que no le pasaba, ya que se había acostumbrado a Luna a fuerza de verla a diario. La camarera se echó a reír y le dio un codazo.

—¡Así que sois tímido! Si queréis que os cure la timidez, soy vuestra galena —bajó la voz y la convirtió en un susurro—. Sé cómo hacerlo.

Alonso sonrió, incómodo, y huyó hacia la mesa de Tomás, golpeando las otras con la claymore y llamando la atención de los clientes. Se sentó frente a él y se sirvió una jarra de vino a toda prisa.

—¿Por qué no has dejado la espada arriba? —le preguntó Tomás, que no llevaba la suya colgada—. ¿No habíamos quedado en no llamar la atención?

—Me siento más seguro con ella —rezongó, echándose al coleto media jarra de un trago. Poco faltó para que el vino le saliera por la nariz.

—Ya veo que has impresionado a esa Juani. —Tomás le guiñó el ojo y le dio un puñetazo que casi le tira de espaldas—. Bébete un par de jarras más y súbela a tu habitación, no me seas marica.

Alonso sabía que cuanto más bebiera Tomás, más le importunaría con el asunto de Juani, así que aprovechó la entrada de un grupo de hombres con traza de hidalgos para cambiar de tema.

—Nunca había estado en una posada frecuentada por gente tan

elegante. Comparado con Las Tres Esquinas, esto es un palacio. Tomás echó un vistazo a la puerta. Un grupo de cuatro hombres se sentó en el extremo de la misma mesa corrida que ocupaban ellos. Una compañera de Juani, una joven de cabello rubio que parecía alemana o inglesa, acomodó a otros tres recién llegados en otra esquina. Justo detrás de estos entró un hombre solo. Era alto, bien vestido y con unos bigotes afilados que sobresalían de su rostro como dos espadines. Llevaba un sombrero con una pluma capaz de abanicar a un regimiento, y una chaqueta de cuero carmesí ribeteada con hilo de oro, con botas altas a juego. Las miradas de Alonso y Tomás se cruzaron con la suya, y el desconocido les hizo un leve saludo llevándose dos dedos al ala del sombrero. Cruzó unas palabras con la rubia y se dirigió directo a ellos.

—Buenas tardes, caballeros —saludó, cortés—. ¿Les importaría a vuestras mercedes que me sentara a su vera?

Tomás señaló el sitio vacío a su lado.

—Sentaos. ¿Os apetece un poco de vino?

—Ya me lo trae la posadera, gracias. —Para sorpresa de Alonso y Tomás, la siguiente frase la dijo en portugués—. Por el acento, son portugueses, ¿me equivoco?

—No os equivocáis. Vuestro portugués es bueno —apreció Alonso.

—Me crié en un pueblo de Huelva muy cercano a la frontera —explicó, y de repente alzó las cejas—. Mis disculpas, no me he presentado: mi nombre es Rafael Murias, a vuestro servicio.

—Yo soy Tomás O’Donnell —se presentó el irlandés—, y él es Alonso Teixeira.

Murias se levantó un instante para rubricar el saludo con una reverencia que fue respondida por sonrisas de compromiso. Alonso y Tomás habrían preferido estar solos, pero según estaban dispuestas las mesas del establecimiento, no iba a ser posible. Al menos, el tal Murias no era un borracho metepatas ni un buscapleitos. Dentro de cómo pintaba el panorama, habían tenido suerte.

—Menudo espadón —comentó Murias, señalando el mango de la claymore que asomaba por encima del hombro de Alonso—. Si me permiten la indiscreción, ¿van hacia Portugal por lo de la guerra?

Tomás y Alonso cruzaron una mirada de asombro y luego clavaron sus

ojos en Murias, que se echó un poco hacia atrás, consciente de que sus palabras habían resultado incómodas. Justo en ese momento, la rubia le trajo su vino. Como buena profesional que era, olfateó la tensión del momento y se alejó de la mesa con pasos raudos. Tomás se acercó mucho a Murias, cuya nuez se movió arriba y abajo en un movimiento involuntario.

—¿Estáis diciendo que España y Portugal están en guerra?

—Aún no, pero todo apunta a que pronto lo estarán —dijo Murias, confiando en que sus dos nuevos amigos no se anticiparan a las hostilidades tirando de acero—. ¿No os habéis enterado de que el cardenal don Enrique anunció concurso al trono de Portugal el pasado febrero?

—¿Concurso al trono? —repitió Alonso—. ¿Qué significa eso?

Murias dio un breve sorbo a su vino. Aunque se sentía más tranquilo, le tembló un poco la mano.

—El viejo Cardenal no puede tener sucesor —comenzó a decir—. Aparte de que el Papa no le ha dispensado de su voto de castidad, es demasiado viejo, así que ha anunciado un concurso para que todo aquel que crea tener opción al trono exponga sus derechos. —Murias hizo una breve pausa—. Uno de los aspirantes es Felipe II, cosa que no ha gustado en Lisboa. Hay incluso quien afirma que el rey Sebastián sigue vivo. Al parecer, hay una carta que así lo demuestra…

Las miradas de Alonso y Tomás volvieron a cruzarse durante un instante.

—¿Y eso que decís de la guerra… es tan inminente? —preguntó Alonso.

—El duque de Medina Sidonia ha llamado a filas a mozos de todos los pueblos de Cádiz: de Conil, Barbate, Zahara, Chiclana… Dicen que han montado un campamento enorme en Sanlúcar, para darles instrucción. También se habla de que el duque de Alba está reuniendo un ejército en la frontera. Lamento ser yo quien os dé estas malas nuevas, pero juro que creía que lo sabíais.

Tomás le dedicó un gesto tranquilizador.

—No sois culpable de esto —dijo—. Os agradecemos la información. Ahora entiendo lo de los grupos de jóvenes que encontramos en el camino.

—No paran de llegar día tras día —confirmó Murias—. Como este asunto de la sucesión no se solucione pronto, no habrá quien impida una guerra.

Alonso intervino.

—¿Qué otros aspirantes al trono hay, aparte del rey de Castilla? Murias se atusó el bigote, pensativo.

—Dicen que hay un sobrino del cardenal, un tal Antonio, recién liberado de Alcazarquivir, que anda intrigando para ocupar el trono. Es un bastardo de Luis de Avis, por lo cual es nieto de Manuel I de Portugal. También hay un crío por ahí, un tal Ranuccio Farnesio; la duquesa de Braganza y alguno que otro más.

—Se encogió de hombros y miró a sus contertulios como diciendo: «lo que viene ahora no es plato de mi gusto, pero qué le vamos a hacer»—. Ninguno tan poderoso como el rey Felipe, me temo.

Alonso asintió y quiso indagar en algo que Murias había mencionado:

—¿Y eso que dijisteis antes del rey Sebastián…?

—¡Ah, eso! —exclamó, como si lo hubiera olvidado—. Es solo un rumor, pero al parecer hay quien asegura que existe una carta en la que se afirma que está preso en Berbería.

—O sea, que está vivo…

—Eso afirman algunos. —Murias hizo una mueca de escepticismo—. Yo creo que si estuviera vivo, Portugal no estaría pasando por todo esto. ¿No lo creen así vuestras mercedes?

Alonso y Tomás asintieron. Poco a poco, la mesa se fue llenando de parroquianos y la conversación se tornó incómoda, por lo que pasaron a charlar de temas menos trascendentes. Murias resultó ser propietario de unos viñedos en Jerez. Vendía la mayor parte de su producción a bodegas locales que se encargaban de enviar las barricas de vino a Inglaterra y al Nuevo Mundo desde Sevilla. Según él, le iba bien. Alonso le explicó que Tomás y él eran viajantes de comercio, encargados de buscar nuevos proveedores para su patrón en Ceuta. Satisfecho con la somera explicación de sus actividades, Murias bebió un rato más con ellos, les invitó a su jarra y se despidió con el deseo de un pronto reencuentro. Tomás no se sintió con humor para llamar a alguna de las mujeres que comenzaban a bajar por la escalera. Lo que acababa de oír le había dejado preocupado.

—Vamos arriba —le dijo a Alonso—. Tenemos que hablar. Juani intentó interceptar al joven de camino al piso de arriba, pero este la despachó con palabras delicadas. Una vez solos, se refugiaron en la habitación de Alonso.

—Por suerte vamos en barco y no tendremos que cruzar la frontera a pie —dijo Tomás—, pero eso no quita que la guerra estalle mientras estemos en Portugal y tengamos que quedarnos allí.

—Me preocupa mi familia —dijo Alonso, con la mirada fija en la pared del cuarto—. Si España decide atacar por mar, el primer puerto que bombardearán será Lisboa.

Tomás asintió. Aquel paseo alegre comenzaba a transformarse en algo más arriesgado.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

—Abusar de la confianza de maese Samuel —respondió, sin pensárselo dos veces—. Trataré de convencer a mi familia para que vengan con nosotros en el viaje de vuelta. Ya me encargaré de buscarles alojamiento en Ceuta o en Sanlúcar hasta que pase el peligro.

Tomás resopló.

—¿Crees que Benhamú accederá a que embarquen con nosotros?

—Me arriesgaré. Si se ofende y nos despide, siempre puedo vender la daga de Sebastián y mantener a mi familia lejos de la guerra. Mi sobrino no merece sufrir penurias en su primer año de vida.

El irlandés decidió quitar hierro al asunto.

—Esperemos a ver qué pasa. Tal vez no sea tan mala idea que Felipe ocupe el trono de Portugal. Eso daría estabilidad al país.

—¿Y si es verdad que Sebastián está vivo, Tomás?

—¿Ahora vuelves con eso? Pensé que se te había pasado…

—Ya sabes que el del ataúd no era él. Esto podría ser una conspiración en toda regla.

—Claro, y aquí estamos tú y yo para cambiar el rumbo de los acontecimientos. —Tomás soltó un bufido y abrió la puerta para marcharse—. Me voy a la cama, y solo. Se me han quitado las ganas de juerga.

Esa noche, en la soledad de sus aposentos, Alonso y Tomás no pararon de darle vueltas al incierto futuro de Portugal.

CAPÍTULO XX

4 de abril de 1579, Sanlúcar

HASTA EL AIRE DE SANLÚCAR olía a dinero. Si el movimiento de personas y mercancías les había impresionado en Cádiz, el de Sanlúcar les resultó abrumador. Las casas de dos pisos, decoradas con motivos florales o imitando sillares, eran de una belleza deslumbrante. La mayoría de los hombres y mujeres que recorrían sus calles empedradas vestían mejor que los gaditanos, con prendas confeccionadas con telas de importación traídas de sabe Dios dónde. Hasta los atuendos de trabajo de los más pobres se veían de buena factura. Era normal, aquel puerto era una de las antesalas del Nuevo Mundo.

Ascendieron al paso por la empinada calle de los Bretones, camino del Barrio Alto, donde se ubicaba el palacete que Benhamú había comprado años atrás, pensando en sus futuros negocios con las Indias. Al fondo, las tiendas de las sierpes bullían de actividad. Compradores y mercaderes negociaban bajo las efigies de monstruos marinos de diabólica sonrisa. Tomás se santiguó al verlas para luego dedicarles un gesto contra el mal de ojo.

—¿Por qué se empeñarán los artistas en esculpir demonios? —El irlandés escupió sobre los cantos rodados que conformaban el empedrado de la Cuesta de Belén—. ¡Así ardan en el infierno!

Alonso llevaba una carta firmada por maese Samuel para que su mayordomo les permitiera alojarse en las dependencias de invitados. Según el plano hecho a mano que le había facilitado

Benhamú, su residencia estaba dos calles al norte del palacio del duque de Medina Sidonia, dentro de las antiguas —y mal conservadas— murallas que antaño protegieron la ciudad. Dejaron atrás el palacio, la Iglesia de Nuestra Señora de la O y vislumbraron, por encima de los edificios, la torre del homenaje del Castillo de Santiago, desde la cual se dominaba todo Sanlúcar y el Puerto de Barrameda.

Defendida por dos murallas y rodeada por un foso, la fortaleza, mandada a construir por Guzmán el Bueno, era majestuosa.

No tardaron en dar con la casa de Benhamú, que era una versión mucho más grande y menos austera que la de Ceuta. La propiedad estaba compuesta por tres edificios consecutivos que se mimetizaban con el resto de los de la calle. Las puertas anchas y altas del primero lo identificaban como establos y cochera. El siguiente, de dos plantas, tenía una puerta de inspiración árabe y aspecto robusto, además de un amplio balcón central y ventanas adornadas con arriates sembrados de flores de colores. Una tercera estructura de planta rectangular de un solo piso tenía todas las trazas de ser el establecimiento comercial que Benhamú tenía planeado abrir algún día. Desde fuera, Alonso calculó que sería al menos tres veces más grande que la tienda de Ceuta. Tomás, parado frente al palacete a lomos de Runner, examinó la fachada con ojos atentos.

—Sabía que Benhamú tenía dinero, pero nunca pensé que tanto. Esto vale una fortuna.

—Y lo tiene cerrado —le recordó Alonso—. Si se dedicara en serio al comercio con el Nuevo Mundo multiplicaría su fortuna por diez.

—Pues no sé a qué espera para abrirlo…

—Tal vez a tener dos personas de confianza que le lleven los negocios en Sanlúcar —fantaseó Alonso—. ¿Te imaginas que haya pensado en nosotros?

—Sigue soñando —le soltó Tomás, pinchándole la burbuja de la ilusión.

Desmontaron y se dirigieron a la puerta labrada con arabescos. Alonso sacó la carta de una de sus alforjas y dio tres aldabonazos que resonaron por toda la calle. Tomás, que estaba algo más retirado de la fachada, vio a un hombre asomarse fugazmente al balcón del segundo piso para desaparecer en un santiamén. Poco después, oyeron los cerrojos moverse al otro lado de la puerta. Cuando esta se abrió, encontraron a un hombre de mediana edad con unos rasgos semíticos marcados a martillo y escofina: gruesas cejas negras, nariz enorme y aguileña y ojillos oscuros con abultadas bolsas de piel bajo los párpados. Su barba y bigote eran tan espesos que ocultaban su boca, pero por la expresión del resto de su cara, era fácil adivinar que sonreía.

—¡Señores Alonso Teixeira y Tomás O'Donnell! —A estos les

sorprendió que el hombre les reconociera en el acto; por lo visto, la carta de presentación sobraba—. ¡Bienvenidos! —El sirviente de Benhamú se volvió hacia el patio y llamó a voces a un tal José, que apareció al trote para hacerse cargo de Runner y Vigilante—. No os quedéis en la puerta. ¡Pasad!

Alonso y Tomás recogieron los arcabuces y el equipaje de sus caballos antes de que José se los llevara al establo y entraron al patio interior de la finca, que tenía una distribución similar a la de Ceuta pero mucho más grande y luminosa. Sus dos pisos estaban conectados por sendas escaleras y varias puertas cerradas que daban al patio, en cuyo centro había un pozo adornado con herrajes negros que dibujaban filigranas. Alonso no encontró escaleras que descendieran a un sótano, en eso sí se diferenciaba de la residencia ceutí.

—Mi nombre es Efraín —se presentó el barbudo, que aparte de no parar de moverse en todo momento y de hablar muy rápido, acompañaba sus palabras con gestos. Tomás supuso, en un alarde de conocimientos médicos, que estaba aquejado del baile de San Vito—. Recibí una carta de maese Samuel hace dos días anunciando vuestra visita, pero no creí que fuerais a llegar tan pronto.

—Tuvimos que adelantar nuestro viaje —explicó Alonso, dejando el equipaje junto a una de las columnas del patio—. Hubo un brote de peste en Ceuta.

Efraín dio un respingo y ejecutó una suerte de danza que debería ser un ritual de formidable poder contra males varios y espíritus malignos. Tomás tuvo que morderse las mejillas para no estallar en carcajadas.

—La familia Benhamú está bien —se apresuró a aclarar Alonso, rezando para que aquel hombre cesara en su hilarante exorcismo y no revolcarse de risa delante de su nariz ganchuda—. No temáis por ellos, maese Efraín.

—¡Nada de maese! —le corrigió, deteniendo de golpe su danza—. Llamadme Efraín, a secas.

—Entonces llamadme Tomás y apeaos del tratamiento de vos, os lo ruego —pidió el irlandés, con una leve inclinación de cabeza; aquel manojo de nervios le caía bien—. Al fin y al cabo todos trabajamos para el mismo señor.

La boca oculta de Efraín hizo sonreír a sus barbas.

—Maese Samuel tenía razón en su carta: sois grandes y fuertes, pero vuestros corazones lo son más. Pues por mí que no quede, así será. —De pronto, levantó un dedo y se lo puso en la frente, como si acabara de recordar algo de vital importancia—. ¿Pero qué hacemos en el patio? Os conduciré a vuestros aposentos. Luisa y María los prepararon esta mañana. —En su afán por ayudar, Efraín hizo amago de coger los arcabuces; Tomás se le adelantó, tendiéndole las mochilas en su lugar. Con lo que se movía, no sería extraño que se le dispararan y ocurriera una desgracia. Alonso y Tomás le siguieron escaleras arriba mientras no paraba de hablar—. Luisa es la esposa de José, el encargado de las cuadras. A ese ya le habéis conocido. María es su hija, solo tiene doce años pero trabaja como si tuviera veinte. Es un encanto. —Recorrieron una galería repleta de estatuas de bronce, lámparas y arcones, y cruzaron una puerta que daba a un corredor estrecho en el que había más puertas—. Yo soy el mayordomo, aunque la verdad es que me considero algo más que eso. Llevo todos los asuntos de mi señor aquí, en Sanlúcar. No suele venir mucho, pero confío en que algún día se establezca en esta ciudad. —Por fin llegaron a la habitación en la que Alonso y Tomás se alojarían; Efraín les invitó a pasar sin dejar de contarles su vida y milagros—. Yo estaría mucho más tranquilo si vivieran aquí. No hay día que no rece para que esos moros hijos de mil putas endemoniadas no ataquen Ceuta. —Dejó las mochilas encima de uno de los dos arcones que había en la habitación, que era casi tan amplia como la primera planta de la casa de Tomás—. Mi señor debería liquidar ese negocio y traerse a doña Sara y a doña Luna. —Elevó la vista al techo, como si pudiera mirar a los ojos al mismísimo Dios—. Aún recuerdo el día en que nació la pequeña. Hace tanto que no la veo…

Tomás metió los arcabuces enfundados dentro de un armario enorme de roble y exploró la habitación. Contó tres camas: una grande y dos más pequeñas. Lo más probable era que la estancia estuviera pensada para acoger a una familia con dos hijos. No le faltaba detalle: había mesas, armarios, arcones, bacines, espejos, sillas y candelabros por todas partes, además de una estantería repleta de libros, por desgracia para Alonso, todos en hebreo.

—Luna ya es toda una mujer —comentó este mientras colocaba sus mochilas en el mismo armario donde estaban las armas de fuego—. Se parece a su madre, pero es aún más hermosa.

Efraín se sentó en una silla de madera y cuero labrado y cambió de tema:

—Tengo abajo vuestros pasajes para Lisboa. Supongo que maese

Samuel os habrá entregado una carta que os identifique delante de vuestro cliente…

Alonso sacó un papel doblado y lacrado con el sello de su patrón.

—También tenemos la dirección de nuestro contacto, su descripción y el sistema de pago —añadió—. La verdad es que todavía no entendemos bien cómo maese Samuel cambia un montón de piedras preciosas por un papel firmado.

Tomás gruñó al recordar lo que Benhamú había tratado de explicarles sin demasiado éxito. Si a Alonso no le entraba en la cabeza aquello, a él mucho menos. Efraín les obsequió con una explicación somera de aquel sistema de transacción tan novedoso para ellos.

—Si os pagaran en monedas el valor de esos diamantes, tendríais que cargar con dos cofres enormes —les explicó, por supuesto, sin dejar de describir cada palabra con aspavientos—. En lugar de eso, el comprador os dará una letra de cambio para ser girada aquí, en Sanlúcar…

—¿Una letra a la que hay que darle la vuelta? —le interrumpió Tomás, que cada vez se sentía más perdido—. Yo ni siquiera sé leer. Menos mal que viene Alonso conmigo…

Efraín tuvo que reprimir una carcajada ante el comentario del irlandés.

—No es una letra de las de escribir, Tomás —le explicó con la voz temblorosa a causa de las ganas de reír—. Es un documento firmado por el comprador, con la cifra a pagar y una fecha para su pago. Vosotros viajaréis con ese documento sin tener que dormir con un ojo abierto y otro cerrado por si alguien os lo roba. Ese papel podrá ser canjeado por monedas o ser anotado en la cuenta de maese Samuel en un banco de Sanlúcar, y él podrá disponer de los fondos cuando desee.

El irlandés le lanzó una mirada de desconfianza, pero optó por callarse. Su misión era ensartar con la claymore a cualquiera que intentase tocar alguna de las posesiones de Benhamú y para eso no necesitaba ni letras, ni números, ni bancos de esos que le sonaban a engañifa. Alonso, en cambio, sí que entendió la explicación del mayordomo.

—Entonces nuestro barco sale el viernes, ¿no? —quiso confirmar.

—Sí. Ahora mismo está atracado en el puerto, a la espera de un

cargamento de vino que debe llevar a Lisboa. El capitán, Felipe Cunha, es un buen hombre. Mañana iremos al barco y así le conoceréis. —Efraín se recostó en sus propias rodillas y miró a sus nuevos amigos—. ¿Sabéis que las cosas entre España y Portugal no van del todo bien, verdad?

—Algo nos dijeron ayer en Cádiz —respondió Alonso—. ¿Es la cosa tan grave como nos la pintaron?

Efraín se encogió de hombros.

—No lo sé, pero los viajeros que llegan de Huelva y Extremadura cuentan que cada vez hay más tropas en la frontera. Aquí mismo, en las afueras, hay campamentos donde se instruyen a nuevos reclutas llamados por el duque de Medina Sidonia. —Efraín suspiró—. Corren malos tiempos para Portugal. Con el ejército hecho trizas en Alcazarquivir, no durará un suspiro contra la armada de Felipe II —bajó un poco más la voz—. Y solo Dios sabe qué pasará con las plazas portuguesas en África. Si deciden dejar Ceuta, maese Samuel y su familia no tendrán más remedio que convertirse al cristianismo. Aquí los judíos no pueden establecerse. De todos modos, ¿qué más da una religión u otra, cuando hay un solo Dios? Además, la nuestra nos permite comer cerdo, que es una delicia bendecida por Nuestro Señor Jesucristo —añadió, para sorpresa de Alonso y Tomás.

—¿Eres cristiano? —le preguntó Tomás, sin terminárselo de creer.

—Mi abuelo fue el primer converso de la familia —respondió—. Mi padre me puso Efraín como homenaje a mis antepasados judíos: aparte de ser un nombre hebreo, existe un San Efraín.

Alonso quiso que el mayordomo le explicara algo que había dicho antes y que había llamado su atención:

—¿Por qué tendrían que convertirse los Benhamú si quisieran mudarse aquí?

—En Ceuta, y en el resto de plazas norteafricanas, no hay tantos problemas para que judíos y musulmanes practiquen sus cultos. En cambio, en la Península, los judíos acaban teniendo problemas si no se convierten. ¿Y qué más da cómo honremos a Dios, si es el mismo para todos?

Alonso sonrió para sus adentros. Aquel asunto de la conversión tenía una parte buena: si Luna y su familia se hacían cristianos, la religión ya no sería obstáculo para poder estar juntos.

6 de abril de 1579, Sanlúcar

El viernes llegó, y Alonso y Tomás embarcaron en la nao La Orgulhosa rumbo a Lisboa. Dejaron sus caballos al cuidado de José, con la promesa de que serían bien alimentados y de que harían ejercicio a diario. Durante los días que permanecieron en Sanlúcar recorrieron a fondo las calles, tanto de la ciudad como del Puerto de Barrameda. Como apreciaron nada más llegar, rezumaba prosperidad por los cuatro costados, y más esos días, en los que tenía lugar la racavendeja de marzo y Sanlúcar estaba a rebosar de comerciantes españoles y extranjeros —sobre todo bretones, que gozaban de privilegios especiales en la ciudad— que comerciaban con telas, maderas, ganado, vino, cuero y cualquier otra cosa que uno pudiera imaginar.

Mientras costeaban el litoral onubense empujados por la brisa de bonanza, Alonso imaginó una vida en Sanlúcar junto a Luna. Le había gustado la ciudad. En sus sueños ni siquiera era rico, pero sí feliz, con la inmensidad del mar al sur y con los campos infinitos de España al norte.

Pero esas ilusiones quedaron relegadas a un segundo plano cuando comenzaron a divisar barcos de guerra españoles. Los cañones asomaban, amenazadores, a babor y estribor; navíos preparados para partir hacia Portugal en caso de que el rey Felipe decidiera ocupar el trono a la fuerza.

Su familia. Esa era la mayor preocupación de Alonso. Antes de abandonar Sanlúcar, había encargado a Efraín escribirle una carta a maese Samuel hablándole de ello. En cuanto llegara a Lisboa, intentaría convencer a su madre, a su hermana y a su cuñado para que embarcaran con él en La Orgulhosa de vuelta a Sanlúcar. Su sobrino, a quien ni siquiera conocía, no se merecía una guerra.

Alonso se dijo que si Benhamú accedía a acogerles, aunque fuera como criados en Ceuta o en Sanlúcar, se sentiría en deuda eterna con él. Si se negaba, él mismo se encargaría de ponerles a salvo de las alas

correosas con las que el dragón de la guerra oscurecía los cielos de Portugal.

Ya se le ocurriría algo.

CAPÍTULO XXI

11 de abril de 1579, Lisboa

EL VIAJE FUE UNA PLÁCIDA travesía de tan solo cuatro días de duración. Alonso y Tomás descendieron por la pasarela de La Orgulhosa poco después de las tres de la tarde, en unos muelles tan plagados de barcos que era difícil vislumbrar algo entre la jungla de mástiles. Les quedaba toda una semana por delante hasta que la nao regresara a Sanlúcar. El ir y venir de estibadores, marinos, comerciantes, buscavidas, pedigüeños, furcias y demás fauna portuaria no reflejaba en absoluto el ambiente de miedo que habían imaginado. O el pueblo portugués ignoraba lo que se estaba fraguando en el país vecino, o preferían no pensar en ello y seguir con su día a día como si nada malo pasara al otro lado de la frontera.

Recorrieron las calles de Lisboa cargados con sus mochilas de viaje. Se habían puesto sus capas para tratar de disimular las espadas y no llamar la atención más de la cuenta. Para quedarse tranquilos y poder disponer del tiempo a su antojo, decidieron efectuar la entrega de las gemas antes de presentarse en casa de doña María, la madre de Alonso. Una vez cumplieran su misión principal, disfrutarían de la hospitalidad de los Teixeira y, quién sabe, tal vez pudieran convencerles para ir con ellos a Sanlúcar.

Según las instrucciones que traían desde Gibraltar, tenían que contactar con Raúl Figueroa, el propietario de la taberna O Gato Preto, un local ubicado en una callejuela no lejos del puerto. La misión de Figueroa se limitaba a concertar una reunión con el misterioso cliente de Benhamú, de quien no sabían nada. Por ahora, la cosa no parecía demasiado complicada.

A pesar de que la luz de la tarde bañaba la calle, la taberna estaba poco iluminada, lo que la convertía en un antro penumbroso y sórdido. Los clientes, concentrados en sus jarras de vino y callados

como si les cobraran por hablar, dirigieron su atención hacia los recién llegados. Tomás se quedó en la puerta, con una mano en la empuñadura de la daga que llevaba oculta bajo la capa. Alonso le tocó el brazo para transmitirle calma y notó la tensión en sus músculos.

—Ándate con ojo, voy a hablar con el dueño.

Alonso se acercó al mostrador, que estaba a pocos pasos de la puerta. Detrás había un hombre gordo que asemejaba un odre de vino a punto de reventar. Limpiaba el mostrador con un paño que parecía arrancado de la mortaja de Matusalén. El tabernero le clavó una mirada ceñuda.

—¿Sois Raúl Figueroa?

—El mismo —respondió, sin inmutarse.

—Soy Alonso Teixeira, el enviado de…

—Sé quién sois —le interrumpió Figueroa, que comenzó a rebuscar debajo del mostrador con prisas—. ¿Sabéis leer? —Alonso asintió, y el tabernero le tendió un pliego doblado y sellado con lacre—. Id a esta dirección al anochecer.

—Gracias. —Alonso lo guardó debajo del jubón de cuero; ya lo leería fuera de aquel antro—. ¿Esto es todo?

—Sí —gruñó Figueroa—, ahora marchaos.

Alonso le hizo una seña a Tomás y ambos se fueron de la tasca sin despedirse. Una vez lejos, a salvo de oídos indiscretos, Alonso rompió el sello de cera roja y leyó la nota en voz alta, desvelando por fin la identidad del enigmático cliente.

—Residencia de don Tristán de Souza, duque de Alandroal. Calle de San Pedro, en el Barrio Alto, en una plazoleta junto a una fuente con cuatro dragones de piedra. Habrá tres farolillos verdes encendidos en la fachada y un guardia en la puerta.

—¿Sabes cómo llegar?

—Crecí aquí —le recordó Alonso—, será fácil encontrar la casa.

Visitaron la Catedral de Santa María la Mayor para rezar un rato y de paso hacer tiempo. El edificio, que comenzó a construirse en el siglo XIII, mezclaba el estilo románico con el gótico. Los campanarios

gemelos en su fachada le daban aire de fortaleza. Bañado por la luz vespertina que atravesaba su rosetón, Alonso rogó a Dios por su familia y le dio las gracias por los muchos favores recibidos en los últimos dos años, en los que la suerte nunca le abandonó. Tomás, una vez finalizados sus rezos, se paseó por el interior de la catedral, sobrecogido por su majestuosidad. Cuando salieron al exterior, los últimos rayos de sol agonizaban en el horizonte, cediendo el paso a una noche despejada de luna llena.

—Nunca había visto algo tan imponente como esto —reconoció Tomás, echando un último vistazo a la catedral—. Quién me iba a decir que vería otro mundo más allá de las murallas de Ceuta…

Alonso se echó a reír.

—Has pasado demasiados años embrutecido con los caballos, el vino y las fulanas. Demos un paseo hasta la casa del duque. Pronto anochecerá y estoy impaciente por acabar este trabajo.

Enfilaron la pendiente empedrada que llevaba al Barrio Alto. Estaba en una zona elevada de la ciudad, a los pies del viejo Castillo de San Jorge. Sus calles y callejuelas eran irregulares y empinadas, y alternaban palacetes con casas más austeras, habitadas, eso sí, por gente adinerada. Pronto empezaron a encontrar farolillos, braseros y antorchas encendidas. Algunos lugareños departían con los vecinos fuera de sus casas, disfrutando de la espléndida noche que se avecinaba.

—Aquí empieza la calle de San Pedro —anunció Alonso, señalando el comienzo de una vía algo más amplia—. Ahora, atentos a la fuente de los dragones y a los farolillos verdes.

—No te olvides del guardia —le recordó Tomás—. Si me ordenan dejar las armas en la puerta, me negaré.

Alonso trató de tranquilizarle una vez más, solo para darse cuenta de que él también estaba nervioso.

—No creo que Benhamú se juegue los cuartos con rufianes… ¿O tal vez sí? ¡Maldita sea, Tomás, me contagias tus recelos! —Alonso se detuvo y señaló una fuente redonda, un poco más adelante—. Mira, creo que hemos llegado.

La calle se ensanchaba hasta formar una plazoleta iluminada con crepitantes braseros de leña. No había un alma allí, ni siquiera una rata, un gato solitario o un perro callejero. En el centro, una fuente de

piedra salpicaba de agua la calzada, barnizándola con un brillo húmedo. Cuatro dragones esculpidos en piedra gris y blanqueados por excrementos de pájaro la custodiaban con fauces talladas a cincel. Enseguida localizaron un edificio de dos pisos de piedra y madera, con un pórtico que proyectaba sombras sobre la puerta de entrada. Tan solo el balcón central del piso superior estaba alumbrado por tres faroles verdes.

—Esta es —afirmó Alonso, caminando hacia la puerta de la casa—. Lo que no veo por ninguna parte es al guardia.

Como si acabara de invocarlo, un hombre delgado y sombrío se materializó detrás de una columna. Tomás pegó un respingo, pero tuvo la suficiente sangre fría para no echar mano a la claymore. El tipo iba vestido completamente de negro y era flaco como un espectro. Alonso le dedicó una sonrisa de compromiso y le tendió la carta del tabernero. Se dio cuenta, avergonzado, de que la mano le temblaba. En vez de tomar la nota, el guardia les estudió con inusitado descaro.

—Soy Alonso Teixeira y él es Tomás O'Donnell —se presentó Alonso, devolviendo la carta de Figueroa a su bolsillo—. Nos envía Samuel Benhamú.

Sin pronunciar palabra, el guardia abrió la puerta y les invitó a entrar. Miró a izquierda y derecha antes de cerrarla y les acompañó dentro. Alonso y Tomás se miraron, inquietos. A pesar de ser mucho más delgado que ellos, había algo en él que daba miedo. Sus ojeras, patibularias, rodeaban con un cerco gris oscuro unos ojos negros que refulgían como luciérnagas. Sus mejillas estaban chupadas hacia dentro, como las de un cadáver a medio descomponer. El guardia no les quitaba ojo de encima, silencioso como un muerto. Tomás, cansado de tanto escrutinio, no pudo reprimirse:

—¿Puedo saber qué miráis con tanta atención?

Alonso le propinó una patada con disimulo. Ellos eran simples heraldos y no quería incomodar a su cliente, por mucho que su siervo no tuviera modales. Tras unos segundos de mudo enfrentamiento con el irlandés, el fantasma esquelético les indicó con un gesto que le siguieran.

Dejaron a un lado la lujosa escalera abalaustrada que ascendía al piso superior y siguieron al canijo a través de una puerta que el guardia hizo chirriar en sus goznes, revelando unos peldaños que parecían conducir a las entrañas de la tierra. Por suerte, la bajada al sótano

estaba iluminada. Tomás descendió con pasos cautos, con Alonso siguiéndole de cerca. Una vez abajo, se encontraron en un sótano amplio y sin ventanas que despedía un leve tufo a humedad. Había una mesa grande en el centro, rodeada de muchas sillas. Adosadas a las paredes de piedra vista, había una buena colección de toneles grandes; además de sala de reuniones, aquello se usaba como bodega. Pero más que la estancia en sí, lo que llamó la atención de los visitantes fue el grupo formado por cinco caballeros sentados alrededor de la mesa. Cada uno de ellos tenía frente a sí una lujosa copa de cristal tallado, conteniendo un oporto cuyo aroma competía con el aliento húmedo del subterráneo. Algo apartados, contaron tres espadachines que permanecían en pie. El hombre que presidía la mesa, un joven de unos treinta años, rubio y de buen porte, se levantó de su asiento y se acercó a ellos.

—Sed bienvenidos a mi casa. Soy Tristán de Souza, duque de Alandroal—. Ni siquiera les dio tiempo a presentarse; estaba claro que el Duque sabía perfectamente quiénes eran—. Alonso Teixeira y Tomás O'Donnell… la descripción que nos hizo Samuel Benhamú en su carta fue más elocuente que un retrato al óleo. ¿Os apetece una copa de vino?

—No, gracias. —Alonso rechazó la invitación con una sonrisa desconfiada; aquel ambiente oscuro y conspirador no le hacía ninguna gracia, y la muda recepción del guardia flaco no le había ayudado a sentirse cómodo. Notó las miradas de todos los presentes clavadas en él—. Traemos la mercancía —dijo, al fin.

El Duque hizo una seña a los hombres que estaban de pie, tras él. Los tres desfilaron escaleras arriba, abandonando el sótano. El canijo, en silencio, seguía plantado en la puerta, como si la orden no fuera con él.

—Ya puedes irte, Fez —le despachó el Duque; el espectro le miró unos instantes y luego siguió a los espadachines, cerrando la puerta a sus espaldas—. Disculpad los modales ásperos de mi criado, es mudo —explicó.

—Un primo mío nació sordo —comentó Tomás, deseando romper el hielo para catar aquel oporto tan formidable que Alonso se había aligerado a rechazar—. Al no oír, nunca aprendió a hablar.

—Fez no nació mudo —repuso Tristán de Souza, regresando a su asiento—. Le cortaron la lengua en Granada: en estos tiempos que corren, no es de sabios blasfemar en público, y menos si eres morisco.

El pobre no era más que un vagabundo hasta que le empleé a mi servicio. Es algo tosco, pero honrado y no me calienta la cabeza con chascarrillos —el Duque soltó un suspiro—. Lo cierto es que un criado mudo es una bendición.

Alonso y Tomás tragaron saliva y cruzaron una mirada de reojo. El cinismo disfrazado de humor del joven duque era chocante para un primer encuentro. Uno de los presentes, un hombre de mediana edad, baja estatura y entrado en carnes, habló:

—Tomad asiento, os lo ruego —pidió, señalando dos sillas vacías; Alonso y Tomás obedecieron. Obviando el rechazo anterior, sirvió dos copas de oporto; el irlandés tomó un trago antes de que Alonso pudiera abrir el pico. Estaba delicioso—. Soy Rui Pires, propietario del Banco Pires y avalista de esta transacción —se presentó—. ¿Podéis mostrarnos la mercancía?

Alonso se desabotonó a medias el jubón y sacó la cartera de cuero que contenía los diamantes. Tomás hizo lo mismo. Casi a la vez, las dejaron encima de la mesa.

—Maese Abraham. —Pires le hizo una seña a otro de los presentes, un hombre de unos treinta y cinco años, con pelo escaso y cejas grises. Este abrió una de las bolsas y desparramó los diamantes sobre la mesa. Todos los ojos brillaron a la vez ante la belleza de las piedras. El tal Abraham se colocó una lente de aumento en el ojo y las examinó a la luz de una vela. Al agacharse, vieron que llevaba la coronilla cubierta con una kipá: era judío.

—Excelentes —dictaminó, después de estudiar el contenido de las dos bolsas durante unos minutos—. Nunca había visto nada igual.

—¿Cuánto crees que valen? —le preguntó el duque de Alandroal, que por el trato familiar que dispensaba al judío debía de tener amistad con él.

—Calculo que un precio justo para este lote sería de diez mil ducados de oro. Una vez tallados, será fácil triplicar ese importe.

Tomás echó parte del oporto que estaba tomando por la nariz y Alonso abrió la boca para preguntar si estaban de broma, pero fue incapaz de pronunciar palabra. El Duque hizo un gesto de aprobación a Pires y este comenzó a redactar un documento en un pliego, con una letra tan hermosa como enrevesada. Otro de los presentes, un hombre en las puertas de la ancianidad, vestido de negro y con una gorguera enorme, se encajó unos anteojos en la nariz y esperó a que el

banquero terminara de escribir. Pires le pasó el documento y el otro también estampó su firma en él.

—Es el señor magistrado del municipio de Viana do Castelo, don Ernesto Brito —explicó el Duque a Alonso y a Tomás, quienes presenciaban el acto de la firma de la letra de cambio en silencio, sin apenas atreverse a respirar—. Actúa como notario, dando fe de esta transacción. Falto yo por firmar.

El noble firmó el documento con la misma pluma que habían usado los otros dos, sopló la tinta durante un buen rato y se lo dio a leer a Alonso, que lo sostuvo como si fuera a echar a arder por mano del diablo. Aunque le costaba entender la letra del banquero, pudo leer con claridad la cifra: once mil quinientos ducados.

—Como podéis ver, somos generosos con los nuestros —les hizo notar el Duque, sirviéndose otra copa—. Hemos aumentado en mil quinientos ducados el precio sugerido por el amigo Abraham.

—Se lo haré saber a maese Samuel —aseguró Alonso, guardando la letra de cambio en un bolsillo interior del jubón.

Tomás, que ya notaba el calorcillo del vino en sus mejillas, miró de reojo al banquero y al magistrado.

—Nunca entenderé cómo tres firmas convierten un pliego en once mil quinientos ducados —gruñó—. ¿Estáis seguro de que nuestro patrón podrá canjearlo por ese dineral?

Todos rieron menos Alonso, que seguía sentado, tímido y callado. Como premio a su ocurrencia, el Duque llenó la copa de Tomás hasta el borde. Alonso dio el primer sorbo a la suya con el sentimiento tranquilizador del deber cumplido. Su tarea había concluido, al menos hasta donde él creía. El duque de Alandroal y el tal Abraham devolvieron los diamantes al interior de las carteritas de cuero. El judío fue quien se hizo cargo de ellos.

—Bueno —comenzó a decir Alonso, levantándose de su silla—. Ha sido un honor hacer tratos con vuestras mercedes…

Tristán le interrumpió con un gesto amable y le indicó que volviera a sentarse. Una vez más, Alonso cruzó una mirada de desconfianza con Tomás, pero a este se le veía a gusto y feliz, probablemente porque ya se había echado al coleto media copa de la generosa invitación del Duque.

—Aún queda otro asunto que tratar —comenzó a decir Tristán, recostándose en su silla—. Para empezar, he de confesaros que hay otras razones, aparte de los negocios, por las que estáis aquí.

Alonso contuvo el arsenal de preguntas que pugnaban por salir de su boca y prefirió que su anfitrión siguiera hablando.

—No os he presentado aún a Nicolau Arantes. —Señaló a un hombre de mandíbula cuadrada, encorsetado con un jubón de terciopelo negro con mangas acuchilladas y cuello de encaje—. Es el capitán de la Cruz do Sul, una carabela de mi propiedad. Es un barco algo viejo y no demasiado grande, pero es rápido, me sirve para mis viajes y no tengo que depender de nadie para moverme por el mundo.

Nicolau Arantes sacudió la cabeza a modo de saludo. Alonso y Tomás le devolvieron el gesto. Parecía tan mudo como Fez.

—Ahora que nos conocemos todos, creo que podemos hablar sin tapujos de algo importante para nuestro país. —El Duque clavó sus ojos claros en los de Alonso—. Vos ya intuís a lo que me refiero, ¿verdad?

—Creedme si os digo que no tengo la menor idea.

Pero Alonso sí que sospechaba por dónde iba Tristán de Souza, así que tampoco se sorprendió demasiado al escuchar sus palabras.

—Tenemos constancia de que Sebastián de Portugal vive y también sabemos que tenéis una prueba de que lo que digo es cierto.

En el sótano se hizo el silencio. Tomás, que ya había dado cuenta del vino, se sirvió otra copa sin pedir permiso.

—No me pregunten vuestras mercedes por qué, pero juro por las barbas de mi abuelo que esto lo veía venir.

CAPÍTULO XXII

EL SILENCIO QUE SIGUIÓ A las palabras de Tomás duró lo que un trago de oporto. En lugar de Tristán de Souza quien retomó la palabra fue el judío:

—Alonso, aún no os he dicho mi apellido, pero me consta que Samuel lo mencionó durante la primera conversación que mantuvisteis con él sobre Sebastián: soy Abraham Gibre.

Por supuesto que se acordaba del amigo misterioso de Tetuán.

—Sí, solía decirme que os interesaría oír mi historia, y también me leyó unas profecías…

—Bandarra —intervino Brito, el magistrado; por el tono de su voz, no parecía estar demasiado de acuerdo con el aspecto más supersticioso de la historia—. Hay quien interpreta sus rimas como el futuro regreso de Sebastián. Por suerte, tenemos evidencias más sólidas que los escritos de un zapatero muerto.

Ahora fue el Duque quien tomó la voz cantante, caminando por la bodega con su copa en la mano.

—Antes de continuar, creo que es justo informaros acerca de quiénes somos y de lo que queremos. Nos llamamos a nosotros mismos «sebastianistas». —Se encogió de hombros y dejó escapar una risita—. Desconozco quién eligió este nombre, pero creo que es adecuado para definir nuestro espíritu. Somos un grupo influyente cuyo objetivo es localizar a Sebastián de Avis, liberarlo de su cautiverio y devolverle el trono que le pertenece por derecho. Sabemos que su supuesta muerte no es más que una patraña urdida por España para hacerse con el trono de Portugal. Por otra parte, tenemos constancia de que fue visto en el campamento de Abdelmalik después de la batalla… con vida.

Alonso le dejó hablar. A pesar del misterio que envolvía a la reunión, comenzaba a sentirse cómodo. La tranquilidad de Tomás también ayudaba a ello.

—El primer indicio de que nuestro rey estaba vivo fue una carta del alcalde de Tetuán al de Arcila, donde se afirma que Sebastián sobrevivió a la batalla —prosiguió el Duque—. Disponemos de informadores de confianza a lo largo de todo Portugal, España y Berbería, incluso en Francia e Italia. Tenemos infiltrados en el Ejército, clérigos afines a nuestra causa, agentes judíos en África y hasta espías musulmanes. Nuestra red es grande y sigilosa. Se mueven muchos favores y mucho dinero en todo esto, pero, gracias a nuestros esfuerzos, creemos tener localizado a Sebastián en Berbería. Solo nos falta confirmar unos detalles e iremos a rescatarle.

El corazón de Alonso latió más deprisa al imaginar su reencuentro con el Rey. ¿Le reconocería? Su fantasía se disparó y se vio a sí mismo

como uno de los hombres de confianza de Sebastián, el Encubierto, como le llamaba Bandarra en sus rimas.

—Ahora os preguntaréis cuál es vuestro papel en todo esto. Como supondréis, la mayor parte de los afines a nuestra causa pertenece a la nobleza; gente que, aparte de invertir dinero y mover influencias, pasan su vida en despachos y haciendas, asisten a fiestas, van de cacería y se codean con los más poderosos… pero no son hombres de armas, como vuestras mercedes.

Abraham Gibre intervino:

—Estamos formando un equipo, dentro de los sebastianistas, para que acuda allí donde nuestros agentes encuentren una pista. Gente leal, dispuesta a embarcarse en largos viajes y con experiencia montando a caballo y manejando armas, si la ocasión lo requiere. Podríamos contratar espadas a sueldo, pero no nos fiamos de quien se deja comprar con dinero. —El judío apoyó las manos sobre la mesa y clavó sus ojos en Alonso—. Necesitamos devotos seguidores del Rey, y quién mejor que la última persona que le asistió antes de ser capturado y su fiel amigo irlandés. Además, el cariño y la admiración que os profesa mi amigo Samuel os avala.

Alonso y Tomás cruzaron una mirada tan fugaz como elocuente. Esta vez, fue el gigante quien contestó al judío:

—La conclusión que yo saco de todo esto es que nos proponéis algo que podría costarnos el pellejo. —Alonso aplaudió en silencio sus palabras; Tomás podría ser rudo e inculto, pero no tonto—. La devoción que siente Alonso por Sebastián es grande, pero la mía no, que quede claro. —El irlandés señaló a su amigo—. Moriría por él sin dudarlo, pero también mentiría si os digo que no tengo aprecio a mi vida, sobre todo ahora que me sonríe más que nunca. —Se inclinó un poco sobre la mesa, interrogando a los presentes con la mirada—. Iré directo al grano, ¿qué ganamos nosotros con todo esto?

Fue Rui Pires, el banquero engolado, quien respondió:

—Para una empresa como esta no bastan gratitud y reconocimiento, a pesar de que en caso de que consigamos devolverle el trono a don Sebastián pasaríais a formar parte de un grupo de elegidos que contarían con unos privilegios impensables para el más rico de los nobles. Es por ello que hemos fijado un sueldo de dos ducados de oro diarios para cada una de vuestras mercedes. Creo que eso cubrirá con creces vuestras necesidades mientras dure esta búsqueda.

Alonso y Tomás se quedaron boquiabiertos. Tras unos segundos de un silencio que a los demás les pareció muy divertido, Alonso tartamudeó:

—¿Eso hacen… sesenta ducados de oro al mes?

—Que recibirán religiosamente aunque no se les necesite —puntualizó el duque de Alandroal—. El capitán Arantes y yo seremos los encargados de investigar las averiguaciones de nuestros agentes: el trabajo de vuestras mercedes será el de acompañarnos en los viajes y obedecer mis órdenes. No estaréis solos. De hecho, hemos contratado a alguien a quien conocéis. —El Duque señaló a Alonso con el dedo—. Alguien que también tuvo contacto con Sebastián en Alcazarquivir y que tal vez dais por muerto.

—¿Quién? —preguntó Alonso con vehemencia. Abraham Gibre se adelantó a responder:

—Luis Veira, ¿os acordáis de él?

Alonso se levantó de la silla de un brinco.

—¿¡Está vivo!? ¿Dónde está?

—A bordo de una urca, camino de Lisboa —respondió Gibre—. Nos consta que peleó codo a codo con vos contra los moros, y afirma que sois una mala bestia con la espada, si me permitís el símil…

—Ahora la maneja aún mejor —intervino Tomás con una expresión de autosuficiencia—. Le he enseñado a usar la claymore como si fuera una extensión de sus brazos. Si hubiera estado tan entrenado en Alcazarquivir como ahora, le habría metido la espada al Jarife por su culo moruno. —El irlandés rubricó su bravata con un eructo contenido que trató de remediar sirviéndose otra copa.

Gibre agradeció la intervención de Tomás con una inclinación de cabeza y siguió hablando:

—Veira sangró hasta perder el conocimiento y despertó en una enfermería del campamento enemigo. Por suerte para él, los moros se resisten a perder a un prisionero que pueda valer cuartos. Le cosieron la herida y sobrevivió, es un hombre fuerte. Según le contó a nuestro heraldo en el campamento del Jarife,

Veira vio cómo curaban a un joven caballero de una herida en el hombro. La descripción de dicho caballero se corresponde con

Sebastián. —Gibre hizo una pausa—. Hubo un detalle que nos lleva a pensar que era él: le faltaban estos dos dientes —dijo, señalándose los incisivos.

—¿Cómo conocéis ese detalle de los dientes? —preguntó Alonso, intrigado; desde luego, si de algo no podían quejarse los sebastianistas era de estar mal informados.

—Samuel es íntimo amigo mío y está con nosotros en esto —le respondió Gibre—. Además de él, tenemos mensajeros y palomas que llevan noticias a la velocidad del viento. Volviendo a Veira, nuestro agente decidió que ese hombre podría ser valioso para nosotros. Cuando más tarde comprobó que os conocía, ya no tuvimos dudas. Le hicimos una oferta similar a la vuestra y aceptó sin reservas.

—No sabéis las ganas que tengo de verle —declaró Alonso.

—Pronto le veréis —prometió.

—Otra cosa que me preocupa: ¿cómo compaginaremos esos viajes que decís con nuestro trabajo para maese Samuel? —preguntó Alonso.

—Él es tan sebastianista como nosotros, y si estáis en esto es porque él lo quiere así.

—¿Entonces ganaríamos dinero por las dos partes? —se preguntó Tomás en voz alta—. ¿Solo por viajar en barco, conocer mundo y matar a un moro si se tercia? —El irlandés elevó la vista al cielo—. ¡Gracias, Señor!

Ni el hierático capitán Arantes pudo aguantar la risa. Los presentes se miraron entre ellos, satisfechos por cómo estaba yendo la reunión. Aunque aún no se habían pronunciado, todo apuntaba a que iban a aceptar unirse a ellos.

—Huelga decir que mi amigo Tomás está encantado con vuestra propuesta —comenzó a decir Alonso—, y yo también.

—Hubo un sentimiento general de bienestar y agradecimiento—. Desde mi encuentro con Sebastián, no ha habido día ni noche en que no me echara en cara a mí mismo no haber podido hacer más por él. Ahora tengo una segunda oportunidad.

El Duque le tendió la mano.

—Entonces, bienvenidos a bordo.

Alonso se la estrechó. Acto seguido, Tomás hizo lo propio, con tal entrega que casi se la hace polvo.

—En verdad sois fuerte —resopló el Duque, restregándose la mano dolorida.

Abraham Gibre puntualizó algo de vital importancia:

—Ahora nuestra seguridad y la vuestra reside en la discreción —advirtió—. Confío en que sabréis mantener la boca cerrada.

—Tenéis nuestra palabra —prometió Alonso.

—Además de encontrar a Sebastián, tenemos otro plan alternativo —reveló Gibre—. Antonio, el sobrino del Cardenal don Enrique, está con nosotros en esto. Nuestra misión secundaria es hacer que él reine mientras Sebastián esté cautivo. Incluso si consiguiéramos rescatarle pronto, lo más prudente sería mantenerlo oculto y a salvo hasta que ideemos una estrategia para asegurar el trono y que no lo ocupe Felipe de Castilla.

—¿Y ese Antonio, dónde está? —se interesó Alonso.

—Yo mismo me encargué de su rescate —le informó Gibre—. No solo del suyo, sino del de muchos otros nobles que vamos arrancando de las garras del moro a cambio de dinero, como el que conseguiremos gracias a los diamantes que habéis traído desde Ceuta.

Alonso se sintió impresionado: aquella era una organización mucho más compleja de lo que había imaginado en un primer momento. Se sintió orgulloso y nervioso a la vez por pertenecer a algo tan grande y ambicioso. El capitán Arantes carraspeó y se sirvió otra copa de oporto. La frasca estaba en las últimas.

—Yo soy hombre de aventuras, Alonso —comenzó a decir con una voz tan grave que sus palabras parecían pronunciadas desde el interior de una caverna—. La fortuna, las intrigas y los espionajes no se pueden comparar a la sensación que produce la brisa marina en la cara y la rasquiña de la aventura en las tripas. Dicho esto, lo que más me gustaría ahora sería oír la historia de vuestra fuga de Alcazarquivir, vuestro encuentro con Sebastián y las andanzas con el ataúd del impostor. —El marino giró la cabeza y se dirigió al Duque—. Tristán, ¿queda más vino?

Este señaló las barricas que cubrían dos testeros con un gesto amplio de sus manos.

—Suficiente para morir por Dios y por Portugal.

—Pues contadnos vuestra historia, Alonso, os lo ruego —le pidió Nicolau Arantes.

Y Alonso decidió no decepcionar a su nuevo capitán.

12 de abril de 1579, Lisboa

La reunión duró hasta poco antes del amanecer. Después de horas de charla, aventuras y confidencias, todos supieron más de todos. Cuando el Duque dio por finalizada la tertulia, fueron abandonando el edificio de dos en dos, cuidando de que nadie viera salir del palacete a un grupo demasiado llamativo de personas.

Alonso y Tomás fueron los últimos en salir. Tristán y Gibre les despidieron desde la puerta. Detrás de los edificios, los primeros rayos de sol comenzaban a teñir de rojo el horizonte de Lisboa.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Tomás a Alonso cuando estuvieron lejos de la casa del duque de Alandroal—. No tengo ni pizca de sueño…

—Demasiadas emociones para una sola noche. No me dormiría ni bebiéndome una barrica de oporto. ¡Vamos a darle una sorpresa a mi familia!

Tomás escupió en el suelo y se restregó los dientes con la lengua.

—Maldición, voy a conocer a tu madre atufando como una cuba de vino rancio.

Alonso le lanzó una mirada de soslayo.

—Tomás, hasta el más lerdo adivinaría a primera vista que eres un borrachín.

Tomás intentó darle un pescozón a Alonso, pero este fue más rápido y lo esquivó.

—Me caes peor desde que eres rico.

—Somos ricos —le corrigió, señalando el pliegue del jubón donde ocultaba la bolsa que contenía los doscientos escudos de oro que el Duque les había adelantado—. Y no te gastes tu parte en vino ni en fulanas. Ya tienes cierta edad y te convendría cuidarte, si es que quieres llegar a viejo…

Entre puyas y bromas, se dirigieron hacia el barrio cercano al puerto donde vivía la familia de Alonso, aún no del todo conscientes de cuánto les acababa de cambiar la vida.

Fez, el criado mudo, tampoco había dormido esa noche, ocupado en mantener la oreja pegada a un agujero que conectaba su habitación con el techo del sótano. No tenía lengua, pero sí oído de felino. No perdió puntada de la conversación durante toda la noche, tomando notas sin descanso a la luz de una vela. Cuando la reunión acabó, organizó sus apuntes en varios pliegos, los enrolló, los selló con lacre y salió de la casa a escondidas.

Su contacto le esperaba en la esquina de una callejuela, no muy lejos de la casa del Duque. Era un hombre alto y fuerte, con un rostro que parecía esculpido a puñetazos. La piel de sus mejillas estaba horadada por las secuelas de sabe Dios qué enfermedad, lo que le proporcionaba un aspecto siniestro a la vez que repulsivo. Su sombrero de ala ancha proyectaba sombra sobre sus facciones. Su caballo, cargado de alforjas, se refrescaba en un abrevadero cercano. Fez le entregó el rollo de papel con sus notas y el otro lo guardó en un bolsillo oculto entre sus ropajes.

—¿Lograste enterarte de todo? —le preguntó el hombre del sombrero en voz muy baja.

Fez asintió.

El desconocido se dirigió hasta donde abrevaba su caballo y subió a él.

—Buen trabajo, Fez —le agradeció el jinete desde lo alto de su silla de montar—. Me encargaré personalmente de que tu recompensa no se demore. Sigue así y acabarás rico.

Dicho esto, espoleó a su montura y desapareció, rumbo al este. Tenía un viaje largo por delante que le llevaría a Madrid.

CAPÍTULO XXIII

12 de abril de 1579, Lisboa

POCO DESPUÉS DE QUE MURIERA su marido, María, la madre de Alonso, vendió la cabaña a orillas del Tajo en la que había criado a sus dos hijos para mudarse a casa de su hija Úrsula, una construcción humilde y destartalada de dos pisos que Glauco Espinosa, su yerno, heredó de sus padres no lejos del puerto.

Glauco, hijo y nieto de estibadores, se ganaba el pan gracias a unas espaldas talladas por Dios para cargar sacos capaces de reventar a un mulo. Sabía cómo colocar una mercancía en la bodega de un barco de forma que ni el peor de los temporales pudiera moverla un dedo. Ya podría el cascarón darse la vuelta que las cajas, los sacos o los toneles quedarían en su sitio, como si los hubiera pegado con resina a las tablas. Era por ese buen arte que nunca le faltó trabajo en los muelles de Lisboa.

Úrsula era tres años mayor que Alonso. Compartía con él el cabello lacio y oscuro, así como su nariz, aunque la de ella era más pequeña y menos afilada. Sus ojos, en cambio, tenían una caída algo más triste que los de su hermano, detalle que lejos de afearla la agraciaba con un aire frágil y entrañable a la vez. Fruto de su matrimonio había parido, ocho meses atrás, un varón de cabeza redonda, cuatro pelos en guerrilla y pulmones poderosos como trompetas de Jericó al que pusieron Alonso en honor a su tío.

María se encargaba de gran parte de las tareas de la casa, que si bien era tosca y estaba algo ajada, también era grande y daba mucho trabajo. Úrsula, que ayudaba a la economía doméstica realizando labores de costura para las damas pudientes de la ciudad, dejaba el cuidado de la casa a su madre. Glauco había habilitado una de las estancias de la planta baja como taller de costura, y era allí donde Úrsula almacenaba telas, hilos y tintes que él obtenía a buen precio de barcos procedentes de Inglaterra y Francia. Incluso se había agenciado una vieja rueca y un telar que su esposa manejaba con brío y arte.

La madre de Alonso estaba esa mañana sentada en el poyo de la fachada principal jugando con su nieto, que había exigido atención a bocinazos después de exprimir el pecho de su madre hasta no dejar ni gota de leche. El día limpio de nubes invitaba a salir, y el sol no

tardaría en bañar la capital lusitana. Mientras María hacía brincar a Alonsinho en sus rodillas y le hacía aspavientos con la cara para hacerle reír, Úrsula terminaba de arreglar la falda de un vestido de terciopelo malva a la que había que meter el bajo para que no arrastrara demasiado. Glauco se había ido al puerto, antes de que el sol saliera, a descargar un barco recién llegado de las Indias. Desde su asiento, María saludaba a los vecinos que pasaban por su puerta de forma mecánica y amable a la vez, sin dejar de hacer caso, ni por un momento, al pequeño tirano.

Por el rabillo del ojo, la madre de Alonso vio aparecer, en lo más alto de la callejuela, al que tal vez era el hombre más grande que había visto jamás. Bajaba acompañado por otro caballero. Ambos vestían de forma parecida, con capa ladeada, sombrero de ala ancha y botas algo polvorientas pero que se veían de buen cuero desde lejos. Cargaban con equipaje, lo que acentuaba su aire de forasteros. El que acompañaba al gigante le resultó familiar. Su forma de caminar y sus espaldas anchas le recordaron a alguien. De repente, el desconocido aceleró el paso y comenzó a bajar la cuesta a grandes zancadas, igual que solía hacer…

—¡Alonso!

Alonsinho protestó al recibir en pleno oído el grito de María, que le agarró con fuerza y salió disparada calle arriba. El niño no lloró: al fin y al cabo, esa carrera desenfrenada era mucho más divertida que los saltitos en el regazo de la abuela. Lo que no le gustó tanto fue cuando Alonso y María estuvieron a punto de aplastarle con su abrazo, pero bueno… no era un precio demasiado alto para el momento tan excitante que acababa de vivir.

—¡Madre! —Alonso la apartó de sí un poco para verla mejor; tenía un aspecto estupendo, con su redecilla en el pelo, su vestido negro y la piel tostada por el sol. Por mucho que intentó mantenerse fuerte, no pudo evitar que una lágrima de felicidad rodara por su mejilla—. ¡Cuántas ganas tenía de verte!

—¡Hijo! —Los ojos oscuros de María hacían viajes de ida y vuelta desde las botas al sombrero de Alonso—. Pensé que tardaría años en verte, pero… ¿de qué vas vestido? ¿Ya no eres soldado?

—Ya no —le respondió Alonso, que tomó a Alonsinho en brazos—. Ya te contaré, es una larga historia. Este es mi sobrino, ¿verdad? —María asintió; el bebé decidió que el ala del sombrero de su tío era digna de ser tironeada y no se reprimió ni un segundo, quitándoselo con todo el

descaro del mundo—. Es guapísimo, ¿cómo se llama?

María amplió su sonrisa. Era una sonrisa hermosa, que transformaba sus ojos en dos líneas negras con un pequeño punto brillante en el centro. La misma sonrisa que había enamorado a su marido veintitantos años atrás y que había resistido con dignidad el paso del tiempo.

—¡Adivínalo!

—¿Alonso?

—Le llamamos Alonsinho. Como hablamos tanto de ti le llamamos así para diferenciarlo. Es como si nunca te hubieras ido.

Alonso se echó a reír y movió al pequeño en el aire hasta arrancarle una carcajada. Detrás de él, Tomás presenciaba el reencuentro con una mezcla de satisfacción y envidia. Sabía que Irlanda quedaba demasiado lejos, pero habría dado todo lo que tenía para poder volver a ver a su familia.

—¿Y Úrsula? —preguntó Alonso, comenzando a caminar cuesta abajo. Su madre se le agarró del brazo y Tomás les siguió sin abrir el pico: aquel momento les pertenecía y prefirió no interferir—. ¿Está bien?

—Está en casa, cosiendo. Le va a dar un pasmo cuando te vea. ¡Pero qué guapo estás! —Fue justo en ese momento cuando María reparó en Tomás y se paró en seco—. Perdonad, ni siquiera os he dado la bienvenida.

El irlandés se descubrió la cabeza e hizo una reverencia, mostrando su mata de pelo rojiza.

—No os preocupéis, doña María. Entiendo que la alegría que os inunda al ver a vuestro hijo después de tanto tiempo no deja cabida para nada más, así que no hay nada que disculpar.

María alzó las cejas en una expresión divertida, sorprendida por la parrafada del irlandés.

—Válgame el cielo, qué bien habla este hombre para lo grande que es —rio—. ¿Es tu mentor, Alonso?

—Tomás O'Donnell, madre —le presentó, reanudando la marcha con su sobrino en brazos; el crío le había aceptado la mar de bien—. Me enseñó a montar a caballo, a manejar la espada y me cobijó en su

casa. Me gustaría que le trataras como a un hijo más, porque para mí es como el hermano mayor que nunca tuve.

María meneó la cabeza.

—Así le trataré, aunque para ser mi hijo tendría que haberlo parido en el vientre de mi madre. Sed bienvenido, nuestra casa es vuestra. —Fue entonces cuando se fijó en las claymore—. ¡Menudas espadas calzáis! ¿Son para matar dragones? Alonso, mírame a la cara… No habrás matado a nadie, ¿verdad?

Alonso la miró de reojo sin saber qué responder. Menos mal que allí estaba Tomás para sacarla de dudas a su manera.

—Solo a unos cuantos moros enemigos de Nuestro Señor, doña María. Así que tranquila, que Alonso todavía no ha matado a nadie…

Ella se santiguó y llegó a la puerta de la casa. Algunos vecinos reconocieron a Alonso y se acercaron a saludarle, extrañados de verle en Lisboa. Otros no se atrevieron a hacerlo debido a la intimidante presencia de Tomás, que contemplaba la calle con un sentimiento de melancolía: era un lugar tranquilo, morada de gente buena y humilde que probablemente ignoraba que el fantasma de la guerra se cernía sobre ellos como una sombra siniestra.

Despidieron a los conocidos, entraron en la casa y cerraron la puerta por dentro. La estancia principal contaba con una mesa de nogal enorme, una chimenea de buen tamaño y un horno de leña chisporroteante junto al que reposaba el pan recién hecho. Una escalera embaldosada ascendía hasta las habitaciones del segundo piso. Cerca del horno, una puerta abierta daba a un patio interior donde había un pozo de piedra con herrajes forjados en negro. Detrás del pozo había una puerta de doble hoja, una de ellas abierta. En su taller, Úrsula daba las últimas puntadas al bajo de la falda. Al oír ruido, dejó la prenda sobre una silla y se asomó a patio, curiosa.

—¿Madre, eres tú?

—¡Ven! —la llamó María, poniéndose un dedo en los labios para que Alonso y Tomás no chafaran la sorpresa; era imposible que pudiera sonreír más, estaba rebosante de felicidad—. ¡Aquí hay alguien que te busca!

Úrsula se encaminó hacia el salón con pasos rápidos. Imaginó que sería el criado o la doncella de alguna de sus clientas con algún encargo de primera hora. Casi se tropieza con los dos hombretones

que estaban de pie junto a su madre. Al principio se alarmó al ver que uno de ellos llevaba a su hijo en brazos, pero la sonrisa radiante de María la tranquilizó, y eso que el que estaba a su lado parecía el cruce entre un hombre y un oso. Tuvieron que pasar un par de segundos más para que Úrsula reconociera al que sostenía en brazos a Alonsinho.

No tuvo fuerzas para pronunciar palabra. Se tapó la boca con la mano durante un instante y, al igual que su madre, examinó a Alonso de arriba a abajo sin dar crédito a lo que veía. Siendo costurera y estando habituada a los mejores géneros —muchos de los cuales no podría permitirse ni en sueños—, no le costó demasiado ver que las telas y cueros que vestía eran muy diferentes a los pantalones y camisas que llevaba antes de alistarse en el ejército. Aquello tampoco era un uniforme militar.

Alonso vestía como un hombre próspero.

Úrsula se le abrazó y se deshizo en un llanto cargado de emoción. Alonsinho decidió que quería irse con ella y alargó los brazos hacia la melena lacia. Tomás y María intercambiaron una mirada brillosa. La visita estaba resultando una sorpresa muy grata para la familia Teixeira.

Desayunaron en la mesa de nogal y hablaron largo y tendido sobre las aventuras de Alonso en África, de su llegada a Ceuta y de cómo había pasado de ser un soldado a trabajar para Samuel Benhamú gracias al legado de Anisa, cosa que doña María interpretó a su manera como una intercesión de Dios con Alá. Alonso no mencionó ni su encuentro con el rey Sebastián, ni la daga enjoyada, ni la incursión a la Capilla de Santiago ni mucho menos a los sebastianistas. La ignorancia de su familia garantizaba su seguridad. Sí les habló de Anisa, de cómo ella le cuidó y de cómo sintió su muerte; de sus compañeros de batalla y de la herida que recibió en el brazo; de Gonzalo Nuño, el fronteiro, de Abdelouahed y de todos sus amigos y benefactores de Ceuta.

María y Úrsula no pudieron contener las lágrimas cuando Alonso les contó que había aprendido a leer y a escribir. Les habló de lo sabio que era fray Alberto y de lo pesado que era fray Payo con sus encargos. También del capitán Pedro de Guevara y de su prometida, doña Clara de Vasconcelos. También relató maravillas de Samuel Benhamú, de Sara y de Luna. Aunque de ella habló más bien poco, lo poco que lo hizo no le impidió sonrojarse.

La mañana transcurrió entre charla, comida y felicidad. Trasladaron la

tertulia al taller de Úrsula para que no se atrasara en sus tareas. Alonsinho, por fin, cayó rendido en su cuna dando un respiro a las mujeres. Las horas pasaron rápidas hasta que un ruido en la puerta anunció la llegada de Glauco. Úrsula se apresuró a recibirle, no resultase que lo primero que se encontrara fuera la colosal figura de Tomás y pensara que los bárbaros habían invadido su casa.

Al estibador casi se le cae el saco de frutas que traía al hombro al ver a Alonso. Al igual que su esposa y su suegra, le costó reconocerle. Incluso se sintió cohibido por su vestimenta y aspecto. En su memoria, Alonso se había marchado de Lisboa siendo poco más que un mozalbete, y ahora parecía todo un hidalgo. En ese momento, se sintió ridículo por todas las veces que había intentado disuadirle de que no se fuera, ofreciéndole trabajo en los muelles y tratando de convencerle de que en el ejército nunca llegaría a ser más que un esclavo de los oficiales o un muerto en el campo de batalla. Desde lo más profundo de su corazón, Glauco celebró su equivocación.

Comieron juntos. Úrsula y María sirvieron pan, vino —ni sombra del que habían tomado la noche anterior, pero Alonso se dijo que eso iba a cambiar muy pronto—, zanahorias, queso, tiras de pescado seco que casi hacen llorar de gusto a Tomás y varios tipos de fruta. Una vez con el estómago lleno, Alonso entró al tema que consideraba más importante. Se dirigió a todos en general y a Glauco en particular: sabía que, como cabeza de familia, la decisión que él tomara condicionaría la de su hermana y su madre.

—Se avecinan malos tiempos —comenzó a decir—. El cardenal don Enrique es muy anciano y no tiene descendencia. Ha anunciado concurso de aspirantes al trono de Portugal. —Alonso hizo una pausa —. España se prepara para la guerra.

—¿Para la guerra… contra nosotros? —Glauco compuso un gesto de extrañeza; era evidente que no tenía noticia alguna de aquello—. Pues aquí no hemos notado nada raro, ni nos han llegado rumores…

—Date un paseo por la frontera —le sugirió Tomás, que luchaba por eliminar un resto de pescado seco de entre los dientes con un trocito de madera afilado—. Felipe de Castilla está reuniendo un ejército formidable, y me gustaría que vieras la flota que hay desplegada a pocas millas de Sanlúcar.

—Nuestro ejército está hecho pedazos después de lo de Alcazarquivir —prosiguió Alonso; su madre y su hermana le atendían en silencio, con gesto acongojado—. Si España decide atacar, nos aplastará por

tierra y por mar, y su objetivo principal será Lisboa.

El rostro de Glauco se ensombreció. Sin darse cuenta, su mirada se desplazó hasta la cuna donde dormía Alonsinho. El cabello corto y claro del estibador parecía acompañarle en su preocupación, cayendo sobre su frente, tan abatido como su dueño.

—¿Cuándo se producirá el ataque?

—Es imposible saberlo, pero sucederá tarde o temprano. En unos meses, a más tardar.

Úrsula interrogó con la mirada a su madre y a su marido.

Lo que más le preocupaba era la seguridad del pequeño.

—¿Y dónde podemos ir? —preguntó, al fin—. Nuestra vida está aquí, en Lisboa.

Alonso le cogió la mano y se dio cuenta de que temblaba.

—Ahora tengo dinero e influencias. Podría llevaros conmigo a Sanlúcar, allí estaréis seguros y lejos de la guerra.

A Glauco la idea no le convenció.

—No puedo permitir que mantengas a mi familia, Alonso. No es que desprecie tu ayuda, Dios me libre —aclaró—, pero no podría conciliar el sueño pensando que dependo del hermano pequeño de mi esposa para vivir.

—Yo no he dicho tal cosa —se defendió Alonso—, pero sí podría ayudaros a empezar de nuevo allí. Mi patrón tiene contactos en Sanlúcar, y apuesto el salario de un mes a que en todo el Puerto de Barrameda no hay un estibador que sepa tanto del oficio como tú.

—El salario mensual de Alonso es de sesenta escudos de oro —puntualizó Tomás, que había vencido en su batalla contra el trocito de pescado seco—, no estamos hablando de un puñado de maravedíes.

Glauco, María y Úrsula adelantaron las cabezas a la vez con ojos abiertos como platos.

—¿Sesenta escudos al mes? —preguntó la madre, incrédula.

—Tomás es el hombre más discreto del mundo —rezongó Alonso, fulminándole con una mirada de reojo que el irlandés encajó como si

no fuera con él—. En realidad son más de sesenta escudos, si contamos las comisiones de maese Samuel.

—¡Entonces es verdad que eres rico! —exclamó Úrsula, aún boquiabierta.

—Glauco, no te pido que renuncies para siempre a tu vida en Lisboa —le trató de convencer Alonso—. Podéis cerrar la casa y esperar a que pase la tormenta. Mientras tanto, trabajaréis en Sanlúcar y os ganaréis la vida tal y como lo hacéis aquí. Lo importante es alejar a Alonsinho de esta guerra.

—Me fastidia trabajar en las tierras de quien quiere invadirnos —gruñó Glauco, más triste que enfadado.

Tomás le dio una palmada amistosa en el brazo. El estibador los tenía aún más fuertes que Alonso.

—Ésto será España muy pronto, así que para el caso es igual. Felipe pondrá su católico culo en el trono y se calzará la corona en esa cabeza de santurrón que tiene, queráis los portugueses o no.

Alonso compuso una sonrisa triste.

—Tomás suelta a veces verdades como templos.

Glauco consultó a Úrsula con la mirada. Le brillaba. Sin decir nada, asintió. María recorrió con los ojos las paredes de la estancia, como si ya se estuviera despidiendo de ella.

—¿Cuándo tendríamos que irnos? —preguntó Glauco.

—Dentro de seis días. Tengo permiso del capitán de La Orgulhosa para que embarquéis con todo el equipaje que queráis llevar. Eso incluye las telas y los avíos de costura de Úrsula.

María se acarició el mentón con los dedos.

—La parte buena de esto es que volveremos a estar todos juntos.

Alonso sonrió, aunque sabía que aquello no era del todo cierto. Se había comprometido a viajar con los sebastianistas adonde ellos le ordenaran, y no serían viajes de placer, precisamente.

Con un poco de mala suerte, Alonso podría no volver de uno de ellos.

CAPÍTULO XXIV

26 de abril de 1579, Sanlúcar

EL VIAJE DE REGRESO AL Puerto de Barrameda fue parecido al de ida, sin más percances que algún que otro mareo. A pesar de ser la primera travesía por mar para la familia de Alonso, estos no se quejaron demasiado y la soportaron con aplomo. El alivio de escapar de una situación peligrosa les hizo olvidar, a ratos, que dejaban atrás su vida de siempre. Quien peor lo llevaba era Glauco. Úrsula, más pragmática, se esforzaba en hacerle ver la botella medio llena y le recordaba con frecuencia que aquello podría tener vuelta atrás. Si todo mejoraba, volverían a Lisboa.

Efraín recibió a los Teixeira en el puerto de Barrameda con preces de embajadores. Él, José, Luisa, María y algunos porteadores reclutados en el mismo puerto les ayudaron a cargar en carretas todas sus pertenencias. Era evidente que los empleados de Benhamú esperaban a toda la familia, por lo que Alonso supuso que la carta enviada antes de partir había llegado a su destino. Aprovechando que se encontraban algo alejados del resto, Efraín comentó a Alonso:

—Maese Samuel respondió a tu carta: dice que está encantado de acoger a tu familia en su casa, y más sabiendo que hay peligro de guerra.

Alonso suspiró, aliviado, y a punto estuvo de echarse a llorar de emoción.

—No hay día que no agradezca a Dios el haber puesto a maese Samuel en mi camino.

Efraín hizo uno de sus aparatosos gestos de desdén con la mano.

—Hay espacio de sobra para tu gente, Alonso. Además, ya veo que tu hermana ha venido con un taller de costura a cuestas. Aquí, en Sanlúcar, los bretones traen las mejores telas que puedas imaginar. ¿Es buena con las agujas?

—No entiendo mucho de eso, pero creo que sí…

—Pues entonces seguro que maese Samuel querrá llegar a un acuerdo

con ella para establecer un negocio de sastrería. Él pondría los mejores géneros y la clientela, y tu hermana su habilidad de costurera. Tengo el presentimiento de que tu familia prosperará en esta ciudad. —Efraín cambió de tema de sopetón—. ¿Cómo fue lo de Lisboa?

—Bien, aquí traigo la letra de cambio.

Alonso le tendió el documento, pero Efraín se lo hizo guardar de nuevo.

—Dámela en la residencia. Tengo instrucciones de cobrarla aquí, en un banco de Sanlúcar.

Se dirigieron a casa de Benhamú montados en carretas, transitando por el camino de Barrameda. Dejaron el edificio de la Aduana a la izquierda y enfilaron hacia la Plaza de la Ribera. La riqueza de las tierras del duque de Medina Sidonia se dejaba ver hasta en los detalles más nimios. Durante el trayecto, Efraín les dio nuevas instrucciones a Alonso y a Tomás, que viajaban en el mismo coche que él, en la parte trasera.

—Saldréis hacia Gibraltar esta misma tarde. Maese Benhamú está impaciente por conocer todos los detalles de vuestra reunión con el duque de Alandroal.

Alonso bajó la voz para que José, que conducía la carreta desde el pescante, no oyera sus palabras.

—¿Te refieres a lo de los diamantes o a lo otro?

Efraín dejó escapar una risita al ver que Alonso no dejaba de hacerle señas con las cejas señalando al cochero.

—Tranquilo, Alonso, estamos todos en el mismo barco. Ya me entiendes. Maese Samuel ya sabe algo por sus contactos, pero quiere conocer todos los detalles de tus labios.

—¿Cómo es posible que las noticias viajen tan rápido? —preguntó Tomás, que no lograba entender aquellas velocidades del demonio.

—Palomas mensajeras, correos a caballo… Nuestra red es veloz.

—Pues parece cosa de magia —rezongó Tomás.

Disfrutaron de una buena comida en casa de Benhamú, mucho mejor que la que preparaba el cocinero de la Orgulhosa, quien cumplía con

su trabajo con más cariño que acierto. Luisa llenó las alforjas de Runner y Vigilante con alimentos para el viaje y rellenó los odres con agua fresca del pozo. Después de almorzar, Alonso se despidió de su familia. Sus abrazos no solo transmitieron amor, también agradecimiento. El último beso fue para Alonsinho, que alargó la mano varias veces en dirección a la empuñadura de la claymore, que asomaba por encima del hombro de su tío.

—¡Este bribón apunta maneras! —dictaminó Tomás, soltando una carcajada—. En cuanto aprenda a andar, encargaré a un herrero que le fabrique una a su medida.

María propinó una palmada en el hombro al irlandés.

—¡Qué cosas tenéis, Tomás! —luego se dirigió a su hijo—. Tened cuidado, por favor.

Alonso contestó a su madre con una caricia en la mejilla.

Glauco, detrás de ella, se despidió de él con un gesto.

—Buen viaje.

Úrsula rescató a su hijo de brazos de Alonso y se acercó a su oído.

—Ten prudencia —le susurró, de forma que nadie más que él pudiera oírla—. Sé que eres algo más que el simple enviado de un mercader. Prométeme que no bajarás la guardia.

Alonso besó a su hermana en la mejilla, diciéndose que era más lista que el hambre.

—No la bajaré —le prometió—. Cuida de todos, ¿de acuerdo?

Ella asintió y dio un paso atrás, dejando que Alonso montara a Vigilante. Tomás y él trotaron hasta desaparecer por la esquina de la calle. La familia quedó en la puerta de la residencia de Benhamú, triste y callada. Efraín les hizo una reverencia que estuvo a punto de hacerle caer de bruces y les invitó a entrar con aspavientos desproporcionados.

—Amigos, permitidme que os muestre vuestra nueva casa. Úrsula fue la última en entrar. Su mirada pareció traspasar los edificios de Sanlúcar, como si pudiera seguir viendo a su hermano a lomos de su caballo. Se sentía preocupada por él. En ese mismo momento, decidió que se guardaría esa desazón para ella: lo último que quería era

angustiar a su madre.

Se lo había prometido a su hermano, cuidaría de ellos.

30 de abril de 1579, Gibraltar

El palacete del primo de Benhamú estaba al abrigo de las murallas de Gibraltar, al pie del peñón. La plaza era un bastión importante en la lucha contra la piratería bereber, no solo por los incontables cañones que erizaban sus muros, sino también por la poderosa flota de guerra que rodeaba su puerto. La conquista de la ciudad por parte del primer duque de Medina Sidonia, en 1462, había otorgado a las fuerzas cristianas el control del Estrecho de Gibraltar2.

Sara, la esposa de Benhamú, fue la primera en avistar a Alonso y a Tomás cabalgando hacia la finca. La gigantesca silueta del irlandés era inconfundible. Alonso iba justo detrás. Sara, que en ese momento bordaba en compañía de Raquel, la esposa de Josué —el primo de su marido—, se levantó de su asiento para recibirles. No pudo evitar fijarse en Alonso. Era innegable que era un joven apuesto. Sara tenía sentimientos encontrados hacia él: por una parte, apreciaba muchísimo al muchacho, le admiraba y tenía la certeza de que era un hombre excepcional; por otra, intuía que acabaría trayendo problemas a su familia. Raquel, que era unos años mayor que Sara y gozaba de un sexto sentido especial, pareció leer lo que pasaba por la mente de su prima.

—Así que es ese… —dijo, como quien no quiere la cosa.

Sara le dedicó un gesto a modo de asentimiento y saludó con la mano al dúo, que ya detenía las monturas a pocos metros de ella. Sus ropajes, cubiertos de polvo andaluz, daban testimonio de los cuatro días de viaje. Desmontaron a la vez y besaron con respeto las manos de las damas. Raquel, que era muy menuda, tuvo que elevar bastante el brazo para que Tomás no tuviera que ponerse de rodillas.

—Mi marido no está —informó Sara—. Ha ido al puerto con su primo, a ver si recaban alguna noticia acerca de cómo va la epidemia en Ceuta. ¿Qué tal el viaje, Alonso?

—Todo fue bien —respondió este, con una sonrisa amable en el rostro; la esposa de Benhamú se percató de que sus ojos barrían los alrededores, brillantes como plata recién pulida.

Busca a mi hija, se dijo, resignada.

—Con vuestro permiso, vamos a dejar los caballos en el establo —se excusó Alonso—. Han hecho un largo viaje y necesitan descansar.

—Claro —concedió Sara.

Alonso y Tomás se dirigieron a los establos. En cuanto cruzaron las puertas de las cuadras y perdieron a las señoras de vista, Alonso le pasó las riendas de Vigilante a su amigo.

—¿Adónde vas?

—A buscar a Luna —respondió Alonso, como era de esperar.

—No sé si te habrás dado cuenta, pero doña Sara ha puesto cara rara al ver que la buscabas…

—¡Qué le vamos a hacer!

—Cuidado, Alonso —le advirtió Tomás—. Una madre protectora es más peligrosa que un jenízaro endemoniado.

Ignorando los consejos de su amigo, entró en el palacete, subió las escaleras y recorrió la balconada que daba al patio interior, repleto de flores y plantas que alegraban vista y olfato. Le preguntó a una de las criadas por Luna, y la joven le señaló una puerta justo enfrente de donde se encontraban. Alonso se descolgó la claymore de la espalda y correteó hasta allí.

Dentro de la estancia, que era una sala de modestas dimensiones y riquísimo ornato, encontró a Luna sentada en un asiento acolchado con un libro entre sus manos. En cuanto se vieron, los ojos de ambos refulgieron como candelas. No hicieron falta palabras: la joven se levantó y él avanzó hacia ella con zancadas apresuradas, después de dejar su espada apoyada en una silla. Se abrazaron con fuerza, como si quisieran fundirse en un solo ser. Ella apoyó la cabeza en su pecho y él se atrevió a acariciar su cabello con el dorso de sus dedos. Nunca habían estado así, tan cerca y tan entregados el uno al otro. El vestido blanco de Luna se tiznó con el polvo que cubría el atuendo de Alonso, que notó al mismo tiempo alegría y tristeza en su abrazo. No le dijo nada, no quería hablar y romper aquella magia. Deseaba que aquel

momento se prolongara para siempre.

—No sabes cuánto te he echado de menos —susurró Luna, desterrando el silencio.

—Pues ya estoy de nuevo aquí. —Alonso le levantó la barbilla con el índice y el pulgar para verle la cara; descubrió lágrimas rodando por sus mejillas—. ¿Lloras por la emoción o hay algo que te apena?

Ella volvió a apoyar la frente en su pecho y rompió a llorar. Fue uno de esos llantos ahogados, con hipidos y exhalaciones entrecortadas. Alonso no supo si abrazarla con más fuerza o sentarla en la silla acolchada para que se desahogara. Había sido cantero, luego soldado y ahora algo parecido a un aventurero: no había recibido entrenamiento para tratar con damas atribuladas. Con un nudo en la garganta, volvió a separar el rostro de Luna de su pecho y se enfrentó a él con mirada seria.

—Pero, ¿qué es lo que pasa, Luna?

—Mi padre —comenzó a decir ella, tratando de controlar el llanto—. Se ha empeñado en que me case con Benjamín, el hijo de su primo.

Alonso separó a Luna un poco más para contemplar mejor la expresión de su rostro bañado en lágrimas. Se dio cuenta de que había dejado de respirar, como si un acto tan primordial como ese hubiera quedado relegado a un segundo plano.

—¿Puede forzarte a hacerlo?

—Podría, pero no lo ha hecho.

Alonso reinauguró su capacidad de respirar exhalando el poco aire que quedaba en sus pulmones. Aunque el hecho de ver sus peores temores hechos realidad le inquietaba, no perdió la esperanza. Después de otro prolongado silencio, se atrevió a hablar:

—Entonces no es tan malo como lo pintas, Luna. Tu padre ha sido generoso y ha respetado tu decisión…

—Pero yo no he sido generosa, Alonso —le interrumpió ella, meneando la cabeza, apesadumbrada—. Le he defraudado, y no solo a él, sino también a mi madre. Ella no ha dicho ni palabra, pero puedo leer la decepción en sus ojos. Benjamín es un buen hombre, adinerado, de buena estirpe y judío, como mandan nuestras costumbres. Cualquier muchacha en mi situación no cabría en sí de gozo por un

casamiento como este. Y para mi familia también sería una unión muy provechosa —añadió—. Y yo, pensando solo en mí, les he negado esa dicha.

Él guardó silencio. A pesar de que ahora gozaba de una posición acomodada y manejaba cuartos, ¿qué era él al lado de los Benhamú? Peor aún, ¿qué era él al lado de Benjamín? ¿Qué podía ofrecerle a Luna que ella no tuviera ya? Alonso se sintió pequeño e impotente.

—Desde hace unos días, entre mis padres y yo solo hay silencio —prosiguió Luna, bastante más calmada—. Y lo peor es mi tía Raquel, que me mira de reojo con desprecio, como si fuera una niña rebelde que acaba de rechazarle el pastel sabroso que ha preparado para la merienda.

—Lamento mucho que estés pasando por esto, Luna. Ella le miró a los ojos, apoyando las manos en su pecho.

—He amargado tu regreso con mis problemas. Perdóname.

Él le echó hacia atrás el cabello, sonriendo.

—Es imposible que me amargues. Eres mi felicidad.

Luna se mordió el labio inferior, en un gesto que a Alonso le pareció adorable.

—No sé qué hago entre tus brazos, la verdad. Pero me siento bien así.

Alonso echó una ojeada a la puerta entornada y se echó a reír.

—Si tus padres entran ahora y nos ven, me muero.

Se echaron a reír, desterrando la pesadumbre. Luna se atrevió a acariciarle el rostro. Tenía barba de tres días, pero el tacto del vello naciente le pareció agradable.

—Solo podría casarme con una persona en este mundo, y lo sabes.

Fue como si tres filas de arcabuceros dispararan a la vez dentro del pecho de Alonso. Después de mucho tiempo, de nuevo los colores del rubor inundaron sus mejillas. Luna se dio cuenta y luchó por no soltar una carcajada; no quería empañar el encanto del momento con una burla. Alonso tragó saliva y consiguió decir, a duras penas:

—Mi corazón solo tiene una dueña, eso tú también lo sabes.

Los dos se miraron a los ojos y, sin ser plenamente conscientes de ello, sus labios acabaron uniéndose en un beso. Fue algo maravilloso y mágico. Él sintió que los músculos de su cuerpo se aflojaban lo justo para no caerse al suelo como un muñeco de trapo desmadejado. Ella saboreó la boca de Alonso con el ímpetu de la primera vez. Recordó las paparruchas que decían sus amigas judías: que los labios de un cristiano saben a cerdo. Pues si el cerdo sabía como los labios de Alonso, juró que se atiborraría de cerdo hasta en Sabbat.

Oyeron un ruido en el patio y los dos se separaron, quedando a un par de pasos el uno del otro. Sus miradas se reencontraron y volvieron a reír.

—¿Ahora te sientes mejor? —le preguntó Alonso, en un susurro.

—Ahora me siento mejor que nunca. ¿Me quieres?

—Con toda mi alma.

—¿Reuniremos algún día el valor necesario para contárselo a mis padres?

Alonso se dijo que preferiría tener que escapar de nuevo de Berbería con un regimiento moro detrás antes que enfrentarse a esa situación.

—¿Qué crees que dirán?

Ella se encogió de hombros.

—Lo más probable es que me deshereden y me echen a la calle. ¿Serás feliz viviendo conmigo en una chabola diminuta del arrabal?

—La cabaña más cochambrosa me parecerá un palacio si estás en ella.

Una tos tan grave como fingida les interrumpió desde la puerta. Cuando se volvieron, encontraron a Tomás con cara de circunstancias. En la mano llevaba la mochila de Alonso.

—Doña Luna —saludó a la joven con una leve inclinación de cabeza —. Aquí tienes tus alforjas, Alonso. Será mejor que nos sacudamos el polvo antes de que vuelva maese Samuel.

Alonso asintió y se despidió de ella con un beso en la mano.

—Adiós, mi amor —le susurró Luna; Tomás lo oyó con claridad diáfana, dándose cuenta de que la joven le había hecho cómplice a la fuerza de aquella relación que tenía toda la pinta de ser ya imparable.

Cuando estuvieron en la balconada, el irlandés comprobó que no había moros en la costa y le propinó un pescozón a Alonso que le hizo ver las estrellas.

—Así que ya diste el primer paso, truhán. ¡Nos vas a buscar la ruina!

—¡Shhh! Alguien podría oírte…

Tomás le amenazó con un dedo del tamaño de un salchichón.

—Como nos quedemos sin trabajo a cuenta de esto, te obligaré a ser mi esclavo de por vida.

—Me parece un trato justo. ¿Has preparado un bacín con agua?

Tomás volvió a sacudirle, pero Alonso estaba tan feliz que ni siquiera le dolió.

—Baja tú al pozo y llena un balde, antes de que me chive a maese Samuel y me ordene que te tire dentro, cosa que haré con gusto, créeme.

Alonso bajó los peldaños de dos en dos y se dirigió al pozo que presidía el patio interior.

Nunca se había sentido tan dichoso.

CAPÍTULO XXV

30 de abril de 1579, Madrid

EL HOMBRE DEL SOMBRERO DEJÓ su caballo a cargo de uno de los mozos de cuadra del Real Sitio de San Lorenzo del Escorial, junto al portalón que daba al patio de coches. El jovenzuelo se quedó mirando las marcas parecidas a agujeros que hacían que la cara del forastero asemejara una imagen de madera devastada por la polilla. Este le devolvió una mirada luciferina que hizo que el crío se esfumara a toda prisa. A pesar de que no hacía frío, el hombre se envolvió en su capa y se dirigió a la entrada principal del majestuoso conjunto de edificios.

Los monjes jerónimos que se cruzaron con él siguieron sus pasos con

la vista, apostando entre ellos a que la guardia no le dejaría pasar. Como era de esperar, las alabardas se cruzaron frente al desconocido y cuatro soldados procedentes del cuerpo de guardia le rodearon, dispuestos a intervenir en caso de resistencia. Su aspecto era tan inquietante que cualquier precaución parecía poca.

El hombre sacó de entre sus ropas un documento que mostró a los soldados. Uno de ellos, un oficial veterano con aires de hidalgo puntilloso, lo examinó durante unos instantes, se lo devolvió a su dueño y ordenó a sus hombres que le dejaran pasar.

No era la primera vez que visitaba el Escorial: de hecho, había estado allí tan solo un par de meses antes. Mientras cruzaba el patio y se dirigía al vestíbulo, buscó con la vista a algún conocido a quien poder preguntar. Encontrar a alguien en un lugar tan inmenso era difícil. Para colmo, el patio principal hervía de actividad entre soldados, hidalgos, monjes, criados y albañiles. La obra de la basílica estaba oculta por gigantescos andamios por donde transitaba un ejército de obreros y capataces. Mientras les contemplaba encaramados en el armazón de madera e hierro, se preguntó cuándo terminarían aquellas obras que habían empezado en un ya lejano 1563.

Por fin localizó una cara familiar en una esquina, al fondo del patio. Se trataba de un hombre de unos cuarenta años, con barba cuidada, vestido con unos ropajes negros de una calidad fuera de lo común; llevaba una gola de encaje y un sombrero emplumado. En ese momento, charlaba con un clérigo de alto rango; por su hábito, probablemente un obispo.

No podía ser de otro modo. Antonio Pérez, el secretario personal de Felipe de Castilla, no se rebajaba a hacer tertulia con cualquiera. El hombre del sombrero se ocultó detrás de una de las mastodónticas columnas del zaguán y esperó a que dejaran de hablar. Cuando el religioso siguió su camino, salió de su escondite y fue al encuentro del secretario. Este le reconoció al instante y su semblante se ensombreció como si acabaran de comunicarle la muerte de su familia al completo. Antonio Pérez le indicó que le siguiera con una seña disimulada, desapareció por una puerta del ala sur del patio real y recorrió corredores y estancias hasta llegar a un patio desierto. El hombre no le perdió el rastro en ningún momento. Cuando Antonio Pérez comprobó que estaban solos, se enfrentó a él. Su voz tembló un poco al hablar.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Acaso no recibiste tu pago?

—Por supuesto que sí —respondió. A continuación, se llevó dos dedos

al ala del sombrero, en una parodia de saludo—. Fue un auténtico placer hacer negocios con vos.

—Pues puede que uno de tus asesinos se fuera de la lengua —le susurró Antonio Pérez, mostrándole los dientes en una mueca de enfado—. La gente en la calle me implica en el asesinato de Escobedo y, si me implican a mí, también implican al Rey. Si estas habladurías llegan a oídos de su Majestad, no dudéis que la cabeza que rodará será la mía.

El cinismo dibujado en la risa del asesino podría haber congelado el fuego de una vela.

—La gente suele acertar —rezongó, guiñándole un ojo—. Además, al Rey le vendría bien quitaros de en medio: ya le habéis calentado los cuernos demasiado con vuestro lío con la Princesa de Éboli.

Antonio Pérez hizo acopio de toda su sangre fría para no lanzarse al cuello de aquel indeseable. Aunque la idea de eliminar a Juan de Escobedo, el secretario de Juan de Austria, había sido suya, el plan recibió las bendiciones de Felipe II; y por supuesto, nadie en su sano juicio osaría acusar de asesinato al Rey. A pesar de que le habría matado allí mismo con gran placer, Antonio Pérez no se atrevió a alzar la mano contra Urko Aguirre. Si lo hacía, el asesino le mataría a él sin despeinarse y, para más inri, quedaría libre de toda culpa. Nada peor que un criminal con el beneplácito de la Corte.

—Pero tranquilo, no estoy aquí por vos —aclaró Aguirre, relajando su tono sardónico—. Busco a Andrea Gasparo Corso.

El secretario se sintió aliviado al saber que la presencia de Aguirre en el Escorial no tenía nada que ver con Escobedo. Incluso se le había pasado por la cabeza que el propio rey Felipe hubiera encargado al asesino matarle allí mismo.

—¿Asuntos de Portugal? —le preguntó Antonio Pérez, aún a sabiendas de que Urko Aguirre no soltaría prenda.

—Asuntos de muertos, más bien. ¿Sabéis dónde puedo encontrar al Corso?

—Hace un rato hablé con el padre Marín, creo que están en la biblioteca. Desde lo de Alcazarquivir, parecen la mierda y el culo. ¿Has averiguado algo en Lisboa? —le preguntó—. Vienes de allí, ¿no?

Aguirre mostró una sonrisa de dientes grandes y mal puestos.

—No creo que deba compartir esa información con vos. De hecho, es mejor que nadie nos vea juntos. —Aguirre giró sobre sus talones—. Gracias por la indicación, señor Secretario. Que Dios os lo pague.

Dicho esto, se encaminó a la biblioteca, dejando a Antonio Pérez solo en el patio. Entró por la puerta izquierda del zaguán, según se sale, y cruzó una sala con asientos de madera adosados a la pared, donde unos jerónimos leían las Sagradas Escrituras con un recogimiento sobrecogedor. Los frailes levantaron la vista a su paso, temerosos ante la amenazadora figura del asesino. Subió los cuarenta escalones que le separaban de la biblioteca sintiendo en su rostro el aire fresco, casi frío, que siempre circulaba por los corredores del edificio.

El salón principal de la biblioteca era una estancia enorme y abovedada, repleta de estanterías cargadas de valiosos manuscritos y volúmenes, algunos de ellos muy antiguos. Los únicos lugares donde no había libros eran los huecos donde estaban las ventanas. Las estanterías habían sido confeccionadas con maderas de distintos colores, lo que las hacía especialmente hermosas, además de funcionales. La bóveda estaba cubierta de frescos al estilo de la Capilla Sixtina, y las paredes por cuadros al óleo. Era, en definitiva, un lugar de espectacular belleza que resumía la grandeza del imperio de Felipe II.

Aguirre encontró a Gasparo Corso y al padre Marín en una de las mesas de mármol que había dispuestas en fila a lo largo del salón, en su zona central. Hablaban entre ellos en voz muy baja. Estaban solos en la biblioteca, a excepción de un joven fraile enfrascado en la lectura de un libro; estaba sentado en una pequeña silla de madera a pocos pasos de ellos, junto a uno de los ventanales abiertos. No vestía el hábito de los jerónimos, por lo que Aguirre sospechó que estaba de visita.

Gasparo Corso y el padre Marín solo detectaron la presencia de Aguirre cuando estuvo justo encima de ellos. Siempre que se acercaba a alguien, aunque fuera sin mala intención, lo hacía con el máximo sigilo. Lo consideraba un juego, además de un entrenamiento. El corso esbozó una de sus sonrisas histriónicas que irradiaban una felicidad que rara vez sentía. El padre Marín no abrió el pico. Como muchos otros conocidos del espía, el asesino no era santo de su devoción. De hecho, le daba escalofríos.

—¡Pero qué grata sorpresa! —Aún sonando efusivo, Gasparo Corso no elevó la voz más que lo justo; a una decena de pasos detrás de ellos, el sacerdote levantó la vista un segundo para regresar enseguida a su

lectura—. Mi querido amigo Urko, no te esperaba tan pronto.

—Traigo noticias de Lisboa. Los sebastianistas están a punto de mover ficha. —Aguirre le tendió las notas de Fez—. Esto te interesará.

Gasparo Corso y el padre Marín leyeron a la vez los documentos. Mientras lo hacían, Aguirre observó al cura joven, que seguía concentrado en el texto como si estuviera solo en el mundo. Parecía que ni el disparo de una culebrina en el oído pudiera distraerle. El asesino levantó la vista y examinó los frescos de la bóveda mientras el cura y el espía terminaban de digerir las notas. Para Urko, el arte era una estupidez. Gastar tiempo y recursos en hacer cosas bellas era ridículo: un techo sirve para protegerse de la lluvia, no para llenarlo de santos y pagarle un dineral a un maricón que se hace llamar artista, qué cojones.

—Así que el duque de Alandroal está reuniendo un grupo de… —el corso se tomó unos momentos para elegir la palabra adecuada— ¿aventureros? De todos estos tipos solo conozco al Duque, al banquero y a Abraham Gibre. Tendré que investigar a los demás: a ese tal capitán Arantes y a los dos que llevaron los diamantes, que según el mudo son hombres de armas. —Revisó de nuevo las notas de Fez para leer sus nombres—. Alonso Teixeira y Tomás O'Donnell.

Un golpe seco sonó a sus espaldas. Los tres se volvieron hacia el cura joven, que se agachaba para recoger el libro del suelo.

—Mis disculpas, se me ha resbalado…

Dicho esto, regresó a la lectura y el silencio volvió a reinar en la biblioteca.

—¿Conocéis a ese fraile? —le preguntó Aguirre al padre Marín, esforzándose en hablar muy bajo. Su presencia allí le escamaba.

—Es de total confianza —aseguró el religioso.

Aguirre asintió. A continuación, clavó una mirada grave en Gasparo Corso.

—¿Instrucciones?

—Por lo pronto les daremos una sorpresa, pero tú no te preocupes de eso: corre de mi cuenta. Tú vigila los pasos de Tristán de Souza y mantenme informado de sus movimientos. Reúne a tu gente y si tienes que mandarme un mensaje, utiliza mi red de informadores. No vengas

aquí en persona, eres más útil cerca de ellos que perdiendo semanas por los caminos. Quiero que te conviertas en la sombra de ese duque —insistió.

—Mi espía me mantendrá al corriente de todo —aseguró Urko—. Si el de Alandroal se pone en marcha, lo sabré.

—Yo aún tengo que quedarme un tiempo en Madrid —dijo el corso—. El padre Marín y yo estamos negociando el rescate del hijo de la Princesa de Braganza, que sigue preso en Berbería. Si tuviera que abandonar la capital por algún motivo, te lo haré saber. En cuanto termine los encargos de su Majestad, intentaré estar lo más cerca de ti que pueda.

Aguirre volvió a asentir y Gasparo Corso lo despidió con una sonrisa silenciosa. El mercenario giró sobre sus talones, haciendo volar la capa, y se dirigió a la salida de la biblioteca. Le quedaba por delante el largo viaje de regreso a Lisboa. Cuando estuvieron solos de nuevo, el padre Marín le preguntó al Corso:

—¿Qué sorpresa tenéis pensada para esos sebastianistas? Sabéis que no soy partidario del derramamiento de sangre.

—A veces no hay más remedio que usar la fuerza —suspiró Gasparo Corso, fingiendo estar compungido—, y este es uno de esos casos. Ese Tristán de Souza quiere jugar a los héroes, y yo voy a darle motivos para que se quede en casa. Creo que sé adónde se dirigen, así que les prepararé un buen recibimiento. Y ahora, reverendo padre, con vuestro permiso, voy a ver si consigo una copa de vino en alguna parte. Tengo la garganta como una zapatilla de esparto.

El padre Marín siguió con la vista al Corso hasta que desapareció por la misma puerta que Aguirre. Por enésima vez, rezó a Dios para conseguir un destino distinto y así no tener que rodearse de la canalla con la que se codeaba en los últimos tiempos. Después de santiguarse, se dirigió al joven sacerdote, que seguía leyendo.

—Fray Antonio, ¿es este el libro que ha pedido monseñor Felipe Sega?

—Este es, Padre —confirmó, levantándose de su asiento—. Es apasionante. Perdonad si me abstraje en su lectura.

—No hay nada que disculpar. ¿Cuándo vuelves a la Nunciatura?

—En el primer carruaje que salga hacia Madrid. El padre Clementino quiere que le traduzca unos escritos esta noche, y Monseñor estará

impaciente por recibir este libro. No puedo entretenerme aquí, aunque ya me gustaría. Ahora le diré al fraile encargado de la biblioteca que me lo llevo.

El padre Marín detectó cierta tensión en la expresión de fray Antonio. Se le veía nervioso. El joven clérigo se dio cuenta del examen, se encogió de hombros y forzó una sonrisa.

—¿Sucede algo, Padre? —se aventuró a preguntar. Marín fue al grano:

—Has oído lo que se ha hablado aquí, ¿verdad?

Antonio decidió que no era prudente mentir con descaro.

—Algo, pero ya os digo que estaba inmerso en la lectura.

—Hay palabras que podrían comprometer la seguridad de la Corona. Eres fraile y sabes guardar un secreto —le recordó.

—Por supuesto que sí, Padre.

—No lo olvides, Antonio. —El padre Marín le bendijo trazando una señal de la cruz en el aire—. Anda, vete y no te entretengas.

Antonio salió de la biblioteca con pasos rápidos. Por supuesto que había oído la conversación, y por supuesto que se había enterado de que, incomprensiblemente, sus amigos Alonso y Tomás estaban metidos en un asunto demasiado grande para ellos.

Se dijo que, en cuanto llegara a Madrid, haría lo posible para avisarles de que un asesino implacable les seguía el rastro.

CAPÍTULO XXVI

28 de junio de 1579, Gibraltar

ALONSO PASÓ LOS ÚLTIMOS DOS meses con una mezcla de pena y alegría: pena porque la peste aún azotaba Ceuta y, si bien ninguno de sus allegados más próximos había sido tocado por el dedo infecto de la plaga, sí que Tomás y él conocían los nombres de muchos de los que se habían ido de este mundo sin que médicos, curanderos y religiosos

pudieran hacer nada por salvarlos. La alegría, que en verdad superaba con creces a la pena, venía de su nueva situación con Luna. No es que se vieran todo lo que a ellos les hubiera gustado, ya que los ojos vigilantes de Sara y de la tía Raquel acechaban detrás de cada esquina, ceñudos y alertas como vigías de galeón; pero cualquier momento era aprovechado para un beso furtivo, un arrumaco fugaz o una charla discreta y susurrante que a veces se prolongaba durante horas, aunque a ellos les pareciese un suspiro.

La misma noche de su llegada a Gibraltar, Alonso y Tomás pusieron al corriente a Benhamú acerca de su entrevista con el duque de Alandroal, Abraham Gibre y compañía. Estuvieron reunidos en uno de los despachos de la casa, a solas con él hasta bien avanzada la madrugada, sin omitir detalle alguno de lo acontecido en Lisboa. Durante la charla se enteraron de que Josué, el primo de Benhamú, no formaba parte de los sebastianistas, aunque sí era verdad que no era del todo ajeno a lo que se cocía a su alrededor. Alonso y Tomás habían dejado de ver a Benhamú como un simple mercader: ahora era algo parecido a un oficial del ejército. Eso sí, un oficial amable y satisfecho con los resultados de la campaña de sus soldados.

—Si logramos devolverle el trono de Portugal a su legítimo dueño, pasaremos a la Historia como héroes —dijo, lleno de orgullo—. Y vosotros… ¡de vosotros se cantarán canciones!

—Si vivimos para contarlo —puntualizó Tomás.

A partir del día siguiente, dedicaron su tiempo a cumplir encargos de pequeña envergadura para Benhamú: recoger mensajes, bultos o información en el puerto, escoltar a su patrón en viajes cortos y poco más. Mientras continuara la epidemia en Ceuta, no había otra cosa que hacer. Disponían de mucho tiempo libre. Tomás, para no aburrirse, dedicaba varias horas al día a cuidar los caballos y no tardó en notarse su mano prodigiosa en las bestias del establo. Hasta el viejo burro de carga que los empleados de Josué utilizaban para ir al mercado se veía más sano y lustroso.

Alonso, por su parte, dedicaba sus horas de asueto a leer todo lo que pillara que no estuviera escrito en hebreo. Eso si le dejaba Luna, que aprovechaba cualquier oportunidad para sentarse a su lado. Aquella sensación de clandestinidad le producía al joven un cosquilleo en el estómago similar al que sentía cuando pensaba en las aventuras venideras a bordo de la Cruz do Sul, la carabela del Duque. A pesar de que sus encuentros fueron muchos y frecuentes, nunca les cogieron en actitud comprometida. Tomás, a regañadientes, les hacía de cómplice,

avisándoles si había moros en la costa o entreteniendo a cualquiera que merodeara por la pequeña biblioteca, lugar preferido por los jóvenes para sus citas.

Las semanas pasaron lentas y sin nada que destacar hasta el 28 de junio. Ese día, Alonso, Tomás y Benhamú esperaban el regreso de una embarcación militar española que viajaba una vez por semana a Ceuta a llevar provisiones y regresaba con noticias, listas de fallecidos y algún que otro pequeño paquete o carta cuyo contenido no hubiese sido tocado por ningún apestado. No estaban solos en el muelle. Allí había otros refugiados de Ceuta que aguardaban, algunos con desesperación, la noticia del fin de la plaga. Hasta entonces, los rostros taciturnos de los marineros y sus encogimientos de hombros al bajar de las chalupas les desencantaban antes de que pudieran cruzar una palabra con ellos. La muerte negra seguía campando a sus anchas.

Fue uno de estos marineros quien pronunció a gritos el nombre de Alonso Teixeira nada más saltar a tierra. Era un hombre de unos cuarenta años, con una cicatriz enorme en el rostro que hacía entrever las muchas que cruzaban su alma avejentada por años de servicio en el mar, con sabe Dios cuántas escaramuzas y batallas a sus espaldas. Olía a pólvora vieja y a sudor desde lejos.

—Yo soy Alonso Teixeira.

El marinero le tendió un pliego enrollado y lacrado, a la vez que repetía de memoria las instrucciones recibidas en Ceuta:

—De parte de Romero, ¿le conocéis? —Alonso asintió, extendiendo la mano; antes del soltar el rollo, el marinero siguió hablando—. No había nadie en la dirección de entrega y la llevaron al Baluarte de la Bandera, donde se la hicieron llegar a él.

—¿Quién la remite? —preguntó Alonso, aún con la mano abierta.

—¿Cómo queréis que lo sepa? Yo solo soy un mandado.

Dicho esto, el marinero le entregó el rollo y extendió la mano. Alonso le satisfizo con un generoso puñado de maravedíes. Benhamú aprovechó el buen humor del tipo para preguntarle cómo iban las cosas en Ceuta.

—La epidemia va a menos —contestó el marinero—, o eso dicen los portuarios. Nosotros no bajamos a tierra —aclaró—. Morir de enfermedad no va incluido en la soldada, a no ser que nos pille en el frente. Pero os diré una cosa: por las hogueras que se ven en las

playas, todavía hay gente muriendo ahí enfrente.

El mercader recibió la noticia con la misma resignación con la que lo había hecho semana tras semana y, al igual que en las veces anteriores, no dejó de sentirse afortunado. Para él, marcharse de Ceuta había supuesto poco más que unas vacaciones. Otros refugiados que habían decidido cruzar el Estrecho para huir de la epidemia pasaban necesidades en Gibraltar o en otras plazas, estando a expensas de la caridad de la Iglesia o de las sobras del rancho cuartelero. Y esos estaban mejor que los miles que tuvieron que quedarse allí, restregándose a diario con la mortaja negra de la peste.

—Maese Samuel. —Era Tomás quien llamaba su atención—. ¿Me permitís que vaya con Alonso?

Benhamú vio que el joven se alejaba de los muelles caminando con lentitud. Llevaba la carta entre sus manos, sin atreverse a abrirla.

—Ve con él —le concedió—. Ojalá sean buenas noticias.

El irlandés correteó hasta llegar a la altura de Alonso. Sin dejar de caminar a su lado, le preguntó:

—¿Tienes idea de quién puede ser? ¿Por qué no la abres?

—No sé, pero me da mala espina…

La voz de Tomás sonó como si estuviera a punto de agarrarlo del cuello y tirarlo a las aguas grises del puerto.

—¡Ábrela y saldrás de dudas!

Alonso quebró el lacre rojo y desenrolló el papel. Su rostro se iluminó durante un segundo al descubrir el nombre del remitente, pero enseguida se ensombreció conforme leía su exquisita caligrafía.

—Es de Antonio.

—¿Qué se cuenta el fraile? —preguntó el irlandés, impaciente—. Léemela.

—Querido Alonso: no sé en qué andaréis Tomás y tú, pero hoy escuché pronunciar vuestros nombres en el Palacio del Escorial que, por si no lo sabes, es la residencia de Felipe II. Quienes lo hicieron son gente tan poderosa como peligrosa: el padre Marín, embajador de Castilla en Fez; Andrea Gasparo Corso, el agente del rey Felipe que

entregó el cadáver del impostor en Ceuta y un rufián con trazas de asesino a quien no conozco. También mencionaron a un duque y a un banquero, al parecer amigos vuestros. No pude captar toda la conversación, pero sí oí que saben hacia dónde os dirigís y —cito textualmente las palabras del corso— «piensan daros una sorpresa». Conocen vuestros movimientos, así que vigila tu espalda y aléjate del peligro. Confío en que esta carta llegue a tiempo; me arriesgo mucho enviándola, así que espero que no sea en vano. Recuerda que ni el dinero ni la gloria valen lo que vale la vida. Recibe un abrazo muy fuerte y que Dios os bendiga a Tomás y a ti. Rezaré por vosotros. Firmado: Antonio. Postdata: espero volver a veros para que me expliquéis en qué diantres estáis metidos.

Tomás se quedó boquiabierto. Ni siquiera notó que la gente que regresaba cargada de los muelles chocaba contra él. Algunos se atrevieron a reprocharle que estuviera en mitad del pantalán, pero él no les hizo ni caso, por suerte para ellos.

—Conocen nuestros movimientos —repitió mirando a todas partes a la vez, como si pudiera reconocer a los espías de un solo vistazo; se descolgó la claymore de la espalda y la sujetó con la izquierda, enfundada, como si aquello le diera más seguridad—. Alguien se ha ido de la lengua —dedujo.

—Por lo que se ve, piensan tendernos una emboscada. Maese Samuel tiene que saber esto, vamos.

Regresaron al muelle, donde el mercader departía con algunos paisanos sobre la desgracia de Ceuta, deseando en voz alta que la epidemia se convirtiera pronto en un mal sueño. Alonso le habló al oído y Benhamú improvisó una excusa ante sus contertulios. Los tres abandonaron el puerto con pasos rápidos. Al doblar la esquina de un callejón, el judío le pidió con vehemencia la carta a Alonso. El rostro de Benhamú se fue descomponiendo conforme la leía.

—Volvamos a casa de Josué. Hay un espía en nuestras filas.

Esa misma mañana, una paloma mensajera voló rauda hacia Lisboa. Desde Gibraltar, tardaría menos de un día en llegar a su destino: el palomar del último piso de la residencia del duque de Alandroal. Una estancia cerrada con llave a la que solo tenía acceso el propio Tristán de Souza.

Dos días después, la misma paloma regresó portando un escueto mensaje:

«Gracias por la advertencia, tendremos mucho cuidado. Nos ponemos en movimiento de inmediato. En los próximos días haremos escala en Gibraltar. Que Alonso y Tomás estén listos para el viaje. Firmado: T.S.».

Benhamú arrugó el diminuto papel que contenía el mensaje y lo guardó en el bolsillo de su túnica. Acarició a la paloma con el dorso del dedo índice y le dijo, como si el ave pudiera entenderlo:

—Comienza la partida.

CAPÍTULO XXVII

9 de julio de 1579, Gibraltar

ESE LUNES, EL VELAMEN DE la Cruz do Sul se recortó en el amanecer ardiente que comenzaba a iluminar el Estrecho. Era una carabela impulsada por velas cuadradas en el palo mayor y en el trinquete y una latina en la mesana, en popa. No era demasiado grande, pero surcaba el mar a unos catorce nudos, mucho más rápida que otros navíos de más envergadura. Dos años antes, Tristán de Souza había mandado construir un pequeño camarote en el castillo de popa que compartía con el capitán, Nicolau Arantes y con el contramaestre, Romeo Vilanova, lo que le hacía parecer algo distinta a las demás carabelas.

Como armamento, tenía desplegadas en cubierta tres culebrinas a babor y tres a estribor, siempre a punto gracias a los conocimientos del artillero, Claudio Quirós, un algarveño cuarentón, menudo y canijo de quién se decía que le gustaba más el olor a pólvora que el del vino y las mujeres. No solo se ocupaba del mantenimiento y buen orden de los cañones, sino también de los arcabuces y de los ingenios explosivos que fabricaba en sus ratos libres en el taller que el Duque le había permitido montar en la bodega.

A pesar de su pequeño tamaño, la Cruz do Sul era un gran navío.

El contramaestre despertó a Tristán asomándose al camarote.

—Llegamos a Gibraltar.

El Duque agradeció la noticia a Vilanova, que regresó a la toldilla desde donde contempló el peñón. Era un joven de veintiséis años, hijo y nieto de marinos y con una planta que arrancaba suspiros entre las damas de los puertos que visitaba. En ese momento, la cubierta bullía de actividad mientras los marineros arriaban velas. Dos de ellos comenzaban a desatar los nudos de la chalupa que utilizarían para arrimarse a puerto y recoger a Alonso y a Tomás, que ya deberían estar en el muelle.

Tristán salió del camarote a medio vestir, desperezándose como si pretendiera que sus brazos salieran disparados de su cuerpo. El día prometía ser bueno para la navegación: viento constante de poniente y cielo despejado de nubes. Buscó al capitán Arantes con la vista y lo localizó en el castillo de proa, casi a la altura del bauprés. O había madrugado más que él, o había pasado la noche en vela, pues no le faltaba detalle en su atuendo, como siempre, impecable. Luego se fijó en un hombre de aspecto rudo que trajinaba con los cabos de la chalupa. El Duque dio un toque en el hombro al contramaestre y luego señaló al individuo.

—Quiero que él vaya en la chalupa: nada mejor que una grata sorpresa como inicio de un viaje.

Alonso y Tomás esperaban la llegada de la Cruz do Sul en el muelle, junto a Benhamú. El mercader trataba de disimular su preocupación con risitas nerviosas y comentarios halagüeños. Sabía que cabía la posibilidad de que esa fuera la última vez que les viera, y más ahora que conocían que agentes de la Corona Española andaban tras sus pasos.

Luna se despidió de Alonso la noche anterior en la biblioteca que se había convertido en escenario principal de sus encuentros furtivos. La joven le demostró una vez más su fuerza, sin verter una lágrima delante de su amado.

—Vas a volver —le aseguró, con una convicción que no dejaba lugar a dudas—. No me preguntes por qué, pero sé que regresaréis sanos y salvos.

—¿Brujería judía? —bromeó Alonso, acariciándole el rostro.

—Llámalo como quieras.

Sellaron el buen augurio con un beso que duró una eternidad. La preocupación de Tomás vino a cuenta de los caballos. Al irlandés casi le dio un soponcio cuando Benhamú les dijo que no podrían llevarlos

en la carabela. La idea de separarse de Runner y Vigilante le resultaba dolorosa. Instruyó a Bernardo y a los caballerizos de maese Josué para que se esmeraran en sus cuidados, bajo amenazas de terribles castigos y tormentos. Estos no tuvieron más remedio que prometerle que harían ejercicio y que serían cepillados a diario. La verdad era que Tomás no tenía por qué temer: todos habían aprendido mucho acerca de cómo cuidar bestias ese verano, ya que el gigante les había enseñado casi todo lo que sabía de caballos.

—¿Será esa la Cruz do Sul? —preguntó Benhamú, haciendo visera con una mano y señalando con la otra a un barco que reducía su velocidad en medio de varias naos fondeadas frente al puerto.

—Es una carabela, eso seguro —afirmó Alonso, que había viajado en una de Portugal a Berbería y era capaz de distinguir un navío de otro.

—Están soltando una chalupa —dijo Tomás.

La pequeña barca de remos navegó con lentitud hacia el muelle impulsada por los brazos de los tres hombres que la tripulaban. Aún estaban lejos cuando Benhamú decidió no alargar más la despedida.

—Tened mucho cuidado —les rogó una vez más—. Lo único que me consuela es que os embarcáis con los mejores patriotas de Portugal y los más fieros defensores de la libertad de nuestro pueblo. Estaré al tanto de vuestros movimientos.

Alonso abrazó a Benhamú como si fuera su padre, apretando la delgada figura del judío como si estuviera a punto de partirla en dos. Cuando se liberó de Alonso, estrechó las manazas de Tomás.

—Cuidad de él, os lo ruego.

—Marchad tranquilo, volveremos de una pieza.

Benhamú dio media vuelta y se alejó del embarcadero con pasos rápidos, sin mirar atrás. La chalupa se aproximaba cada vez más a donde aguardaban Alonso y Tomás. En cuanto estuvo a tiro de piedra del muelle, Alonso reconoció a uno de sus tripulantes.

—¡Que me aspen! —exclamó—. ¡Luis! ¡Luis!

Un hombre de complexión fuerte, algo más bajo que Alonso y con unas patillas enormes, se puso de pie en la chalupa y saludó con la mano. Su sonrisa mostraba unos dientes grandes e irregulares que la transformaban en una mueca amenazadora.

—¿Ese es tu amigo Luis Veira? —le preguntó Tomás, a quien el aspecto del antiguo salteador de caminos no le gustó demasiado—. Parece un buen candidato al patíbulo.

—Es de fiar —le aseguró Alonso sin dejar de saludar—. ¿Acaso preferirías a Antonio Expósito para esta aventura? Además, mírate: tú das más miedo que él, no jodas…

Tomás gruñó algo en inglés y recibió la chalupa a pie de muelle. Los marineros la amarraron y saltaron a tierra. El último en hacerlo fue Luis Veira, que abrazó a Alonso con fuerza. Estuvieron así durante unos instantes, y luego Luis se separó de su amigo para verle mejor: buenos ropajes, buen morral de viaje a los pies y espadón gigantesco a la espalda. También parecía más fuerte y en mejor forma que la última vez que le vio en Alcazarquivir.

—Vaya, vaya —comenzó a decir—. El niño se hizo hombre, y el hombre hidalgo. Si hace unos años te hubiera encontrado por esos caminos, te habría asaltado sin pensármelo dos veces.

—Te habría partido en dos antes de que te dieras cuenta —intervino Tomás, extendiendo una mano hacia Luis Veira—. Soy Tomás O'Donnell.

Se la estrecharon de buena gana y ambos apretaron fuerte, midiéndose entre ellos. Los nudillos, blancos, testificaron la prueba.

—El irlandés, ya me han hablado de ti. Has hecho un buen trabajo con este mozalbete.

Alonso palmeó el hombro de su compañero de tercio.

—No sabes la alegría que me llevé cuando supe que estabas vivo…

—De milagro —puntualizó Veira—. Subid a la chalupa. Hemos parado solo para recogeros, así que venga, echad vuestras mochilas ahí dentro y no nos entretengamos.

Enfilaron hacia la carabela. Tomás, sentado en popa, hacía que la proa de la barca se elevara más de la cuenta, así que Alonso y Veira se desplazaron hacia la parte delantera para compensar el peso.

—Entonces, te tropezaste con el Rey durante tu huida —comentó Veira, dedicándole un guiño a Alonso—. ¿Cómo fue?

—Me encontré con él por casualidad en un bosque, acompañado de

unos caballeros. Estaba herido, me pidió agua y le di de beber de mi odre. Luego me ordenó que me marchara y le contara a todo el mundo que murió como un valiente… Seguro que ya te han contado la historia antes.

—Claro que sí —rezongó Veira—. Ya es todo un clásico entre los sebastianistas. ¿Le faltaban dos dientes, verdad?

—Sí.

—También le faltaban al preso que curaron delante de mí —reveló Veira—. Era un hombre joven, rubio, pelo rizado, buena túnica… le habían despojado de la armadura, pero aún llevaba las piezas que protegían las piernas y eran de una calidad fuera de lo común. Estaba herido en el hombro… y sí, le faltaban estos dos dientes de aquí. —Veira se señaló los suyos—. Me quedé mirándole y un moro me dio una bofetada para que apartara la vista. Eso me hizo sospechar que se trataba de alguien importante, pero nunca imaginé que fuera el mismísimo Sebastián de Avis. Estuvo poco tiempo en la enfermería, se lo llevaron en cuanto le limpiaron las heridas y le remendaron.

Tomás habló desde popa:

—¿Y se sabe el paradero actual del Rey?

Uno de los marineros intervino, sin dejar de darle a los remos:

—El Duque os pondrá al corriente de todo en cuanto subáis a bordo. —Se trataba de un hombre de unos cincuenta años, de rostro enjuto y barnizado por el salitre marino; Alonso logró contar tres dientes en su boca de labios finos y agrietados.

Una escalera de cuerda les esperaba colgando de la borda de babor. Alonso trepó por ella con facilidad, como si llevara toda la vida haciéndolo; no así Tomás, que la escaló a trancas y barrancas maldiciendo en dos lenguas distintas. Veira y los marineros fueron los últimos en subir, después de enganchar las mochilas de viaje a cabos para izarlas a bordo y amarrar el bote para que lo sacaran del agua. En cubierta les esperaba el duque de Alandroal junto con el capitán Arantes y el contramaestre Vilanova.

—Bienvenidos a bordo —les saludó—. Ahora nuestro grupo está completo.

—Excelencia —saludaron a la vez Alonso y Tomás.

—¡Izad velas! —ordenó el capitán.

Los marineros comenzaron a tirar de los cabos y las velas empezaron a desplegarse, a la vez que el ancla regresaba a su lugar en la proa. Contando a Alonso, Tomás y al propio Duque, la tripulación ascendía a veintitrés hombres. El mismo Luis Veira trepaba entonces por la jarcia firme, como uno más.

—Aquí aprenderéis todos los trucos de la navegación y acabaréis siendo unos buenos marineros —comentó el Duque, deleitándose con el brío con el que su tripulación manejaba su barco—. Aquí todos hacen de todo, menos yo —apuntilló, con ese cinismo irónico característico en él; bajó la voz hasta convertirla en un murmullo difícil de oír con los crujidos de la embarcación—. Cada vez que intento hacer algo distinto de la esgrima, lo hago mal: soy el peor de mis hombres.

Antes de que se dieran cuenta, las velas estaban desplegadas y la Cruz do Sul se deslizaba a una velocidad endiablada dejando atrás Gibraltar y Ceuta, cuyos montes se distinguían con claridad en un día de poniente como aquel. Tristán les invitó al castillo de proa, donde la brisa marina se sentía como un aliento purificador.

—No tardaréis en conocer a la tripulación. Todos son hombres leales a Portugal y darían la vida por Sebastián de Avis, como vosotros. Más que una tripulación, es una familia.

—¿Puedo preguntaros hacia dónde nos dirigimos, excelencia? —quiso saber Alonso.

—Hacia una torre situada a pocas millas del antiguo puerto de Bades. Según nuestros espías, Sebastián lleva meses preso allí, custodiado por un puñado de hombres. Al parecer, nuestros enemigos no quieren llamar la atención y lo tienen escondido en mitad de ninguna parte.

—¿Habéis averiguado algo más de esos agentes españoles que siguen nuestros pasos? —preguntó Tomás, a quien aquel asunto le preocupaba más que la posibilidad de encontrar al Rey.

—Sospechamos que intentarán tendernos una trampa en la torre donde tienen preso a Sebastián —respondió el Duque—, pero nuestra red ya ha previsto eso y tenemos un plan.

—¿Podemos saber en qué consiste, excelencia? —preguntó Alonso.

—Entraremos por detrás, a través de un antiguo pasadizo que da a la

playa. Nuestro contacto se ha hecho con una copia de la llave de la cancela que lo cierra. Un segundo grupo entretendrá a los centinelas en caso de que haya demasiada presencia enemiga en la torre.

Una vez más, el burbujeo de los nervios se apoderó de las tripas de Alonso. Tomás le lanzó una mirada de reojo. Por primera vez en mucho tiempo, tendrían que vérselas con espadas y balas enemigas.

—¿Y qué haremos durante los días que dure el viaje, excelencia? —preguntó Tomás al Duque.

Este se echó a reír.

—¿Días? Mañana llegaremos a nuestro destino —dijo—, pasado a más tardar. Pero el tiempo que estemos a bordo lo dedicaremos a entrenar. Sé que sois buenos guerreros, pero no pararé hasta que os convirtáis en los mejores.

Tomás sacó la claymore de su funda, se la mostró al Duque y le deslumbró a posta con su brillo, lanzándole un rayo de sol directo a los ojos que hizo que este tuviera que apartar la mirada.

—Si os soy sincero, excelencia, estaba empezando a oxidarme. ¿Cuándo empezamos?

CAPÍTULO XXVIII

11 de julio de 1579, frente a las costas de Berbería

LA TRAVESÍA HASTA DESTINO DURÓ dos días, con un sol resplandeciente en el cielo, viento de popa favorable y mar esplendorosa. Durante el trayecto, Alonso y Tomás tuvieron ocasión de familiarizarse poco a poco con la tripulación de la Cruz do Sul y de comprobar que Tristán de Souza, aparte de duque de Alandroal, podría ganarse la vida como espadachín a sueldo. Mientras duró la travesía, pasaron gran parte del tiempo en cubierta, practicando esgrima y aprendiendo algunos trucos que el joven duque guardaba en su manga.

Tristán utilizaba una vieja espada que parecía contar al menos con dos siglos de antigüedad. No por ello se la veía roñosa, sino todo lo contrario: daba miedo, de lo robusta y afilada.

—Es una espada bastarda —explicó el Duque cuando Alonso se interesó por el arma, que lucía dos filos temibles—. Perteneció a mi tatarabuelo y, según se cuenta en la familia, ha dado muerte a muchos enemigos. Pasó más de cien años colgada en una panoplia, en nuestro palacio de Alandroal. Hace cuatro la rescaté de su encarcelamiento y se la confié al mejor armero de Lisboa para que la restaurara. —El Duque la hizo girar en su mano derecha; a pesar del considerable tamaño del arma, con una facilidad pasmosa—. Más que restaurarla la hizo resucitar, y este es el resultado.

Tomás no pudo reprimir un gesto de admiración mientras observaba las evoluciones del arma en manos del Duque. No era ni mucho menos tan grande como una claymore, pero se la veía amenazadora y temible cortando el aire con esos giros vertiginosos.

—Tuve que adaptar mi estilo de combate a esta espada —siguió explicando el Duque, a la vez que simulaba movimientos de combate delante de Alonso, Tomás y Luis Veira; Román Gil y el bigotudo Andrés Zilhão, los dos espadachines de confianza del Duque, y Claudio Quirós, el cañonero, se mantenían detrás de ellos, asistiendo a la lección desde lejos. No era la primera vez que presenciaban algo similar—. Tuve la suerte de que me entrenara un gran maestro que conserva conocimientos de esgrima muy antiguos: me enseñó a manejar la espada bastarda con una mano y, con la otra, a protegerme con una rodela. Es una combinación muy eficaz —afirmó, rotundo.

—¿Cómo puede un escudo tan pequeño detener el ataque de una cimitarra, por ejemplo? —le preguntó Alonso, quien se sentía realmente interesado por la peculiar técnica del Duque.

En vez de responderle, Tristán dejó su espada en cubierta y la cambió por una réplica de madera que descansaba junto a otras armas de entrenamiento que simulaban tizonas más acordes a los tiempos que corrían. Eligió una cimitarra a dos manos, tal vez lo más parecido en peso y tamaño a la de Tomás, y se la arrojó al irlandés, quien la atrapó al vuelo.

—¿Qué queréis que haga con esto? ¿Os ataco?

—Os lo ruego, maese Tomás. —Tristán recogió su rodela de acero labrado y se la encajó en el puño izquierdo; se trataba de un pequeño escudo circular y de superficie curva, tan solo algo más grande que una bandeja de mesa.

—¿Y si os hago daño? —Tomás esbozó una sonrisa malvada. Tristán ejecutó una reverencia exagerada.

—Os aplaudiré, tenedlo por seguro.

Los presentes formaron un círculo alrededor de los duelistas; los demás marineros interrumpieron sus tareas para presenciar el combate. Hasta Eugenio Madeira, el cocinero, dejó de cortar zanahorias para no perdérselo. Tristán se veía pequeño al lado de la mole de Tomás, que se hacía con el manejo de la espada curva a dos manos y estudiaba los movimientos de su oponente. Sin mediar advertencia alguna, hizo un amago de ataque descendente, pero el Duque no se dejó sorprender y comenzó a girar alrededor del gigante, como si pretendiera rodearlo con pasos de bailarín.

Tomás atacó con fuerza en un movimiento oblicuo dirigido hacia la base del cuello. Tristán dio un paso atrás, esquivó la hoja de madera y la acompañó con la rodela, a la vez que giraba sobre sí mismo y descargaba un golpe en los riñones del irlandés. Midió la fuerza en el último momento: si aquello hubiera sido un combate real, en aquel instante Tomás estaría herido de muerte.

—¡Maldición! —juró el irlandés, dando un pisotón de rabia en cubierta.

El Duque le sonrió y le dedicó un guiño. Tomás descargó esta vez una estocada de lado a lado que casi le acierta en el estómago. Tristán paró un segundo ataque con la réplica de su espada, pero no lo

esperaba tan fuerte y trastabilló. Desequilibrado, se protegió con la rodela, pero el tercer golpe fue tan contundente que le obligó a hincar la rodilla. Intentó recuperarse, pero el siguiente movimiento de Tomás le desconcertó: el gigante se agachó y atacó con un barrido de la hoja a ras del suelo. La madera le dio en el pie al Duque y le hizo caer de espaldas sobre la cubierta. Con un rugido más animal que humano, Tomás giró la cimitarra agarrándola como un gigantesco puñal y marcó el pecho del Duque, que estaba despatarrado en el suelo, sin creerse lo que le estaba pasando. Ambos se miraron fijamente y luego todos rompieron a reír. En segunda fila, Gil le dio unas monedas a Zilhão, quien había apostado por el irlandés. Era la primera vez que Alonso veía a Tomás combatir en serio, y su admiración por él se elevó hasta tocar el cielo. Tomás tendió su manaza al Duque y le ayudó a levantarse. Era curioso cómo se habían acostumbrado al movimiento de la embarcación: durante las primeras horas, habían caminado como borrachos y, por la tarde, ya se habían hecho al vaivén del barco.

—Espero no encontrarme a un moro tan grande y diestro como vos, maese Tomás. —El Duque le dedicó una reverencia muy distinta a la parodia de antes del duelo; esta, cargada de respeto—. Vuestra fuerza es colosal. En un combate real, habría perdido el pie y luego la vida.

—Recordad que os ataqué cuando ya estaba muerto, excelencia. —Tomás le devolvió la reverencia—. Vuestra técnica es envidiable y vuestra velocidad prodigiosa. En Lisboa dijisteis que los nobles no se manchan las manos en asuntos como el que nos ocupa. Ya veo que vos no tenéis inconveniente en hacerlo.

—Ni tengo esposa que me espere, ni rapaces que criar. Mientras todo siga así, prefiero que me separen la cabeza de los hombros que morir tosiendo sangre en una cama.

La Cruz do Sul fondeó en algún lugar de la costa bereber de noche, y la ausencia total de luz parecía recrear la nada más absoluta. No había ni un farol encendido en la embarcación. En el castillo de proa, el capitán Arantes prendió una lámpara de mano y la movió de un lado a otro. Una luz cercana respondió a sus señales. Poco después, el sonido de unos remos batiendo las tranquilas aguas perturbó el silencio. Los marineros de la carabela descolgaron una escala de cuerda que no tardó en ser asegurada por los tripulantes del bote.

—¿Preparados? —preguntó el Duque a sus hombres.

La respuesta afirmativa se oyó en la oscuridad cerrada como un

murmullo de misa. Zilhão, Gil y Quirós fueron los primeros en bajar por la escala al bote abarloado contra el costado de la carabela. El contramaestre Vilanova tocó a Alonso en la espalda, indicándole que era el siguiente. Tomás fue detrás de Veira, aunque su descenso fue más torpe a causa de su tamaño. Por último, Tristán de Souza se despidió de quienes se quedaban en el barco. Él lideraría el asalto, como un espadachín más.

—Suerte, excelencia —le deseó Gomes, el piloto.

—Espero regresar con nuestro rey antes del amanecer. Rezad por nosotros.

—Lo haremos —le prometió Arantes.

El Duque bajó por la escala con la misma facilidad con que habría descendido los peldaños de mármol de su palacete. Vestía como los demás miembros de su fuerza de asalto, con una combinación de ropajes occidentales y árabes que eran idóneos para fundirse con la noche: botas altas de media caña sin hebillas para no engancharse con matojos ni hacer ruido; calzones ajustados, sin acuchillar, tan negros como el resto de su atuendo; una camisola cerrada hasta el cuello, cubierta por un coleto sin mangas, de cuero grueso y sin remaches metálicos que pudieran arrancar un destello; en la cabeza, una versión del turbante de los hombres del desierto que apenas dejaba los ojos al descubierto. Las zonas de piel estaban tiznadas con restos de carbón. Parecían fantasmas negros.

Una vez acomodado en el bote, el Duque saludó a un moro casi tan alto como Tomás aunque menos corpulento. Su piel era tan negra como las ropas de los portugueses. Entrelazaron sus manos y palmearon sus brazos. Los remeros, en sus puestos, no esperaron orden alguna para bogar rumbo a la costa.

—¿Cómo estás, Omar? Hacía mucho que no te veía, hermano.

—Han pasado casi tres años, Tristán —respondió el hombre de piel negra en perfecto portugués; en la oscuridad, era imposible distinguir cualquier detalle de sus facciones. En cuanto dieron el saludo por finalizado, Omar le pasó una llave grande—. Es de la cancela de la playa —explicó—. Ayer sucedió algo extraño: un grupo numeroso de soldados salió de la torre y partió hacia el oeste. No vimos entre ellos a Sebastián. Todo esto es muy raro —gruñó—. ¿Por qué rebajar la guardia justo ahora, cuando sabemos que alguien sigue vuestros pasos y podría saber que venís?

—Puede que sus informadores no trabajen tan bien como los nuestros —respondió el Duque, optimista—. ¿Pudiste ver a Sebastián con tus propios ojos?

—Hace una semana le sacaron a plena luz del día y pude verlo desde mi escondite: un joven rubio, fuerte y con pelo rizado. Le custodiaban seis soldados armados —hizo una pausa y volvió a centrarse en el plan inicial—. No creo que esperen un ataque por el túnel, pero si veis indicios de que pueda ser una trampa, dad media vuelta y regresad a la playa. Ya planearemos otra cosa…

—¿Y vosotros qué haréis mientras tanto? —preguntó el Duque.

—Mis hombres y yo cubriremos la entrada delantera e intervendremos si fuera necesario. Y ahora silencio, nos acercamos a la costa.

Como una ola más, el bote de remos llegó a la orilla de una playa pedregosa sembrada de rocas de todas formas y tamaños. La noche era tan oscura y los atuendos tan negros que los ojos de los portugueses se las veían y se las deseaban para acostumbrarse a las tinieblas.

—Cuidado con las piedras, no os vayáis a caer —advirtió Omar, pasando la mano por la espalda a los hombres del Duque según abandonaban el bote; al llegarle el turno a Tomás, no pudo reprimir hacer un comentario acerca de su tamaño y del de su espada—. No creo que haya dragones que matar en esa torre, pero ya veo que venís preparado, por si acaso.

—Me gusta trocear lo que mato —dijo Tomás, sin alterarse—. Eso facilita mucho las cosas a los desgraciados a quienes les toca limpiar los estropicios que dejo atrás.

Omar reprimió una risa y cedió el paso a Alonso, que saltó de la barca intentando no hacer ruido. Así, uno tras otro abandonaron el bote y se reunieron en la playa. Omar y Tristán hablaron por última vez antes de separarse.

—Sigue hacia el este, hasta que encuentres unas rocas grandes que te impidan el paso —explicó—. Tendréis que meteros en el agua, así que despedíos de tener los calzones secos. El túnel se abre entre las dos rocas grandes. Dentro encontraréis la verja que lo cierra. Andad con cuidado, puede haber algo más que ratas en esos pasadizos.

—Lo tendremos —le aseguró Tristán, ajustándose la ropa y los correajes—. Llevamos dos días sin hacer otra cosa que practicar con la espada y planear esta incursión.

—Dejaremos aquí el bote. Mis hombres y yo nos reuniremos ahora mismo con los que vigilan la zona exterior del fuerte. No estaréis solos. Que Alá os proteja.

Omar y sus hombres se fundieron con las sombras, dejando solos a los portugueses. A la mente de Alonso regresaron los angustiosos momentos vividos después de la Batalla de Alcazarquivir, cuando trataba de sobrevivir noche tras noche junto a Gonzalo, el fronteiro. Aquel día se sentía igual que entonces, solo en mitad de ninguna parte, con la guadaña de la Muerte gravitando sobre él en una perpetua amenaza.

Los siete avanzaron por la playa con cuidado, forzando la vista como si pretendieran taladrar las tinieblas. Al poco rato, llegaron a la roca grande que interrumpía la orilla de cantos rodados.

—Al agua —ordenó el Duque, en un susurro.

Todos se metieron en el mar sin pensarlo, excepto Quirós, el cañonero, quien lo hizo con sumo cuidado, elevando a los cielos un morral de cuero donde llevaba lo que él denominaba «sus juguetes». Si alguien cometiera la imprudencia de arrimar una candela a esa bolsa, sus restos acabarían salpicándolo todo a cincuenta varas a la redonda.

Rodearon el primer roquedo y regresaron a tientas a tierra. Entre los dos enormes peñascos, el mar había reducido el suelo pedregoso a un arenal húmedo en el que se hundían hasta los tobillos. Veira, el más sigiloso de todos, sacó sus dos dagas del cinturón y avanzó en cuclillas hacia donde debía encontrarse la verja. Después de unos segundos, reapareció y les hizo una seña para que le siguieran.

—No toquéis nada hasta que yo llegue —advirtió Quirós, cuya bolsa de explosivos volvía a colgar de su costado—. No podemos descartar que hayan puesto una trampa en la cancela.

Detrás de la reja no se apreciaba ni el tenue resplandor de una vela. Zilhão, cuyos labios parecían no moverse detrás del espeso bigote que llevaba, se volvió hacia el Duque.

—¿Encendemos faroles, excelencia?

—Adelante —aprobó—. Con un par de ellos bastará.

Zilhão encajó un palito impregnado de azufre en una grieta de la pared e hizo saltar chispas de un trozo de pedernal, muy cerca de él. El palo prendió, y con él encendió su lámpara y la de Gil, que le

aguardaba con la puertecita de cobre y cristal abierta. La súbita luz deslumbró a todos, pero la agradecieron como si fuera la llama del Espíritu Santo. La cancela de hierro se dibujó delante de ellos. Sus barrotes, gruesos y cuadrados, estaban oxidados por la cercanía del mar, que a veces, cuando se enfurecía, llegaba a salpicarlos. La cerradura era un mazacote rectangular adosado a la reja. Quirós tomó prestado el farol de Zilhão y examinó la entrada de arriba a abajo. A la luz de la candela, parecía una especie de pájaro enfurruñado.

—Nada —dijo al fin.

Tristán hizo girar la llave en la cerradura. Le costó un poco, pero la hizo ceder sin demasiados problemas. Empujó la cancela y esta protestó con un quejido herrumbroso. Sin que nadie tuviera que decirle nada, Veira avanzó por la boca negra que se abría ante él. Lo hizo en la oscuridad, muy por delante de sus compañeros, para que nadie viera la luz de sus faroles. Se asomó a la primera esquina del pasillo e hizo una seña al resto. Conforme caminaban, Quirós no dejaba de examinar suelo, paredes y techo en busca de algún indicio de trampa. Podían parecer manías suyas, pero no sería la primera vez que encontraba un cordel conectado a una trampa de estacas o a un par de barriles de pólvora. El túnel era bastante más amplio y menos húmedo de lo que podría esperarse estando tan próximo al mar. En algunos tramos podían caminar erguidos a excepción de Tomás, que tenía que ir agachado todo el tiempo. Siempre con Veira por delante, llegaron a un recodo que se elevaba en una pendiente que ascendía unos diez pasos para luego cambiar de dirección.

—Parece que el túnel serpentea a menudo —susurró el Duque—. Sigamos a Luis más de cerca. No creo que vean el brillo de las lámparas con tanta curva, y así él tampoco irá a ciegas.

Avanzaron muy despacio, agachados, tratando de no arrancar ni un susurro a las piedrecitas que alfombraban el suelo. Quirós le pisaba los talones a Luis, empuñando un hacha pequeña y afilada, fácil de usar con una mano; Gil y Zilhão caminaban aferrados a las empuñaduras de sus espadas, prestos a desenfundarlas. Alonso iba junto a Tristán, que miraba hacia atrás constantemente por miedo a que Tomás se rezagara. Pronto descubrió que sus temores eran infundados: a pesar de ir agachado, el irlandés no se quedaba atrás.

Luis desapareció en otra curva del túnel y reapareció de inmediato, deteniéndoles con un gesto de la mano.

—Antorchas —susurró—. Hay antorchas en la pared.

Gil desnudó la hoja de su tizona.

—¿Has visto a alguien?

—No, pero alguien tiene que mantener las antorchas encendidas —razonó Veira—. A partir de aquí el corredor se ensancha y es más alto. Ya no parece un túnel natural, sino excavado por la mano del hombre.

—Apagad los faroles y preparad vuestras armas —ordenó Tristán, desenfundando su espada y empuñando la rodela.

Tomás se adelantó y se dirigió a él. En sus manos llevaba la claymore que, a tan corta distancia, imponía miedo, más que respeto.

—Excelencia, Luis ha dicho que a partir de ahora el techo del túnel es más alto. Os ruego me permitáis ir detrás de él.

El Duque le cedió el paso.

—Adelante, me siento más tranquilo con ese espadón lejos de mis posaderas.

El irlandés dejó escapar una risita sorda y se colocó justo detrás de Veira, quien le recibió con una sonrisa de medio lado. Tener a un gigante cubriéndole las espaldas con un arma descomunal le daba seguridad. Alonso llevaba la suya elevada en posición defensiva a la altura del rostro, como su amigo le había enseñado.

El túnel se ampliaba delante de ellos, y ahora podían verse gruesas vigas y columnas de madera apuntalando paredes y techo. A cada pocos pasos, una antorcha encajada en un herraje alumbraba el subterráneo. Veira caminó hasta el siguiente recodo con paso felino. Se asomó a él un instante e informó a los demás de lo que había visto.

—Hay una especie de sala a la derecha, será mejor que vayamos con cuidado.

Quirós se encendió un cigarro con una de las antorchas y chupó de él con fuerza, avivando la punta, que refulgió con un brillo rojo e infernal. Zilhão, que sabía lo que significaba ver al bombardero con una lumbre cerca, le señaló con un dedo amenazador.

—Ni se te ocurra lanzar uno de esos chismes. —En el pasado, Zilhão ya había podido comprobar cómo Quirós se entusiasmaba con sus juguetes—. La última vez casi nos matas a todos.

—La última vez os salvé el culo —rezongó Quirós, pronunciando mal las palabras al tener el puro entre los dientes; el cañonero levantó su hacha, mostrándosela—. Tranquilo, solo usaré esta… por ahora.

—¡Silencio! —ordenó el Duque, con un susurro algo más fuerte de lo normal; a continuación, le hizo una seña a Veira—. Adelante.

Luis hizo girar las dagas en sus manos y se mordió el labio inferior. Su instinto le gritaba dentro de su cabeza que esa sala no iba a estar desierta. Caminó como si fuera un fantasma en busca de más ánimas que llevarse con él. Tomás, con la claymore alzada, le seguía dos pasos por detrás. Alonso, que respiraba la mitad de lo que lo hacía normalmente, iba pegado al irlandés. Los dos espadachines del Duque, Gil y Zilhão, intentaban abrirse hueco por los laterales del corredor. Conforme se acercaban a la sala, oyeron unos ruidos rítmicos: golpes de algo muy pequeño contra una superficie de madera. Luis se apostó junto a la entrada —que no tenía puerta que pudiera cerrarse— y se asomó con mucho sigilo a su interior.

Dentro había tres hombres ataviados con ropajes árabes sentados alrededor de una mesa. Dos de ellos lanzaban dados sobre un tablero pintado y movían fichas de distintos colores, mientras el tercero asistía a la partida, probablemente esperando su turno de juego. Un par de candelabros y algunas velas sueltas daban a la estancia una atmósfera acogedora. Luis contó cuatro camastros de paja en el suelo; sobre estos reposaban un pequeño montón de ropa y tres alfanjes, por lo que aparte de las gumías que casi con toda seguridad llevaban en sus fajines, los moros estaban desarmados. Era evidente que no esperaban el ataque desde el túnel. Luis levantó tres dedos hacia sus compañeros y señaló al interior.

Veira entró como una exhalación, sin darles tiempo a reaccionar. Tomás y Alonso lo hicieron casi a la vez, con las claymore en alto. El que estaba a la izquierda solo pudo echarse la mano a la garganta, que ahora presentaba una boca abierta y roja que no paraba de regar sangre sobre el tablero. Ni siquiera pudo gritar: la daga izquierda de Luis había cortado la arteria y ahora se desangraba sin remedio. La daga derecha le abrió un corte en la frente al segundo jugador, que cayó del banco donde se sentaba al suelo, cegado por la sangre que le chorreaba en los ojos: un viejo truco de salteador de caminos. Tomás bajó la espada con todas sus fuerzas y el pecho del desgraciado se partió en dos, con un escalofriante crujido de huesos rotos y una herida tan abierta como sus ojos ensangrentados, que parecían no terminar de creerse lo que acababa de sucederle. El tercero, el espectador del juego, esgrimió su puñal curvo delante de él, gritando

súplicas en árabe y caminando hacia atrás hasta topar con la pared que tenía a su espalda.

Gil y Zilhão entraron en la habitación dando brincos como saltimbanquis de feria, sorprendiendo tanto a amigos como al enemigo. Gil se adelantó a su compañero y saltó sobre la mesa, tirando el tablero y desperdigando fichas y dados; se plantó delante del moro, trazó con su espada un movimiento circular y lo desarmó sin problemas, para luego enterrar la hoja en su corazón. El moro abrió una boca enorme en un grito sin palabras y se aferró a la espada que le había robado la vida como si le rogara que se la devolviera. Con lentitud, y con las manos tan ensangrentadas como el pecho, se deslizó por la pared, dejó un rastro rojo en ella, y quedó sentado en el suelo.

En la puerta, el Duque y Quirós vigilaban el pasillo con los ojos desencajados por la tensión. Alonso estaba perplejo: aquello no había durado ni diez segundos. Le sorprendió mucho la agilidad de Zilhão y de Gil: este último parecía un acróbata de circo en vez de un espadachín. Un torrente de sensaciones le inundó en ese momento. Esta vez había sido muy distinto a la Batalla de Alcazarquivir. Entonces se había sentido asustado, desprotegido, y tan solo había podido combatir arrastrado por un instinto de supervivencia aliñado con la especia amarga del miedo a morir. Esta vez eran ellos los ejecutores, quienes sembraban terror y segaban vidas. Si todos los soldados de Sebastián hubieran sido como ellos, habrían acabado con los de Abdelmalik a pesar de la desventaja numérica. Por primera vez esa noche, Alonso fue consciente de que podría estar a punto de reencontrarse con su admirado Rey. ¿Le reconocería, después de tanto tiempo?

—Nada en el pasillo —informó el Duque desde la puerta en un susurro —. Lo habéis hecho muy bien, me siento orgulloso de vosotros.

Luis limpió sus dagas en el calzón del moro degollado, inspiró a fondo para que el corazón volviera a su ritmo normal y salió de nuevo al pasaje. Tomás también estaba alterado y con la respiración agitada. Hacía años que no mataba a nadie y, por muy necesario que fuera, quitar una vida nunca había sido plato de gusto para él. Afuera, el corredor permanecía en silencio. Demasiado en silencio. Veira localizó otra sala, esta vez a la izquierda. Se asomó con cuidado y paseó su vista por ella. Tenía pinta de ser un almacén, o tal vez una despensa, y no había un alma dentro.

—Esto me da mala espina —gruñó Quirós, acompañando sus palabras

con una bocanada de humo azulado—. Muy poca gente para custodiar a un rey…

Recorrieron una veintena de pasos y el corredor les llevó a unas escaleras de piedra gris que subían, empinadas, hacia la superficie. El túnel terminaba allí, y la torre que servía de presidio a Sebastián de Portugal se abría ante ellos. Veira ascendió los peldaños y se encontró con una puerta acerrojada desde dentro: aquello confirmaba que el enemigo esperaba un ataque procedente del exterior. Gil movió la espada, nervioso. Estaba pegado a la espalda de Luis. Admirado por su destreza y veteranía, Alonso le había cedido, respetuoso, el puesto de vanguardia.

—Detrás de esa puerta podría haber una caterva de moros…

Gil no se dio cuenta de que había pensado en voz alta. A su lado, Quirós negó con la cabeza, se hizo paso hasta la puerta y le apartó. Examinó el batiente con cuidado y descorrió el cerrojo sin más precauciones.

—No subáis… esperadme aquí abajo y agachaos, por si acaso. ¡Ah! Y volved a echar el cerrojo.

Sin darles tiempo a replicar, la figura menuda y enjuta de Claudio Quirós desapareció. Veira interrogó al Duque con la mirada; este asintió, como si adivinara la pregunta muda de Luis, y contestó:

—Haz lo que ha dicho. Corre ese cerrojo y reza.

Quirós subió cuatro peldaños y desembocó en una habitación vacía que tenía otra puerta abierta al fondo. Estaba repleta de camastros, cofres abiertos tan vacíos como la estancia y al menos una decena de barriles apilados junto a los lechos. No le hizo falta abrirlos para saber qué contenían.

Pólvora.

Un par de hachones iluminaban lo que parecía ser un barracón militar; por fortuna, estaban colocados lejos de los explosivos. Quirós examinó el suelo y descubrió frente a él una gruesa mancha negra que formaba un río hasta los barriles. Con mucho cuidado, dejó caer un salivajo sobre su puro encendido, apagándolo en el acto. Depositó la colilla sobre una de las camas y esquivó el reguero de pólvora que abandonaba el cuerpo de guardia para adentrarse en las entrañas de la fortaleza. Recorrió un breve pasillo sin iluminar y se encontró, de repente, en mitad de un vestíbulo grande y circular, con unas

escaleras que subían hasta la cima de la torre. Los muebles habían sido retirados y por todas partes había barriles de pólvora. Había muchos, los suficientes para volar la torre en un millón de pedazos.

Quirós se rio para sus adentros al descubrir la burda trampa que les habían preparado. Una trampa tan burda como mortal. Ver el ingenio le tranquilizó: ahora estaba seguro de que en la torre no había nadie más y de que, como bien había dicho Omar, los moros no les esperaban por el túnel.

Sobre la puerta de entrada, justo encima de un buen montón de pólvora conectada mediante mechas y regueros a los barriles, había una lámpara de aceite sujeta por un hierro al quicio. Si alguien pretendiera abrirla desde el exterior, el farol encendido caería sobre la pólvora y todos los barriles estallarían casi a la vez, reduciendo el edificio a un montón de ruinas y llevándose por delante a cualquiera que estuviera a cien varas a la redonda. Antes de que Omar y sus hombres decidieran irrumpir en la torre por su cuenta, Quirós deshizo los regueros con el pie, arrastró una mesa y se encaramó a ella, descolgando el farol con cuidado y desactivando así la trampa. Fue justo al dejar la lámpara apagada sobre una de las mesas, cuando una voz lastimera llamó su atención desde una habitación adyacente. Quirós se percató de que estaba acerrojada con un pasador grande y robusto.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó la voz en perfecto portugués—. Ayuda, por favor…

El artificiero distinguió un ventanuco en la puerta de lo que sin duda era una celda. Más abajo, descubrió otra pequeña abertura destinada a pasar alimentos a un preso. Con los nervios aferrados a sus tripas, abrió la mirilla y echó un vistazo dentro.

—¿Quién sois? —preguntó.

El hombre de la celda, un joven de cabello ensortijado y barbas rubias, le respondió desde el fondo de la estancia:

—Sebastián de Avis, soberano de Portugal.

Si no fuera por la cantidad de pólvora que había por doquier, Claudio Quirós se habría encendido otro cigarro, y este no para prender la mecha de sus granadas, precisamente. Sin decir palabra, y deshaciendo con el pie los regueros de pólvora que encontraba a su paso, trotó de regreso al túnel a informar a sus compañeros.

Iban a pasar a la Historia: acababan de encontrar al rey perdido de Portugal.

CAPÍTULO XXIX

ALONSO, ARROPADO POR TODO SU grupo, se plantó ante la puerta de la celda de quien había afirmado ser Sebastián de Portugal. Sentía el corazón desbocado, la garganta seca y las piernas a punto de convertirse en un par de sarmientos traicioneros. Tanto él como los demás portaban las armas desenfundadas, aún a la espera de algún ardid. Zilhão y Gil subieron las escaleras de la torre con zancadas tan ligeras como silenciosas, para comprobar que el piso superior estaba tan deshabitado como el resto del edificio.

—Descorre el cerrojo —ordenó el Duque a Quirós.

El pasador, bien engrasado, se deslizó con facilidad y la puerta se abrió. El hedor a heces y orina, que procedía de un cubo que llevaba tiempo sin vaciar, les atizó en la cara como una bofetada. La paja del suelo salpicaba por todas partes las vestiduras del prisionero, que consistían en un pantalón bombacho de estilo árabe y un blusón blanco cuatro tallas por encima de la correcta. Este les obsequió con una mirada asustada, muy impropia de un noble. Tristán hizo una seña a Alonso para que se acercara y reconociera al prisionero.

Las miradas de Alonso y el cautivo se cruzaron durante unos segundos que se alargaron hasta el infinito. El joven examinó al preso de arriba a abajo y este aguantó su examen con una actitud muy lejana a la arrogancia que a todo monarca se le supone. Sus ojos azules reflejaban temor. Su boca se abrió un instante, revelando una dentadura incompleta que hizo que el corazón de Alonso diera un vuelco.

—¿Y bien? —le instó Tristán, con expresión tensa.

—No es él, excelencia —dictaminó Alonso, deshinchando el ánimo de sus compañeros, incluidos Zilhão y Gil, que no habían encontrado amenaza alguna en los pisos superiores de la torre. La decepción reinó en el ambiente como una mala sorpresa.

—Le faltan los dientes… —observó el Duque.

—No es él —insistió Alonso—. Se parece mucho, pero no es Sebastián. Le faltan dos dientes, sí, pero no es quien yo vi en Alcazarquivir.

El impostor pareció arrugarse en la celda, como si acabara de ser descubierto cometiendo el más abyecto de los crímenes. El poco color que quedaba en su cara dio paso a una lividez cadavérica. Como el perro que huele el miedo de su presa, Veira entró en la celda empuñando una de sus dagas, agarró al impostor por el pescuezo y lo sacó a empujones.

—¿Sabes lo que le sucedió a uno que se hizo pasar por el Rey justo después de la batalla? —le preguntó, obligándole a arrodillarse delante del duque de Alandroal—. Aquel hijoputa se llamaba Diego de Mello. Lo ahorcaron en Arcila. Danos una razón para que nosotros no hagamos lo mismo contigo.

Con un gesto, Tristán le indicó a Veira que se tranquilizara. Aquel desgraciado no parecía un enemigo, sino una víctima. El Duque se acuclilló a su lado.

—Cuéntame. ¿Por qué has pretendido hacerte pasar por Sebastián?

Aunque la daga de Veira permanecía lejos de su pescuezo, el rubio notaba su presencia amenazadora justo detrás del cogote. El resto de aquella pequeña fuerza de asalto le rodeaba sin soltar las armas. Se les veía hombres bragados, lo bastante locos como para infiltrarse en una torre perdida en Berbería. Para colmo, un gigante barbudo que permanecía en segunda fila clavaba sus ojos ceñudos en él, llevando en sus manazas la espada más grande del mundo.

—Me lo ordenaron —dijo al fin, agachando la cabeza.

El Duque clavó en él una mirada que logró ser compasiva y autoritaria a la vez.

—¿Quién te lo ordenó? Será más fácil si empiezas desde el principio…

—Mi nombre es Mauricio Borba, sargento de piqueros del tercio de don Vasco de Silveira. Fui hecho prisionero en Alcazarquivir y, hasta hace dos o tres semanas, estuve confinado en un campo de prisioneros al sur de Chauen. La verdad es que no estoy seguro del tiempo que llevo aquí, aunque no creo que llegue a un mes. Me sacaron del campamento sin decirme adónde me llevaban. Tuve miedo: pensé que iban a torturarme o a asesinarme. No recibí explicación alguna. Me encerraron en un carruaje y llegué aquí después de tres días de viaje.

»Me sorprendió que me encerraran en esta torre, solo y tan lejos de todo. Cada vez que les preguntaba por qué me habían traído aquí, me daban una paliza. Pensé que los moros me habrían confundido con algún personaje ilustre, y que por eso me habían confinado en este lugar, tal vez para negociar un rescate. Las primeras noches que pasé en vela me aferré a esa esperanza. Era el único consuelo que me quedaba.

»Al tercer día, apareció un moro gigantesco armado con unas tenazas. Mis carceleros me agarraron por detrás y me inmovilizaron. El cabrón me arrancó dos dientes —durante un instante, un gesto de ira poseyó el rostro de Borba—. El dolor fue inaguantable y me desmayé, bañado en mi propia sangre. Al menos, tuvieron la decencia de traerme ropa limpia al día siguiente.

Tomás resopló detrás de Alonso, quien componía una mueca de desagrado, como si compartiera de algún modo el tremendo dolor que tuvo que sufrir aquel desgraciado. Los demás atendían en silencio las palabras del joven, cuya voz perdía poco a poco el temblor para dar paso a una rabia contenida.

—Hace dos noches, vino a visitarme un hombre que no pertenecía a la guarnición de esta torre. Un tipo con cara de pocos amigos, con una perilla afilada como un puñal. No era árabe —aclaró—. Por su acento y atuendo, juraría que era castellano. Me explicó que un grupo de portugueses vendría en mi auxilio en unos días. Yo no entendí nada. Me insistió en que yo debería hacerme pasar en todo momento por Sebastián de Avis. Me dijo: «Si haces bien esto que te digo, conservarás el pellejo y vivirás el resto de tus días con las comodidades de un rey; si no lo haces, esos hombres te matarán sin pensárselo dos veces». —Soltó una risa amarga—. ¡Menuda idiotez! Aunque fingiera ser Sebastián y lograra engañaros, ¿qué pasaría al llegar a Portugal? —Señaló con el pulgar a Veira, que seguía pegado a su chepa—. Me descubrirían y, ya lo ha dicho vuestro amigo, me colgarían por impostor. Ignoro la razón de esta farsa, pero en mi defensa solo puedo decir que obedecí para tratar de salvar el cuello… y ahora mi cuello depende de vosotros.

El Duque enfundó su espada. No veía amenaza en aquel hombre que, arrodillado, aguardaba en silencio su destino. Expuso su teoría en voz alta; en su mente, todo estaba claro.

—Este desdichado no es más que un cebo. ¿Cuántos días decís que lleváis aquí, sargento Borba?

—Unas tres semanas, si no me equivoco —respondió—. Controlar el tiempo aquí dentro es difícil.

Aquella información reforzaba la teoría del Duque.

—Nos consta que Sebastián estuvo confinado en esta torre desde mucho antes: hace al menos cuatro meses que Omar y los suyos dieron con él. Lo sacaban a pasear tres veces al día, custodiado por varios soldados. Cuando el enemigo supo que íbamos a venir en su busca nos preparó este tinglado. —El Duque señaló los explosivos con la mano —. Si hubiéramos entrado por la puerta principal, todo habría volado por los aires, incluido él.

Gil expresó su conclusión en voz alta:

—Y ya no habría duda de que Sebastián había muerto… y esta vez la información vendría de los mismos sebastianistas.

—Así es —confirmó el Duque, satisfecho de la sagacidad de su hombre —. Si eso llega a suceder, nuestra causa perdería su razón de ser. Pero nuestro enemigo también tuvo en cuenta la posibilidad de que la trampa fallara: en ese caso, rescataríamos a un impostor que acabaría desacreditándonos ante Portugal y ante nuestros simpatizantes. Suerte que contamos con Alonso; de otro modo, habrían ganado ellos.

—¿Puedo preguntaros algo? —se atrevió Mauricio Borba.

—Adelante.

—¿Quiénes sois?

El Duque le hizo una seña para que se levantara, y el preso obedeció.

—Somos amigos, leales servidores de Portugal y de su legítimo rey, don Sebastián de Avis. Soy Tristán de Souza, duque de Alandroal, y os llevaré conmigo de vuelta a Lisboa. Vuestros días de sufrimiento y cautiverio han concluido.

El sargento besó su mano entre lágrimas de alivio y palabras de agradecimiento. Después del infierno que había vivido, sintió que había vuelto a nacer.

—¿Qué hacemos ahora, excelencia? —preguntó Quirós—. Puedo volar este torreón y reducirlo a escombros, si queréis…

—No. Vamos a demostrarles a nuestros enemigos que somos más listos

que ellos. Nos vamos por donde hemos venido. Gil, sube a lo alto de la torre, enciende un farol y hazle señas a Omar. Muévelo cuatro veces, él lo entenderá. Nos encontraremos con él en la playa para que nos lleve hasta la Cruz do Sul. Luego regresa al túnel sin entretenerte, no sabemos si el enemigo anda por los alrededores. Nosotros iremos delante.

Gil salió disparado escaleras arriba con la lámpara apagada en la mano. El resto del grupo, junto con Mauricio Borba, se internó de nuevo en el subterráneo que comunicaba la torre con la orilla del mar.

Mientras avanzaba por el pasadizo, Borba no paró de dar gracias a Dios.

—Vamos a la playa —ordenó Omar a sus hombres después de ver el farol moverse cuatro veces—. Andemos con cuidado, el enemigo podría estar cerca.

Como una comitiva de fantasmas, un pequeño ejército de musulmanes leales a Portugal avanzó entre las sombras de la noche en dirección a la costa. Nadie les vio moverse, ni siquiera el grupo de hombres que esperaban que la noche se iluminara con un mar de fuego. Uno de ellos, un moro gordo con trazas de matarife, se aceró al jefe, un hombre de menos de treinta años, de perilla afilada y nariz redonda y carnosa, que no apartaba la mirada del espacio a oscuras donde debía estar la torre y donde tan solo hacía unos instantes había brillado una luz sospechosa.

—Maese Unai, ¿habéis visto esas extrañas señales? Procedían de la torre. ¿Y si los soldados que dejamos de retén intentan decirnos algo…?

Unai Aguirre torció el gesto, disgustado. Uno de sus oteadores le había informado que había detectado una chalupa desembarcando a un grupo de hombres en la playa, no lejos de donde se encontraban. Presuroso por darle la noticia, y temeroso de que la explosión pudiera sorprenderle, el espía había corrido a transmitirle la buena nueva a su patrón hacía ya más de una hora. ¿Por qué los portugueses no habían atacado, como estaba previsto?

—¿Mando a un par de hombres a investigar? —preguntó el matarife.

—No teníamos previsto un código de señales. Esto me da mala espina…

—¿Qué hacemos, entonces?

—Esperar a que amanezca, no podemos hacer otra cosa.

Aguardaron hasta que la luz del alba reveló la torre. La campiña que la rodeaba parecía desierta y los pájaros mañaneros cantaban a placer, lo que evidenciaba que no había nadie cerca para importunarles. Los doce hombres que formaban el grupo de Unai Aguirre descendieron por una vereda que llevaba a la playa, para entrar en la torre por el túnel. Hacerlo por la puerta principal era un suicidio. Unai sacó una copia de la llave de la cancela y la hizo girar en la cerradura. Tres de sus secuaces portaban antorchas encendidas.

—Tened cuidado con eso —les advirtió el matarife—. Arriba hay pólvora para hundir una flota.

Avanzaron por el túnel hasta llegar al cuerpo de guardia, donde encontraron a los tres soldados muertos. Unai soltó una imprecación. Los demás desenfundaron sus espadas curvas, con los rostros desencajados por el miedo.

—Esos hijos de puta han estado aquí —dedujo Unai—. Han entrado por el pasadizo.

—Cuidado, entonces —susurró el gordo, sacando su alfanje del cinto; la hoja temblaba en su mano, más acostumbrado a las intrigas que a la acción—. Puede que aún sigan arriba…

Avanzaron con pasos cautelosos y encontraron abierta la puerta que separaba el túnel de la torre. Unai resopló, aliviado: al menos, no habían dejado una trampa preparada para ellos. Llegaron a la sala principal y descubrieron que la celda que alojaba al impostor estaba abierta y que la trampa explosiva había sido desactivada. Los bereberes inspeccionaron el resto la torre: estaba vacía.

—Son más astutos de lo que creíamos —se atrevió a decir el matarife.

Unai Aguirre no respondió. Giró sobre sus talones, se encaró con él y le dio una orden:

—Envía una paloma a mi hermano Urko. Dile que los sebastianistas se nos han colado por detrás y se han llevado con ellos a nuestro actor. Si se han tragado el engaño, se pondrán en ridículo ellos mismos en cuanto lleguen a Portugal. —Unai palmeó dos veces la mejilla del matarife, en un gesto que pretendía ser de cariño—. Alegra esa cara, Baroudi, coño, que todavía no hemos perdido.

Dicho esto, abrió la puerta principal de la torre e inspiró el aire de la

mañana, iluminado ahora por el sol que comenzaba a salir por el este. A muchas millas de allí, mar adentro, la Cruz do Sul surcaba las olas, rumbo a tierras cristianas.

CAPÍTULO XXX

14 de julio de 1579, Gibraltar

ESA MAÑANA, LA CRUZ DO Sul fondeó en el puerto de Gibraltar después de dejar en la desembocadura del río Martil a Gil, Zilhão y Veira; desde allí viajarían a Tetuán para reunirse con los contactos sebastianistas de Abraham Gibre, informarles del infructuoso resultado de la incursión y reactivar la búsqueda de Sebastián, ahora que sabían que había sido trasladado. Mientras tanto, Omar y sus fieles volverían a peinar el norte de África como llevaban haciéndolo desde Alcazarquivir. «Hoy volvemos a empezar», había dicho Tristán de Souza el día anterior. En lugar de decepción, su voz reflejó más determinación que nunca. «Movilizaremos a todos nuestros agentes para encontrar a nuestro rey, y si tenemos que remover hasta la última piedra de Berbería, la removeremos».

El Duque anduvo silencioso y pensativo durante el viaje de regreso, que con vientos de proa no fue tan veloz como el de ida. No paraba de darle vueltas a quién podría ser el soplón: o bien algún miembro de su tripulación —cosa que le costaba trabajo creer—, o bien alguno de sus criados, o incluso cualquier otro sebastianista. A veces se consolaba a sí mismo pensando que algún mensaje podía haber sido interceptado o escuchado de manera fortuita por oídos malintencionados. Aquello llegó a robarle horas de sueño: nada peor que desconfiar de la gente de la que uno depende, y más cuando una buena bolsa de oro derrumba los principios más inamovibles.

Dejó de lado sus divagaciones para despedirse de Alonso y Tomás en la cubierta de la carabela, antes de que bajaran la chalupa que les devolvería al puerto de Gibraltar.

—Encontraré al traidor, no lo dudéis —aseguró, agarrando sus manos más como un amigo que como un superior—. Seguid tan leales a la causa como hasta ahora —al hablar se dirigió en especial a Alonso, clavando en él una mirada de agradecimiento—. Si no llegas a venir,

habríamos acabado siendo el hazmerreír de Portugal. Has prestado un gran servicio.

Alonso recibió el cumplido con un amago de reverencia.

—Mi mayor orgullo es ser sebastianista, excelencia, y servir al lado de hombres tan bizarros ha sido un honor. Espero que encontréis al traidor y le deis su merecido, eso os devolverá la paz.

Los marineros comenzaron a descolgar la chalupa y la escala de cuerda. El Duque dedicó a Alonso y a Tomás un saludo militar y subió los peldaños de madera que llevaban al castillo de popa, donde volvió a sumergirse en la penumbra de su camarote.

Luna divisó a Alonso desde una de las terrazas del palacete de su tío. Caminaba a buen ritmo, acompañado de Tomás, y ambos parecían de una pieza. La joven no estaba asomada allí por casualidad: hacía días que pasaba horas en el mirador con la vista perdida en el mar, a la espera del regreso de su amado. Reconoció la silueta de la Cruz do Sul en cuanto fondeó en la bahía, y tuvo que refrenar el impulso de correr hacia el puerto. Sus padres y sus tíos estaban cada vez más con la mosca detrás de la oreja, y solo faltaba darles motivos para que los sermones fueran eternos.

Alonso la saludó con la mano y aceleró el paso, impaciente por reencontrarse con ella. Luna empezó a dar saltitos, nerviosa. Tomás les miró y sonrió, divertido.

—Qué verdad es que el amor vuelve a los idiotas más idiotas de lo que son.

—¡Cállate ya, aguafiestas! Deberías buscarte una novia tú también: te ahorrarías un dineral en fulanas.

El irlandés clamó al cielo:

—Dios perdone tu lengua, fuente de falsos testimonios y mentiras. ¡No estoy con una mujer desde hace siglos! Cualquier día iré a mear y se me caerá al suelo, de tan poco que la uso.

—Pues aún estás en edad de que alguna mujer decente se interese por ti. ¿Cuántos años tienes, Tomás? Acabo de caer en que nunca te lo he preguntado…

—No estoy seguro… cuarenta o cuarenta y uno, creo.

—¿¡Que eres más viejo que mi madre!? —soltó una carcajada—. Pensé que eras más joven, irlandés. ¡Resulta que quien me guarda el culo es un carcamal!

Tomás fingió una risa condescendiente.

—Pues el otro día, en el subterráneo, quien le partió el pecho a uno de los guardias no fuiste tú, precisamente… —Tomás intentó afeminar su vozarrón, cosa que le resultó difícil—. Mucho levantar la espada… ¡Y poco bajarla!

Alonso encajó el golpe bajo torciendo la nariz en una mueca de disgusto.

—Estabas delante de mí, ¿cómo voy a pasar a través de tu mole?

—Excusas. En cuanto llegue a casa se lo voy a contar a Luna.

—¡Ni se te ocurra!

—Te costará unas cuantas rondas.

—¡Hecho, pero mantén cerrado el pico!

Tomás se echó a reír y golpeó tres veces la aldaba del palacete. Apenas transcurrió un suspiro cuando una de las hojas de la doble puerta se abrió, mostrando a una Luna radiante que se abrazó a Alonso de un salto, aprovechando que no había nadie por los alrededores. Antes de que apareciera algún criado, ella le sorprendió con un beso en los labios. Tomás puso los ojos en blanco y recogió la mochila de su amigo.

—Te la llevaré a la habitación, pero antes iré a ver a los caballos, que esos sí que me quieren de verdad. —Luna le miró y soltó una risita—. Y tened cuidado, cualquier día de estos os pillan —dicho esto, se dirigió al establo.

Luna se separó de Alonso justo cuando Josué y Raquel, los dueños de la casa, aparecieron por el patio interior. Raquel dedicó a los jóvenes una mirada inquisidora, espolvoreada con una dosis generosa de rencor. Si Sara no veía que estaban juntos, era porque no quería verlo. ¡Qué idiota había sido aquella niña, rechazando la propuesta de matrimonio de su hijo Benjamín! Josué, que o bien no se enteraba del romance que tenía lugar en su propia casa o bien prefería hacerse el loco, se adelantó a saludar a su huésped.

—¡Alonso! —agarró al joven por los antebrazos, en una especie de abrazo distante, pero no por ello falto de aprecio—. ¿Hubo suerte?

Alonso negó con la cabeza, y Josué mostró decepción en su rostro.

—Mi primo está arriba, vamos.

Condujo a Alonso hasta las escaleras y Raquel y Luna se quedaron solas en el patio. La joven cerró la puerta por dentro, rehuyendo los ojos de su tía.

—No sé qué has visto en ese joven —le espetó esta, sin tratar de ocultar el desprecio que revestía sus palabras—. Una mujer de buena familia, como tú, deshonrando a tus padres por alguien que hasta hace poco no fue más que un cristiano pordiosero en Lisboa.

Luna sintió ganas de estrangularla. No le habría sido difícil, con lo poquita cosa que era, pero se trataba de la esposa del primo de su padre, una señora judía en toda regla y la dueña de la casa que les había acogido para salvaguardarles de la peste. Aunque se le ocurrieron mil respuestas —ninguna agradable—, se dijo que lo más prudente sería no decir nada.

—Dicen que quien calla, otorga —remató Raquel, mientras la seguía con la vista hasta verla desaparecer por las escaleras que conducían a los aposentos de invitados.

Urko Aguirre estaba desnudo, como Dios —o tal vez el Diablo—, le trajo al mundo hacía treinta y cuatro años. Su ropa descansaba encima de una silla, junto a una palangana que contenía agua turbia, cortesía del burdel que frecuentaba cuando pernoctaba en su casa de Lisboa, un cuchitril del Barrio Bajo del que huían hasta las ratas. Llevaba inactivo en la capital desde que regresó de su entrevista con Gasparo Corso en el Escorial. Este había puesto al mando de la operación en Berbería al hermano menor de Aguirre, Unai, un diestro espadachín que hablaba árabe y gozaba de buenos contactos en el norte de África. A Urko le sobraban cuatro dedos de una mano para contar la gente que apreciaba y Unai era, sin lugar a dudas, al único que quería.

Urko encendió un cigarro y contempló con desprecio a la puta que dormitaba, desnuda y hecha un ovillo, en la cama del prostíbulo. En sus nalgas y muslos lucía unos moretones recientes, así como heridas en la cara y marcas de dedos en la piel del cuello. La nariz le sangraba y dos regueros de lágrimas secas surcaban su rostro de ojos hinchados. Urko se dijo que aquella zorra se merecía eso y más, por puta. Justo cuando sentía que su verga volvía a cobrar vida, dos golpes en la

puerta quebrantaron su tranquilidad.

—¡Adelante! —dijo, sin molestarse en taparse las vergüenzas.

La puerta se abrió y apareció un zagal de unos once o doce años, uno de los golfillos callejeros que Fez usaba de correo. En su mano llevaba un sobre lacrado que le tendió sin mediar palabra. Mientras Urko lo abría, vio cómo los ojos del crío se fijaban en el cuerpo desnudo de la mujer. El asesino soltó una risita.

—¿Te gusta la hembra, rapaz?

Ni siquiera osó contestar; se limitó a bajar la vista al suelo. Urko cerró la puerta, cosa que le inquietó aún más. El asesino leyó el contenido del sobre: un mensaje de su hermano desde Berbería informándole de que el Duque no había caído en la trampa, pero al menos se había llevado consigo al impostor. Ahora solo quedaba esperar a que él y su panda de fanáticos sebastianistas se pusieran en evidencia ante todo Portugal. El plan había salido bien y Urko se dijo que había que celebrarlo.

—Entonces, ¿qué, chaval? ¿Te gusta la hembra? ¿Acaso eres sordo, o mudo como Fez?

—No, señor —respondió el niño, con voz asustada.

—Pues venga, ve y hazla tuya —le ordenó—. Es un regalo que te hago, por traer buenas noticias.

El crío titubeó. Nunca había estado con una mujer, pero aquel no le pareció el mejor momento ni el mejor lugar para su primera vez. Además, la pobre parecía haber recibido una buena mano de golpes. Decidió que ni siquiera le pediría a Urko una moneda como pago por el mensaje. Cuando intentó salir de la habitación, se encontró con un puñal cerrándole el paso.

—Te he dicho que te folles a esa puta —le ordenó Urko.

—Por favor, señor… yo…

Una bofetada de revés le hizo caer al suelo. La cara le ardía como si acabaran de aplicarle una plancha al rojo vivo. De las miles de bofetadas que había recibido a lo largo de una vida en la calle, esta había sido, con diferencia, la más dolorosa de todas.

—¡Ni Dios me rechaza un regalo! ¡Fóllatela!

La mujer abrió los ojos y vio a Urko con el puñal y al crío con la mano en la cara. Sabía que si abría la boca, el castigo para ambos sería aún más duro, tal vez mortal.

—Ven aquí, mi niño —le dijo al crío, atrayéndole hacia su cuerpo desnudo y abierto; una lágrima rodó por su mejilla—. Desvístete y túmbate sobre mí, no tengas miedo, yo te cuidaré…

El crío, también llorando, se desnudó bajo la atenta mirada de Urko, que seguía apuntándole con el cuchillo. Cuando estuvo completamente en cueros, el mozalbete retrepó por la cama hasta tumbarse encima de la mujer. Ni siquiera tenía su miembro erecto. Lo único que quería era salir de allí cuanto antes. Urko dejó el cuchillo encima de la silla donde descansaba su ropa y se acercó a la cama. Se agachó y vio el rostro del niño bañado en lágrimas. Meneó la cabeza, fingiendo disgusto.

—Así que no se te levanta… Bueno, tal vez seas marica. Si es así, tengo otro regalo para ti. Tú —le ordenó a la puta—. Sujétalo bien.

Y Urko Aguirre le hizo otro regalo al pobre crío, que aulló a pleno pulmón sin que nadie atendiera sus gritos. La joven, llorando tanto como él, no dejó de agarrarle. Si se resistían, aquel animal les daría muerte sin pensárselo dos veces. Ella hundió su cara en el cuello del niño y le susurró palabras de consuelo, rezando para que todo acabara rápido. Ambos, anegados en lágrimas, aguantaron con resignación las embestidas del asesino.

Aquella noche, ese crío no murió, pero tampoco olvidó, durante el resto de su vida, el regalo que le hizo Urko Aguirre.

CAPÍTULO XXXI

31 de agosto de 1579

ESA ÚLTIMA TARDE DE AGOSTO, la embarcación castellana que mantenía comunicadas Ceuta y Gibraltar llevó al peñón la noticia que todos los refugiados ceutíes aguardaban con anhelo desde hacía meses: la peste estaba bajo control, por lo que ya era prudente volver a casa. Pero a veces, las buenas nuevas vienen de la mano de otras

malas, y en esta ocasión fueron las continuas amenazas de asedio por parte de los moros. Sabiendo que la Plaza estaba debilitada y mal abastecida por la plaga, fuerzas musulmanas comenzaron a concentrarse entre Tetuán y Ceuta. Si bien no se había producido ataque alguno, sí que cundió el desasosiego entre la población y hubo nobles e hidalgos que enviaron misivas al rey Felipe, al duque de Medina Sidonia y al anciano cardenal don Enrique rogando auxilio. A pesar de ser una plaza portuguesa, la mayoría de esas cartas fueron dirigidas a autoridades españolas. El patriotismo, bajo presión, dio paso al pragmatismo, y en esos momentos quien mejor podía defender a Ceuta era España.

Benhamú recibió la noticia con alegría. Lo primero que hizo fue enviar a Ceuta a Alonso, Tomás y Bernardo, el caballerizo, para preparar su vuelta, aunque esta no sería definitiva: el judío ya había tomado la decisión de trasladar su negocio a Sanlúcar y enfocar sus miras a las Indias. El regreso del trío fue muy celebrado por Romero y Mercedes, que habían pasado la epidemia prácticamente encerrados en el palacete.

—Traemos instrucciones de maese Samuel —les informó Tomás—. Hay que prepararlo todo para una mudanza. El patrón quiere instalarse en Sanlúcar a principios del año que viene, a más tardar.

Romero echó una mirada cargada de nostalgia al patio interior, emitió un suspiro y se encogió de hombros.

—A Mercedes y a mí nos duele irnos de Ceuta, pero es lo más sensato. Si España no pone remedio, los moros acabarán matándonos de hambre, y eso si no desembarcan en la Almina y nos invaden. Según cuentan, cada vez hay más grupos de hombres armados al otro lado de las murallas. Si consiguen reunir un buen ejército y una flota que les apoye, estamos perdidos. Lo mejor para esta ciudad sería estar bajo la protección del rey Felipe. Los moros son amigos suyos, no se atreverían a atacarnos.

Alonso y Tomás cruzaron una mirada triste. Otra desgracia a cuenta de la ausencia de poder en Portugal. Si el anciano rey don Enrique tenía una lista de prioridades, Ceuta estaría en el décimo pliego del mamotreto y eso siendo optimistas.

—Nos vamos a casa —se despidió Alonso—. Mañana por la mañana vendremos a ayudaros a empaquetar cosas.

Se encaminaron al foso seco de la Almina. Las calles estaban desiertas,

como una ciudad fantasma. La peste había traído con ella el miedo y el desánimo, además de un olor a vacío que se mezclaba con el tufo de las hogueras recientes que el levante transportaba desde las playas. Encontraron la casa como la dejaron. Colocaron su equipaje en las alcobas y comprobaron sus camastros. Ahora les parecían duros, incómodos y desvencijados. Los armarios abarrotados de trastos, los cajones torcidos de los aparadores, las sillas cojas, la mesa astillada… Tomás contempló su casa con los brazos en jarras.

—Menuda mierda. Me parece que nos hemos convertido en unos señoritingos…

A Alonso le dio un ataque de risa. Tomás tenía más razón que un santo.

Se echaron una siesta en sus desprestigiados jergones. Al despertar, Alonso se acercó al Convento de la Trinidad a visitar a fray Alberto. Tenía muchas ganas de darle un abrazo al viejo y demostrarle todo lo que había aprendido por su cuenta viajando por esos mundos. La alegría le desbordó al comprobar que había sobrevivido a la peste, a pesar de que había estado en contacto con ella día tras día. Otro milagro de Nuestro Señor.

7 de septiembre de 1579, Ceuta

Una semana después, un barco trajo de vuelta a la familia Benhamú y al resto de sus criados. Todos se sintieron felices de volver a pisar suelo ceutí, a pesar de que el ambiente que se respiraba en la Plaza no era agradable. El aire olía a peligro más allá de las murallas.

Luna se moría por ver a Alonso, aparte de estar pletórica por haber perdido de vista —con un poco de suerte, para siempre— a su tía Raquel. Los últimos días en Gibraltar fueron una pesadilla, un cúmulo de reproches y malas miradas que ponían el caldero de su paciencia a punto de ebullición. Su madre, sin embargo, dulcificó su actitud hacia ella: las charlas amigables dejaron de ser ocasionales y las muestras de cariño más frecuentes. Luna se sentía feliz.

Alonso, Tomás, Bernardo y Mercedes les esperaron a pie de muelle

armados con carretillas para llevar los bultos. Una vez más, el copioso equipaje de los Benhamú recorrió el trayecto hasta su residencia. Hicieron falta dos viajes para descargarlo todo. Cargados como mulas, Luna y Alonso intercambiaron miradas furtivas que no pasaron desapercibidas a los criados, que se olían el pastel desde principios de verano y cruzaban risitas maliciosas entre ellos.

Una vez en casa, Benhamú resopló y se sentó en su sillón favorito. Se deleitó con las paredes de su propia residencia, que tanto echó de menos al otro lado del Estrecho. Aunque quería mucho a Josué y su hospitalidad había sido ejemplar, las últimas semanas habían transcurrido un poco tensas debido a la mala relación de Raquel con Luna. Benjamín, el pretendiente despechado, había estado de viaje casi todo el verano, rehuyendo volver a su casa hasta que los invitados no se hubieran marchado. Era evidente que no se tomó bien la negativa de Luna; y su madre, Raquel, tampoco.

Benhamú pasó un buen rato reflexionando en su sillón, hasta que distinguió la figura de Alonso cruzando la puerta que daba al corredor.

—¡Alonso! —le llamó.

El joven se asomó a la estancia.

—¿Sí, maese Samuel?

—¿Te apetece echarle un vistazo a tu tesoro?

Alonso sonrió de oreja a oreja. Hacía meses que no veía la daga.

—¿Por qué no?

Benhamú se levantó del sillón entre quejidos.

—Maldita vejez. Cuando te vienes a dar cuenta, te cuesta un mundo levantarte de un condenado sillón.

—No os quejéis de viejo, que no lo sois.

—De aquí a nada lo seré. Espera a tener unos años más y verás cuán rápido pasa el tiempo. Cuando te vienes a dar cuenta, estás en la antesala de la muerte. —Alonso se echó a reír—. Anda, vamos al almacén.

Descendieron por las escaleras y Benhamú abrió las puertas del

sótano. Extrajo el manojo de llaves de su escondite de la pared y abrió el cofre donde guardaba la daga. Rebuscó en él y la sacó, embutida en la funda de piel de cabra de Abdelouahed. El mercader admiró durante un instante su empuñadura enjoyada y enseguida se la pasó a su dueño, que la recibió con solemnidad.

—No hace un año que la dejé aquí y parece que fue hace una década.

—Tu vida ha cambiado mucho desde entonces. Ya no eres el mismo que hace unos meses, ahora eres alguien mucho mejor.

—Vos que me apreciáis, maese Samuel —rio Alonso, quitándose importancia a la vez que desenfundaba la hoja y comprobaba su filo; en manos de Luis Veira, sería un arma temible.

—Sí que te aprecio, pero no son lisonjas de amigo. Guarda eso y demos un paseo. Quiero hablar contigo donde nadie nos oiga.

Alonso enfundó la daga y la depositó de nuevo en el arcón. Las palabras de Benhamú le habían inquietado. No le había dicho nada malo y su tono no podía ser más paternal y afable, pero sus nervios comenzaron a menearse como una medusa. Se cruzaron con Luna y Sara en el patio. Las dos discutían sobre dónde colocar unos fardos que aparentaban ser sábanas y colchas. Alonso disimuló y les dedicó una leve inclinación de cabeza. A su espalda, Benhamú sonrió.

—Me llevo a Alonso a dar un paseo, no tardaremos mucho. Salieron a la calle por la tienda. Alonso se preguntó si el judío no dejaría abierto su comercio durante unas semanas para vender el género a precio de saldo. Mejor convertirlo en dinero que tener que transportarlo hasta Sanlúcar. Bernardo cerró la puerta desde dentro y los dos enfilaron sus pasos hacia la Plaza de África. No había demasiada gente por allí y los puestos de mercaderes podían contarse con los dedos de las manos. Alonso se preguntó si algunos de los comerciantes que no estaban, cuyos rostros conocía de verlos a diario, habrían sido exterminados por la muerte negra.

—Alonso, no me andaré por las ramas —dijo Benhamú, sin más preámbulo—. Sara y yo sabemos que Luna y tú os veis a escondidas…

El joven sintió un pellizco en el estómago peor que el que notaba antes de entrar en combate. El color le abandonó durante un segundo para después regresar a su rostro como si su coronilla fuera a entrar en erupción. Intentó explicarse, pero el judío le mandó callar:

—Déjame terminar, y que no te dé la alferecía. Eres un buen hombre,

uno de los mejores que he conocido. Tal vez el mejor —el mercader guardó silencio cuando un par de ciudadanos pasaron por su lado y le saludaron; él devolvió el saludo y siguió hablando cuando se alejaron —. Ya no soy joven, Alonso. Soy diez años mayor que Sara y no estoy libre de pillar un mal catarro o unas fiebres y acabar en el cementerio. Mi mayor preocupación son mis dos rosas. ¿Y quién mejor para cuidarlas que tú?

Alonso volvió a perder el color, y a punto estuvo de caerse en redondo al suelo. Benhamú le agarró del brazo y le dedicó una mirada de padre, más que de amigo.

—Ceuta comienza a resentirse del mal que aqueja a Portugal. Es por eso que quiero establecerme definitivamente en Sanlúcar y abrir una ruta de comercio con las Indias. Ya sabes que en las plazas africanas ser judío no es obstáculo para prosperar, pero allí, en las tierras del duque de Medina Sidonia, no es igual. Sara y yo lo hemos pensado mucho y hemos decidido convertirnos al cristianismo.

Cada frase que pronunciaba Benhamú precipitaba más a Alonso al desmayo. Con las piernas temblorosas, el joven le pidió al mercader:

—Maese Samuel… ¿podemos sentarnos?

Se encaminaron hacia un banco de piedra donde tomaron asiento. El judío se echó a reír al ver la cara descompuesta del que, a buen seguro, iba a ser su yerno. Los pocos paisanos que transitaban por la plaza iban a lo suyo, así que decidió seguir conversando en ese lugar, bañados por el sol tenue de la tarde.

—Por la cara que pones, cualquiera diría que te he dado un disgusto.

—No es eso, maese Samuel, no me malinterpretéis. Son demasiadas noticias importantes para un solo día, y vos me las habéis dado en un minuto —hizo una pausa y apuntilló sus ojos en los de Benhamú—. ¿Y qué opina doña Sara de todo esto?

—Al principio no lo llevó bien, ni yo tampoco, para serte franco. Pero cuando lo meditamos con la cabeza fría y descubrimos lo feliz que es Luna a tu lado, decidimos que era lo mejor para todos. —El mercader posó su mano en el dorso de la de Alonso; su tacto era cálido y reconfortante—. Bienvenido a la familia. Lo único que te pido es que cuides mucho a Luna, nos des nietos tan guapos como vosotros, te ocupes de Sara cuando yo falte y seas mi mano derecha en mi negocio.

—¿Y qué hay de los sebastianistas? También tengo un compromiso

con el duque de Alandroal —le recordó.

—Y no lo incumplirás, en el improbable caso de que localicen a nuestro rey. —Benhamú compuso una mueca resignada—. Entre nosotros, creo que es muy difícil que le encontremos, y más ahora que los otros saben que le buscamos y conocen nuestros movimientos.

En eso tenía razón. Si había un topo en la organización, el enemigo siempre iría un paso por delante. Esta vez habían tenido suerte y la ayuda providencial de Omar, que había descubierto la entrada trasera y se había hecho con una copia de la llave. Si no hubiera sido por él, sus pedazos estarían esparcidos por la campiña africana.

—Creo que, por ahora, nuestra única esperanza reside en Antonio, el prior de Crato —siguió diciendo Benhamú—. En cuanto el cardenal don Enrique muera, centraremos nuestros esfuerzos en sentarle en el trono antes de que lo haga Felipe II. Lo malo es que todo esto podría desembocar en guerra, y después del desastre de Alcazarquivir no estamos preparados para aguantar una embestida del ejército español.

—Ya veremos qué pasa. Por ahora, lo único que podemos hacer es esperar.

—Sí. Pero pase lo que pase, nosotros viviremos en Sanlúcar, con un negocio prometedor que auguro funcionará de maravilla. Y no te olvides de que Sara y yo ganaremos el mejor hijo que podríamos desear; un hijo que hará que nuestra niña se convierta en una mujer feliz y dichosa.

Alonso no pudo evitarlo, se abrazó al cuello de Benhamú y lloró de alegría.

20 de septiembre de 1579, Lisboa

Cuatro golpes seguidos en la puerta de la casa, una pausa y después el quinto. Urko Aguirre reconoció al instante la llamada y se apresuró a abrir.

—¡Qué sorpresa, querido amigo! —saludó al recién llegado con falsa

amabilidad—. Pasa y siéntate. ¿Te apetece una copa?

El visitante fingió una sonrisa ensayada y se acomodó en una de las sillas que acompañaban la mesa del salón. A pesar de ser de día, todas las ventanas estaban cerradas, y la iluminación procedía de varios candelabros y cirios repartidos por toda la estancia. El brillo de las candelas daba al lugar atmósfera de santuario y el olor de la cera derretida enmascaraba el hedor a humedad.

La guarida de la bestia.

—Tomaré lo mismo que tú bebas.

—¿Aguardiente, o es demasiado pronto para ti?

—Eso estará bien para recuperarme del viaje. Llevo tres días saliendo del carromato solo para mear y dormir en fondas de mala muerte. Cada día odio más los caminos.

Urko sirvió el licor en dos vasos y tendió uno a Gasparo Corso. En los últimos tiempos era raro verle solo, siempre viajaba rodeado de guardaespaldas. El asesino apostó a que fuera habría al menos tres espadachines vigilando la puerta. El maldito corso tenía tanta seguridad en sí mismo que era capaz de mantener una reunión a solas con él; de hecho, era Aguirre quien temía al espía, por mucho que intentara disimularlo con una actitud bravucona. Un chasquido de los dedos de Gasparo Corso y el puño de Felipe de Castilla caería como el martillo de Dios sobre la víctima elegida. Y a Urko no le apetecía ocupar ese lugar.

—¿Y Marín? —le preguntó al corso para charlar de algo—. Últimamente sois uña y carne.

—En Berbería. Ha viajado con Pedro Venegas a recoger al duque de Bracelos. A Muley Ahmed le divierte el chico y ha tenido la merced de liberarle, no sin antes cobrar un jugoso rescate. Estos moros no dan puntada sin hilo. Dice que el rapaz los tiene mejor puestos que muchos nobles adultos.

—¿Os referís a Teodosio, el hijo de la Duquesa de Braganza? ¿Ese crío de diez años que combatió junto a su tío Sebastián en Alcazarquivir?

—El mismo.

—No querrá su madre reclamar el trono en su nombre…

—Es probable, pero por ahora no pisará Portugal. Hay órdenes de llevarle a Sanlúcar. Según tengo entendido, el crío es caprichoso, engreído y malcriado. Será un milagro que el de Medina Sidonia no lo arroje desde lo alto de la torre del castillo de Santiago.

Urko brindó con Gasparo Corso y dio un trago a su aguardiente. Quemaba como el fuego del infierno, pero calentaba las tripas y estaba rico de narices.

—Pero no he venido a hablar de política ni a ponerte al día de nuestros últimos movimientos —cambió de tema el corso.

—Me lo figuro.

—Al final no engañamos al duque de Alandroal con nuestro actor. De hecho, ese mierda ha sido ascendido a teniente con honores y sirve a las órdenes del conde de Vimioso. Al parecer, ese Alonso Teixeira descubrió que no era Sebastián, a pesar de que le hicimos los arreglos pertinentes para que lo confundieran con él.

Urko soltó una maldición, se bebió el aguardiente de un trago y volvió a rellenar su vidrio.

—Entonces estamos como al principio. ¿Dónde para ahora Sebastián?

—En un lugar seguro —fue su respuesta escueta; cuanta menos gente lo supiera, mejor—. Lo malo es que los sebastianistas siguen activos y continuarán entrometiéndose hasta que no hagamos algo para detenerlos.

—¿Qué sugieres que haga?

—Quiero que elimines a ese Alonso Teixeira. En el fondo es un don nadie; no removerá demasiado los ánimos en Portugal, pero servirá de advertencia a los sebastianistas. Además, así nos quitaremos de en medio a uno de los pocos que conocen al Rey en persona.

—¿Dónde podemos encontrar al tal Alonso? —quiso saber Urko.

—Ahora mismo en Ceuta. No hace falta que te ocupes de él personalmente, que lo haga tu hermano Unai. —Gasparo Corso se levantó, dando por finalizada la reunión—. A ti te quiero aquí, por si nuestro amigo Tristán averigua algo más y decide ponerse en movimiento, así que mantén a tu espía bien pagado y contento.

—Así se hará —prometió.

El corso se levantó de la silla, apuró su aguardiente y se fue sin despedirse. El asesino se quedó solo en su casa, se sirvió otro vaso de licor y subió al piso de arriba, donde tenía el palomar con las aves mensajeras.

Se compadeció de Alonso Teixeira: sus días habían llegado a su fin.

CAPÍTULO XXXII

11 de noviembre de 1579, Ceuta

NOVIEMBRE LLEGÓ ABANDERADO POR UN acontecimiento que hizo que los ceutíes se olvidaran por un día de la peste y de las pérdidas que trajo consigo: la boda de Pedro de Guevara con doña Clara de Vasconcelos, un evento que uniría a dos de las personas más ilustres y queridas de la Plaza.

Alonso había vivido esos dos últimos meses en una nube, sin terminar de creerse que los padres de Luna le aceptaran como prometido de su hija. Si bien el trato de Samuel hacia Alonso no cambió demasiado, ya que siempre fue afable, el de doña Sara sí que mejoró de forma ostensible: su mirada, otrora preocupada y recelosa, ahora se posaba en él cálida y maternal. Muchas tardes, cuando veía que Alonso había terminado de ayudar a su esposo en la tienda, lo llamaba a la biblioteca para hablar con él. Le preguntaba sobre su infancia, sobre la vida en la cantera y sus aventuras en África. También sentía una enorme curiosidad por el cristianismo, la fe que tendría que abrazar para instalarse en la Península. Sara le pidió a Alonso que le enseñara algunas oraciones y le explicara los ritos de la Iglesia, y él le enseñó lo poco que sabía.

—Deberíais hablar con fray Alberto, no conozco hombre más sabio y santo que él. Os atenderá con gusto y os explicará lo que queráis saber.

Ella se reacomodó en su asiento y se quedó unos instantes mirando a través de la ventana que daba al patio.

—Pensé que me iba a perturbar más el hecho de tener que bautizarme, pero conociéndote a ti me he dado cuenta de que no somos tan distintos como nos empeñamos en creer. Al final, son nuestras buenas obras en este mundo las que nos llevarán a disfrutar del descanso

eterno en el otro.

—Amén —contestó Alonso—. ¿Y Luna, doña Sara? Llevo toda la tarde sin verla.

—Está haciendo algo para ti… —De repente, Sara hizo una mueca, como si acabara de arrepentirse de sus palabras—. ¡Ya me he ido de la lengua! —se recriminó—. Me advirtió de que no te lo dijera, así que yo no he hablado, ¿vale?

—¿Me está preparando una sorpresa? —rio Alonso.

Sara selló sus labios con los dedos. Cuando se la conocía mejor, era una mujer muy divertida. Alonso imaginó a Luna a su edad y se sintió aún más dichoso.

—No pienso decir ni una palabra más.

—Entonces iré a buscarla, con vuestro permiso —decidió él, levantándose de la silla y saliendo de la biblioteca.

—¡No le digas que se me escapó! —insistió ella.

—Descuidad. —Alonso imitó el gesto de su futura suegra y selló también sus labios.

Ella le despachó con un mohín divertido. Alonso fue habitación por habitación sin encontrar a Luna. Preguntó a los criados, pero tampoco la habían visto en toda la tarde. Bajó a la tienda, donde Benhamú mostraba unas copas de cristal de Bohemia a un matrimonio que las contemplaba con ojos embelesados. El mercader había bajado los precios de forma drástica, sobre todo en las mercancías más frágiles que difícilmente sobrevivirían al viaje por mar a Sanlúcar, y su negocio se había convertido en un ir y venir de clientes en busca de gangas. Incluso recibía visitas de otros comerciantes interesados en adquirir lotes completos que poco a poco dejaban vacíos sus almacenes. La liquidación del negocio estaba yendo muy bien.

—¿Habéis visto a Luna, maese Samuel?

—No, pero debe andar en casa, no la he visto salir.

Intrigado, Alonso enumeró qué estancias había revisado y cuáles no. La había buscado por todas las del piso superior y por las de la planta baja, así que solo quedaba el almacén subterráneo, un lugar que ella no solía visitar. Descendió los peldaños que llevaban al sótano, y cuál

fue su sorpresa al encontrar la puerta entornada. La abrió con sigilo y vio luz en el cuarto donde se guardaba la daga de Sebastián. Cruzó los pocos pasos que le separaban de la cámara y se asomó con sumo cuidado para no ser visto: dentro encontró a Luna sentada sobre un arcón, alumbrada por un par de candelabros. Cosía algo pequeño con una aguja gruesa. Para sorpresa de Alonso, la daga descansaba junto a ella, encima de uno de los cofres.

—¿Crees que no te he oído llegar? —le retó Luna sin levantar la cabeza de su labor; Alonso distinguió una sonrisa de triunfo en sus labios—. Tengo oído de tísica, no lo olvides.

Él no tuvo más remedio que revelarse, abriendo de par en par la puerta del almacén.

—Menos mal que no lo eres. —La besó en la mejilla; ella siguió dando puntadas, halagada—. ¿Qué coses, y qué hace mi daga ahí encima?

Luna le mostró un trozo de cuero labrado del que sobresalían varias tiras y cordones trenzados; luego tomó la daga, embutió su empuñadura enjoyada dentro y la rodeó con las tiras y el cordel. Dio varias vueltas alrededor de la guarda de oro, la cubrió por completo y afianzó un nudo alrededor de un ojal perforado a tal efecto. Hecho esto se la tendió, y Alonso la empuñó con la diestra.

—Ya no llama la atención —dijo Luna—. Ahora solo es una daga normal y corriente que no despertará codicias.

Alonso desnudó la hoja y movió la daga en el aire, como si se enfrentara a un oponente invisible. Con la empuñadura de cuero se manejaba aún mejor.

—Esa daga tiene poder, Alonso, te ha traído suerte y te la traerá. El día que por fin tengas a Sebastián cara a cara, muéstrasela como prueba de que fuiste tú quien le ayudó en África.

—¿Crees que debería llevarla encima siempre?

Luna asintió.

—Llévala siempre contigo, y no solo como un arma, sino como un amuleto.

La hoja resplandeció a la luz de los candelabros y Alonso musitó unas palabras de agradecimiento. Devolvió el acero a la funda de piel de Abdelouahed y se abrió el cinturón. Colgó de él el arma y se dijo que

aquel ya no era su mayor tesoro, sino aquella hermosa dama con los ojos iluminados por el fulgor de las velas.

Y Alonso le agradeció el regalo con un beso entregado.

15 de noviembre de 1579, Ceuta

El día que todos esperaban llegó nublado. Sin embargo, los hombres de la mar, que predecían el tiempo como si fueran brujos, aseguraron que el cielo no descargaría agua esa mañana sobre los novios.

La Iglesia de Nuestra Señora de África se engalanó como nunca con flores, banderas —tanto castellanas, por Pedro de Guevara, como portuguesas, por la familia Vasconcelos— y guirnaldas de colores. El sonido de las campanas y de los tambores anunciaban la buena nueva. La imagen bizantina de la patrona parecía disfrutar viendo su templo a rebosar de fieles vestidos con lo mejor de sus armarios. Militares, nobles y paisanos adinerados esperaban a los contrayentes sentados en los bancos de las primeras filas; los más humildes permanecían en las del fondo o de pie, y no eran pocos quienes se resignaban a quedarse en la puerta de la iglesia cediendo su sitio a invitados más ilustres. Pero en definitiva, todo Ceuta estaba allí.

Alonso asistió a la boda con Luna del brazo, rebosante de orgullo por formar parte de la familia Benhamú. El joven sospechaba que tal vez no todo el mundo vería con buenos ojos su compromiso con la hija del mercader, ya que los matrimonios mixtos no eran bien aceptados. Si bien era sabido que se mudarían pronto a la Península y acabarían abrazando la fe de Cristo, no eran pocos quienes opinaban que un judío converso no era ni buen judío ni buen cristiano.

De todos modos, bien por su posición influyente o bien porque a pesar de ser judío Benhamú era querido en Ceuta, Alonso nunca oyó comentario alguno en su contra o en contra de su prometida; ni siquiera un murmullo de desaprobación o un mal gesto. Si alguien condenaba su compromiso, lo hacía en la intimidad de su casa y eso a él le traía sin cuidado.

Tomás, que acompañaba a su amigo en la puerta del templo, se sentía

incómodo entre tanto gerifalte y ciudadano de postín. Iba vestido con calzones acuchillados, casaca y capa de terciopelo, mucho más elegante que de costumbre, aunque él se sentía ridículo. Un sombrero emplumado elegido por Luna remataba su gigantesca figura, haciéndola aún más llamativa. Las inseparables claymore, tanto la suya como la de Alonso, se habían quedado en casa por recomendación de Benhamú, que opinaba —y con acierto— que asistir armado con tan descomunales fierros a una boda era un barbarismo.

—No estoy a gusto aquí —le confesó Tomás a Alonso al oído—. Atenderé a la ceremonia, me dejaré ver un rato por el festejo y me iré a casa.

Alonso se volvió hacia él y le respondió en voz baja:

—Don Pedro ha tenido la deferencia de invitarte, hacer eso es hacerle un feo.

—Solo soy un pobre soldado, de oficio caballerizo, que ha acabado de espadachín bien pagado y no por la gracia de Dios, sino de Yahvé. ¿Tú crees que alguien me echará a faltar si me marcho pronto? —Abarcó la plaza abarrotada con un gesto—. Mira a tu alrededor, no falta ni un personaje de Ceuta, ni se dará cuenta.

Un redoble de tambores anunció que la novia se acercaba a la iglesia. Alonso decidió no discutir más con Tomás. Cuando el irlandés tomaba una decisión, era muy difícil lograr que se bajara del burro.

—Haz lo que quieras, pero ahora cállate. Ahí llega doña Clara.

La novia apareció custodiada por su padre, don Duarte de Vasconcelos, y por su madre, María Vieira. Don Duarte, comandante en jefe del tercio de la Bandera Vieja e hidalgo de la Casa Real, era uno de los personajes más influyentes de la Plaza no solo por su rango, sino por su fortuna. Henchido de orgullo, lucía del brazo a una doña Clara radiante. Al verla, Luna apretó la mano de Alonso, que acertó al pensar que su prometida se imaginaba en ese preciso instante en el lugar de la novia.

—Está preciosa, ¿verdad? —le preguntó Luna, arrimándose más a él.

—Lo está.

Dionisio Pereira, el gobernador, acompañado de sus hombres de confianza, recibió a los Vasconcelos en la puerta de la iglesia. En el altar, don Pedro de Guevara esperaba ataviado con su uniforme de

gala. A su lado, el teniente Moscoso, uno de sus amigos más próximos y testigo del enlace, le preguntó:

—¿Estás nervioso?

—Lo estoy pasando peor que cuando me hirieron en el Peñón de Vélez. Hasta me duele la cicatriz.

Moscoso se echó a reír.

—¡Pues aquello tuvo que doler!

—¡Vete a tu sitio, que ahí viene!

Doña Clara caminó hacia el altar llevada por el obispo de Ceuta y Tánger, monseñor don Manuel de Seabra, quien se había desplazado a la ciudad con el solo propósito de celebrar la boda. Detrás de ella, desfilaban sus padres y varias damas de honor; todos caminaban sobre la alfombra de pétalos de flores que unas crías lanzaban al paso de la comitiva.

La ceremonia fue sencilla y hermosa, aunque Alonso no entró en la iglesia: decidió quedarse fuera, con su familia judía y con muchos asistentes que no consiguieron sitio en el templo. Tomás hizo de embajador en la ceremonia. Cuando ambos contrayentes pronunciaron la frase: «con este anillo me caso con vos y con mi cuerpo os honro», salió a la plaza a informar a sus amigos.

—Ya está, se han casado.

La salida del flamante matrimonio fue recibida con una lluvia de trigo mientras atravesaban el pasillo de espadas erguidas que los oficiales del tercio de La Bandera arbolaron en su honor. Los tambores volvieron a sonar mientras los invitados a la fiesta caminaban hacia el palacio del gobernador, que había tenido la deferencia de ceder sus salones para el ágape. Tomás se acercó a los Benhamú.

—Y ahora queda lo peor, la fiesta.

Luna se echó a reír.

—Parece que vas a recibir un castigo, Tomás.

—Para mí ir vestido así ya es un castigo, mi señora —rezongó el irlandés, que fingía mantener un trato distante con Luna cuando sus padres estaban presentes; cuando no lo estaban, se chinchaban en

cuanto tenían ocasión, como un par de primos picajosos. Alonso disfrutaba con aquello, porque Luna siempre ganaba en sus enfrentamientos y Tomás acababa enfadado, aunque el enojo le duraba poco. La verdad era que ambos se querían mucho—. Me siento un mamarracho con estos ropajes… y medio desnudo sin mi espada.

Benhamú le palmeó la espalda.

—Vayamos dando un paseo y sin mezclarnos con el gentío, que no tengo ganas de recibir pisotones. Y ya veréis, Tomás, como al segundo oporto se os hace más llevadero vuestro atuendo.

Tomás se dijo que las palabras del mercader podían encerrar toda la razón del mundo. Si el vino de la boda era como el que cató en casa del duque de Alandroal durante su reunión con los sebastianistas, hasta acabaría sintiéndose cómodo disfrazado de fantoche emplumado. Sara también le insufló ánimos, luchando por no reírse en su cara.

—¡Venga, maese Tomás, si estáis más elegante que nunca! Deberíais ir siempre así.

Él puso los ojos en blanco.

—Creo que me tomaré esa copa en casa del Gobernador.

CAPÍTULO XXXIII

LOS SALONES DEL PALACIO DEL gobernador albergaron ese día a unos trescientos invitados, además del gentío que fue atendido en la puerta del edificio, donde dispusieron un mostrador de diez varas de largo y varios barriles de vino para que todos pudieran beber a la salud de los esposos.

Alonso, Tomás y la familia Benhamú fueron acomodados en una de las mesas largas, alejados de las personalidades, lo que contribuyó a que se sintieran cómodos. Fray Alberto efectuó una visita fugaz a los novios, les prodigó su bendición y luego regresó de vuelta al Convento de la Trinidad, no sin antes saludar a Alonso. Los ojos bondadosos del trinitario se posaron un segundo sobre los de Luna y sus barbas

sonrieron.

—Esta princesa será bien recibida en la Santa Madre Iglesia —le susurró al oído a Alonso—. Tiene cara de ángel. ¿Se bautizarán aquí?

—Lo harán en Sanlúcar, fray Alberto —le respondió.

El fraile asintió y se despidió, alegando que el nuevo prior del convento, fray Vicente de Santa María, le había encomendado asistir al otro lado del foso seco de la Almina a unos críos que se habían quedado solos después de que la plaga les arrebatara a sus padres. Aunque la epidemia había remitido, las secuelas del hambre y la desprotección azotaban a muchas familias, prolongando la agonía de la muerte negra.

—Espero que de comer no pongan solamente cerdo —gruñó Benhamú, que buscó con la vista a más judíos en los salones hasta que se dio cuenta de que eran los únicos invitados al banquete.

Tomás, que ya había dado cuenta de dos copas de vino —en lugar de oporto habían servido un tinto que calentaba las tripas como un brasero—, picó a su patrón:

—¿Qué más os da, si pronto podréis comer lo que os plazca?

—No pienso probar el cerdo jamás —afirmó Benhamú con convicción —. Será la única costumbre judía que conserve. Si Dios nos permite comer cualquier animal de pezuña dividida menos el cerdo, por algo será.

Tomás estuvo tentado de apuntillar «eso es porque no habéis probado el jamón», pero decidió ser prudente y —nunca mejor dicho— tener la fiesta en paz.

Hubo cerdo, pero también cordero, así que la familia Benhamú dio cuenta de unas chuletas asadas con guarnición de verduras y disfrutaron de la comida acompañados del grupo de cuerda que amenizó el ágape. Los criados no pararon de servir manjares, frutas y dulces hasta las cinco de la tarde. Tampoco faltó vino ni aguardiente. Tomás se sentía muy bien arropado por el tinto castellano; Alonso, sin embargo, no bebió demasiado, ya que le costaba tragar aquel vino tan fuerte.

El baile fue abierto por los novios, que refulgían de felicidad en mitad del salón. Luna, fascinada por la pareja, le susurró a Alonso al oído:

—Algún día te enseñaré a bailar.

Este la miró de reojo, como si le estuviera apuntando con un arcabuz.

—No hablarás en serio…

—Claro que sí. Quiero una boda como esta, con muchos invitados, un copioso banquete, un baile…

Tomás se levantó, aprovechando que muchos de los presentes se ponían de pie para aplaudir a los anfitriones.

—No olvides tener buenas provisiones de vino para vuestra boda —le susurró a Luna, recogiendo el sombrero—. Me voy, Alonso. Si sigo bebiendo este tinto acabaré bailando en mitad del salón y no quiero dar el espectáculo.

—¿Te vas a casa?

—Sí. Despídeme de don Pedro y agradécele la invitación. Si pregunta por qué me fui, invéntate cualquier excusa.

El irlandés se despidió y abandonó el palacio caminando a grandes trancos. Poco a poco, el centro del salón se llenó de bailarines, sobre todo de nobles que conocían los pasos.

Samuel y Sara decidieron retirarse alrededor de las seis de la tarde. Alonso y Luna les acompañaron a despedirse de don Pedro y doña Clara, que en esos momentos agradecían la asistencia a otros invitados que también se marchaban. Cuando el capitán vio a Alonso, se le acercó y le agarró por los hombros, en un gesto familiar que le desconcertó. Su rostro sonreía, tal vez alegrado por el tinto que tanto había afectado a Tomás.

—¡Alonso! Muchas gracias por venir. No sabes lo feliz que me siento al verte…

—Ha sido un honor para mí acompañaros en este día tan especial, mi capitán.

Don Pedro le interrumpió con un gesto y lo alejó unos pasos del grupo que doña Clara terminaba de despedir para atender a los Benhamú. Luna se quedó junto a sus padres, intrigada por la actitud secretista del oficial. Por la forma de hablar y moverse, era evidente que había bebido más de la cuenta.

—Nada de mi capitán, Alonso, ya no soy tu superior. Este se echó a reír.

—Vos siempre seréis mi capitán, pase lo que pase.

—Pase lo que pase —repitió el oficial—. ¿Sabes lo que va a pasar de aquí a unos meses?

—Si vos no me lo contáis…

—Ceuta se plantea jurar vasallaje al rey Felipe. Portugal ya no puede ocuparse de nosotros como debiera, y esta es la única manera de mantener al moro lejos de nuestras murallas.

Alonso dio un paso atrás, como si acabara de escuchar una blasfemia.

—¡Pero Ceuta es portuguesa, y la mayoría de sus ciudadanos también!

Don Pedro le hizo un gesto para que bajara la voz. Aunque lo que hablaban comenzaba a ser vox populi, el oficial no quería que su conversación llegara a otros oídos.

—Son portugueses, Alonso, pero antes que portugueses son hombres y mujeres que temen por sus hijos, por la amenaza de la media luna y el hambre. El moro respeta a España, y si estamos bajo su protección se lo pensarán dos veces antes de atacarnos.

Alonso iba a contestarle que él se sentía más portugués que hombre, hasta el punto de dar su vida por la bandera de los cinco escudos y los siete castillos. Tentado estuvo de confesarle, con rabia, que pertenecía a los sebastianistas, quienes devolverían el trono de Portugal a su legítimo dueño, ya fuera Sebastián o Antonio, el Prior de Crato, otro buen portugués. Pero decidió ser prudente y no hacerlo: don Pedro era madrileño, un castellano, y él solo le estaba poniendo al corriente de lo que pasaría al final; no era responsable de nada. Alonso se tragó su enfado envuelto en espinas y forzó una sonrisa, tomando las manos de don Pedro en un apretón fraternal.

—Si eso es lo mejor para Ceuta…

—Tú te enterarás de oídas, sé que os mudáis a Sanlúcar.

—Sí. Al final voy a vivir en Andalucía. Si me lo hubieran dicho hace año y medio, me habría parecido una locura.

—Les envidio, Sanlúcar gana un ciudadano ejemplar.

—Una buena familia, más bien —le corrigió Alonso—. Para cualquier ciudad sería un privilegio acoger a los Benhamú.

—Eso es verdad. ¿Vendrás a verme antes de irte?

—Contad con ello. De todos modos, aún me queda un tiempo aquí.

—Intentaré disfrutar de tu compañía mientras sigas en Ceuta. Regresemos con nuestras mujeres, o se pondrán nerviosas —rio.

Los dos se reintegraron al corrillo formado por doña Clara y los Benhamú, al que también se agregó la madre de la novia. Charlaron durante un rato más y abandonaron el palacio, donde solo quedaron los más íntimos de la pareja. Alonso acompañó a su familia hasta su residencia, se despidió de Luna y tomó el camino de vuelta a casa.

La noche había caído sobre el norte de África, oscureciendo las calles y llenándolas de sombras. La brigada encargada de encender los faroles se afanaba en hacer su trabajo, prendiendo los velones dentro de sus carcasas acristaladas. Poco antes de llegar a casa, Alonso oyó una voz llamándole desde un callejón, a su derecha.

—¡Señor, por caridad! ¿Seríais tan amable de ayudarme? ¡He resbalado y creo que me he quebrado una pierna!

Alonso giró la cabeza y distinguió, a unas diez varas de distancia, a un hombre tirado de bruces en el suelo que trataba de alzarse sobre sus codos, incapaz de levantarse. La callejuela estaba desierta. Instintivamente, su mano derecha fue a la empuñadura forrada de cuero de la daga, la única arma que llevaba encima. Mientras caminaba hacia el accidentado, dos sombras cruzaron la calle a su espalda y se internaron en el callejón. Caminaban con tal sigilo que Alonso no advirtió su presencia.

Justo cuando estaba a tres o cuatro pasos del hombre tumbado, este se levantó de un salto y le apuntó al pecho con una espada. Alonso reculó y sacó la daga con un movimiento rápido, aunque una hoja tan corta poco podía hacer contra una tizona, sobre todo empuñada por una mano experta. El farsante no le atacó todavía, parecía no tener prisa. Tanta seguridad hizo sospechar a Alonso, que volvió la cabeza durante un segundo para encontrarse con otros dos espadachines cerrándole el paso.

—Sois Alonso Teixeira, ¿verdad? —le preguntó el que le apuntaba con la espada; tenía una perilla larga y afilada y hablaba portugués con acento castellano—. Ese cuentista que afirma que el rey Sebastián

sigue con vida.

Alonso intentó no mover un músculo de su cara. Estaba claro que el espadachín le provocaba para descubrir si era realmente él. Tenía que ganar tiempo de alguna manera.

—Os equivocáis —afirmó, dándose cuenta de que el temblor de su voz le delataba—. No soy quien creéis, yo soy mercader…

Uno de los espadachines hizo una observación en voz alta, detrás de él.

—Un mercader no desenfunda una daga con tanta presteza.

El de la perilla, que parecía el jefe, fingió un gesto de contrariedad.

—Oíd lo que dice mi amigo. Creo que mentís, y vuestra descripción casa con la que tenemos de Alonso Teixeira. Lamento que no hayáis podido… ¡Cuidado!

La advertencia llegó tarde. Una mole enorme había surgido desde las mismas sombras de las que habían salido los dos espadachines. La hoja de la claymore descendió de las alturas como un viento enfurecido y decapitó de un golpe al que acababa de hacer el comentario de la daga. El otro se volvió para enfrentarse al gigante, que volvía a balancear la espada por encima de su cabeza dispuesto a descargar otro mandoble. El de la perilla atacó a Alonso con una estocada desesperada, directa al corazón. Este se lanzó a su vez hacia el mercenario, intentando desviar la punta del arma de su pecho. No fue lo bastante rápido. El dolor que sintió en el hombro izquierdo fue horrible, pero no por ello desfalleció. La daga de Sebastián se abrió paso entre los ropajes del asesino, clavándose en su costado hasta la empuñadura. Los dos cayeron al suelo, el matón de espaldas y Alonso sobre él, con más de cuatro palmos de acero sobresaliéndole por la espalda. Ambos estaban ensartados y rabiando de dolor. Ahora, la longitud del arma no contaba y sí la fuerza del brazo izquierdo de Alonso, que aplastó la nariz de su adversario sin compasión. Un entrechocar de aceros y un grito desgarrador anunció que el combate que se desarrollaba tras ellos había acabado con la victoria de Tomás, que había abierto un tajo al sicario desde el hombro al pecho por el que la vida se escapaba a torrentes. El irlandés, que había visto a los bandidos por la ventana antes de que llegara Alonso, se dejó llevar por el mal presentimiento y había salido a la calle armado con su claymore.

Alonso movió el filo de la daga hacia el estómago del de la perilla,

metiendo y sacando el arma como si cortara una hogaza de pan. El otro aulló como un alma en pena. Tomás, aterrado al ver a su amigo atravesado, levantó la claymore ensangrentada dispuesto a decapitar al vencido.

—¡No! —gritó Alonso, aguantando el dolor con los dientes apretados; Tomás se detuvo, espada en alto—. ¿Quién te envía, malnacido?

El asesino respiró hondo tres veces, hasta que Alonso removió la daga en su interior. Un nuevo alarido resonó por las calles próximas a la Almina; las ventanas comenzaron a abrirse, mostrando los rostros asustados de los vecinos. Muchos de ellos reconocieron al instante a Tomás y a Alonso.

—¡Llamad a la guardia! —gritó una mujer, con una voz capaz de rasgar en dos el manto de la noche.

—¿Quién te manda? —repitió Alonso.

Su víctima se permitió soltar una risita preñada de cinismo.

—Los sebastianistas sois unos bufones. ¡Vuestro rey está muerto, a ver cuándo os enteráis!

Alonso cortó un poco más, y el de la perilla gritó a pleno pulmón. Tomás torció el gesto: aquello tenía que doler.

—Si nuestro rey estuviera muerto, vuestros amos no se molestarían en enviar a sus perros a por nosotros. ¿Quién os manda, y dónde está Sebastián?

—¡Déjamelo a mí, Alonso! —rogó Tomás, que hervía de rabia—. ¡Si le corto el brazo seguro que será más locuaz!

Si hubiera habido algo más de luz en el callejón, habrían podido apreciar que el rostro de Unai Aguirre perdía color a cada segundo. La daga le había abierto un agujero que sangraba a borbotones, empapando el empedrado y haciendo que las ratas ocultas tras toneles y cajones se relamieran, hambrientas. A lo lejos resonaron pasos a la carrera. La guardia se acercaba.

—¿Quién os manda? —preguntó Alonso por cuarta vez, pero su atacante ya no podía oírle. En esos momentos, descendía por la rampa cenagosa que conduce directa al infierno.

Alonso se reincorporó un poco hasta quedar de rodillas encima del

cadáver del hermano de Urko; extrajo la hoja de su cuerpo y la limpió en su ropa; la enfundó y se levantó, con la tizona clavada en el hombro casi hasta el guardamano. Tomás le miró, y enseguida se dio cuenta de que no permanecería demasiado tiempo de pie.

El último pensamiento del joven, antes de desmayarse, fue que ahora que había probado la sangre del enemigo, la daga de Sebastián sería un amuleto aún más poderoso.

CAPÍTULO XXXIV

SANLÚCAR, 20 DE FEBRERO DE 1580

Mi querido Antonio:

Confío en que estés bien de salud y aún sirviendo a Dios en la Nunciatura, ya que de otro modo esta carta nunca llegará a tus manos.

El principal motivo de la presente es comunicarte que Tomás y yo nos hemos mudado a Sanlúcar junto con los Benhamú, o mejor dicho, los Pérez, que es el apellido cristiano que han elegido. Yo formaré pronto parte de esa familia como esposo de Luna. Cierra esa boca, que has leído bien. Parece que Dios me ayuda en todo lo que me propongo. Mi familia también vive con nosotros aquí y aprueba mi compromiso con ella. Mi hermana Úrsula prospera como modista y mi cuñado trabaja para mi futuro suegro en su nuevo comercio. Mi madre disfruta cuidando del pequeño Alonsinho, que crece por días. Reconozco que jamás he sido tan feliz como ahora.

Si bien los Benhamú se han convertido al cristianismo por necesidad, han aceptado su nueva fe con alegría y buena disposición. Aquí hay muchos conversos como ellos y no están demasiado mal vistos. Se bautizaron hace una semana en la Iglesia de Nuestra Señora de la O, al abrigo de los muros de Sanlúcar. Como todos sus nombres están en el santoral, no han tenido que cambiarlos. Bueno, Luna se llama ahora María de la Luna. No me negarás que el nombre de Nuestra Señora no hace más que enaltecer el suyo.

No quiero extenderme demasiado ni puedo darte muchos detalles, pero has de saber que unos bandidos me hirieron el pasado noviembre

en Ceuta. Ya es mi segunda cicatriz en nombre de Portugal. Por suerte, Tomás es mi ángel de la guarda y entre los dos dimos buena cuenta de los rufianes. Te contaré más cuando nos veamos, porque esa es otra razón por la que te escribo esta carta: ya no nos separa el mar, Tomás y yo tenemos a Runner y a Vigilante y podríamos ir a Madrid cabalgando. Es por ello que quiero que contestes esta misiva y me confirmes que sigues en la Nunciatura. En cuanto tengamos ocasión iremos a verte.

Recibe el abrazo más fuerte del mundo. Alonso Teixeira.

Posdata: ¿Has visto lo bien que escribo ya? Fray Alberto estaría orgulloso.

Segunda posdata: me niego a que me case otro sacerdote que no seas tú, así que ve haciéndote a la idea de que tendrás que viajar a Sanlúcar para celebrar nuestra boda».

Antonio Expósito apuntó en un trozo de papel la dirección de Alonso en Sanlúcar y leyó la carta dos veces más antes de echarla al fuego. Se alegraba por el noviazgo de su amigo, aunque el asunto del asalto le preocupaba. Comprendía que no le diera más detalles por escrito, y menos aún sin tener la certeza de que la carta llegaría a su destino; pero había algo que tenía claro: los sicarios de Gasparo Corso estaban detrás de todo aquello.

¿Tendría conocimiento Alonso de lo que se fraguaba en Madrid justo en ese momento? Antonio no sabía hasta qué punto las noticias viajaban sin ser falseadas, pero el panorama para Portugal se veía oscurecido por las nubes negras de la guerra.

No se lo pensó dos veces: se encerró en su habitación, tomó papel, pluma y tintero y contestó la carta de su amigo sin demora:

«Madrid, siendo el día 8 de marzo del año de Nuestro Señor 1580.

Mi muy querido Alonso:

He recibido tu carta, por lo que ya habrás adivinado que sigo en la Nunciatura y sin planes inmediatos de irme de aquí. Monseñor Felipe

Sega y fray Clementino están muy satisfechos de mi labor y me tienen en alta estima.

El asunto del asalto me ha dejado preocupado, así que te ruego que extremes precauciones. Hay muchos intereses opuestos a los tuyos y gente muy peligrosa detrás.

No sé si a Sanlúcar llegan las noticias que atañen a Castilla y Portugal pero, en todo caso, voy a ponerte al día de los últimos acontecimientos.

El pasado 31 de enero, el cardenal don Enrique dejó este mundo para reunirse con Dios Nuestro Señor. Como anciano que era no dejó descendencia, por lo que inmediatamente se formó un consejo de regencia presidido por don Jorge de Almeida, arzobispo de Lisboa y por cuatro caballeros más. Lo peor de todo esto es que la mayoría de ellos son partidarios de que Felipe II se convierta en Felipe I de Portugal.

Por otro lado, y como bien sabrás, una buena parte del pueblo portugués desea que el Prior de Crato, sobrino del finado don Enrique, sea nuestro nuevo rey. Sé que estás al corriente de esto, pero has de saber que esta intentona va a traer la guerra a nuestra patria y no estamos preparados para afrontarla. Felipe de Castilla lleva meses reuniendo un ejército formidable, tanto por tierra como por mar, para intervenir en caso de que Antonio reclame el trono. Si esto sucediera, nuestro país será invadido y no contamos con fuerzas suficientes para detenerles. La cuestión es que Felipe se sentará en el trono, haya o no haya guerra, y quién sabe si no será lo mejor.

Temo por vosotros. Vuestra cruzada es digna de admiración, pero le auguro mal final. El enemigo al que os enfrentáis es poderoso. Espero veros pronto, ya sea en Madrid o en alguna otra parte. Ojalá cuando lo hagáis ya haya pasado todo y Portugal goce, al menos, de estabilidad. Hablaremos largo y tendido, de esto y de mucho más.

Recibe mis bendiciones y un abrazo fraternal, Antonio Expósito».

27 de marzo de 1580, Sanlúcar

Alonso leyó la carta a Tomás en voz alta. Este asentía a cada párrafo, sin sorprenderse de nada de lo que ponía en ella. Se encontraban sentados en uno de los muelles del Puerto de la Barrameda, en la desembocadura del Guadalquivir, para recibir a la Cruz do Sul. Habían tenido noticias de su llegada el día anterior. En esta ocasión, el Duque no viajaba a bordo. Llevaba meses acuartelado en su residencia de Lisboa, moviendo fichas junto a otros sebastianistas en la partida que el Prior de Crato jugaba contra Felipe II. Un juego con unas malas tornas difíciles de cambiar.

—¿Qué harás si estalla la guerra, Alonso? —preguntó Tomás.

—Lo que me ordenen. ¿Y tú?

—Cuidarte el culo —respondió—. Yo soy irlandés, no lo olvides. En el fondo me da igual quién se siente en el trono de Portugal, siempre que el pueblo esté bien. Pero como ya te he demostrado, lucharé a tu lado hasta el final. Así que si quieres ir a que nos partamos la boca contra el santurrón de Felipe, nos la partiremos. Eso sí, recuerda que ahora vives en España —le advirtió—. Si se enteran de que participas en la guerra contra ellos, lo más seguro es que te cuelguen en la Plaza Pública.

Alonso agradeció sus palabras con un apretón en el brazo: sabía que podía contar con él para lo que fuera. Se rascó la nueva cicatriz del hombro. Ni siquiera le molestaba. El cirujano de la Casa de la Misericordia de Ceuta hizo un excelente trabajo de costura. El asunto del asalto precipitó que Benhamú —ahora Pérez— les enviara a Sanlúcar en cuanto Alonso se sintió capaz de viajar, y eso fue antes de que 1579 tocara a su fin.

Giró la cabeza hacia la ciudad, presidida por el Castillo de Santiago y su formidable torre del homenaje. Al desviar la mirada hacia el interior divisó a lo lejos a su madre, que venía hacia ellos con una cesta colgada del brazo. Caminaba despacio, disfrutando del olor a mar y del buen clima. El aire de Sanlúcar le sentaba bien y, por suerte para ella, sus hijos la mantenían al margen de los malos vientos que azotaban Portugal. La verdad era que María no echaba de menos Lisboa: era como si hubiera vuelto a nacer en un lugar alejado de todos los malos recuerdos acopiados durante toda una vida.

—Mira quién viene por allí —advirtió Alonso a Tomás, que giró la cabeza en la misma dirección hacia la que apuntaba su dedo.

—Tu señora madre.

—Cada día que pasa la veo más bella y más feliz. Tomás sonrió debajo de sus barbas.

—El sueño de toda madre es tener unida a su familia, y ella lo ha conseguido gracias a ti.

María les saludó y se sentó junto a ellos en uno de los muchos cajones que había en el embarcadero. Abrió la cesta y les ofreció una hogaza de pan relleno de chorizo cuyo olor era capaz de levantar a los muertos de un campo de batalla. Alonso le dio un mordisco y emitió un gemido de placer.

—Gracias, madre. Hoy estás especialmente guapa —apreció, con la boca llena; ella le agradeció el cumplido con una sonrisa.

—Será porque tu hermana me ha dispensado esta mañana de cuidar a Alonsinho. ¡Es un demonio!

—¿Se ha quedado en casa con Úrsula?

—Sí. Glauco ha tenido la idea de construirle un cercado y le deja ahí, con sus juguetes, en una esquina del taller de costura. Se entretiene, Úrsula le tiene cerca y dice que no le da demasiada guerra. Eso me permitirá dar un paseo de vez en cuando. Creo que me lo merezco —rio.

Tomás le dio un mordisco a su pan con chorizo.

—Alonsinho me la tiene jurada. Cada vez que me ve, me echa los brazos para que lo coja y, cuando lo hago, me tironea de las barbas hasta que me deja los ojos sin lágrimas.

María se echó a reír. Alonso la contempló desde otro punto de vista distinto al de hijo y se percató de que no era tan vieja como él la veía. Luego miró a Tomás, a quien consideraba un hermano a pesar de que podría ser su padre.

—Madre, nunca te lo pregunté: ¿cuántos años tienes? María hizo cálculos, como si no estuviera segura.

—Yo tenía diecisiete cuando naciste. ¿Qué edad tienes ahora?

—Veintidós.

—Pues entonces, tengo treinta y nueve.

Alonso le guiñó un ojo.

—Que sepas que eres más joven que Tomás.

—Bueno, eso ya lo suponía…

El joven no se lo pensó antes de soltar la salva que tenía preparada para su amigo:

—Tomás, no me negarás que mi madre no sería una buena esposa para ti. Haríais una pareja estupenda.

María se quedó boquiabierta y el rubor acudió a sus mejillas. Tomás abrió tanto los ojos que Alonso temió que se le salieran del cráneo y rodaran por el muelle hasta caer al agua.

—¿¡Y tener que aguantar que me llamaras padre!? —El gigante se levantó de un salto; lo hizo de forma tan violenta que unos estibadores que andaban transportando unas cajas a una chalupa cercana se le quedaron mirando, alarmados—. ¡Antes prefiero volver a nado a Irlanda y trepar a pulso por los acantilados de Moher!

—¿No te gustaría ser padre de un mozo tan apuesto como yo? —Alonso fingió decepción haciendo un puchero; se lo estaba pasando en grande.

Tomás, que sabía que si seguía hablando acabaría metiendo la pata, empezó a entonar una disculpa hacia la madre de Alonso:

—No es por vos, doña María, que sí que es verdad que sois una dama de gran hermosura…

—¿Ves? —le interrumpió Alonso—. ¡Te gusta, tú mismo acabas de decirlo!

—¡Maldito liante del demonio! —Justo después de la imprecación, se dirigió de nuevo a María, que atendía a la escena muda y con los mofletes enrojecidos—. Disculpad mi insolencia, doña María, pero vuestro hijo es un…

—Decidlo, Tomás, no os reprimáis —le ayudó ella, dejando escapar una risita.

—¡Es un rufián y un malasangre! —bramó—. ¡Y con vuestro permiso, señora, permitidme que haga esto…!

Alonso no pudo esquivar al gigante, que le aupó de su asiento con la misma facilidad con la que él cogía a Alonsinho. Cuando se vino a dar

cuenta, estaba en el agua. Al emerger y sacudirse la melena negra, ahora despeinada y empapada, vio en el muelle a Tomás y a su madre, ambos muertos de risa.

—¡Y aún hay quien considera un héroe a este fantoche!

—Ay, Tomás, desde luego, tenéis unos prontos…

Alonso localizó una escalerilla y subió al pantalán, calado hasta los huesos. No se equivocaba: su madre y Tomás se miraban con ojos tiernos.

La Cruz do Sul se dibujó en el estuario del Guadalquivir bien pasado el mediodía, después de que el sol terminara de secar los ropajes de Alonso, y fondeó frente a uno de los muelles. Desde tierra, Alonso y Tomás vieron cómo los marineros descolgaban la chalupa. El hecho de no atracar en puerto auguraba una visita breve.

El bote de madera trajo consigo a cuatro marineros, al contramaestre Vilanova y a Luis Veira, que lucía una sonrisa feliz por ver de nuevo a sus amigos. Alonso y Tomás ayudaron a la maniobra de atraque desde el muelle. El antiguo bandolero y Alonso se fundieron en un abrazo que vino seguido de un intercambio de saludos entre los presentes. Vilanova facilitó una lista de compras a los marineros y los despachó, con la orden de ir directos a los almacenes de los provisionistas.

—¿Hay alguna taberna por aquí donde podamos comer algo mientras hablamos?

—La Luna Llena —propuso Alonso—. Es el mejor figón de la Barrameda y dispone de reservados. Allí estaremos tranquilos.

Los cuatro caminaron hasta La Luna Llena, un local demasiado elegante, iluminado y alegre para estar ubicado dentro de la zona portuaria. Un matón de espaldas anchas controlaba la entrada para impedir que borrachos, fulanas y maleantes cruzaran sus puertas. Entre sus muros forrados de cuadros al óleo y candelabros de plata, los oficiales del puerto olvidaban sus penas, los administrativos de la aduana arreglaban el mundo con los alcaldes del mar entre jarras de vino, y mercaderes y capitanes cerraban sus tratos.

Una de las posaderas, una señora entrada en carnes y edad, les sirvió un almuerzo variado acompañado de una redoma de vino de Sanlúcar. Una vez lo dejó todo dispuesto, abandonó el reservado y cerró la puerta a sus espaldas. Cuando estuvieron solos, Vilanova tomó la palabra. Veira se quedó junto a la entrada con sus sentidos alerta.

—El Duque nos ha ordenado regresar a Lisboa —comenzó a decir Vilanova—. En estos momentos, hay algo más importante que buscar a Sebastián; un asunto que requiere nuestra atención inmediata: impedir que Felipe de Castilla se corone rey de Portugal. Como ya sabrás, estamos a favor del Prior de Crato.

—Lo sé, y creo que vos también estaréis al tanto del ejército castellano apostado a lo largo de la frontera a la espera de la orden de ataque —dijo Alonso.

—Un ejército que nos hará trizas en caso de guerra. —El contramaestre jugueteó con un trocito de caballa seca, la cató, torció el labio en un gesto de desagrado y lo devolvió al plato; su dieta a bordo de la carabela se basaba en el pescado y estaba hasta el gorro de comerlo—. Aún confiamos en que se pueda llegar a una solución diplomática pero, en caso contrario, lo último que haremos será regalarle el trono a Felipe.

Alonso compuso un gesto grave y clavó una mirada decidida en el rostro agraciado del contramaestre. Antes de que abriera el pico, Tomás adivinó lo que su amigo iba a decir:

—Si Portugal me necesita, no dudaré en ir a la guerra. Si me permitís recoger mi equipaje, me embarcaré con vos rumbo a Lisboa.

—Precisamente estoy aquí para ordenarte todo lo contrario —reveló Vilanova, sorprendiendo por igual a Alonso y a Tomás—. El Duque opina que serás más útil lejos de Portugal, así que no quiere que aparezcas por allí mientras dure esta crisis. Te has convertido en un blanco para nuestros enemigos y no podemos permitirnos otro asalto como el de Ceuta, que mueras en combate o, aún peor, te tomen prisionero.

—Llevo meses en Sanlúcar y nadie me ha importunado —repuso—. Tal vez quienes enviaron a esos asesinos piensen que ya he tenido bastante. Si quisieran intentarlo de nuevo lo tendrían más fácil aquí, en suelo español, y no lo han hecho.

Vilanova mordisqueó un muslo de pollo y dedicó a Alonso una sonrisa con la boca llena.

—Tú mantente alerta y no bajes la guardia. En cuanto todo esto termine volveremos a centrar nuestros esfuerzos en Sebastián. —Le guiñó un ojo—. Y no estés triste por no ir a la batalla, ya habrá tiempo para la acción cuando rescatemos a nuestro verdadero rey.

Tomás dio un buen sorbo a su segunda copa de vino y la dejó sobre la mesa.

—Y hablando de Sebastián, ¿qué se sabe de él, contramaestre?

Vilanova señaló a Veira con el pulgar.

—Hace tres días recogimos en Arcila a Luis y a los demás que dejamos en África. Que os lo explique él, que estuvo con ellos desde el principio.

Veira terminó de roer el trocito de queso de oveja que tenía en la boca, apoyó el respaldo de su silla contra la puerta para que nadie pudiera entrar y comenzó a narrar los hechos:

—Hemos pasado meses recorriendo la maldita Berbería con Omar y sus hombres, metiendo las narices en todos y cada uno de los campamentos donde aún quedan cautivos de Alcazarquivir. Ni una pista. Por fin llegamos a Agadir, donde un mercader lisboeta que simpatiza con nuestra causa nos contó que alguien cuya descripción coincide con la de Sebastián había abandonado el puerto, dos semanas antes, a bordo de un barco de bandera castellana. Dicen que llegó a la ciudad custodiado por soldados saadíes, y que estos lo entregaron a los soldados cristianos —hizo una pausa—. Demasiado despliegue para un vulgar preso, me parece a mí…

—Estamos casi seguros de que se trata de Sebastián —afirmó Vilanova.

—Entonces, ¿ya no está en África? —preguntó Alonso.

—Sospechamos que Felipe lo tiene oculto en algún rincón de su imperio.

Alonso dejó caer los hombros, abatido.

—El Imperio es muy grande. ¿Cómo podremos encontrarle?

—Si está vivo le encontraremos —aseguró Vilanova—. Pero ahora, disfrutemos de la comida. Zarparemos en cuanto carguen las provisiones en el barco. Y tú, Alonso, ten cuidado. Te necesitamos con vida.

Este le hizo caso, disfrutó del almuerzo e intentó centrar su mente en los meses tranquilos que vendrían junto a Luna y su familia. No iba a luchar por su país, pero haría feliz a los suyos.

Aunque no tenía forma de saberlo, Gasparo Corso había ordenado a Urko Aguirre, después del fracaso del intento de asesinato, que centrara sus esfuerzos en espiar al duque de Alandroal y dejara en paz a Alonso. Si bien Urko exigía venganza por la muerte de su hermano, el corso había cambiado de opinión y le prohibió ir a por él: lo último que necesitaban era crear un mártir sebastianista.

De todos modos, el asesino había apuntado su nombre y el de Tomás O'Donnell en su lista negra. Nadie mataba a su hermano y a dos de sus hombres y vivía para presumir de ello.

Era cuestión de honor, algo personal. Y Urko Aguirre ni perdonaba, ni olvidaba.

CAPÍTULO XXXV

30 de mayo de 1580, Sanlúcar

LOS MESES DE ABRIL Y mayo fueron un no parar para Alonso y Tomás, que trabajaron a destajo para que el nuevo establecimiento de maese Samuel eclipsara en elegancia y amplitud al que había dejado en Ceuta. El esfuerzo mereció la pena: su tienda,

«Mercancías Selectas de Samuel Pérez» —como pronto se la conoció en toda Andalucía—, empezó a ganarse una clientela tan leal como adinerada.

El propio duque de Medina Sidonia se hizo cliente asiduo, así como muchos caballeros andaluces. En cuestión de un par de meses, la fama de Pérez se extendió por todo el sur de España, y eran muchos los hidalgos que se desplazaban hasta allí en busca de joyas, vajillas, piezas de arte y curiosidades traídas desde los rincones más exóticos del mundo. Una o dos veces al mes, Alonso y Tomás cabalgaban hasta Gibraltar para recoger envíos de joyas procedentes de Guinea, que luego eran adquiridas en Sanlúcar por enviados de Abraham Gibre. La máquina del sebastianismo seguía bien engrasada, y maese Samuel llenaba sus arcas a ritmo desmesurado.

Mientras el negocio cobraba brío, Sara y Luna esbozaban los preparativos de su boda con Alonso. Si nada lo impedía, tendría lugar

al año siguiente, una vez que la ruta de Samuel con las Indias empezara a funcionar. Por otro lado, el negocio de Úrsula, que marchaba bien incluso antes de la apertura de Mercancías Selectas, creció en fama y beneficios; la joven incluso chapurreaba bretón, de tanto como negociaba con los mercaderes de tejidos. Fue por esa razón que maese Samuel pagó una fortuna para instalarla en una de las tiendas de las Sierpes, en la cuesta de Belén, justo al final de la calle de los Bretones; tan bien empezaron a irle los negocios allí, que la hermana de Alonso tuvo que contratar más costureras.

María, cuando no cuidaba de su nieto Alonsinho, paseaba por Sanlúcar dejándose acompañar por Tomás. Alonso y Luna intercambiaban miradas divertidas y risas cómplices cuando les veían alejarse hacia la Puerta de la Mar. Si bien la cosa iba despacio, todos tenían el presentimiento de que aquellas excursiones acabarían desembocando en algo más. Alonso se había dado cuenta de que el irlandés había perdido de repente su interés por las fulanas, cosa que interpretó como una buena señal. Lo del vino era otro cantar, porque cada vez que se terciaba, Tomás se echaba una jarra a las tripas sin una pizca de remordimiento.

—¡Algún vicio tengo que conservar para poder confesárselo al cura! —se defendía cuando Alonso o Luna le picaban.

Habían encontrado la felicidad en Sanlúcar, donde llevaban una vida plena y sosegada dedicada a la familia y al trabajo. Solo les embargaba la tristeza cuando se acordaban de sus compañeros sebastianistas, envueltos en mitad de una cruzada que tenía todos los visos de salir mal.

20 de junio de 1580, Santarém

El duque de Alandroal, escoltado por Andrés Zilhão, Román Gil y Luis Veira, cruzó las puertas del salón del piso superior del palacio donde había sido citado. Allí se encontró con una veintena de personalidades entre las que había nobles, militares, algún que otro clérigo e incluso un notario. La alta alcurnia de los presentes transpiraba a través de las lujosas sedas y paños que vestían. Todos rodeaban a un hombre apoltronado en un sillón de cuero, en mitad de la estancia, cuyo rostro

se veía circunspecto y algo crispado.

Rondaba la cincuentena, con un cabello oscuro, largo y lacio que se derramaba a ambos lados de su rostro regordete de barbilla caída; unas cejas pobladas amparaban unos ojos algo ahuevados que rezumaban nerviosismo en forma de destellos acuosos; su boca, muy pequeña y coronada por un bigote triste, se encogía aún más por la preocupación.

Uno de los militares, un hombre bien plantado, de talante decidido, se acercó a saludar a Tristán antes de que este presentara pleitesía al hombre del sillón. Ambos permanecieron frente a frente durante un segundo, sonrieron y se abrazaron; se conocían de siempre, aunque no se veían desde hacía mucho tiempo.

—¿Quién es? —preguntó Veira a Gil en un susurro. Los espadachines se habían quedado junto a la puerta, siguiendo instrucciones del Duque.

—Don Francisco, conde de Vimioso —informó Gil. Tristán posó una mano en el hombro de su amigo. La última vez que le vio fue poco antes de partir a Alcazarquivir, donde también fue hecho prisionero, como tantos otros militares y nobles.

—Por fin llegó el día —dijo Tristán, con una sonrisa nerviosa. Don Francisco suspiró.

—Por fin. ¿Cómo anda la cosa por ahí abajo?

—Abre la ventana y lo verás. El Conde negó con la cabeza.

—Dejemos que sea él quien lo haga. ¿Qué tal por la frontera?

—Los ejércitos españoles se han puesto en movimiento.

Los ojos de don Francisco se hundieron en la alfombra.

—Otra lucha de unos pocos contra muchos, como en Alcazarquivir. He intentado reclutar tropas, pero no he encontrado más que labriegos y mozalbetes. Apenas he podido reunir un ejército de veinticinco mil soldados… si es que puedo llamarlos así.

Tristán le dio un apretón amistoso en el hombro.

—Yo estaré contigo, pase lo que pase.

—Al menos la Historia no nos tachará de cobardes. —El Conde lanzó

una mirada de reojo al hombre de los ojos ahuevados, que parecía esperar turno para el sacamuelas—. Por muy poderoso que sea el ejército enemigo, no entregaremos el trono sin luchar.

—Eso jamás.

Don Francisco inspiró una bocanada de aire y la dejó escapar, muy despacio.

—Es la hora.

Hizo un gesto a los presentes y uno de los nobles extrajo una corona de oro de un estuche forrado en piel. El hombre de ojos ahuevados abandonó su asiento, y todos los que allí estaban hincaron una rodilla en tierra. Con gestos lentos que disimulaban poco o nada el temblor de sus manos, tomó la corona y se la encajó en la cabeza. El conde de Vimioso giró los postigos que abrían el balcón de su palacio de Santarém, en la plaza mayor de la ciudad.

—Saludad a vuestro pueblo, Majestad.

Cuando el balcón se abrió de par en par, el clamor de una masa feliz y enfervorecida resonó por toda la plaza. Antonio I de Portugal, conocido como Prior de Crato, saludó con la mano a los cientos de personas que le aclamaban. Portugal tenía un nuevo rey que contaba con el apoyo de los sebastianistas. El vocerío fue a más, y el estruendoso aplauso que siguió hizo olvidar al autoproclamado rey y a su séquito que las cosas no iban a ser fáciles para ellos.

El rugir del gentío sonaba muy distinto en el este, en Elvas. Allí, gritaban de indignación al ver cómo treintaicinco mil soldados, al mando del capitán general don Fernando Álvarez de Toledo, el Gran Duque de Alba, cruzaban la frontera como si esta no existiera. Era un ejército bien preparado, formado por infantería, caballería y una veintena de cañones. Los pocos conatos de resistencia por parte de los portugueses fueron sofocados de inmediato; tan solo les quedó llorar de rabia.

Mientras tanto, en el sur, una flota compuesta por más de ciento cincuenta barcos entre galeras, naos, fragatas y chalupas partía desde Cádiz y Sanlúcar al mando de Álvaro de Bazán.

Felipe de Castilla movía ficha. La guerra había empezado.

CAPÍTULO XXXVI

25 de agosto de 1580, cerca de Lisboa, dos meses después

LOS CIMIENTOS DE PORTUGAL TEMBLARON. Los invasores castellanos apenas encontraron resistencia, y la batalla final estaba a punto de empezar. Las ciudades fronterizas de Elvas, Camponor, Olivenza y Portoalegre, entre otras, fueron tomadas con una facilidad pasmosa. El camino hacia Lisboa fue un paseo para las tropas del Gran Duque de Alba. Para colmo, muchos portugueses celebraban la invasión en sus círculos más íntimos. Formar parte del Imperio significaba paz, protección y comercio, y es de todos bien sabido que una bolsa bien repleta hace dudar al más patriota.

Mirar al mar era prorrumpir en llanto. Los barcos españoles se extendían por toda la costa, bloqueando la salida del Tajo y haciendo suyo el litoral. En Lisboa, los civiles rezaban para que los proyectiles de la artillería naval no redujeran sus propiedades a escombros. Fuera del alcance de tiro de la flota española, las galeras de Diego López de Sequeira y las naos y galeones de Gaspar Brito no se decidían a enfrentarse a los barcos invasores, muy superiores en número: era una batalla perdida de antemano.

A poco más de cinco millas al oeste de la capital, las tropas del Prior de Crato y del conde de Vimioso se atrincheraban en la margen izquierda del río Alcántara. El Rey había ordenado desplegar su artillería en primera línea, a la espera de la llegada de las fuerzas del duque de Alba.

De pie, al frente de uno de los tercios, el teniente Mauricio Borba entrecerraba los ojos para enfocar su vista a lo lejos. Los castellanos comenzaban a disponer sus cañones al otro lado del río que, a causa del caluroso verano, no era más que un lodazal. Los taludes a ambos lados del lecho, movedizos y empinados, representaban un obstáculo serio para las tropas. Aún escrutaba el campo de batalla cuando una voz conocida llamó su atención.

—¡Mauricio!

Borba giró la cabeza y descubrió a un joven noble descabalgando de su yegua acorazada. No supo de quién se trataba hasta que no levantó la visera de su yelmo de acero.

—¡Excelencia! —El teniente se cuadró, dejando que una sonrisa franca y desdentada asomara a su rostro—. ¡Cuánto honor!

El duque de Alandroal le dedicó un breve saludo militar y luego le palmeó el hombro con una mano enguantada.

—No te veía desde que te desembarcamos en Lisboa. —Tristán examinó su rostro; se había rasurado la barba por completo, dejándose unos bigotes poblados y enormes, parecidos a los de Zilhão—. ¡Cualquiera te reconoce con ese mostacho!

Borba se lo atusó con dos dedos.

—¡Cualquier cosa antes que parecerme a Sebastián de Avis, excelencia!

Rompieron a reír y se alejaron unos pasos del tercio. El Duque dirigió su mirada al otro lado del río, que hervía de actividad enemiga.

—Por lo menos, esta vez no será como en Alcazarquivir —dijo, evaluando las formaciones de soldados enemigos—. Puede que hasta seamos más que ellos…

Un velo de tristeza ensombreció los ojos de Borba.

—Allí éramos militares, excelencia —suspiró.

Sus miradas recorrieron los tercios portugueses y solo encontraron campesinos: ancianos y mozalbetes disfrazados de soldados que transmitían sus temblores a las picas; quienes empuñaban arcabuces comprobaban sus mechas una y otra vez, como si dudasen del buen funcionamiento de sus armas. Los pocos soldados veteranos presentes solo habían conocido la derrota de Alcazarquivir y, apenas repuestos de su cautiverio, tenían la moral por los suelos. Sabían que se enfrentaban a hombres entrenados que actuaban en el campo de batalla como uno solo: las fuerzas de élite de Felipe II.

—No te falta razón, Mauricio —reconoció el Duque, bajando aún más la voz—. No nos hagamos ilusiones, vamos a perder otra vez.

El teniente llenó sus pulmones de aire y contempló el cauce cenagoso del Alcántara. Tanto un bando como otro preparaban sus cañones para abrir fuego. Las órdenes no tardarían en llegar. Tristán volvió a montar y se despidió de él:

—El conde de Vimioso me espera. Suerte, amigo.

—Si no volvemos a vernos espero hacerlo en la otra vida, excelencia. Es un honor combatir junto a vos.

Tristán cabalgó rumbo la segunda trinchera, donde tenía previsto reunirse con el conde de Vimioso. Pasó cerca del destacamento de caballería ligera de Muley Nacer, compuesto de setenta moros veteranos. Estos, al menos, saben lo que se hacen, pensó, examinando sus rostros aguerridos, curtidos por cien escaramuzas. En la primera trinchera, los pendones y las banderas ondeaban al viento, camuflando el miedo de las tropas con su presencia inspiradora.

Don Antonio, el Prior de Crato, se encorvaba sobre una mesa plagada de mapas y planos junto al conde de Vimioso y otros nobles ataviados con armadura pesada. Tristán se preguntó si don Antonio entendería de estrategia militar o no hacía más que cumplir su papel de rey. Detrás de los caballeros, un grupo de escuderos sujetaba monturas ensilladas y listas para partir, cerciorándose en todo momento de que el camino a sus espaldas estuviera despejado.

Controlan la ruta de huida, se lamentó el Duque. En cuanto el conde de Vimioso le vio llegar, se disculpó con don Antonio y se acercó a él, que en ese momento desmontaba.

—Vengo de pasar revista a los tercios, Francisco.

—¿Están listos para el combate?

—Todo lo que su flaco entrenamiento les permite. El Conde le dio la razón, él también olía el desastre.

—No quiero que te separes del Rey en ningún momento —le ordenó al Duque—, protégelo con tu vida. —A continuación le tendió unos pliegos enrollados—. Estos mapas marcan una ruta rápida y segura hasta Coimbra. En caso de retirada, dirigíos allí. Nosotros iremos hacia Lisboa: si muerden el anzuelo, nos perseguirán y podréis sacar una buena ventaja. Cuando se den cuenta de que don Antonio no está en la capital, será demasiado tarde y ya estaréis lejos.

Tristán los guardó dentro de una de las alforjas de su yegua.

Sus ojos, decepcionados, se encontraron con los del conde.

—Me hacía ilusión combatir contigo.

—Tu misión es más importante que morir en este río.

Cerca de la orilla, un observador elevó una bandera y la agitó: las tropas castellanas comenzaban a moverse.

El conde de Vimioso levantó la espada y uno de sus oficiales movió un pendón.

Al oír la voz de fuego, los cañones dispararon hacia la margen derecha del río Alcántara.

Los artilleros portugueses se ganaron su soldada ese día: sus disparos hicieron mucho daño a las tropas castellanas, que intenta ban bajar en formación por el talud empinado y lleno de barro que descendía hasta el cauce del río seco. La pendiente resbaladiza, sacudida por el humo de los cañonazos y barrida por una lluvia de balas, se tiñó de sangre. Los que sobrevivían al descenso embarrado trepaban como podían en busca de un terreno más firme.

—¡FUEGO!

Esta vez fueron los cañones castellanos quienes lanzaron una salva de muerte hacia las líneas portuguesas. Las trincheras hicieron su trabajo a medias, y muchos arcabuceros resultaron heridos. Las barricadas de madera saltaron en pedazos, dejando zonas sin protección.

Mientras tanto, en la desembocadura del río, las fuerzas de infantería comandadas por Prospero Colona intentaban cruzar el Puente de Alcántara, donde el conde de Vimioso había emplazado a sus mejores hombres. Los portugueses conjuraron una tempestad de plomo contra las tropas del italiano que, a pesar de las numerosas bajas, seguía avanzando sin amedrentarse.

—¡Ni un paso atrás! —gritaba Colona, obligando a sus tropas a pisotear la alfombra de cadáveres que cubría el empedrado del puente.

Estaban a punto de atravesarlo cuando surgieron de la nada los setenta jinetes de Muley Nacer, ululando como criaturas infernales. Los moros abrieron fuego con sus arcabuces cortos casi a bocajarro, matando a muchos italianos. Casi a la vez, uno de los escuadrones de reserva del conde de Vimioso disparó una salva atronadora, propagando el caos entre las filas enemigas. Viendo que el avance se torcía, Prospero Colona ordenó a sus tropas replegarse al abrigo de los arcabuceros castellanos, que formaban a sus espaldas con sus armas listas para la acción.

—Hay arcabuceros y ballesteros apostados allí. —El oficial que informó a Colona señaló con su índice un molino solitario, emplazado

en la misma desembocadura del río.

—Hay que tomar ese molino, pero antes debemos ocuparnos de esos jinetes —respondió el comandante—. Ordena a los arcabuceros que abran fuego sobre ellos.

Las órdenes corrieron y los arcabuceros españoles avanzaron a paso ligero a través del puente, causando algunas bajas entre los caballeros de Nacer. La cadencia de recarga de los españoles era mucho más rápida que la de los portugueses, y ahora las armas de los moros estaban descargadas. No pudieron hacer más que retirarse, permitiendo que una marea de arcabuceros castellanos, ahora espada en mano, corriese por el puente en dirección al molino.

Todo fue muy rápido para las tropas del Prior de Crato. Mientras Prospero Colona cruzaba el Puente de Alcántara y tomaba el molino, las fuerzas de don Sancho de Ávila, acompañadas por la caballería del Gran Duque de Alba, atravesaban el río rumbo a una colina que quedaba a espaldas de las trincheras portuguesas. La operación de flanqueo fue un éxito. Los infantes escalaron la colina sin ser vistos, mientras la caballería castellana embestía contra la portuguesa con la fuerza de un ciclón, sin darles oportunidad de contraatacar. La lucha fue breve, muy breve.

En las trincheras, el panorama se veía cada vez más feo. Los nobles que protegían a don Antonio le obligaron a montar en su caballo a toda prisa. Tristán de Souza, con su espada bastarda desenfundada y la rodela en la izquierda, contemplaba desde una trinchera cercana cómo la debacle se cernía una vez más sobre sus compatriotas.

—¡Hay que sacar al rey de aquí, excelencia! —Fue uno de los escuderos quien le sacó de su trance, tendiéndole las riendas de su montura—. Vos tenéis la ruta de huida, os necesitan en cabeza.

El Duque trepó a su yegua y cabalgó hasta donde se encontraba el grupo de nobles que escoltaba a don Antonio. Este agarraba las riendas de su montura como si alguien pretendiera quitárselas. Al menos, no había rastro del enemigo en la ruta de huida hacia Coimbra.

—¡En marcha! —gritó el Duque.

El escudero que le había acercado la yegua los siguió con la vista hasta que desaparecieron detrás de una colina. Cuando se dio la vuelta, descubrió que las piezas de artillería estaban siendo capturadas por los castellanos. El zagal tomó un arcabuz cargado de los que

habían dejado apoyados en la mesa de los mapas; encendió la mecha y avanzó hacia los invasores.

Se prometió a sí mismo que se llevaría al menos a uno por delante antes de morir.

La orden de retirada fue un alivio para los portugueses. Las tropas del Gran Duque de Alba formaban una fuerza imposible de derrotar. Acosados por dos frentes, los portugueses ni siquiera pudieron organizarse en la huida. En aquella desbandada, muchos fueron capturados; otros lograron correr hasta Lisboa, llegando a sus puertas sin aliento y medio muertos. Los pocos insensatos que resistieron en las trincheras murieron aplastados como chinches.

Mauricio Borba fue uno de los mil muertos que costó la intentona de sentar en el trono al Prior de Crato. Cuatro mil portugueses fueron hechos prisioneros por el Gran Duque de Alba. En el mar, viendo que el ejército de tierra había sido derrotado, muchos de los barcos portugueses se rindieron a la flota castellana. Otros aprovecharon el buen viento y se dieron a la fuga.

Lisboa se rindió dos días después. Los nobles, hidalgos y mercaderes más adinerados recibieron la noticia con alegría.

Veían mejor formar parte del imperio del rey Felipe que tener un reinado endeble, por muy portugués que fuera don Antonio, que en esos momentos huía hacia Coimbra perseguido por Sancho de Ávila y un destacamento de sus hombres.

Una nueva etapa comenzaba para Portugal y para los sebastianistas.

CAPÍTULO XXXVII

26 de agosto de 1580, Sanlúcar

LA MAÑANA DE ESE MARTES, Alonso, Tomás y maese Samuel decidieron detenerse en la tienda de las Sierpes donde Úrsula tenía su taller de costura. Pronto echarían de menos el calor, ya que la estela virulenta de un verano cargado de acontecimientos estaba a punto de difuminarse en el pasado. La calle de los Bretones hervía de actividad:

en las puertas de los almacenes, los fardos de telas se exponían inundándolo todo de color; también había un par de talleres de ebanistería donde carpinteros bretones tallaban muebles con una maestría comparable a la de los italianos; otros, simplemente, hablaban de negocios sentados en los poyos de los edificios, contagiados del dicharachero carácter andaluz. El dinero corría por aquel barrio sanluqueño como pólvora encendida. Los bretones tenían tal influencia en la ciudad que incluso gozaban de privilegios especiales, leyes propias y unos acuerdos mercantiles de importación y exportación muy beneficiosos, tanto para el duque de Medina Sidonia como para ellos mismos. A cambio de estas prebendas, se comprometían a reservar un tercio de la carga de cada barco saliente del Puerto de la Barrameda para transportar vino de Sanlúcar. Un negocio redondo para ambas partes que era conocido por todos como «el privilegio de los bretones».

Samuel se había tomado muy en serio la promoción del negocio de Úrsula, recomendando con toda la vehemencia del mundo su buen hacer a los hidalgos más adinerados de la región.

«Nunca habréis visto tal calidad en tierras andaluzas, digna de los mejores sastres franceses o italianos». Tanto hombres como mujeres acudían al establecimiento en busca de vestidos, casacas, calzas, mantelerías… lo que fuera. Nadie quedaba decepcionado tras comprobar el fino trabajo de costura y bordado que se desarrollaba entre los muros de la covacha de las Sierpes.

Justo se encontraban allí cuando el mismísimo don Alonso de Guzmán, séptimo duque de Medina Sidonia, se presentó en el comercio acompañado de un hombre de aspecto adusto y buen porte, ataviado con hermosos ropajes de calidad excepcional aun estando tiznados por el polvo del camino. Afuera, en la puerta, se quedaron los diez guardias que acompañaban al Duque siempre que salía a pasear por Sanlúcar. Úrsula y sus costureras hicieron un alto en las labores y se pusieron de pie, acompañando a Samuel, Alonso y Tomás en la reverencia que dedicaron a los recién llegados.

—Seguid con lo vuestro, os lo ruego —pidió el de Medina Sidonia, instando a las mujeres a que se sentaran; los tres hombres permanecieron con la cabeza inclinada hasta que el Duque insistió en que la alzaran—. Maese Pérez, precisamente hablaba con mi invitado de la magnificencia de las confecciones de este taller.

—Es un honor para nosotros que tengáis este establecimiento en tan alta consideración, excelencia —respondió el mercader, esbozando

una sonrisa de satisfacción que a punto estuvo de escapar de su rostro; Alonso, detrás de él, echó de menos la kipá que hasta hacía poco ocultaba la calva de su coronilla—, aunque lo cierto es que todo el mérito es de doña Úrsula, que ha sido agraciada por el Altísimo con manos angelicales. —Ella se ruborizó al oír el comentario; pronunciadas estas palabras, Samuel se dirigió al desconocido que acompañaba al Duque—. ¿Y vos sois…?

—Don Antonio Felices de Ureta. —Los ojos del mercader se abrieron un poco más.

—¿El corregidor de Gibraltar?

Esta vez, fueron los de don Antonio los que mostraron sorpresa.

—¿Me conocéis?

—De oídas, excelencia. Soy primo de Josué Benhamú.

—¿De Josué? Claro que le conozco, es amigo mío. ¡Qué casualidad! Creo recordar que alguna vez me habló de vos, pero creí entender que vivíais en Ceuta…

—Nos mudamos a Sanlúcar el año pasado. Hace tiempo que adquirí unas propiedades en esta ciudad y pensé que era buen momento para dejar África y traer a mi familia aquí.

El duque de Medina Sidonia intervino en la conversación:

—Como hombre sagaz, maese Pérez sabe dónde se hacen los buenos negocios. —Guiñó un ojo con complicidad y frotó el pulgar con el índice, haciendo el gesto del dinero—. Mi ciudad y mi puerto son el paraíso para un comerciante con ambición, como él.

Antonio de Felices asintió y siguió hablando:

—Pues precisamente me dirijo a Ceuta. Se ha consultado a la población y esta ha decidido jurar fidelidad al rey Felipe. —A pesar de que la noticia no le sorprendió demasiado, Alonso no pudo evitar sentir un pellizco en el estómago al oírla—. También Arcila le reconoce como legítimo rey. Esto ha traído grandes beneficios para ambas plazas y no solo en forma de alimentos. No sé si sabréis que ambas ciudades estaban rodeadas por ejércitos bereberes. —Todos asintieron—. Pues bien, ya se han retirado.

Samuel cabeceó, aprobando sus palabras sin dejar de sonreír.

—Todo lo que beneficie al pueblo de Ceuta me parece bien.

—Esto es lo mejor para todos —apuntilló don Antonio, cambiando de tema a continuación—. Y volviendo al asunto que me trae por este establecimiento, me gustaría saber si doña Úrsula podría tener esto listo antes de final de mes.

El corregidor le entregó un pliego pintado a dos caras y ella lo estudió por ambas: por un lado, representaba los escudos acuartelados de Castilla y León, partido de Sicilia y Aragón, con Granada y Austria, Borgoña, Brabante y Tirol, todo ello rodeado del collar del Toisón de Oro y con la Corona Real cerrada; por el otro, estaban las armas de Portugal, con los siete castillos y cinco escudos, timbrada con una Corona Real abierta.

—Es el nuevo pendón real de Ceuta —explicó el Duque—, un regalo personal de Felipe II para la Plaza, así que tendréis que esmeraros. ¿Tenéis paño de damasco rojo?

—Sí, excelencia —afirmó Úrsula, que sostenía el boceto del estandarte con manos temblorosas; una de sus costureras se levantó de forma espontánea y entresacó, de un montón de rulos de paño, uno de damasco encarnado enrollado alrededor de un palo de madera—. ¿Os parece bien este?

El Duque y el corregidor examinaron el género e intercambiaron susurros de aprobación.

—¿Para cuándo podría estar listo el estandarte? —preguntó don Antonio.

Samuel intervino, adelantándose a la respuesta de Úrsula:

—Contrataré a las bordadoras que sean necesarias para tenerlo cuanto antes —aseguró, dirigiéndose luego a la hermana de Alonso—. ¿Para cuándo creéis que podría estar acabado?

—Trabajando a diario, descansando lo justo para comer y dormir, estará terminado antes de final de mes —afirmó, mirando a los ojos al corregidor—. Os garantizo que quedaréis satisfecho, excelencia.

Don Antonio de Felices le tendió una bolsa repleta de monedas. A Úrsula no le hizo falta ni abrirla para saber que contenía una cantidad que superaba con creces el pago del trabajo.

—Habrá otra como esta si lo termináis antes del treinta y uno. Como

veis, la Corona Española es generosa. Confío en vuestro arte.

—Muchas gracias, excelencia —respondió ella, agachando la cabeza en señal de respeto—. La tendréis en ese plazo.

Samuel se dirigió entonces al Duque:

—Excelencia, estaría muy honrado si permitierais que Alonso Teixeira y Tomás O'Donnell, mis dos hombres de confianza, acompañaran al señor corregidor a Ceuta, aprovechando que tienen que desplazarse allí por asuntos de negocios. —Estos intercambiaron una fugaz mirada de reojo, era la primera noticia que tenían de ese viaje. De todos modos, guardaron silencio, algo se le acababa de ocurrir al viejo zorro —. Os servirán bien: Alonso es muy querido allí y conoce a todas las personalidades de la Plaza…

—Don Antonio ya dispone de un séquito formado por mis mejores hombres —objetó el Duque, alzando las cejas—. Os agradezco el gesto, maese Pérez, pero no lo veo necesario…

—Correré con todos sus gastos, no os costarán un maravedí.

—Después de insistir, el mercader abrió las manos en gesto de sinceridad—. Seré completamente franco: me gustaría que fueran testigos de la ceremonia de entrega del pendón. Me encantaría asistir al acto, pero el reúma me mata y los viajes por mar me sientan fatal —mintió—. Alonso es un buen escribano, y sé que sabrá plasmar en pliegos todo lo que allí acontezca para que pase a formar parte de mi biblioteca particular. Además, ambos son excelentes espadachines que no dudarán en proteger al corregidor con sus vidas.

El de Medina Sidonia le mostró las palmas de las manos.

—Por mí no hay inconveniente, si a don Antonio no le importa…

El corregidor se mostró de acuerdo.

—Alonso me prestará un gran servicio si conoce a las autoridades y me advierte de antemano de quién es quién. En estos actos hay siempre mucha gente y es fácil confundirse.

—Tenéis razón, excelencia —corroboró Samuel.

El corregidor le dedicó un gesto amable y se volvió hacia el Duque.

—Pues por lo que a mí respecta, excelencia, aquí hemos acabado.

Confío en que el estandarte será fielmente reproducido.

—Seguro que sí. —El Duque se dirigió de nuevo a las costureras—. Que Dios guíe vuestras puntadas. Maese Samuel, mañana os mandaré a un criado con los pasajes.

—Os lo agradezco, excelencia. ¿Se los pago a vuestro siervo?

El de Medina Sidonia rechazó la idea con un ademán.

—Ya haremos cuentas. La Duquesa está enamorada de una vajilla que vio la semana pasada en vuestro comercio…

—Como deseéis —dijo el mercader, ejecutando una reverencia. El Duque y don Antonio desaparecieron calle Bretones abajo, seguidos por su escolta. En cuanto se fueron, Úrsula reunió a las costureras y desplegó el boceto delante de ellas para ponerse manos a la obra de inmediato. Samuel cogió a Alonso y a Tomás, cada uno por un brazo, y les llevó hasta la sombra de un árbol, lejos del taller y de oídos curiosos. Estaba nervioso.

—Me esperaba esto. Aunque no lo haya dicho con estas palabras, ese corregidor va a tomar posesión de Ceuta en nombre de Felipe II. Quiero que presenciéis ese acto y no perdáis ripio de él. Es un momento crucial para la historia de la Plaza, y quiero que haya al menos un sebastianista para dar testimonio del mismo.

—Ya sabéis que yo opino que esto podría ser lo mejor para Ceuta —le recordó Tomás, en voz baja y suave, como quien ofrece consuelo a un chiquillo—. Con los tiempos que corren, no creo que sea un mal cambio.

—Lo sé, Tomás, pero no puedo evitar sentirme triste. Ceuta ha significado mucho para mí. Quiero un informe detallado de los hechos; saber cómo están sus gentes, si ha habido divisiones entre ellos… Necesito un documento para los archivos sebastianistas. Ojalá pudiera ir yo —se excusó el mercader, anticipándose a la pregunta de Alonso—. Tengo pendientes de recibir unos cargamentos de Oriente en la próxima semana. ¿Te ves capaz de encargarte de esto?

—Tomaré notas de todo, maese Samuel, quedad tranquilo.

El mercader dejó escapar una risa irónica.

—Quién nos iba a decir que tu hermana sería la encargada de bordar el pendón real de Ceuta… si Felipe supiera lo que pensamos de él, se

caería de culo.

Tomás, pragmático, sonrió de medio lado.

—Pensad en el dinero: otra bolsa como la que Úrsula ha recibido y habrá ganado en cuatro días lo mismo que si hubiera pasado seis meses bordando estandartes para cuatro tercios distintos.

Samuel le miró de soslayo.

—Ahí tenéis razón, maese Tomás. A veces parecéis judío.

Este resopló.

—Los irlandeses somos vecinos de los escoceses, y esos son peores que los judíos.

Con el buen humor recuperado y resignado a que no había mal que por bien no viniera, Samuel remontó la Cuesta de Belén acompañado por sus hombres de confianza.

—Esta será una obra de arte efímera —apostó el tendero—. En cuanto consigamos que Sebastián regrese, ese pendón real acabará hecho trizas en la basura.

En su tienda de las Sierpes, Úrsula y sus costureras comenzaron a cortar con sumo cuidado y maestría el damasco rojo, siguiendo las medidas que figuraban en el boceto. Ese día, Samuel se equivocó de plano: el pendón perduraría a través de los siglos en Ceuta, en un sitio de honor y, por supuesto, muy lejos de la basura.

5 de septiembre de 1580, Oporto

La huida del Prior de Crato no terminó en Coimbra, como estaba previsto. Asediado por Sancho de Ávila, fue forzado a proseguir viaje hasta Oporto, desde donde partió hacia Francia en busca del asilo de la reina madre, Catalina de Médici. No llegó con las manos vacías, ya que se llevó consigo las joyas de la Corona de Portugal. Fueron los propios sebastianistas quienes le alentaron a tomarlas, antes de

dejarlas a merced de Felipe II. Aquel acto, sin embargo, hizo hervir de indignación a muchos portugueses, que tacharon la apropiación de expolio.

La escolta del duque de Alandroal terminó en Oporto, donde dejó a don Antonio arropado por otros leales dispuestos a seguirle al fin del mundo. Permaneció allí dos días, hasta que la Cruz do Sul le recogió para llevarle de vuelta a Lisboa. El recibimiento de su tripulación no pudo ser mejor: allí estaban todos, felices de comprobar que su patrón había salido ileso de la batalla. Desde Chico, el grumete más novato, hasta el capitán Arantes, todos tuvieron palabras de bienvenida para él. Sus hombres de armas, Gil, Zilhão, Veira y Quirós le dedicaron un saludo militar. Aunque en realidad no lo eran, se consideraban a sí mismos soldados.

El Duque les obsequió con un somero informe de la desastrosa batalla y de sus andanzas hasta Oporto, para luego dirigirse al camarote acompañado de Arantes y Vilanova. Raimundo Gomes, el piloto, se encargó de que la tripulación preparara el velamen para zarpar. La Cruz do Sul, veloz como siempre, viró ciento ochenta grados y enfiló proa al sur.

Sentados alrededor de una pequeña mesa de madera basta, a puerta cerrada, compartieron una redoma de aguardiente de las varias que poblaban la alacena. La cabina no era demasiado grande y estaban algo apretados, pero se sentían felices de estar de nuevo juntos a bordo.

—¿Qué tal andan las cosas por Lisboa después de la batalla? —preguntó el Duque, dando un breve sorbo a su copa; después de tantos días de tensión, el momento se le antojó mágico.

—La verdad es que bastante mejor de lo que pensábamos —respondió Arantes—. Lisboa recibió al Gran Duque de Alba y a sus ejércitos sin revueltas ni rencores, lo que en cierto modo me parece hasta normal: hay mucha gente harta de esta lucha por el trono, de pretendientes débiles y de un país a punto de olvidar lo que es la estabilidad. Ahora formamos parte de un imperio —remachó.

El Duque depositó la copa en uno de los huecos de la mesa destinados a encajarlas para que no cayeran con el vaivén de las olas y se encaró a sus amigos.

—Eso no es óbice para que olvidemos cuál es nuestra misión.

—Ninguno de nosotros lo ha olvidado —afirmó el contramaestre

Vilanova, echándose hacia adelante al hablar—. La moral de los nuestros sigue alta. Todos creemos que se cumplirá la profecía y que Sebastián regresará para traer a Portugal una gloria sin precedentes. Pero hasta que le encontremos, puede que lo mejor sea que Felipe ocupe el trono. Tal vez juegue un papel en esta historia que por ahora desconocemos, no lo sé… pero lo cierto es que, nos guste o no, los portugueses se sienten más tranquilos bajo su amparo.

—De hecho, los castellanos aseguran que nos tratarán como iguales, no como a derrotados —comentó Arantes—. Incluso dicen que nos permitirán mantener nuestros propios fueros…

—Eso ya lo veremos —gruñó Tristán, desconfiado—. De todas formas, mientras Sebastián no aparezca, mi rey no es otro que don Antonio. He hablado con los sebastianistas de Oporto:debemos apoyarle ahora más que nunca. Sin guerras —aclaró—, pero usando toda la fuerza de la diplomacia y apoyados por Francia, con la que el Prior de Crato está forjando una sólida alianza. Las Azores nos apoyan. Si es necesario reinar desde allí, así se hará.

Arantes meneó la cabeza, no demasiado convencido.

—Será un reinado simbólico, Tristán, y lo sabes. Si don Antonio se instala en Las Azores, Felipe II enviará una flota que le levantará de su trono de juguete como quien aúpa a un chiquillo de un orinal.

—Deberíamos volver a centrarnos en encontrar a Sebastián —opinó Vilanova, quien fue respondido por cabeceos de asentimiento—. ¿Alguna noticia de su paradero?

—Ninguna fiable —rezongó el Duque, jugueteando con su copa—. Ni siquiera tenemos la certeza absoluta de que haya abandonado África… podría tratarse de una maniobra de distracción. Pero dices bien, Romeo, tenemos que hacer lo que esté en nuestras manos para encontrarle. Don Antonio tiene a su lado mucha gente poderosa que le apoya. Mi labor para con él ha concluido. Creo que Sebastián es quien más nos necesita, esté donde esté.

La charla se prolongó durante horas mientras la Cruz do Sul, impulsada por un viento favorable, cabalgaba sobre las olas en dirección a Lisboa. Una Lisboa que volvía a sonreír aunque fuera al abrigo de un rey extranjero que muchos empezaban a aceptar como propio.

CAPÍTULO XXXVIII

7 de septiembre de 1580, Ceuta

ANTONIO FELICES DE URETA FUE recibido en el puerto de Ceuta con honores de soberano. Una comitiva de la guarnición local, ataviada con uniforme de gala y armaduras relucientes como espejos, le escoltó hasta el palacio del gobernador. Todos los oficiales y soldados que la formaban se preguntaban qué pintaban allí Alonso y Tomás, que recibieron saludos de amigos y conocidos mientras cruzaban la Plaza de África, a rebosar de gente dispuesta a asistir a la ceremonia. Los más cercanos les dedicaron palabras amables, y los que estaban más lejos les hicieron gestos con la mano.

—Maese Samuel no exageró al afirmar que sois conocidos aquí —le susurró don Antonio a Alonso—. Me alegra que estéis a mi lado. Sé que habrá a quien no le agrade lo que vengo a hacer.

—Nunca llueve a gusto de todos, excelencia —intervino Tomás, a su espalda.

Alonso llevaba el nuevo pendón real envuelto en una tela de lino preparada por Úrsula. Tanto el duque de Medina Sidonia como don Antonio quedaron obnubilados por su increíble factura. Había sido bordado en muy poco tiempo, trabajando día y noche, y rara era la costurera de Sanlúcar que no había dado puntadas sobre el damasco rojo. Desde fuera, la actividad dentro de la tienda de las Sierpes fue toda una atracción mientras duró la labor: de siete a diez mujeres reclinadas sobre el pendón a la vez, trabajando con los hilos más valiosos de Andalucía a ritmo de galeotes. Al acabar, Úrsula recibió una segunda bolsa de oro aún más abultada que la anterior, pesada como la grandeza del imperio del que procedía.

Dionisio Pereira, gobernador y capitán general de la Plaza, esperaba a don Antonio en la puerta de su palacio, acompañado por otras autoridades ceutíes. Alonso encontró a Pedro de Guevara dos filas por detrás de él. El capitán le dedicó una mueca de sorpresa. Al lado de don Dionisio, vestido con sus mejores galas, estaba el juez don Andrés de Arca, acompañado por varios oficiales de la contaduría. Hablándole al oído, Alonso sopló los nombres de los presentes a don Antonio, quien agradeció el detalle con una breve sonrisa. El Gobernador dio dos pasos al frente y saludó al enviado de Felipe de Castilla, pronto también Felipe de Portugal.

—Es un inmenso honor recibiros en Ceuta, excelencia. ¿Habéis tenido un buen viaje?

—Inmejorable, señor Capitán. —El corregidor rebuscó en una bolsa plana de cuero que colgaba de su cinturón y extrajo tres documentos lacrados—. Traigo unas cartas de su excelencia, el duque de Medina Sidonia, redactadas en nombre de Su Católica Majestad…

—Pasemos al salón del trono —ofreció el Gobernador, colocándose al lado de don Antonio para caminar junto a él; este apreció un fugaz visaje de dolor en su rostro, y don Dionisio se dio cuenta—. Llevo un par de días con el brazo fastidiado —le explicó—. Nada importante, un resbalón con mala pata. El médico asegura que no tengo nada roto, pero me trae a maltraer.

—Lo lamento, aunque por otro lado me alegro de que no sea nada grave.

La comitiva llegó al salón del trono, donde se habían dispuesto asientos para las autoridades civiles, militares y religiosas. Eran muchos los que permanecían de pie, ya que no había sitio para todos. Don Antonio se dirigió al Gobernador, aunque por el tono que empleó, sus palabras iban dedicadas a todos los presentes y al pueblo de Ceuta en general. Detrás de él, Alonso tomaba nota mental de todo, para luego transcribirlo en su informe.

—Muy ilustre señor Capitán, señores jueces, contador, hidalgos, caballeros, oficiales y demás personas aquí reunidas: mi presencia en esta Plaza se debe al derecho conferido a su Católica Majestad, el rey Felipe II de Castilla, tras la muerte del serenísimo rey don Enrique, que en Gloria esté, como soberano de todas las tierras de Portugal.

»Sabed que Ceuta es tan importante para nuestro rey Felipe como el resto de ciudades portuguesas, y es por ello que se me ha ordenado, en su nombre, tomar posesión de esta Plaza, como consta en estos documentos que os entrego. Así pues, pido a vuestra Señoría los lea y cumpla lo estipulado en dichas cartas.

Don Antonio las repartió: una a don Dionisio Pereira, otra al juez Andrés de Arca y otra al contador. Los tres las mostraron a los presentes, las abrieron y las leyeron en silencio.

Uno de los sacerdotes presentes en el salón tendió unos Santos Evangelios a don Antonio, quien los sostuvo frente a don Dionisio. El Gobernador y Capitán General, con la mano sobre ellos, juró fidelidad y vasallaje a don Felipe II de Castilla. Una por una, todas las

autoridades de Ceuta repitieron el juramento, incluidos quienes estaban sentados a ambos lados de la estancia y los que permanecían de pie. Mientras estos juramentos tenían lugar, don Antonio le ordenó a Alonso en voz baja:

—Llevad el pendón real al Convento de la Trinidad, la siguiente parte de la ceremonia tendrá lugar allí.

Escoltados por una escuadra, Alonso y Tomás se dirigieron al Convento de los Trinitarios.

—Por un momento temí tener que jurar fidelidad a Felipe delante de todo Ceuta —le dijo Alonso a Tomás en un susurro.

Este no pudo aguantar la risa.

—Conociéndote, si lo hubieras hecho, le habrías sido fiel hasta el día de tu muerte.

—¡Y una mierda! Ese Felipe no es mi rey…

—Calla, coño, que acabarás metiéndote en un lío.

Flanqueados por los soldados que mantenían diáfano el camino, llegaron a la puerta de la Iglesia de la Trinidad, donde se encontraron con el nuevo prior, fray Vicente de Santa María, y con fray Alberto. Este último abrazó a Alonso y lo examinó de arriba a abajo, como un padre pasa revista a un hijo el día de su boda.

—No me equivoqué contigo —proclamó, orgulloso—. Mírate, acompañando al emisario del Rey… ¿Adónde vas a llegar?

—Adonde Dios quiera, padre, y todo gracias a vos…

—¡Quita, quita, no digas tonterías! ¡Ojalá todos mis alumnos hubieran sido como tú! Casi todo lo que sabes lo has aprendido solo, yo me limité a darte un empujoncito…

El Prior interrumpió la charla con un carraspeo fingido y señaló el envoltorio que traía Alonso.

—¿Es ese el nuevo pendón real?

—Sí, fray Vicente.

—Desenvuélvelo.

—No les hagamos esperar —dijo el Gobernador, agarrando personalmente el asta del pendón.

Con pasos lentos, seguido por el corregidor y las demás personalidades, don Dionisio elevó el estandarte. La gente aplaudió y aclamó al nuevo rey. Alonso volvió a colocarse al lado de don Antonio, que ahora formaba parte de la procesión. Este acercó su boca a la oreja de Alonso:

—Os confieso que nunca pensé que el pueblo nos prodigaría una acogida tan calurosa.

—Está claro que esto es lo que quiere, excelencia.

El Gobernador elevó el estandarte con su mano sana todo lo que pudo y gritó tres veces.

—¡Real, real como el rey católico don Felipe de Portugal, nuestro señor!

A Alonso le sonó a bufonada lo de Felipe de Portugal, y se dijo que jamás se acostumbraría a ese título. El sonido de cientos de arcabuces y piezas de artillería disparando salvas le arrancó de sus reflexiones. El estruendo fue inmenso, y el pueblo estalló en vítores y aplausos. El Gobernador se dirigió a don Antonio, que se frotaba el oído con un dedo, sorprendido y molesto por el estampido de los cañones.

—Excelencia, sé que es mi obligación portar en procesión el estandarte para que los ceutíes lo contemplen, pero el brazo me duele horrores. Os pido permiso para que uno de mis más leales alféreces, don Gaspar de Costa, lo haga por mí.

—Faltaría más —concedió el corregidor—. Proceded, por favor.

El alférez, un hombre joven de complexión fuerte, montó en su caballo y elevó el pendón de forma que todos pudieran verlo. El Gobernador, escoltado a su derecha por don Antonio y a su izquierda por el juez De Arca, iniciaron la procesión delante de él. El obispo de Ceuta y Tánger, Manuel de Cabra, bendijo el pendón y se unió al cortejo junto con las personalidades más relevantes de la ciudad, rumbo a la Iglesia de Nuestra Señora de África.

Muchas fueron las ceremonias, misas, juramentos de lealtad y fidelidad, entrega de llaves y varas, discursos y celebraciones que tuvieron lugar a lo largo de ese día, con toda la parafernalia que un acto de aquella relevancia requería. Muchos documentos se leyeron en

voz alta, transmitiendo la voluntad del rey Felipe. Alonso escuchó con agrado su propósito de mantener los fueros, costumbres y libertades de los que la ciudad gozaba con anterioridad, así como las leyes que la amparaban. En definitiva, Ceuta seguía siendo tan portuguesa como siempre, con la única diferencia de que su nuevo rey lo era también de Castilla. Tomás, a quien todo aquello le traía sin cuidado, le comentó a Alonso al oído:

—No es por chincharte, pero los pocos cambios que plantea este nuevo señorío son para mejor.

Alonso le respondió, también al oído y sin alterarse.

—El día que Sebastián regrese, mejorará aún más lo que Felipe ha mejorado.

Los pómulos de Tomás se hincharon en una sonrisa por encima de sus barbas. Aquello no tenía remedio.

Alonso Teixeira sería sebastianista hasta al fin de sus días, con o sin Sebastián.

7 de septiembre de 1580, esa misma noche

A pesar de haber podido pernoctar en el palacete de Samuel, Alonso y Tomás prefirieron hacerlo en la vieja casa del foso. Cuando cruzaron su puerta y encendieron las velas, el salón, que otrora resultara acogedor y familiar, les pareció pequeño y hasta miserable. Tomás abrió las ventanas para exorcizar el tufo a cerrado que se había instalado allí después de tantos meses como una nube mohosa de olvido.

—Qué diferente me parece esto ahora —murmuró Alonso, comparando las paredes desconchadas y húmedas con las habitaciones lujosas que ocupaban en la casa de Sanlúcar; su vista se posó en la mesa grande y mellada, donde tantas veces habían compartido comida, bebida y charla—. ¿Te acuerdas de cuando estuvo Antonio en Ceuta?

El gigante se apoyó contra la ventana y miró el techo grisáceo y salpicado de telarañas.

—De eso hace casi dos años —calculó—. ¡Mira que hemos pasado buenos ratos entre estas paredes!

—Parece que fue anoche cuando me colé en la Capilla de Santiago y fui a ver quién había dentro del puñetero ataúd. —Alonso soltó una carcajada que resonó por toda la casa—. Todavía no me explico cómo fui capaz de aquello. ¡Menuda borrachera!

—Pues gracias a esa borrachera estamos donde estamos. Para que luego digan que el vino es malo…

Alonso le dedicó una sonrisa divertida.

—Míranos. ¿Quién nos iba a decir que acabaríamos pareciendo hidalgos y teniendo dinero para dar y regalar?

—Yo no sé tú, Alonso, pero yo sigo sintiéndome un caballerizo. Todavía no me creo del todo esto que estamos viviendo…

—A mí me pasa igual. A veces, cuando me preguntan a qué me dedico, estoy a punto de soltar que soy soldado. —Pasó el dedo por la pátina de polvo que cubría la mesa, dibujando sobre ella líneas sin sentido—. Y ahora estoy prometido con la hermosa hija de un judío converso de quien heredaré un negocio con el que podría enterrar en oro a quien se atreva a toserme.

—¿Nunca te has preguntado por esa buena estrella que te ampara? Ni que hubieras nacido de pie. Por fortuna para mí, yo navego en la estela de tu suerte….

Alonso le propinó una palmada en el brazo que a otra persona le habría hecho perder el equilibrio.

—Mi suerte es tenerte de amigo. De no ser por ti, habría acabado mis días en el callejón de al lado, más destripado que un cochino el día de la matanza.

Tomás estrechó la mano de su amigo y la mantuvo apretada durante unos momentos que se prolongaron durante una pequeña eternidad. Cuando la soltó se puso un dedo en la sien, como si una luz se hubiera encendido dentro de su mollera.

—Creo que me queda algún barrilito de vino por aquí.

Alonso rescató un montón de pliegos, un tintero y una pluma de un aparador de madera.

—Unos tragos me vendrán de perlas para escribir el informe para maese Samuel. Tengo que esmerarme, no vaya a ser que decida mandar una copia a sus amigos de Lisboa. No quiero quedar como un paleto —bromeó.

—Por muy bien que escribas seguirás siendo un paleto —le picó Tomás, mientras registraba una alacena bastante pelada de alimentos —. ¡Aquí está, una barrica de oporto sin estrenar! —De repente, la sostuvo entre sus manazas y la taladró con una mirada de sospecha—. La peste no se pega en los vinos, ¿verdad?

Alonso soltó una carcajada.

—¿No puedes soltar una tontería más gorda?

—Que sea lo que Dios quiera y a tomar por culo —rezó el irlandés, sirviendo dos jarras que limpió soplando con toda la fuerza de sus pulmones—. Si tengo que palmar, que sea borracho.

Se sentó junto a Alonso mientras este rellenaba papel tras papel con una letra que trataba de cuidar hasta el último detalle. El irlandés no entendía ni una palabra de lo que ponía, pero le gustaba verle escribir. Así permanecieron un par de horas: uno concentrado en su informe y el otro navegando entre los recuerdos de los últimos dos años. Su mente voló a Sanlúcar. ¿Qué estaría haciendo María? A esas horas, seguramente durmiendo. Le encantaba la compañía de la viuda, siempre alegre y agradecida por el bienestar con el que su hijo había envuelto a su familia. Una mujer excepcional.

—Voy a cerrar las ventanas, si no te importa —dijo Tomás, levantándose de su silla.

—Me parece bien —aprobó Alonso—. Yo estoy a punto de terminar.

Justo cerraba Tomás la contraventana cuando creyó ver por el rabillo del ojo una sombra que se dirigía a la puerta de la casa. Sus ojos viajaron de esa ventana a la siguiente y esta vez no tuvo dudas, alguien se acercaba. Se dijo que no había por qué alarmarse, lo más seguro es que pasara de largo. Y entonces, tres golpes despertaron a los perros del vecindario.

Alonso giró la cabeza hacia la puerta, sobresaltado por el ruido. Tomás agarró las claymore y lanzó la suya a su amigo, que la recogió

al vuelo, desenfundándola en un rápido movimiento. No esperaban a nadie, y menos a esas horas próximas a la medianoche. El irlandés indicó a Alonso con un gesto que se colocara a un lado de la puerta, cosa que este hizo con el espadón levantado por encima de su cabeza. Tomás, con su arma lista en la diestra, preguntó:

—¿Quién sois, y qué demonios queréis a estas horas de la noche? —Su voz retumbó en el salón con la fuerza de un trueno. Alguien le respondió al otro lado de la puerta.

—Recuerdo que en esta casa antes moraban buenos cristianos, gente hospitalaria, caritativa y temerosa de Dios…

Cruzaron una mirada de perplejidad, y Alonso le hizo una seña al irlandés para que abriera.

En cuanto el batiente giró sobre sus bisagras, Tomás y Alonso bloquearon el vano con sus espadas, prestos a despedazar al visitante, que resultó ser un encapuchado envuelto en algo que parecía una capa de viaje tan negra como la túnica de la parca.

—¿Así es como recibís a los amigos? —preguntó; su voz sonaba divertida.

Se quitó la capucha, revelando un rostro delgado y sonriente, premiado por Dios con unos ojos que dejaban escapar una inteligencia y sabiduría muy por encima de la de la mayoría de los mortales.

—¡Me cago en la tumba de mi abuelo! —exclamó Tomás, tirando al suelo la claymore y abrazando al visitante como si pretendiera romperle todos los huesos del cuerpo.

Alonso empujó a Tomás para poder abrazar también al recién llegado, que intentaba zafarse de la presa del irlandés entre toses y risas.

—¡Vais a matarme! —se quejó.

Lo metieron en casa de un empujón, cerrando la puerta a sus espaldas. A la luz de las velas, se le veía dolorido pero radiante de felicidad. El irlandés y Alonso le contemplaron como si acabaran de ver a un aparecido, aunque la expresión de sus caras, en lugar de espanto, era de sorpresa y alegría. El encapuchado echó una ojeada a la mesa y descubrió las jarras.

—Espero que quede vino para mí.

—¡Pues claro que sí! —rio Tomás, yendo en busca de otra. Alonso meneó la cabeza, aún anonadado.

—Te juro que eres la última persona que esperaba ver hoy aquí, Antonio Expósito.

CAPÍTULO XXXIX

8 de septiembre de 1580, de madrugada

LOS PRIMEROS VEINTE MINUTOS DE reunión consistieron en un intercambio de información regado por vehementes tragos de vino y aderezados con un alegre entusiasmo, fruto del tiempo que llevaban sin verse. Alonso y Antonio fueron los más locuaces, mientras el irlandés rellenaba sus jarras vacías y contemplaba al fraile como si fuera una suerte de aparición divina. Estaba feliz.

Alonso puso al día a su amigo de su privilegiada situación en Sanlúcar, y no hubo cristiano capaz de callarle cuando arrancó a hablar de Luna y de su futura boda. El amor que le profesaba se derramaba por sus labios en una cascada de alabanzas. Antonio, por su parte, se interesó también por su hermana y su madre; le alegró mucho saber que tanto ellas como Glauco y Alonsinho eran felices en Sanlúcar, y se maravilló al enterarse de que el nuevo pendón real de Ceuta había salido del taller de Úrsula. Aún no lo había visto, pero en las pocas horas que llevaba en la Plaza, ya había oído hablar de la riqueza y majestuosidad de su bordado.

—Pero basta de hablar de mí —se interrumpió a sí mismo Alonso, que acababa de contarle cómo maese Samuel se las había ingeniado para que Tomás y él acompañaran al corregidor de Gibraltar en el acto de toma de posesión de la ciudad—. ¿Qué te trae por Ceuta? Nos has pillado aquí de milagro…

Antonio comprobó que todos los postigos de las ventanas estaban cerrados.

—Me enteré de que acompañabais a Antonio Felices de Ureta. —Les guiñó—. Yo también tengo mis contactos. Dejo la nunciatura: me envían a Lisboa como traductor del Condestable y Primer Virrey de

Portugal. —Vista la cara de pez que se les quedó a sus amigos, tuvo a bien ofrecerles una somera explicación—. Es un cargo ideado por Felipe para su segundo al mando allí. Su Majestad es muy católica —bromeó—, pero carece del don divino de la ubicuidad y no puede estar a la vez en El Escorial y en Lisboa.

—Pero Felipe aún no ha sido coronado, ¿verdad? —preguntó Alonso.

—Aún no, pero no tardará en serlo. Esto que voy a deciros no es del todo seguro, pero se rumorea que don Fernando Álvarez de Toledo, el Gran Duque de Alba, será quien ocupe el cargo de virrey. No sé si lo sabéis, pero fue él quien comandó los ejércitos castellanos en la invasión de Portugal. Es un hombre anciano pero bragado como un joven de veinte años y, según dicen de él, es honesto y justo.

—¿Y tu puesto en la nunciatura? —se interesó Alonso—. Según me contaste, tus superiores estaban muy contentos contigo.

—Ahora lo ocupa el sobrino de monseñor Felipe Sega. De todos modos, el padre Marín ya tenía planes para mí antes de que llegara, y me propuso regresar a Portugal como traductor de la Corte —bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Entre nosotros, me tiene un gran aprecio y está convencido de que le mantendré informado de todo lo que suceda allí. —Antonio compuso un gesto de desdén—. No digo que sea un mal hombre, pero está metido en las intrigas del rey Felipe hasta los sobacos, y se rodea de una caterva de rufianes que da miedo. Ni qué decir tiene que acepté el destino sin pensármelo dos veces, no solo por regresar a Portugal, sino porque allí tendré acceso a mucha información y podré ayudaros en vuestra empresa.

Alonso alzó las cejas, sorprendido.

—Espera, espera, espera… ¿Me estás diciendo que quieres colaborar con los sebastianistas?

Antonio asintió sin mover un músculo de su cara, como si aquello fuera lo más normal del mundo. Alonso no se lo podía creer.

—¿Te manda el padre Marín a Lisboa para que husmees lo que se cuece en la corte, y estás dispuesto a involucrarte con nosotros?

Antes de que el fraile pudiera responder, Tomás se echó a reír de buena gana.

—¡Vaya con el cura! Parece una mosca muerta y ahora resulta que se ofrece como espía.

Antonio le dedicó una sonrisa pícara a Tomás y se dirigió a Alonso.

—¿Recuerdas el día que trajeron el ataúd del supuesto Sebastián a Ceuta? —Alonso asintió—. ¿Te acuerdas de Gasparo Corso?

—¡Cómo iba a olvidarlo! Su risa de ganso aún resuena en mi cabeza.

—Felipe II le tiene encomendado sabotear las operaciones de los sebastianistas. No os fieis de su aspecto ridículo, es un lobo con piel de cordero y lidera una manada muy peligrosa. Tiene un perro a sus órdenes cuya correa no sé si será capaz de mantener sujeta durante mucho tiempo: Urko Aguirre. Él fue quien encargó el asalto que casi te cuesta la vida. Ese rufián arrastra una estela de maldades que haría palidecer al mismísimo diablo, así que andaos con mucho ojo: se rumorea que uno de los hombres que matasteis era su hermano.

—Que se joda. —Tomás acompañó la imprecación reprimiendo un eructo.

—Tened cuidado —insistió el fraile—. El día menos pensado, podría vengarse de vosotros.

—Así que matamos a su hermano —repitió Alonso, en voz baja—. De todos modos, si hubiera querido vengarse ya lo habría hecho. Los primeros meses vigilábamos nuestras espaldas como ratones en un callejón infestado de gatos, pero nunca pasó nada.

—No te fíes —le advirtió—. Gasparo Corso le mantiene en Lisboa ocupado con otros asuntos. De momento no eres importante, por eso te ha dejado en paz. Ese enano malnacido es de los pocos que conocen el actual paradero de Sebastián, y mientras andéis dando palos de ciego sin acercaros demasiado a vuestro objetivo, no creo que intenten nada contra vosotros.

—Que venga ese Aguirre si tiene huevos —retó Tomás al aire, limpiándose las gotas de vino del bigote con el dorso de su manaza—. Le meteré la claymore por el culo y lo pasearé por la calle como si fuera el pendón real.

—Eso si le ves venir —rezongó Antonio, que había visto en persona al asesino y su mero recuerdo le provocaba sudores—. No tiene pinta de ser de los que atacan de frente.

Alonso posó la mano en el antebrazo de su amigo.

—Gracias por advertirnos, Antonio. Tendremos cuidado.

—A partir de ahora, os informaré de cualquier cosa que pueda seros útil en vuestra búsqueda. Para serte franco, dudo que en estos momentos la aparición de Sebastián beneficie a Portugal, pero ya sabes que haría cualquier cosa por ayudarte, amigo.

—Espera un momento —le rogó Alonso, tomando uno de los pliegos que reposaban sobre la mesa; mojó la pluma en el tintero, escribió unas líneas sobre él, lo enrolló y se lo tendió—. Es una carta de presentación para Tristán de Souza, el duque de Alandroal. Cuando vea mi firma te recibirá. —Apartó el papel un segundo antes de que Antonio lo cogiera—. Prométeme que serás discreto al acercarte a él. Podría ser peligroso si alguien os ve juntos.

—Te lo prometo. Ya sabes que ser valiente no es lo mío.

—Desde que regresaste de Berbería, has demostrado tener más cojones que muchos héroes. Empuñar bien una espada no es igual que ser valiente.

El jesuita guardó el pliego en una carterita que llevaba colgada a un costado. Tomás revisó el contenido de las jarras y decidió rellenarlas.

—¿Hasta cuándo te quedas en Ceuta?

—Mañana zarpo rumbo a Arcila. —La noticia tuvo el efecto de un jarro de agua fría para Alonso y Tomás, que esperaban disfrutar de su compañía al menos durante un par de días más—. Le llevo unos documentos al alcalde de parte del padre Marín. Soborné al capitán de la nao en la que viajo para hacer escala en Ceuta.

—Si es un capitán sobornable, tenemos oro para que te quedes un mes —fanfarroneó el irlandés, echándose a reír.

—No es eso, amigo Tomás: no quiero despertar sospechas. Entregaré los documentos en Arcila, recogeré allí unos despachos procedentes de Fez y partiré a Lisboa. Ya nos veremos más a menudo cuando estemos todos en la Península.

—Es verdad —dijo Alonso—. Por mar, Lisboa está a nada de Sanlúcar. Y allí tengo casa.

—Pero eso no es óbice para que nos bebamos este vino —dispuso Antonio—. Mañana purgaré mi gula vomitando las entrañas por la borda del barco, pero habrá merecido la pena.

Y allí estuvieron de charla hasta bien avanzada la noche. El jesuita

durmió unas pocas horas antes de dirigirse al puerto, donde le recogió la chalupa que le llevó a su nao. Se negó a que le acompañaran: le pareció poco prudente ser visto en compañía de Alonso y Tomás.

Durante los meses que siguieron, mientras el pueblo portugués se adaptaba sin traumas a su nueva situación y esperaba la coronación del que sería Felipe I de Portugal, los sebastianistas no dejaron de buscar a su rey. Entre tanto, el Prior de Crato, exiliado en la Isla Tercera de las Azores y apoyado por un grupo de seguidores, seguía luchando por su derecho a la Corona. Su campaña fue un fracaso. Tan solo esas islas le reconocerían como soberano hasta que fuera derrotado definitivamente por una flota española en 1582.

Alonso y Tomás regresaron a Sanlúcar el 15 de septiembre de 1580. Sus vidas transcurrieron plácidas hasta mediados de 1581, año en el que Alonso estuvo más atareado que nunca, preparando el que sería, tal vez, el acontecimiento más dichoso de su vida.

CAPÍTULO XL

15 de junio de 1581, Sanlúcar

EL SONIDO DE LAS CAMPANAS de la Iglesia de Nuestra Señora de la O llegaba hasta el último rincón de la ciudad, acompañado de un festivo redoblar de tamboriles. Eran las once de la mañana de un día soleado, tan solo visitado de tanto en tanto por alguna nube pasajera e inofensiva, tan blanca como el vestido de novia de Luna, que recorría el camino hacia el templo en compañía de sus padres.

El último trimestre de 1580 y los dos primeros de 1581 habían sido tranquilos y dichosos. Los negocios de Samuel prosperaban a ritmo sorprendente. El género importado salía por las puertas de su almacén como si tuviera prisa por mudarse a los palacetes de los adinerados clientes, además de los envíos periódicos de diamantes de Guinea con destino a los sebastianistas. Tal fue el capital acumulado que el mercader decidió, en marzo de 1581 —el mismo mes en que Felipe II fue coronado como Felipe I de Portugal—, invertir en la construcción de seis naos de amplias bodegas para consolidar sus transacciones con las Indias. Su sueño de poseer una flota propia se hacía realidad a pasos agigantados. Alonso estaba a su lado en todas las negociaciones,

y sus clientes se acostumbraron a tratar a su futuro yerno con el mismo aprecio y respeto que dispensaban al mercader.

Esa mañana, Alonso, engalanado con ropajes majestuosos confeccionados por Úrsula, esperaba en el altar frente al ejército de invitados que abarrotaba la Iglesia de Nuestra Señora de la O. A su lado, no menos elegante, Tomás ejercía de padrino. Se había recortado un poco las barbas y el pelo para la ocasión, aunque aún conservaba cierto aspecto de ogro. Desde su asiento en primera fila, la madre de Alonso les contemplaba sonriente y llena de orgullo. Durante un segundo, su mirada se cruzó con la de Tomás y este, azorado, desvió la suya hacia el retablo del templo.

La luz procedente de un sinfín de cirios encendidos envolvía la iglesia en una atmósfera mágica. En el altar, fray Antonio Expósito, venido de Lisboa para oficiar la ceremonia, le susurró a Alonso al oído:

—¿Nervioso?

El novio dejó de mordisquearse el labio inferior para resoplar:

—¿Te acuerdas de Alcazarquivir, cuando esperábamos la carga de los jinetes?

El sacerdote rio para sus adentros, no olvidaría aquello jamás.

—Pues tengo la misma sensación de burbujeo en la barriga. Espero no hacérmelo encima; mi hermana me matará si estropeo su regalo: ha elegido los mejores tejidos de su tienda para mí.

—No habrás comido nada esta mañana, ¿no?

—No, padre —replicó Alonso, dirigiéndose a su amigo con fingida solemnidad—. Estoy en ayunas, como manda la Santa Madre Iglesia.

—Así me gusta —aprobó el cura.

Una matrona oronda, bañada por la luz del día que irrumpía por la puerta de la iglesia, le hizo una seña para informarle de la inminente llegada de la novia. Antonio palmeó el hombro de su amigo y se dirigió hacia la entrada.

—Voy a traerte a tu Luna. No huyas, cobardica.

Recorrió la nave central de la iglesia, dejando a Alonso y a Tomás solos en el altar. Los testigos, sentados en los extremos de los bancos

de madera, preparaban un enorme velo que formaría parte de la ceremonia a la hora de las bendiciones. En el exterior, Antonio vio llegar a Luna acompañada de sus padres y criados, todos vestidos con sus mejores galas. Había pocos familiares de la novia: judíos convencidos todos ellos, pusieron mil y una excusas para no asistir a la boda, aunque sí se prodigaron en regalos y parabienes. Samuel sospechaba que sus primos no habían encajado con gusto su conversión al cristianismo, pero en el fondo le daba igual: le iban tan bien las cosas siendo católico que el éxito mitigaba el resquemor de haber dejado de lado su fe.

Fray Antonio saludó a maese Samuel, a Sara y a Luna, a quien dedicó una sonrisa emocionada. Los ojos de la joven se la devolvieron desde detrás del velo. Estaba preciosa. A ambos lados del pórtico, los tamboriles redoblaron con mayor alegría.

—Vamos —le indicó el jesuita—. Alonso te espera.

Con el sacerdote en cabeza de la comitiva, Luna, acompañada de su padre, desfiló con lentitud por la nave central de la iglesia. Alonso la contemplaba desde el altar, transformado en estatua de sal. Ensimismado con la que pronto sería su esposa, no apreció cómo cuatro invitados de última hora, todos varones, entraban en el templo azorados, como si hubieran venido corriendo. Tomás sí les vio y advirtió a su amigo de su presencia.

—Mira quiénes acaban de llegar: el Duque, Luis, Gil y Zilhão.

—Ni me he fijado —reconoció Alonso con un hilo de voz, incapaz de apartar los ojos de su prometida—. Está hermosísima, Tomás. Creo que me va a dar un ataque.

—Si te desmayas te agarraré del cuello de la casaca y te mantendré en pie lo que dure la ceremonia. Ya te la contaré luego, durante el banquete…

Quienes ocupaban los bancos de madera seguían con la mirada el paso de Luna y sus padres, que caminaban justo detrás de Antonio, presto a tomar posición tras el altar. Sara se acomodó en su asiento reservado en primera fila, y Samuel se colocó al lado de la pareja, después de saludar a Tomás con una inclinación de cabeza. Lo más influyente de Sanlúcar estaba allí, aunque se echaba en falta al duque de Medina Sidonia, que se encontraba resolviendo unos asuntos en Sevilla. Sin reparar en su ausencia, Alonso y Luna se perdieron el uno en el otro durante unos segundos eternos, hasta que Antonio comenzó a hablar.

Fue un acto sencillo, con la solemnidad justa, plagado de sonrisas cómplices y buenos deseos. Por fin llegó el momento más crucial: el intercambio de anillos. Con manos temblorosas, Luna colocó una alianza de oro en el anular de su prometido.

—Alonso, con este anillo me caso contigo y con mi cuerpo te honraré hasta mi muerte.

Alonso repitió el ritual.

—Luna, con este anillo me caso contigo, y te honraré y protegeré hasta el día de mi muerte.

Antonio les bendijo y les declaró marido y mujer. Alonso miró a su amigo.

—¿Ya está?

—Ya está, ¿qué más quieres? —le susurró el fraile, divertido—. Ya sois marido y mujer. Arreando, que me muero por tomar una copa de vino a vuestra salud.

Alonso retiró el velo y besó a su esposa en la mejilla. Ella se abrazó a su cuello, y los asistentes comenzaron a salir para esperarles en la puerta de la iglesia. Tomás lanzó una mirada de reojo a María. Estaba sentada junto a Úrsula, que había dejado a Alonsinho, ya a punto de cumplir tres años y hecho un diablillo de mucho cuidado, bajo custodia de su aya. Glauco estaba junto a su esposa, tomándola de la mano. Tomás se dijo que la madre de Alonso lucía una sonrisa hermosa, adornada por lágrimas de felicidad. Si bien salía a pasear con María por las tardes y se había convertido en su amigo y confidente, aún no había tenido coraje para declararle lo que realmente sentía por ella. Alonso le recriminaba su cobardía: «¡Con lo valiente que eres para otras cosas, y para esto eres un gallina!» Lo cierto es que Tomás, siempre por una razón o por otra, retrasaba el momento de dar el gran paso. Durante los últimos meses justificó su apatía con un pretexto de lo más burdo: «No voy a enredarme con mis amoríos cuando tú estás enfrascado en tu boda; cuando te cases, me plantearé decirle algo a tu madre». Alonso se preguntó, ahora que acababa de casarse, cuál sería su nueva excusa.

Los invitados recibieron a los novios en la puerta de la iglesia con infinidad de muestras de cariño. La mayor parte eran clientes de la tienda, oficiales del puerto, secretarios de la administración y demás cargos sanluqueños. Sara se abrazó a su hija y luego besó a su yerno en la mejilla, sosteniendo su cabeza con ambas manos y mirándole con

ternura a los ojos. Viéndola tan de cerca, Alonso pudo adivinar cómo sería la belleza de Luna con veinte años más, en un futuro que veía aún muy lejano. Ella le habló con voz dulce:

—Alonso, ya sabes que te considero un hijo desde hace tiempo, pero no soy alguien que exprese sus sentimientos con facilidad. Hoy quiero decirte que si Luna hubiera tenido un hermano, no lo habría querido tanto como te quiero a ti. Eres un hombre bueno, valiente, honesto, de principios forjados de acero. Ni en un millón de años mi hija habría encontrado a alguien como tú entre todos los hijos de Israel.

Alonso tomó sus manos y las colocó en su corazón, emocionado.

—No sabéis lo feliz que me siento al oír vuestras palabras, doña Sara. No sé qué decir…

—No te pido que me llames madre porque ya tienes la mejor del mundo, pero quiero que sepas que me llenaría de orgullo que me considerases como tal.

Él la abrazó y la besó en la mejilla, con un nudo en la garganta y luchando por no romper a llorar. Detrás de ella apareció Samuel, quien también le abrazó con una calidez que Alonso no esperaba. Su presa fue parecida a las de Tomás, cuando iba harto de vino y descontrolaba su fuerza.

—Ahora mi hija es Luna Pérez de Teixeira, y ni te imaginas lo orgulloso que estoy de ello.

—Maese Samuel, yo…

El mercader le interrumpió:

—¿Serás capaz de llamarme padre? Eso me haría muy feliz…

Alonso meneó la cabeza.

—No sé si podré, después de tanto tiempo…

—Lo harás, porque pienso corregirte cada vez que me llames maese Samuel. Eres mi hijo, mi heredero, quien hará prosperar mi legado y protegerá a mis dos rosas cuando yo no esté.

Samuel miró a Luna, que a varios pasos de distancia seguía siendo agasajada por los invitados y recibía piropos y algunos regalos tardíos. Uno de los que se acercó portando un presente fue Tristán de Souza,

cuya ropa aún olía a salitre. No hacía ni una hora que había fondeado en el Puerto de la Barrameda.

—Nuestros amigos sebastianistas no nos han fallado —le comentó Samuel a Alonso.

—Nunca lo hacen. Hace tiempo que no les vemos.

Veira, Gil y Zilhão aprovecharon que el Duque estaba ocupado avergonzando a Luna a base de cumplidos para acercarse a Alonso, quien les recibió con abrazos cargados de afecto. El más especial de todos se lo dedicó a su amigo Luis, con quien tanto había pasado.

—¿Cómo estás, bandido? —le saludó Alonso; el rostro de Veira estaba más curtido por el sol y la brisa marina que nunca—. Pareces un pirata, apestas a mar y a aventuras.

—No me puedo quejar —rio Luis, agarrándole por los hombros—. Espero que algún día el cielo me envíe una señal que me indique que ya he purgado mis pecados. Ese día me buscaré una buena esposa, compraré una parcela y me mudaré al campo. Vivir sin llevar un arma colgada debe ser maravilloso.

—Después de todo lo que has pasado en estos últimos tres años, seguro que el Señor ya ha hecho borrón y cuenta nueva.

Veira negó con la cabeza.

—Hasta que no me envíe una señal clara, seguiré con mi penitencia.

Tomás, que había estado saludando a Gil y Zilhão, le dio una palmada en la espalda.

—Eso no va a pasar nunca —le aseguró—, y mejor para mí: me gusta saber que sigues en nuestro equipo. Dame un abrazo, rufián.

Veira le abrazó, y los cinco comenzaron a compartir sus últimas andanzas. Samuel les interrumpió con un gesto amable:

—Seguro que hay muchas batallitas que contar, pero ya lo haréis durante el banquete. Hoy es día de festejar, así que no esperemos más.

Dicho esto, anunció que el ágape iba a dar comienzo en los salones de su palacete, a tan solo un corto paseo de donde estaban. Rezumando alegría, los invitados se pusieron en marcha.

Poco después de mediodía, anfitriones e invitados estaban sentados

frente a las mesas repletas de manjares de la familia Pérez. Los comensales, que habían permanecido en ayunas como mandaban los cánones, dieron buena cuenta de los chotos a la brasa, del pescado en salazón, del jamón —único producto del cerdo que formó parte del menú— y del queso. El vino se dispensó a base de bien, y un pequeño pero eficiente grupo de músicos, acompañados por un cómico que amenizaba los descansos entre pieza y pieza, hizo las delicias de los asistentes.

Alrededor de las tres, en la biblioteca y a puerta cerrada, el Duque se reunió con Samuel y Alonso para ponerles al día de sus últimas averiguaciones. Veira, Gil y Zilhão se quedaron en el salón, bebiendo.

—Hay novedades importantes en torno a Sebastián —comenzó a decir Tristán, ante la mirada expectante de sus anfitriones—. Un oficial moro aseguró a uno de los nuestros que Muley Ahmed le puso en libertad a finales del pasado año.

Samuel detuvo la copa de vino que se dirigía a sus labios y abrió mucho los ojos ante tan extraña noticia.

—¿En libertad? ¿Y dónde está?

Tristán obvió las preguntas del mercader y siguió hablando:

—Por lo que cuenta ese oficial, el Jarife visitaba con frecuencia a Sebastián, hasta el punto de llegar a tomarle un sincero afecto. Como sospechábamos, le mantenía preso por mandato del rey Felipe… Pero parece que el tiempo ha deteriorado la relación de Muley Ahmed con Castilla. Según nuestro confidente, Sebastián se encontraba apesadumbrado por haber llevado la ruina a Portugal a cuenta de su cruzada religiosa, hasta obsesionarse por purgar su culpa a cualquier precio.

—Tiene sentido —comentó Alonso—. Lo cierto es que esa campaña fue una idiotez.

—Tú lo has dicho —corroboró el Duque—. Pero espera, que ahora viene lo mejor: creo que nosotros tuvimos algo que ver en lo que sigue. ¿Recuerdas nuestro ataque a la fortaleza, cuando liberamos a Mauricio Borba?

—¡Para olvidarla! Aún se me acelera el corazón al recordar aquello.

—Pues al parecer esa fue la gota que colmó el vaso de la paciencia del Jarife. Harto de los traslados del prisionero, de las órdenes

procedentes del Escorial y de los agentes de Felipe metiendo las narices continuamente en sus asuntos, se llevó a Sebastián a un lugar secreto en la costa y luego le concedió la libertad, disfrazando los hechos como una fuga del Rey junto a otros presos. De ese modo pretendió no ofender a su Católica Majestad ni enfrentarse a España.

—¡Pero eso son magníficas noticias! —Los rasgos semitas de Samuel se iluminaron con una felicidad desmedida—. ¡Entonces es cuestión de tiempo que Sebastián reclame el trono!¡Los días de Felipe I de Portugal están contados!

—No tan deprisa, maese Samuel —le frenó el Duque, que mientras hablaba paseaba por la estancia y vigilaba por las ventanas que nadie más oyera aquella conversación tan delicada—. Según nuestro confidente, Muley Ahmed liberó a Sebastián, a los caballeros más próximos a él y a un pequeño grupo de leales súbditos portugueses para que le acompañaran en su exilio. Les procuró barco para que abandonaran África de forma segura, pero con la condición de que Sebastián cumpliera la promesa que hizo durante su cautiverio: vivir como hombre bajo durante veinte años, amparado en una identidad secreta —puntualizó—. De esa forma purgará sus errores.

Alonso dejó su copa sobre la pequeña mesa redonda donde reposaba la frasca de vino.

—¿El legítimo rey de Portugal viviendo como un plebeyo?

—Así es —el tono del Duque era de pesar y resignación—. Esas son las noticias que tenemos, aunque por supuesto nadie osa hablar de este asunto en voz alta, ni en Berbería ni en España. Los últimos rumores apuntan a que Sebastián se marchó en peregrinación a Jerusalén para solemnizar su voto en Tierra Santa. Si antes no sabíamos dónde encontrarle, ahora nos será aún más difícil, bajo otra identidad y quién sabe si con otro aspecto.

Samuel se dejó caer en un asiento y se rascó la barba mientras jugueteaba con su copa.

—Tal vez pasar desapercibido sea lo mejor para Sebastián, al menos mientras viva Felipe —reflexionó en voz alta—. Sin un ejército que le apoye, cualquier intento de recuperar el trono acabaría en un baño de sangre. ¿Cómo van las cosas en Portugal, Tristán?

—Para seros franco, no van mal. Felipe ha respetado nuestros fueros y no notamos ninguna bota opresora. De hecho, después de su coronación, las cosas en la calle se han tranquilizado mucho. Ese

sentimiento de ultraje que flotaba en el ambiente se ha disipado como una neblina matinal.

Alonso intervino:

—¿Y qué vamos a hacer nosotros ahora que nuestro rey vaga por el mundo como un plebeyo más?

—Dentro de veinte años, Felipe II habrá muerto o será un anciano. Sebastián es joven, así que centraremos nuestros esfuerzos en encontrarle y protegerle hasta que llegue su momento. La profecía ahora tiene más sentido que nunca: el rey deseado volverá para traer gloria a Portugal.

—Podéis contar conmigo y con Tomás para cualquier cosa —le recordó Alonso, reafirmando su compromiso con los sebastianistas.

—Os llamaremos si os necesitamos —le prometió Tristán, agradeciendo su disponibilidad con una leve inclinación de cabeza—. Pero mientras tanto, lo que tienes que hacer es ocuparte de tu bellísima esposa, de vuestro negocio y de seguir prosperando.

Samuel le dio un codazo a Alonso.

—Eso es verdad. Quiero ver pronto a mi nieto correteando por aquí.

Alonso se echó a reír.

—¡Como sea como Alonsinho, prefiero embarcarme en la Cruz do Sul y jugar con los juguetes de Claudio Quirós! ¿Cómo sigue ese loco, Tristán?

El Duque clavó los ojos en el techo.

—Vivo, que ya es decir. Es un milagro que aún no hayamos volado por los aires.

La risa fue interrumpida por tres golpes suaves en la puerta. Al abrirla, Alonso se encontró con el rostro sonriente de Luna, que estudió al trío con mirada pícara.

—Así que arreglando el mundo, ¿verdad, señores?

—Nos habéis pillado, hermosa dama —reconoció Tristán, que se le acercó para besar su mano—. ¿No os he felicitado aún por haberos desposado con uno de los mejores hombres del mundo?

—Tres veces, excelencia —rio ella—. Vengo a por mi marido. Me apetece bailar con él. ¿Me lo prestan vuestras mercedes?

El Duque ejecutó una reverencia exagerada.

—Vuestros deseos son órdenes para mí, todo vuestro, mi señora.

Luna se llevó a Alonso al salón y ambos se mezclaron con los demás invitados. El resto de la tarde transcurrió entre risas y jolgorio, y la fiesta se prolongó hasta la noche para invadir una madrugada que terminó al amanecer.

Y eso solo fue el preludio de más años de dicha para Alonso. Años en los que el sebastianismo casi cayó en el olvido. Años dedicados a su familia y a los negocios.

Años felices.

CAPÍTULO XLI

24 de octubre de 1581, Lisboa

NO SOLO LOS SEBASTIANISTAS BUSCABAN a Sebastián. Felipe II también se valía de su inmensa red de informadores para dar con su paradero, pero sin éxito. Las noticias y rumores eran tan dispares que no había forma de tener certeza de nada: mientras unos afirmaban que nunca había abandonado África, otros sostenían haberle visto en Italia, en Inglaterra o en Alemania; también tomaba fuerza el rumor que mencionaba Tierra Santa. Hubo quien afirmó que había tomado los hábitos y se refugiaba en un convento de clausura, e incluso alguien llegó a jurar que su barco había sido abordado en alta mar por unos piratas cuyo capitán guardaba un sospechoso parecido con Sebastián de Avis. Las mentiras se mezclaban, se entrecruzaban y se fundían entre sí, creando un monstruo multiforme que empezaba a transformarse en leyenda.

La carrera secreta para dar con el paradero del Encubierto continuaba entre los sebastianistas y Felipe II. Este se había entrevistado con Andrea Gasparo Corso para darle instrucciones precisas al respecto, y el espía se había ido reuniendo con todos sus agentes para comunicárselas en persona. Aquel día le tocaba el turno a Urko Aguirre. El corso se había citado con él en la habitación de una posada de Lisboa y le había ordenado que llevara a Fez con él.

Urko y el mudo llegaron por separado a la fonda alrededor de la una de la tarde. A esa hora, había cierta actividad en el comedor, donde varias posaderas servían un almuerzo cuyo olor hacía que el estómago rugiera de hambre. Los dos se encontraron al pie de las escaleras que conducían al piso de arriba, para presentarse juntos en la habitación del corso. Fez se encogió de hombros y compuso una mueca que quería decir: «¿Sabes para qué me han convocado?».

—Ni idea —respondió Urko—, pero pronto lo sabremos. Entremos.

En esta ocasión, los guardaespaldas de Gasparo Corso estaban dentro de la estancia, muy cerca de su amo, con las manos prestas en las empuñaduras de sus armas y aspecto de devorar niños crudos para desayunar. El corso, sentado en el borde de la cama, tampoco lucía su acostumbrada sonrisa de hiena: era evidente que aquel trabajo infructuoso comenzaba a pasarle factura. Se le veía harto y cansado, las semanas de viajes continuos habían acabado haciendo mella en su

ánimo y reflejándose en su rostro.

—Sentaos —les invitó, señalando un par de sillas dispuestas cerca de una mesa, junto a un bacín de agua limpia con un espejo ovalado que reflejaba la luz que entraba por la ventana; su mirada se fijó en el rostro enjuto del mudo—. Así que este es Fez, tu informador —le dijo a Urko—. Un hombre eficiente a pesar de no tener lengua, con un aspecto de bellaco que no haría sospechar a nadie que sabe leer y escribir como un amanuense.

Fez inclinó la cabeza en un gesto de agradecimiento —lo de «aspecto de bellaco» no le había ofendido demasiado— y ocupó una de las sillas. No movió ni un músculo de su cara. Urko se acomodó en el asiento cercano y aguardó en silencio a que Gasparo Corso fuera al grano.

—No tenemos ni una sola pista fiable sobre el paradero de Sebastián de Avis —comenzó a decir el hombrecillo—. Ni siquiera sabemos con certeza si está vivo o muerto, y las historias que nos llegan son a cuál más extraña. Felipe de Castilla nos ha encargado remover cielo y tierra, y quiere estar al tanto de cualquier averiguación que hagamos. En caso de dar con él, sus órdenes son tajantes: no desea que sufra ningún daño. —Clavó sus ojos en los de Urko—. Sostiene que es su sobrino y que merece buen trato, así que si tienes la fortuna de ser tú quién le encuentre, acuérdate de esto. Tú y tus hombres —puntualizó.

Urko asintió, y el corso prosiguió:

—Mantente cerca del duque de Alandroal sin ser detectado, y síguele allá donde vaya —se dirigió a Fez y le señaló con el dedo—. Tú sigue como hasta ahora, y ese oído privilegiado que tienes te hará ganar dinero. Gracias a ti, siempre conocemos con antelación el siguiente movimiento de la Cruz do Sul. El rey Felipe y yo estamos muy contentos con tus servicios —concluyó. El mudo compuso una mueca sonriente con su cara de recién resucitado, se colocó ambas manos sobre el pecho y agachó la cabeza, agradecido. Urko abrió la boca por primera vez:

—¿Y qué hay de Alonso Teixeira y del irlandés? —espetó con un rictus de desprecio en sus labios y un tono que no agradó a su patrón—. Mi hermano clama venganza desde su tumba, y yo me estoy cansando de esperar.

Gasparo Corso clavó una mirada de hierro en el asesino. Los labios del espía, acostumbrados a sonreír eternamente, se curvaron en un gesto

de asco.

—Lo que tú desees me trae sin cuidado, Urko Aguirre. Cuando yo hablo, es Felipe de Castilla y Portugal quien lo hace por mi boca, y en estos momentos nos conviene tener a la tripulación de Tristán de Souza completa y lista para la acción: si Sebastián decidiera tomar contacto con ellos, bastaría con seguirles para capturarle con vida. Una vez le tengamos en nuestras manos, te doy vía libre para llevar a cabo tu venganza, o para que hagas lo que te salga de lo que sea que tienes entre las piernas. —Gasparo le señaló con el dedo, de forma amenazadora; sus ojillos se convirtieron en dos rendijas maléficas—. Pero recuerda, si alguno de ellos sufre daño por ti o por alguno de tus esbirros antes de que le echemos el guante a Sebastián, no habrá rincón en el que puedas esconderte. Me ocuparé personalmente de que mueras de viejo en la peor galera del Imperio, y daré instrucciones al cómitre para que te depare un trato tan especial que desearás que tu madre no te hubiera parido jamás.

Urko conjuró toda la paciencia de la que era capaz para no degollar al corso en ese momento. Nadie se había atrevido nunca a hablarle así, y lo peor de todo era que sabía que aquel tiparraco era muy capaz de cumplir sus amenazas. Contaba con el apoyo incondicional de la Corona, y eso le otorgaba poder ilimitado. Fez, a su lado, le miraba de reojo, tenso por la situación. Los espadachines mantenían una mirada intimidante clavada en Urko, prestos a reaccionar si este decidía que la ofensa era demasiado grave para tragársela. El asesino se juró que algún día le haría comer su arrogancia a aquel enano, que ahora rebuscaba en el interior de su chaqueta como si nada hubiera pasado.

—Tomad. —Gasparo lanzó sendas bolsas a Urko y a Fez—. Tal vez esto os haga recordar la razón por la que trabajáis para mí.

Fez tomó la suya con ojos codiciosos y, al abrirla, sus pupilas brillaron como luminarias en plena noche. El mudo dirigió una mirada de agradecimiento a su patrón. Urko dejó la suya sobre la mesa durante unos instantes, como si no le interesara demasiado, para luego guardársela sin tomarse la molestia de comprobar su contenido.

—¿Alguna cosa más? —preguntó el asesino al corso.

—Esto es todo. Cumplid mis órdenes y seréis felices. —Esta vez, el corso les dispensó una de sus sonrisas de cera, como si aquello pudiera disipar el ambiente sulfúrico que reinaba en la habitación; justo en ese momento, sonaron tres golpes en la puerta—. Debe ser la comida que encargué hace rato —adivinó, para dirigirse a continuación a uno de

sus guardaespaldas—. Abre. Vosotros dos podéis marcharos.

Urko y Fez se levantaron, sin apenas prestar atención a la joven que entró portando una bandeja con humeante asado de jabalí. El cabello le cubría la cara casi por completo. La dejó sobre la mesa y preguntó:

—¿Alguna cosa más, señor?

Gasparo Corso le lanzó una moneda de cobre que ella atrapó al vuelo.

—Puedes retirarte.

Salió de la habitación y cerró la puerta a sus espaldas, a tiempo de ver las cabezas de Urko y Fez desapareciendo escaleras abajo. Dejó que se alejaran unos pasos y bajó los peldaños de madera con sigilo. Al llegar al mostrador, se dirigió al dueño de la posada, un viejo gordo con cara de lechón que en ese momento organizaba unos platos listos para servir.

—El italiano me ha enviado a hacer un recado —mintió—. No tardo.

El posadero asintió sin dejar de trajinar con los platos, que eran recogidos por las camareras y servidos a las mesas con presteza.

—Muy bien —concedió—. Tenle contento, ese fulano deja buenas propinas.

La joven salió del mesón y miró a un lado y a otro de la calle. Localizó a Urko y a Fez caminando con pasos rápidos en dirección al Barrio Alto. El asesino gesticulaba de vez en cuando, dejando ver un enfado que no había tenido valor de mostrar durante la reunión con Gasparo Corso. Manteniendo siempre las distancias para que no la vieran, la joven les siguió por callejuelas y plazas hasta que llegaron a la desembocadura de la calle de San Pedro, donde, tras intercambiar palabras y signos, se separaron. Cuando Urko desapareció cuesta abajo, la mujer se apresuró para no perder de vista al mudo.

Ocultándose tras esquinas, columnas y soportales, vio a Fez entrar en una casa. Era fácil de localizar: estaba frente a una fuente con dragones de piedra. Esperó un buen rato, por si el mudo salía y proseguía camino. No fue así, por lo que supuso que había llegado a su destino final.

Junto a la fachada de la casa de enfrente, una mujer con pinta de criada cosía unos calzones de hombre, sentada en una silla, al fresco. La joven se acercó a ella ofreciéndole su mejor sonrisa.

—Dios la guarde, buena señora. —La mujer levantó la vista sin responder al saludo—. Llevo un recado para un tal señor Nogueira, pero no estoy segura de su dirección. ¿Podría ser esa villa de allí? —Señaló la casa en la que Fez había entrado; con un poco de suerte, gracias a su mentira, podría confirmar que era la residencia del duque de Alandroal—. Es la hora del almuerzo y no me atrevo a molestar a la familia equivocada.

La señora negó con la cabeza.

—Esa seguro que no —afirmó—. Ahí vive Tristán de Souza, duque de Alandroal. —A la joven le costó no esbozar una sonrisa de triunfo; había dado en el clavo—. Si te digo la verdad, no me suena ningún Nogueira por estos lares… ¿Seguro que te dijeron que vive en esta calle?

—Es la de San Pedro, ¿no? —preguntó, haciéndose la despistada.

—Así es. Prueba más arriba, si acaso. —Y la criada volvió a sus labores con diligencia, como si ya se hubiera entretenido más de la cuenta.

La joven se alejó y espió la casa del Duque a la sombra de un soportal. Se mordió el labio inferior, nerviosa. Arriesgarse a escuchar la conversación a través del agujero que conectaba la estancia con la habitación de al lado había merecido la pena. Decidió enterarse de lo que se cocía allí dentro en cuanto reconoció al cabrón de la cara llena de cicatrices. Aún recordaba las torturas a las que la sometió dos años atrás, cuando ella vendía su cuerpo en un burdel. Aquello no fue lo peor. Lo peor fue que ese hijo de puta violó a un crío encima de ella. Cuando terminó con él, les pegó hasta cansarse. Había sido prostituta desde los catorce años, pero nunca había pasado por algo tan atroz, tan repugnante, tan doloroso para el cuerpo y para el alma. Sus sueños solo fueron pesadillas desde ese día. No podía dejar de ver el rostro de aquel cerdo despiadado por las noches, ni había podido olvidar el llanto del chiquillo, que arrastraría ese suceso durante el resto de su vida. Lo único bueno que sacó de todo aquello fue la decisión de dejar la mala vida y buscar trabajo digno en una posada. Ganaba una miseria, comparada con su trabajo anterior, pero al menos no tenía que abrirse de piernas a merced del primer canalla que pagara su tarifa.

Ahora sabía que el hijo de perra tenía al tiparraco mudo infiltrado de espía en la casa de ese tal duque de Alandroal. Nunca había oído hablar de él pero, como buena puta, sabía recordar nombres tanto

como olvidarlos. Urko Aguirre, Fez, Tristán de Souza… ¿Y qué era aquello de que el rey Sebastián estaba vivo? Su estómago temblaba como si estuviera a punto de soltarse: tenía ante sí una oportunidad única para vengarse de aquel monstruo y obtener, tal vez, algún beneficio.

Pero no podía precipitarse. Lo más probable sería que Tristán de Souza la echara a la calle si le iba con el chivatazo. La palabra de una prostituta reconvertida en posadera carecería de valor ante alguien como él.

He sido puta; y de putas, putadas, se dijo, dejando escapar una risita. Sabía que los agentes de Felipe II solo pretendían espiar al Duque, así que no había riesgo inminente para él, ni prisa alguna para ella. Tenía que profundizar en el asunto. Con sus artes de seducción, podría obtener información y cerrar más y más el cerco alrededor de Urko Aguirre.

No quería meter la pata. Paciencia. Lo primero sería invertir en un bonito vestido y aparentar ser una dama para ganarse la confianza del Duque. Tenía que conseguir que Tristán de Souza le diera su merecido a ese cerdo.

Paciencia, se repitió. Debía tener paciencia.

CAPÍTULO XLII

EL ÚLTIMO TRIMESTRE DE 1581 pasó fugaz como un suspiro, y 1582 trajo nuevas alegrías a la vida de Alonso y sus más allegados.

El sebastianismo seguía latente, pero dormido, y la vida de Alonso era la de un mercader, cada día más parecida a la de Samuel Pérez. Los mensajes procedentes de Portugal eran de tranquilidad, a excepción de la catastrófica derrota sufrida en julio de 1582 por Antonio, el Prior de Crato, en las Azores. La flota de Don Álvaro Bazán, primer Marqués de Santa Cruz, compuesta por veinticinco barcos, venció a los sesenta que componían la armada francesa que defendía a don Antonio al mando de su comandante, Felipe Strozzi. Aquella batalla pasó a la Historia como «La Batalla de la Isla Terceira».

El Prior de Crato se vio obligado a huir a bordo de una galera a

Francia, donde se le acogió. Se contabilizaron muchos muertos en su bando, con una particularidad macabra: al no haber declaración formal de guerra entre Francia y España, los soldados franceses fueron considerados piratas y ejecutados sin contemplaciones.

Ninguno de los sebastianistas cercanos a Alonso participaron en aquella acción bélica. Según palabras del propio Tristán, la tripulación de la Cruz do Sul criaba barriga en Lisboa, ocupada en tareas poco heroicas. Sin noticias de Sebastián que justificasen una expedición, sus hombres se dedicaban a entrenar para no oxidarse, tener la oreja puesta en tabernas y muelles y trabajar para el Duque en un negocio de importaciones de azúcar de caña que acababa de abrir con comerciantes brasileños. Como solía decir Veira, en un tono que sonaba a excusa: «algo tenemos que hacer en estos malditos tiempos, con tanta paz».

De una tranquilidad parecida disfrutaba Antonio Expósito, quien cercano a las fuentes de información del Gran Duque de Alba, tampoco recibía noticias del paradero del rey perdido. Mantenía una correspondencia fluida con Alonso, pero en ninguna carta se refirió a la empresa sebastianista. Si bien los españoles también buscaban al monarca fugitivo con tanta o más dedicación que sus leales portugueses, sus expediciones —mucho más importantes que las de los conspiradores lusos— tampoco habían dado fruto.

A Sebastián se lo había tragado la tierra.

Algo que sí le contó Antonio a Alonso en una carta, fue el traslado de los huesos del falso Sebastián desde Ceuta a Portugal, donde acabarían descansando en un monasterio de frailes Jerónimos, en la ciudad de Belém. Fue el propio duque de Medina Sidonia quien se ocupó del traslado, cerrando así el episodio de los huesos del monarca caído en Alcazarquivir. Cuando terminaron de leer esa carta, Alonso y Tomás pillaron una buena borrachera a la salud del pobre desgraciado que dormiría para siempre en la caja de madera.

El año 1582 fue, en definitiva, un año tranquilo para Alonso y familia.

Lo que más alegría les trajo fue la noticia del embarazo de Luna. Según las comadronas, daría a luz a una criatura para finales de ese año. Todos andaban como locos con la noticia, sobre todo el pequeño Alonsinho, que preguntaba por su primo a todas horas. Luna estaba preciosa, la preñez le sentaba bien, y eso era señal —según las matronas— de que en su seno habitaba un varón sano y fuerte.

Y no fue ese el único hecho que alegró sus vidas. El 8 de agosto de 1582, Tomás y María se desposaron en la Iglesia de Nuestra Señora de la O, la misma en la que se habían casado Alonso y Luna el año anterior. Fue una ceremonia sin muchos invitados, celebrada en la residencia de los Pérez. No faltaron las chanzas dirigidas a los abuelos, como les llamaban todos de forma cariñosa. A María el apelativo le hacía gracia, pero a Tomás se lo llevaban los demonios, sobre todo cuando Alonso se refería a él como padre. Cada vez que lo hacía, volaba algún plato, sonaba un pescozón o una patada surcaba el aire, coreada por las risas de los presentes.

Otro acontecimiento importante tuvo lugar ese mismo agosto —apenas dos días después de la boda de Tomás con María—, y fue la llegada al Puerto de la Barrameda de las dos primeras naos de Samuel, procedentes de un prestigioso astillero guipuzcoano. Estos dos barcos eran la avanzadilla del total de seis encargados, todos ellos idénticos y de formidable factura. Samuel contrató dos tripulaciones recomendadas por el propio duque de Medina Sidonia, antiguos marineros de guerra capitaneados por dos navegantes de confianza. Fue tal el entusiasmo del mercader al recibir sus propias naves que se embarcó en su primer viaje a las Indias sin pensárselo dos veces. Glauco, el cuñado de Alonso, le acompañó a bordo del Abundancia, así como Sara que, lejos de disuadir a su marido para que no hiciera el viaje, cruzó la pasarela del buque con más brío y ganas que él. Alonso se quedó en Sanlúcar a cargo de los negocios. Todos los días, por la mañana, se acercaba a la iglesia y oraba un rato en silencio. Jamás pidió nada.

Tan solo daba gracias a Dios por todo lo que le había proporcionado.

5 de octubre de 1582, Lisboa

Ese día resultó ser el 15 por orden del Papa Gregorio XIII, quien decidió solventar de un plumazo los diez días de error respecto al año solar que se arrastraban desde la implantación del calendario juliano, en el año 46 después de Cristo. A Dulce Barreto le trajo sin cuidado que los días comprendidos entre el 5 y el 14 dejaran de existir. Cosas de Papas y sabios. Desde hacía un año, solo tenía una cosa en mente: vengarse de Urko Aguirre. Una venganza en frío, serena y calculada,

como mandan los cánones.

Había sabido tener paciencia.

Durante ese año, consiguió sonsacar información sobre el sebastianismo a un buen número de clientes de la posada, a veces a cambio de favores propios de su antigua etapa de ramera. Siempre se consolaba diciendo que uno más, qué importaba. Si tenía que aliviarle la entrepierna a alguien para enterarse de algo interesante, lo hacía, sin más.

Cuanto más avanzaba en sus investigaciones, más le seducía la idea de que el rey Sebastián estuviera vivo. No era que Felipe II fuera malo, pero la cruzada sebastianista le pareció emocionante, de modo que poco a poco se fue impregnando de ella. Dulce se había preparado mucho, fijándose en cómo hablaban los más cultos que frecuentaban la posada; había conseguido interesarse por las conversaciones políticas que antaño le aburrían y había pulido sus modales hasta poder hacerse pasar por una dama.

Y aquello le gustaba. La ínclita posadera.

El vestido de terciopelo y seda, que tanto dinero y trabajo le había costado, la hacía parecer una señora. La fulana analfabeta llamada Amalia Pereda había quedado oculta por Dulce Barreto, su nueva identidad, que ahora caminaba sola, con pasos lentos y elegantes, por la calle de San Pedro.

Al igual que había hecho en otras muchas ocasiones, se ocultó tras una esquina y esperó a que Fez abandonara la casa del Duque. Solía hacerlo casi a diario, alrededor de las cinco de la tarde. Ese día tampoco falló. En cuanto desapareció de su vista, la joven cruzó la calle y golpeó el aldabón de la puerta tres veces, sin dudarlo ni un segundo.

Un hombre enjuto de bigote poblado fue quien abrió. Portaba una tizona al cinto y tenía pinta de soldado a pesar de ir de paisano. El espadachín la examinó de arriba a abajo sin recato alguno para luego

mirarla fijamente a los ojos, esperando a que hablara.

—Buenas tardes —saludó ella, esgrimiendo una sonrisa más mortal que una espada—. Soy doña Dulce Barreto, y desearía hablar con vuestro amo, el duque de Alandroal.

Zilhão frunció el ceño, extrañado. En los años que llevaba a las órdenes de Tristán, nunca antes una dama había llamado a su puerta, y menos una tan hermosa e interesante. Para satisfacción de Dulce, su disfraz funcionaba muy bien.

—¿Puedo conocer el motivo de vuestra visita, mi señora?

—Es personal —se limitó a responder ella, sin dejar de sonreír.

—Mi señor no suele atender visitas inesperadas, pero creo que hará una excepción con una tan hermosa. Aguardad un momento, os lo ruego.

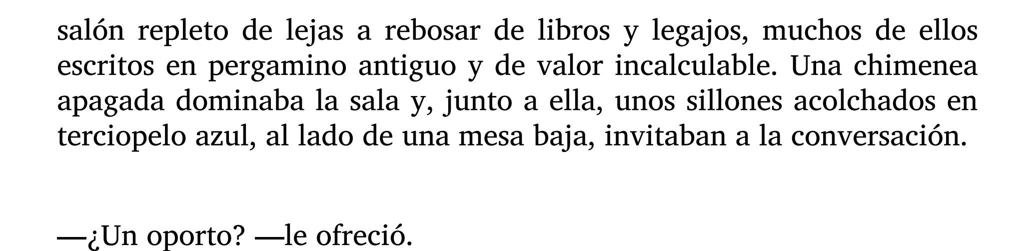
Zilhão cerró la puerta y esta se volvió a abrir segundos después. El Duque, vestido con un pantalón y una camisa blanca cerrada, estaba junto a él.

—Disculpad, hermosa dama, pero no estamos acostumbrados a recibir visitas tan ilustres en esta casa. —Inclinó la cabeza a modo de saludo y besó la mano enguantada que Dulce le tendía—. Pero pasad, os lo ruego, no os quedéis en la puerta.

Ella entró y pronunció un agradecimiento cortés. El Duque se dirigió a Zilhão:

—Estaremos en la biblioteca. —Le guiñó para que estuviera alerta, no fuera que aquella jovencita llevara una daga oculta en los refajos; acto seguido, le ofreció su mano—. Acompañadme, por favor.

Atravesaron dos estancias amplias antes de llegar a la biblioteca, un


salón repleto de lejas a rebosar de libros y legajos, muchos de ellos escritos en pergamino antiguo y de valor incalculable. Una chimenea apagada dominaba la sala y, junto a ella, unos sillones acolchados en terciopelo azul, al lado de una mesa baja, invitaban a la conversación.

—¿Un oporto? —le ofreció.

Ella aceptó y ocupó el asiento que el Duque le señalaba. Después de llenar las copas, se sentó frente a ella.

—Decidme, ¿en qué puedo serviros?

Dulce dio un sorbo al vino. Estaba excelente, mucho mejor que el que servían en la posada.

—Consideradme una amiga, aunque no me conozcáis —comenzó a decir, arrastrando las palabras con lentitud, tal y como había visto hacer a damas de alta alcurnia—. Una amiga que está al corriente de vuestras andanzas en pos del desaparecido rey de Portugal.

Tristán levantó las cejas y compuso un gesto de asombro.

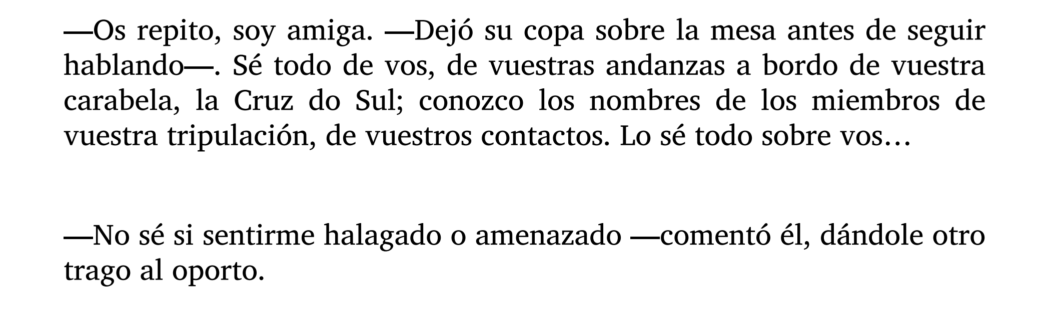
—¿Se ha perdido el rey Felipe? —preguntó, haciéndose el loco—. Es la primera noticia que tengo…

Ella hizo un mohín pícaro con los labios y soltó una risita ahogada.

—Vos sabéis que no me refiero a Felipe, sino a Sebastián.

—Sebastián murió en Alcazarquivir, bella dama. Todo el mundo lo sabe.

Ella sostuvo la copa delante de sus labios y torció una sonrisa que a él le pareció de lo más seductora.



—Os repito, soy amiga. —Dejó su copa sobre la mesa antes de seguir hablando—. Sé todo de vos, de vuestras andanzas a bordo de vuestra carabela, la Cruz do Sul; conozco los nombres de los miembros de vuestra tripulación, de vuestros contactos. Lo sé todo sobre vos…

—No sé si sentirme halagado o amenazado —comentó él, dándole otro trago al oporto.

—Ni una cosa ni otra —le tranquilizó ella—. El motivo por el que estoy aquí es porque acogéis a un traidor en vuestra propia casa. ¿Os suena el nombre de Urko Aguirre?

Por supuesto que le sonaba. Alonso le había mencionado en una de sus cartas, relacionándolo con el asalto en Ceuta.

—Un amigo me habló una vez de él. Es un espadachín a sueldo, ¿no?

—Mucho más que eso, es el líder de una banda de asesinos que trabaja a las órdenes de Andrea Gasparo Corso, un espía del rey Felipe que se mueve por España y Berbería como si fueran de su propiedad. Su misión es la misma que la vuestra: encontrar a Sebastián de Avis.

Tristán se mordisqueó el labio inferior. Aquella mujer estaba muy bien informada.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con ese traidor que afirmáis que tengo entre mis hombres?

Dulce fue al grano:

—Aguirre recibe información de Fez, vuestro criado.

El Duque abrió unos ojos como platos y soltó una carcajada.

—¿Fez? ¡Pero si Fez es mudo como una estatua!

—Por lo que sé de él, es mudo porque le cortaron la lengua, pero tiene un oído capaz de atravesar paredes. Y sabe escribir, aunque vos lo

desconozcáis.

—No puedo creer lo que decís, mi señora. Fez lleva años conmigo…

—Ponedlo a prueba —le interrumpió ella.

—¿A prueba?

—Tramad cualquier patraña, proporcionadle una pista falsa —sugirió —. Inventaos un lugar donde pudiera encontrarse Sebastián y comprobaréis que vuestros enemigos llegarán allí antes que vuestra tripulación. Si mantenéis los ojos bien abiertos, descubriréis a los esbirros de Aguirre, acechando.

Si bien después del rescate de Mauricio Borba el asunto del traidor le preocupó durante un tiempo, el paso de los meses acabó relegando sus temores al olvido. Ahora, una desconocida apuntaba sus acusaciones hacia Fez, el mudo, reavivando sus sospechas. Tristán compuso una mueca tan amable como falsa.

—No os ofendáis, pero podríais ser vos quien me está tendiendo una trampa.

Dulce se echó a reír.

—Ponedle a prueba —insistió, levantándose y dando por terminada la reunión—. Cualquier cosa que digáis le llegará a Urko Aguirre en forma de mensaje escrito, este se lo transmitirá a Gasparo Corso y acabará en manos del rey Felipe. Las noticias corren como el viento. Pronto comprobaréis que su Católica Majestad tiene orejas dentro de vuestra casa.

Aquella frase le provocó a Tristán un pellizco en el estómago.

—Me dejáis intranquilo…

—Mi deber es informaros. Una vez estéis seguro de que mis intenciones son honestas, haced lo que creáis conveniente con Fez y Urko Aguirre. Este último es un asesino despiadado, así que no tengáis

remilgos a la hora de dar buena cuenta de él.

El Duque la acompañó hasta la puerta. Por un lado, le habría gustado charlar un rato más con aquella enigmática mujer, pero por otro estaba deseando perderla de vista. Su visita había sido de lo más perturbadora.

—¿Cuándo volveré a verla?

—Hoy es quince de octubre. ¿Podréis preparar la trampa para vuestro criado antes de un mes?

—Solemos trabajar con menos margen de tiempo —respondió él.

—Pues si os parece bien, el 20 de noviembre estaré aquí a esta misma hora. Cercioraos de que Fez no esté en casa.

—Así será. Id con Dios —se despidió el Duque, quedándose en la puerta hasta verla desaparecer calle abajo.

Al volverse se encontró con Zilhão junto a la entrada al sótano donde celebraban sus reuniones. El espadachín le interrogó con la mirada.

—Acompáñame —le ordenó el Duque—. Subamos a la habitación de Fez.

CAPÍTULO XLIII

15 de noviembre de 1582, un mes más tarde

LA CABAÑA DE MADERA SE erguía en mitad del claro de un bosque al noreste de Lisboa, no lejos de la capital. Bajo la luz del crepúsculo los árboles, deshojados, formaban un paisaje de ramas raquíticas que semejaban manos espectrales clamando al cielo, a la espera de la

gracia de la resurrección primaveral. Los matorrales, curtidos en mil batallas de veranos contra inviernos, aguantaban los cambios de clima con estoicismo, plagando de un color marrón verdoso el claro que rodeaban.

El bosque respiraba silencio, roto de cuando en cuando por el suspiro de una brisa tenue que arrancaba siseos a los árboles. Los animales que lo poblaban también se mantenían callados, alertados por la presencia de extraños en su territorio. Desde la ardilla más diminuta al ciervo más altivo, todos ellos relacionaban el olor a hombre con el olor a muerte, así que preferían no abandonar sus escondrijos.

Los seis intrusos se mantenían ocultos a una distancia prudencial de la cabaña, al abrigo de matorrales y árboles. Uno de ellos, dotado de mejor vista que el resto, oteaba en dirección al claro. Era un tipo delgado, nervudo, con un pañuelo negro en la cabeza. Al igual que sus compañeros, portaba una espada al cinto y una ballesta cargada entre sus manos.

—Distingo a alguien sentado detrás de esa ventana —susurró a los demás, señalando con un índice largo y huesudo; en efecto, una silueta humana se recortaba en la única ventana que se veía abierta, abrigada por el resplandor anaranjado que iluminaba la cabaña por dentro y que se acrecentaba conforme la luz del día se apagaba—. Parece que está leyendo —pensó en voz alta—, no se mueve.

Otro de ellos, un hombre musculoso que acariciaba otra ballesta, resopló:

—¿Seguro que no hay nadie más, Ruiz? Mira que luego vienen las sorpresas…

—Voy a cerciorarme —decidió, abandonando el matorral tras el que se ocultaba—. No os mováis hasta que yo vuelva. —El del pañuelo en la cabeza se desplazó de matojo en matojo sin perder de vista la cabaña; sus cinco compañeros le veían aparecer y desaparecer, cada vez más lejos, hasta que se esfumó por completo.

—¿Adónde va? —preguntó un joven de barba pelirroja que mordisqueaba un palo con nerviosismo.

Alfonso, el hombre musculoso, le respondió:

—Está rodeando el claro para ver si descubre a alguien más dentro de la casa, un reconocimiento como Dios manda. —Se volvió hacia los otros, que aguardaban detrás de él, de rodillas—. Tenemos que actuar

con rapidez, no se nos eche la noche encima. En cuanto Ruiz vuelva y nos cuente cómo están las cosas, entraremos en esa cabaña como una tromba. Y no os olvidéis de que el jefe lo quiere vivo. Si le pasa algo nos cortarán las pelotas y se las darán de comer a las cabras.

Otro hombre, un veterano enorme de dentadura hecha trizas y barba desaliñada, gruñó a su espalda. También llevaba una ballesta cargada, como todos los demás. Se habían decantado por estas en lugar de arcabuces por el ruido.

—¿Y qué hacemos si nos ataca primero? Cuentan que en Berbería mató a veinte moros él solo antes de que pudieran capturarlo.

Alfonso, el líder del grupo, no pudo evitar sonreír de medio lado. Si no hubieran necesitado el silencio para el asalto, hasta se habría permitido soltar una carcajada.

—¡No me jodas, Marrajo! ¿Resulta que ahora te crees todo lo que oyes? —El tal Marrajo siguió enfurruñado; por su aspecto, estaba claro que no era un hombre dado a sutilezas—. Tú piensa en la recompensa que obtendremos si se lo entregamos a Urko con un saco en la cabeza. Cuando el enano afloje la bolsa, tendremos oro suficiente para retirarnos. Nos largaremos a Castilla y no volveremos a pisar este país de mierda nunca más. —Alfonso se dirigió al resto de sus hombres—. Esta noche podría ser la última en la que nos juguemos el pellejo, así que no me falléis.

Marrajo esbozó una sonrisa capaz de poner a la fuga a un redivivo. Los matorrales a su derecha se movieron y apareció Ruiz, que se dirigió a Alfonso para darle su informe.

—La buena noticia es que no hay puerta trasera, por lo que será imposible que se nos escape. La mala es que las demás ventanas están cerradas a cal y canto, así que solo he podido ver al tipo que está leyendo y no sé si habrá alguien más con él. No se menea, juraría que está dormido. De todos modos la cabaña no es muy grande, así que no creo que quepa demasiada gente dentro.

Alfonso sopesó la información y elaboró un plan de ataque.

Sus hombres, expectantes, aguardaban sus instrucciones.

—Ruiz, tú eres el más ágil y el más diestro con la ballesta —le dijo al explorador—, así que quédate en la parte de atrás de la casa y controla que nadie escape por las ventanas. Recuerda: si tienes que disparar, que sea a las piernas.

—Descuida —le tranquilizó este, dirigiéndose a continuación hacia la zona asignada, medio agachado. En unos segundos, había desaparecido de la vista.

—Nosotros entraremos por la puerta. Tenemos que sorprenderles, así que actuaremos con rapidez —se dirigió al Marrajo—. Si la puerta estuviera cerrada por dentro, carga contra ella con todas tus fuerzas.

—Sería la primera que se me resiste —afirmó orgulloso, mostrando de nuevo su dentadura de juicio final.

—En cuanto Marrajo y yo irrumpamos en la cabaña, seguidnos. Esto va a ser fácil —les tranquilizó—. No esperan un asalto, así que les tomaremos por sorpresa. —Alfonso esbozó una sonrisa de triunfo, convencido de antemano del éxito de la misión—. Mañana seremos ricos.

Sus hombres se dejaron contagiar por el entusiasmo de su jefe. Alfonso y Marrajo encabezaron la marcha, imitando el caminar sigiloso de Ruiz, que ya debería estar apostado tras la cabaña. Los asaltantes se aproximaron a la casa en formación cerrada, con las ballestas listas para disparar. A través de la ventana abierta, vieron la silueta del hombre inclinado sobre la mesa. Al llegar junto a la puerta, Alfonso trasteó el pomo y se llevó una grata sorpresa.

Estaba abierta.

Contó hasta tres con los dedos antes de empujar la hoja de madera e irrumpir con su arma apuntando al frente. Los demás entraron en pos de él, ballestas en ristre.

Allí no había nadie, aunque sí muchas señales de vida en el espacio rectangular que hacía las veces de estancia principal: la chimenea humeaba, las velas y las antorchas que iluminaban la cabaña por dentro estaban encendidas, y sobre las mesas reposaban platos con restos de comida junto a vasos aún húmedos de vino. Las paredes estaban decoradas con armas antiguas y trofeos de caza, sobre todo cornamentas de ciervo de espectacular belleza. También había hermosas pieles colgadas y una alfombra con una cabeza de oso que recibía al visitante con sus fauces abiertas, como si pretendiera devorarlo. Las ventanas cerradas habían sido claveteadas por dentro y reforzadas con maderas, cosa que a Alfonso no le dio buena espina. De todas formas jugaban con ventaja, así que no se preocupó. Fijó la vista en la puerta cerrada que conducía a la habitación donde estaba el hombre leyendo, hizo una seña a sus hombres y avanzó hacia

ella.Justo cuando estaba a dos pasos, una madera suelta cedió bajo su pie y un tosco rastrillo de hierro cayó del techo a sus espaldas, cegando la entrada a la cabaña.

—¡Joder! —exclamó uno de sus hombres, sobresaltado; el rastrillo, ahora encajado en unas ranuras del suelo que nadie había visto al entrar, casi le había golpeado en la espalda al caer.

—¡Dejad eso para luego! —ordenó Alfonso—. ¡Adentro!

Abrió la puerta donde estaba el lector y lo encontró solo, quieto como un muerto, iluminado por la luz de una antorcha encajada en un soporte de la pared. Registró la habitación a través de las miras de su ballesta, pero allí no había nadie más. Los camastros estaban vacíos y sin señales de haber sido utilizados durante mucho tiempo. Dos segundos después, apuntó al único ocupante de la cabaña y lo que descubrió no le gustó nada.

Lo que en un principio confundieron con un hombre no era más que un muñeco con una peluca rubia, fabricado —con cierto arte, eso sí— con arpillera y paja. Parecía leer un documento que tenía frente a él. Los demás ballesteros entraron con sus armas apuntando al suelo.

—Alfonso, nos han encerrado —dijo uno de ellos.

—Ya lo he visto —respondió, recogiendo el pliego que descansaba sobre la mesa; estaba escrito en una caligrafía clara. Como era analfabeto, se lo pasó al único de sus hombres que sabía leer.

—«Sorpresa, no soy Sebastián» —silabeó el ballestero, con cierta dificultad.

Alfonso le arrancó el papel de las manos, lo arrugó y lo tiró al suelo.

—Alguien nos ha tomado el pelo —gruñó—. Urko se va a poner hecho una furia.

—Y además estamos encerrados… —comentó otro de los hombres, con cara de susto.

—¡No digas tonterías! —Marrajo le dio un empujón al que acababa de hablar—. Podría levantar ese rastrillo con una mano.

—Antes de nada, registrad la cabaña por si hubiera alguna pista —ordenó Alfonso—. ¡Rápido, este sitio me da mala espina! —Golpeó con los nudillos el cristal de la ventana para llamar la atención de

Ruiz, que seguía apostado en el claro. Al oír los golpes, se acercó a ver qué quería su patrón. Su rostro reflejaba perplejidad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a gritos a través del cristal—. ¿No está Sebastián dentro?

—¡Ni Sebastián ni nadie! —gritó Alfonso—. Cuando hemos entrado, ha caído una reja y ha convertido la cabaña en una jaula. Tranquilo: es un rastrillo de mierda, Marrajo lo levantará y nos largaremos de aquí…

Justo cuando pronunciaba esas palabras, Marrajo se ocupaba del rastrillo.

—No sé para qué demonios preparan una trampa que hasta un crío de diez años podría desmontar —barruntó mientras lo levantaba en peso; no llegó a oír el chasquido que sonó debajo de las tablas de madera que conformaban el suelo de la cabaña, pero sí captó un extraño olor a quemado procedente de abajo—. ¿Pero qué cojones…?

Ni siquiera pudo terminar la frase. La cabaña voló en mil pedazos, arrancándole la vida de cuajo a los cinco hombres que estaban dentro y a Ruiz, que salió despedido por el aire, con sus miembros cercenados atravesados por astillas afiladas como puñales. La explosión resonó en el silencio del bosque, haciendo que los animales ocultos salieran de sus guaridas y huyeran en desbandada.

Aquella broma había resultado ser una trampa mortal.

Desde el cerro en el que estaba apostado junto a seis de sus hombres, Tristán de Souza contempló con tristeza la columna de humo que se elevaba en el claro del bosque y nublaba la noche plagada de estrellas. El noble suspiró, apenado.

—Adiós a mi cabaña de caza —se lamentó—. Tendré que mandar construir otra cuando tenga tiempo… Al menos, ahora sabemos que Dulce Barreto no mentía.

Quirós, que contemplaba con orgullo los trozos de madera incendiada que brillaban en la oscuridad, se puso de pie y adoptó una pose victoriosa.

—¡No os quejaréis de la obra de arte que he preparado en solo dos días! —se jactó—. Solo a un genio como yo se le ocurriría inventar un mecanismo que activara las cargas de pólvora al levantar el rastrillo. ¡A volar por los aires!

Zilhão, que estaba junto al Duque, se echó a reír.

—Nadie niega que eres un genio, Quirós. Loco de remate, pero un genio, al fin y al cabo.

—¡Y un genio piadoso! —recalcó—. Podría haber hecho que ardieran a fuego lento, jugando con las mechas y con la disposición de las cargas, pero bueno… estoy satisfecho de mi obra de ingeniería.

—Yo también —aseguró el Duque, regalándole una palmada en la espalda que Quirós recibió orgulloso.

Los seis que le acompañaban abandonaron sus escondrijos. Parte del equipo se había quedado en Lisboa: Gil, Veira, el capitán Arantes y el contramaestre Vilanova custodiaban a Fez en el sótano de la residencia del Duque. A Tristán se le atragantaba un poco lo que pasaría al día siguiente con su criado, pero no había más remedio que hacer lo que había que hacer.

—Echemos un vistazo ahí abajo con los caballos. Quiero comprobar que no quedan supervivientes ni ningún fuego encendido, lo último que quiero es incendiar este bosque.

Subieron a sus monturas y se dirigieron hacia el claro cabalgando al paso. Todos llevaban un arcabuz corto cargado en la diestra, listo para descerrajarle un tiro al primer extraño con el que se tropezaran. Mientras descendían colina abajo, Zilhão se preguntó en voz alta:

—¿Estará Aguirre entre los muertos?

—Me extraña —respondió Tristán, que trataba de captar movimientos sospechosos en el bosque a oscuras—. No le vimos el pelo en Berbería, cuando encontramos al pobre Mauricio Borba, ni participó en el asalto contra Alonso en Ceuta. Pero da igual, tarde o temprano le haremos salir de su escondite. —Dibujó en su rostro un gesto de determinación —. Ahora es nuestro turno de darle caza a él.

—¿Y qué vais a hacer con Fez?

—Lo primero, interrogarle —respondió.

—No va a ser agradable —pronosticó Zilhão—, sobre todo para él.

—Lo sé —le dio la razón el Duque—. No lo va a ser.

Desmontaron al llegar al claro. La carga de pólvora, preparada con la

maestría de Quirós, había reducido a astillas la cabaña y a pitracos a sus ocupantes sin provocar un mar de fuego. Aquí y allá había trozos de madera ardiendo, que los hombres del Duque sofocaron a golpe de bota o de manta. Cuando ya no hubo riesgo de incendio, emprendieron el camino de vuelta.

El trozo más grande que hallaron de los hombres de Aguirre habría cabido en una cazuela.

Urko respiraba como si estuviera embutido en un corsé de acero tres tallas menor que la suya. A su lado, Aníbal Falcó, un joven menudo y fibroso ataviado con ropajes negros como la noche, trataba de tranquilizarle, sin éxito. El aire nocturno despejaba poco a poco el humo donde se había alzado la cabaña en la que, según el informe de Fez, debería haber estado Sebastián de Avis. La tez de Urko estaba roja como un pimiento. Debajo de su piel, la sangre hervía.

Aníbal Falcó tenía un apodo inquietante: la Sombra. A pesar de su juventud —apenas había cumplido los veinte—, trabajaba desde hacía años para Urko. Solía usarlo en ocasiones muy especiales para perpetrar robos en domicilios, espionaje y asesinato selectivo: era astuto, ágil como un gato, sigiloso, casi invisible y ambidextro en lo tocante al manejo de dos armas a la vez, todo ello acompañado de un aspecto aniñado y poco amenazador, lo que le facilitaba moverse en cualquier ambiente sin ser descubierto. Su puntería con la ballesta era asombrosa y, lo más importante, tenía los mismos escrúpulos que su patrón, es decir, ninguno. Si Urko le mandaba asar a un bebé empalándolo en un espeto, lo hacía sin preguntas y sin remordimientos.

—Esa cabaña ha estallado como la santabárbara de un barco de guerra —murmuró Aníbal—. ¿Qué crees que habrá pasado?

Urko se tomó un tiempo para contestar. Las ideas bullían en su cabeza como legumbres en un cocido. Barajó varias hipótesis, pero algo en su interior le hizo decantarse por una.

—Nos han hecho la misma jugada que nosotros les hicimos en Berbería con el impostor… pero con la diferencia de que ellos descubrieron la trampa y nosotros hemos caído en ella como principiantes —masculló, apretando los dientes en la oscuridad—. He perdido a mis últimos seis hombres de confianza. ¡Mierda!

—¿Quieres que eche un vistazo? Podría haber supervivientes…

Urko negó con la cabeza y señaló hacia el claro. A pesar de ser de

noche, distinguieron la silueta de varios jinetes al paso. Con tan poca luz, parecían ser más de los que en verdad eran.

—Son demasiados —susurró Urko—. De todos modos, nadie puede sobrevivir a una explosión así. Esos hijos de puta no han escatimado en pólvora.

La Sombra tampoco paraba de darle vueltas a la cabeza.

—¿Crees que Fez te ha traicionado?

—No lo sé. Puede que le hayan descubierto y que el Duque urdiera este plan a sabiendas de que morderíamos el anzuelo en cuanto él nos lo soplara. —Apretó los puños; la rabia distaba mucho de mitigarse en sus entrañas—. Ahora no tengo más remedio que informar al enano cabrón, y esto no le va a gustar nada. Regresemos a Lisboa, a ver qué decide el corso. Ojalá esto acabe pronto y pueda rebanarle el pescuezo al Duque, a Teixeira, al irlandés y a toda esa panda de hijos de puta sebastianistas.

—Si necesitas ayuda ya sabes: por un buen precio te los quito de encima.

—Necesitamos el beneplácito de Andrea. Trae los caballos, nos largamos de aquí.

CAPÍTULO XLIV

16 de noviembre de 1582, Sanlúcar, esa misma noche

TODOS LOS HOMBRES FUERA.

Esa había sido la orden que Sara y el pequeño ejército de mujeres que atendían a Luna en el parto dieron a Alonso, Tomás y Samuel. Los ropajes del mercader aún olían a mar y tierras lejanas, y su piel lucía bronceado de navegante. Él, Sara y Glauco habían regresado apenas cinco días atrás, aprovechando al máximo los vientos favorables para llegar a tiempo al nacimiento de su primer nieto. Las bodegas de sus barcos tocaron puerto rebosantes de mercancías provenientes de Brasil, y las alforjas de Samuel repletas de esmeraldas grandes como proyectiles de honda. Llevaban días sin parar de narrar maravillas de

las Indias, avivando las ascuas del espíritu aventurero de Alonso y Tomás, medio apagadas por la rutina de su nueva vida de comerciantes. Seducidos por el exotismo de aquella tierra desconocida, Alonso prometió a su amigo que cruzarían el Atlántico cuando su hijo fuera más mayor.

—Pero no esperes a que se afeite —le había rogado Tomás—. No me apetece recorrer esas playas interminables y esos bosques de árboles raros con ayuda de un bastón.

Alonso le aseguró que si todo iba bien con Luna y el bebé, se embarcarían al año siguiente.

Pero esa noche, nadie se acordaba del Nuevo Mundo. Los hombres esperaban el alumbramiento con el nerviosismo de un padre y un abuelo primerizos. A la luz de las lámparas de aceite y de los braseros que iluminaban el patio interior, las criadas trajinaban con barreños de agua caliente y sábanas limpias. De cuando en cuando, Alonso pegaba la oreja a la puerta, intentando adivinar qué sucedía dentro de su habitación, donde Sara, María y las comadronas atendían a Luna. Todo estaba en silencio, y ese silencio le inquietaba.

—Calma, rapaz —le tranquilizaba Tomás—. Luna es fuerte, verás cómo todo sale bien.

El primer grito borró todo atisbo de serenidad en Alonso, que a punto estuvo de pegar una patada a la puerta e irrumpir en la alcoba. Samuel se lo impidió, agarrándolo por la manga de la camisa, con ternura pero con firmeza.

—Ni se te ocurra —le ordenó, tajante—. Si entras ahí dentro la pondrás más nerviosa. Un parto siempre trae consigo dolor, pero es un dolor que queda borrado por la alegría del nacimiento, así que quédate aquí y no entres hasta que te llamen.

A ese primer grito siguieron otros, a cuál más desgarrador, acompañados por las palabras de ánimo de la comadrona y de consuelo de Sara y María, que agarraban las manos de Luna para darle fuerzas. Como madres que eran, ambas conocían la dureza de ese trance. Luisa, el ama de llaves, salió un momento a la galería y posó una mano tranquilizadora en el brazo de Alonso, cuyo rostro era la viva estampa de la preocupación.

—Todo va de maravilla —le aseguró, con una sonrisa franca que transmitió una dosis de confianza en los tres hombres—. La cabeza ya casi asoma, le queda muy poquito…

—¿Es niño o niña? —preguntó Alonso, agarrándole la mano. Tomás le miró con cara de estupefacción.

—¡Mira que eres tonto! ¿Pero tú qué crees, que los niños nacen con las vergüenzas en la frente?

Samuel no pudo aguantar la risa y enseguida todos se contagiaron, incluido Alonso. Luisa regresó a la habitación, y los gritos continuaron durante un par de minutos más. Luego, se instauró un silencio breve que fue roto por el inconfundible sonido del llanto de un bebé.

—¡Ahí está, ahí está! —Alonso estaba impaciente por ver a Luna y conocer a su retoño—. ¿Entramos ya?

—¡Espérate! —Samuel le detuvo, poniéndole una mano firme en el pecho—. La comadrona tiene que cortar el cordón umbilical, curarle el ombligo y prepararlo para que esté bien guapo cuando le conozcamos. Paciencia, yo tengo las mismas ganas de verlo que tú.

Pasaron unos minutos interminables antes de que la puerta de la alcoba se abriera de par en par. María, escoltada por Sara y Luisa, cruzó el umbral llevando en brazos un pequeño amasijo de lienzos que dejaban escapar una mano diminuta que estiraba sus deditos al aire. A Alonso le faltó el aliento, y tuvo que aguantar su vehemencia hasta que se sintió lo bastante repuesto como para acercarse a su madre y contemplar, por primera vez, el rostro de su bebé.

—Es un niño —anunció María, entregándoselo—. Sano y hermoso, como vosotros.

Alonso titubeó un poco antes de cogerlo. Nunca había tenido entre sus brazos algo tan pequeño y delicado y temía hacerle daño. En ese momento le pareció frágil como el cristal.

—¿Y Luna? —fue lo primero que preguntó.

—Se ha portado muy bien y está perfectamente —contestó Sara que, al igual que su marido, tenía la piel morena por el sol del Nuevo Mundo. Estaba muy bella—. Te está esperando, entra.

Alonso entró en la alcoba con su hijo en brazos. Detrás de él, apoyado en la barandilla de la galería que daba al patio, Tomás sonrió, hinchando sus mofletes sonrosados. Atrajo hacia sí a María y le dio un beso sonoro en la mejilla.

—Se me llevan los demonios cuando tu hijo me llama padre —le

susurró al oído—, pero no me importaría que ese diablillo me llamara abuelo.

María se abrazó a él. Le adoraba. Había sabido sacar de ese gigantón de aspecto fiero lo mejor que guardaba dentro. Un hombre fuerte, leal y cariñoso a más no poder. A su lado, la madre de Alonso se veía más menuda de lo que era en realidad.

—Otro bandido para tirarte de las barbas, como Alonsinho.

—Al final, se le coge gusto a los tirones. Alonso será un buen padre —vaticinó.

—Lo sé. Y ahora que tiene un hijo, tendría que replantearse lo que os traéis entre manos con el duque de Alandroal y esos sebastianistas.

—La cosa está tranquila desde hace tiempo. Ahora que nadie sabe dónde está Sebastián, unos y otros andan dando palos de ciego. Míralo por el lado bueno: nos pagan por no hacer nada.

—¿Y qué necesidad tenéis de ese dinero? Los negocios van viento en popa, nos sobra.

La manaza de Tomás alisó el cabello de su esposa con ternura.

—Tienes razón, no es por el dinero. Alonso sigue en esta empresa por patriotismo y yo sigo por él. Todo lo que soy ahora, lo que somos, se lo debo a tu hijo y estaré a su lado siempre, apoyándole en todo lo que haga.

María le dedicó una sonrisa radiante.

—Eso también lo sé, y no sabes cuánto te lo agradezco. Aunque viviría más tranquila si tuviera la certeza de que no os volveréis a embarcar en la Cruz do Sul. No hay noche en la que no me acuerde de lo que pasó en Ceuta. Mi hijo podría haber muerto en ese callejón…

Tomás se separó de María para lanzarle una mirada escéptica desde arriba.

—¿Estando yo cerca? ¡Ja! ¡Imposible! Ella volvió a abrazarse a él.

—Ojalá pudiera estar tan segura de eso como tú, grandullón.

—Deberías. —Tomás prefirió cambiar el tema por otro más halagüeño —. ¿Entramos a ver a Luna?

—Dejémosles unos momentos a solas con su hijo —decidió María, sin dejar de abrazarle.

Luna recibió a Alonso y a su bebé con una sonrisa cansada. Su rostro, aunque alegre, aún reflejaba el sufrimiento del parto. La comadrona comprobaba en ese momento si había leche en sus pechos y ella hacía una mueca de dolor con cada apretón.

—Podréis alimentar a vuestro hijo sin problemas, doña Luna —dictaminó la matrona, satisfecha, a la vez que se limpiaba la mano con un trapo—. Mañana por la mañana volveré. Si me necesitarais antes, mandadme a un criado a cualquier hora, ¿de acuerdo?

—Muchas gracias, Crisanta —la joven madre apretó la mano de quien tanto la había ayudado—. Sois la mejor.

—Lo habéis hecho muy bien. —Se volvió hacia Alonso—. Vuestra esposa es una mujer muy fuerte, sois muy afortunado.

—Lo sé —respondió él, orgulloso.

La comadrona se despidió y abandonó la alcoba, cerrando la puerta tras de sí. Alonso, con suma delicadeza, devolvió el bebé a su madre. Les contempló durante unos instantes, embelesado. A pesar de estar sudorosa y despeinada, Luna estaba muy hermosa. Con cuidado para no aplastar a su hijo, la abrazó y la cubrió de besos.

—Esto es… maravilloso —logró decir, con un nudo en la garganta; examinó el rostro del pequeño—. ¿Se parece a mí?

Luna se echó a reír.

—Ahora mismo no le veo parecido con nadie. Todos parecen iguales…

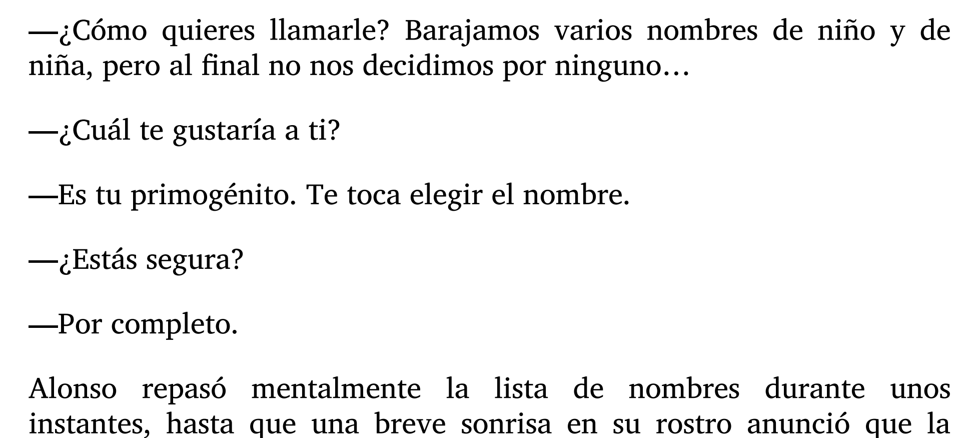
—A mí este no. Este es mío. Es el más guapo del mundo.

—A ver si sé hacer esto…

Luna se incorporó en la cama, acunó a su hijo cerca del pecho y le puso el pezón junto a los labios. El pequeño, haciendo uso de su instinto natural, lo buscó hasta metérselo en la boca. Enseguida empezó a succionar. Tanto Alonso como ella se echaron a reír.

—¡Es un glotón! —exclamó ella.

—Crecerá sano y fuerte —predijo Alonso. Mientras amamantaba a su hijo, Luna le preguntó:



—¿Cómo quieres llamarle? Barajamos varios nombres de niño y de niña, pero al final no nos decidimos por ninguno…

—¿Cuál te gustaría a ti?

—Es tu primogénito. Te toca elegir el nombre.

—¿Estás segura?

—Por completo.

Alonso repasó mentalmente la lista de nombres durante unos instantes, hasta que una breve sonrisa en su rostro anunció que la elección estaba hecha. Alternando la mirada entre su bebé y su esposo, Luna le preguntó:

—¿Ya? —Estaba impaciente por conocer el nombre de su hijo.

—Me gustaría que llevara el nombre de alguien muy importante para mí, aunque estuvo a mi lado muy poco tiempo, por desgracia…

Luna se echó a reír.

—No me digas más, quieres que nuestro hijo se llame Sebastián.

Alonso estiró el cuello y abrió mucho los ojos.

—¡Como pitonisa eres un desastre!

—Me alegra no haber acertado —reconoció—. ¿Cómo quieres que se llame, entonces?

—Gonzalo, por Gonzalo Nuño.

—El fronteiro que te ayudó a escapar de Berbería… —recordó Luna.

—Sin él jamás habría llegado a Ceuta. Sin él jamás te habría conocido. Sin él, tal vez estaría muerto o algo peor.

Luna asintió.

—No se hable más, se llamará Gonzalo.

Y así fue como bautizaron a su hijo, tres semanas después.

16 de noviembre de 1582, Lisboa

Tristán de Souza y los seis hombres que le acompañaban dejaron los caballos en la cuadra adosada a la parte trasera de su casa y se dirigieron a la entrada principal. Nada más abrir la puerta, se encontraron con Arantes y Vilanova conversando en voz baja, sentados en la escalera. Estos dieron la bienvenida al grupo e interrogaron con la mirada al Duque, que formuló una pregunta muy escueta:

—¿Fez sigue en el sótano?

—Sí —respondió Vilanova—. Gil y Veira están con él.

Tristán se volvió hacia Zilhão y Quirós.

—Vosotros dos, quedaos conmigo. —A continuación, se dirigió al resto de sus hombres y les lanzó una bolsa de monedas—. Esto es para que os divirtáis, os lo habéis ganado. Estad atentos por si os necesitara en los próximos días.

—Gracias, excelencia —respondió uno de ellos, inclinando la cabeza.

—Id con Dios.

Los tripulantes abandonaron la residencia resoplando de alivio. Esa noche tendrían lugar acontecimientos muy desagradables entre sus muros y preferían no estar allí. Si bien el Duque gozaba de fama de hombre compasivo hasta con sus enemigos,también era verdad que valoraba en extremo la lealtad. La traición, para él, era imperdonable.

—Vamos abajo —ordenó.

En el sótano encontró a Gil y Veira sentados en sendas sillas, alrededor de la misma mesa grande en la que se celebraban las reuniones sebastianistas. Fez, maniatado y con el rostro más demacrado que nunca, vio llegar al trío con unos ojos tan abiertos que parecían faros refulgiendo en la atmósfera anaranjada del subterráneo. Tristán le clavó una mirada afilada como un estilete. El silencio entre ellos lo rompió una tremenda bofetada de revés que casi hace caer al escuálido Fez de la silla.

—¿Cómo pudiste hacerme esto, traidor hijo de puta? —La respiración del criado se convirtió en un jadeo, en su lucha por recuperarse del golpe recibido por sorpresa—. ¡Te abrí las puertas de mi casa, te brindé mi confianza, te acogí cuando nadie daba un cobre por ti!

A Fez nadie le había explicado por qué le mantenían prisionero desde que el Duque se fue a investigar la cabaña donde aseguraban se escondía Sebastián. El mudo creyó que por fin habían dado con él, lo que le acarrearía la recompensa final del corso en caso de que Urko le echara el guante antes que Tristán de Souza. Por supuesto, envió la información a Aguirre de inmediato. Pero en cuanto le maniataron y encerraron en el sótano se dio cuenta de que algo no iba bien.

Ahora lo tenía claro: había sido una trampa.

—Tus amigos son ahora alimento de grajos, morisco bastardo —silabeó el Duque, hablándole muy cerca de su cara—, y ahora vas a contarnos dónde podemos encontrar a ese cabrón de Urko Aguirre.

Fez dio un respingo al oír el nombre. ¿Cómo conocía la existencia del asesino? Y lo que era aún más inquietante, ¿cómo se había enterado de que trabajaba para él?

—Dadle algo para escribir —ordenó Tristán, que forzó una sonrisa diabólica para su criado—. Me han dicho que hasta tienes buena letra, ¿quién lo iba a decir? Ahora entiendo cómo Aguirre se anticipaba a todos nuestros movimientos. Sabes que estuvimos a punto de volar por los aires en Berbería, ¿verdad?

—Pero nos libramos gracias a mi maestría —puntualizó Quirós, disponiendo frente a Fez un fajo de pliegos, una pluma y un tintero recién obtenidos de un escritorio próximo—. Aquí tienes, expláyate a gusto, pedazo de cabrón…

Tristán se dirigió a Gil:

—Desátale para que pueda escribir.

Este cortó las ataduras con su daga y el mudo se frotó las muñecas doloridas. Hacía días que solo le desataban para comer o hacer sus necesidades. Veira se colocó detrás de él y le aferró los hombros con fuerza.

—Escribe ahí —le ordenó el Duque—. ¿Dónde podemos encontrar a Urko Aguirre?

En lugar de escribir, Fez negó con la cabeza y emitió una serie de sonidos guturales que querían decir que no tenía ni idea de dónde podría estar su patrón. Por desgracia para él, todos interpretaron su gesto como una negativa a colaborar.

—Veira.

Tristán solo tuvo que pronunciar su nombre para que este supiera lo que tenía que hacer. Antes de que Fez pudiera reaccionar, ya le había forzado a abrir la mano izquierda sobre la mesa.

—Confío en que no seas zurdo… —le dijo, en tono amigable.

La daga atravesó su mano, que quedó clavada a la tabla con un chasquido sordo. Lo que no fue sordo fue el alarido que brotó de sus pulmones, que retumbó por todo el sótano como si estuvieran degollando a un marrano.

—¡Vaya con el mudo! —exclamó Vilanova, que se mantenía detrás de Tristán con la mirada fija en los toneles que reposaban junto al muro; el contramaestre no disfrutaba con la violencia, y menos desde tan cerca—. Grita como un coro de ánimas del purgatorio.

El Duque golpeó la mesa con la palma abierta, sobresaltando a todos. Era la primera vez que le veían tan furioso. Fez se cubría la boca con la diestra, contemplando su mano izquierda atravesada por la hoja. La puñalada había sido tan contundente y limpia que ni siquiera sangraba. Si algo sabía hacer Veira, era manejar un arma.

—Lo siguiente será echarte plomo fundido por las orejas, para que no puedas oír —le amenazó el Duque, apretando los dientes—. Escribe. ¿Dónde podemos encontrar a Aguirre?

La diestra temblorosa de Fez fue hasta la pluma. La mojó en tinta y escribió con letra trémula:

«No lo sé, lo juro».

—Pues para proporcionarle información, bien que sabías donde encontrarle…

Fez volvió a garrapatear en el pliego.

«Cuando no está en Lisboa, le envío palomas mensajeras».

—¿Usas mis propias palomas? —Tristán se sentía cada vez más

indignado—. Además, mi palomar está cerrado con llave…

Fez escribió:

«Tengo dos palomas propias entre las vuestras, y una copia de la llave».

El Duque paseó por el sótano, meditabundo, ante la mirada silenciosa de sus hombres. Veira, con su otra daga en la mano, esperaba a que le ordenaran algún otro castigo. Por mucho que pudiera parecerlo, no disfrutaba con la situación: más pecados que purgar, con lo bien que se había portado en los últimos tiempos. Pero Tristán de Souza era su señor y no dudaría en acatar ninguna orden suya, por muy cruel que fuera.

Tras un rato de reflexión, el Duque dio una orden:

—Avisad a Horacio o a Elpidio para que le curen la herida.

—Se dirigió a Gil y a Zilhão—. Encadenadlo en la última habitación del ala norte. No quiero que siga escuchándonos por el agujero que hay en la suya.

El aullido de dolor que emitió Fez cuando Veira le desclavó la mano interrumpió sus palabras durante unos instantes. Ahora sí, la sangre manó a borbotones. Gil se la envolvió en un trapo y le mandó callar, amenazándole con cortarle una oreja si no lo hacía. Junto a Veira y a punta de cuchillo, lo condujeron escaleras arriba. Cuando estuvieron seguros de que no podía oírles, el capitán Arantes preguntó:

—¿Qué vas a hacer con él?

—Mantenerle con vida, al menos por ahora. Dentro de cuatro días nos visitará nuestra confidente. —Miró a todos los presentes, uno por uno —. Aunque ha demostrado decir la verdad, no termino de fiarme de ella. Os quiero aquí, conmigo. Ese día decidiremos el siguiente paso a dar.

Todos estuvieron de acuerdo con el Duque. De momento, tenían la sartén por el mango.

CAPÍTULO XLV

19 de noviembre de 1582, Lisboa, 3 días después

LA VENGANZA ES UNA NUBE negra, mecida por una brisa lenta de odio, que aguarda paciente el momento propicio para descargar su furia. Así se la imaginaba Dulce Barreto, que esa mañana, embutida en su blusa blanca y su falda larga de posadera, observaba al chaval solitario sentado en una esquina de la calle con la vista perdida en el suelo.

Sus ojos siempre estaban fijos en el empedrado, como si a sus catorce años la vida se le hubiera derramado y se hubiera perdido para siempre en las alcantarillas. Su rostro churretoso era el de un galeote curtido por mil latigazos, aunque en sus noches en vela hubiera preferido estar encadenado en una galera a recordar lo vivido tres años atrás. De algún modo, el pequeño Miguel Correia murió ese verano de 1579, cuando aquel hombre horrible no solo violó su cuerpo de niño, sino que humilló su alma de varón.

Nunca tuvo fuerzas para contárselo a su madre, una furcia borracha que solo le dedicaba bofetones y gritos. ¿Para qué? Jamás recibiría de ella una palabra de consuelo. Cuando por fin se atrevió a decírselo a sus amigos, todos se rieron de él, llamándole marica y llorón. Desde entonces, del alba al ocaso, vagaba solo por la calle, lejos de la zona donde se había movido habitualmente, malviviendo de hacer recados a los mercaderes o de la caridad de las fruteras, que a veces le obsequiaban con una manzana o una pera. No volvió a pisar los muelles, donde se cocían los encargos más suculentos. Se había convertido en un perro acobardado, en poco menos que un pordiosero.

En un saco de odio y miedo.

Dulce le observaba desde detrás de una carreta cargada de fardos de paja. En los últimos tiempos, era lo que mejor sabía hacer: espiar desde las sombras y sonsacar información. No era la primera vez que veía al chico por las calles de Lisboa después de que Urko Aguirre lo hiciera suyo sobre su cuerpo desnudo y maltrecho para después baldarles de una paliza. En cierto modo, fue una doble violación que marcó a los dos a fuego. La última vez que vio al crío fue el año anterior. Intentó acercarse a él pero, en cuanto este la reconoció, corrió como alma que lleva el diablo. Tal vez el hecho de verla le hacía revivir aquel infierno con más intensidad.

Había crecido mucho desde el año pasado, convirtiéndose en un jovenzuelo larguirucho y melancólico. Como el gato que pretende

cazar a la paloma, Dulce se acercó a él por detrás hasta que le tuvo a dos pasos de distancia. Despacio, para no alarmarle, se sentó a su lado, en el suelo. En cuanto la vio, el adolescente dio un respingo.

—Espera, no te asustes. Y no salgas corriendo, te lo ruego… Soy tu amiga.

Él abrió mucho los ojos al reconocerla e intentó huir, pero ella se lo impidió agarrándole de la muñeca.

—No voy a hacerte daño —le prometió—. Te acuerdas de mí, ¿verdad?

Él la miró con ojos de anciano y asintió. Resignado, dejó de resistirse y volvió a sentarse junto a Dulce. Ella le sonrió.

—No estás solo en tu desgracia. Ese bastardo también me marcó de por vida. No hay noche que no me acuerde de aquello, de tu cabeza en mi pecho, de tus lágrimas y de las mías…

El muchacho cerró muy fuerte los ojos encallecidos por el llanto, y dos gotas saladas resbalaron por sus mejillas mugrientas. Dulce hizo un esfuerzo sobrehumano para no acompañarle. Había venido a darle fuerzas, no a derrumbarse con él.

—Yo antes era una puta —prosiguió—, y durante los años que lo fui tuve clientes mejores y peores, aunque la mayoría de ellos no eran más que marineros borrachos que olían a vino rancio y vómito. Alguna vez me llevé una bofetada. Ya sabes, gajes del oficio.

El crío rompió su silencio con un hilo de voz.

—Yo me he llevado muchas…

Dulce levantó las cejas y le prodigó su mejor sonrisa.

—¡Me alegra ver que sabes hablar! —celebró, revolviéndole las greñas; el chaval trató de sonreír, pero no pudo: había olvidado cómo se hacía. De todos modos, agradeció el gesto de Dulce, el primero de cariño recibido en muchos años—. ¿Cómo te llamas?

—Miguel. Miguel Correia.

—Yo soy Dulce. Nos ha tocado vivir una vida dura, ¿eh, Miguel?

El jovenzuelo volvió a clavar su mirada en el empedrado.

—¿Sabes guardar un secreto? —le preguntó ella; él asintió—. Como te dije antes, yo era una puta, pero ya no lo soy. Ahora todo ha cambiado, tengo amigos importantes que le darán su merecido a Urko Aguirre. —El crío la miró, confuso—. Es el nombre del cerdo que nos hizo aquello —le aclaró.

—Urko Aguirre —repitió Miguel, grabando su nombre a fuego—. Ojalá se muera.

—Y ojalá sea pronto —apuntilló ella—. Pero tenemos que ser pacientes. —El chaval volvió a mirar a Dulce sin entender nada. Aunque ya no lloraba, sus ojos aún conservaban una pátina brillante por las lágrimas recién vertidas. Ella descubrió que, detrás de aquella mugre, había un adolescente que acabaría siendo un hombre apuesto, si la calle y el hambre no lo convertían en un criminal abyecto o en un despojo aquejado por la enfermedad—. Quiero ayudarte.

—¿Ayudarme? —se mostró sorprendido—. ¿Por qué?

—Porque quiero compartir contigo mi venganza. Porque no es justo que un crío sufra lo que tú sufriste. Porque no quiero que te hundas en el fango de la tristeza y te pierdas para siempre. Mi sed de venganza me ayuda a sobrellevar el rencor, Miguel, y quiero que tú también sientas ese alivio. Urko no consiguió acabar con nosotros esa noche: hirió nuestra alma de gravedad, pero seguimos vivos y tenemos que ser fuertes para devolverle ese dolor con creces. ¿Te acuerdas de Fez?

—El mudo. Yo le hacía recados y los pagaba bien.

—Es el soplón de Urko, una rata que muerde la mano que le da de comer. Lo más probable es que en este momento esté prisionero de mis amigos, o muerto. —Sintió ganas de escupir en el suelo, pero sus nuevos modales, más refinados, se lo impidieron; sacó una moneda de plata del delantal que llevaba sobre la falda y se la pasó a Miguel con disimulo—. Esto es para ti, para que te compres ropa nueva. Esos harapos que llevas están a punto de deshacerse…

El crío se la guardó, raudo como el viento.

—Gracias —balbuceó—. Espero que no la vea mi madre… se lo gastaría en vino después de darme una paliza.

—Vaya… ¿Y tu padre, vive?

—Nunca le conocí. Mi madre también es puta, pero mucho más vieja, gorda y fea que tú… No sé cómo sus clientes tienen valor para

acostarse con ella, le ves la cara y te cagas de miedo.

Dulce se echó a reír, pero Miguel ni siquiera fue capaz de hacerlo del todo. Su intento se quedó en una mueca triste que ella interpretó como un amago de sonrisa. Ella le limpió los restos medio secos de las lágrimas que quedaban en sus mejillas.

—Te propongo una cosa, ¿qué te parece venirte unos días a mi casa? Es una chabola humilde en el Barrio Bajo, pero al menos no tiene goteras y tengo un barreño en el patio donde podrías darte un baño, que falta te hace…

Miguel se la quedó mirando con una expresión de sorpresa en su rostro.

—Cualquier sitio mejor que la porqueriza en la que vivo…

—Invéntate cualquier excusa para tu madre —le sugirió ella.

—Celebrará mi ausencia bebiendo el doble de vino que de costumbre —apostó—. Muchas gracias, te juro que no te robaré nada…

—En mi casa hay poco que robar —suspiró ella—, y sé que eres un buen chico. Además, sería solo por unos días. Tal vez pueda hacer algo más por ti.

—¿Algo más? —Miguel no daba crédito; aquello era demasiado bonito para ser cierto.

Dulce se levantó y le agarró de la mano.

—Ven, te lo contaré de camino.

Tres horas después, a mediodía, Dulce regresó a la posada. Su patrón, detrás del mostrador, la recibió con palmadas apremiantes, sonoras como latigazos.

—Llegas tarde —la reprendió. Antes de que ella pudiera inventar una excusa, la mandó callar—. El italiano bajito y sus hombres llegaron hace un rato. —El corazón de Dulce se aceleró, y el rubor de los nervios afloró en sus mejillas—. Esperan visita dentro de poco. En cuanto les prepare unas jarras de vino, súbelas a la habitación de siempre.

Ella asintió y echó un vistazo a la taberna mientras el dueño de la posada se encargaba de preparar el pedido del corso. Tan solo los

bebedores matutinos ocupaban las mesas, atendidos por sus compañeras, que a esa hora aún no tenían que esquivar pellizcos ni palmear manos osadas. Si el Duque no lo había matado ya, tal vez sería Urko Aguirre a quien esperaba el corso. Con un gesto rápido, soltó el recogido de su pelo y dejó que su cabellera ocultara sus facciones para que el asesino no la reconociera.

El posadero dispuso una bandeja de madera de gran tamaño, con una jarra de cristal a juego con unas copas reservadas para su clientela más selecta, que era más bien escasa. Al resto de parroquianos les servía en jarras de barro baratas, que eran más resistentes y acababan, a veces, estallando en la cabeza de algún beodo. Dulce recogió la comanda y subió las escaleras con el estómago en un puño. Llegó a la puerta de la habitación y pegó la oreja a ella. Su oído, entrenado, era capaz de captar cualquier conversación, por muy bajo que se hablara. Oyó parrafadas en italiano, por lo que dedujo que Urko, si es que era él la visita que esperaban, no había llegado aún. Con el asesino —por suerte para ella—, el corso hablaba castellano, y ella lo entendía. Dio dos golpes a la puerta con la punta del zapato y esta se abrió al instante, mostrando a cinco espadachines mal encarados. Reconoció los rostros de algunos de ellos de otras veces que habían estado en la posada. Detrás, de espaldas, Gasparo Corso miraba despreocupadamente por la ventana.

—Déjalo ahí —le ordenó con sequedad el que había abierto. El corso ni se volvió. Ella depositó la bandeja sobre la mesa, hizo una breve reverencia a los presentes y salió del cuarto, cerrando la puerta. Sin perder tiempo, abrió la de la habitación contigua, que por suerte estaba desocupada. La encontró impoluta, lista para el próximo huésped. Sin pensárselo dos veces, vertió en el suelo el bacín de agua limpia que reposaba en su soporte de madera y deshizo la cama, saltando sobre ella un par de veces para que pareciera haber sido usada. Bajó las escaleras a toda prisa y se dirigió al posadero, que supervisaba los guisos del día con mirada crítica y malhumorada, blandiendo en su mano un cucharón de madera como si fuera una maza de guerra.

—Olvidé hacer una habitación anoche —mintió Dulce, fingiendo desolación; el posadero masculló una maldición y la taladró con mirada hostil—. Voy a por un balde de agua y ahora mismo la preparo.

—¡Cualquier día te dejarás la cabeza en casa! —le gritó mientras ella cruzaba la cocina hacia el patio trasero.

Sacó un cubo de agua del pozo y volvió a subir las escaleras armada de trapos y escoba. Entró en la habitación deshecha y mantuvo la puerta abierta, para así poder controlar mejor quién entraba en la del corso. Arrodillada en el suelo, usó el agua del mismo bacín que había volcado para hacer el paripé del fregoteo, por si a su patrón le daba por subir a supervisar su trabajo. De repente, oyó pasos en el corredor, unos golpes en la puerta de al lado y una invitación a entrar.

—*Avanti* —dijo una voz anónima.

Dulce cerró la habitación por dentro, descolgó el cuadro que cubría el agujero por el que espiaba y aplicó la oreja a la pared. Su corazón volvió a desbocarse. La primera frase que escuchó fue pronunciada por Gasparo Corso.

—Veo, por tu cara, que no traes buenas noticias. ¿Quién es ese joven que te acompaña?

—Aníbal Falcó, es de total confianza. —Dulce identificó la voz de Urko Aguirre. El tono que empleó al hablar le llenó de satisfacción: denotaba derrota, tristeza, hartura—. Lo de la cabaña del bosque fue una trampa, la volaron por los aires con todos mis hombres dentro. Creo que el Duque ha descubierto a Fez, no hay otra explicación. Hace días que no frecuenta las tabernas del puerto. O le tienen prisionero, o le han matado.

Gasparo Corso soltó una imprecación en italiano que arrancó una sonrisa de triunfo a Dulce. Ambos estaban muy enfadados, lo que la alegró sobremanera. Así que la trampa del Duque había causado bajas entre los hombres del asesino y Fez estaba preso o muerto. Dulce se concentró en la conversación al otro lado de la pared.

—Si me dejas contratar mercenarios asaltaré la residencia del Duque —propuso Urko.

—No vas a convertir esto en una guerra de bandas —se negó el corso —, y menos ahora, cuando necesitamos hasta nuestro último agente para encontrar a Sebastián.

Urko protestó, airado.

—¿¡Tampoco vas a permitirme vengar a mis hombres!?

—No es el momento, ya tendrás tiempo de ello —le prometió el corso, con voz templada; a continuación esbozó una sonrisa cruel—. Urko, me parece que en este juego del gato y el ratón, te has convertido en

el ratón…

—¡Pues que vengan! —rugió—. ¡Les estaré esperando!

Gasparo Corso le mandó callar.

—Ya les llegará su hora. Por lo pronto, reúne a los hombres que te quedan y llévalos a Madrid. Allí recibirás nuevas órdenes…

—¿Los hombres que me quedan? —Urko señaló a Falcó con el pulgar —. Él es el único que me queda.

Al otro lado de la pared, Dulce estuvo a punto de morir de placer al oír aquello.

—Se le ve bragado —dijo Gasparo—. Estamos a la espera de nuevas pistas sobre el paradero de Sebastián, y quiero que seamos nosotros quienes demos con él. Y no te preocupes por tu venganza —le tranquilizó—. En cuanto encontremos al rey perdido recibirás tu pago y nuestros caminos se separarán. Ese día, cuando Felipe, tú y yo no tengamos nada más que ver, podrás vengarte de los que mataron a tu hermano, del Duque y de quien te plazca.

Urko reprimió una maldición, pero no tuvo más remedio que aceptar la orden. De todos modos, tan solo contaba con Aníbal Falcó, la Sombra, y aunque valiera por cuatro hombres de armas, ellos solo eran dos. Dulce, con su oreja pegada al muro, ardía en deseos de contarle a Tristán todo lo que acababa de oír. Ojalá decidiera perseguir a Urko hasta Madrid y darle su merecido, aunque algo en su interior le decía que su venganza, al igual que la de Aguirre, iba a sufrir una demora importante. Sobre todo si los caminos del asesino y los sebastianistas se alejaban.

—Ahora márchate —le ordenó Gasparo Corso a Urko—. Te veré en Madrid. Mientras tanto, nada de escándalos. No queremos llamar la atención, ¿entiendes?

El asesino se despidió con un gruñido, abrió la puerta y abandonó la estancia. Dulce dejó la oreja pegada al tabique hasta que los italianos retomaron su idioma natal. El enfado del corso pareció ir a menos en cuanto empezaron a llenar las copas de vino. Ella devolvió el cuadro a su sitio, hizo la cama a toda prisa y dejó la habitación en estado de revista. Bajó los peldaños de dos en dos y cruzó la cocina para dejar el balde y la escoba en el patio. El posadero la siguió con la mirada.

—¿Te quedaste dormida en la cama?

En lugar de responderle, ella cogió una bandeja de platos de comida y le preguntó, con una sonrisa encantadora:

—¿Para quién es esto?

—Para la última mesa. —El posadero señaló con su índice el fondo del salón principal.

La joven sirvió las comidas sin dejar de pensar en la reunión que mantendría con el Duque al día siguiente. Lo único que lamentaba era que la nube negra de la venganza aún tardaría un tiempo en descargar su ira.

CAPÍTULO XLVI

20 de noviembre de 1582, una noche después

ATAVIADA CON SU DISFRAZ, DULCE Barreto llegó al palacete del Duque amparada por la luz de faroles y braseros. Fue Zilhão quien la abrió, invitándola a entrar con una inclinación de cabeza.

—Bienvenida, el Duque os aguarda en el sótano.

—Un lugar ideal para recibir a una dama —comentó ella, con una media sonrisa irónica en su boca pintada de carmín.

—En esta casa somos así —reconoció el espadachín, cerrando la puerta a sus espaldas—. Somos un hatajo de marineros y soldados de fortuna, no tenemos remedio.

Zilhão la acompañó escaleras abajo, donde la aguardaban Tristán, Arantes, Vilanova y Gil sentados alrededor de la mesa. Todos se levantaron al verla. El Duque se adelantó, besó su mano enguantada e hizo las presentaciones, como buen anfitrión.

—Sentaos aquí, os lo ruego. —Separó una de las sillas que quedaban frente a él y esperó a que tomara asiento—. ¿Os apetece una copa de oporto?

—La aceptaré encantada. —Sus ojos estudiaron los rostros de los hombres que acababa de conocer. Vio nobleza y lealtad en ellos,

decisión y fortaleza reflejada en sus miradas. Una familia unida por el amor a su patria—. ¿Y vuestro criado?

—Confinado en una de mis dependencias —respondió el Duque, ofreciéndole una copa—. Gracias por vuestra información, todo lo que dijisteis resultó ser cierto.

—Sé que le tendisteis una trampa —adelantó la joven—, y también sé que, por desgracia, Urko se libró de caer en ella.

Tristán volvió a sentarse.

—Ya suponíamos que no estaba en primera línea. Creedme, habría sido imposible identificar a alguien: hicimos estallar una cabaña con pólvora suficiente para hundir una flota de barcos de guerra, y el pedazo de carne más grande que quedó habría cabido en un bolsillo. Una vez más, doña Dulce, gracias por vuestra información.

Ella brindó con una sonrisa de satisfacción, dio un sorbo al vino y prosiguió:

—Pues os traigo más novedades, por una parte buenas y por otra malas: Gasparo Corso ha ordenado a Urko que se marche a Madrid con el único hombre que le queda de su banda. Allí recibirá instrucciones para seguir buscando a Sebastián. La parte buena es que le ha prohibido tomar la revancha, por lo que vos y vuestros hombres podéis estar tranquilos, al menos hasta que se dé con el paradero del Rey. Con Fez fuera de juego ya no le interesáis al corso. Lo que menos me gusta de todo es que Aguirre seguirá vivo para continuar con sus tropelías. —Dulce dejó su oporto sobre la mesa y emitió un suspiro de decepción—. La verdad es que no dormiré en paz hasta saber que ese hijo de perra cría malvas…

Los presentes cruzaron miradas entre sí, sorprendidos por la expresión malsonante surgida de los labios de Dulce. Todos menos Tristán, que se dirigió a sus amigos:

—¿Me dejáis a solas con la dama? Tengo que hablar con ella en privado.

Gil y Zilhão fruncieron el ceño. Tenían instrucciones de estar alerta y ahora el Duque quería quedarse solo con aquella enigmática mujer. Con un gesto de apremio, el noble les instó a abandonar el sótano. El capitán Arantes fue el primero en levantarse.

—Vamos —dijo, para despedirse a continuación de Dulce—. Señora…

Ella respondió con una leve inclinación de cabeza y contempló el desfile de hombres que desaparecían escaleras arriba. Cuando estuvieron solos, el Duque se acomodó en la silla más próxima a la de su invitada. Sin saber por qué, ella se removió en su asiento, incómoda.

—Lo que aquí se hable quedará entre vos y yo —comenzó a decir Tristán, que tomó la mano enguantada de Dulce con suavidad. Ella sintió el impulso de retirarla, pero le pareció una grosería. Su corazón se desbocaba sin poderlo remediar—. ¿Me permitís que os bese la mano sin el guante?

Ella frunció el ceño y apartó la mano. Él volvió a cogerla, sin dejar de sonreír.

—Insisto.

—¿Por qué? —Por primera vez, su voz sonó nerviosa—. ¿Qué pretendéis?

—Cerciorarme de algo que ya sé —respondió él, a la vez que tiraba del guante con delicadeza. Esta vez, ella no se resistió.

Tristán sabía que las manos de una mujer contaban, en muchas ocasiones, más que sus ojos. Al abandonar su lugar, el guante reveló unas uñas cortas y descuidadas, coronando dedos enrojecidos por sabañones producidos por el agua fría. Algo muy distinto de las manos delicadas y ajenas al trabajo de una dama noble. Avergonzada, ella bajó la vista, y solo volvió a levantarla al sentir los labios cálidos en el dorso de su mano.

—Hermosa —dictaminó el Duque, volviendo a besarla—. La mano de alguien que se gana el pan con ellas. —Clavó su mirada en los ojos de la joven, que le observaba con cierto aire de culpabilidad, como si la hubieran pillado metiendo la mano en la bolsa de monedas—. ¿Quién sois en realidad? ¿Y qué os ha hecho Aguirre para que le odiéis tanto?

Ella vaciló unos instantes, pero decidió decir la verdad.

—Trabajo en la posada en la que suele alojarse Gasparo Corso cuando visita Lisboa —confesó; él aún mantenía su mano cerrada sobre sus dedos, aunque ahora, en vez de incomodarla, la reconfortaba—. Antes de trabajar allí me vendía por unas monedas. Urko me hizo vivir la noche más terrible de mi vida. —Decidió no mencionar a Miguel—. Desde entonces, mi mayor deseo es verle muerto. Cuando supe que se servía de vuestro criado como espía, decidí inventarme este personaje

y poneos sobre aviso. Por una parte, podría tener mi venganza; por otra, prestaría un servicio a vuestra causa que, como portuguesa que soy, veo noble. Pensé que confiaríais más en una dama que en una posadera…

El Duque liberó su mano y apoyó el codo en la mesa, contemplando a la joven, que volvía a bajar su mirada hacia el suelo.

—Sois una dama, aunque os cueste trabajo admitirlo —dijo él—. Vuestra información nos ha sido de mucha utilidad, y al menos hemos descalabrado la banda de Aguirre.

—Por ahora —le advirtió ella—. Os odia con toda su alma. ¿Qué haréis con Fez?

—Fez es un pobre diablo, con más ambición que suerte. Le daré el castigo que merece, ni más, ni menos. Y a todo esto, ¿cuál es vuestro nombre real?

—Amalia Pereda —dijo ella, encarándose de nuevo con el rostro de su anfitrión.

—Amalia —repitió él—. Un nombre tan dulce y bello como el falso. —Se rascó el mentón, pensativo—. ¿No os interesaría quedaros a trabajar en mi casa? Os pagaría mucho más que lo que se cobra en una posada y, como veis, se echa de menos una mano femenina. Esto es más parecido a un cuartel que a la residencia de un noble…

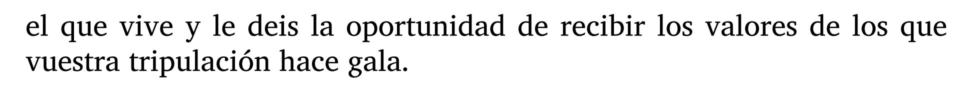
Amalia recibió la propuesta con una sonrisa franca, aunque su cabeza negó por ella.

—Creo que ha llegado el momento de irme de Lisboa —respondió—. Mi madre y mis tías viven en un pueblecito del Algarve. —La joven soltó una risita triste—. Vine aquí a buscar fortuna y encontré solo dolor. Ahora sé que mi sitio está junto a mi familia.

—Habéis hecho mucho por mí. ¿Hay algún modo de recompensaros?

Ella se lo pensó durante unos instantes y habló:

—Sí que podéis. Tengo un amigo, alguien que aún no es un hombre del todo. Su madre es una borracha que le vendería por un odre de vino. Es buen chico, a pesar de que su vida ha sido solo sufrimiento. Me gusta la gente que os acompaña: hombres leales, aguerridos, honestos… El mejor pago para mí sería que lo acogierais en vuestra casa y le dierais la educación que merece, le apartarais del infierno en


el que vive y le deis la oportunidad de recibir los valores de los que vuestra tripulación hace gala.

—¿Cuál es su nombre? —se interesó el Duque.

—Miguel Correia, excelencia.

—Enviádmelo mañana por la mañana —decidió—. Le daré la oportunidad de formar parte de mi tripulación.

Amalia se levantó y le saludó con una inclinación de cabeza.

—Entonces estamos en paz.

—¿Hay alguna posibilidad de volver a veros antes de que os marchéis, Amalia? —preguntó Tristán, levantándose.

—No creo que sea una buena idea —respondió ella, para su decepción —. En cuanto me cerciore de que Miguel se queda bajo vuestra tutela, me marcharé.

—Aceptad esto, entonces.

Se dirigió a un cofrecillo que reposaba sobre un anaquel, lo abrió con un llavín que llevaba colgado al cuello y sacó una bolsa de él. Amalia hizo amago de rechazar el obsequio, pero Tristán la obligó a cerrar sus dedos en torno a la faltriquera.

—Ni se os ocurra despreciármelo —dijo, muy serio—. Si lo hacéis, heriréis mis sentimientos.

Ella agarró la bolsa de monedas y la apretó contra su pecho durante un momento, antes de guardarla entre sus ropajes. Por el peso, había mucho más dinero del que necesitaría para el viaje, pero también sería una gran ayuda para empezar de cero en el Algarve.

—Muchas gracias, excelencia. —Dulce se atrevió a besar al Duque en la mejilla, acto que la hizo ruborizarse. Le entraron ganas de reír: ella, que se había prostituido durante años, se había puesto colorada por un simple beso de hermano.

—¿Estáis segura de vuestra decisión? —insistió él—. Si cambiáis de opinión, mi casa también está abierta para vos.

—No imagináis lo que os lo agradezco, pero no. Solo me unen malos recuerdos a Lisboa.

Tristán asintió. Caminando muy despacio, fue con ella hasta la puerta y le ofreció la escolta de uno de sus hombres para acompañarla a casa. Amalia la rechazó con amabilidad y él no insistió. Era evidente que sabía cuidarse sola. La siguió con la mirada hasta que su silueta desapareció por la cuesta que llevaba a la zona baja de la ciudad. El Duque no pudo evitar un suspiro. El personaje de Dulce Barreto mezclaba la esencia de las damas estiradas de las que él estaba harto con esa autosuficiencia de las mujeres de la calle que tanto admiraba. Le habría gustado conocerla mejor. Había algo en ella que le atraía y mucho, y eso que a él le habían rondado jóvenes de alta alcurnia que se arrancarían los ojos para obtener el título, aún desierto, de duquesa de Alandroal. Su vida de aventuras le había mantenido al margen de proyectos de matrimonio, y si bien gozaba del favor de algunas amantes solícitas, aún no había encontrado a la mujer de su vida. Tenía claro que una noble ocupada en bordar y dar órdenes a una corte de sirvientas se alejaba mucho de su idea de esposa. En sus noches solitarias, soñaba con encontrar a una mujer aventurera que le acompañara en sus viajes y campañas, aunque como bien decían sus amigos Arantes y Vilanova, esas no existían más que en sus sueños. Algo triste, volvió a entrar en su casa.

Esa fue la última vez que vio a Amalia Pereda.

No encontró a nadie en el primer piso, por lo que supuso que todos estarían arriba. Subió las escaleras y escuchó voces en la estancia contigua a la que había ocupado Fez. Se asomó y vio a sus hombres conversando. Al verle en el quicio de la puerta, todos guardaron silencio.

—Vamos a ver a Fez —dijo.

Había llegado la hora de tomar una decisión respecto al traidor.

Veira respiró hondo y siguió de cerca al Duque, a la espera de su siguiente orden. No le temblaría la mano si le mandaba rebanarle el pescuezo al morisco, aunque esa acción le hiciera perder puntos ante el Altísimo. Odiaba a los traidores, y a Fez aún más. Había puesto en peligro de muerte a toda la tripulación y eso él no lo perdonaba.

Fue el propio Tristán quién giró la llave que mantenía a Fez encerrado. Le encontraron adormilado sobre la cama, con las manos atadas a la espalda. Unos surcos rojos en sus muñecas testificaban las mordeduras de la cuerda. Al detectar la presencia de los recién llegados, abrió los ojos y se incorporó, quedando sentado en el lecho. Gil y Zilhão agarraron la empuñadura de sus espadas pero sin

desenfundarlas. La mirada desorbitada del mudo se centró en ellas. Aún recordaba el dolor atroz que sintió cuando le cortaron la lengua y el hierro al rojo que usaron para cauterizar la herida. Nunca le habían dado una estocada, pero deseó con todas sus fuerzas que fuera menos doloroso que el metal ardiente que quemó sus labios y el interior de su boca. Si iban a matarle, que fuera rápido.

El Duque agarró el respaldo de una silla y la colocó frente a la cama donde Fez se enfrentaba a su destino. Se acomodó y miró al mudo con ojos gélidos durante una eternidad. Cuando el silencio parecía poder cortarse con un cuchillo, el noble lo rompió, hablando muy despacio:

—Eres un miserable. Un traidor, un perro que no merece seguir viviendo…

Fez agachó la cabeza, avergonzado, pero Veira se la levantó a la fuerza, obligándole a enfrentarse cara a cara con su patrón, que siguió hablando:

—¿Cómo me has agradecido todo lo que hice por ti a lo largo de estos años? —Tristán respondió por él—. Poniéndome a mí y a tus compañeros en la picota, para que ese hijo de puta al que sirves nos cazara como a conejos —guardó una pausa tensa en la que el mudo no pudo más que apartar los ojos de los suyos; por mucho que mirara hacia otra parte, siempre se tropezaba con rostros circunspectos que le contemplaban como si ya estuviera muerto—. Pues ahora nosotros somos los perros y vosotros las presas. Tus compinches yacen en un bosque, hechos trizas, si es que los carroñeros han dejado algo de ellos, cosa que dudo. ¿Qué debo hacer contigo? ¿Degollarte aquí y ahora como un cerdo?

Veira desenfundó una de sus dagas y la colocó junto al cuello de Fez, que cerró los ojos con fuerza, esperando el tajo mortal. Tristán le detuvo con un gesto.

—Urko Aguirre ya no es problema para nosotros. Le hemos vencido. —Aunque aquello no era cierto del todo, sus palabras fueron pronunciadas con convencimiento—. Tan solo queda un hombre vivo en su banda —rio—, y ahora tú vuelves a ser lo que eras antes de que me apiadara de ti: un morisco blasfemo y fracasado que no le importa a nadie.

El Duque se levantó, miró en silencio a sus hombres y emitió su veredicto:

—Matarte sería piadoso —sentenció—. Abandonarás Lisboa para irte

muy lejos, no quiero verte jamás. Si nuestros caminos volvieran a cruzarse, te juro que te mataré de la forma más lenta que se me ocurra —se dirigió a Veira—. Desátale y acompáñale hasta la puerta. Que se vaya con lo puesto, como el mendigo que vuelve a ser.

A pesar de no estar de acuerdo con la generosidad de su señor, Veira obedeció sin rechistar. De un tajo, cortó las cuerdas que ataban las muñecas de Fez, sin tomarse la molestia de hacerlo con delicadeza. El mudo gimió de dolor y se restregó la piel en carne viva. Antes de levantarse, lanzó una mirada al Duque que pudo ser de agradecimiento y se dirigió hacia la puerta. Nadie dijo nada. Respetaban la decisión del noble, pero ninguno se alegraba de que el traidor se fuera impune; aunque si tenía conciencia, tal vez una vida miserable, infestada de remordimientos, sería la peor de las condenas. Tristán se encerró en una de sus habitaciones con la expresión enfurruñada de alguien que sabe que tal vez no ha hecho lo que se esperaba de él.

Zilhão, Gil y Veira empujaron a Fez a la calle con lo puesto: unos calzones, unas botas desgastadas, la camisa sucia y salpicada de sangre que vestía desde su cautiverio y una chaqueta de lana vieja. La noche le envolvía, rasgada tan solo por las lámparas que alumbraban la calle. Ni un alma le acompañaba. Fez jamás se había sentido tan solo y desamparado como en ese momento. Respondiendo a un impulso interior, corrió calle abajo, rumbo a los muelles. Su instinto de supervivencia le felicitaba a gritos por haber escapado vivo, pero algo tenía claro: se iría de Portugal antes de que el Duque cumpliera su amenaza. Mientras trotaba cuesta abajo, decidió que lo mejor sería embarcarse en el primer barco que saliera hacia las Indias. Las plazas, calles y callejuelas pasaron a ambos lados de él a velocidad vertiginosa. Ni siquiera sentía el cansancio.

Entonces, una sombra surgió de un callejón, interceptándole. El corazón le dio un vuelco, pero enseguida se tranquilizó al reconocer el rostro del aparecido. Jadeando, esbozó una sonrisa que se congeló en su rostro cuando notó un dolor agudo en el vientre.

—Lo siento —dijo en voz baja el aparecido—. Fuiste muy idiota al dejarte atrapar…

El morisco ni siquiera gritó. Se agarró la herida con las dos manos y cayó de rodillas, incapaz de taponar la cascada roja que empezaba a encharcar la calle. El asesino había girado la hoja en su interior, desgarrando tripas y abriendo un agujero enorme en el abdomen pellejudo de Fez. La vida se le escapaba sin remedio, y sus ojos giraron

en sus cuencas, mostrando a su ejecutor la mirada de la Muerte.

Aníbal Falcó, la Sombra, limpió el puñal en la chaqueta de lana de Fez y volvió a desaparecer como un espectro. Callejeó, raudo como una brisa negra, rumbo al punto de encuentro donde Urko le esperaba.

El último hilo del tapiz tejido en Lisboa había sido cortado. Estaban listos para marchar a Madrid y olvidarse, por el momento, del Duque de Alandroal y su tripulación.

CAPÍTULO XLVII

2 de julio de 1584, Sanlúcar, un año y siete meses después,

GLAUCO LLEGÓ CORRIENDO A LA tienda de Samuel con el resuello justo para hablar. Se agarró al mostrador más cercano a la entrada con la lengua fuera, jadeando como si fuera a morirse allí mismo. Por suerte no había clientes, o les habría dado un buen susto. El mercader se le quedó mirando, alarmado.

—¿Qué sucede, Glauco? ¿Ha pasado algo?

Este se tomó unos instantes para recobrar el aliento.

—Alonso —anunció—, ya llega. ¡Los barcos están entrando en la bahía!

—¿Tan pronto? —preguntó, sorprendido.

—Y por el calado vienen con las bodegas bien cargadas.

Samuel llamó a gritos a su encargado, que en ese momento ordenaba mercancía en la trastienda.

—¡Fermín! —el joven, un avispado sanluqueño de buena planta, se personó en el establecimiento—. Quédate a cargo de la tienda. ¡Los barcos han llegado!

Samuel cruzó la puerta de su palacete seguido de Glauco que, aún no repuesto del todo de la carrera desde el puerto, estaba al borde del desmayo. El mercader llamó a su familia a voces:

—¡Sara! ¡María! ¡Luna! —Se abstuvo de llamar a Úrsula, pues a esas

horas trabajaba en sus tiendas de las Sierpes—. ¡Bajad, deprisa! ¡Alonso y Tomás están llegando a puerto! ¡José! —El caballerizo tardó un suspiro en aparecer por una de las puertas que daban al patio—. ¡Prepara el coche, nos vamos al puerto!

Un rato después, la familia recorría las calles de Sanlúcar a toda velocidad. El gentío se apartaba al paso del carruaje, y más de uno maldijo al cochero por ir tan rápido. Dentro viajaban Samuel, Glauco —algo más recuperado—, Luna con Gonzalo en brazos, que ya había cumplido un año y siete meses, y María y Sara, que departían entre ellas, deseosas de ver a Alonso y a Tomás, que llevaban cinco meses en las Indias. María, sobre todo, ardía en deseos de ver al irlandés. Estar separada de esa presencia gigantesca cargada de cariño y buen humor la entristecía, pero también sabía que era imposible separarle de Alonso y, en cierto modo, eso la consolaba.

—Vamos a ver a papá —canturreaba Luna al pequeño Gonzalo, que jugueteaba con los lazos de su vestido—. ¡La cara que va a poner cuando vea que ya sabes decir papá!

—Paaaa… pá —balbuceó el pequeño, soltando una carcajada.

—¡Papá! —repitió su madre, echándose a reír.

—Le va a dar algo cuando le oiga —profetizó María, acompañándola en las risas.

Llegaron al puerto, que estaba infestado de barcos de todo tipo y tamaño, prueba fehaciente de que los negocios entre Sanlúcar y el resto del mundo iban cada vez mejor. José saltó del pescante y ayudó a bajar a las señoras. Samuel y Glauco se adelantaron hacia uno de los muelles. Con el pecho henchido de orgullo, el mercader identificó las seis naos que componían su flota, que muy pronto sería engrosada por cuatro más. Los estibadores se apelotonaban alrededor de Glauco, quien se encargaba de contratarlos para descargar los barcos. Samuel localizó el Abundancia, su buque insignia, el más dotado de comodidades para él y su familia.

En cuanto el Abundancia finalizó la maniobra de atraque, Alonso y Tomás cruzaron la pasarela con hambre de tierra firme.

Ambos portaban sus claymore a la espalda; en el cinto de Alonso colgaba, con el mango camuflado por la funda de cuero confeccionada por Luna, la daga de Sebastián. Su amuleto. Samuel les recibió con un abrazo y les bombardeó a preguntas acerca de cómo habían ido los negocios al otro lado del mar. Su yerno le interrumpió:

—Muy bien, padre, pero ya habrá tiempo de hablar de eso y de la nueva hacienda en San Salvador de Bahía. —Los ojos del mercader se iluminaron—. Las obras van muy adelantadas, y es enorme: ¡todas vuestras propiedades en Sanlúcar cabrían en el salón principal!

Tomás se señaló la sien e hizo amago de pegarle una torta en la nuca a Alonso.

—Este cada vez es más andaluz. ¿Cómo os habéis enterado de que veníamos?

—Glauco estaba en el puerto cuando divisó los barcos —explicó Samuel—. Venid, que vuestras esposas están aquí para daros la bienvenida.

—¿Ha traído Luna a Gonzalo? —quiso saber Alonso, buscándola con la vista.

—No lo vas a reconocer —afirmó su suegro—. Seis meses en la vida de un bebé es mucho tiempo y ese glotón no para de crecer.

Caminaron con pasos impacientes, dejando atrás los muelles y el faenar de los estibadores. Samuel les condujo hasta la explanada donde habían estacionado el carruaje, y allí divisaron a las mujeres esperándoles. Alonso no pudo evitar echar a correr al ver a Luna con su hijo en brazos. Tomás, menos vehemente, siguió acompañando a Samuel.

—Parece mentira que ya hayamos atravesado el océano dos veces —comentó—. Y yo que pensaba que nunca saldría de Ceuta…

—Para que veáis las vueltas que da la vida, Tomás. ¿Cómo es que habéis vuelto tan pronto? Os esperábamos dentro de dos o tres semanas.

El irlandés se detuvo, comprobó que no había nadie cerca y bajó la voz:

—Recibimos un mensaje de Tristán de Souza en San Salvador: quiere que vayamos a su palacio de Alandroal. Al parecer, se trata de algo importante y fray Antonio está metido en el ajo, así que cargamos los barcos a toda prisa y zarpamos sin demora.

—¿Antonio metido en esto? —A Samuel le extrañó—. ¿Y cómo os localizaron los sebastianistas en San Salvador?

—No me preguntéis cómo, pero lo hicieron —susurró, a pesar de que por allí tan solo había un par de gaviotas dando cuenta de unos restos de pescado maloliente—. Las instrucciones hacían hincapié en que no desembarcáramos en Lisboa, por precaución. De hecho, uno de nuestros barcos viene cargado de azúcar de caña para el Duque y este no ha querido que la desembarquemos allí, a pesar de que queda de camino. Prefiere un envío por tierra, por si los espías enemigos anduvieran controlando los movimientos de vuestra flota. No sé si hay motivos reales de preocupación o si ve fantasmas donde no los hay…

Samuel dio una patada a una piedra cercana y soltó una maldición en voz baja.

—¡Con lo tranquilos que estábamos! —se lamentó—. Casi me había olvidado de nuestro compromiso sebastianista. A Luna no le va a gustar que Alonso tenga que marcharse nada más llegar. Ha pasado estos meses contando los días…

—María me dará una patada en el culo y me tirará rodando por la Cuesta de Belén, para regocijo de los bretones —profetizó el irlandés, agorero—. Disfrutemos del día de hoy, al menos.

Mientras tanto, Alonso admiraba a su esposa y al pequeño Gonzalo. Acompañada por su madre y su suegra, la joven le susurró a su hijo al oído:

—¿Quién acaba de llegar, Gonzalo? ¿Ese quién es?

Cuando el crío pronunció la palabra «papá», Alonso pensó que se desmayaba frente a todos los que se aglomeraban alrededor de la oficina de aduanas. Abrazó un momento a Luna, le arrebató al pequeño y lo levantó en volandas.

—¡Está enorme! —Después de jugar un rato con él, se lo devolvió y abrazó a su madre y a Sara. A continuación, recorrió el cielo sanluqueño con la vista—. Parece que me fui hace una vida.

—Pero ya estás aquí —le dijo Luna, dándole otro beso en la mejilla—. No sabes cuánto te he echado de menos…

Alonso disimuló la oleada de tristeza que cruzó su rostro. Se prometió no darle a su esposa la noticia de su nuevo viaje hasta dentro de un par días. Una vez más, su compromiso le obligaba a irse.

Y cuando uno formaba parte de la tripulación del Duque de Alandroal, nunca sabía si regresaría dentro de un ataúd.

14 de julio de 1583, afueras de la villa de Alandroal, doce días después

Para Alonso y Tomás, el periplo de ocho días de Sanlúcar a Alandroal fue un reencuentro con Runner y Vigilante. Después de mucho tiempo, cambiaron los disfraces de mercaderes —como los llamaba el irlandés— por calzas ajustadas, botas recias y camisas holgadas y frescas para combatir el calor veraniego, todo ello rematado con sombreros de ala ancha. Incluso llevaban las claymore colgadas en las sillas de montar, para que el cuero de los correajes no les diera calor. El sol solía castigarles a diario hasta el atardecer, y ya no disponían de castillo de popa para protegerse de sus rayos, como hacían a bordo del Abundancia. Tomás, que con su espesa melena y sus barbas soportaba mal el calor, no paraba de quejarse y de decir que acabaría tostado como una almendra.

Sus esposas les pusieron mil impedimentos para emprender ese viaje. Toda la dicha y prosperidad vividas en los últimos años, apartados del fantasma de Sebastián de Portugal, les habían hecho olvidar la cruzada en la que Alonso y Tomás andaban metidos hasta las trancas. Durante todo este tiempo, ambos habían cobrado mes a mes la paga de los sebastianistas en la sucursal sanluqueña del Banco Pires. Luna sostenía que era una forma de mantenerlos obligados, ligados a la causa, y puede que no le faltara razón. Fuera como fuera, tenían un compromiso con Tristán de Souza, y Alonso prefería morir a incumplirlo. Por otra parte, el año anterior habían recibido noticias del Duque poniéndoles al día de la providencial intervención de Dulce Barreto, del episodio de la cabaña y de la marcha —por entonces indefinida— de Urko Aguirre, lo que también les proporcionó tranquilidad para ocuparse de sus negocios. Como sostuvieron ante el enfado de sus mujeres, aún se debían al Duque, y acudirían a su llamada cada vez que esta se produjera.

Pasado el mediodía del 14, unas torres de planta cuadrada, unidas por una muralla enorme rematada por almenas de corte mudéjar y terminadas en punta, se dejaron ver al otro lado de la loma que acababan de remontar. Detuvieron los caballos y las contemplaron, boquiabiertos.

—En la carta se mencionaba que reconoceríamos Alandroal por sus murallas de estilo árabe —comentó Alonso, palmeando el cuello de Vigilante—, pero nunca imaginé que serían tan formidables. El castillo debe de ser muy antiguo. —Alonso espoleó a su caballo—. Vamos, me muero de hambre, y hace días que sueño con los manjares con los que el Duque acostumbra a agasajarnos.

—¡Y el vino! —le recordó Tomás, poniendo a Runner en movimiento —. ¡Vamos, caballo! ¡Forraje de primera para ti y oporto de las bodegas de los dioses para tu amo!

Las murallas de Alandroal estaban rodeadas de casas, algunas adosadas a estas y otras entre las encinas que la circundaban.

Era un lugar que transmitía paz, un paisaje para disfrutar de la caza y la buena vida. Cualquier otro que no fuera Tristán habría dado gracias a Dios por disfrutar de un lugar tan maravilloso como aquel; pero era tan grande su espíritu aventurero que había cambiado todo aquello por el jergón crujiente de la Cruz do Sul y un palacete destartalado en el Barrio Alto; la tranquilidad por el peligro y el bienestar por el patriotismo. Todo un personaje, el Duque.

A pesar de portar las gigantescas espadas, la guardia local no les puso impedimento alguno para cruzar las puertas de la villa. Recorrieron sus calles al paso, deleitándose en sus edificaciones, modestas pero hermosas y bien cuidadas. Su presencia llamaba la atención de mercaderes y lavanderas, que interrumpían sus labores para seguir con la mirada a los jinetes armados. La mayoría se centraban en Tomás, que saludaba a unos y a otros tocándose el ala del sombrero con dos dedos.

—Todo el mundo se fija siempre en mí —se quejó—. Menos mal que no estuve en Alcazarquivir: todos los arcabuces de los moros me habrían apuntado a la vez.

Alonso rio, seguro de que así habría sido. Pasaron junto a la Iglesia de la Consolación y, detrás de esta, a pocas varas de distancia, encontraron un pequeño palacio, no demasiado grande ni lujoso, apenas algo mayor que la residencia de Lisboa. Por el estilo de su arquitectura, no tenía más de treinta o cuarenta años de antigüedad. Adosado a uno de sus testeros, se alzaba un establo casi tan grande como el propio palacio. No tuvieron que preguntar a nadie si aquella era la residencia del Duque: la inconfundible figura de Gil, sentado en el porche de la fachada principal, les reveló que habían llegado a su destino. Aún a contraluz, el espadachín reconoció enseguida a los dos

jinetes. Se puso en pie de un brinco y cruzó la distancia que le separaba de sus amigos, que ya desmontaban de sus caballos.

—¡Qué alegría! —les saludó, eufórico, abrazando primero a Alonso y luego a Tomás—. ¡Parece que hace siglos que no os veo!

—¿Cuándo fue la última vez? —intentó recordar el irlandés.

—En la boda de Alonso —respondió Gil, sin titubear ni un segundo—. Hace ya… ¿cuánto?

—Tres años —respondió este—. No has cambiado nada, estás igual de feo que siempre.

—¡Pues ya verás a Zilhão! Lleva años sin apenas recortarse el bigote, y es casi tan grande como la barba de Tomás —llamó a gritos al mozo de cuadras, hasta que este asomó la cabeza por la puerta del establo —. ¡Graciano, hazte cargo de estos caballos y trátalos como si fueran tus padres! —a continuación se dirigió a los recién llegados—. Vamos dentro, hay mucho de qué hablar.

Alonso y Tomás apreciaron que el palacio por dentro parecía más grande que por fuera. Una vez cerró la puerta a sus espaldas, Gil gritó con todas sus fuerzas:

—¡Mirad quiénes han llegado!

Unas voces alegres procedentes del piso de arriba les dieron la bienvenida: se trataba del Duque, que bajaba las escaleras acompañado de Veira y Zilhão, cuyos bigotes, como bien había adelantado Gil, estaban tan poblados y eran tan inmensos que hasta daban risa. Una figura delgada apareció detrás de estos, ataviada con hábito de jesuita. Alonso y Tomás abrieron mucho los ojos, sorprendidos, ya que no esperaban verle allí.

—¡Antonio! —Alonso subió los peldaños de dos en dos y saludó a todos en mitad de la escalera, abrazando a Zilhão y a Veira y estrechando la mano del Duque, que palmeó su brazo e intercambió cumplidos con él—. No toméis este agravio a mal, excelencia, pero a vos tenía claro que os vería aquí… en cambio, encontrarme con Antonio ha sido toda una sorpresa.

El jesuita y él se abrazaron con fuerza, mientras Tomás saludaba a los demás y se burlaba del bigote de Zilhão, quien le devolvía la chanza palmeándole la barriga y ensalzando la buena vida de casado. Varios peldaños más arriba, Alonso no cabía de alegría al reencontrarse con

su amigo fraile.

—Estás más delgado —le comentó—. ¿No te dan de comer bien en Lisboa?

—El trabajo y las preocupaciones —respondió Antonio—. Allí no se para…

—¿Y puede saberse qué demonios haces tú aquí? Ya sabía que andabas metido en esto, pero pensé que te habrías quedado en Lisboa.

El Duque pidió silencio levantando la mano.

—La escalera no es buen sitio para tratar asuntos, en el salón estaremos mejor.

Era una estancia amplia, decorada con mucho mejor gusto que la residencia del Barrio Alto. Allí encontraron a un jovenzuelo espigado sentado junto a la mesa grande que había en el centro de la habitación. Se le veía concentrado en la lectura de un libro y, por su expresión, parecía que le costaba trabajo hacerlo. Alonso no pudo evitar acordarse de él mismo unos años atrás. Tomás y él interrogaron al Duque con la mirada, y este les presentó al mozalbete.

—Este es Miguel Correia. Lleva casi dos años a mi servicio. Aunque al principio pensé en ocuparlo de grumete, ha resultado tener muy buenas dotes para la esgrima. Gil y Zilhão le entrenan y yo le enseño a leer y a escribir.

—El conocimiento es un arma más poderosa que la espada —sentenció Alonso, saludando al joven.

—No digas mariconadas —se metió con él Tomás, guiñándole el ojo al chico, que se levantó para dedicarles sendas inclinaciones de cabeza —. Otro hombre de armas para la Cruz do Sul nunca está de más.

Zilhão soltó una risa irónica.

—El día que aprenda a controlar su furia, será un gran espadachín —afirmó, atusándose el bigotazo—. Lucha como un demonio. A veces hasta nos da miedo.

Miguel Correia aceptó la frase de su maestro como un cumplido y Alonso se dio cuenta de un detalle: por mucho que lo intentaba, el muchacho era incapaz de sonreír.

Los ocho se repartieron entre los sofás y sillones de la estancia, mucho más lujosos que los muebles de Lisboa, que podían definirse de espartanos. Los difuntos padres de Tristán habían disfrutado de más tiempo, dedicación y gusto para amueblar y decorar la residencia familiar. Él, sin embargo, relegaba el ornato de sus casas al último puesto de la lista, sobre todo si había viajes que emprender y aventuras que vivir. Tras unos minutos de charla intranscendente, donde se pusieron al día unos a otros después de tres años sin verse, Antonio se dirigió a Alonso y a Tomás, los únicos que aún no sabían por qué habían sido convocados.

—Desde hace meses están llegando a la Corte rumores de alguien que podría estar haciéndose pasar por Sebastián —comenzó a decir el fraile—. Al parecer, dicho sujeto ni lo afirma ni lo niega, sino que mantiene una postura ambigua de la que obtiene beneficio. El rey Felipe ha encargado al virrey de Portugal, el archiduque Alberto de Austria, que investigue a dicho sujeto, y yo me he ofrecido voluntario para hacerlo. —Guiñó el ojo a Alonso—. Han pasado seis años desde que viste al rey Sebastián. ¿Le reconocerías si le vieras ahora?

—Por supuesto —aseguró—. Y no olvidemos que al rey le faltan dos dientes. ¿Hay alguna posibilidad de que se trate del auténtico?

Tristán reveló el siguiente paso de la misión.

—Para eso vamos a ir a Penamacor, donde se encuentra. No podemos descartar ninguna posibilidad, aunque su forma de actuar va en contra de lo que Sebastián juró en Berbería: llevar vida de hombre bajo para purgar sus faltas. Lo más probable es que se trate de un impostor y, si es así, tenemos que desenmascararlo.

Veira, que compartía sofá con Alonso, se echó a reír y le dio una palmada en el brazo.

—Quién iba a decirnos que íbamos a trabajar para uno de los Austrias, ¿eh, Alonso?

—¡Y que lo digas! —exclamó este, que a continuación preguntó a Antonio—. ¿Qué más se sabe de él?

—Se trata de un hombre joven, bien parecido y muy simpático —comentó—. También hablan algo de que fue protegido de una viuda, pero poco más sabemos.

—En Penamacor nos enteraremos de lo demás —afirmó el Duque—. Iremos disfrazados de viajeros para no levantar sospechas, pero

Antonio está autorizado por el Virrey para arrestarle en caso de confirmar que es un impostor. A él y a sus leales.

Gil se levantó para coger unas uvas de un racimo que había en un cuenco, sobre la mesa principal.

—Recuerdo que, justo después de la batalla de Alcazarquivir, ahorcaron a un impostor que se hizo pasar por el rey en Arcila…

—Cierto —recordó Alonso—. Oí esa historia cuando estaba de soldado en Ceuta.

—La muerte es el castigo para quien pretenda suplantar a un rey —recitó Zilhão—. Si no es Sebastián, no me gustaría estar en su pellejo.

Miguel asistía a la reunión repantigado en uno de los sillones, sin abrir el pico. De vez en cuando, Alonso y Tomás desviaban la mirada hacia él, intentando adivinar qué pasaba por su mente. Calcularon que tendría alrededor de dieciséis años, y su aspecto era el de alguien que ha pasado tanto en su vida como el propio Luis Veira.

—¿Queda lejos Penamacor? —preguntó Tomás, apartando la atención del mozo.

—A unos cuatro días a caballo —respondió el Duque—, pero tranquilos que dejaré que os repongáis del viaje. No creo que nuestro hombre se mueva de allí.

Había algo que inquietaba a Alonso.

—¿No nos tropezaremos con los hombres de Gasparo Corso? Tal vez sigan las mismas pistas que nosotros…

Miguel se puso en pie y habló por primera vez. Su voz no era como imaginaban: era grave, impropia de su cuerpo alto y delgado.

—Ojalá Urko Aguirre esté allí. —Su mano derecha se movió como un relámpago desenfundando la espada, una tizona de hoja fina, muy parecida a las que llevaban Gil y Zilhão. De hecho, fue forjada siguiendo instrucciones de sus maestros—. Nada me gustaría más que hundir mi acero en su vientre o en el de uno de sus bastardos.

Alonso y Tomás intercambiaron una mirada de sorpresa y no pudieron evitar reír ante la bravata del chaval. Este les clavó una mirada de rabia que no pasó desapercibida para el irlandés, quién entrecerró los ojos y le señaló con el dedo.

—¿Has luchado alguna vez contra un adversario de verdad?

Miguel sostuvo su mirada y elevó la barbilla, desafiante.

—No, pero soy bueno con la espada.

—Lo es —certificó Gil—. Un poco alocado, pero lo es. Yo que tú no le picaría, Tomás…

El irlandés compuso una mueca burlona, se echó la mano a la espalda y desenfundó la claymore, sosteniéndola con la diestra. Empuñada por él, no se veía tan descomunal.

—¿Sabes lo que es esto, zagal?

—Una espada lenta —respondió Miguel, provocando las risas de los presentes—. Una espada lenta esgrimida por un hombre viejo y lento.

La expresión condescendiente abandonó en un instante el rostro barbudo de Tomás. Alonso se tapó la cara con las manos, fingiendo llorar. Gil y Zilhão soltaron una carcajada, cruzando miradas de orgullo. Agallas tenía. El Duque y Veira alzaron las cejas, divertidos: Miguel había arrojado el guante a la cara del irlandés.

—Así que una espada esgrimida por un viejo lento —repitió Tomás, ante la mirada impasible del jovenzuelo; se dirigió al Duque—. ¿Tenéis armas de entrenamiento en vuestro patio, excelencia?

—Tengo, pero ninguna tan grande como esa monstruosidad que lleváis.

Tomás devolvió la claymore a su funda y usó la correa para asegurarse de que esta no se saldría de la hoja. Miguel enfundó su tizona y se dirigió al patio interior.

—¡No me digas que vas a enfrentarte con Miguel! —exclamó Antonio, sin dar crédito a lo que veía—. ¡Pero si solo es un niño!

—Un niño fanfarrón que toca lo que cuelga a quien no debe —silabeó Tomás, comprobando una vez más que la funda no se saldría por mucho que moviera la espada—. Humm… pesa bastante más que cuando está desenfundada. Peor para él: ese mocoso necesita una lección de humildad y un servidor va a dársela —sentenció.

Todos acompañaron a los duelistas al patio, un espacio amplio con un pozo en medio, canastas de mimbre con dianas para practicar el tiro

con arco apoyadas en los muros interiores y unos expositores con varias armas de entrenamiento y alguna que otra real. Miguel eligió una de las espadas de madera que usaba para sus prácticas. Se prometió que le propinaría un par de zurriagazos a aquel gigante, para demostrarle que, a pesar de su edad y envergadura, era un adversario potente. Hizo silbar el aire a su alrededor, cortándolo con la hoja de nogal. Zilhão acercó sus enormes bigotes a su oreja para darle unos últimos consejos.

—Cuidado con él. Es muy fuerte pero, como bien dijiste antes, lento. Le he visto pelear a menudo y usa sus pies con destreza. Si consigue darte una patada te romperá la pierna, caerás al suelo y te hará trizas el cráneo, así que mantente a distancia y agótalo. Haz que falle un golpe y le atacas con rapidez, con estocadas a fondo. Y recuerda: es un combate de broma, no a muerte.

Miguel gruñó y saludó a Tomás, tocándose la frente con la hoja de madera. Alonso, detrás de su amigo, le dio una palmada en la espalda.

—No mates al crío, por lo que más quieras.

—Le tiraré al suelo y le daré una zurra en el culo —rio, colocando la claymore enfundada frente a él.

Miguel comenzó a caminar en círculos. Mantenía la mano izquierda atrás, demostrando una técnica clásica depurada. Sus maestros sonreían al ver, por primera vez, a su alumno enfrentándose a alguien distinto de ellos. Veira y el Duque, que utilizaban técnicas menos exquisitas que sus compañeros, admiraron el buen trabajo que estos habían hecho en poco más de dos años.

—¿Vas a atacar o tienes miedo? —le aguijoneó Tomás, sosteniendo el mandoble delante de sus ojos, sin perder de vista al aprendiz.

—Vos primero —le retó Miguel, con voz neutra—. Os estoy esperando…

Tomás efectuó un amago de ataque y se acercó dos pasos a él. El joven retrocedió otros dos pasos y se mantuvo a una distancia prudencial del espadón. Respiraba de forma pausada y profunda, como le habían enseñado. El irlandés se reía con la boca abierta. Que siga riendo, a ver si es capaz de acertarme, pensó Miguel.

Dos pasos más y Tomás invadió su espacio, lanzándole una estocada descendente en diagonal contra el hombro. El chico se agachó y rodó por el suelo con la facilidad de quien camina, desequilibrando a su

oponente. La hoja enfundada de Tomás chocó contra el suelo, haciendo un ruido que reveló que, de haber acertado, le habría roto un hueso al zagal.

Miguel se levantó y adoptó una postura defensiva. El irlandés adelantó su hoja en su dirección. Ya no se reía. Ahora sabía que era rápido y ágil. Volteó la claymore por encima de su cabeza y, dando un alarido, se lanzó contra Miguel, que intentó detener el ataque con su tizona. La funda chocó contra la madera, haciendo que esta saliera disparada hacia atrás. Para sorpresa de Alonso, Miguel no la soltó, sino que acompañó su movimiento, volviendo a rodar por el suelo para ponerse de pie junto a Antonio, que retrocedió unos pasos, no fuera a recibir él uno de los golpes. El joven había aprendido una cosa: no podía detener la espada de su oponente con su arma. O la esquivaba o estaba perdido.

El irlandés trató de sorprenderle con uno de sus trucos. Su pie, enorme, salió disparado hacia su tobillo. Miguel saltó, esquivó la bota y contraatacó con un sablazo en la pierna. En un combate real, Tomás habría resultado herido. No de gravedad, pero la primera sangre habría sido suya.

—¡Tocado! —anunció Miguel, alejándose de un brinco. Un gruñido rencoroso anunció el enfado creciente de Tomás, que volvía a medir distancias con el chaval. Entonces recordó las palabras de Gil en el salón.

«Buen espadachín, pero algo alocado».

—Está bien, niñita… ya veo que eres un saltimbanqui, como tus maestros. —Señaló con la cabeza a Zilhão y a Gil—. Dos maricas bailarines que te han enseñado a bailar alrededor de hombres. ¿Crees que eso te valdrá conmigo, nena? ¡Venga, ven aquí si tienes cojones!

Las mejillas enjutas de Miguel comenzaron a teñirse de color, sus labios finos desaparecieron en una mueca y sus dientes rechinaron de rabia. Algo en su interior entraba en erupción. Tomás balanceaba la claymore de un lado a otro, mientras le lanzaba besos al aire. El irlandés sabía que solo tenía que provocar un poco más al crío para que vomitara toda su furia.

—¡Te faltan huevos, chaval! ¡En un combate de verdad durarías un…!

Y Miguel se abalanzó contra Tomás en una tirada a fondo.

El irlandés golpeó la espada de madera con tal fuerza que la quebró en

dos, provocando que el joven perdiera el equilibrio. Luego giró sobre sí mismo y, mientras Miguel caía, le propinó una patada en el culo que le lanzó contra Alonso, quien a punto estuvo de caer de espaldas. El chico quedó a cuatro patas y, cuando intentó levantarse, se encontró con la bota de Tomás camino de impactar contra su costillar. Sus pulmones se vaciaron de golpe con la patada. Trató de rodar un par de veces más hasta que Tomás le detuvo, pisándole el pecho. La punta de la funda de la claymore se apoyó en su cuello.

—Los tienes bien puestos, chaval —reconoció el gigante, sonriendo y jadeando a la vez—. Prométeme que no me matarás por la espalda si te libero.

Gil y Zilhão se adelantaron hacia ellos.

—Has luchado muy bien, Miguel —le felicitó Gil, aunque sus palabras sonaron a consuelo en los oídos del muchacho—. Tomás es uno de los guerreros más feroces que he conocido jamás. Deberías darle las gracias por la lección que acaba de darte.

El joven asintió desde el suelo, sin decir palabra. Tomás retiró la espada de su nuez huesuda y le liberó de su pisotón. A pesar de que las costillas le dolían horrores, Miguel tendió su mano al irlandés. Este le ayudó a levantarse y mantuvo su mano estrechada durante unos segundos.

—Eres un gran espadachín —afirmó el gigante—. Si algún día volvemos a entrar en combate, será un honor luchar a tu lado. ¡Ah, y no me tengas en cuenta lo que te dije antes! Lo hice para picarte, y picaste. Mantén siempre la cabeza fría, rapaz. Que las fanfarronadas no te hagan caer en la trampa.

Miguel asintió, se inclinó ante su adversario y se fue cojeando, acompañado de Zilhão, que insistía en comprobar que el irlandés no le hubiera roto nada. El Duque dio el duelo por concluido con un par de palmadas.

—Vamos a comer —anunció, pasando los brazos sobre los hombros de Alonso y Tomás—. Echaba de menos teneros en mi equipo —confesó.

—Al menos, esta vez vamos por tierra —se alegró el gigante—. Me he acostumbrado a las comodidades del Abundancia y, cuando pienso en vuestro barco, me entra el reúma que no tengo.

Entre bromas, regresaron al salón, donde disfrutaron de los maravillosos manjares del Duque y, sobre todo, de su magnífico

oporto, tan bueno como el que reposaba en las barricas del sótano de su palacete de Lisboa.

CAPÍTULO XLVIII

20 de julio de 1584, afueras de Penamacor

LOS PRADOS VERDES Y LAS colinas repletas de alcornoques elevaban el paisaje de Penamacor a una estampa de ensueño. Tardaron un par de días más de lo previsto en llegar, ya que entre los ocho jinetes había dos inexpertos: uno era Miguel, que aún no había tenido tiempo de recibir demasiadas clases de equitación; el otro, Antonio, que nunca se había llevado bien con caballos que no fueran de tiro. Como le contestó el Duque cuando el jesuita sugirió hacer el viaje a bordo de un coche, «un carruaje no atraviesa campos en línea recta».

Tomás corrigió la postura de Miguel en innumerables ocasiones durante el viaje y él aceptó sus consejos con rostro serio pero agradecido. Después de su duelo, entre ellos se había forjado algo parecido a una amistad basada en el respeto mutuo, y el zagal encajaba las bromas y puyas del irlandés con buen talante, aunque a este le fue imposible arrancarle una sonrisa.

Emplazada en lo alto de una colina, rodeada por los muros de su castillo, se alzaba Penamacor. La torre del homenaje, recién remodelada, les vigilaba como un fantasma sólido e inerte. Rodearon la muralla hasta localizar la puerta de entrada, vigilada por dos guardias. Al contrario que los de Alandroal, estos sí se interesaron por los asuntos que les traían a la plaza. Antonio les tendió un salvoconducto firmado por el propio archiduque Alberto de Austria, quien sucedió al Gran Duque de Alba como virrey de Portugal tras su muerte, en 1582. El capitán de la guardia departió unos instantes con el jesuita en voz baja y luego permitió pasar al grupo.

—¿Algo interesante? —le preguntó el Duque desde su montura.

—Parece que nuestro hombre es muy conocido aquí. —Dejaron atrás las puertas de la ciudad y cabalgaron al paso por la calle principal, atestada de puestos de vendedores que no paraban de ofrecer sus mercancías a gritos—. Me ha dicho que muy pocos conocen su nombre

real: suelen llamarle «el ermitaño» o, directamente, «el rey».

—¿Dónde podemos encontrarle? —preguntó Alonso.

—Dice que apenas sale de la villa donde mora… Veira alzó las cejas y soltó un bufido de admiración.

—¿Tiene una villa?

—El capitán dice que ha oído que hasta tiene una pequeña corte de súbditos, pero no sabe dónde está la casa: lleva menos de una semana destinado aquí —explicó—. Me ha sugerido que pregunte a cualquier parroquiano de La Jarra Rota, en la Plaza Mayor. —Antonio se volvió a sus compañeros—. Será mejor que no entremos todos juntos o asustaremos a los lugareños. —Señaló a Alonso y a Tomás—. Vosotros, por supuesto, esperad fuera: esas espadas aterrorizarían al miedo. Con que me acompañe uno de vosotros, basta.

—Yo entraré contigo, padre —se ofreció Veira—. Espero que el Altísimo cuente como buena obra el escoltar a un ministro de Dios y sume puntos en mi camino a la redención.

El fraile puso los ojos en blanco.

—Recuérdame que luego te confiese, Luis. Te pongo una penitencia, rezas lo que yo te diga y listo: ya puedes entrar en el Reino de los Cielos.

Al antiguo bandolero no le convencían soluciones tan rápidas.

—¿Así de fácil? No me creo que Dios perdone todos los pecados de una vida con una simple absolución. Prefiero hacer buenas obras que superen a las malas… Aunque eso es casi imposible: el Duque siempre acaba ordenándome alguna barbaridad que desequilibra la balanza en mi contra. A este paso, nunca llegaré a ser un buen cristiano.

Antonio decidió no enzarzarse en una discusión teológica con Veira.

Llegaron a la Plaza Mayor y desmontaron. Un cartel de madera gastado por el tiempo anunciaba la taberna de La Jarra Rota.

—Aprovechemos para que beban los caballos —dijo Tomás, señalando un abrevadero cercano; se hizo cargo de las bestias de Antonio y Veira —. Si necesitáis ayuda, pegad una voz. El fraile y el antiguo salteador entraron en la taberna. No eran ni las seis de la tarde y había poca clientela, tan solo algún que otro borracho bebiendo cerveza sin

meterse con nadie. En una mesa lejana, cuatro hombres disputaban una partida de cartas aderezada con insultos varios y malas caras. El local no estaba mal: limpio, amplio y bastante bien decorado. El tabernero, un hombre con barba corta, delgado como un aparecido, se santiguó al ver entrar a fray Antonio.

—Sed bienvenido a esta casa, padre —le saludó el tabernero, besando el anillo que llevaba el jesuita en la mano derecha, como si se tratara de un obispo—. ¿Puedo ofreceros algo de comer o beber? La cocina está cerrada hasta las ocho, pero le diré a mi mujer que os prepare cualquier cosa…

—Gracias, hijo, pero no es hambre ni sed lo que me trae a vuestro establecimiento —le aclaró con una sonrisa de compromiso—. Venimos de Lisboa para conocer a alguien que mora en este pueblo. Alguien importante para el reino de Portugal.

—Al ermitaño —adivinó el tabernero.

—¿Conocéis su nombre?

La voz del hombre bajó hasta hacerse casi inaudible.

—Nadie le llama por su nombre, pero todo el mundo sabe que es Sebastián.

—¿Sebastián de Avis?

El tabernero meneó la cabeza de un lado a otro, comprobando que nadie más oía la conversación. Mientras hablaba, limpiaba de forma mecánica el mostrador de madera.

—Él nunca afirma ser quien es, pero tampoco lo niega. Yo creo que lo es, y sería un gran monarca, os lo aseguro: es bueno, amable, cercano a su pueblo, tanto él como los nobles que le acompañan.

—¿Nobles? —preguntó Antonio, haciéndose el loco.

—Hay un par de ellos que dicen llevar sus asuntos. Uno es cliente asiduo de la taberna: don Cristóbal de Moura, todo un caballero.

Antonio estuvo a punto de echarse a reír. Había visto a Cristóbal de Moura en Lisboa no hacía ni dos semanas, y no creía que fuera a encontrárselo en Penamacor junto al ermitaño.

—Nos gustaría mostrar nuestros respetos a su majestad —le dijo al

tabernero en tono confidencial—. ¿Dónde podemos encontrarle?

—Vive en una villa en el arrabal, junto a la Iglesia de la Misericordia. ¿Habéis visto qué humildad? Un rey viviendo fuera de las murallas de la ciudad. —Esbozó una sonrisa de orgullo—. Ojalá decida pronto salir de su escondite y eche a ese Felipe del trono.

—Pronto, pronto. —Antonio lanzó una moneda al tabernero y dibujó una señal de la cruz en el aire—. Que Dios os bendiga, quedad en paz.

De la taberna fueron al abrevadero, donde esperaban sus compañeros. El Duque interrogó con la mirada a Antonio, que no le hizo esperar.

—Vive en una villa, en el arrabal. Estoy casi seguro de que son una panda de impostores: el tabernero me ha dicho que uno de los que está con él es don Cristóbal de Moura.

Alonso, que en ese momento ajustaba la silla de montar después del viaje, hizo memoria.

—¿No era ese uno de los favoritos de Sebastián?

—Sí, pero resulta que le vi hace poco en la Corte —explicó—. Hay que tener cuidado, si son impostores y se sienten amenazados, podrían ponerse nerviosos.

—Ojalá —deseó Miguel en voz alta.

—¿Y qué haremos con él si es un impostor? —preguntó Gil—. El castigo por hacerse pasar por un rey es la muerte.

—Nuestras órdenes son detenerlo —dijo Tristán—. Lo llevaremos a Lisboa y lo entregaremos a los jueces. —Miró a Miguel—. Creo que tu bautismo de sangre tendrá que esperar.

El chico soltó un bufido de fastidio y jugueteó con el agua del abrevadero. Alonso terminó de ajustar el arnés de Vigilante.

—En cuanto le vea os diré si es el auténtico Sebastián.

—Ya te digo yo que no —rio Antonio, trepando a su caballo con ciertas dificultades; una vez arriba, se removió en la silla—. Tengo las posaderas hechas cisco. Esta noche necesito una cama blanda.

Volvieron a recorrer el camino hasta la puerta de la muralla y aprovecharon para preguntarle al capitán de la guardia por la Iglesia de la Misericordia. No tuvo problemas para darles las indicaciones

precisas. Callejearon hasta llegar a las inmediaciones del templo, una construcción con un pórtico labrado a base de filigranas de piedra.

—Debe de ser esa de allí —apostó Zilhão, señalando una casa destartalada construida con bloques de piedra irregulares; a pesar de ser un edificio de líneas rectas, resultaba hermoso por estar casi por entero rodeado de hiedras, dándole un toque de color que contrastaba con el gris del resto de la calle.

El Duque desmontó, descolgó su rodela de la silla y se la colgó en la espalda. Se ajustó la funda de su espada bastarda a la cintura y se dirigió a Miguel:

—Tú quédate aquí, vigilando los caballos.

—¿No puedo ir con vos, excelencia? —su pregunta sonó más a protesta que a pregunta.

—Alguien tiene que cuidarlos, así que ya sabes.

Miguel hinchó las mejillas, acumulando los sapos y culebras que habría querido soltar; pero no los dejó salir y se quedó con las monturas. Amalia le había hecho prometer que obedecería siempre a Tristán de Souza, y él estaba demasiado agradecido a ambos para faltar a esa promesa.

—¿Cómo lo hacemos, padre? —le preguntó el Duque a Antonio.

—Sabremos si es un impostor en cuanto Alonso le vea. De todos modos, dejémosle hablar. El tabernero me dijo algo interesante: que nunca afirma ser el rey Sebastián. —Soltó una risa triste—. El pueblo está hambriento de leyendas, puede que ellos mismos hayan inventado una historia que han terminado por creerse —se dirigió a los demás—. Quedaos aquí, desconfiarán de una caterva de hombres armados. —Giró la cabeza hacia Tristán—. Excelencia, me gustaría que vos y Alonso me acompañarais.

—Deberíamos haber traído arcabuces —se lamentó Tomás—. Como ellos tengan y las cosas se pongan feas, lo pasaremos mal.

—No creo que pase nada —dijo el sacerdote, optimista—. Eso sí, estad atentos.

Se dirigieron a la villa y llamaron a la puerta. El ventanuco se abrió casi de inmediato, revelando un rostro joven, con barba negra bien recortada, que les examinó durante unos instantes con ceño fruncido.

Sus ojos se posaron en el hábito de jesuita.

—Buenas tardes, padre —le saludó a través de la pequeña reja que protegía el ventanuco; se dirigió a continuación a Alonso y al Duque —. Caballeros… ¿En qué puedo ayudaros? ¿Qué les trae a mi humilde morada?

El sacerdote le respondió con voz pausada y amable.

—Soy fray Antonio Expósito, de Lisboa —se presentó—, él es Tristán de Souza, duque de Alandroal y Alonso Teixeira, nuestra escolta. —Ni se molestó en inventar identidades falsas. Al contrario, tal vez la presencia de un noble le resultaría interesante, sobre todo si creía poder sacar partido de él—. Ha llegado a nuestros oídos que aquí vive alguien que, digamos… podría cambiar el destino de Portugal. Y nosotros estamos interesados en que eso suceda…

Antes de responder, el hombre de la barba recortada estudió unos instantes el rostro del sacerdote. Tras un breve silencio, respondió de forma ambigua, como era de esperar.

—Pudiera ser, no os digo que no. Cualquier hombre, con la ayuda de Dios, es capaz de hacer mucho por su pueblo.

—Traemos una oferta que podría interesaros, una oferta sin compromiso alguno —mintió Antonio, esperando que la codicia le hiciera morder el anzuelo—. ¿Cómo dijisteis que os llamabais? —le preguntó, a sabiendas de que el otro no se había presentado.

—Podéis llamarme don Cristóbal.

—¿No seréis vos, por ventura, don Cristóbal de Moura? —le tanteó el Duque.

—Solo don Cristóbal, os lo ruego, don Tristán. —El Duque sonrió para sus adentros ante la cautela del tipo—. Pasen vuestras mercedes, os lo ruego. —Abrió la puerta de entrada de par en par y les condujo a un salón bien amueblado y bastante desordenado: había libros abiertos, desperdigados por el suelo, ropa arrugada en una esquina, sacos vacíos en los rincones… Un desastre. El tal Cristóbal iba ataviado con ropajes de corte elegante, pero no era oro todo lo que relucía. Alonso, acostumbrado a los tejidos del establecimiento de su hermana, se dio cuenta enseguida de que, a pesar de estar confeccionado con mimo, estaban hechos de material de tercera. El presunto noble les invitó a sentarse en unos sillones forrados de un terciopelo que había conocido tiempos mejores—. Acomodaos, regresaré en un instante.

En cuanto se quedaron solos, Tristán le preguntó a Antonio:

—¿Se parece a Cristóbal de Moura?

—Como un huevo a una castaña. Este podría ser su hijo.

Alonso, que se había descolgado la claymore para estar más cómodo y tenerla a mano por si las moscas, sonrió de medio lado. De forma inconsciente, sus dedos jugueteaban con la empuñadura envuelta en cuero de la daga del Rey.

—Pues ahora conoceremos al señor de Penamacor.

Antonio le guiñó un ojo.

—¿Te imaginas que fuera el auténtico Sebastián?

Alonso resopló.

—No podría levantarme del asiento.

El Duque pasó un dedo por un aparador cercano y lo levantó lleno de polvo añejo.

—No parece la casa de un noble —observó—. Aquí no han pasado un trapo en meses.

El fraile alzó una mano.

—Atención, oigo pasos.

Todos los oyeron. Unas botas bajaban los peldaños de la escalera con inusitada vivacidad. Un instante después, un rostro enmarcado por cabello y barba de color castaño oscuro apareció en el vano de la puerta, vestido con ropajes parecidos a los de Cristóbal. Su piel era más bien morena. El recién llegado exhibió una sonrisa encantadora, que mostró una dentadura completa y hasta hermosa. Antes de que pudiera hablar, Antonio le dio un codazo a Alonso. Este, con la mirada puesta en el joven bien parecido, le susurró:

—Ya puedes leerle la orden de detención…

CAPÍTULO XLIX

NO HUBO RESISTENCIA POR PARTE de los habitantes de la casa, ni protestas cuando escucharon de labios de fray Antonio la lectura de la orden de arresto firmada por el propio Alberto de Austria. El joven que se hacía pasar por Sebastián se dejó caer en uno de los sillones, pálido como un muerto. El tal Cristóbal daba cortos paseos por el salón, muy nervioso, pero sin mostrarse hostil en ningún momento. De hecho, ninguno de los dos tenía aspecto peligroso. Alonso se asomó a la puerta de la calle y llamó a los demás. Todos entraron en la villa, con las armas listas para ser desenfundadas, creando cierto revuelo en el arrabal. A excepción de Miguel, quien permaneció al cuidado de los caballos a regañadientes, los hombres de armas del Duque tomaron el salón.

—¿Hay alguien más en la casa? —preguntó Antonio al falso Cristóbal de Moura.

—Mi mejor amigo, Enrique —reveló—. Está arriba, durmiendo. Anoche bebió más de la cuenta.

Tristán hizo una seña a Veira, Gil y Zilhão.

—Veira, ve a por él. Vosotros dos, registrad el resto de la casa.

Los tres desenfundaron sus armas y desaparecieron por la puerta. Veira no tardó en reaparecer, sujetando con una mano a un hombre joven, de complexión gruesa y baja estatura, que aún apestaba a alcohol. Por su aspecto desorientado, no tenía ni idea de lo que estaba pasando. En la otra, Veira llevaba un amasijo de ropas que mostró a Antonio.

—He encontrado un disfraz de obispo, con su estola y todo, en el cuarto de este pájaro —informó—. Tiene hasta una mitra y un anillo más falso que Judas. No le falta detalle…

—Otro delito grave —suspiró el fraile, que ordenó sentarse a Enrique y a Cristóbal—. Poneos cómodos.

—¿Qué coño pasa aquí? —preguntó el falso obispo a su amigo. Este, con el rostro descompuesto, le mandó callar de un codazo. Tomás lanzaba miradas terroríficas sobre los tres acusados, que parecían recuperarse poco a poco de la sorpresa inicial. El impostor no se parecía en nada al Rey: ni le faltaban dientes, ni su color de pelo coincidía con el del monarca y tendría alrededor de diez años menos

que el auténtico Sebastián. Antonio caminó frente a los acusados, estudiando sus rostros y gestos. Se veían abatidos y preocupados. Enrique, para colmo, estaba aún confundido por el alcohol. Estar en el pellejo de esos tres tenía que ser una pesadilla. La horca podía ser el final de una broma que había llegado demasiado lejos.

—No me parecéis bandidos, ni criminales —comenzó a decir Antonio—, así que quiero que me lo contéis todo desde el principio. Mi informe tendrá peso en la Corte y podré apelar a la piedad de los jueces, pero para eso necesito conocer toda la verdad. —Clavó sus ojos en el falso Sebastián y dibujó una sonrisa cínica—. Si su majestad tiene la bondad de desembuchar…

El impostor le devolvió una sonrisa encantadora. Lo cierto era que su sola presencia irradiaba carisma. No era de extrañar que le confundieran con un noble, o con un rey.

—A veces me pregunto cómo acabé metido en esto —empezó a decir—. Me llamo Justiniano Culebra. Sí, es un nombre atroz que siempre he odiado, por lo que no suelo revelárselo a nadie. —Maldijo para sus adentros y continuó hablando—. Toda esta historia comenzó cuando abandoné el convento de Nuestra Señora de Monte Carmelo…

—¿Fuiste monje? —le interrumpió Antonio.

—Ni siquiera llegué a serlo —suspiró—. Tuve que largarme de Alcobaça, mi ciudad natal, después de hundir el negocio de mi patrón. Yo no era más que un niño, ni siquiera había cumplido los trece y el muy cabrón me dejó solo, al frente de su almacén. Huyó a causa de la peste. No he vuelto a saber de él. Seguramente regresó a Alcobaça y pasa los días y las noches maldiciéndome, así me va…

—Un tipo valiente —rezongó Tomás desde su asiento.

—Yo estaba asustado y no tenía adónde ir, porque si volvía a casa de mi padre me llevaría una paliza de muerte, así que probé suerte en el convento, donde intenté hacer el noviciado. No era el novicio más disciplinado del mundo, y no me callaba ni con la cabeza metida en el abrevadero, así que no tardaron mucho en ponerme de patitas en la calle. Eso sí, me permitieron vestir hábito de ermitaño, por lo que pude vivir de la caridad de la gente que me encontraba en el camino.

»Después de mucho andar, Dios quiso que encontrara una ermita abandonada, cerca de Alburquerque. Allí me establecí, con el propósito de cultivar mi propio huerto y al menos tener algo que echarme a la boca de forma honrada. Los lugareños me visitaban con

frecuencia, me llevaban algo de carne y a veces algunas monedas. Les gustaba ir a verme. Siempre he sido alegre y simpático, a pesar de que la vida nunca me trató bien…

El Duque abarcó el salón con un gesto.

—Pues parece que vuestra vida ha cambiado. Ahora os va mejor que bien…

—La casa es de Cristóbal —aclaró—. Pero permitidme que siga contándoos mi historia, excelencia, y veréis cómo tampoco he hecho algo tan malo.

»Una de las personas que venía a visitarme era una viuda joven y hermosa, cuyo marido murió en Alcazarquivir. Yo era un crío y ella me tomó bajo su protección, alojándome en su casa. Fue ella quien me contó las andanzas de Sebastián en Berbería. Era una gran narradora, y yo fui quedándome con esas historias, que en verdad me apasionaban.

—¿Y por qué no os quedasteis con la viuda? —preguntó Antonio.

—Por culpa del cura del lugar. Que Dios me perdone, pero era un correveidile de marca mayor. Lo siento, padre, pero es la verdad. No había día en que no metiera la nariz en casa de doña Isabel, que así se llamaba la viuda que tanto hizo por mí, para luego malmeter a todo el pueblo sobre nosotros. Hasta nos mencionaba en sus sermones: que si vivíamos en pecado, que si ella me había arrancado de mi vida de ermitaño para tentarme con los placeres de la carne… Al final, tuve que marcharme, y mi marcha me trajo otra ruina.

»Doña Isabel, que me tenía hecho un pincel, con las mejores ropas de la comarca, me regaló un caballo hermoso que una vez fue de su marido. El puñetero animal tenía mejor facha que yo. Me dio una bolsa de oro, más de lo que podría gastar en dos años, y se despidió de mí entre lágrimas, deseándome lo mejor, pero echándome a la calle para evitarse follones con el cura. Una vez más, no tenía adónde ir. Mis días de ermitaño habían vuelto, pero ahora no era un zarrapastroso, sino algo mucho peor: ahora parecía un noble demasiado joven para andar de viajero, y yo no tenía ni idea de cómo comportarme cuando la gente me preguntaba qué hacía recorriendo en solitario caminos dejados de la mano de Dios. Así que empecé a levantar sospechas allá donde iba. Yo estoy seguro de que a mi madre la miró un tuerto cuando estaba preñada de mí —apuntilló, muy serio.

Alonso y Tomás lograron reprimir una carcajada. El Duque se mordía

los carrillos por dentro y Antonio pugnaba por mantenerse en su papel. Gil y Zilhão, que acababan de llegar de registrar el resto de la casa —no encontraron a nadie más en ella—, apenas podían aguantar la risa. El joven empezaba a caerles demasiado bien.

—¿Adónde podía ir yo, de esa guisa? —prosiguió—. Pues se me ocurrió volver a casa de mi padre, en Alcobaça. Si sobrevivía a la paliza, tal vez podría compensar al dueño de la tienda que abandoné por el daño que le hice a su negocio. Ahora tenía ducados para pagarle y, con un poco de suerte, volvería a admitirme en su tienda. ¡Si yo no quería deber nada a nadie, tan solo vivir en paz!

»No llegué ni a cruzar las puertas de la ciudad. Uno de los guardias de la puerta me reconoció y, al verme tan bien vestido, me acusó de haber robado el caballo y la bolsa de dinero que llevaba encima. No sé cómo sucedió, pero de repente me vi galopando campo a través, huyendo de la justicia. Yo, que en la vida había robado un maravedí ni hecho daño a nadie, escapando del pueblo que me vio nacer como un vulgar proscrito.

»Cabalgué hasta Ourém, donde regalé el caballo —porque pensé que, al ser tan llamativo, podía ser la causa de mis desdichas—, y me alojé en una posada, a las afueras del pueblo. Era un lugar acogedor, donde se me quiso bien durante los cuatro meses que viví allí. Y allí fue donde empezó todo este asunto de las confusiones, aunque les juro por Dios que yo jamás afirmé a nadie ser don Sebastián de Portugal, Dios le tenga en su Gloria…

—Si es que está muerto —apuntó Alonso.

—Eso ya no puedo decíroslo, señor mío. El caso es que la gente me preguntaba de dónde había salido, y yo empecé a hacer mías las historias que la viuda narraba sobre Berbería y la batalla de Alcazarquivir. Fue así como hice creer a todos que había sido hecho prisionero en África, que había escapado de los moros gracias a mi astucia, y que ahora vagaba por los caminos para purgar los males que había perpetrado contra los infieles en mi huida. Vamos, que me inventé una historia de héroe de guerra.

—¿Ves a ese tipo con el pelo largo, frente a mí? —Tomás señaló a Alonso hasta que Justiniano asintió con la cabeza; Enrique, al otro lado de Cristóbal, lo miró con expresión bobalicona—. Pues él sí que vivió una historia parecida a la que tú te inventaste.

—Pues por lo que veo a él le fue mejor que a mí —se lamentó—, que

aquí me veis, con un pie en el cadalso. Como no me gustaba dar mi nombre a nadie —yo me presentaba siempre como «el viajero»—, la gente comenzó a elucubrar cosas sobre mi persona. Muchos me hacían preguntas con doble sentido, interesándose acerca de mi cautiverio y huida. Otros se me acercaban susurrando: «Ya sé quién sois, y es un honor teneros en esta posada». Hasta que me di cuenta de que se había extendido el rumor de que yo podía ser Sebastián de Portugal, viajando de incógnito, esperando el momento propicio para recuperar el trono. Muchos me llamaban majestad, cuando nadie más que yo podía oírles.

»Yo jamás afirmé serlo, pero cuando el vino corre de gañote, el puchero no cuesta dinero, la posadera no cobra cama y las mujeres se le acercan a uno con las faldas remangadas, se hace difícil desmentir el chisme. Fue allí, en ese hostal, donde conocí a Cristóbal y a Enrique.

Cristóbal se removió en su asiento y Tomás le palmeó la espalda con tal fuerza que casi le provoca un ataque de tos.

—¡Mira qué bien, ya entráis en escena!

—Me llamo Cristóbal do Carmo —reveló—, y tampoco me hice pasar jamás por un noble portugués, aunque al oír mi nombre de pila, muchos me toman por don Cristóbal de Moura.

—Le conozco en persona, podría ser vuestro padre —apuntó Antonio.

Cristóbal do Carmo prosiguió:

—Conocí a Justiniano en la posada de Ourém. Viajé hasta allí porque me habían dicho que se alojaba en ella don Sebastián de Avis. Mi intención era rendirle pleitesía y pedirle favores, ya que mi padre y mis dos hermanos mayores perdieron la vida en Alcazarquivir, dejándome solo con un montón de deudas que hacían peligrar esta pequeña villa y las pocas tierras de cultivo que aún conservo tras la muerte de mi madre. Enrique se encarga del cuidado de las tierras, pero no nos va demasiado bien, la verdad —explicó—. Cuando le presenté todas mis peticiones a Justiniano, creyendo que era el rey, él me dio a entender que no lo era, y que jugaba al equívoco para obtener beneficio de esa confusión.

»Le ofrecí venir con nosotros a Penamacor y aprovechar la situación para obtener ciertos favores que me permitieran conservar, al menos, esta casa. Insisto: jamás hemos afirmado que Justiniano es Sebastián, ni yo he dicho ser don Cristóbal de Moura. Solo tenéis que ver cómo

está esta villa… no tengo criados a mi servicio. El escaso provecho que sacamos de esta confusión se traduce en comida y algunas monedas, con las que poco a poco voy saldando mis deudas.

—En mi informe se mencionaba que el Obispo de Guarda también andaba en vuestra… corte —recordó Antonio—. He de deciros que el Obispo de Guarda se siente muy feliz sabiendo que posee el don de la ubicuidad.

—Ese soy yo —reconoció Enrique, levantando el índice como un crío pequeño que pide permiso para intervenir en clase—. No es que me haga pasar por él siempre, pero su presencia en la casa hace muy feliz a las señoras que vienen a traernos donativos y comida.

Cristóbal le propinó otro codazo con disimulo. Enrique no era lo bastante inteligente para darse cuenta de que estaba haciendo una confesión en toda regla. Antonio se dirigió a los acusados, que ahora mantenían su mirada puesta en él. Sentía cierta pena por ellos. Si bien habían aprovechado la situación con picaresca, tampoco habían robado nada, ni habían matado a nadie ni habían faltado a Dios. Su único delito era haber tomado ventaja de la credulidad de la gente, en una época en la que la gente necesitaba creer.

—Habéis sido unos inconscientes —dijo, mirando primero a Justiniano, luego a Cristóbal y finalmente a Enrique, que le prodigaba una mirada medio ebria con sus ojos ahuevados. Aún no se explicaba cómo semejante mastuerzo podía haberse hecho pasar por el Obispo de Guarda—. ¿Sabéis que podéis ir a la horca por esto, verdad?

Justiniano se dejó vencer por el abatimiento. Su rostro se veía compungido y sus ojos brillantes, como a punto de echarse a llorar.

—Para una vez que las cosas me iban medio bien… —Sin que nadie se lo ordenara, extendió ambas manos para que se las ataran—. Cumplid con vuestro deber y prendedme. Tal vez sea mejor morir que vivir en una mentira, así que proceded. —Señaló con la cabeza a Cristóbal—. Solo os pido un favor, padre: dejad que mis amigos se queden aquí. Si la justicia solo me quiere a mí, permitid que ellos se libren de esto.

Tristán se adelantó a hablar, antes de que Antonio, llevado por la piedad, tomara una decisión precipitada.

—Por los hechos que acabamos de escuchar, veo más delito en Cristóbal y Enrique que en el propio Justiniano. Él se aprovechó de la situación casi sin proponérselo, pero ellos le indujeron a mantener la farsa a cambio de casa y comida. Me inclino a creer que son los

titiriteros que manejan la marioneta…

Antonio asintió. Aquello tenía sentido.

—De todos modos, haré lo posible para que los jueces sean benévolos con ellos. Tampoco han hecho algo que justifique verles colgando de una soga —dando por terminada la confesión, se dirigió a los espadachines—. Atadles.

El rey de Penamacor se dejó maniatar, con una expresión triste en su rostro. Cristóbal do Carmo enterró su rostro entre las manos y lloró en silencio, mientras que Enrique mascullaba entre dientes ofreciendo sus manos sin oponer resistencia. Justiniano le preguntó a Antonio:

—Sed sincero, os lo ruego: ¿nos ahorcarán en Lisboa?

El jesuita le obsequió con una sonrisa tranquilizadora.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que eso no suceda. Abogaré porque vuestra pena sea el escarnio público: os haremos entrar en Lisboa montados en burros, la gente os insultará y probablemente recibiréis los palos que vuestro padre no os dio en su día. Con un poco de suerte, todo quedará ahí.

El joven bajó la vista al suelo.

—Ojalá la tenga esta vez…

Si bien el escarnio no fue todo el castigo que recibió, quien fuera conocido como rey de Penamacor tampoco acabó en la horca, al contrario que sus dos amigos, que sí fueron ajusticiados. Los jueces condenaron al impostor a galeras de por vida. Años después, sirviendo de galeote en la Armada Invencible, la suerte quiso que su barco se hundiera frente a las costas francesas. Se supo que sobrevivió al naufragio y hubo quién aseguró que alguien que se hacía pasar por Sebastián de Portugal le había estafado en Francia.

La suerte, a veces, es imprevisible.

CAPÍTULO L

12 de diciembre de 1584, Venecia, cinco meses después

URKO AGUIRRE SE MANTENÍA EN equilibrio en la góndola que le transportaba hasta el palacio donde había sido convocado por el contacto de Gasparo Corso, en la ciudad de los canales. Llevaba tres semanas en Venecia acompañado de Aníbal, la Sombra. Desde que perdiera a sus hombres en la trampa que le tendió el duque de Alandroal en la cabaña, no había vuelto a contratar a ningún espadachín más: Aníbal Falcó cobraba como tres, pero valía como seis. De todas formas, en los últimos meses no habían tenido que combatir con nadie. El corso les había tenido viajando entre Nápoles y Sicilia, siguiendo pistas falsas que no dieron ningún fruto.

Odiaba Venecia y la humedad sempiterna que se metía en sus huesos, así como el hedor gelatinoso de las aguas estancadas. Para colmo, no paraba de llover. Agua por arriba, agua por abajo. Para permanecer un rato secos, Aníbal y él asistieron a misa de siete en la Basílica de San Marcos. No es que Urko se sintiera de repente un hombre pío, pero le habían recomendado que fuera a escuchar al maestro Giovanni Gabrieli, que en esos días sustituía a Claudio Merulo, el organista oficial de la catedral. La música, al menos, le relajó. No se internó demasiado en el templo, tan solo se apoyó en una de las columnas próximas a la entrada y cerró los ojos, soñando despierto que recibía la recompensa por encontrar a Sebastián y se retiraba a una villa en Guipúzcoa, no sin antes rebanarle el cuello a Alonso Teixeira, a Tomás O'Donnell y a ese marica de Tristán de Souza. Ni siquiera se fijó en la majestuosa riqueza de la basílica, con sus mármoles y mosaicos de vidrio y oro. El arte, a excepción de la música, le parecía una mierda. Tan solo se dejó embriagar por el olor a incienso y las notas del maestro Gabrieli hasta que la Sombra le sacó de su trance.

—Será mejor que nos vayamos ya —propuso, prudente—. Tenemos que coger una góndola para llegar al palacio, y ya sabes que algunos gondoleros se toman su tiempo…

Salieron a la plaza y chapotearon por ella hasta el muelle próximo. No tardaron en encontrar una góndola libre. Aún no habían dado las nueve cuando llegaron a un edificio de tres plantas de estilo gótico. La parte más llamativa de la fachada estaba compuesta por un retículo de balaustradas y columnas de mármol blanco de una hermosura que arrebataba el aliento. Desde la embarcación, detectaron una figura encapuchada que les observaba desde uno de los balcones del segundo piso. Cuando el remero se detuvo en el atraque de la casa, la silueta desapareció de la vista. Urko no le dio mayor importancia y lanzó unas monedas al barquero.

—Espéranos aquí —ordenó.

La propina tuvo que ser generosa, porque el gondolero sonrió de oreja a oreja y a punto estuvo de arrancarse a cantar. Por suerte para él, no lo hizo: lo más probable era que Aníbal le hubiera cortado la lengua para hacerle callar.

Saltaron a tierra dispuestos a llamar a la puerta, pero ni siquiera les dio tiempo a hacerlo. Un criado les abrió, saludó con una inclinación de cabeza y les indicó, sin mediar palabra, que le siguieran. No era el encapuchado del balcón. Urko y Aníbal atravesaron un patio que conducía a una escalera exterior. Se sintieron aliviados escapando de la lluvia al cruzar la puerta que encontraron tras el último peldaño. Esta no amainaba, como si fuera la avanzadilla insidiosa de otro diluvio universal. El interior del palacio estaba iluminado por faroles, candelabros y lámparas de aceite; las paredes decoradas con óleos enmarcados en pan de oro y las repisas repletas de ricas porcelanas traídas de Oriente. No se detuvieron ni un segundo a admirarlas; habían venido a por información y les daba igual estar en un palacio que en una leprosería.

El criado les condujo hasta las puertas abiertas de un salón enorme, donde encontraron una docena de soldados de la guardia veneciana armados con alabardas y espadas. Estaban formados de a seis, a cada lado de la estancia. En mitad de la misma, un hombre vestido con ropas de calidad les aguardaba de pie. En el fondo, sentado en una silla de madera noble con asiento y respaldo de cuero viejo, había un hombre muy anciano, enjuto, que lucía una barba larga, sin bigote y una túnica dorada que le llegaba hasta los pies. Llevaba un gorro dorado en la cabeza, rematado en terciopelo rojo. En cuanto cruzaron el umbral, el criado cerró las puertas a sus espaldas y el hombre que estaba de pie se acercó a recibirles.

—Sed bienvenidos. Soy el señor de la casa, pero no es a mí a quien venís a ver, por lo que mi nombre no es de vuestra incumbencia. —A Urko no le molestó la descortesía, todo lo contrario: le gustaba ir al grano. Su anfitrión bajó la voz—. ¿Conocéis al anciano sentado al fondo de la sala?

—No, pero debe de ser alguien importante para que le escolte la mitad de la guardia de la ciudad.

—Es Nicolò da Ponte, el Dux de Venecia. Ahora que sabéis quién es, espero que le tratéis con el respeto que merece.

Urko asintió y se acercó al anciano, que clavaba unos ojos desafiantes en él a pesar de ser nonagenario. Su ceja izquierda se elevaba,

retadora, enmarcando unos ojos que parecían mucho más jóvenes que el resto de su cuerpo cansado.

—Así que vos sois Urko Aguirre —dijo el anciano, hablando en un castellano casi perfecto—. Gasparo me ha hablado mucho de vos. Os tiene en gran estima…

Urko ejecutó una reverencia. Cuando quería, sabía mantener las formas mejor que nadie.

—Me alegra oírlo, excelencia.

—Tengo conocimiento de que, como muchos otros, andáis siguiendo pistas falsas que os hacen ir de aquí para allá, en busca del rey Sebastián.

—Así es, excelencia.

—He oído que han detenido a un impostor en Penamacor —apuntó—. No basta con buscar la aguja en un pajar, encima hay que bregar con delincuentes aprovechados que despistan más a quienes buscan a Sebastián. Pues bien, yo tengo una pista fiable para vos, ya que da la casualidad de que conozco el paradero actual del desaparecido. —El anciano tomó un pañuelo que tenía en el regazo y se sonó la nariz con fuerza—. Disculpad, el frío y la lluvia me sientan cada vez peor.

—Podíais haberme recibido en vuestro palacio y no haber salido con la que está cayendo…

—No. —El Dux estrujó el pañuelo y lo devolvió a su regazo—. Allí habríamos llamado mucho la atención, y eso no os interesa ni a vos, ni a mí —hizo una pausa—. Si queréis encontrar a Sebastián, tendréis que dirigir vuestros pasos a Bohemia, a la ciudad de Tachov. Deberéis ser cauto, ya que él se obstina en permanecer escondido.

Urko reprimió un gruñido. Bohemia en invierno, lo que le faltaba. El Dux siguió hablando:

—Según mis últimas noticias, se oculta en una posada al sur de la ciudad. No tiene pérdida, es el único edificio grande que hay en el exterior de las murallas.

—¿Sigue allí, excelencia?

—Por lo que sé, sí, aunque ya sabéis que Sebastián es imprevisible. De todos modos, es una pista mucho más fiable que todas las que habéis

seguido hasta ahora.

El asesino alzó una ceja.

—No os ofendáis, excelencia, pero, ¿por qué es tan fiable? La respuesta del Dux fue contundente:

—Porque yo mismo, en persona, le envié allí.

—¿Habéis visto a Sebastián en persona? —El tono de la pregunta denotaba sorpresa.

—Sí. Vino a pedirme refugio, pero no quiero problemas con Felipe —gruñó el anciano—. La posada de Tachov pertenece a un amigo mío —explicó—, así que le dije a Sebastián que allí estaría seguro. Hace seis días recibí una carta del propietario del hostal, confirmándome que aún continúa allí y que por ahora no tiene intenciones de marcharse.

—¿Os puedo hacer una pregunta, excelencia?

—Adelante.

—¿Por qué habéis decidido darnos esta información?

—Le debo un par de favores al corso y he negociado con él saldarlos de este modo. Ese loco de Sebastián estará mejor bajo la custodia de su tío Felipe que vagando por el mundo, así que no creáis que mi conciencia me remorderá por lo que he hecho. Entregádselo sano y salvo a Gasparo Corso, él quedará contento y le haréis un favor a Felipe, al propio Sebastián y a Portugal.

Urko repitió la reverencia y se despidió del Dux con una sonrisa sincera.

—Os lo agradezco mucho, excelencia. Partiremos mañana mismo hacia Bohemia.

—Espero que os vaya bien. Suerte.

—Si no ordenáis nada más, excelencia…

—Podéis retiraros. Id con Dios.

Urko y Aníbal se despidieron de los presentes y se dejaron conducir de vuelta al muelle, donde les aguardaba la góndola. Arriba, en el salón, el Dux ordenó a su guardia que esperara fuera. Cuando se quedó a solas con el dueño de la casa, se levantó y se apoyó en su hombro para

ayudarse a caminar.

—¿Estamos en paz? —le preguntó el anciano, dirigiéndose con pasos muy lentos hacia la puerta.

—En paz, excelencia. Las palabras son más baratas que el dinero, ¿verdad?

El Dux rio.

—Cierto.

—¿El resto del engaño está preparado?

—Sí. Cuando llegue a esa posada le informarán de que Sebastián se ha marchado a otra ciudad de Bohemia, y de allí le enviarán a otra aún más lejana. Ese Aguirre pasará los próximos tres o cuatro años siguiendo la pista más falsa que ha seguido jamás.

—Para colmo, una pista proveniente de una fuente tan fiable como vos —puntualizó.

El anciano se detuvo.

—¿Puedo preguntaros qué interés tenéis en que esos asesinos se marchen de Venecia?

El dueño de la casa abrió los brazos y sonrió.

—Preferiría que no, excelencia. Consideradlo parte del pago de la deuda.

—De acuerdo, respetaré vuestro silencio. —Por fin llegaron a las puertas del salón—. No salgáis al patio, hace una noche de perros. ¿Vendréis con vuestra esposa el año que viene a mi baile de máscaras?

—Contad con ello, excelencia —aseguró, haciéndole una última reverencia.

El Dux desapareció escaleras abajo ayudado por su guardia, que extendía un lienzo por encima de él para protegerle del aguacero. Cuando el dueño de la casa le vio desaparecer en el patio, cerró la puerta del salón y dijo a la sala vacía:

—Ya podéis salir.

Una cortina se corrió, revelando a una figura encapuchada cuyas ropas

estaban empapadas por la lluvia. Cerró el balcón y entró en la sala, dejando pequeños charcos de agua sobre el mármol. Sin retirarse la capucha, se dirigió al dueño del palacio:

—Solo tengo una palabra para vos: gracias. El otro día casi nos los encontramos de frente en una de las tabernas que dan al Gran Canal…

—¿Os marcharéis de Venecia u os quedaréis un tiempo por aquí?

—Tenemos algunos asuntos que arreglar todavía por estas tierras, y será más cómodo para nosotros sin estos tipos metiendo las narices por todas partes.

—Podéis pasar la noche aquí —le ofreció—. Considerad mi casa la vuestra.

—Los míos me esperan. Una vez más, gracias.

—Será mejor que salgáis por la puerta trasera.

El encapuchado salió por una puerta disimulada que el propietario del palacio abrió en uno de los tabiques del salón. Descendieron por los peldaños de una escalera muy estrecha que conectaba con una puerta de servicio que daba a la parte de atrás de la casa, en tierra firme.

—Adiós. —El dueño de la casa soltó una risita—. Espero que la suerte os acompañe.

—Estamos en deuda con vos, y nosotros solemos pagar nuestras deudas.

—No tengo ninguna prisa en cobrarla. Id con Dios.

El encapuchado desapareció en la noche veneciana, inmerso en una lluvia constante que formaba un manto plateado a su alrededor.

CAPÍTULO LI

DESPUÉS DEL EPISODIO DEL REY de Penamacor, el grupo del duque de Alandroal volvió a separarse, regresando cada uno a su rutina. Tristán volvió a Lisboa para ocuparse de su negocio de venta de azúcar de caña y de la instrucción de Miguel, a quien apreciaba como

si fuera de su familia. El Duque había adquirido en propiedad un almacén amplio en la zona portuaria, desde el que distribuía miles de sacos a mayoristas de todo Portugal. Aparte de usar algunas de las bodegas de las naos de Samuel Pérez —cuya flota había ascendido a diez barcos—, también tenía contratados a un par de mercantes que mantenían ruta comercial entre Brasil y Lisboa. El negocio era rentable, fácil y cómodo, y le dejaba tiempo libre para cultivar su mente y pulir los modales de Miguel, mientras Gil y Zilhão le entrenaban en el arte de la guerra.

Después de tres años conviviendo con Miguel, nadie fue capaz de sonsacarle algo de su pasado, como si su vida hubiera empezado el día en que se mudó al palacete del Barrio Alto. El Duque tampoco tenía muy clara la relación del joven con Amalia Pereda, a quien no había vuelto a ver. Miguel le preocupaba. Aparte de que nadie le vio sonreír jamás, a veces le sorprendía con la mirada perdida en alguna pared de la casa, como si pudiera traspasarla y ver más allá de esta. Ausente, perdido en una nube invisible, con los ojos brillando como acero pulido. Tristán intentó hablar del asunto con él en más de una ocasión, siempre con la mayor delicadeza posible, para ver si era capaz de averiguar el porqué de ese odio que en ocasiones brotaba de él como espinas envenenadas. Parecía no haber tenido infancia. Sabía que no tenía padre y que su madre era capaz de cualquier cosa por una jarra de vino, pero ese rencor era un rencor de adulto, de alguien que ha sufrido una vida de tormento. El chico siempre salía con evasivas y cambiaba de tema; a veces, tan solo optaba por guardar silencio.

El Duque habló mucho de Miguel con Antonio Expósito, que viajó con ellos a Lisboa en la misma comitiva que llevó preso al rey de Penamacor. Ni la sabiduría del jesuita era capaz de ahondar en el alma del muchacho. «Tened paciencia con él, excelencia», le había recomendado, «tal vez aún no esté preparado para enfrentarse a su pasado, pero el día que lo esté lo compartirá con vos. El chico os aprecia de veras».

Fray Antonio se hizo muy popular durante el proceso al rey de Penamacor y su corte de dos. Alberto de Austria ya no solo solicitaba su presencia para traducir documentos oficiales; ahora le pedía consejo y compartía tardes de asueto con él. Ambos eran jóvenes pero sabios para su edad —el archiduque tenía veinticinco años y Antonio veintiséis—, y ambos eran hombres de fe. Además de virrey, el archiduque era también cardenal de la Santa Cruz de Jerusalén e inquisidor general de Portugal. La amistad que forjó Antonio con él le valió para obtener información de primerísima mano, aunque era más

bien escasa y de dudoso interés. Una de las órdenes que afectaron a los sebastianistas fue la expulsión de Lisboa de los judíos procedentes de Berbería, entre los que se encontraba Abraham Gibre, de quien se sospechaba había apoyado económicamente al Prior de Crato en su intento con hacerse con el trono portugués, cosa que era cierta. Si bien Gibre vivía a caballo entre Berbería y Portugal, al final no tuvo más remedio que mudarse definitivamente a Tánger. Acabó convirtiéndose al cristianismo bajo el nombre de Agostinho de Mendoça. Desde África, siguió manteniendo contacto con los sebastianistas.

En Sanlúcar, Samuel Pérez continuaba con sus negocios de importación desde las Indias. Habían tomado la costumbre de alternar sus viajes con Alonso y Tomás, siempre a bordo del Abundancia, la nave capitana de su flota. La residencia de San Salvador de Bahía se construía a buen ritmo en mitad de una parcela inmensa de cultivos. Mientras tanto, el pequeño Gonzalo crecía sano y fuerte, con un pelo rubio y rizado que María juraba que era idéntico al de su difunta madre. Mimado por todos, y en especial por Tomás y su abuela materna, el crío de dos años correteaba sin descanso por el patio de la residencia familiar. Su primo Alonsinho, que ya había cumplido seis, se encargaba de cuidarle, de defenderle de peligros imaginarios y —todo hay que decirlo— de zurrarle cuando le parecía oportuno. Alonso y Luna pasaban las horas muertas viéndoles jugar y soñando con darle un hermano a Gonzalo.

Y su deseo se hizo realidad: en diciembre de 1584, Luna anunció a su marido que volvía a estar encinta. Alonso no cabía en sí de gozo.

Antes de las navidades de ese año, en la última semana de noviembre, él y Tomás viajaron a Ceuta para cerrar la venta del negocio que tantas satisfacciones había dado no solo a la que era entonces la familia Benhamú, sino también a ellos mismos. Samuel encontró comprador, un converso cordobés que adquirió la finca entera a un precio justo. Una vez formalizada la venta, aprovecharon para visitar la tumba de Anisa en el morabito de Sidi Bel Abbás y para pasear por las calles de Ceuta. Esa noche, decidieron tomarse una cucharada de nostalgia y pernoctar en casa de Tomás.

—¡Jamás venderé esto! —manifestó el irlandés, después de abrir las ventanas para que se esfumase el olor a cerrado—. Es lo primero que tuve y lo único que aún poseo. Fíjate, a mis años y aún duermo en una casa que no me pertenece.

—Mira que te gusta hacer drama de las cosas —rio Alonso mientras colocaba algunas ropas en uno de los cajones vacíos de la cómoda de

su cuarto—. ¡Con lo que tienes en tus arcas podrías comprarte un palacete en Sanlúcar!

—¡Díselo a tu madre! —protestó—. Quiere vivir con sus nietos y estar cerca de sus hijos. Además, quiere que yo esté a tu lado para protegerte. Está obsesionada con eso…

Alonso compuso un gesto de sorpresa.

—¡No me digas que aún teme por mi vida!

—¿Qué sentirías tú si alguien hubiera intentado matar a Gonzalo? ¿Vivirías tranquilo si supieras que ese asesino anda suelto y podría volver a por él?

Alonso no respondió, pero de repente lo entendió todo: solo quien es padre sabe lo que se puede llegar a sufrir por un hijo.

El día siguiente lo dedicaron a visitar a sus amigos ceutíes. Fueron al Convento de la Trinidad, donde apreciaron que la salud de fray Alberto había dado un bajón importante. Ya no se le veía tan lleno de vida como en 1579. Le costaba trabajo subir las escaleras y había dejado de dar clases y de llevar comida a los pobres. Tampoco asistía ya a enfermos en la Casa de Misericordia. Entonces pasaba el día en la capilla, rezando, o sentado en la Plaza de África, cansado, esperando, como él decía, a que le llegara su hora. El nuevo prior, fray Bartolomé de la Trinidad, le había relegado de todas sus tareas y le dejaba descansar y contemplar la vida en paz, sumido en los recuerdos de una existencia plena, repleta de sacrificios pero colmada del placer de haber ayudado mucho al prójimo.

Esa fue la última vez que Alonso vio con vida a fray Alberto, que murió año y medio después.

También pasaron por su antiguo cuartel, La Bandera, donde visitaron al capitán Pedro de Guevara, quien les recibió con el cariño de un amigo, más que de un antiguo superior. Les invitó a almorzar a su casa; su esposa, Clara de Vasconcelos, recibió con gran felicidad la noticia del casamiento de Alonso, el nacimiento de Gonzalo y la preñez de Luna. Recordaron viejos tiempos. Aunque parecía haber pasado una eternidad, solo habían transcurrido seis años desde que Alonso llegara a las puertas de Ceuta. Seis años largos como una vida. La reunión se prolongó hasta la noche. A pesar de que don Pedro instó a Alonso a llamarle por su nombre, este no fue capaz de hacerlo: en todo momento, le llamó «mi capitán».

Al amanecer del día siguiente, 2 de diciembre de 1584, embarcaron de vuelta a Sanlúcar con un regusto de nostalgia en la garganta. Mientras la nao en la que navegaban remontaba las olas de levante, el irlandés reflexionó en voz alta apoyado en la borda.

—Nunca he vivido mejor que en Sanlúcar, ni jamás fui tan feliz como lo soy con tu madre, pero el alma se me sigue desgarrando cuando me voy de Ceuta.

Alonso dejó que su mirada recorriera la línea de costa africana que iba quedando atrás: el Monte Hacho y su castillo, las murallas, las colinas del antiguo afrag donde ocultó la daga de Sebastián por temor a que le tomaran por un ladrón, la Mujer Muerta, por cuyos acantilados saltó al mar a lomos de un caballo sin tener ni idea de montar…

—De no ser por ella, no seríamos lo que somos ahora. —Alonso le dedicó una última sonrisa a las playas de la bahía norte—. Esa ciudad cuenta con mi agradecimiento eterno.

—Amén.

Esa fue la última vez que visitaron Ceuta.

1584 quedó atrás, y febrero de 1585 trajo la muerte del Papa Gregorio XIII. Fue Sixto V quién le sucedió en abril de ese mismo año, aunque tales asuntos papales no preocupaban demasiado a Alonso y a Tomás, que seguían inmersos en los negocios de importación y venta de Samuel Pérez.

A finales de mayo, después de llegar a un acuerdo con su cuñado Glauco y su hermana, Alonso obtuvo un poder notarial que le permitiría vender la casa de Lisboa, que ya no iban a necesitar más. Él y Tomás viajaron pagando pasaje en una nao ajena, ya que la flota de Samuel estaba en ese momento cargando bodegas en Brasil. En esa ocasión, el mercader tampoco se había embarcado; prefirió relegar la responsabilidad de la mercancía a sus capitanes y a sus encargados en San Salvador de Bahía. No se encontraba demasiado bien desde hacía unos meses: se cansaba más de la cuenta, tardaba una eternidad en subir escaleras y su apetito no era el de antes. Sus cincuenta y siete años empezaban a pasarle factura. Aunque todos estaban preocupados por su salud, sabían disimularlo en su presencia.

Lo primero que hicieron al llegar a Lisboa el 7 de junio de 1585, fue sacar fuera lo poco que quedaba en la casa donde había morado la familia Teixeira. Pocos eran los recuerdos y objetos de valor que habían sobrevivido a la mudanza a Sanlúcar. Siendo un barrio

humilde, Alonso decidió regalar los objetos y ropa aún servible a los antiguos vecinos de su madre. Estos mostraron su agradecimiento cuando el hijo de doña María les dejó entrar y coger lo que quisieran. Las vecinas más ancianas le colmaron a besos. Para ellas, era un orgullo saber que el hijo del cantero había llegado a ser un comerciante rico, y que su madre y su hermana vivían como señoras en Andalucía.

Terminaron de vaciar la casa después de dos jornadas de trabajo ininterrumpido. Ese mismo día contactaron con Tristán, quien ya les había buscado comprador. El saludo del Duque fue, como siempre, muy efusivo. Llegó acompañado de Miguel, que había cogido algo de peso en estos últimos meses —en músculos, no en gordura—. El chico les saludó con su seriedad característica, aunque se permitió obsequiar a Tomás con un fugaz palmeo en el hombro.

—Los demás están trabajando en el almacén —explicó el Duque—. Me estoy quedando con la mayor parte del negocio del azúcar en Lisboa. Compro casi todo lo que entra en el puerto, y recompro las existencias de la competencia. La verdad es que no me puedo quejar…

—¿Por qué no compras unos barcos y aumentas beneficios? —le preguntó Alonso, que al final había accedido a los ruegos de Tristán para apearse del tratamiento señorial—. Queda muchísimo pastel que repartir en las Indias.

—Por ahora, prefiero centrar mis negocios aquí —objetó—. No puedo alejarme de Lisboa por mucho tiempo —convirtió su voz en un susurro—. Aunque no tanta como antes, sigo recibiendo información de los buscadores de Sebastián. Mi deber es estar aquí. —El Duque señaló a lo alto de la calle—. Ahí viene nuestro comprador.

Se trataba de un curtidor de pieles que había prosperado en los últimos años fabricando botas, fundas de espadas, sillas de montar y otros artículos de cuero. Según comentó Tristán, era muy bueno en su oficio. De hecho, él le conocía porque era cliente de su establecimiento, un pequeño local en un callejón del puerto. Fue el propio Duque quien le informó de que podría comprar una casa seis veces más grande que su taller, donde podría concentrar vivienda y lugar de trabajo. La transacción se hizo en metálico, con una bolsa de monedas de oro.

Una vez ultimados los negocios, Tristán les propuso alojarse en su casa. Un par de días disfrutando de buenas comilonas y buen vino les vendría bien para descansar del viaje.

—¿Puede venir Antonio? —preguntó Alonso, que ardía en deseos de ver a su amigo.

—Por supuesto. Esta tarde iré en persona a buscarle a Palacio. A mí me dejan entrar y no me entretienen con excusas falsas —explicó—. Eso sí, como esté con el archiduque, despedíos de verle…

Tomás abrió mucho la boca.

—¡No me digas que se ha hecho amigo del mandamás!

—Este acabará de obispo o de cardenal —profetizó Alonso.

—O de Papa —rio el Duque—. Cultura y pico no le faltan.

9 de diciembre de 1585, Lisboa

Alonso y Tomás se instalaron en una de las habitaciones del palacete de la calle de San Pedro. Luego se reunieron en el sótano con Gil, Zilhão, Miguel y Quirós. Echaron de menos a Veira, que se había quedado haciendo guardia en el almacén del Duque. El artificiero les puso al día de sus últimos inventos relacionados con la pólvora y depositó algo sobre la mesa que hizo que Alonso y Tomás abrieran los ojos como platos, sobre todo el irlandés.

—Mirad qué hermosuras —canturreó Quirós, extendiendo el paño de terciopelo azul que ocultaba los nuevos juguetes a la vista—. Las hemos probado y funcionan de maravilla a distancias cortas.

Tomás cogió una de las armas y la estudió con veneración. Desde que había tenido conocimiento de su existencia, aquellos chismes le habían fascinado. Acarició su pequeña culata de madera, el guardamonte del gatillo, diminuto, la llave de ignición…

—¡Arcabuces de una mano! —exclamó, con la misma expresión en el rostro que tenía a los cinco años al ver una espada de juguete—. ¿No tienen mecha?

—Pistolas —le corrigió Quirós; Alonso, a su lado, había cogido otra y

la estudiaba, aunque no estaba tan extasiado como Tomás—, y no, no usan mecha: llevan un trozo de sílex en la propia llave. Percuten al disparar, salta una chispa y… ¡PAM!

Mientras se mantengan secas, funcionan a la perfección. Y mirad la bola de acero que remata la culata. Una vez las disparas se convierten en mazas formidables. Podrías romperle el cráneo a un caballo con eso.

—Había oído hablar de ellas —reconoció Tomás—, pero nunca antes había tenido una en la mano. Son una preciosidad.

—Su excelencia ha comprado veinte. Provienen de Núremberg.

—De Núremberg… —repitió Tomás, admirado, como si realmente supiera dónde se encontraba Núremberg. Envolvió la pistola en el terciopelo y se dejó llevar por la sed—. ¿Podemos servirnos una copa de vino? El Duque tarda demasiado, ¿no?

—¿Qué hora es? —preguntó Zilhão a Gil.

—Alrededor de las siete de la tarde. La verdad es que ya debería estar aquí con fray Antonio.

—A lo mejor lo ha pillado ocupado —elucubró Alonso.

—¿Y si les ha pasado algo? —preguntó Miguel desde su asiento.

Zilhão desterró las preocupaciones del joven con un gesto y se dirigió a Alonso y a Tomás:

—Es muy exagerado. Tiene un celo con el Duque que no es normal. Como tarde un minuto más de la cuenta, se pone malo.

—A veces olvidáis que hay un asesino detrás de nosotros —les recordó Miguel—. Urko volverá algún día, y tenemos que estar preparados.

—En eso lleva razón —dijo Tomás, dirigiéndose a Quirós—. ¿Por qué no pones unos vasitos de oporto, anda…?

Justo en ese momento, oyeron el sonido de la puerta de la calle al cerrarse, seguido de unos pasos que descendían los peldaños del sótano con rapidez. Enseguida aparecieron los rostros del Duque y Antonio, quien abrazó a sus amigos, feliz de verles.

—Perdonad la tardanza —empezó a decir el Duque, con una expresión divertida en su rostro—, pero justo he llegado al palacio cuando fray

Antonio ha recibido una noticia interesante de labios del propio Virrey. Contadlo, os lo ruego.

Todos centraron su atención en el fraile, que ocupó la silla al lado de Alonso. Él también parecía a punto de echarse a reír.

—Antes, excelencia, os ruego que seáis generoso y os dejéis caer con una de vuestras botellas de oporto: la ocasión lo merece. Tristán soltó una risita y accedió a los deseos del cura.

Alonso, impaciente, le apremió.

—¿Pero se puede saber qué carajo ha pasado? ¡Desembucha ya!

—¿Que qué ha pasado? —rio Antonio—. ¡Pues que nos ha salido otro rey de Portugal!

—¿Otro rey? —saltó Gil—. Otro impostor, querréis decir…

—Eso parece, pero este no es como el de Penamacor: este ha conseguido que a Felipe de Castilla se lo lleven los demonios.

—Aceptó la copa que le tendió Tristán, le dio un trago y soltó un suspiro de satisfacción—. ¡Ah, qué maravilla!

Antonio dio un segundo buche y empezó a relatar lo que sabía.

—Hay un individuo en Ericeira que ha enviado cartas a los principales de la corte portuguesa, pidiéndoles que se unan a él para acabar con el dominio del rey Felipe y restablecer la Corona.

—Así, con dos cojones —soltó Tomás, atónito por la osadía del nuevo impostor.

—La historia de este es parecida a la de nuestro amigo de Penamacor. El tipo se llama Mateus Alvares. La historia empezó cuando se estableció en una ermita cercana a Ericeira, donde se flagelaba por las noches mientras gritaba: «¡Ay, Portugal! ¡Cuánto sufres por mi causa! ¡Desgraciado Sebastián, una vida de penurias y miseria no bastará para expiar tus faltas!».

—Al final, algún idiota oiría sus gritos y tragaría, claro —adivinó Gil.

—Lo más gracioso es que ese idiota ha sido uno de los nuestros y, para colmo, le ha dado apoyo y refugio —reveló el sacerdote, guiñándole un ojo.

—¿Un sebastianista?

—Sí, uno que no tuvo inconveniente en actuar por su cuenta, un tal Pedro Alfonso. Según dicen en la corte, siempre ha sido un activista feroz contra el dominio castellano en Portugal.

—Yo no le conozco —intervino el Duque, dirigiéndose a continuación a sus hombres—. ¿Os suena de algo a vosotros?

Todos negaron con la cabeza.

—El caso es que este tal Mateus Alvares sí que guarda un parecido con Sebastián de Avis. Su benefactor, Pedro Alfonso, urdió un engaño al estilo del de Penamacor, pero con una corte nutrida de nobles y gente influyente. Saben que no se trata del auténtico rey Sebastián, pero quieren usar su parecido para que se haga pasar por él y reclamar el trono de Portugal.

Alonso no daba crédito a sus oídos.

—¿Y piensan que el rey Felipe le aplaudirá desde el Escorial y ordenará que extiendan una alfombra de pétalos de rosa para que le reciban en Lisboa?

—Precisamente de eso me han informado esta tarde: Felipe II ha ordenado al corregidor Diego de Fonseca que lleve un destacamento de tropas hasta Ericeira para detenerle. Esto es secreto, por supuesto —les advirtió—, pero parten mañana con la orden de busca y captura. Sus días están contados —apuntilló el fraile.

—¿Y qué tienes tú que ver en todo esto? —preguntó Tomás a Antonio.

—¿Yo? Nada en absoluto, gracias a Dios —contestó—, pero el archiduque me tiene al corriente de todas estas cosas, y pensé que os divertiría conocer las andanzas de este nuevo rey.

—Eres un maldito chivato —rio el irlandés, señalándole con su índice acusador.

—No entiendo para qué se mete esta gente en laberintos —se preguntó en voz alta Quirós—. Parece que tienen ganas de acabar colgando de una soga.

—Es que no aprenden —rezongó Zilhão, meneando su copa de oporto —. Ya nos dieron para el pelo con el Prior de Crato, y ese tenía detrás un buen apoyo y era aspirante legal al trono…

Gil le interrumpió.

—Y se llevó el tesoro de la Corona a Francia, no lo olvides.

—También —reconoció Zilhão—, pero una cosa es tratar de encontrar a Sebastián y otra muy distinta inventarse uno. Ese falso rey y sus secuaces merecen la horca, por intentar engañar al pueblo.

El Duque, que llevaba un rato paseándose inmerso en sus pensamientos, se detuvo de repente como si se le hubiera ocurrido una genialidad.

—Escuchad, ¿y si nos acercamos a Ericeira?

—¿Para qué? —preguntó Alonso, extrañado de su ocurrencia.

—Tengo curiosidad por verle la cara a ese tipo —reconoció; tras una pausa, se dirigió a Alonso—. ¿Y si fuera realmente Sebastián?

—¡Por Dios, excelencia! —exclamó el jesuita.

—No os subáis por las paredes todavía, fray Antonio —le calmó el Duque, dedicándole una sonrisa al fraile mientras este se santiguaba, escandalizado—. Lo más probable es que no lo sea, pero pensemos todo esto un poco más despacio: imaginad que fuera realmente Sebastián y que la información ha llegado distorsionada a la corte de Portugal, intoxicada por el veneno de Castilla, que sabemos se lo quiere quitar de en medio. ¿Por qué no han alertado a los alguaciles de Ericeira? ¿El corregidor Diego de Fonseca? ¿El ejército? —soltó una risita—. No sé a vosotros, pero a mí esto me huele a chamusquina.

Tomás miró de reojo a Alonso. Le conocía demasiado bien y, por la expresión con la que seguía las hipótesis del Duque, tenía la certeza de que ya había mordido el anzuelo.

—Imaginad que nos quedamos aquí, sentados, sin hacer nada —prosiguió; mantenía los brazos extendidos mientras hablaba, con su copa en la derecha y pose épica en la izquierda—. Moriremos con la duda de que tal vez pudiera haber sido el auténtico rey de Portugal. El trabajo de todos estos años tirados por la borda. —Señaló a Alonso—. Tú podrías reconocerlo si le ves. Tú podrías decir si es el auténtico Sebastián, el mismo que te regaló la magnífica daga que llevas en el cinto.

—¿Queda muy lejos Ericeira de aquí? —preguntó Alonso.

—A caballo a medio día de distancia. Eso sí, los caminos no son demasiado buenos. —La mirada de Tristán se iluminó—. Pero si zarpamos esta noche en la Cruz do Sul, mañana desayunaremos en Ericeira.

Tomás miró a Alonso, con el bigote fruncido en una mueca de cansancio.

—Entiendo que ya te has dejado embaucar.

—Tomás, por Dios, nos pagan todos los meses por no hacer nada —razonó—. ¿Y si luego resulta que es el auténtico Sebastián? —una vez pronunció estas palabras, Alonso perdió la mirada durante unos instantes en la pared para luego dirigirse al Duque—. Y si fuera el auténtico Sebastián… ¿Qué hacemos?

Tristán no lo dudó ni un instante.

—Rescatarle.

Miguel se puso en pie.

—¿Y a qué esperamos para irnos?

CAPÍTULO LII

10 de junio de 1585, Ericeira

LOS VIENTOS FLOJOS Y LA mala mar no fueron demasiado propicios para la navegación, por lo que la Cruz do Sul tardó bastante más de la cuenta en llegar a Ericeira, a pesar de que el trayecto desde Lisboa era solo de unas pocas decenas de millas. La predicción del Duque de desayunar allí no se cumplió, aunque con lo que se movió la carabela durante la travesía, pocos habrían sido capaces de echarse un mal mendrugo a la boca sin vomitarlo.

Tocaron puerto poco antes de las once de la mañana. Casi toda la flota que encontraron amarrada en los pantalanes estaba compuesta de pequeños barcos de pesca; la playa, al sur, también estaba salpicada de barcas varadas en la arena debido al mal tiempo. Los muelles estaban misteriosamente desiertos: en un día como aquel, lo normal habría sido encontrar pescadores repasando redes, preparando sus artes o quejándose de su mala suerte en los aledaños, y allí apenas encontraron un trío providencial de amarradores que ayudaron a la Cruz do Sul en su maniobra de atraque.

Decidieron que la mayor parte de la tripulación permaneciera en el barco para no llamar la atención, por lo que solo cruzaron la pasarela Tristán, Alonso, Tomás, Gil, Zilhão, Veira —a quien el Duque sustituyó en el almacén de azúcar por otro hombre menos dotado para la acción que él— y Miguel, que insistió tanto en ir con ellos que cualquiera lo dejaba a bordo. Fray Antonio tampoco les acompañó, ya que tuvo que regresar a la Corte después de cenar. Tomás era el más feliz de todos: portaba una pistola cruzada al cinto, regalo de Tristán. Todos llevaban una a excepción de Veira que, al igual que con las dagas, llevaba un par de ellas.

—Dios nos da a todos un par de manos —había dicho—, y solo a unos pocos el don de usar ambas con destreza, así que tengo que agradecérselo usando tanto la diestra como la siniestra.

Dejaron atrás el puerto para internarse entre las casuchas dispersas por la costa. Parecía una ciudad fantasma, sin niños jugando en la calle, ni mujeres charlando, ni mercaderes pregonando sus mercancías. El silencio daba escalofríos.

—Esto es muy raro —murmuró Tomás, escamado.

Una ventana solitaria crujió al abrirse a su derecha, revelando el rostro de un hombre curtido por el mar; una barba mal afeitada ennegrecía sus facciones, haciendo difícil calcular su edad. Sus ojos, redondos y espantados, examinaron al grupo con recelo.

—No sois militares —afirmó, más que preguntar—. Aunque veo que vais armados como tales —observó, con la mirada fija en las claymore de Alonso y Tomás.

—No lo somos —confirmó el Duque—. Soy Tristán de Souza, duque de Alandroal, y ellos son parte de mi tripulación. ¿Por qué no hay un alma en las calles?

—Por los soldados —respondió el pescador, mirando a un lado y a otro—. Nos han ordenado quedarnos en casa. Por suerte, ha hecho mal tiempo y no hemos perdido un día de faena —hizo una pausa—. Dejadme que os advierta de una cosa, excelencia: si sois partidario de ese chiflado que afirma ser Sebastián de Portugal, mejor será que subáis a vuestro barco y os marchéis de aquí. Aún no había amanecido cuando las tropas ya habían tomado Ericeira. Según parece, están arrestando a todos los amigos de ese tipo. Antes se oyeron disparos.

—Os agradezco vuestro consejo, buen hombre —dijo Tristán, sin mostrar ninguna intención de seguirlo—. ¿Me podríais indicar dónde queda la residencia de ese que se hace pasar por Sebastián?

El pescador se asomó un poco más a la ventana y apuntó un índice lleno de cicatrices de anzuelos hacia el infinito.

—Al final de esta cuesta, pasada la Plaza del Mercado. Caminad trescientas varas y acabaréis tropezando con una villa grande. —Hizo amago de cerrar la ventana y refugiarse en la seguridad de su morada —. Tened cuidado y que Dios os bendiga, excelencia.

En la calle volvió a reinar el silencio. Subieron la cuesta que llevaba a la plaza con pasos lentos y cautelosos. No desenfundaron sus armas por temor a alertar a un eventual pelotón de soldados que pudieran encontrar. El sonido de dos disparos a lo lejos les sobresaltó.

—Parece que hay festival —rezongó Veira, que caminaba acariciando las culatas de sus pistolas.

—Si aparecen militares, dejadme hablar a mí —ordenó el Duque—. Y las manos lejos de las armas…

—¿Qué excusa darás cuando nos pregunten quiénes somos? —quiso

saber Alonso.

La respuesta le convenció.

—Que entramos en el puerto para refugiarnos del mal tiempo, no vimos a nadie en las calles y nos dirigimos al centro del pueblo a ver qué pasaba. Tranquilos, les mostraré mi anillo con el sello ducal y no habrá problemas.

Caminaron hasta la Plaza del Mercado, que también encontraron desierta. A su alrededor, los edificios se veían de mejor construcción y más altos, algunos hasta de tres pisos de altura. Detrás de algunas de sus ventanas vislumbraron rostros curiosos que les espiaban, medio ocultos por las cortinas. De repente, un estampido seguido de gritos les sobresaltó. Segundos después, un joven apareció corriendo por una callejuela mirando hacia atrás a cada poco. Al verles se detuvo un instante, con la cara crispada en una mueca de terror. Unas voces dándole el alto rebotaron en las paredes del callejón que acababa de abandonar. El fugitivo les estudió, sin saber si eran amigos o enemigos, y prefirió no detenerse a averiguarlo. Corrió hacia otra callejuela que, por la dirección en la que discurría, le llevaría al puerto. El Duque decidió que, en ese momento, lo más sabio para su plan sería ponerse de parte de los soldados, así que ordenó perseguir al joven.

—¡Cogedle! —Frenó a Alonso y a Tomás con un gesto—. Vosotros aquí, conmigo.

Los demás salieron en pos del corredor, que a pesar de ir cuesta abajo perdía fuelle. Un grupo de soldados, echando las tripas por la boca a cuenta de la carrera, apareció por la misma callejuela por la que había surgido el fugitivo; uno de ellos intentaba recargar su arcabuz a la carrera, sin demasiada habilidad. Frenaron al ver al Duque, y dos de ellos desenvainaron sus espadas, preguntándose de qué lado estaba aquel nuevo personaje que acababa de entrar en escena.

—¡Somos amigos! —gritó, mostrando el sello ducal—. Soy Tristán de Souza, duque de Alandroal. He mandado a mis hombres a que prendan a ese fugitivo. ¿Qué está pasando aquí?

Un grito de frustración reveló que la partida de caza había atrapado al joven, que dejó de resistirse en cuanto Veira pronunció unas palabras mágicas en su oído. Los soldados aprovecharon para descansar, jadeantes. Uno de ellos, un joven agraciado que parecía estar en mejor forma que el resto, le explicó:

—Excelencia, servimos al corregidor Diego de Fonseca. Hemos venido a arrestar a un impostor que se hace pasar por el difunto Sebastián de Avis.

Tristán fingió una indignación tan cómica que Alonso y Tomás a punto estuvieron de soltar una carcajada.

—¡Qué desfachatez! ¿Cómo se atreve, ese mal nacido?

—Permitidme que os pregunte, excelencia —comenzó a decir el soldado—. ¿Qué hacéis vos en este pueblo de mala muerte?

El Duque recurrió al cuento que tenía preparado.

—¿Habéis visto la mar que hace? Mi capitán se vio obligado a refugiarse en el puerto. —Tristán se adelantó a la desconfianza del militar—. Tengo mi barco atracado allí: es la Cruz do Sul, podéis ir a comprobarlo…

—Dios me libre, excelencia, ni falta que hace —rechazó el soldado, convencido, mientras señalaba al fugitivo, a quien Veira traía a punta de daga—. Aquí viene esa maldita liebre. ¡Menuda carrera nos ha dado!

Otro de los soldados, un veterano con cara de cochino, le atizó tal culatazo al fugitivo en el estómago que este se dobló en dos y cayó de rodillas al suelo. Aunque al Duque no le gustó ese exceso de fuerza, no movió un músculo de su cara: tenía que caerles bien para que Alonso tuviera una oportunidad de ver cara a cara al impostor. ¿Y si resultaba ser el auténtico Sebastián de Avis? Tristán visualizó a su equipo descargando las pistolas a la vez, para luego desenfundar las espadas y acabar con los soldados. En ese preciso instante, fue consciente de que podían estar en peligro de muerte.

—¿Quién es este desgraciado? —le preguntó al soldado bien parecido con el que había hablado desde el principio.

—No lo sabemos. Ha escapado por una de las ventanas de la villa donde se escondía Mateus Alvares, el impostor. Hemos prendido al menos a doce personas.

—Dicen que ha huido por un pasadizo que hay en el sótano de la casa —apuntó el soldado que había intentado recargar su arma mientras corría, que aún no estaba repuesto del todo.

—¿Podríais llevarnos hasta el corregidor? —preguntó Tristán—. Mis

hombres tienen experiencia en estas lides. Fueron soldados en África, supervivientes de Alcazarquivir —mintió—. Podríamos ser útiles en la búsqueda de ese Mateus.

El soldado consideró la oferta durante unos instantes y al final accedió.

—Acompañadnos, excelencia. —Se cercioró de que el fugitivo estuviera bien atado y les condujo por la misma calle por donde habían llegado a la plaza.

Caminaron por una calle vacía, habitada tan solo por las miradas furtivas de ciudadanos refugiados en sus casas para no ser alcanzados por una bala perdida o detenidos por error. Tan solo unos gatos callejeros deambulaban por los tejados, curiosos ante el comportamiento tan extraño que tenían los humanos ese día. Por fin llegaron a una villa grande que cerraba la calle, abriendo dos callejuelas a izquierda y derecha, formadas por casas bajas. Detrás de estas se extendía un monte que se perdía tras unos cerros cargados de vegetación. Frente a la fachada principal de la residencia, atados de pies y manos y sentados en el suelo, había algo más de una docena de hombres y mujeres custodiados por soldados, algunos heridos de bala. El Duque recorrió el escenario con la vista y descubrió tres cadáveres al otro lado de la calle, tres varones. El soldado que les había acompañado hasta el lugar señaló a un hombre de rostro serio, tocado por un sombrero emplumado y espalda cubierta por una capa roja.

—El señor corregidor —indicó el soldado a Tristán, haciéndole una seña para que esperara.

Los soldados llevaron al fugitivo ante don Diego de Fonseca. A esas alturas, el prisionero estaba sumiso, con la cabeza gacha, resignado a lo que pudiera caerle encima. El corregidor ordenó que lo pusieran junto a los demás detenidos. El soldado agraciado habló entonces con él y señaló al Duque. Don Diego asintió y caminó los pasos que les separaban.

—Ramiro me ha informado de quién sois, y también de que habéis ayudado a detener a ese prisionero. —El corregidor obsequió al Duque con una sonrisa de pómulos inflados—. Habéis elegido un mal día para tocar puerto en Ericeira.

—Un honor haber sido útil —afirmó Tristán, en tono lisonjero—. Me ha comentado Ramiro, vuestro soldado, que el impostor ha huido a través de un pasadizo.

—Eso creemos. Abajo, en el sótano, hemos encontrado un túnel abierto que acaba en una trampilla de madera, a unos cien pasos de la parte trasera de la casa. Sospechamos que va solo, porque hemos detenido a los principales implicados de esta trama. —El corregidor señaló a un hombre de avanzada edad que abrazaba a una mujer deshecha en llanto—. Ese es el principal traidor, Pedro Alfonso, y la joven de al lado es su hija, a quien desposó con el falso rey. ¡Menuda panda de charlatanes!

—¿Habéis enviado hombres a caballo?

—Solo unos pocos —reconoció—. Necesito gente aquí para controlar a los prisioneros. Podría haber más de ellos escondidos. En cuanto dejemos esto un poco mejor organizado procederemos a registrar el pueblo entero.

—Mis hombres son buenos jinetes —apuntó Tristán, tratando de convencer al corregidor para que les dejara participar en la partida de caza—. Si nos prestáis unos caballos nos uniremos a la búsqueda. Tan solo decidnos qué aspecto tiene el fugitivo…

—Rostro alargado, unos treinta años de edad, cabellos y barba rubia, ojos azules… —Diego de Fonseca echó una ojeada al anillo con el sello ducal; no le cupo la menor duda de que era auténtico. El duque de Alandroal no iba a jugársela, así que no se lo pensó dos veces—. ¡Ramiro, Bernal! ¡Traed siete caballos, rápido! El Duque y sus hombres se unen a nosotros —anunció, repitiendo su sonrisa mofletuda.

Instantes después, los siete cabalgaban hacia el monte. Al llegar a la trampilla, Gil y Zilhão, los mejores rastreadores —sobre todo Gil, que parecía un sabueso encontrando pistas—, descabalgaron para inspeccionar el suelo alrededor de la salida del túnel. No tardaron en descubrir trozos de hierba aplastada y ramitas quebradas por los alrededores. Habían encontrado un rastro.

—Se dirige hacia ese bosque de allí —señaló Gil, volviendo a montar con una agilidad pasmosa—. Hay dos tipos de huellas diferentes, no va solo.

—¡Vamos! —gritó el Duque, espoleando a su montura. Cabalgaron hasta el lindero del bosque, donde los espadachines volvieron a dar con el rastro, que se dirigía al interior.

—Va al noreste —indicó Gil—. No debe andar muy lejos.

Sin perder de vista al rastreador, los jinetes se abrieron en abanico,

manteniendo con él una distancia prudencial. Los caballos, a pesar de no ser los suyos, eran dóciles, fuertes y rápidos. Los árboles estaban lo bastante separados entre sí para que cabalgar entre ellos fuera fácil. Tomás sujetaba las riendas con la izquierda y la pistola con la derecha. Se moría de ganas de usarla, aunque solo fuera para pegar un tiro al aire.

—Recuerda que le queremos vivo —le advirtió Alonso al pasar trotando a su lado.

Gil seguía el rastro desde su montura, cabalgando en línea recta hacia una zona de matorrales que ofrecían un buen escondite. Espoleó a su caballo y los demás le imitaron. Miguel, el jinete menos experto, tuvo algunos problemas para ponerse al trote, pero no tardó en hacerse con el control. Peinaron el bosque, comprobando cada matojo capaz de ocultar a un hombre. Conforme la arboleda se espesaba, tuvieron que sortear algún que otro tronco muerto o rama caída. Fue Veira quien dio la voz de alarma.

—¡Por aquí! —gritó—. ¡Le veo!

Una figura corría de árbol en árbol como si le persiguieran todos los demonios del infierno, tropezando a veces y volviéndose a levantar cuando caía. Alonso pasó a su lado al galope para poder verle la cara. Justo cuando iba a fijarse en él, oyó un disparo a su derecha; lo siguiente que vio fue el bosque rodar en su campo de visión. El caballo ahocicó contra el suelo, lanzándole por los aires. Sin saber si estaba herido o no, Alonso cayó de espaldas sobre la hierba. Por suerte, lo hizo sobre terreno blando. No le dio tiempo a incorporarse: el que le había disparado corría hacia él con el arcabuz descargado, agarrado como una maza. Era un tipo de mediana edad y complexión fuerte. Descartó en una milésima de segundo que fuera el impostor: este no se parecía en nada a Sebastián.

Alonso detuvo con el brazo derecho el culatazo que iba dirigido a su cabeza. El tipo iba en serio: de no haberse protegido, le habría abierto el cráneo como un melón. La claymore en la espalda le dificultaba levantarse, así que no tuvo más remedio que volver a parar el segundo culatazo. Esta vez, el golpe le arrancó un grito desgarrador. En un acto reflejo, sujetó el arcabuz de su atacante con la izquierda, comenzando con él un forcejeo desesperado.

—¡Aguanta! —gritó el Duque, apareciendo detrás de un árbol a unas treinta varas de distancia.

Alonso y el desconocido se disputaban el arcabuz en una competición de tirones. El amigo del rey falso era tan fuerte como él, y a Alonso le estaba resultando difícil aguantar aquella especie de pulso con la izquierda. Tristán, que acababa de llegar, sacó la pistola del cinto y apuntó al atacante desde lo alto de su montura. Miguel también entró en escena con expresión de poseso, frenó su caballo y saltó a tierra, desenfundando la tizona en un movimiento vertiginoso.

—¡Suelta el arma! —amenazó el Duque al desconocido, que seguía forcejeando con Alonso; de repente, su tono se convirtió en grito—. ¡No, Miguel!

Miguel descargó un sablazo certero en la muñeca izquierda del hombre, cortando el tendón de forma limpia. El tipo soltó un alarido y cayó de espaldas, reptando panza arriba mientras se sujetaba el miembro herido. Alonso se quedó tendido en el suelo, el brazo le dolía horrores. El Duque dejó escapar un soplido de alivio: por un momento creyó que Miguel iba a matar al hombre, y eso podría haberles acarreado problemas con el corregidor. Sin que el pulso le temblara, el joven inmovilizó al amigo del impostor colocando la punta de su espada en su garganta. Por fin había tenido su bautismo de fuego y había ganado. Tristán desmontó y se arrodilló junto a Alonso, que había conseguido sentarse en el suelo.

—¿Estás herido?

—Me he llevado dos culatazos en el brazo, aparte de la caída del caballo —se quejó, con un rictus de dolor; sus ojos viajaron hasta la bestia, que yacía en el suelo con un balazo en el cuello—. Ese cabrón tiró a matar. Por suerte para mí, la bala acabó en el pobre animal…

El prisionero de Miguel seguía sentado en el suelo con el miedo reflejado en su rostro. El zagal le había obligado a tirar lejos de sí el cinturón donde portaba la espada. El Duque sacó el arma del cinto y lo usó para maniatar a su dueño, que sangraba a chorros por la herida de la muñeca. Tristán extrajo un pañuelo limpio de uno de sus bolsillos y le vendó la herida.

—Deberíais haberos rendido cuando os lo ordené —le reprendió mientras paraba la hemorragia; el pañuelo se empapó al instante—. Si lo hubierais hecho, ahora no estarías sangrando como un cerdo.

—Un vasallo del verdadero rey de Portugal nunca se rinde —silabeó el prisionero con una expresión que mezclaba orgullo y dolor—. Cuando recupere el trono os daréis cuenta de vuestro error…

—Dejaos de cuentos —le interrumpió el Duque—. Vos y yo sabemos que no es el auténtico Sebastián. Haced la cuenta de todos los incautos a quienes habéis engañado con esta historia cuando subáis los peldaños del patíbulo.

El sonido de unos cascos anunció la llegada de Tomás, que frenó en seco su montura cerca de donde estaba sentado Alonso.

—Gil, Zilhão y Veira han capturado al rey —pronunció la última palabra con sarcasmo; su mirada se fijó primero en el prisionero y luego en su amigo—. ¿Estás bien?

—Sí —contestó Alonso—, atontado por la caída y con el brazo hecho cisco, pero bien.

Tomás desmontó y le examinó el brazo. Se lo movió en varias direcciones, arrancándole un aullido de dolor.

—No tiene pinta de estar roto, pero cuando regresemos al barco dile a Horacio que le eche un vistazo. —El irlandés se refería a Horacio Almeida, uno de los dos médicos que formaban parte de la tripulación —. ¿Y ese qué tal? —preguntó, refiriéndose al prisionero, que hacía presión en el vendaje practicado por el Duque.

—Sobrevivirá hasta que le cuelguen —contestó este—. ¿Y Alvares?

—Veira le estaba atando cuando vine a avisaros. No tardarán en venir.

Sus palabras tuvieron efecto de profecía y el resto del grupo apareció al trote. Veira llevaba tumbado sobre el caballo, delante de él, a un joven de unos treinta años, con barba y cabellos rubios y rizados. Se le veía preocupado pero ileso. Mateus Alvares había sido más inteligente que su defensor y se rindió nada más ver llegar a los jinetes. Si bien iba armado con una espada, la tiró en cuanto Gil, Zilhão y Veira descabalgaron. No solo eran tres contra uno: el impostor intuía que cualquiera de ellos le habría matado con una facilidad pasmosa en solitario.

Alonso se levantó por fin del suelo. Al hacerlo sintió dolor en todo el cuerpo. La costalada, aunque amortiguada por el terreno blando, había sido fuerte. Ejecutó varios movimientos con el brazo y comprobó que pagaba cada uno de ellos con punzadas. Se acercó al caballo de Veira y se encaró con Mateus Alvares. Estudió su rostro a conciencia, hasta que el Duque le preguntó:

—¿Es él?

Alonso negó con la cabeza.

—Hay que reconocer que se le parece mucho —comentó; para salir de dudas, levantó su labio superior, mostrando una dentadura completa. Alvares frunció el ceño, preguntándose por qué diablos le habría hecho eso—. No es Sebastián, pero si el Rey sigue vivo, se parecerá mucho a este.

Tomás se dirigió al Duque:

—¿Nos lo llevamos ya?

Tristán les ordenó regresar con Diego de Fonseca. El corregidor se pondría muy contento al verles aparecer con el fugitivo. El Duque se sintió satisfecho de su actuación: lo más probable era que el corregidor mencionara su nombre cuando relatara la captura de Alvares en la Corte, y era bueno que corriera la voz de que Tristán de Souza había prestado buen servicio a un enviado de Felipe I de Portugal. Se dijo que había sido una buena jugada.

—¿Quieres montar conmigo, Alonso? —le ofreció.

—Iré dando un paseo —rechazó este, con amabilidad—. El pueblo no está lejos y prefiero caminar a tener que trepar a un caballo con el brazo como lo tengo.

Tristán ordenó a sus hombres que se pusieran en marcha.

Alonso les vio salir de la arboleda al trote.

Otro farsante capturado. Mientras se dirigía a Ericeira, dejando atrás los últimos árboles del bosque, Alonso se preguntó si darían alguna vez con Sebastián. Llevaba años en paradero desconocido, tal vez vagando por el mundo, purgando sus culpas; o quizás ya había muerto, asesinado en un callejón o ahogado en el mar, quién sabía…

Como si el cielo se conmoviera con sus pensamientos, unas gotas comenzaron a caer como lágrimas de pena vertidas sobre los campos verdes.

CAPÍTULO LIII

7 de diciembre de 1586, Flandes

EL VIENTO GÉLIDO AZOTABA LOS rostros de los jinetes que atravesaban el bosque enfangado que se extendía a las afueras de Amberes. Lo hacían a duras penas: las lluvias pasadas habían convertido los campos de cultivo que lo rodeaban en un lodazal, ahora cubierto por una capa de nieve. Ese diciembre estaba siendo un infierno helado. Por lo menos, ya estaban llegando a su destino y podían distinguir las murallas que tantos quebraderos de cabeza dieron a Felipe II hasta que Alejandro Farnesio tomara la ciudad en agosto del año anterior.

Urko Aguirre avanzaba a lomos de un caballo negro que expelía nubes de vaho. Si la Muerte tuviera montura, sería muy parecida a la suya. Cabalgaba al paso, cuidando de no agotarlo; en dos años de viajes ininterrumpidos, ese era el tercero que había tenido que comprar. Los dos anteriores murieron reventados. Si Urko no sabía cuidar a las personas, menos aún a los animales. La nieve moteaba el pelaje oscuro de la bestia y parcheaba las abultadas alforjas de cuero que colgaban de sus flancos. Tanto el asesino como los dos hombres que le acompañaban llevaban sus pertenencias a cuestas. Se habían transformado en nómadas, siguiendo sin descanso las pistas que apuntaban al paradero de Sebastián. Unas pistas barnizadas con brillos de realidad que acababan difuminándose como bocetos al carboncillo emborronados por una mano burlona y omnipresente que parecía perseguirles.

Habían transcurrido dos años desde que abandonaran Venecia para ir a Tachov, en Bohemia. De allí les enviaron a Hamburgo, para viajar luego a toda velocidad hasta Varsovia, donde afirmaban que había escapado el monarca perdido. El primer caballo de Urko reventó durante este periplo. De Polonia fueron a Brandeburgo, y luego a diferentes ciudades y pueblos de Flandes, Dinamarca, Suecia y Noruega, y de allí de vuelta a los países germánicos. Inviernos cargados de lluvia, nieve, barro, hielo y guerra. Era un milagro que siguieran vivos.

Urko había perdido la fe en su empresa. Estaba cansado, exhausto más bien, de ir siempre un paso por detrás del Encubierto. «Habéis tenido mala suerte, ayer mismo partió a Amberes, hacia la hacienda Van der Valk. Si cabalgáis rápido, podréis alcanzarle». Esa fue la última indicación que recibió de labios del abad de un monasterio cercano a Knittlingen. Una vez más, tomó los caminos nevados para llamar a una puerta que, lo más seguro, volvería a dirigirles a otro lugar. Era

imposible que Sebastián se moviera tan rápido y de forma tan errática.

Estaban jugando con ellos.

Detrás de Urko cabalgaba Aníbal Falcó, la Sombra, tan abrigado como su patrón. En aquellos últimos cuatro años, había perdido su aspecto achiquillado e inocente, trocándolo por la expresión ladina de quien vive en perpetua alerta; cerrando la fila de tres, Riccardo Lombardi, un apuesto genovés que había dejado su trabajo como maestro de esgrima en Hamburgo para acompañar a Aguirre en sus viajes. La decisión de unirse al asesino vino forzada por un lío de faldas con la esposa de un noble germano, que había desembocado en una pelea de callejón saldada con cuatro muertes, una de ellas la del marido ultrajado. Perseguido por la justicia, Lombardi aceptó la oferta de Urko para unirse a él, prometiéndole una nueva identidad y la protección de Felipe de Castilla cuando su búsqueda acabara. Ambos ganaron en el trato: Lombardi, además de conservar la vida, obtuvo un empleo bien pagado; por su parte, Urko completó su equipo con uno de los mejores espadachines que había conocido jamás. Además de sus virtudes como hombre de armas, Lombardi hablaba castellano, italiano, francés y alemán, lo que era de gran ayuda en sus viajes. El único defecto del genovés era no ser un asesino despiadado, como sus dos compañeros.

El sol que se transparentaba tras las nubes eternas que cubrían Amberes comenzó a ocultarse cuando el trío llegó a las granjas que se alzaban fuera de las murallas. Las indicaciones del abad detallaban que Sebastián se hospedaba en la hacienda Van der Valk, una granja grande de piedra y ladrillo, con tejados a dos aguas y rodeada de establos y graneros de gran tamaño. Como referencia, el religioso mencionó tres árboles grandes que podían verse desde muy lejos. Localizaron unos enormes, pelados por el invierno, que formaban un triángulo alrededor de un edificio que, más que una granja, parecía una villa de lujo.

—Debe de ser esa de ahí —dijo Aníbal, tirando de las riendas del caballo para hacerle cambiar de dirección.

Lombardi dejó escapar un silbido de admiración.

—Si las granjas en Flandes son así, no me imagino cómo serán los palacios.

—Ni lo sé ni quiero verlos —refunfuñó Urko; si antes solía tener un humor de perros, dos años de vagabundeo le habían convertido en la

alegoría de la amargura—. Lo único que me consuela es que al menos están limpios de protestantes hijos de puta.

Aníbal soltó una carcajada y le miró de reojo.

—¿Desde cuándo te interesa la religión, Urko?

—Desde que por su culpa las pasamos putas el año pasado, atravesando este mismo Flandes de mierda —escupió—. ¿Vosotros habéis visto alguna vez a Dios? —No les dio tiempo a responder—. No, ¿verdad? Ni vosotros, ni yo, ni nadie —aseveró—. Yo solo creo en lo que veo y en lo que me hace feliz, y lo que me hace feliz no es otra cosa que el oro.

Lombardi sonrió de medio lado. Sus facciones, finas y bien esculpidas, eran muy diferentes del rostro abyecto de Urko o del aire inquietante de Aníbal, que provocaban desconfianza al más pintado. Cuando había que hablar con alguien importante —o decente—, Urko enviaba siempre al genovés por delante.

—Cuando termines de trabajar para el corso, métete a pirata —le propuso al asesino—. Esa es la religión que profesan, venerar al oro.

Urko le dedicó un gesto de hastío.

—Eso si no muero de viejo buscando a Sebastián. Cada vez estoy más convencido de que ese vejestorio del Dux nos encarriló a una cadena de mentiras para tenernos entretenidos durante estos años.

—¿Y no se lo dijiste a Gasparo Corso? —preguntó Lombardi.

—Le envié dos cartas y las dos veces me respondió lo mismo: es la única pista que tienes, síguela. Andamos dando palos de ciego, joder.

Por fin llegaron a la granja. Frente a la fachada principal encontraron a una mujer entrada en años y carnes, vestida con una falda amplia y una capa de lana gruesa rematada por un delantal que cubría la parte inferior de su atuendo. Al verles venir, se adelantó unos pasos. Lombardi esbozó su sonrisa más irresistible, llevándose dos dedos al ala del sombrero.

—Buenas tardes, señora —la saludó en alemán, confiando en que ella le entendería—. ¿Es esta la hacienda Van der Valk?

La criada soltó una retahíla en flamenco, asintió y pronunció dos veces «Van der Valk». Les hizo señas para que desmontaran, llamó a gritos a

alguien y no tardaron en aparecer un par de mozos de cuadra que se hicieron cargo de las monturas. Urko fue el primero en descabalgar, seguido de sus hombres.

La mujer les acompañó al interior de la villa, donde fueron recibidos por el reconfortante calor de chimeneas encendidas y braseros. Sintieron un repelús con el cambio de temperatura: llevaban cabalgando sin parar desde primera hora de la mañana y había nevado durante la mayor parte del día. La criada recogió sus capas y les indicó el camino hacia un salón situado a la derecha de la escalera que ascendía a los pisos superiores.

La estancia tenía todas sus ventanas cerradas para no dejar pasar el frío. La chimenea, inmensa, crepitaba y la iluminaba con un resplandor acogedor. Sentado en un enorme sillón, encontraron a un hombre grande, grueso y bien vestido, cercano a la ancianidad, con un bigote tupido y cano que ocultaba su labio superior. En su mano sostenía una copa de cristal tallado casi a rebosar de brandy. Sus pómulos estaban sonrojados por el alcohol. Enseguida le reconocieron como el dueño de la hacienda. Contaron tres personas más en la habitación: a su derecha se sentaba una mujer de mediana edad, que bordaba un mantel ayudada por un bastidor redondo de madera; a la izquierda de Van der Valk, deleitándose con otra copa de brandy, había un hombre de aspecto noble, con un bigote fino y negro que sobresalía tres dedos a ambos lados de su cara. A su lado, de pie, vieron a un individuo más joven, rudo y con una espada al cinto.

—Por fin estáis aquí —les saludó en castellano el del bigote puntiagudo, dando un apretón de manos a Urko. Tenía un fuerte acento alemán—. Soy Günther Neher. Recibimos anteayer un correo del abad del monasterio de Maulbronn anunciando vuestra llegada.

El vejete gordo de mofletes colorados soltó unas frases alegres en flamenco que ni Urko ni sus hombres entendieron. Por la forma en la que arrastraba las palabras, había bebido alguna que otra copa de más. Neher asintió y corrió hacia un aparador cercano del que extrajo tres copas talladas.

—El señor Van der Valk quiere que probéis su brandy —tradujo, llenando los recipientes de cristal con presteza—. Ninguno de los presentes entiende castellano, por lo que podemos hablar aquí mismo. —Repartió las copas, que los visitantes aceptaron sin llevárselas a los labios; Van der Valk alzó la suya, pronunciando un brindis que nadie respondió. La mujer seguía bordando, sin mostrar interés alguno en la conversación, y el espadachín continuaba inmóvil, con la mirada fija

en ellos—. ¿Os parece bien?

Urko Aguirre no se anduvo con rodeos.

—¿Dónde está Sebastián?

—Por desgracia se marchó ayer con el séquito que le acompaña —dijo Neher, con una contrariedad mal fingida—. Intentamos retenerle unos días más, para que pudierais… convencerle de que os acompañara a España.

Aníbal y Lombardi cruzaron una elocuente mirada de reojo. El maestro de esgrima apenas llevaba con ellos seis meses, pero la Sombra, que había pasado dos años con Urko recorriendo media Europa, había perdido la cuenta de las veces que habían escuchado la misma canción. Sabía cómo seguía: un nuevo destino, lejano, que les mantendría viajando durante días o semanas en condiciones precarias. Aguirre respiró por la nariz con fuerza, sin mover ni un músculo.

—¿Dónde ha ido? —preguntó, a punto de añadir «esta vez».

—No lo sabemos. —Al oír estas palabras, el asesino pareció estirarse, como si de repente hubiera crecido un palmo por arte de magia—. Intentamos sonsacarle adónde se dirigía, pero no hubo manera. Solo sabemos que se fue hacia el este… Así es como termina este desfile de mentiras después de dos años: enviándonos al este en pleno invierno, sin un destino fijo al que dirigirnos…

Y Urko se dijo que hasta aquí había llegado.

Estrelló la copa contra el suelo y le hizo una seña casi imperceptible a Aníbal. Como por arte de magia, un puñal contrapesado en la punta voló hasta incrustarse en el pecho del criado. El hombretón ni lo vio venir, tan solo abrió la boca unos instantes, como un pez fuera del agua que tiene prisa en morirse. La esposa de Neher salió de su ensimismamiento y soltó un grito agudo, lanzando su labor por los aires; Van der Valk dejó caer su copa, que formó una mancha oscura de brandy en la alfombra. Un segundo después, Aníbal estaba junto a la dama con una de sus dagas acariciándole el cuello. A su lado, la punta de la tizona de Lombardi se posaba sobre el corazón del anciano borracho, que farfullaba frases ininteligibles en flamenco bajo su mostacho blanco.

Urko ni siquiera desenfundó. Agarró por el cuello a Neher, le alzó en peso hasta que no tuvo más remedio que ponerse de puntillas y caminó tres pasos hacia adelante. Respondiendo a su instinto de

supervivencia, este se agarró a la muñeca del asesino como si fuera la última rama que sobresale del precipicio.

—Por… favor… piedad.

—Estoy harto de todo esto, así que decidme la verdad: ¿Sebastián estuvo realmente aquí o no es más que una mentira urdida para confundirnos?

Soltó un poco su presa para que pudiera hablar. Sus ojos viajaron hacia su mujer, a la que Aníbal sujetaba del pelo sin contemplaciones. La expresión de sus caras era de puro terror.

—Ya os dije que estuvo aquí, pero que no sabemos dónde…

Urko volvió a apretar su cuello hasta que soltó un estertor ronco.

—Aníbal…

La Sombra dibujó en la piel de la mujer una leve línea roja con el filo de su daga. No pudo reprimir un grito. La puerta se abrió entonces de par en par y tres empleados de Van der Valk irrumpieron en el salón: uno de ellos, un tipo espigado y narigudo, iba armado con una horca con cuatro puntas afiladas como dientes de dragón; el segundo esgrimía una hoz oxidada y el tercero, un tipo gordo y jadeante, una espada rescatada de una panoplia que adornaba la pared de otro de los salones. Urko soltó una maldición y arrojó a Neher contra ellos, que tuvieron que retroceder para no herirle con sus armas. El patrón ni siquiera se atrevió a levantarse. Detrás, la criada gorda que les había dado la bienvenida aullaba como alma en pena.

Urko aprovechó la confusión para desenfundar su espada y lanzarse contra los criados. Esquivó un envite torpe de la horca, agarró el palo y atrajo hacia la punta de su espada al dueño. El acero se abrió paso a través de las tripas del narigón con una facilidad pasmosa, matándolo en el acto. Girando sobre sí mismo y esquivando a la vez un golpe de hoz, el asesino extrajo su arma para clavarla entonces en el pecho del otro sirviente. Remató el ataque con una patada brutal que le ayudó a desenterrar la hoja de la carne. Mientras esto sucedía, Aníbal y Lombardi no se movían: sabían que Urko se bastaba para acabar con esos tres y con otros tres más que aparecieran.

El gordo de la espada la sujetaba frente a él con las dos manos, temblando como si ardiera de fiebre. Urko le señaló con la punta de la suya y el hombre cometió un gran error: dejó su arma en el suelo y suplicó piedad. La hoja de Urko le interrumpió, atravesándole la

garganta en una estocada que hizo brotar cuatro palmos de acero por su nuca.

El asesino la extrajo y recogió la vieja espada del suelo, mientras la criada gritaba como si no fuera a callarse nunca. Urko desapareció a través de la puerta con las dos espadas en la mano. Unos segundos después, los gritos se acallaron y reapareció portando solo la suya; la otra la había dejado enterrada entre los pechos generosos de la criada. Van der Valk guardaba silencio, con su labio inferior temblando debajo de su mostacho. Apenas se atrevía a respirar con la tizona de Lombardi reposando sobre su corazón.

Urko pateó el vientre de Neher antes de levantarle del suelo por la pechera. Sus ojos desesperados volvieron a posarse en su esposa, que mantenía su cabeza mirando a las lámparas del techo. Un hilillo de sangre descendía por la herida que Aníbal había trazado en su garganta. Urko le forzó a encararse con él.

—Lo preguntaré por última vez, o todos compartiréis el destino de vuestros criados. —Su mirada era ígnea, como si unas llamas diabólicas danzaran tras sus pupilas—. ¿Estuvo Sebastián aquí?

Neher rompió a llorar como un niño, sin poder articular palabra alguna. Avergonzado, negó con la cabeza. Urko no se conmovió.

—Así que todas las pistas que hemos estado siguiendo hasta ahora eran falsas…

Aflojó su mano y Neher pareció calmarse algo más. En cuanto se recobró un poco, comenzó a hablar con voz queda:

—Recibimos una carta en la que se nos ordenaba informaros de que el Encubierto se había marchado hacia algún lugar del este… Eso es todo lo que sé.

—¿Quién envió esa carta?

Neher titubeó durante unos segundos, pero viendo que el cuello de su esposa estaba en peligro decidió largar todo lo que sabía.

—Solo sé que se llama Doménico Sabatini: es un noble veneciano que encubre al rey Sebastián. La carta nos la hizo llegar un mensajero a caballo junto con un generoso pago en monedas de plata. Es todo lo que sé, os lo juro…

—¿Ese Sabatini… es sebastianista?

—No lo sé —insistió Neher.

Urko se sintió confuso. Si ese Sabatini fuera sebastianista, el Rey ya habría sido acogido por estos, y por las noticias que tenía de Gasparo Corso, los sebastianistas aún le seguían buscando.

¿Se ocultaba el monarca al amparo de una tercera organización desconocida para ellos? No tenía forma de saberlo, pero una cosa sí estaba clara: había llegado el momento de poner fin a su viaje.

No hubo más palabras. Urko hundió su espada hasta el mango en el vientre de Neher, que ni siquiera emitió un último quejido. Lo hizo más por rabia que por otra cosa. Un tajo rápido de la daga de Aníbal seccionó de lado a lado la garganta de su esposa, cuya sangre, manando a borbotones, regó la oronda figura de Van der Valk, quien había cruzado la frontera del otro mundo por cortesía de Lombardi. Este hizo un gesto de desagrado al ejecutar al anciano. Nunca había sido ese su estilo, pero obtuvo un pobre consuelo al pensar que trabajaba para Felipe II. Él solo cumplía órdenes, por muy repugnantes que fueran.

En dos segundos, solo ellos tres quedaban en pie sobre una laguna de diminutos cristales ensangrentados. Aníbal y Lombardi limpiaron sus armas y aguardaron órdenes.

—Larguémonos de aquí —decidió Urko—. Espero que esos cabrones no hayan matado a los caballos…

—¿Adónde vamos? —preguntó Aníbal.

—A Nápoles. Es el mejor lugar para contactar con Gasparo Corso o con alguno de sus hermanos de forma segura, ya ni me fío de los correos. Tenemos que andar con cuidado. Ahora sabemos que Sebastián está protegido por gente influyente y no me extrañaría que pudieran ir a por nosotros, sobre todo después de… —El asesino abarcó con la mano el salón alfombrado de cadáveres— esta mierda.

Recogieron sus capas, se embozaron en ellas y salieron al exterior con las armas empuñadas, dispuestos a enfrentarse con los mozos de cuadra. Se había hecho de noche, una noche de perros, además. Entraron en el establo y respiraron aliviados al encontrar a los animales en perfecto estado. Ni rastro de los mozos. Si habían escuchado los gritos dentro de la casa, hicieron lo más inteligente, huir o esconderse. Salieron a la intemperie montados en sus caballos. Nevaba. Lombardi se dirigió a Urko:

—¿Crees que es prudente pasar la noche en Amberes?

—Es demasiado arriesgado —decidió—. Sigamos hacia el sur. Ya encontraremos un sitio donde dormir.

Cabalgaron en plena oscuridad, pateando los campos de cultivo nevados. Lo hicieron durante la mayor parte de la noche, evitando cruzarse con alguien. Por fin, de madrugada, encontraron una posada a un lado del camino.

Urko no paró de dar vueltas en la cama, incapaz de pegar ojo. No podía dejar de pensar en cómo se tomaría Gasparo Corso la noticia de que habían perdido dos años a cuenta de un vil engaño. Aparte de ese pensamiento recurrente que no paraba de atormentarle, había otras preguntas sin respuesta: ¿dónde se escondería Sebastián? ¿Cuáles eran sus planes? ¿Contaría con la ayuda de un grupo más poderoso que los sebastianistas?

La pobre luz del alba de Flandes llegó, y él siguió inmerso en sus tribulaciones con la mirada perdida en el techo.

5 de junio de 1587, Venecia, seis meses después

Ese verano, Andrea Gasparo Corso viajó a Venecia. Meses atrás, Urko le había informado del engaño de Doménico Sabatini, el culpable de haberles tenido dando palos de ciego durante más de dos años. El corso se había informado acerca del personaje. Se trataba de un noble de dudosa reputación que había prosperado como prestamista entre las altas esferas de la sociedad veneciana. Uno de sus clientes más ilustres había sido Nicolò da Ponte, el propio Dux de Venecia, que murió en 1585, poco después de su entrevista con Urko. El prestamista estaba emparentado de algún modo con la familia Braganza, en Portugal, y se rumoreaba que mantenía contacto tanto con el duque Teodosio —el crío que vivió durante un tiempo en Sanlúcar, bajo la protección del duque de Medina Sidonia, y que ya rondaba los veinte— como con el Prior de Crato, que seguía oculto en París. También oyó que mantenía tratos con la nobleza inglesa, flagrante enemiga de Felipe II. Demasiado bien relacionado para seguir el plan propuesto por Urko, consistente en asaltar su casa y torturarle hasta la muerte.

Por lo que había podido comprobar, Sabatini era un hombre de negocios, como él, así que concertó una cita en su palacio. Gasparo Corso llegó en góndola por la mañana, en un día soleado muy distinto de la noche de perros que acompañó al asesino en su anterior visita. Solo llevó con él a dos guardaespaldas. Unos criados le recibieron en el muelle de atraque, y el corso ordenó a sus hombres esperar fuera.

Gasparo Corso llegó a las puertas del mismo salón donde el Dux proporcionó la primera pista falsa a Urko. Allí encontró a Sabatini, que le dio la bienvenida, le invitó a sentarse y le obsequió con una sonrisa de oreja a oreja más falsa que un ducado de madera. A pesar de su tono amable, este no se anduvo con rodeos.

—Vos diréis.

—¿Sabéis a quién represento, verdad?

—Sé a quién representáis, a su Católica Majestad, don Felipe II de Castilla y I de Portugal.

Gasparo Corso aprobó con un cabeceo y siguió hablando:

—Hace dos años y medio mandasteis llamar a uno de mis hombres para que se entrevistara con el Dux da Ponte —le recordó.

—¿Sabéis que falleció? —le interrumpió Sabatini—. Una gran pérdida…

—Lo sé, como también sé que no fue idea suya, sino vuestra, enviar a mis hombres a un viaje a ninguna parte que ha durado más de dos años y ha costado una fortuna a la Corona.

Sabatini se encogió de hombros y le sonrió con cinismo. Gasparo Corso no pudo evitar que en su rostro aflorara una mueca de simpatía: hacía tiempo que no se enfrentaba a otra hiena como él, y Sabatini tenía clase.

—Negocios, amigo Andrea —rezongó el prestamista—, simples negocios. Si me habéis investigado, cosa que me consta, ya sabréis que tengo el apoyo de gente muy poderosa a la que me debo.

El corso dejó escapar una de sus risitas irritantes.

—Antonio, el Prior de Crato… Un perdedor, ya derrotado.¿Hay alguien más? —Sabatini no respondió, ni dejó de sonreír. Durante un intervalo de tiempo que pareció eterno, entre los dos se entabló un

duelo de silencio—. Vayamos al grano, ¿conocéis el paradero de Sebastián? Y esta vez, os agradecería que no me mintierais.

Sabatini se inclinó sobre sus rodillas y le clavó una mirada intrigante, como si estuviera a punto de revelarle una confidencia.

—¿Qué os hace pensar que os lo diría, en caso de que lo conociera?

Andrea metió la mano bajo uno de los faldones de su casaca y le tendió una abultada bolsa de paño marrón que parecía a punto de estallar. Este soltó el nudo que la cerraba, contempló su contenido, silbó y se la devolvió a su dueño.

—Negocios, amigo Doménico —le parafraseó Gasparo—. Recibiréis varias como esta si vuestra información nos conduce a Sebastián de Avis. Esto convierte lo que os pagan los amigos del Prior de Crato en una minucia, así que creo que ha llegado la hora de que os planteéis cambiar de bando.

Sabatini se lo pensó durante unos instantes.

—¿Y quién me garantiza que, cuando sepáis la verdad, uno de los vuestros no me apuñalará por la espalda?

—Por favor, somos gente seria —rio el corso, haciéndose el ofendido —. ¿No os parece suficiente garantía la palabra de su Católica Majestad? Os aseguro que es generoso con quien le presta ayuda.

Sabatini se levantó y paseó durante unos instantes por el salón, meditabundo. Gasparo Corso supo que había captado la atención del prestamista, que volvió a ocupar su asiento.

—Esto no es tan fácil como pensáis…

—Vos solo tenéis que decirme dónde se esconde Sebastián y enviaré a mis hombres a por él hoy mismo. —El tono del corso se volvió más grave, y sus ojos se estrecharon—. Pero os lo advierto, no toleraré un engaño más.

—No se trata de eso —comenzó a decir Sabatini, mordiéndose el labio inferior; la seguridad con la que se había expresado hasta ahora parecía haberse desvanecido—. Lo cierto es que no hay Sebastián de Portugal —susurró—, al menos, no uno auténtico.

Esta vez fue Gasparo Corso quien se sintió desconcertado.

—Nos consta que le liberaron de su cautiverio en Berbería…

—Sí —le interrumpió—, y también que hizo promesa de vivir como un hombre bajo durante veinte años, hasta que purgara su culpa por haber fallado a su pueblo. Pero el hecho es que ni nosotros, ni vosotros, ni esos que se hacen llamar sebastianistas han podido encontrarle, y eso que entre todos hemos removido tierra y mar. Es por ello que quienes pagan mis facturas decidieron inventarse uno.

—Explicaos —El corso no entendía nada.

—El rey Felipe mantiene varios frentes abiertos —prosiguió Sabatini —. Está en guerra con Flandes, no tardará en estarlo con Inglaterra y sus relaciones con Francia y Berbería no son buenas. ¿No os habéis planteado la posibilidad de que sea derrotado?

Gasparo Corso guardó silencio. No, no se lo había planteado hasta entonces. Sabatini siguió hablando:

—Supongamos que Felipe tuviera que abandonar el trono. ¿Quién sería el candidato idóneo para ocuparlo? Después de su derrota en las Azores, el Prior de Crato no obtendría un buen recibimiento en Portugal. Fue él mismo quién pensó que no habría nada mejor que darle a su pueblo lo que quiere: el regreso del rey deseado, del héroe, del legítimo monarca… el retorno de Sebastián de Avis —hizo una pausa—. Pues bien, el Prior de Crato, apoyado por Inglaterra y Francia, tiene a un perfecto Sebastián listo para ocupar el trono en caso de que Felipe sea derrotado.

—¿Me habláis de otro impostor?

—Este no es como los demás. Este es uno ilustre, preparado para gobernar Portugal.

—Alguien que calaría hondo entre los portugueses si estos creyeran que es el auténtico Sebastián —pronunció Gasparo Corso en voz alta —. ¿De quién se trata?

—Su nombre es Marco Tulio Catizone —reveló Sabatini—. Ya hay muchos que le guardan pleitesía, convencidos de que es el auténtico rey.

—¿Hay mucha gente metida en este engaño? Una indiscreción podría dar al traste con toda esta pantomima…

—Solo lo sabemos unos pocos, y todos de confianza. Como veréis,

arriesgo mucho contándoos todo esto, pero creo que con vos en nuestro bando ganamos todos. Pensadlo bien: ¿dónde estará dentro de unos años el rey Felipe? El Imperio podría derrumbarse, y Portugal no aceptará que un advenedizo inglés o francés vuelva a llevar las riendas de su destino. ¿Para qué otra guerra sucesoria, si podemos tener a un monarca preparado para ocupar el trono? ¿Y quién mejor que Sebastián, aunque sea de mentira?

Gasparo Corso se rascó el mentón, reflexionando sobre lo que acababa de oír. Sabatini estiró la espalda, esperando sus comentarios.

—¿Y qué sucedería si apareciera el auténtico Sebastián? Cabe esa posibilidad…

—Ese siempre fue un idiota —sentenció Sabatini, componiendo un gesto de desdén—. Teniendo uno a gusto de todos, le haríamos pasar por un impostor más y acabaría colgando de una soga.

El corso ladeó sus labios en una sonrisa socarrona.

—¿Y qué me impide contarle todo esto a Felipe de Castilla? Doménico Sabatini le mostró las palmas de las manos.

—Creo que eso no conviene a nadie —respondió—. Sois un hombre de negocios, y entenderéis perfectamente mi propuesta: decidle a Felipe que habéis perdido toda pista del paradero de su sobrino, convencedle para que deje de buscarle y mantenedle apartado de nosotros y de nuestro impostor. Si lo hacéis así, me ocuparé de que seáis recompensado con generosidad. Sé que el dinero os sobra, pero tener de vuestra parte el favor de Inglaterra y Francia os vendría muy bien para vuestros propios negocios. Además, nadie os impide seguir manteniendo vuestras buenas relaciones con Felipe. —Sabatini le guiñó un ojo, con picardía—. Nada que perder, mucho que ganar.

El corso reflexionó durante un rato, hasta que se echó a reír.

—Así que vine para sobornaros y ahora sois vos quien me sobornáis a mí.

Su anfitrión se encogió de hombros. La mente del corso trabajaba a toda velocidad.

—¿Podréis hacer que los corsarios ingleses no ataquen a los buques que yo diga?

—Sin ningún problema —afirmó Sabatini.

Gasparo Corso se sintió satisfecho. Si conseguía vender seguridad a los barcos de los mercaderes con quienes mantenía negocios, las ganancias serían copiosas.

—Entonces, creo que tenemos un trato —dijo, al fin.

—¿Seréis capaces de convencer a Felipe para que abandone la búsqueda?

—Creo que no me será difícil. Todos estamos hartos de esto —hizo una pausa—. Aunque aún quedan los sebastianistas…

—Sería un milagro que le encontraran y, ya os dije antes, le haríamos pasar por un farsante más y… —Se pasó el pulgar por la garganta sin dejar de sonreír.

—Sed discretos y que Felipe no se entere de la existencia de vuestro impostor —le advirtió Gasparo Corso—. La última vez envió tropas contra uno que hizo ruido en Ericeira.

—Tranquilo, nuestro hombre sabe pasar desapercibido.

Dieron por terminada la reunión y Sabatini acompañó al corso hasta el muelle, donde embarcó en la góndola junto con sus dos guardaespaldas. El prestamista se sintió satisfecho con su gestión: le había dado la vuelta al asunto y ahora eran ellos quienes tenían la sartén por el mango.

Había conseguido que el principal agente de Felipe II se pusiera de su lado.

Se dijo que sus patrones deberían ser generosos con él para que esto siguiera siendo así.

CAPÍTULO LIV

16 de marzo de 1588, Sanlúcar

NO TODO FUERON ALEGRÍAS PARA Alonso y los suyos a partir del nacimiento de su nueva hija. Delia vino al mundo el 6 de junio de 1585, tras un parto muy difícil. Nació a los siete meses de embarazo y

sobrevivió de milagro, trayendo consigo una desgracia: ella sería la última criatura que podría concebir Luna jamás. Alonso nunca supo que su amada estuvo a punto de morir ese día. El médico y las matronas que la asistieron prefirieron ocultarle esos hechos para no preocuparle más de lo que estaba. Ella había superado el trance, y todos decidieron que era mejor mirar hacia adelante que mortificarse por un riesgo pasado.

Pero aquello no fue lo único que empañó la felicidad de la familia ese año. Otra pesadilla, esta con nombre y apellido, les había costado un disgusto.

Francis Drake.

En septiembre de ese mismo año, la flota de Samuel, con las bodegas llenas de mercancía y a punto de regresar a puerto, fue sorprendida por la del corsario inglés, que se dirigía a las costas de Lisboa después de hostigar la isla de Bayona y Vigo. Tres de las diez naos fueron desvalijadas en nombre de su majestad Isabel de Inglaterra, quien había decidido apoyar a Flandes en su guerra contra España. Si bien las pérdidas materiales y los daños fueron asumibles, el mercader se sumió en un profundo desasosiego que desembocó en un miedo que acabó en enfermedad.

Después de vaciar sus bodegas, fondeó sus barcos en la bahía de Sanlúcar, reacio a que salieran a la mar hasta que el maldito Draque —como le llamaban en España— fuera borrado del Atlántico.

La amenaza de Drake llegó hasta el Nuevo Mundo. Tomó Santo Domingo a principios de 1586 y, tras obtener un suculento rescate de veinticinco mil ducados de oro, incendió parte de la ciudad. Luego repitió la operación con Cartagena de Indias; esta vez, el botín rondó los ciento diez mil ducados. Antes de regresar a Inglaterra, prendió fuego a la fortaleza de San Agustín, en Florida. Con esta lista de maldades a sus espaldas, Drake pasó a convertirse en una leyenda viva y en el terror de los comerciantes que trabajaban con las Indias.

Felipe II, indignado con estos actos de piratería, ordenó preparar una flota para invadir Inglaterra y acabar de una vez por todas con el problema. Durante 1586, el negocio de Samuel se limitó a vender las existencias de sus almacenes de Sanlúcar. Confiando en que el problema inglés se resolvería pronto, no despidió a las tripulaciones de sus barcos, a las que continuó pagando como si navegaran. A pesar de su inmensa riqueza, aquella situación no solo mermaba sus arcas, sino también su salud.

Alonso y Glauco trataron de convencerle para que invirtiera en artillería para sus barcos y así poder hacer frente a los piratas. El mismo duque de Medina Sidonia le disuadió de hacerlo: «Si Drake no mató a ninguno de vuestros hombres fue porque estos no opusieron resistencia; disparad un cañonazo contra los barcos de ese rufián y hundirá todos los vuestros sin compasión».

La puntilla a la salud de Samuel vino en 1587, cuando Drake se anticipó a los planes de Felipe II y atacó a la flota española que este tenía preparada en Cádiz para dirigirse a Inglaterra. No contento con hundir una treintena de navíos, el corsario saqueó la ciudad para luego dirigirse a las Azores. Samuel estaba obsesionado con que el día menos pensado invadirían Sanlúcar, hundirían sus naos, quemarían sus propiedades y sabe Dios qué atrocidades harían a sus mujeres.

Tanto se resintió su salud, que en febrero de 1588 cayó enfermo de gravedad. Su corazón, que ya contaba con sesenta y un inviernos, no fue lo bastante fuerte para resistirlo y dejó este mundo el 16 de marzo de ese mismo año. Si bien tardó semanas en morir, no sufrió más que de un cansancio lúcido que le acompañó hasta el final. Sus últimas palabras fueron para Alonso: «cuida de mis rosas», le hizo prometer.

Este se vio muy solo al ver partir a quien había considerado un padre, y tal vez fue quien más sintió la pérdida. La noche de su entierro, el 19 de marzo de 1588, Alonso se encerró en la biblioteca y se sirvió una copa de vino, sentado junto al sillón vacío que solía ocupar su suegro. Por su cabeza pasaron las largas tardes de charla con el mercader, con quien tantos buenos ratos había compartido y de quien tanto había aprendido. Dejó la frasca al alcance de la mano, previendo una noche larga. Iba por su segundo trago cuando unos nudillos llamaron a la puerta con timidez.

—Adelante.

La hoja de madera se abrió un poco, dejando entrever el rostro de Luna. A pesar de mostrar unas ojeras oscuras, producto de la pena y el llanto, seguía estando bellísima a sus veintisiete años de edad.

—¿Puedo pasar?

—Claro que sí —la invitó Alonso, forzando una sonrisa; ella cerró la puerta a sus espaldas y ocupó el sillón libre a la izquierda del de su padre. Aquella noche, era como si su dueño aún siguiera allí, dando a sus hijos su último adiós desde su asiento vacío—. ¿Ya se han dormido los niños?

—Gonzalo cayó rendido hace horas; Delia ha tardado más en dormirse.

Alonso le ofreció su copa, ella tomó un breve sorbo y se la devolvió. La estancia invitaba a las confidencias, iluminada por un puñado de velas.

—Me siento desamparado —confesó Alonso—. Siempre he contado con tu padre para consultarle todo lo referente a los negocios. A veces tengo miedo de no estar a su altura…

—No digas tonterías —le reprendió—. Lo harás de maravilla. Conoces a todos sus contactos, sus clientes te aprecian… Llevas años llevando sus negocios, ¿por qué ibas a hacerlo mal?

—Saber que estaba ahí me daba seguridad.

—Lo entiendo.

Se hizo un silencio, mudo homenaje al patriarca que había emprendido un viaje sin retorno a un cielo que, si existía, tenía más que ganado. Luna fue quien lo quebró:

—Estuve hablando con don Alonso después del sepelio…

—¿Con el de Medina Sidonia?

Ella asintió.

—Ha dejado caer que Felipe II enviará una flota para echar del trono a Isabel de Inglaterra y acabar de una vez con la piratería. Es un secreto a voces, pero no lo vayas comentando por ahí.

—¿Tú qué harías con la flota de tu padre? —le preguntó Alonso.

—Tenerla fondeada está costando una fortuna —razonó, robándole a su esposo otro sorbo de vino—. Llevamos tres años perdiendo más dinero que si Drake nos vaciara tres o cuatro bodegas en cada viaje. No sé, creo que es difícil que el rayo caiga dos veces en el mismo árbol… ¿Tú qué opinas?

—Que eres la mujer más valiente del mundo.

Ella se echó a reír.

—Solo quiero que me prometas una cosa.

—Me temo que ya sé lo que me vas a pedir.

—No quiero que viajes a las Indias hasta que el problema de Drake esté resuelto.

—¿No decías que es difícil que el rayo caiga dos veces en el mismo árbol?

—Difícil, pero no imposible. Tus hijos y yo te necesitamos; el negocio y tu madre también. Limita el cargamento a sacos de azúcar de caña: es lo más rentable, se vende rápido y es poco apetecible para los piratas. Además, los capitanes de los barcos están capacitados para hacer las compras, ni siquiera sería necesario que fueras tú.

Alonso se levantó y puso a su esposa de pie. Se fundió en un abrazo con ella y le acarició el cabello muy despacio, oliéndola.

—No sé por qué tu padre estaba tan obsesionado en que yo me hiciera cargo del negocio. Eres mucho mejor que yo en esto…

—Lo único que he hecho es decir en voz alta lo que todos pensábamos mientras mi padre se consumía en sus miedos.

Alonso siguió acariciando a su esposa bajo la luz danzarina de las candelas que alumbraban la biblioteca. Luna tenía razón, era hora de ponerse en movimiento.

—Mañana mismo empezaré a preparar una nueva expedición.

CAPÍTULO LV

17 de mayo de 1589, Lisboa

DESPUÉS DE AÑOS DE SERVIR A Andrea Gasparo Corso, Urko Aguirre por fin era libre.

Libre y rico.

Tenía planes y oro para retirarse y empezar una nueva vida sin doblar el espinazo, ni tener otra preocupación aparte del precio de las putas del burdel. Pero aún tenía algo pendiente, algo que le impediría

dormir tranquilo hasta que no lo hiciese: vengarse del duque de Alandroal, de Alonso Teixeira y del irlandés.

Cuando reveló a Gasparo Corso el engaño de Sabatini, dos años atrás, pensó que su compromiso con él había concluido. Nada más lejos de la realidad. En lugar de liberarle, le usó de enlace con Inglaterra, donde recogía las banderas que se utilizaban como códigos secretos entre los corsarios ingleses y los barcos protegidos; también tuvo que entregar dichas banderas en diferentes puertos de toda Europa, además de cumplir diversos encargos que prolongaron sus servicios con él hasta febrero de 1589.

La que fuera conocida por los españoles como Grande y Felicísima Armada —que luego pasaría a la Historia como la Armada Invencible— fracasó en su intento de invadir Inglaterra, golpeada de forma cruel por vientos traicioneros, tormentas y mala mar. Francis Drake, el mayor enemigo de España, contraatacaba ese mayo de 1589 hostigando La Coruña. Aprovechando que la flota inglesa aún se encontraba en el norte, el sur de la Península reanudó su comercio con las Indias.

Urko se había desplazado junto con Aníbal Falcó y Riccardo Lombardi a Lisboa para acometer la primera parte de su plan contra los sebastianistas. Gracias a sus informadores ingleses, sabía que en los siguientes días la flota enfilaría proa hacia Lisboa, así que tendría que darse prisa para acabar su misión antes de verse inmerso en un conflicto de final incierto. Nada peor que estar en medio de un fuego cruzado entre dos fuerzas cuyo destino no le importaba lo más mínimo. Ojalá reventara Portugal, Inglaterra, Flandes y Francia. Y Castilla, y Andalucía, y todo lo que no fuera el pueblo costero de Guipúzcoa donde quería retirarse. Si fuera por él, que ardiera el mundo entero, pero solo después de vengar a su hermano y a sus hombres.

Llegaron a su guarida lisboeta. Urko desparramó la vista por los muebles polvorientos, el techo lleno de humedades, las telarañas que decoraban los rincones y las cagarrutas de rata que moteaban el suelo desgastado de madera. Un antro deleznable, muy diferente de su futura villa. Mientras sacudía el polvo de la mesa azotándolo con un pañuelo, se planteó la posibilidad de prender fuego a aquella chabola el día que se marchara de Lisboa para siempre.

Su objetivo principal era el duque de Alandroal, pero un ataque a su palacete del Barrio Alto sería un suicidio: no solo tendrían que vérselas con él y sus hombres de armas, también con la guardia de la

ciudad, que no tardaría en aparecer alertada por la lucha. Tenía que sacar al Duque de su casa, y nada mejor para ello que destruir el que tal vez era su bien más preciado: la Cruz do Sul. Sus contactos le informaron de que llevaba semanas atracada en uno de los muelles, con un retén permanente que pernoctaba a bordo. Aníbal convenció a Urko de que podría ocuparse del asalto en solitario.

—Ellos no esperan un ataque. Acabaré con los centinelas en silencio y luego degollaré al resto mientras duermen. Cuando no quede nadie con vida, prenderé fuego a la santabárbara y la haré saltar en pedazos. Rafael, un soplón del puerto, me contó una vez que al artillero del Duque le gusta jugar con pólvora; según dice, guarda artefactos peligrosos en la bodega. Si eso es así, la explosión se oirá hasta en El Escorial.

—¿Estás seguro de que podrás hacer esto tú solo? —insistió Urko.

—Sin ningún problema —afirmó, rotundo.

Lombardi escuchó el plan en silencio. Para sus adentros, daba gracias a Dios por quedar al margen de aquello. Degollar hombres durmiendo le parecía una cobardía y una atrocidad de la peor especie. Al fin y al cabo, no sabía ni quiénes eran ni tenía nada contra ellos. Asesinar a sangre fría no era lo suyo.

El genovés estaba deseando que aquel ajuste de cuentas acabara de una vez para alejarse de aquellos dos monstruos para siempre. Odiaba haberse convertido en un asesino, aunque su palabra le atara al peor que había conocido jamás. Lombardi ya había decidido lo que haría en cuanto se viera libre de su compromiso con él: embarcarse a las Indias para nunca más volver. Aún no sabía dónde iría, pero le daba lo mismo: odiaba a muerte los últimos tres años de su vida.

—Ahora viene la segunda parte —le dijo Urko a Lombardi—. Si todo va según los planes, el Duque se dirigirá al puerto a comprobar los daños. Atacarle en el Barrio Alto no es una buena idea, ni tampoco en los muelles, que estarán llenos de curiosos. Le pillaremos a mitad de camino, con la guardia baja. —Dirigió su atención hacia Aníbal—. ¿Te dará tiempo a reunirte con nosotros dos calles más abajo de la Posada de Todos los Santos? He pensado en el Callejón de los Curtidores.

—Lo conozco y sí, me dará tiempo —afirmó la Sombra—. Es un buen lugar para una emboscada, y el Duque no tendrá más remedio que pasar por allí.

—¿Y si deciden ir a caballo? —intervino Lombardi—. A galope no

podremos detenerlos…

Urko parecía tenerlo todo bajo control.

—Los mercaderes dejan sus carros en la calle, los usaremos para cerrarles el paso. He contratado a tres matones baratos y medio idiotas. No tengo demasiada fe en ellos, pero les dejaremos disparar primero. Si no matan a nadie, al menos llamarán la atención del Duque; entonces tendremos la oportunidad de asesinarle mientras él y sus hombres se ocupan de esos desgraciados. Pase lo que pase, tenemos que cerciorarnos de que nuestros aliados mueran: la guardia encontrará sus cadáveres, los culparán del asalto y no habrá más investigaciones —se dirigió a Lombardi—. Tú y yo no podemos bajar la guardia. Si alguno de los hombres de Tristán de Souza sobrevive a nuestros arcabuces, tendremos que batirnos con él, y te advierto que son espadachines muy diestros. Confío en tu pericia, Riccardo.

—Juré estar a tu lado hasta terminar con esto —le recordó—, y yo siempre cumplo mi palabra.

Urko se volvió hacia Aníbal.

—¿Cuándo lo hacemos?

—Dentro de dos noches, de madrugada. Así tendré tiempo de aprenderme una ruta rápida por los tejados y vosotros de preparar el asalto en el callejón.

—De acuerdo. Riccardo y yo aleccionaremos a nuestros cebos y ensayaremos una vía de escape hasta aquí. Tendremos los caballos preparados, no quiero estar en Lisboa cuando ataquen los ingleses.

19 de mayo de 1589, Lisboa, dos días después, de madrugada

La Sombra se movía por encima de los almacenes y tabernas que plagaban la zona portuaria, rumbo al muelle donde estaba atracada la Cruz do Sul. Lo hacía con sigilo, sin producir el menor ruido, sorprendiendo incluso a los gatos que vagabundeaban por tejados y azoteas. Iba vestido de negro por entero, con unas alpargatas cómodas

y silenciosas del mismo color, y dos pañuelos oscuros dejando a la vista tan solo un par de ojos rodeados de piel tiznada con carbón. Los correajes, de tela, albergaban una daga afilada con un esmero especial para la ocasión. Colgada a la espalda, bien sujeta al cuerpo, llevaba una ballesta junto a un carcaj que contenía una docena de virotes atados entre sí.

Era una sombra y se desplazaba como tal. Si los soldados le descubrían de esa guisa tan sospechosa, abrirían fuego sin siquiera darle el alto. Los nervios en Lisboa estaban a flor de piel, con un gran número de barcos españoles y portugueses aguardando el ataque inglés en el estuario del Tajo. A tres pisos de altura, Aníbal estudió su próximo salto.

Desde la azotea donde se encontraba, brincó al tejado adyacente. En la calle, dos fulanas intentaban engatusar a un par de marineros borrachos. Ninguno de ellos elevó la vista al cielo. Una carrerilla y otro salto le llevaron a un almacén cerrado de menor altura que el resto. Orientándose por las luces, Aníbal logró situarse. El muelle al que se dirigía estaba a unos doscientos pasos al sudeste.

Tuvo que descender a pie de calle y deslizarse detrás de dos soldados que hacían su ronda, arcabuz al hombro. Pasó pegado a la pared, sin siquiera respirar. En cuanto tuvo ocasión, se encaramó a una ventana, saltó a un balcón del piso superior y volvió a estar en las alturas, brincando de tejado en tejado. Sonreía debajo del pañuelo negro que tapaba su boca, le encantaba ese juego. Durante un segundo, su silueta eclipsó la luna al saltar a la cubierta del último almacén antes de llegar al embarcadero.

Ya no le quedaba más remedio que bajar. Una vez en el suelo, se agachó detrás de unos barriles y estudió el escenario. En la oscuridad, las siluetas de los barcos parecían todas iguales a pesar de ser de diferentes tamaños. Las velas, arriadas, dejaban entrever los palos desnudos que asemejaban árboles pelados; los jardines de popa parecían calaveras gigantes y melladas allí donde había ventanucos sin iluminar. Sin hacer ruido, descolgó la ballesta de la espalda y separó una saeta del manojo que llevaba en el carcaj. Tensó el cable del arma, intentando hacerla crujir lo menos posible, y avanzó en paralelo a los muelles. Si alguien se interponía entre él y la carabela, lo eliminaría sin pensárselo dos veces.

Habían pasado al menos dos horas de la medianoche, por lo que la actividad en los barcos y en los muelles era mínima. En algunos de ellos se veía una luz danzante: la lámpara de un centinela que hacía su

ronda en cubierta. Por suerte para Aníbal, había gran cantidad de cajones, barriles, sacos, rollos de maroma, tenderetes vacíos y demás escondrijos para ocultarse, aunque sabiendo que los ingleses amenazaban con atacar Lisboa, la mayoría de las miradas de los centinelas estarían fijas en la desembocadura del Tajo, más que en tierra firme.

Tuvo que agacharse cuando la luz de un farol apareció tras una esquina, a cuatro pasos de él. Un hombre anciano, posiblemente el vigilante de algún almacén cercano, sostenía una lámpara delante de él y miraba a su alrededor con el ceño fruncido. Con movimientos parsimoniosos, la dejó sobre la tapadera de un tonel muy próximo al lugar donde se ocultaba Aníbal y se sacó la verga. Trazó un arco de meados que a punto estuvo de bañar al asesino, que tuvo que contener el impulso de dispararle a bocajarro en los mismísimos. Una vez aliviado, el desconocido recogió su farol y desapareció por la misma esquina por la que se había asomado.

Exhalando el aire muy despacio, intentando que su corazón volviera a su ritmo normal, Aníbal esquivó el charco y cruzó la callejuela, manteniéndose siempre oculto. Sacó la cabeza pordetrás de unos bultos envueltos en lona de cáñamo e intentó atravesar la oscuridad con la vista para orientarse en el muelle. Reconoció un secadero de pescado vacío que había visto esa misma mañana y supo enseguida dónde se encontraba su objetivo: dos muelles más al sur.

Correteó paralelo al mar, agachado y alerta, hasta alcanzar el embarcadero de la Cruz do Sul. La carabela se encontraba justo frente a él, con el castillo de popa casi tocando la obra de piedra del puerto y la banda de estribor pegada al muelle. Subir sería fácil, a pesar de que habían recogido la pasarela. La cubierta estaba a oscuras, a excepción de un tenue resplandor proveniente de un par de faroles que Aníbal no podía ver desde su posición.

Se acercó al barco gateando y se apostó junto a uno de los noráis de hierro en los que estaba amarrada la nave. Poco a poco, con una lentitud sobrehumana, se encaramó a él y se estiró para echar un vistazo a la cubierta. Los faroles iluminaron la silueta de un hombre recostado en el palo mayor, cercano al castillo de popa. Parecía estar de pie para no dormirse, aunque su respiración era sonora y regular, como si estuviera dando una cabezada. Decidió jugarse el todo por el todo y apuntó su arma a la cabeza. El virote, dotado de una caperuza afilada de hierro capaz de atravesar una armadura, destrozaría sin problemas un cráneo humano, matándole de inmediato. Aguantó la respiración y oprimió el disparador.

Fue la última guardia de Eugenio Madeira, el cocinero de la Cruz do Sul. El disparo, certero, le arrebató la vida en el acto. No cayó al suelo, ni siquiera resbaló por el palo mayor: el virote dejó su cabeza clavada en la madera, manteniéndole erguido hasta el final.

Después de comprobar que no había nadie más en cubierta, Aníbal se colgó de nuevo la ballesta a la espalda y saltó a la borda desde el muelle. Las tablas emitieron un crujido sordo y él se agachó. Se quedó muy quieto, esperando a ver si alguien se despertaba con el ruido.

Nadie.

Bajo el castillo de popa, donde estaban los fogones apagados, contó hasta cuatro bultos envueltos en mantas ligeras. Era primavera y las temperaturas benignas. Aníbal extrajo la daga de su funda y se dirigió a su primera víctima.

Salomão Gilberto, Salo para los amigos, se despertó durante un brevísimo instante al sentir que una mano implacable le tapaba la boca y las fosas nasales. No pudo gritar, pero sí que sintió el acero abriéndole la garganta de oreja a oreja. Por suerte para él, el dolor duró un suspiro. Plinio y Chico, los grumetes que se habían criado entre los marineros de la Cruz do Sul hasta rondar la veintena, fueron más afortunados: murieron mientras dormían. Raimundo Gomes, el piloto, también se fue de este mundo mientras soñaba con su esposa Mar, a quién veía dos o tres veces al año cuando era afortunado. Su viuda, en Vila Nova de Portimão, no se enteraría de que era viuda hasta medio año después.

Bajo la toldilla se extendió una laguna formada por cuatro sangres distintas y todas igual de rojas. Aníbal abandonó la escena con el olor a carnicería aferrado a su pituitaria. Vigilando que no apareciera nadie más, escaló con sumo cuidado los peldaños de madera que llevaban al castillo de popa. Su deseo se hizo realidad al comprobar que la puerta no estaba cerrada por dentro; si hubiera tenido que forzarla, el sigilo se habría evaporado. Una pequeña lámpara en el suelo le permitió distinguir las facciones atractivas de un hombre que dormía a pierna suelta sobre un jergón.

Romeo Vilanova tampoco se quejó por su injusta muerte a traición. El contramaestre de la Cruz do Sul emprendió su último viaje con los ojos cerrados, como cuando azota la tormenta y el mar embravecido muestra su poderío barriendo con sus olas la cubierta.

La Sombra hizo girar tres veces su daga ensangrentada en la mano, en

una innecesaria muestra de habilidad. Se vio a sí mismo como la Parca, un segador de vidas con el poder de quitarla a su antojo. Dejando que la sangre del contramaestre tiñera las sábanas, salió al exterior, a la luz titilante de los faroles.

Se dirigió al castillo de proa con pasos lentos. Se agachó en la oscuridad y se deslizó bajo la estructura de madera que formaba la toldilla. Allí encontró a dos tripulantes dormidos. Sopló el filo de su hoja en silencio, en una suerte de ritual extraño.

Benigno, otro de los tripulantes, siguió los pasos de sus compañeros en su camino hacia el más allá. Fausto, el barbero y enfermero, recibió un corte tan profundo en el cuello que si hubiera estado de pie la cabeza se le habría caído al suelo.

Ocho, contabilizó la Sombra. Y aún no había bajado a la bodega.

El interior del casco de la Cruz do Sul no estaba del todo a oscuras: varios faroles de pequeño tamaño, sujetos a las mamparas, lo bañaban todo con una luz cálida. Aníbal vio cofres, toneles, barricas pequeñas, vasijas de barro, provisiones e infinidad de chismes de todo tipo. Caminó entre los cajones de suministros con cuidado de no tirar nada. Al principio pensó que no había nadie allí, hasta que se asomó detrás del panol situado en popa donde Quirós tenía su taller, el espacio de trabajo en el que tanto disfrutaba experimentando con pólvora. Tanto la mesa como las estanterías estaban repletas de contenedores de metal, barriles pequeños, moldes, equipo para fundir plomo, calibres y demás. A un lado de ese desorden, rodeado de explosivos, el artificiero dormía en un jergón de madera. Era raro que Quirós pasara la noche fuera del barco: él lo consideraba su casa, y la bodega sus dominios. Allí fue donde murió.

Aníbal registró la bodega a fondo y comprobó que no quedaba alma con vida. Limpió la sangre de su arma en un saco de legumbres, la devolvió a su funda y regresó a la zona de trabajo de Quirós. En el compartimento de al lado, contó una docena de barriles de pólvora. El asesino los distribuyó por toda la bodega, abrió uno de ellos y fue dibujando regueros negros en el suelo hasta conectarlos todos. No le fue difícil encontrar un rollo de mecha que introdujo en la boca del barril que había usado para esparcir el polvo explosivo. Fue desmadejándola poco a poco hasta salir por la escotilla, dejando un buen tramo que llegaba a la borda de babor. Eugenio, el cocinero clavado al palo mayor, parecía recriminarle su acción con su postura flácida y resignada. Aníbal descolgó una de las lámparas del castillo de popa y la lanzó contra la mecha, que prendió casi en el acto.

No se quedó para ver el espectáculo.

Se lanzó de cabeza al agua y nadó con brazadas rápidas, alejándose de la Cruz do Sul hacia la protección de los barcos próximos. Ignoraba la magnitud de la explosión que se avecinaba y quería estar lo más lejos posible cuando se desencadenara el infierno.

La noche se hizo día cuando la carabela se convirtió en una tormenta de astillas ardientes. El estruendo se oyó en todo Lisboa, y las ventanas comenzaron a cobrar vida. El barco vecino, una carraca más vieja aún que la Cruz do Sul, empezó a arder también al recibir la lluvia de fuego. Si no se tomaban medidas, aquello podría desembocar en una cadena de incendios.

Casi un centenar de almas salieron a la noche como surgidas de la nada, dispuestas a sofocar el fuego que destruía al barco vecino de la Cruz do Sul. Los cubos de agua comenzaron a correr en cadena.

La Sombra emergió del agua después de nadar casi una milla. Las pocas personas que se encontró en su huida ni siquiera le miraron, absortas en el incendio. Todos los perros de Lisboa se pusieron de acuerdo para ladrar a la vez, haciendo llorar a una coral de bebés que despertaron a sus madres con sus llantos. El rumor de un ataque de los ingleses se propagó de ventana en ventana. Aníbal callejeó hasta poder encaramarse a un tejado. Desde lo alto, encontró la ruta a seguir hasta el lugar donde Urko había preparado la emboscada. Se detuvo unos segundos para tomar aliento y contemplar su obra, antes de correr de nuevo por los tejados.

En el Callejón de los Curtidores, Urko, Lombardi y los tres matones se preparaban para sorprender al duque de Alandroal. Habían desatado las cuerdas con las que los mercaderes ataban sus carretas vacías y habían colocado en sus cajas montones de paja impregnadas en brea. El genovés y uno de los matones sostenían sendas antorchas en la mano.

Todo estaba listo para la emboscada.

El Barrio Alto quedaba demasiado lejos de los muelles para que a Tristán de Souza le despertara la explosión. El sonido llegó allí tan amortiguado que fueron pocos quienes se levantaron de la cama.

El capitán de la Cruz do Sul, Nicolau Arantes, que vivía a medio camino entre el Tajo y el palacete de la calle de San Pedro, fue uno de los muchos que se asomaron a la ventana, asustados por el estruendo. Lo primero que oyó comentar a sus vecinos fue que los ingleses

atacaban el puerto. Se vistió a toda prisa, se colgó su espada al cinto y se dirigió hacia allí. Si los rumores eran ciertos, quería estar en su barco. No había llegado a la zona portuaria cuando uno de los trabajadores del muelle, un estibador al que conocía desde hacía años, le dio la mala nueva.

—¡Es vuestro barco, la Cruz do Sul! ¡Ha volado en mil pedazos! ¡No queda nada de él, ni han encontrado supervivientes!

—¿Ninguno? —El capitán Arantes soltó una maldición—. ¿Han sido los ingleses?

—No han sido los ingleses, y es imposible que alguien haya sobrevivido a esa explosión. Fijaos cómo fue, que hasta incendió la carraca vecina; dicen que el fuego ya está bajo control. El otro barco no llevaba explosivos a bordo, gracias a Dios.

—¿Está el Duque en el embarcadero?

—Que yo sepa, no, es probable que ni se haya enterado. Si me decís dónde vive, yo mismo iré a avisarle —se ofreció.

Lo primero que le vino a la mente a Arantes fue Quirós y sus malditos experimentos. Algún día tenía que pasar. Si no quedaba nada del barco, acercarse al muelle ya no era urgente.

—Prefiero ser yo quien le dé la mala noticia —rechazó el capitán, dando media vuelta—. Gracias por vuestra gentileza.

Correteó por las calles, cruzándose con gente que bajaba al puerto y con otros que regresaban con su curiosidad satisfecha.

«No han sido los ingleses», oyó decir a unos hombres vestidos de tal guisa que era evidente que habían abandonado sus lechos a toda prisa. «O ha sido un accidente, o alguien le ha metido fuego al barco». Arantes repasó los nombres de quienes solían pernoctar en la Cruz do Sul y que a estas horas ya no estaban entre los vivos. Quirós, con toda certeza: apenas pisaba tierra firme; Gilberto, Plinio, Chico, Gomes y Benigno solían dormir a bordo. Los demás tripulantes tenían residencia en Lisboa, al igual que Almeida y Fazendas, los médicos. Al menos no habían muerto todos. De repente, un puñetazo de tristeza golpeó con fuerza su pecho.

Se había olvidado de su amigo Romeo Vilanova.

El contramaestre también pernoctaba en la carabela. La respiración de

Arantes se tornó pesada. El joven Vilanova, a quien él mismo había formado como marino desde que era poco más que un crío; el hidalgo adinerado que arrastraba tras de sí una marea de muchachas hermosas y nunca cambió a una de ellas por el mar. Un hombre leal que había acabado siendo su mejor amigo, su hermano pequeño.

No pudo reprimir las lágrimas, pero sí su deseo de correr cuesta abajo y comprobar si Dios había obrado un milagro. Pero no, lo primero era avisar al Duque. Mientras se asfixiaba cuesta arriba, trataba de convencerse de que tal vez Vilanova hubiera pasado la noche en casa de una de sus amantes, o en la taberna, borracho como una cuba.

Por fin llegó a la residencia del Barrio Alto. Golpeó con el aldabón hasta que los vecinos maldijeron el día de su nacimiento a gritos, aunque él ni siquiera se percató de los insultos. La puerta se abrió, mostrando el rostro somnoliento de Gil.

—Capitán —gruñó, con los ojos pegados por las legañas—. ¿Qué sucede?

—¡La Cruz do Sul! —exclamó, apartándole a un lado; a la luz de la vela, Gil se dio cuenta de que tenía los ojos húmedos. El capitán comenzó a subir los peldaños de dos en dos—.¡Tristán! ¡Tristán, despierta!

—¿Qué le ha pasado al barco…? —preguntó Gil, aunque Arantes ya había desaparecido escaleras arriba.

Gil cerró la puerta y usó la vela para encender las lámparas del vestíbulo. En la planta superior empezaron a oírse voces. Los aldabonazos habían despertado hasta a las ánimas del purgatorio.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó Tristán nada más salir de su alcoba; enseguida se percató del rostro lloroso de Arantes—. ¿¡Qué pasa!? —repitió.

—El barco, Tristán —dijo, tragándose los mocos—. Ha volado por los aires. Según dicen, no ha quedado nada de él.

Zilhão, Veira y Miguel estaban también en el descansillo con la boca abierta. Gil se reunió con ellos una vez alumbró una buena zona de la planta baja. De repente, todos se sentían muy despiertos.

—¿Y la tripulación? —quiso saber el Duque, sospechando la respuesta que iba a obtener.

Arantes abrió las manos, desolado.

—Dicen que no ha habido supervivientes, pero yo no he estado en el puerto aún…

Tristán trató de asimilar la noticia con la mayor templanza posible. Después de unos instantes de silencio, dijo:

—Me pondré algo encima e iré a ver qué ha quedado de mi barco…

Arantes no quiso repetirle que no había quedado nada. Todos se dirigieron a sus aposentos a vestirse. Unos y otros planteaban diferentes hipótesis de habitación en habitación, y el nombre de Quirós y sus explosivos se dejó oír en el descansillo. Al capitán no le interesaba, por ahora, buscar culpables; lo que quería era comprobar, in situ, la ruina de su nave. Sin pedir permiso, se coló en la habitación del Duque, que ya se calzaba las botas. Sobre su cama deshecha reposaba su espada y la rodela.

—¿Preparamos los caballos, Tristán?

Este rechazó la idea.

—Tardaremos más en ensillarlos que en llegar al puerto. Casi todo el camino es cuesta abajo, iremos a paso ligero y llegaremos en nada.

Cuando salió al pasillo, sus hombres estaban ya listos para acompañarle. Él les contempló durante unos instantes, consciente por primera vez de que eran los supervivientes de una familia con la que había forjado lazos muy fuertes. Las costas de Berbería, sus acciones de guerra, esos días en alta mar… Todas esas imágenes recopiladas a lo largo de años cruzaron su alma dejando un rastro de salitre, polvo y camaradería. Señaló a Gil y a Zilhão, los más antiguos entre sus filas.

—Vosotros dos, venid conmigo. Luis, tú y Miguel quedaos en casa.

—¡Yo quiero ir al puerto con vos! —protestó Miguel, que había dejado de ser un jovenzuelo para convertirse en un hombre a punto de cumplir los veintiuno.

—Iremos nosotros cuatro y no se hable más. —Su tono no permitía réplica—. Quedaos aquí por si alguien trajera información del accidente —se dirigió a Arantes—. Vámonos.

Bajaron corriendo por la calle de San Pedro. Aún faltaban más de dos horas para que amaneciera. Veira cerró la puerta de la calle y se

plantó delante de Miguel. La expresión del joven era feroz, como si mil demonios le torturaran por dentro.

—Vete a la cama —sugirió Veira—. Yo les esperaré despierto. A mi edad, uno duerme poco.

—Tengo un mal presentimiento, Luis —musitó Miguel.

—No digas tonterías y vete a la cama.

La frase sonó a orden. Rumiando su enfado, Miguel subió a su alcoba. Veira le siguió con la vista hasta que desapareció en el rellano. Se dirigió al salón y se dejó caer en el mejor sillón, en el favorito del Duque. Lo notó frío, casi helado, como si el asiento supiera que Miguel tenía razón.

La Sombra llegó a tiempo al Callejón de los Curtidores. Se apostó en la terraza de un comercio cerrado con los virotes a mano. Oteaba hacia la parte alta de la calle, esperando ver aparecer al Duque. El susto de la explosión había sido efímero; el ajetreo había pasado y las calles volvían a estar vacías a esa hora de la madrugada.

Abajo, Urko, Lombardi y los tres bribones a sueldo controlaban la cuesta. El asesino y el maestro de esgrima se ocultaban en la callejuela de la izquierda, según se bajaba; los rufianes en la de la derecha. Todos portaban arcabuces de rueda cargados y amartillados.

Aníbal divisó a cuatro hombres bajando la calle al trote. Iban a pie. Esperó hasta tener la certeza de que se trataba del Duque. Lo era. La Sombra hizo una seña a sus compinches, que incendiaron las carretas impregnadas en brea con sus antorchas.

Justo antes de que Tristán y sus hombres pasaran, las cruzaron en su camino, cortando su carrera. Sorprendidos por los fardos en llamas, frenaron en seco, desconcertados. Fueron Gil y Zilhão quienes reaccionaron antes, lanzando una ojeada rápida y experta a sus alrededores; una ojeada que detectó la amenaza del ballestero vestido de negro en la azotea.

—¡Emboscada! —gritó Gil, lanzándose como una exhalación contra el Duque, que perdió el equilibrio y cayó al suelo.

La punta cónica del virote arrancó chispas del empedrado. Aníbal maldijo y se agachó detrás de la balaustrada de piedra para recargar su ballesta. Zilhão sacó su espada y buscó enemigos en las inmediaciones, pero el fuego le deslumbraba. Tristán y Gil se

levantaron de un salto y desenfundaron a la vez. El Duque se protegió con la rodela, a la espera de otro dardo procedente de las alturas. Arantes, detrás de él, esgrimió su espada. Si bien tenía nociones de esgrima, nunca fue un gran guerrero; dentro de su pecho, el capitán sentía que su corazón galopaba a demasiada velocidad.

En ese momento, atravesando la humareda que brotaba de los carros en llamas, surgieron las bocas de los arcabuces. Sonaron tres estampidos a la vez, uniendo el humo de sus disparos al de de la paja ardiendo. Solo una bala dio en el blanco.

Al sentir el golpe en la parte derecha del tórax, Zilhão se quedó muy quieto. Al principio fue solo picor, luego quemazón y más tarde dolor, todo ello en poco más de un segundo. Notó la sangre brotar de la herida y la rabia eclipsó al sufrimiento. Con un alarido de furia, se lanzó hacia sus atacantes. Gil señaló en la dirección de los disparos.

—¡A la derecha, excelencia, en ese callejón!

Zilhão agarró la boca del arcabuz descargado que empuñaba un joven desdentado y harapiento; el desgraciado ni siquiera vio venir su espada, que se hundió justo en la base de su cuello. Al lanzar la estocada, el balazo del costado protestó, produciendo una ola de dolor que hizo que el rostro del espadachín se crispara en una mueca. Otro de los bandidos, un animal enorme, le lanzó el arcabuz descargado a la cabeza. Zilhão se agachó en el último momento. Gil ya casi estaba a su lado. El Duque, rodela en alto, buscaba una forma de subir a la terraza para entablar combate cuerpo a cuerpo con el ballestero.

Ocultos tras la carreta en llamas de la izquierda, Urko detuvo el ansia de Lombardi por descargar su arma. Los hombres del Duque ni siquiera les habían visto.

—Espera a ver qué hacen esos idiotas —le susurró—. El del mostacho ya se ha cargado a uno de ellos, y eso que va herido.

Zilhão recuperó el equilibrio y desenterró la hoja de la garganta del gañán, que trataba de taponar la herida sin éxito. Giró sobre sí mismo y falló una estocada al gigantón con cara de tonto, que retrocedió a la vez que sacaba un hacha del cinturón. Su otro compañero vivo arrojó lejos el arcabuz y empuñó una espada mellada que parecía haber sobrevivido a siglos de dominio romano. Una antigualla.

Gil y Arantes se lanzaron contra los rufianes, dando un respiro a Zilhão, que comenzaba a resentirse de su herida. Gil saltó sobre el cuerpo del bandido muerto y cortó de un tajo los dedos del grandullón

que sujetaban el hacha. El arma cayó al suelo acompañada de un berrido porcino que despertó a los pocos vecinos que aún dormían. El espadachín lanzó dos estocadas vertiginosas a la barriga hinchada del matón. Los chillidos se intensificaron, pero el gordo no caía.

—A por el Duque —ordenó Urko a Lombardi en un susurro.

El noble, que dudaba entre ir a ayudar a sus hombres o trepar al edificio donde se ocultaba Aníbal, se encontró cara a cara con ellos. Su mirada se cruzó con la del asesino y, en ese momento, Tristán de Souza supo quién era.

Urko le disparó a bocajarro. El Duque cayó hacia atrás, con un agujero de bala un poco más abajo de la garganta. Iluminado por las llamas, su rostro quedó grabado en la mente de Lombardi: era el de alguien con valores, de esos que él solía frecuentar en Hamburgo, muy distintos de sus actuales compañeros, capaces de cualquier cosa por lograr sus objetivos. En un mundo de buenos y malos, a él le había tocado formar parte de estos últimos por culpa de un desliz. Lombardi volvió a centrarse en el momento, era su deber. Apuntó su arcabuz con cuidado hacia la pelea que tenía lugar en la bocacalle: Zilhão se tambaleaba, visiblemente tocado; Gil y Arantes lanzaban estocadas contra los bandidos, ganándoles terreno. El maestro de esgrima centró su atención en Gil, el más diestro de los dos. Respirando despacio, tomándose su tiempo, apretó el disparador.

Gil cayó en el acto, con la columna vertebral sesgada por el proyectil de plomo. Había pinchado al gigante dos veces más y este se encontraba de rodillas, tratando de tapar las heridas con una mano sin dedos. Arantes, encolerizado, había atravesado la pierna del tercer bandido, que ahora se alejaba de él cojeando. La pericia del rufián de la espada oxidada era casi nula, por lo que el marino no tuvo problemas para rematarle de una estocada.

—¡Capitán! —le llamó Zilhão, a punto de derrumbarse—. ¡El Duque!

Arantes, que iba a rematar al gigante llorón, giró la cabeza para encontrarse con una escena terrible: Tristán, aún con vida, yacía panza arriba en mitad de la calle. Los vecinos, mientras tanto, llamaban a la guardia a gritos. Una vez más, perros y niños orquestaron una cacofonía de dolor y pena, como si lloraran a la vez la muerte de unos hombres buenos.

El capitán no pudo llegar a donde estaba su amigo: un proyectil grueso como cuatro pulgares juntos le atravesó el pecho, derribándolo.

La Sombra giró la manivela de la ballesta para tensar de nuevo el cable, aunque la batalla estaba acabada.

—Riccardo, acaba tú con el bigotes —le ordenó Urko, que ya se acercaba a Tristán con la espada desenvainada.

Zilhão gritó de rabia al ver caer a Arantes. Esa noche fatídica, el desastre les había azotado sin piedad por mar y tierra. Era el único que quedaba en pie, pero su visión comenzaba a nublarse por la pérdida de sangre. Lombardi se enfrentó a él con una pose clásica de la escuela italiana que reconoció a la primera. Le sorprendió que se llevara la hoja a la frente a modo de saludo. Él no le concedió el honor. El espadachín del Duque consiguió parar cinco estocadas mortales antes de que la hoja le perforara el bazo. Mientras tanto, Urko contemplaba el desigual combate con la bota puesta en el pecho de Tristán de Souza.

Esa última imagen desoladora acompañó a Zilhão a la tumba.

Sintiéndose mezquino y cobarde, Lombardi echó un vistazo al campo de batalla. De los bandidos, solo quedaba de rodillas el gordo aullante. Un chasquido en las alturas anunció el viaje de un virote hacia su pecho. El grandullón se derrumbó sobre el charco formado por su propia sangre.

—Ya dejó de gritar —celebró Aníbal desde la terraza; recogió los virotes sobrantes y los devolvió al carcaj—. Urko, date prisa, la guardia no tardará en llegar.

Este bajó la vista hacia el Duque, que permanecía con los ojos abiertos, sin poder hablar. La sangre salía a borbotones, al ritmo de su respiración. El asesino se agachó un poco, sin dejar de pisarle el pecho.

—Por fin nos vemos las caras tú y yo —silabeó—. Ha sido un gran placer acabar contigo y tus maricas, lo mismo que será un gusto matar a Alonso Teixeira y a su novio irlandés en Sanlúcar, que es mi próxima etapa. Me ha costado años cobrarme mi venganza. Espero que mi hermano te espere en el infierno para darte por ese culo de mujer que gastas.

Y le escupió un salivazo preñado de desprecio antes de clavar su espada un poco más arriba del agujero de bala. Lombardi apartó la vista para no verle expirar. Desde la terraza, Aníbal volvió a meterles prisa.

—¡Me largo, os veo en casa!

Urko y Lombardi corrieron por las callejuelas, escondiéndose de las patrullas que acudían al callejón donde ardían las carretas. Cuando se consideraron a salvo, aminoraron el paso como si estuvieran dando un paseo. El asesino estaba pletórico.

—Ha habido suerte, me he ahorrado el salario de esos tres patanes —rio—. Descansaremos unos días en mi casa y nos largaremos a Sanlúcar antes de que lleguen los ingleses. ¿Qué te ha parecido el combate, Riccardo? Ha sido bueno, ¿eh?

Lombardi no contestó.

CAPÍTULO LVI

19 de mayo de 1589, Lisboa, por la mañana

EL HOSPITAL REAL DE TODOS los Santos era el más impresionante de la capital, con una iglesia de estilo manuelino en el centro, emplazada sobre unas imponentes escalinatas de mármol, que se elevaba más allá de los tres pisos del edificio. Antonio Expósito lanzó una ojeada veloz a la fachada repleta de arcos y grabados y cruzó las puertas del hospital, que en aquellos años estaba regentado por la Hermandad de la Misericordia, como la mayoría de hospitales portugueses. Tanto el zaguán como las primeras salas que encontró estaban ocupadas por enfermos en camastros. El olor era peor que desagradable. Por precaución, se tapó la nariz y la boca con un pañuelo y buscó con la vista a algún fraile que le orientara.

No tardó en encontrar a uno que llevaba en brazos a un pequeño lleno de pústulas. El crío se aferraba al cuello regordete del fraile a pesar de ir medio dormido. Antes de que se le escapara, le abordó.

—Disculpa, hermano —le saludó—. Sé que han traído aquí el cadáver del duque de Alandroal junto a varios de sus hombres. ¿Sabes dónde están?

—En la capilla, padre, detrás de este edificio, justo al lado del cementerio —le explicó—. Será más fácil si salís a la calle y lo rodeáis.

Antonio agradeció sus indicaciones y volvió al exterior, aliviado de escapar de aquel ambiente tan insalubre. Una vez rodeó el hospital, no le fue difícil localizar la capilla. Afuera, encontró algunos nobles lamentándose del incidente de la Cruz do Sul y del infortunio del Duque. Después de ayudar a Diego de Fonseca en la captura del rey de Ericeira, Tristán de Souza se había ganado la admiración y confianza de los más afines a Felipe I de Portugal. Nadie, ni por asomo, le habría asociado con los sebastianistas, a quienes muchos portugueses consideraban una panda de traidores iluminados.

En la capilla, frente al altar, se hallaban los cuatro féretros abiertos donde reposaban el Duque, Gil, Zilhão y Arantes. Horacio Almeida y Elpidio Fazendas, los médicos de la tripulación, habían sido los encargados de preparar los cadáveres para su último viaje, cosiendo sus heridas para que la sangre no traspasara la ropa. Arantes parecía dormido, más que muerto; Tristán sostenía su espada bastarda entre las manos cruzadas, y la rodela descansaba en su regazo bajo la hoja reluciente. También empuñaban sus tizonas Gil y Zilhão, quienes habían muerto como vivieron, luchando. Antonio se santiguó y rezó por su descanso eterno. Por el rabillo del ojo divisó a Veira, que asistía al duelo con rostro abatido, apoyado en la pared. En un banco cercano, de rodillas, oraba Miguel. Su mirada se perdía en el modesto retablo que presidía el oratorio. Veira hizo una seña discreta al fraile para que le acompañara fuera, y este volvió a santiguarse antes de hacerlo. El antiguo bandolero le siguió a distancia, acompañado por Miguel y los médicos. Tenían cosas de qué hablar. Una vez en el exterior, se apartaron de los corrillos hasta estar seguros de que nadie más podría oírles. Después de los saludos y pésames de rigor, Antonio expuso la versión de los hechos recogida en los muelles la pasada madrugada.

—En la Corte nadie tiene la menor duda de que esta salvajada ha sido un ajuste de cuentas: los cadáveres encontrados en el callejón lo confirman. No hubo robo, ni el barco sufrió saqueo.

El mismísimo Archiduque, que conoce mi amistad con Tristán, me ha preguntado si tenía enemigos. Le he dicho que no lo sabía, aunque sospecho quién está detrás de esta infamia…

—Urko Aguirre —silabeó Miguel, con el odio reflejado en su mirada.

—No puede ser otro —coincidió Veira—. A uno de los muertos del callejón le conocía de vista, de las tabernas del puerto. Es un pendenciero seboso de poca monta que cobraba deudas a base de palizas a cambio de unas monedas. Los otros dos, al parecer, eran sus

compinches. Todos ellos basura de la peor especie. Lo curioso es que el gordo y Arantes murieron de la misma forma: atravesados por un virote blindado, capaz de clavarse en una armadura pesada. Se ve que Urko decidió cargarse a sus esbirros después del trabajo.

Almeida intervino:

—Lo de la carabela tuvo que suceder alrededor de una hora antes. Ha sido imposible identificar los cuerpos: el único medio reconocible ha sido el de Romeo Vilanova; al estar dentro del camarote, la explosión no le hizo pedazos del todo —explicó—. Pero no fue la explosión lo que le mató: tenía la garganta seccionada por una hoja afilada, una herida producida por una mano diestra. También apareció flotando en el agua un trozo del palo mayor con la cabeza del cocinero; estaba clavada a él por un virote idéntico a los que encontraron en el callejón. Esto prueba que quienes atacaron la carabela y asaltaron luego al Duque son los mismos.

Antonio dedicó a cada uno de los presentes una mirada de afecto.

—Tenéis que dar gracias a Dios por seguir vivos.

Fazendas, el otro médico, habló:

—También lo están los tripulantes que tienen casa en la ciudad. Antes estuvieron aquí, pero les dijimos que se marcharan. Si los magistrados deciden investigar el caso más a fondo, Lisboa no será un lugar seguro para nosotros. No olvidemos que Aguirre goza del favor de Castilla. —Compuso un gesto de asco mezclado con impotencia—. Esto es una pesadilla: somos víctimas de un asesino protegido por el hombre más importante de la Cristiandad.

—Lo único que podemos hacer es resolver el tema nosotros mismos —dijo Miguel; nadie osó quitarle la razón.

La tenía.

—Es posible que acaben relacionándonos con los sebastianistas —cambió de tema Veira, quien había estado dándole vueltas al asunto desde que recibió la noticia de la muerte de Tristán—. Yo también creo que lo más prudente es abandonar Lisboa…

—¡Ojalá pudiéramos cazar a ese cabrón de una vez por todas! —insistió el joven—. Juro por Dios que algún día le mataré, y lo haré tan despacio que sus gritos se oirán a leguas.

Antonio pasó por alto el juramento y se dirigió a Veira:

—Ahora mismo hay algo que me preocupa más que la venganza, y es Alonso.

Veira se quedó perplejo durante unos segundos. Su amigo acababa de tomarle por sorpresa.

—Joder, no había caído en eso, Antonio. —La expresión de su rostro recibió otra paletada más de preocupación—. Es probable que Urko y sus hombres se dirijan a Sanlúcar para dar cuenta de Alonso y de Tomás.

—Su familia entera está allí —pensó el fraile en voz alta—. Los niños están en peligro…

Veira tomó una decisión inmediata.

—Nos largamos —se dirigió a Miguel—. Cogeremos nuestras cosas, prepararemos los caballos y saldremos de inmediato hacia Sanlúcar. Hay que llegar allí antes que Urko.

Miguel mostró su acuerdo con una mueca de dientes apretados. Poco quedaba de aquel niño roto, taciturno y traumatizado que lloraba sus penas por las esquinas de Lisboa. Ahora que era un hombre y sabía cómo usar un arma con destreza, era un espíritu vengador. Los médicos intercambiaron una mirada elocuente y se ofrecieron a acompañarles. Veira rechazó su oferta tratando de no herir sus sentimientos.

—No sois hombres de armas —argumentó, agradecido—. Coged a vuestras familias y marchaos hasta que todo esto se olvide.

Almeida no quiso dar su brazo a torcer a la primera.

—Aunque no seamos buenos espadachines, podemos disparar un arcabuz. Solo Dios sabe cuántos son ellos, y vosotros solo dos. Cualquier ayuda os vendrá bien.

Veira les sorprendió con una afirmación:

—Ellos son tres, y solo son buenos atacando por la espalda. De frente no valen una mierda.

—¿Cómo diantre sabes que son tres? —quiso saber Antonio, intrigado.

—Encontraron cinco arcabuces descargados en el lugar de la

emboscada: tres en el callejón donde estaban los bandidos muertos, dos en la callejuela de los curtidores, y un ballestero que atacó desde arriba. —Veira simuló la trayectoria descendente de los virotes con su dedo índice—. Si las cuentas no me engañan, había seis en el momento del ataque, y tres consiguieron escapar. Si Urko es uno de ellos, son tres. Cuatro, si Urko no estaba allí, como de costumbre…

Antonio le miró con una expresión de admiración.

—¿Adónde habrías llegado de haber recibido una educación adecuada, amigo Luis?

—Tal vez sería fraile —bromeó—. Si consigo salvarle el pellejo a Alonso y a Tomás, juro que no volveré a empuñar un arma contra nadie. —Se volvió hacia Miguel—. Pero ahora tenemos una misión que cumplir y la haremos rápido. Quiero que todo esto termine.

Antonio trazó una señal de la cruz sobre sus cabezas.

—Que Dios os bendiga. Me gustaría acompañaros, Luis, pero ya sabes que la guerra no es lo mío. Acuérdate de Alcazarquivir…

—Si no tienes noticias nuestras en las próximas semanas, reza por nosotros.

Esa fue la despedida de Luis Veira. Cuatro horas después, él y Miguel abandonaban Lisboa a lomos de sus caballos.

Mientras tanto, Urko, Lombardi y Aníbal seguían durmiendo a pierna suelta en la guarida del asesino, sin saber que dos de los supervivientes del equipo del Duque, tal vez los más feroces, cabalgaban hacia Sanlúcar con sed de sangre y ansia de batalla.

25 de mayo de 1589, Sanlúcar

Alonso hacía acopio de toda su paciencia mientras negociaba el precio de unas esmeraldas de Brasil con un joyero malagueño. El cliente, un anciano de facciones semitas con pinta de converso, no paraba de examinar gema a gema y de poner pegas a todas y cada una de ellas.

Fermín, el dependiente, permanecía de pie a pocos pasos detrás de él, tratando de pensar en algo triste para no estallar en carcajadas: por la expresión de la cara de Alonso, faltaba muy poco para sacar al viejo del establecimiento a patadas.

—No sé, no sé… —rumiaba este, dándole vueltas a una esmeralda del tamaño de un garbanzo—. Si mi amigo Samuel —que Dios le tenga en su Gloria— estuviera aquí, me las dejaría a mejor precio.

—Si hubiera estado aquí, maese Tobías, vuestra merced no habría regateado tanto. Apretáis más que unas tenazas de la Inquisición… candentes, además —puntualizó.

Los ojos del viejo lanzaron una mirada torva a Alonso.

—Con qué ligereza mentáis esos temas —le reprendió, componiendo una serie de gestos con los dedos para alejar el mal de ojo; una vez concluido el extraño ritual, siguió examinando las esmeraldas—. Os propongo una cosa, a ver si os parece justo: me llevo catorce y me regaláis esta de aquí. —La que quería no era demasiado grande, pero lucía un corte hermoso; en manos de un tallador experto, acabaría siendo una pieza de imponente belleza—. ¿Hay trato, maese Alonso?

Alonso no pudo evitar echarse a reír.

—Sois el demonio negociando. —Maese Tobías se tomó la frase como un cumplido y soltó una risita de triunfo—. De acuerdo, tenemos trato. —Justo cuando lo cerraban con un apretón de manos, el sonido de cascos y relinchos en la calle puso en alerta a Alonso—. Fermín, cóbrale a maese Tobías. Voy a ver quién tiene tanta prisa…

Casi se chocó con los caballos de Veira y Miguel, que en ese momento desmontaban de un salto. Se les veía cansados, estaban mal afeitados, con la ropa sucia del viaje y su abultado equipaje derramándose a cada lado de los lomos de sus bestias. La alegría de Alonso al verles fue efímera. En cuanto leyó más allá de los ojos de sus amigos, supo que algo grave había pasado. Veira no ayudó a tranquilizarle:

—Joder, me alegro de verte con vida, Alonso… ¿Está Tomás por aquí?

—Está en el establo, ¿qué ha pasado?

—Avísale y vamos dentro, rápido.

—¿¡Pero qué ha pasado!? —Alonso insistió, negándose a dar un paso hasta que Luis no le diera más información.

Veira le obligó a ponerse en movimiento.

—Tengo que contarte muchas cosas, todas malas.

Alonso, Tomás, Luis y Miguel se encerraron en la biblioteca que tanto había disfrutado Samuel en sus mejores momentos, antes de que la tristeza y la enfermedad hicieran presa en él. Tomás no hacía más que preguntar por lo bajo qué demonios había sucedido para que vinieran a caballo desde Lisboa. Veira les pidió paciencia mientras trataba de deshacerse de los niños, que habían recibido su visita con entusiasmo, ignorantes, a cuenta de su ingenuidad, de que eran portadores de malas noticias. Alonsinho, que estaba a punto de cumplir los once, sentía gran admiración por Luis Veira y su pasado, ya que su tío Alonso y Tomás le habían contado sus hazañas de guerra y que antaño fue salteador de caminos. Esa parte oscura de la historia de Veira le apasionaba, y Tomás se había encargado de inventarse correrías de Luis mucho más nobles que las que había protagonizado en realidad, y que nadie más que él conocía en detalle. Gonzalo tenía ya seis años, y se había convertido en un crío adorable a pesar de que no paraba nunca de hacer trastadas. Efraín, el mayordomo, le llamaba la alegría endemoniada de la casa. La verdad era que sus tics nerviosos habían empeorado desde que el crío aprendiera a caminar. Gonzalo guardaba un gran parecido con Luna, aunque los ojos y la barbilla eran clara herencia de Alonso. Su pelo, rizado y rubio, no eran ni del padre ni de la madre, aunque María insistía en que eran de su abuela.

Delia fue la que menos tabarra dio. Menuda y delgada, de salud algo delicada, no solía separarse demasiado de su madre, que luchaba junto con María por sacar a la chiquillería de la biblioteca. Una vez lo consiguieron, bajo la promesa de historias después de la cena, Alonso cerró la puerta con llave.

—Ahora contadnos —dijo Alonso—. ¿Qué ha pasado?

Veira, libre de la presencia de los niños, no se anduvo por las ramas.

—El Duque ha sido asesinado —su tono de voz fue monocorde a cosa hecha, como si tratara de mantener una calma que no sentía—. Y también Arantes, Vilanova, Gil, Zilhão, Quirós…

Siguió citando a los muertos frente a un Alonso y a un Tomás estrangulados por la congoja. No olvidó ningún nombre de los caídos, ni nadie le interrumpió mientras les ponía al corriente del hundimiento de la Cruz do Sul y la posterior emboscada en el Callejón de los Curtidores. Narró ambos hechos sin pasión, como quien da un

parte de guerra, sin dejarse ni un detalle en el tintero. A mitad del relato, Tomás se dejó caer en uno de los sillones, como si acabara de recibir una somanta de palos. Alonso tampoco pudo aguantar la totalidad del mismo en pie, consternado por el dolor y la pena hasta límites insospechados. Hacía seis años que ni se acordaban de Urko Aguirre y ahora reaparecía como un espectro vengador surgido de la tumba del olvido.

—Es posible que ahora venga a por vosotros —concluyó Veira—. Tienes que poner a tu familia a salvo hasta que solucionemos este problema.

Tomás le miró desde su asiento, muy serio.

—Solucionar este problema significa matar a Urko Aguirre, ¿no?

—No hay otra forma —intervino Miguel—. Él no parará hasta que os mate o muera. Lo que tenía contra el Duque no era nada comparado con el rencor que os guarda a vosotros, que matasteis a su hermano en Ceuta.

Alonso clavó sus ojos en los de Miguel. Hacía años que le conocía y, desde siempre, parecía que lo único que le motivaba era el odio. En especial, el odio a Urko Aguirre.

—Miguel ¿qué te hizo ese hombre? —El joven no respondió—. Tuvo que ser algo muy grave para que le tengas ese odio tan brutal. Es como si tu vida girara alrededor del día de su muerte.

Miguel se levantó del sillón que ocupaba, abrió la puerta de la biblioteca y desapareció por la galería que daba al patio. Le dejaron marchar en silencio. Veira volvió a echar la llave y regresó a su asiento, cabizbajo.

—¿Qué le sucedió a Miguel con Urko, Luis? —preguntó Tomás.

Veira juntó los dedos frente a su nariz, respiró hondo y habló en susurros.

—Jamás habla de ello con nadie, pero sí lo hace en sueños. A veces, mientras duerme, llora como un crío. Pronuncia el nombre de Urko y empieza con una letanía: «no, no, no, no…». —Veira se detuvo; durante unos segundos, el sonido de la estancia pudo oírse como un zumbido molesto—. Tuvo que hacerle algo de niño, algo horrible.

De nuevo volvió el zumbido mudo, hasta que Tomás lo quebrantó con

su voz grave:

—Hijo de la gran puta. —La cabeza pelirroja se volvió hacia Alonso—. Hay que alejar a nuestra familia de aquí de inmediato. Los barcos iban a zarpar la semana que viene. Adelanta el viaje y que todos se marchen a San Salvador de Bahía. ¡Ya!

—Es lo más prudente —coincidió Veira.

—Podría contarle todo esto al duque de Medina Sidonia —propuso Alonso, con el rostro demacrado por la pena y la preocupación; el saber que su gente estaba en peligro había relegado el duelo por sus amigos a un segundo plano—. Tal vez él pueda ayudarnos…

Veira le disuadió de hacerlo.

—Sabemos que Urko trabajaba para Gasparo Corso y que lo hacía con el beneplácito del rey de Castilla. El corso nos dejó en paz durante años, por eso sospecho que Urko ya no está a sus órdenes. Pero, de todos modos, no olvidemos que somos enemigos de los intereses de Felipe en Portugal. ¿Qué vas a contarle al Duque, que tienes a un esbirro de su rey pisándote los talones? Se preguntará por qué, y cuando llegue a la inevitable conclusión de que eres sebastianista, perderás todo lo que tienes y traerás la ruina a tu familia.

—Esto tenemos que resolverlo por nuestra cuenta —dijo Tomás—. Lo malo es que solo somos cuatro.

—Ellos tampoco son muchos —informó Veira—. En Lisboa contrataron a unos patanes para hacer bulto. Urko y sus hombres son asesinos, atacan por la espalda o con engaños, como ya hicieron en Ceuta. Lo más probable es que traten de entrar en este palacete y mataros a todos mientras dormís, o pillaros en cualquier callejuela oscura para dispararos por la espalda…

—¿Qué sugieres que hagamos? —le consultó Alonso.

—Atacarles antes de que lleguen a Sanlúcar —respondió Veira, que parecía tener el plan preparado desde hacía días—. Lo primero es sacar a vuestras familias de la ciudad. No tendréis problemas con los ingleses. Según he oído, Drake anda ocupado atacando Vigo y no le está yendo demasiado bien. Es un buen momento para zarpar y que no molesten a tus barcos.

—¿Y no sería más prudente marcharnos con ellos? —le preguntó Alonso a Tomás; después de tantos años, volver a empuñar las armas

fuera de un entrenamiento le parecía una pesadilla. Ya no tenía veinte años, como en Alcazarquivir.

—Tú decides —respondió Tomás. Veira no lo veía tan claro.

—Claro que podéis hacerlo, pero, ¿viviréis a gusto sabiendo que habéis abandonado vuestro negocio porque a un hijo de perra se le ha metido entre ceja y ceja que sois el centro de sus problemas? Es un loco, su odio no ha mermado ni un ápice en años. ¿Y si se embarca a San Salvador y os sorprende allí?

—Luis tiene razón, Alonso —corroboró Tomás—. Tal y como están las cosas, no podremos vivir tranquilos mientras él siga respirando.

Alonso clavó la vista en el suelo. Aún no estaba seguro de lo que hacer.

—Nunca hemos dejado de entrenar con las claymore —le recordó el irlandés, sacándolo de sus reflexiones—. Hace tiempo que no nos peleamos con nadie, pero, ¡qué narices! Me encantaría meterle mi espada por el ombligo a ese Urko.

—En Ceuta no apareció —le recordó Alonso—. Tampoco estuvo en la torre de Berbería, ni en la cabaña del bosque…

Veira negó con la cabeza.

—Llámalo intuición, pero presiento que esta vez lo hará. Seguro que no podrá resistirse a acabar personalmente con el hombre que mató a su hermano.

—Está bien —accedió Alonso—. ¿Tienes algún plan?

—Sí —le confirmó Veira—. Urko puede entrar en Sanlúcar por dos sitios: por el Puerto de la Barrameda o por la Puerta de Sevilla. Si yo fuera él, lo haría por tierra: sería mucho más discreto y me ahorraría los controles del puerto de Lisboa y los de aquí; además, me olvidaría de un posible ataque de Drake a las costas portuguesas.

—Tengo amigos de confianza que me avisarán si desembarca en el puerto —aseguró Alonso—. Además, mis empleados harán guardia día y noche en la Barrameda.

—Cojonudo —celebró Veira—. La ruta por tierra es fácil de controlar. Nosotros acabamos de pasar por ahí, y hemos visto un sitio por donde tendrán que pasar a la fuerza.

—¿Cuál es ese sitio? —quiso saber Tomás.

—A dos leguas al norte de la Puerta de Sevilla hay unas marismas que impiden salirse de la carretera. Los carruajes y los caballos no tienen más remedio que pasar por allí…

—Las conozco —dijo Alonso—. Al norte hay una posada.

—Exacto. Pues un poco al sur de esa posada hay una arboleda perfecta para tenderles una emboscada —se echó a reír—. Como viejo salteador de caminos os aseguro que es inmejorable. Eso sí, os advierto una cosa. —Veira clavó una mirada grave, primero en Tomás y luego en Alonso—. Olvidaos de un combate con honor. Les asesinaremos por la espalda, enterraremos sus cuerpos y luego nos cagaremos en sus tumbas. Quiero que penséis como asesinos, no como soldados.

Tomás se levantó del sillón.

—¿Adónde vas? —le preguntó Alonso.

—A por nuestras claymore y las pistolas. No pienso separarme de ellas hasta que ese cabrón esté criando malvas.

CAPÍTULO LVII

ESA NOCHE, ALONSO Y TOMÁS tuvieron que batallar mucho con sus esposas hasta convencerlas de que embarcaran en el Abundancia junto con los niños. Tanto Luna como María se empeñaron en que las acompañaran. Alonso se llevó a su esposa a la alcoba, donde le explicó las razones por las que tenían que afrontar el problema y no huir de él.

—Esta es nuestra última batalla, te lo juro —le había prometido Alonso; ella, con los ojos brillantes, le miraba compungida—, pero no tenemos más remedio que librarla. No nos queda otra opción que matar a Urko Aguirre, o él no parará hasta matarnos a nosotros o a los niños…

Ella dejó fluir la rabia por sus venas y comenzó a golpearle el pecho con los puños. Él permitió que descargara su ira sobre él. En cierto modo, se lo merecía.

—¡Maldigo a Sebastián! ¡Maldigo a tus amigos sebastianistas y maldigo la estúpida cruzada en la que te dejaste embaucar! ¡Maldito sea, maldito sea, maldito sea…!

La fuerza de su voz se fue extinguiendo hasta reavivarse en llanto. Alonso la abrazó durante mucho tiempo, consciente de que si perdía contra el asesino, nunca más volvería a estar con ella así. El abrazo se selló con un beso; muy despacio, llevó a Luna hasta la cama.

En silencio, hicieron el amor quizá por última vez, y la rabia de ella se transformó en pasión. Los niños, ajenos al drama que tenía lugar en la casa, dormían a pierna suelta. Cuatro puertas más allá, sentados con la mirada perdida en la noche, Tomás acariciaba el pelo de María, que le abrazaba con una expresión de tristeza infinita.

Antes de que el sol asomara sus flecos ígneos por el este, todos tenían el equipaje hecho y aguardaban la hora de partir, excepto Glauco y Úrsula, que se habían negado a abandonar Sanlúcar. Sin embargo, no habían dudado en poner a salvo a su hijo, embarcándolo con el resto de su familia.

—El asesino no nos conoce —había dicho ella—. Además, estoy segura de que lo mandaréis al otro barrio. —Al contrario que Luna y María, Úrsula se mostraba optimista y no paraba de sonreír, tal vez para quitar tensión al asunto—. Glauco y Fermín se harán cargo de la tienda mientras estés fuera, quédate tranquilo.

—Gracias por permitir que mamá se lleve a Alonsinho.

—¡Cualquiera le deja en casa sin sus primos! —rio Úrsula—. Será duro estar separada de él durante estas semanas, está entusiasmado con el viaje.

—Niños… No deberían crecer nunca.

—Si no crecieran, acabarían con nosotros. —Se puso seria—. ¿Volverás por aquí antes de irte?

—No. Una vez dé instrucciones a mis capitanes saldremos hacia las marismas. Espero que ese perro muestre pronto su apestoso hocico: si hay algo en este mundo que llevo mal, es esperar.

—¿Y si se hubiera conformado con el Duque y sus hombres y no apareciera?

—Si de aquí a diez días no aparece, regresaremos con cara de idiotas.

No podemos hacer otra cosa…

Úrsula besó a Alonso y les vio partir rumbo al puerto: Sara, Luna, María y los niños acomodados en dos carruajes; Tomás, Veira, Miguel y su hermano en sus monturas. Runner y Vigilante, a pesar de que ya tenían quince años a sus lomos, seguían robustos y bien cuidados —el irlandés les trataba como si fueran sus propios hijos—, escoltando a los carros con paso brioso. Úrsula suspiró. A excepción de Miguel, todos los jinetes arrastraban mucha vida a sus espaldas. Tomás ya había cumplido los cincuenta, Veira andaría cercano a los cuarenta y Alonso acababa de cumplir treinta y uno. Mientras desaparecían por la cuesta que conducía al camino de Barrameda, les dedicó una plegaria en silencio.

Glauco la invitó a entrar en el palacete, empujándola con suavidad hacia dentro.

La casa quedó en silencio, a la espera del regreso de sus habitantes más queridos.

26 de mayo de 1589, Sanlúcar

Los capitanes de los diez barcos de Alonso partieron poco después del amanecer con instrucciones de abastecerse de provisiones en Las Canarias. No había tiempo que perder, menos aún cuando había rumores de que la flota de Drake no tardaría en atacar Lisboa y sabe Dios si continuaría hacia el sur. Al menos, Samuel se había ahorrado el disgusto. Con un nudo en la garganta, Alonso se preguntó si aquella sería la última vez que vería a su familia, que desde la cubierta del Abundancia se despedía de él saludando con la mano.

—¡Adiós, papá!

La voz del pequeño Gonzalo fue el último sonido que le llegó del mar, y deseó con todas sus fuerzas que ese adiós fuera un hasta pronto.

—Vámonos —dijo Tomás—. Cuanto más tiempo te quedes aquí, peor te sentirás.

—Tienes razón —concedió Alonso, caminando por el muelle hasta donde se encontraban Veira y Miguel con Runner y Vigilante; se volvió hacia Efraín, el mayordomo, que había acompañado a la familia al puerto—. Mantén vigilado el muelle. Ya sabes, un tipo alto, con cara alargada y marcas en la cara que responde al nombre de Urko Aguirre. Lo más seguro es que venga acompañado. Si le ves, envía un mensajero a caballo a donde te expliqué antes y nosotros vendremos a encargarnos del problema. ¿Entendido?

Efraín frunció el morro y asintió de mala gana.

—¡Qué ganas tengo de que esto acabe de una vez!

—Nosotros también —le aseguró Alonso.

Montaron en sus caballos y partieron al trote hacia la Puerta de Sevilla. Por el camino, algunos conocidos se despidieron de ellos a su paso por las calles que llevaban al norte, pensando que se iban de viaje, como tantas otras veces. Su aspecto no era, precisamente, de mercaderes: además de las alforjas llenas de provisiones, portaban arcabuces en fundas adosadas a la silla de montar, las claymore a la espalda, Luis y Miguel con espadas al cinto… Un ejército de cuatro dispuesto a enfrentarse a fuerzas desconocidas. Alonso acarició la daga de Sebastián, cuya empuñadura seguía cubierta por la funda que Luna le confeccionó años atrás. Mientras cruzaba la Puerta de Sevilla, su alma se dirigió a un invisible Sebastián de Avis: Mi rey, no sé si estáis vivo o muerto, pero esta será la última batalla que libre por vos. He dedicado más de diez años de mi vida a servir a vuestro fantasma, y considero que después de esto, vos y yo estamos en paz.

—¡Alonso!

La voz de Tomás, que cabalgaba a su lado, le sacó de su ensimismamiento.

—Creí que te había dado un pasmo y te ibas a caer al suelo —le regañó el irlandés, con el ceño fruncido—. ¡Esa espalda, más tiesa! Estás perdiendo estilo con los años.

Alonso no pudo evitar sonreír al acordarse de cuando su amigo le enseñaba equitación en Ceuta. Le vino a la memoria el día que le retó a una carrera bajando del Monte Hacho y le dejó atrás. El mismo día que murió Anisa. El bueno de Tomás, siempre gruñendo y dispuesto a todo por él.

—Vamos a darle una buena paliza a ese Urko, ¿verdad, irlandés?

—Arrojaré sus pedacitos a la marisma, para que se los coman los pájaros —aseguró.

—Me gustaría que me lo dejarais a mí —pidió Miguel, rebasando a Tomás por la derecha.

Veira cortó el tema por lo sano.

—¡No vayamos a cometer un error por darte el placer de la venganza! Les mataremos en cuanto les veamos, les remataremos si es menester y haremos desaparecer los cadáveres —se dirigió a Alonso y a Tomás—. ¡Y espero que vosotros os hayáis dejado el honor colgado de un perchero!

Le dieron la razón, aunque Miguel lo hizo de mala gana. El antiguo bandolero estaba en lo cierto: la nobleza era un regalo improcedente para los asesinos. Trotando al norte, rumbo a las marismas, dejaron fluir su conversación hacia temas más frugales, rememorando anécdotas de cuando viajaban a bordo de la Cruz do Sul y de todos los buenos momentos que habían compartido en ella. Los malos, como suele pasar al cabo de los años, se habían vuelto también buenos. Todos coincidieron en que trabajar junto a Tristán de Souza había sido un privilegio.

La charla fue, en cierto modo, un homenaje a la tripulación.

Urko, Aníbal y Lombardi se despertaron con el canto del gallo. Desayunaron en la misma posada en la que pernoctaron, pagaron la cuenta y subieron a sus caballos. Desde el cerro en el que se encontraban dominaban los brillos de las marismas en la lejanía y el reflejo del Lucero del Alba guiñándoles desde el agua.

Hoy era la última etapa de su viaje: en pocas horas, estarían en Sanlúcar.

El corcel negro de Urko parecía ir incómodo al paso, como si un demonio en su interior deseara galopar hasta derrengarlo. Los otros dos caballos, más tranquilos, disfrutaban recorriendo el camino apenas transitado. A ese ritmo, llegarían a su destino poco después del mediodía.

Aunque nunca les había visto en persona, Urko tenía una imagen mental muy clara de Alonso y de Tomás: sabía que el primero era corpulento, de nariz afilada y solía llevar el pelo largo, al estilo de los marineros. El irlandés era inconfundible y le reconocería nada más verle: un gigantón de pelambrera y barba pelirroja. Había oído que

ambos iban armados con espadas de aspecto medieval, de esas tan incómodas que se usan a dos manos. Unos bárbaros. A veces se preguntaba cómo su hermano y sus hombres pudieron ser derrotados por ese par de patanes.

También sabía que el suegro de Alonso era dueño de un negocio que estaba cerca del palacio del duque de Medina Sidonia, una finca grande que aunaba tienda, caballerizas y residencia. Se dijo que estudiaría el edificio, por si fuera posible infiltrarse por una ventana y repetir lo que la Sombra hizo en la Cruz do Sul. A Urko, en realidad, solo le interesaban Alonso y Tomás. Si se limitaba a matarles a ellos, saldría impune del asesinato objetando que eran traidores a la Corona, partidarios del Prior de Crato, espías de Inglaterra, y algún cargo más que ya se le ocurriría. Si eran prendidos por la guardia, Andrea Gasparo Corso testificaría a su favor, certificando que Urko y los suyos habían servido a Felipe II durante más de una década. Aquello le preocupaba más bien poco.

Lo que sí le inquietaba era la posibilidad de que sus objetivos no se encontraran en Sanlúcar. Sabía que viajaban con cierta frecuencia, y si habían recibido noticias de la muerte del Duque tal vez hubieran partido hacia Lisboa. Si había algo que enojaba a Urko era hacer viajes en balde: después de lo de Sebastián, su cupo estaba cubierto con creces.

Estaba inmerso en sus pensamientos cuando Aníbal frenó su caballo de pronto, con un tirón de riendas que le arrancó una protesta. Con los ojos entornados, la Sombra escudriñó el paisaje. Más allá de la colina donde se encontraban, las marismas se extendían a uno y a otro lado de la carretera, que empezaba a verse salpicada del musgo que traía consigo la humedad. Urko y Lombardi cruzaron una mirada nerviosa mientras Aníbal intentaba taladrar la distancia con la vista.

—¿Has visto algo extraño? —le preguntó Urko.

—Cuatro jinetes —anunció, con la mirada aún perdida en el horizonte—. Uno de ellos es un tipo enorme. No puedo distinguirlo bien, pero podría tratarse del irlandés…

—¿¡Qué!? —la voz de Lombardi sonó algo chillona—. ¿Cómo se han enterado de que venimos? ¡Deberíamos haber contratado refuerzos antes de llegar a Sanlúcar!

—¡Cállate, coño! —le ordenó Urko—. Retrocedamos hasta la arboleda que pasamos antes y esperémosles allí. Si son ellos, es nuestro día de

suerte.

Dieron media vuelta y pusieron sus monturas a galope, rumbo al mismo bosquecillo que Veira había elegido para la emboscada. No tardaron en llegar. Ni un alma en el camino, por fortuna para ellos. Lombardi ató los caballos lejos de la carretera. Urko ya tenía listo su arcabuz y le tendía el suyo al maestro de esgrima para que lo cargara. Lombardi empezó a verter pólvora por la bocacha, protestando por lo bajo.

—¿Qué te pasa ahora? —le interpeló Urko, masticando las palabras al hablar.

—Odio estos chismes —se quejó—. Jamás había usado uno de estos hasta que te conocí. Me parece un arma muy poco honorable…

El asesino le dedicó una mirada de desprecio y expelió una risita sardónica.

—Qué ganas tengo de que sean ellos para matarlos y perderte de vista de una vez.

Lombardi iba a soltarle que igualmente, pero prefirió callarse y centrarse en el combate que se avecinaba. Aníbal cargó su ballesta. El espadachín se fijó en su cara: no reflejaba nerviosismo alguno. ¿Qué circula por sus venas en vez de sangre?, se preguntó, mientras introducía la bala de plomo por la boca del arcabuz.

Urko, detrás de un árbol, asomó la cabeza para ver si llegaban los jinetes. El cerro los ocultaba de la vista, así que tocó esperar. Por fin, cuatro figuras lejanas remontaron la cúspide de la colina y comenzaron a descender por la carretera a un paso tranquilo. Los cuarenta y tres años de Urko no habían perdonado su visión, y no podía distinguirlos tan bien como Aníbal, cuya voz les llegó desde detrás de unos matorrales:

—Son ellos.

Alonso y compañía divisaron la arboleda una vez rebasaron el collado. Su olfato aún estaba impregnado del hedor del agua estancada de las marismas, y en sus manos, cuello y cara lucían alguna que otra picadura de los mosquitos que la infestaban. Cabalgaban al paso, sin prisas. De repente, Runner relinchó, nervioso. Los cuatro se detuvieron a la vez.

—¿Qué sucede? —preguntó Alonso a Tomás, que trataba de

tranquilizarle con unas palmadas en el pescuezo.

—Ni idea, se ha puesto nervioso de repente.

—Lleva toda la mañana cabalgando, y ya no es un potrillo —dijo Veira—. Bastante tiene el animal, soportando tu peso. Ya casi estamos ahí, si quieres descabalgamos.

Alonso estuvo de acuerdo, y fue el primero en hacerlo. Tomás también bajó del caballo y Veira le imitó. Miguel, arisco como siempre, siguió a lomos del suyo.

—¿No desmontas? —le preguntó Luis.

—Mi caballo no está cansado. Ya descansará cuando nos apostemos en el bosquecillo…

Veira cruzó una mirada con Alonso y Tomás, puso los ojos en blanco y compuso una mueca divertida. Decidió no discutir con Miguel.

—Como quieras —concedió, y siguieron avanzando.

La boca de Lombardi estaba más seca que la conciencia de Urko. Si bien era un experto espadachín, había dedicado su vida a combates singulares, con sus reglas y su honor, muy rara vez a primera sangre y mucho menos a muerte. La primera vez que tuvo que pelear contra varios oponentes simultáneamente fue para defender su vida, en Hamburgo, cuando el marido de su amante quiso enviarle a dar clases al cementerio. No era un cobarde, pero una escaramuza como la que se avecinaba, a base de tiros, caballos y malas artes, le producían tal nerviosismo que tenía ganas de vomitar.

Se asomó con cautela y vio a sus oponentes acercándose, uno a caballo y tres caminando junto a sus monturas. Las bestias se interponían entre él y sus objetivos de cuando en cuando. Al otro lado del camino, Aníbal se acuclillaba detrás de un matorral y Urko apoyaba su espalda contra un árbol, aguardando la llegada de sus víctimas. Su tranquilidad aceleró aún más a Lombardi, que empezó a sudar a chorros; le faltaba el aire, el corazón redoblaba en su pecho, quería que todo acabara de una vez por todas.

Quería que todo acabara ya.

Nadie pronunció orden alguna, pero Lombardi abandonó su árbol con el arcabuz por delante y oprimió el disparador. El estampido y el piafar del caballo de Veira asustó a Alonso y compañía. El animal,

herido de muerte, casi se desploma encima de Tomás, a quién Lombardi había apuntado sin mucho tino. Urko lanzó una mirada de odio al genovés, que acababa de darse cuenta de que había fallado el tiro, mandando a paseo el factor sorpresa. El asesino estuvo tentado de volarle la cabeza, pero por desgracia le necesitaba para terminar lo que el muy imbécil acababa de empezar.

Los caballos se encabritaron, a excepción del de Miguel, que era controlado por su dueño mientras este intentaba localizar la procedencia del disparo. Alonso y Tomás descolgaron sus arcabuces de las monturas y corrieron hacia unos matorrales cercanos. Veira, apostado detrás de su caballo muerto, trataba, sin éxito, de sacar el suyo de debajo de la bestia.

Urko salió de detrás del árbol y apuntó a las dos figuras que correteaban a unos cuarenta pasos de distancia. Lanzó una maldición y decidió no dispararles en movimiento para no desperdiciar una bala. Lombardi, al abrigo de su escondite, ya había desenfundado su espada.

Aníbal saltó de un matorral a otro, tratando de acortar distancia con Alonso y Tomás, que ya se habían guarecido tras unos matojos. Un refugio simbólico, que no detendría una bala o un virote. Miguel, mientras tanto, espoleaba a su caballo hasta ponerlo a galope, rodeando el pequeño campo de batalla en un círculo abierto. La atención de Urko se dirigió al jinete: iba a intentar una carga.

Veira dio por imposible recuperar su arcabuz. Lo tenía crudo: en cuanto abandonara su refugio se convertiría en un blanco fácil.

—¿Ves algo? —preguntó Alonso a Tomás, montando la rueda del arcabuz—. No tengo un buen ángulo de tiro desde aquí.

—Yo tampoco —jadeó el irlandés, desenfundando la claymore y dejándola cerca, en el suelo—. Ten la espada lista. Si no nos matan a tiros les despedazaremos antes de que se enteren. Recuerda que nuestras hojas llegan adónde no llegan las suyas.

Alonso revivió todas las lecciones de esgrima bárbara —como las llamaba el capitán Pedro de Guevara— recibidas en el pasado. La claymore, el arma definitiva para un guerrero fuerte como ellos. Sin quitar la vista de los árboles, esperando que algún blanco se pusiera a tiro, resopló para exorcizar todos los temores que se agolpaban en su interior. Aquello sería matar o morir.

Mientras tanto, en el bosque, Miguel obligaba a girar a su caballo y

apuntaba con su espada hacia abajo, dispuesto a cargar contra Lombardi, que era a quien tenía más cerca. El maestro de esgrima rodeó el árbol para protegerse de la carga. Urko aprovechó que la atención del jinete estaba centrada en el genovés y disparó. Ni siquiera se molestó en apuntarle a él.

El caballo recibió el tiro en la cabeza y murió en el acto. El animal aún recorrió varias varas antes de ahocicar contra la hierba, haciendo que el joven saliera despedido hacia adelante. Miguel rodó por el suelo, manteniendo su arma aferrada con fuerza sin dejar que escapara de sus manos. Con una agilidad similar a la de sus maestros, se puso en pie de un salto. No tardó en ver a Lombardi acercarse espada en ristre.

Urko dudó entre recargar o ir a ayudar a Lombardi. Por cómo había superado la caída del caballo y por la postura de esgrima que adoptaba, se dio cuenta de que Miguel sabía lo que se hacía. Aníbal, desde detrás de su matorral, apuntaba con la ballesta hacia donde debían encontrarse Alonso y Tomás, sin atreverse a desperdiciar un disparo. Si fallaba, estos podrían avanzar hasta alcanzarle antes de poder recargar.

Y entonces Veira, al que todo el mundo había olvidado, surgió de detrás del caballo muerto, corriendo hacia Tomás.

—¡Tu arcabuz! —le pidió a gritos, dirigiéndose hacia el matorral donde se ocultaba.

El irlandés no dudó ni un instante y le lanzó el arma lo más fuerte que pudo. Veira la agarró al vuelo y siguió corriendo en zigzag con el arcabuz cruzado sobre el pecho, en dirección a sus enemigos. Aníbal le apunto, pero aquel tipo se movía a una velocidad endiablada. Por su trayectoria, sospechó que no iba a por él, sino a por Urko. Mientras le seguía con la vista, la Sombra vio por el rabillo del ojo a una mole que se ponía de pie con una espada descomunal sujeta con una sola mano. No tuvo tiempo de pensar: cambió de blanco y disparó.

El virote le acertó en su abultada barriga, parándole en seco. El dolor subió de intensidad muy rápido, y el irlandés agarró el astil de la saeta con fuerza, apretando los dientes. Alonso, al verle herido, lanzó un grito de rabia y abandonó su escondite, con el arcabuz en la derecha y la claymore en la izquierda. En lo único que pensaba era en matar a Aníbal Falcó.

Al otro lado del camino, Miguel y Lombardi entrechocaban sus aceros con rapidez vertiginosa. El maestro de esgrima reconoció en su

adversario a un ágil y bien instruido oponente; Miguel, por su parte, se dio cuenta enseguida de que el genovés dominaba el arte de la esgrima mucho mejor que él. El joven saltaba hacia atrás, esquivando sus estocadas y dejándole llevar la iniciativa. O conseguía cansarle pronto o llevaría las de perder.

Urko, aún detrás del árbol, divisó a Veira corriendo hacia él. Se deshizo del arcabuz descargado y desenfundó su espada, manteniéndose en todo momento protegido tras el tronco. A Alonso y a Veira aún les quedaban sus disparos, y este último venía directo a por él.

El asesino y Veira se encontraban a unos pasos el uno del otro, separados por el árbol. El antiguo bandolero sintió ganas de reír: el hecho de que jugaran al gato y al ratón alrededor del tronco era cómico. Cómico pero efectivo, ya que por mucho que lo intentara, no encontraba forma de encañonarle.

Algo más lejos, Aníbal decidió que no tendría tiempo de recargar su ballesta. Rápido y ágil como era, desenfundó su espada y se alejó de Alonso, que se aproximaba gritando de ira. La Sombra sonrió para sus adentros: la furia es mala compañera de batallas. Tomás, mientras tanto, seguía avanzando por el camino como un borracho torpe. Los intentos por arrancarse el virote habían abierto su herida, haciéndola sangrar.

Cada vez más lejos de la carretera, Lombardi y Miguel seguían con su danza de la muerte. El maestro de esgrima se detuvo en seco: sabía que la intención de su adversario era agotarle. Se plantó en una postura de defensa y esperó a que Miguel atacara. Se estudiaron durante mucho tiempo sin cruzar estocadas, ajenos a las luchas que tenían lugar a cincuenta pasos de donde se encontraban.

Harto de perseguir a Urko alrededor del árbol, Veira asomó el arcabuz y trató de dispararle a ciegas. Urko agarró la bocacha y el tiro se perdió en el bosque. El asesino usó el propio arcabuz de Veira para apartarle de un empujón, rodó por el suelo y se separó de su adversario, levantándose con la espada lista para el combate cuerpo a cuerpo.

Alonso perseguía a Aníbal entre los árboles. La Sombra corría en círculos, como si tuviera en llamas el fondillo de los calzones. Aquello no estaba yendo nada bien: él perseguía a una liebre humana imposible de acertar; Tomás, herido, apenas aguantaba en pie en la carretera; un poco más lejos, Urko y Veira comenzaban a golpear sus

espadas y a Miguel le había perdido de vista hacía rato.

Dejó de perseguir a Aníbal. Clavó la claymore en el suelo, plantó sus pies sobre la hierba y levantó su arcabuz muy despacio. La Sombra corrió hasta que se dio cuenta de que no le apuntaba a él. Al girar la cabeza hacia atrás, vio a Urko de espaldas, tanteando la tizona de Veira.

El disparo sobresaltó a todo el mundo, pero quien dio el respingo más grande fue Urko. Un dolor por encima del glúteo derecho le hizo sentir las llamas del infierno. El tiro había salido bajo, pero la bala estaba donde tenía que estar: dentro del cuerpo de aquel cabrón. Veira aprovechó la oportunidad y lanzó una estocada a fondo, pero Urko la desvió. El contraataque del asesino, aún herido, fue brutal. Veira retrocedió, Aguirre era mucho más diestro que él. Alonso, jadeante, tiró el arcabuz descargado al suelo y agarró la empuñadura de la claymore.

La Sombra se lanzó a la carrera a por Tomás, que seguía caminando por la carretera con la cabeza gacha; parecía fuera de combate. Aníbal se dijo que Alonso estaba demasiado cansado para alcanzarle, así que acabaría primero con el irlandés y luego tendría todo el tiempo del mundo para dedicárselo a él. Tomás vio venir al asesino y, para sorpresa de este, dejó caer la claymore al suelo para colocarse las manos detrás, en los riñones. La Sombra sonrió mientras corría con su espada apuntando al frente, dispuesto a darle una estocada mortal. El gigante mostraba su torso herido, como si demandara una muerte rápida.

El rostro de Aníbal Falcó se desencajó al darse cuenta del error que acababa de cometer. Cuando le quedaban menos de diez pasos para llegar a Tomás, las manos de este emergieron de detrás de su cinturón, y no estaban vacías.

Dos detonaciones retumbaron al unísono, y dos balas de plomo atravesaron el pecho de la Sombra, arrancándole la vida casi en el acto. No fueron suficientes para detener su embestida, y la espada, impulsada por la inercia de la carrera, penetró en el abdomen de Tomás casi hasta la empuñadura. El gigante abrazó al asesino y cayó de espaldas, haciendo que el arma volviera a brotar de su torso.

—¡Tomás!

El grito desgarrador de Alonso despistó un momento a Veira, que recibió un corte profundo en la mejilla que le hizo trastabillar.

Ignorando el dolor que le producía el balazo, Urko apretó los dientes y aprovechó el momento de confusión. Su estocada, certera, arrebató la vida al viejo bandolero, que tan solo tuvo unos instantes para volver a preguntarse si ya habría purgado sus pecados en esta vida. Con la espada atravesada en su pecho, se dijo que sí, y permitió que el Altísimo se lo llevara a su reino, donde no volvería a empuñar un arma.

Cojeando al andar, Urko se dirigió hacia donde estaban Alonso y Tomás. Aníbal había caído bajo las pistolas del irlandés, y ahora yacía encima de él. Eso, mi querido Alonso, tú sigue ahí, llorando a tu amigo, pensó, mientras se acercaba a ellos, espada en mano.

Alonso zarandeaba la cabeza de Tomás, cuyo rostro perdía color por segundos. No hacía más que repetir su nombre, y él, con la mirada perdida en el cielo, reflejaba el dolor a cada respiración. Sus últimas palabras, antes de que las luces se apagaran, fueron:

—A tu espalda…

Alonso elevó la claymore justo cuando Urko bajaba su hoja para asestarle el golpe definitivo. El choque arrancó chispas a los aceros. El asesino retrocedió y se puso fuera del alcance de la temible hoja. Su oponente estaba cansado y él herido en el culo. No iba a ser el mejor combate del mundo. A lo lejos, escuchó un grito agudo a sus espaldas: alguien acababa de ser malherido.

La claymore bailaba delante de Urko. El asesino retrocedió unos pasos más, interesado en ver quién había sobrevivido: si no era Lombardi, estaría en serios problemas. Entonces vio aparecer al maestro de esgrima. La victoria le había costado una herida muy fea cerca de la clavícula. Alonso se sintió morir al verle. No era justo, habían perdido frente a aquellos canallas. Veira se había equivocado de plano: aun peleando de frente, los malos habían demostrado ser mejores que ellos.

Alonso inspiró a fondo, haciendo acopio de todas las energías que le quedaban. Estaba cansado y tal vez era menos diestro que sus oponentes, pero si controlaba la situación, su hoja, como bien afirmaba Tomás, llegaba más lejos.

—¿Y el chico? —preguntó Urko a Lombardi.

—Ya no es problema —respondió y señaló a Alonso—. ¿Este es el último?

—Solo este y se acabó. —Esbozó una sonrisa de lobo.

Lombardi saludo a Alonso con la espada y tomó posición frente a él. Urko se ahorró la cortesía. La claymore apuntaba a uno y a otro, en una danza lenta. Lombardi ejecutó un amago de ataque y la claymore cortó el aire como si fuera la guadaña de la Muerte.

El maestro de esgrima y Urko recularon, intimidados por la potencia del corte. Un golpe como aquel era imparable, por mucha técnica que se tuviese. La claymore giró sobre la cabeza de Alonso y descendió de nuevo, pasando muy cerca del pecho de Lombardi, que se vio obligado a retroceder otros dos pasos. Urko intentó flanquearle, pero Alonso volvió a girar la espada en un movimiento helicoidal, dio una pequeña carrera hacia él y trazó un arco descendente a toda velocidad.

Urko, que no podía moverse con soltura a causa del balazo, interpuso su espada en la trayectoria de la hoja de doble filo, deteniéndola lo justo para que no le partiera en dos. La parada no impidió que la claymore dibujara un doloroso corte desde el hombro derecho hasta la tetilla izquierda. El asesino soltó un aullido de dolor y siguió alejándose de la claymore.

Cegado por rematar a Urko, Alonso descuidó su espalda. Lombardi aprovechó su error y le acertó con una estocada que a punto estuvo de perforarle un riñón. Despreciando el dolor, Alonso se giró tan deprisa que la hoja del genovés volvió a salir de su cuerpo tan rápida como había entrado. Este movimiento inusual sorprendió de tal forma al maestro de esgrima, que no pudo reaccionar a tiempo para esquivar el mandoble mortal que descendía hacia él.

Su cráneo quedó hendido por la mitad, y su alma escapó por la herida como un pájaro al que abren la puerta de la jaula. La hoja se incrustó tan a fondo en su cabeza que Alonso, debilitado como estaba, fue incapaz de liberarla. Lombardi se desplomó, arrastrando la espada consigo.

En ese momento, cuando Urko bailaba a su alrededor buscando una buena posición para ensartarle, Alonso oyó el sonido de cascos a galope acercándose. No eran las pisadas de una sola bestia, aquello parecía una carga de caballería procedente del sur, aunque en esos instantes, ni él ni Urko estaban para prestar atención a otra cosa que no fuera matarse el uno al otro.

Alonso dejó que la claymore formara parte de la anatomía muerta de Lombardi e intentó esquivar de cualquier modo el ataque del asesino.

La punta de su espada se dirigía hacia su pecho, y el acto reflejo de Alonso fue descabellado pero eficaz: desvió hacia abajo la hoja con las dos manos, para luego aferrarse a ella con todas sus fuerzas.

El filo cortó sus palmas sin piedad y le arrancó un alarido, pero el impulso de Urko perdió gran parte de su fuerza y su estocada no acertó al corazón. La punta penetró en el torso de Alonso con una lentitud agónica, produciéndole otra herida cercana a la que le había hecho Lombardi. El asesino, cojeando, trataba de removerla dentro de él, pero las manos de Alonso, a pesar de sangrar a chorros, no cedieron. Urko trató de desclavar su espada, pero también le fue imposible. Los cascos de los caballos se oían cada vez más cerca.

—¡No prolongues más tu agonía! —le gritó Urko, con los dientes apretados; la herida de bala también le dolía horrores—. Libera mi hoja y te daré una muerte rápida.

—No eres más que un cobarde de mierda —silabeó Alonso sin soltarla.

Entonces, dio un grito y abrió la mano izquierda, permitiendo que la hoja de Urko se clavara un poco más en su cuerpo. La derecha, ensangrentada, seguía impidiendo que se hundiera del todo. El asesino intentó tirar de su espada para poder asestarle la estocada definitiva, pero un dolor inenarrable en la mano que la empuñaba se lo impidió. Sus ojos se posaron un instante en su diestra y lo que vio le llenó de terror.

Una hoja pulida a espejo, afilada como una navaja de afeitar, acababa de seccionarle el tendón y los nervios de la mano, dejándosela inerte y malherida. Urko no tuvo más remedio que soltar su arma y agarrarse la muñeca con fuerza, tratando de detener el chorro de sangre que teñía de rojo el camino. Sus gritos eran espeluznantes. Alonso dio varios pasos hacia atrás hasta caer de espaldas, junto a Tomás, con la daga de Sebastián teñida de rojo en su mano izquierda. Quedó tendido en mitad de la carretera, con la espada de Urko brotando de su vientre. A tientas, buscó la mano de su amigo y la estrechó entre sus dedos.

Al menos, se iba de este mundo acompañado por él. El asesino, mientras tanto, caía de rodillas, desmayado sobre un charco de su propia sangre. Lo último que vio Alonso antes de perder el conocimiento fue una docena de hombres a caballo vestidos de uniforme, rodeando el trágico escenario del que fuera su último combate.

CAPÍTULO LVIII

Sanlúcar, 4 de julio de 1589

LA ESTANCIA DE PIEDRA, DE aspecto frío pero confortable, se materializó ante los ojos recién abiertos de Alonso a través de una niebla extraña que se disipaba a una lentitud de otro mundo. Estaba acostado en una cama cómoda, tapado hasta el pecho por un lienzo blanco e impoluto. No estaba en su casa. El candelabro de múltiples brazos que pendía del techo de la cámara, muy lejos del suelo, le resultó desconocido.

Ladeó la cabeza hacia la izquierda y descubrió a una joven que bordaba sentada en una silla de cuero y madera, canturreando algo entre dientes. El mobiliario le pareció tan poco familiar como el resto de la habitación, alargada, con paredes cubiertas de hermosos óleos y costosos tapices que se unían en ángulos no rectos. No sabía dónde estaba, pero aquella era la propiedad de alguien importante.

La bordadora reparó en que había despertado, se santiguó como si acabara de presenciar la resurrección de Lázaro, dejó su labor sobre una mesita y abandonó la estancia corriendo. Alonso trató de incorporarse, pero un dolor muy agudo en el abdomen se lo impidió. Era evidente que estaba herido y moverse era un suplicio. Al intentar destaparse, las manos lanzaron una punzada a su cerebro. Las tenía vendadas desde las muñecas a la punta de los dedos, siendo imposible manejarlas. Antes de que pudiera ordenar sus pensamientos, un desconocido entró en la estancia acompañado de la joven. El hombre, de edad avanzada y cabello canoso, le bajó el párpado sin contemplaciones y le preguntó su nombre. Él se lo dijo. Luego le hizo contar varias veces los dedos de la mano, mostrando primero tres, luego uno y luego dos. Parecía jugar con él como si fuera un niño. El de pelo cano compuso una expresión satisfecha y salió de la estancia a toda prisa, seguido de la bordadora.

Alonso trató de ordenar sus recuerdos y estos le trajeron un dolor asfixiante. El peor de todos fue la imagen de Tomás, con el virote y la espada brotando de su estómago. Esa panza entrañable que mimaba a base de vino, cerveza, queso y cordero. Su buen Tomás, amigo, hermano y padre a la vez.

De sus ojos brotaron cataratas de tormento. Lloró con desesperación, pero también en silencio, en la soledad de aquel lugar que le era ajeno; y no solo lloró por el irlandés, también por Luis y Miguel, de quienes nada sabía. Entonces se acordó también de los caballos. ¿Quiénes serían aquellos jinetes misteriosos, y qué habría sido de Urko y sus secuaces?

Justo daba vueltas a eso en su cabeza cuando un hombre ataviado de caros ropajes hizo acto de presencia. Alonso le reconoció en el acto: rostro alargado, cabeza calva, nariz grande y torcida, bigote poblado y barba puntiaguda. Hacía un año que no le veía, pero parecía haber envejecido diez en este tiempo. Alonso intentó incorporarse de nuevo, pero el dolor se lo impidió. El recién llegado se sentó en la silla de la bordadora y apoyó su mano en el hombro desnudo de Alonso, el mismo que lucía la cicatriz que se trajo de la batalla de Alcazarquivir y la que le había hecho Unai Aguirre, y le obligó a quedarse tumbado.

—Tranquilo —su tono era calmo, propio de quien está habituado a que le obedezcan sin rechistar—. No estás para protocolos ni fiestas.

—Excelencia —le saludó Alonso, perplejo al tener frente a él, a solas, al mismísimo Alonso Pérez de Guzmán, séptimo duque de Medina Sidonia—. No os veía desde que regresasteis de comandar la Grande y Felicísima Armada…

El noble espantó las palabras de Alonso con la mano, como si quisiera disipar una mala niebla.

—Ni me lo recuerdes —gruñó, para a continuación esbozar una sonrisa de medio lado—. Seguro que has oído las habladurías que corren por ahí: que si soy un patán que se marea en alta mar, que si soy un cobarde…

Alonso se sintió algo azorado.

—La verdad es que no, excelencia… Soy mercader, no pierdo el tiempo con chismorreos.

El Duque apuntó al alto techo de la cámara con su dedo índice.

—Prudente —afirmó, sonando a juez que dicta sentencia—. Fui todo lo prudente que me dejaron, para no llevar a mis tripulaciones a una muerte cierta. Su Majestad me negó mi ruego de rearmar la flota, y para colmo acabé delegando demasiado en Diego Flores Valdés. El resultado, todos lo conocemos —suspiró—. Los ingleses contraatacan, aunque por las noticias que me llegan les está yendo igual de mal que

a nosotros cuando decidimos aporrear sus puertas. Pero bueno, no estoy aquí para aburrirte con mis penas. ¿Sabes dónde estás, Alonso? —Este negó con la cabeza—. Estás en mis dependencias personales de la torre del homenaje del Castillo de Santiago. Solo los más leales de entre los míos saben que estás aquí.

Alonso guardó silencio para dejarle hablar.

—Uno de mis capitanes te vio salir a caballo de la ciudad, con el irlandés y dos desconocidos. Le extrañó veros armados hasta los dientes y, según sus palabras, con rostros de almas en pena. Tuvo un mal presentimiento, mandó a un guardia a palacio a informarme y decidí enviar un destacamento de mis mejores hombres para que os siguiera. El resto, ya lo sabes: cuando llegamos, no quedaba nadie en pie. Aún no sé cómo estás vivo. Tienes dos heridas, una en el torso y otra en la espalda, casi a la misma altura. Perdiste mucha sangre y has pasado días con fiebre, delirando. El médico asegura que ya no estás en peligro, pero te confieso que hubo un momento en que no dábamos un maravedí por ti.

—¿Dónde está Urko Aguirre?

—Lamiéndose las heridas en un calabozo por orden mía, pero no te hagas ilusiones. Ya ha solicitado la presencia de un abogado de Sevilla y ha enviado cartas a Andrea Gasparo Corso y a varios de sus contactos de El Escorial. Apuesto mi brazo derecho a que su Católica Majestad ya está al corriente de esto. Es cuestión de tiempo que le liberen. Y hablando de brazo, le has dejado la diestra hecha unos zorros. Tendrá que limpiarse el culo con la izquierda el resto de su vida.

—Urko es un asesino, excelencia —protestó Alonso—. Mató a sangre fría a mi amigo Tristán de Souza, duque de Alandroal, y a su tripulación. Luego vino a matarnos a Tomás y a mí…

—Todos sebastianistas como tú, Alonso. —Este guardó silencio, con la culpabilidad reflejada en sus ojos. Para él, no solo fue una sorpresa que el duque de Medina Sidonia lo supiera, sino también la tranquilidad con la que hablaba de ello—. ¿Qué quieres que le digamos al rey Felipe? Urko conoce secretos que el Rey jamás querría que salieran a la luz. Lo mismo sucede con Gasparo Corso. Él, sus hermanos y sus agentes son un mal necesario en la monarquía, y más en estos tiempos que vivimos. Lo que callan es su mejor salvoconducto. No tardaré mucho en recibir una orden directa de Felipe II para que libere a Aguirre.

—Entonces, estoy perdido —suspiró Alonso, dejando caer su vista hacia los pies de la cama—. Ese malnacido no parará hasta verme muerto.

—Él cree que lo estás, al igual que la mayoría de ciudadanos de Sanlúcar —le sorprendió de nuevo el Duque—. Glauco y tu hermana son los únicos que saben que estás vivo, y guardarán el secreto por la cuenta que les trae. En cuanto puedas caminar, uno de mis barcos te llevará a San Salvador de Bahía y no regresarás a la Península hasta que Felipe II muera. Es lo más que puedo hacer por ti. La otra opción es que te descubran y acabes colgando de una soga, por traidor.

Alonso contempló el rostro sereno del Duque durante unos instantes.

—¿Por qué hacéis esto por mí, excelencia?

—Aparte de porque siempre sentí simpatía por Samuel Pérez, por ti y por vuestra familia… por esto. —El Duque abrió uno de los cajones de una mesita cercana y sacó la daga de Sebastián; Alonso observó, en silencio, cómo desataba la funda de cuero que Luna había confeccionado para cubrir la empuñadura, dejándola al descubierto. Una sonrisa arqueó el bigote gris—. ¿Sabes de quién fue esta daga?

—Me la dio el rey Sebastián en Berbería —confesó Alonso, poniendo todas sus cartas boca arriba.

—Lo sé, pero, ¿sabes quién fue su anterior propietario? —Alonso negó con la cabeza—. Esta obra de arte perteneció al abuelo de Sebastián, el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y rey de España, Carlos de Austria.

Alonso se quedó estupefacto. El Duque desnudó la hoja de acero pulido y la estudió embelesado, como si estuviera bajo el influjo de un hechizo.

—Dicen que para él fue un amuleto de protección y buena suerte durante las múltiples guerras en las que participó, una reliquia muy querida de la familia. Y cosas del destino, acabó en manos del hijo de un cantero de Lisboa. Y al parecer a ti también te ha dado buena suerte. Por cierto, esta daga es la que ha convertido a Aguirre en un tullido…

—¿Cómo sabéis que Sebastián me la dio?

—Él mismo me lo contó hace años, en Venecia. —El corazón de Alonso se detuvo durante un instante—. Nos citamos en casa de un

amigo común, en el mayor de los secretos. Pasamos horas hablando y, entre otras muchas cosas, mencionó a un joven soldado que le dio agua poco antes de ser capturado en Berbería. Cuando le describió, tu imagen me vino de inmediato a la cabeza, y también la daga envuelta en cuero que siempre llevas encima. Me atreví a mencionar tu nombre y él, asombrado, me confirmó que tú eras ese arcabucero.

Alonso se incorporó en la cama y quedó sentado en ella. Ni siquiera reflejó en su cara el dolor de sus heridas, relegado a un segundo plano por la sorpresa que acababa de recibir.

—¡No me lo puedo creer! Entonces, ¿vive y se acuerda de mí?

—Hasta donde yo sé, sí.

—¿Y dónde está?

—Ni idea, no le veo desde entonces. Prefiere pasar desapercibido. Es su elección y la respeto.

—¿Y el rey Felipe sabe esto también?

—Lo sospecha, pero no tiene la certeza que tengo yo. A mi entender, Sebastián fue sabio no dejándose ver una vez liberado de su cautiverio. Si se hubiera mostrado a Felipe, habría acabado en una mazmorra.

Alonso estaba fascinado por las revelaciones del Duque. Ojalá Tristán y sus amigos muertos pudieran estar allí para escucharlas.

—Por cierto —comenzó a decir el Duque—. Cuando me contó lo de vuestro encuentro, me comentó que te regaló la daga porque en ese momento pensó que iba a morir, y que lo último que quería era que se la quedara un moro. —Se echó a reír a carcajadas—. Yo creo que se arrepintió de su generosidad…

Alonso le acompañó en su risa hasta que el dolor de la herida trocó la euforia en una mueca.

—Si vuelvo a verle, se la devolveré —prometió, con una mano en la herida. Al tocarla a través de la venda, notó las costuras con las que el cirujano la había cerrado.

El Duque se levantó, dando por concluida la reunión.

—Lo que tienes que hacer es recuperarte. Yo guardaré tu secreto,

como sé que tú guardarás el mío. Es algo que has demostrado que sabes hacer a lo largo de estos años. Eres un buen hombre, Alonso, y por mucha lealtad que me una a Felipe de Castilla, no mereces morir.

Este no pudo evitar que una lágrima solitaria rodara por su mejilla.

—Gracias, excelencia. Gracias en mi nombre y en el de toda mi familia. La pena es que no haya podido dar el último adiós a mi amigo Tomás.

El Duque le miró desde el pie de la cama con las cejas levantadas.

—¿Tu último adiós? Eso tiene solución. No te muevas de ahí —le dijo, como si pudiera levantarse por sí mismo.

El de Medina Sidonia se marchó de la estancia, dejando a Alonso confuso. Tal vez aún conservaban el cuerpo de Tomás en el castillo; al menos podría presentarle sus respetos. No transcurrió mucho tiempo hasta que aparecieron dos criados con una camilla. El anciano que le había examinado un rato antes —y que resultó ser el médico del castillo— les acompañaba. Sin mediar palabra, destaparon a Alonso y lo colocaron sobre la parihuela, arrancándole un gemido de dolor. La herida, al menos, no se había abierto.

—No os mováis u os dolerá —le advirtió el galeno.

Los sirvientes la alzaron en volandas y cruzaron el mismo arco por el que había desaparecido el Duque, hasta llegar a otra estancia parecida a la que ocupaba Alonso. Encontraron al de Medina Sidonia de pie, en la arcada que daba paso a la habitación.

—Entrad y velad a vuestro amigo —le invitó.

Alonso, en contra de todos los consejos, se incorporó en la camilla y vio a Tomás yaciendo en una cama similar a la suya. Para llevar días muerto, tenía mejor color que cuando estaba tirado en mitad de la carretera. Casi se le para el corazón cuando la cabeza rodeada de pelambrera rojiza se giró hacia él.

—¡Alonso, mal rayo me parta! ¡Tienes un aspecto horrible, como si mil turcos te hubieran pasado por encima a caballo, pero al menos ya estás despierto!

—¡Tomás!

El Duque se echó a reír, aunque su rostro se puso serio cuando Alonso

abandonó la camilla de un salto para abrazarse a su amigo, que estaba tumbado panza arriba con vendajes rodeando la inmensidad de su cuerpo. El médico reprendió a Alonso a voces, aunque este no le hizo ni caso, enganchado al cuello del irlandés y hecho un mar de lágrimas.

—¡Vas a matarme, maldito llorica! —bramó Tomás—. ¡Ay! ¡Quitádmelo de encima, este idiota va a rematarme!

—Creí que habías muerto —le dijo Alonso, una vez se hubo calmado un poco—. Nunca antes te había visto caer: estaba convencido de que eras invulnerable.

—Claro que lo soy, y tú también: míranos, vivitos y coleando. ¡Y no vuelvas a meterte con mi barriga! Dice el médico que me ha salvado la vida.

Alonso se echó a reír, aunque la alegría le duró poco.

—¿Y Luis y Miguel?

—Luis… —Tomás se limitó a negar con la cabeza; le costaba trabajo decir en voz alta que había muerto—. Dicen que fue rápido; seguro que Dios le perdonó todos sus pecados —el irlandés cambió de tema para darle a Alonso una buena noticia—. Miguel sí que está vivo y sin heridas graves. Fue quien salió mejor parado del follón, con solo un chichón en la cabeza. Eso sí, del tamaño de una manzana —apuntilló.

Alonso resopló, aliviado.

—Menos mal, pensé que había muerto. El espadachín que combatía con él vino a por mí. A ese sí que pude despacharle como a ti te gusta.

—Miguel le clavó su tizona en el hombro casi hasta la empuñadura, y ese hombre, en vez de matarle, le dejó sin sentido golpeándole con el pomo de la espada en la cabeza. Aún no me lo explico…

El Duque, que atendía la conversación a unos pasos de distancia, intervino:

—Él no era como sus compañeros. Se llamaba Riccardo Lombardi, y era un maestro de espada de Hamburgo. Mató al marido de su amante y Urko le ofreció protección a cambio de unirse a él. No era un mal hombre del todo.

—¿Dónde está Miguel ahora? —preguntó Alonso.

—Escondido en casa —respondió Tomás—. Se quedará allí hasta que nos marchemos.

Los ojos de Alonso se clavaron en los de Tomás.

—En cierto modo hemos perdido, ¿no?

—Hemos dejado muchas cosas en el camino, Alonso, pero no hemos perdido. Acuérdate de cuando éramos soldados en Ceuta. Podríamos seguir allí.

El médico palmeó dos veces.

—Debéis regresar a vuestro lecho, o la sutura de las heridas se echará a perder. Ya habrá tiempo para charlas cuando vuestras mercedes se encuentren mejor.

Tomás apartó a Alonso de su cama.

—Hazle caso a este matasanos. Sus broncas duelen más que las costuras de las tripas. Tienes que descansar. Nos espera una vida tranquila con nuestra familia, al otro lado del mar.

Alonso dejó que le llevaran de vuelta a su lecho, no sin antes mostrar su agradecimiento al Duque y al médico. Una vez en la cama, cerró los ojos e invocó todas las imágenes recopiladas a lo largo de más de una década. De pobre cantero a soldado, de empleado a rico comerciante. De patriota a sebastianista.

De sebastianista a hombre libre, como el propio Sebastián. A partir de entonces, solo le esperaba el amor de su familia, trabajo y prosperidad.

En una palabra: felicidad.

Los días pasaron despacio en el Castillo de Santiago para Alonso y Tomás. Poco a poco, conforme el dolor de sus heridas iba amainando, empezaron a dar paseos por la torre del homenaje. Solían pasar las tardes sentados en el mismo tabuco ventanero donde Isabel la Católica había visto por primera vez el mar. Ambos perdían la vista en el paisaje sanluqueño y hacían balance de sus vidas desde que se conocieron en Ceuta. Habían pasado de ser compañeros a familia. Una tarde, Alonso comentó con su amigo:

—¿Sabes que el Duque me dijo que la daga de Sebastián es un amuleto de buena suerte? —No pudo evitar esbozar una sonrisa

evocadora, mientras sus ojos se perdían en ese horizonte al que pronto viajarían y del que no regresarían en mucho tiempo—. Tú y yo podemos certificar que esa leyenda es cierta.

—Siempre y cuando no nos oiga la Santa Inquisición —apuntó Tomás —. Pero sí, no podemos quejarnos de estos once años. ¡Y no me negarás que no tenemos historias que contar a tus nietos!

—¿Te acuerdas cuando pensábamos que pasaríamos a la Historia?

—Bueno, quién sabe. —Tomás se encogió de hombros, mientras una bandada de pájaros sobrevolaba la ciudad como una nube bailarina—. Tal vez, algún día, alguien escriba sobre nosotros…

—O tal vez Sebastián caiga en el olvido, y su leyenda con él.

El irlandés sonrió y volvió a perder su mirada en el mar. A él le daba igual. No sabía cuántos años más le tendría el Señor sobre la Tierra, así que decidió que a partir de ese instante solo miraría hacia adelante, compartiendo su tiempo con su amada María, en ese paraíso llamado San Salvador de Bahía.

Unos días más tarde, el duque de Medina Sidonia, con quien Alonso había estrechado lazos hasta convertirlos en amistad, les informó de la llegada a Sanlúcar de unos enviados de la Corte. Estos portaban una carta firmada por el propio Felipe II en la que se ordenaba la inmediata liberación de Urko Aguirre.

—Todo ha ocurrido tal y como imaginábamos —había dicho el Duque, que ya preveía que los crímenes del asesino iban a quedar impunes—. Para vuestra tranquilidad, se marcha lejos de aquí, al norte. Durante todo este tiempo no ha parado de hablar de adquirir una villa en Guipúzcoa, al borde del mar.

Tomás no pudo remediar lanzarle una maldición.

—Ojalá se lo lleve una ola…

Tres semanas después de que Alonso despertara, Tomás y él abandonaron el Castillo de Santiago, dentro de un carruaje cerrado que les llevó hasta la pasarela del Toisón de Oro, un galeón propiedad del duque de Medina Sidonia. Allí se reunieron con Miguel, quien les recibió con su sequedad habitual, aunque en esta ocasión se prodigó un poco más en abrazos, sobre todo con el irlandés.

Alonso y Tomás quedaron en no revelarle que Urko Aguirre había

salido libre y sin cargos hasta que no estuvieran en alta mar. Con el odio que le profesaba, Miguel habría saltado a tierra para ir tras él. Ojalá el tiempo y una nueva vida, mucho más tranquila que la que había llevado hasta ahora, cicatrizaran la profunda herida que le atormentaba desde su niñez.

En cubierta les esperaban Glauco, Úrsula, Efraín y Fermín. La hermana de Alonso y su marido prometieron ir a verles a San Salvador de Bahía lo antes posible. Efraín, más nervioso que de costumbre, no paraba de hacer aspavientos mientras les deseaba lo mejor.

—No tendréis que preocuparos por nada, Alonso —le aseguró, agarrándole las manos—. Glauco y Fermín llevarán «Mercancías Selectas» con el mismo cariño que maese Samuel y vos.

—Lo sé —respondió Alonso—. Cuida de ellos, ¿de acuerdo?

—Con mi vida, si hace falta —prometió Efraín.

—Y tienes mi permiso para venir a vernos a Brasil cuando quieras.

El mayordomo mostró su gratitud besándole las manos; secándose las lágrimas, no quiso prolongar más la despedida y fue el primero en bajar la pasarela y esperar a los demás en el muelle. Alonso llamó a un aparte a su cuñado y le entregó un par de pliegos enrollados y sellados con lacre.

—Esto es una escritura por la que otorgo a mi hermana poder absoluto para disponer de todos mis bienes en Sanlúcar hasta mi regreso. Dentro va una carta que deberás hacer llegar a Rui Pires, en Lisboa. En ella, Tomás y yo renunciamos a nuestra asignación mensual.

Glauco cogió el documento y le preguntó a Alonso:

—¿Cuándo volveréis?

—Cuando muera el rey Felipe.

—Entonces le deseo corta vida. —Glauco se le abrazó con fuerza—. Cuidaos mucho.

De forma instintiva, Alonso acarició la daga que llevaba en el cinto. A pesar de creer en la voluntad de Dios, una parte de él daba credibilidad a la leyenda de la reliquia de los Austrias.

—Cuida tú de mi hermana. Os enviaré de vuelta a Alonsinho en el

próximo viaje del Abundancia.

Las despedidas se prodigaron hasta que el capitán les invitó a desembarcar. Glauco, Úrsula, Efraín y Fermín aguardaron en el muelle hasta que soltaron amarras. Poco a poco, llevada por el viento, la nave surcó el estuario de Sanlúcar hasta desaparecer de la vista.

Y pasaron muchos años hasta que Alonso y Tomás volvieron a contemplar las costas de Andalucía.

CAPÍTULO LIX

Miércoles, 15 de agosto de 1602, Lisboa

PASARON TRECE AÑOS DESDE QUE Alonso y su familia se exiliaran en San Salvador de Bahía, huyendo de las posibles represalias de Felipe de Castilla. Si bien dejaron la Península al borde de una guerra, los planes de los ingleses para crear una revuelta en Portugal y tratar de sentar de nuevo en el trono al Prior de Crato fueron un fracaso estrepitoso. El ataque de la Invencible Inglesa a Lisboa, en 1589, resultó igual de desastroso que el intento de la Armada Invencible de invadir Inglaterra. Ciertamente llegaron a atacar la capital por tierra, pero las galeras de Alonso de Bazán barrieron desde el Tajo a las tropas de John Norreys. La leyenda del temido Drake se desmoronaba. Obligado a internarse en el Atlántico, y perseguido por la flota del rey Felipe, llegó hasta Las Azores, donde tampoco fue capaz de causar demasiados estragos. Vencido, con tan solo la mitad de sus hombres, con muchos barcos menos y las manos vacías, regresó a Inglaterra el 10 de julio de 1589.

Con su flota reconstruida, Felipe II supo mantener a raya a los corsarios ingleses durante años, haciendo fracasar muchas incursiones contra barcos españoles y portugueses. Fue en una de estas expediciones, en 1597, que Francis Drake encontró la muerte frente a las costas de Panamá. No fue una bala de cañón o un naufragio, sino a causa de un enemigo invisible: la disentería.

Felipe II murió un año después, el 13 de septiembre de 1598. Su hijo, Felipe III, continuó la guerra contra los ingleses, que culminaría en lo que se conoció como la paz perpetua, firmada el 28 de agosto de

1604.

Fray Antonio Expósito vivió los entresijos de esa guerra de cerca, sobre todo hasta 1593, cuando el archiduque Alberto de Austria dejó de ser virrey de Portugal para ser sustituido por un consejo regente. Gracias a uno de esos consejeros, el arzobispo Miguel de Castro, Antonio pudo permanecer en la Corte, en el Palacio de Ribeira, donde se hizo cargo de la Biblioteca Real que albergaba su torre, junto al Tajo. No solo se dedicó durante años a organizar el archivo y la infinidad de volúmenes que lo componían; también siguió haciendo las funciones de traductor al actual virrey, don Cristóbal de Moura, marqués de Castelo Rodrigo; curiosamente, el mismo hombre por el que se había hecho pasar Cristóbal do Carmo, el amigo del impostor de Penamacor.

Ese jueves, 15 de agosto, Antonio leía las últimas páginas de un ejemplar de La Galatea, junto a uno de los ventanales altos y alargados de la Biblioteca Real. La luz entraba a raudales por los cristales, invitando a la lectura. La obra que tenía en sus manos era de un escritor y aventurero del cuál le habían hablado bastante bien, un tal Miguel de Cervantes, que había rondado por Lisboa en 1581 en busca de fortuna para luego regresar a España. Aunque estaba muy bien escrita, la trama no le convencía: los amoríos de unos pastores a orillas del Tajo le deprimían. Con la buena pluma que tiene este Cervantes, más le valdría escribir algo de gestas o caballería, pensó, mientras devolvía el libro a la estantería.

—¡Fray Antonio!

El jesuita giró la cabeza al oír la voz aflautada de Guzmán, el hijo de uno de los cuidadores de la torre del Palacio de Ribeira que compartía nombre con su padre. El zagal, un crío de piel aceitunada y cabello rizado, no tendría más de ocho años.

—Me envía mi padre —explicó, haciendo una reverencia—. Un joven os busca abajo, en la puerta que da a la Plaza del Palacio.

—¿Quién es? —Antonio no esperaba visita.

—Dice que es una sorpresa.

El fraile se encogió de hombros y bajó los dos pisos que le separaban de la planta baja, preguntándose quién sería aquel joven misterioso. El niño correteaba por delante de él, como si le hubiera retado a una carrera que no podía permitirse perder. En el vestíbulo, el jesuita interrogó a Guzmán padre acerca del desconocido.

—Insiste en que os conoce, y afirma que os llevaréis una grata sorpresa al verle —le explicó el criado—. Parece un buen muchacho —puntualizó—. Si me hubiera dado mala espina habría llamado a los guardias para que le echaran.

—¿Dónde está?

—Os espera junto a la fuente de la plaza. Es un joven delgado pero fuerte, con pelo rubio y rizado. Asegura que le reconoceréis nada más verle.

Sin tener ni idea de quién se trataba, Antonio se encaminó hacia la fuente de la plaza, que a aquella hora bullía de actividad. A la derecha se extendía el Tajo, vigilado por decenas de cañones apostados detrás de las murallas. Soldados y civiles deambulaban por la explanada repleta de puestos ambulantes y de carruajes de hidalgos que visitaban la corte para resolver sus asuntos.

Distinguió a lo lejos a un joven cuya descripción coincidía con la aportada por Guzmán. Él también le vio, dejando de apoyarse en la fuente para caminar a su encuentro. Aunque la cara le resultaba familiar al clérigo, no caía en quién podría ser. En cuanto estuvieron frente a frente, el joven rubio esbozó una sonrisa burlona acompañada de una desfachatez.

—Estoy deseando ver la cara de mi padre cuando compruebe lo calvo que te has quedado.

Al oírle hablar, Antonio supo de inmediato a quién tenía delante. Su voz era tan parecida a la de su padre que los pelos se le pusieron de punta. En efecto, los años se habían cebado con su cabello, dejándole una calva que brillaba a la luz del sol como una manzana recién lavada. Antes de abrazar al visitante, Antonio pronunció su nombre, como si necesitase comprobar que aquel hombretón que se burlaba de él era el mismo diablillo que no veía desde hacía más de una década.

—¿Gonzalo?

—Tienes buena memoria, tío Antonio —dijo, fundiéndose con él en un abrazo.

—¡Gonzalo, por Dios, cómo has crecido! —El religioso comenzó a buscar a Alonso por la Plaza del Palacio, pero no lo encontró por los alrededores—. ¿Y tu padre, está aquí?

—Está en el puerto, a bordo del Abundancia. Vamos de paso hacia

Sanlúcar —informó—. Hemos hecho escala para descargar un cargamento de azúcar de caña y desembarcar a Miguel, que nos deja después de tantos años.

—Miguel —rememoró en voz alta, para cambiar de tema de inmediato—. ¿Y por qué no ha venido tu padre contigo? ¿Le pasa algo?

—Lleva dos días que no está para andar mucho. Tiene un ataque de gota: le dan de vez en cuando y se pone a rabiar.

—La misma enfermedad que castigaba al rey Felipe —recordó Antonio.

—Mi padre dice que es su maldición. ¿Vamos al barco y le ves?

—Claro que sí —aceptó, comenzando a caminar entre el gentío—. ¿Y Tomás, tu madre y los demás?

—Todos bien, excepto mi abuela Sara. Murió el año pasado de unas fiebres…

—No sabes cuánto lo siento, siempre he admirado a esa mujer.

—Se fue feliz, convencida de que se encontraría con mi abuelo en la otra vida. Gracias a Dios, no sufrió mucho.

—¿Y Tomás y María?

Gonzalo se echó a reír.

—Si sigo contándote cosas, mi padre me tirará por la borda. Deja que sea él quien te ponga al corriente de todo. Se muere de ganas de verte, después de más de quince años…

—Diecisiete —puntualizó Antonio—. La última vez fue a su regreso de Ericeira, después de aquel asunto del impostor.

—Pues jamás dejó de hablar de ti. De hecho, delante de mi hermana y de mí se refiere a ti como vuestro tío Antonio, el fraile.

Aquel detalle inundó de ternura el corazón de Antonio. Entre risas y conversaciones frugales, llegaron al muelle donde atracaba el Abundancia. Su casco ya no se veía tan lustroso después de incontables travesías, aunque sus castillos seguían siendo imponentes. Un reguero de porteadores sacaban los sacos de azúcar de caña de la bodega, cargándolos en carretas que esperaban más allá de los embarcaderos para llevarlos a los almacenes. El desfile de estibadores

se interrumpió para que cruzaran la pasarela y atravesaran la cubierta hacia el castillo de popa, donde se encontraba el camarote en el que aguardaba Alonso. Era un habitáculo amplio, dotado de muebles funcionales, hermosos y de buena factura. Al entrar en la cámara, Antonio vio a Alonso intentando levantarse de una silla de cuero y madera, junto a un banquito donde reposaba la pierna. Luna estaba a su lado, tendiéndole una muleta de madera. Cuando las tres miradas se entrecruzaron, el camarote refulgió con una luz mágica. Gonzalo, respetuoso ante aquel reencuentro tan deseado durante tantos años, permaneció detrás del fraile, en segundo plano.

—Voy a avisar a Delia —informó a sus padres—. Estará en su camarote.

Los cuarenta y cuatro años de Alonso no habían pasado en balde. No se parecía demasiado al Alonso de 1585 que habitaba en la memoria de Antonio: este estaba mucho más gordo, en proporción, de lo que había estado nunca Tomás. Su pelo largo ahora era corto, y el blanco comenzaba a conquistar el negro. El fraile echó de menos la claymore en su espalda; sin embargo, sí que vio la daga de Sebastián pendiendo de su cinto. Eso, junto con el brillo de sus ojos y su sonrisa, eran de las pocas cosas que no habían cambiado un ápice.

Luna, de pie con la muleta en la mano, estaba igual que siempre. Tan solo unos mechones grises mancillaban su pelo recogido en un tocado. Su sonrisa, como la de Alonso, era la misma de siempre. Con un fugaz gesto de dolor, su marido aceptó el apoyo de madera y se levantó. Antonio fue a su encuentro y le abrazó.

—Si la alegría pesase, este barco estaría ahora mismo en el fondo del puerto —dijo, apretando a su amigo con cuidado para no golpearle el pie descalzo; la articulación y el dedo pulgar se veían rojos e inflamados, como si estuvieran a punto de reventar. Aquello tenía pinta de doler mucho.

—Siempre fuiste bueno con las palabras, hermano —logró pronunciar Alonso, con la voz medio quebrada por la emoción; tras unos segundos, se separó de él y contempló su calva—. Eso de estudiar y leer tanto te ha cobrado un precio, ¿eh?

—Al menos yo no me he comido a Tomás —bromeó Antonio, empujando a Alonso con suavidad para que volviera a sentarse; a continuación se dirigió a Luna y besó su mano, con respeto—. Estás más hermosa que nunca.

—Tendrás que confesar esa mentira —rio ella, que se soltó para darle un abrazo—. No sabes las ganas que teníamos de volver.

—Y yo de veros —se dirigió a Alonso, y su expresión cambió a una más seria—. ¿Y Tomás?

—Tomás y mi madre están bien —dijo Alonso, para su tranquilidad, a la vez que le señalaba un asiento cercano donde el jesuita se acomodó —. Compramos todo el terreno que pudimos alrededor del palacio de Samuel. Ahora somos dueños de una plantación de caña de azúcar inmensa, y Tomás se quedó con una parcela donde cría caballos para su venta en San Salvador. Hace lo que siempre le ha gustado y está feliz. Dice que eso le mantiene joven.

—¿Qué edad tiene?

—Este año cumplirá sesenta y tres —dijo Luna—, y tiene pinta de llegar a los cien. Está igual que siempre, con sus barbas rojas.

El jesuita se echó a reír, rememorando los buenos momentos —la mayoría regados con vino— que había pasado junto a Tomás.

—Maldito irlandés. ¿Seguís entrenando con los espadones?

—Como ves, yo no —dijo Alonso, abarcando su prominente estómago con ambas manos—. No toco un arma desde que me fui de Sanlúcar. —Señaló a su esposa con la cabeza y le guiñó un ojo a su amigo—. Luna me lo hizo prometer.

Ella se dirigió al sacerdote:

—¿Se sabe algo de Urko Aguirre y de Gasparo Corso?

—De Urko Aguirre no ha vuelto a saberse nada. Al parecer, se retiró al norte, a Guipúzcoa.

—Eso me dijo el duque de Medina Sidonia antes de marchar —recordó Alonso.

—No debéis preocuparos por él. Y referente al corso, me contaron que murió hace unos años. —El fraile les dedicó una sonrisa tranquilizadora—. Habéis escogido un buen momento para regresar. Ya nadie se acuerda de vosotros.

En ese momento, entró Gonzalo con su hermana. Delia tenía diecisiete años, los mismos que Luna cuando conoció a Alonso. Parecía una

versión más pequeña y delgada de su madre, y su aire frágil le proporcionaba cierto encanto. Antonio le dedicó una mirada tierna, y ella le devolvió una leve genuflexión.

—Es increíble cómo crecen —murmuró Antonio, besando a Delia en la mejilla; ella aceptó el beso con una sonrisa. Al contrario que su hermano, era tímida e introvertida—. La última vez que te vi eras muy pequeña, es normal que no te acuerdes de mí.

—Mi padre no para de hablar de vos.

—¿De vos? —El fraile fingió clamar al cielo—. Por favor, llámame tío Antonio o saltaré al mar a través de esa vidriera.

Ella soltó una risita, repitió la genuflexión y abandonó la cámara. Gonzalo, en cambio, cogió una silla y se integró en la conversación. Alonso aguantó otra punzada de la gota con un gesto de dolor y le preguntó a su amigo:

—¿Y los sebastianistas, Antonio? ¿Siguen en activo?

—¿Qué sebastianistas? —La pregunta fue retórica—. ¿Vosotros, los de verdad, o los que hay ahora? Tristán de Souza, Gibre, Pires, Brito, tú… Esos eran sebastianistas auténticos, que os jugabais el cuello para encontrar a Sebastián de Avis. Los que vinieron después solo quisieron que Antonio, el Prior de Crato, pusiera sus posaderas en el trono de Portugal después de haber expoliado el tesoro real. Traidores, amigos pobres de los ingleses —sentenció—. Otros que se hacen llamar entre susurros sebastianistas entrenan impostores para engañar al pueblo. ¿Te enteraste de que tuvimos otro, hace siete años?

—¿Otro más, aparte del de Ericeira?

—Y hace tres meses condenaron a otro a galeras…

Gonzalo se echó a reír.

—Aquí levantas una piedra y te sale un Sebastián.

Antonio siguió hablando:

—El anterior, un tal Gabriel de Espinosa, acabó con la paciencia de Felipe II. Era un pastelero de Madrigal, títere de un agustino llamado fray Miguel de los Santos, partidario del Prior de Crato. Ese fraile convenció a doña Ana de Austria, que se encontraba en el monasterio de Santa María la Real, en Madrigal, de que ese pastelero era su primo

Sebastián y que necesitaba su ayuda. Tanto la embaucó que ella accedió a casarse con él…

—¿Con el pastelero? —Alonso no daba crédito a sus oídos.

—Lo que oyes, y ni siquiera era portugués —comentó Antonio, que prosiguió su relato—. Su objetivo era hacer creer a todos que era el auténtico Sebastián de Avis. A esta intriga se sumaron varios nobles e hidalgos. Al parecer, doña Ana acabó enamorándose de verdad del impostor y, cuando supo que no era en verdad Sebastián, se vino abajo, destrozada. Al final, detuvieron al pastelero en Valladolid portando joyas de extraña procedencia, junto con unas cartas bastante comprometidas de doña Ana y de fray Miguel de los Santos. Su detención llegó a oídos de Felipe II, y este tomó cartas en el asunto.

—Y al cadalso —dedujo Alonso.

—Él y el agustino —confirmó Antonio.

—¿Y ese nuevo impostor que has mencionado antes? Al que condenaron a galeras…

—Un aventurero calabrés, Marco Tulio Catizone. Se cuenta que afirmaba ser Sebastián para obtener dinero y favores en Venecia. Algunos van más lejos y sostienen que fue entrenado por gente poderosa para hacerse pasar por él. Puede que lo hicieran esos otros sebastianistas que te comenté antes…

—Entiendo. ¿Y cómo pillaron a este impostor?

—Fue en Florencia. El muy idiota cometió la imprudencia de presentarse en público como rey de Portugal. Se le arrestó de inmediato y se avisó a Felipe III. Según dicen, se relaciona con portugueses influyentes, pero eso no le ha valido de nada. El 20 de mayo fue condenado a galeras de por vida. Está cerca de Sanlúcar, en el Puerto de Santa María.

Luna se removió en su asiento y suspiró.

—Y seguirán apareciendo impostores para cebar cadalsos y morir como galeotes…

Antonio se encogió de hombros.

—Cada vez estoy más convencido de que el auténtico Sebastián de Avis murió en Alcazarquivir. ¿No creéis que si viviera, habría

reaparecido tras la muerte de Felipe de Castilla?

Alonso miró a Antonio con fijeza.

—Voy a contarte algo que te va a dejar de piedra: algo que me contó el duque de Medina Sidonia en persona antes de partir para San Salvador…

Y Alonso compartió con su amigo la conversación que mantuvo con el Duque sobre Sebastián, en la torre del Castillo de Santiago. Mientras escuchaba sus palabras, la boca del fraile se abría más y más. Una vez concluido el relato, Antonio tardó aún un rato en poder hablar.

—Entonces, si no ha muerto en estos años, es cierto que Sebastián sigue vivo y oculto en alguna parte.

—Así es.

—Y prefiere seguir escondido a recuperar su trono. Ahora es cuando el sebastianismo tiene su mayor razón de ser.

—No cuando un rey no quiere serlo.

—¿Qué harías si apareciera? —quiso saber Antonio.

—Si tuviera la certeza de que realmente es él, testificar que es el auténtico rey de Portugal ante cualquiera que lo objetase, ya fuera el mismísimo Felipe III.

Luna frunció el ceño. Hacía años que no oía una conversación como esta, y le molestaba ver reavivarse ese fuego sebastianista que había creído apagado durante más de una década. Cambiando de tema, se levantó.

—Voy a decirle al cocinero que vaya al mercado a comprar venado y el mejor oporto que haya en Lisboa. Hoy me apetece una comida especial. ¿Te quedas a comer con nosotros, Antonio?

Al fraile le asaltaron imágenes de muchos almuerzos y cenas con la familia de Alonso, aunque en ellas siempre había estado presente Tomás. Sin proponérselo, le vino a la memoria el comedor cochambroso de la pequeña casa del foso de la Almina, en Ceuta. Después de tantos años, se presentaba una nueva oportunidad de compartir mesa y mantel con sus amigos. Aceptó sin dudarlo.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Luna abandonó el camarote, dejando a los tres hombres solos. Cuando Alonso estuvo seguro de que ella ya no le oiría, se dirigió a Antonio en voz baja:

—Desde que nos fuimos, no hemos vuelto a hablar de mis viajes con Tristán. Es como si hubiera borrado esos recuerdos de su mente.

—La entiendo. Ha estado a punto de perderte dos veces. Eso sin contar lo de la torre cargada de explosivos en África.

—Esa tuvo que ser buena —comentó Gonzalo, que había oído el relato de labios de su padre y Tomás unas cuantas veces.

Antonio decidió cambiar aquel tema por otro más halagüeño.

—¿Vienes para quedarte?

—Solo por una temporada —contestó Alonso, frotándose el pie para que circulara mejor la sangre; en lugar de alivio, sintió otra punzada —. La tienda de Sanlúcar no va todo lo bien que debiera. Glauco y Fermín hacen lo que pueden, pero no han tenido un maestro tan bueno como Samuel, ni yo pude enseñarles como Dios manda. Durante estos años, han perdido muchos clientes, sobre todo los minoristas joyeros, que han acabado yéndose a Córdoba, Sevilla y Cádiz.

—Lamento oír eso. ¿Y tu hermana?

—A ella le va muy bien. Mi plan es liquidar las existencias de «Mercancías Selectas» y trasladar allí los talleres de Úrsula. De ese modo dejará de pagar el alquiler de las covachas de las Sierpes y podrá ampliar su negocio todo lo que quiera. Según cuenta en sus cartas, cada día tiene más clientes.

—Pobre Glauco —se lamentó Antonio—. Debe sentirse frustrado.

—Mi plan es hablar con el duque de Medina Sidonia y comprar unos terrenos en el Puerto de la Barrameda, en el interior, para construir un almacén grande de azúcar de caña, capaz de surtir a toda la región. Es un negocio fácil de llevar y muy rentable, que permitirá a mis barcos hacer travesías sin parar. Glauco y Fermín podrán llevarlo sin complicaciones.

—Y si tú mismo cultivas en San Salvador tu caña de azúcar, el beneficio es pingüe…

—Quiero llegar a un acuerdo con don Alonso parecido al que tiene con los bretones: llevaré vino a las Indias, donde la demanda es grande, y traeré azúcar a Sanlúcar.

—¿Entonces, cuando termines, te vuelves?

—Mi vida ya está allí, aunque ahora que sé que no me espera una daga detrás de cada esquina vendré al menos una vez al año.

—Me visitarás, ¿verdad? Tengo que enseñarte la Biblioteca Real. Disfrutarías como un crío.

—Me quedaré unos días por aquí, antes de volver a Sanlúcar. Quiero ver cómo está la ciudad y enseñarle a mis hijos dónde me crie. Pero tengo que esperar a que se me pase este maldito ataque. Me han herido varias veces en mi vida, y esto es peor que un tiro o un espadazo…

—A Felipe II le dolían las articulaciones de la mano —recordó Antonio, a quien el anterior virrey de Portugal le había facilitado el dato—. Ni firmar documentos podía…

Alonso le interrumpió.

—Como digas «el pobre» me das un disgusto.

Se echaron a reír. Antonio recordó algo que le había dicho Gonzalo unas horas antes.

—¿Es cierto que Miguel ha regresado a Portugal para quedarse?

—Ha trabajado para nosotros durante todo este tiempo —le informó Alonso—. La verdad es que nunca estuvo completamente a gusto allí. No había semana que no preguntara si Felipe de Castilla seguía vivo y, en cuanto se enteró de su muerte, ya no pensó en otra cosa que en venirse. Menos mal que le convencí para que dejara pasar un tiempo: no sabíamos cómo iban a ir las cosas tras su fallecimiento.

—Fuiste prudente. ¿Sigue con ansias de venganza?

—No hemos vuelto a hablar de eso, aunque sabe que Urko Aguirre se fue a Guipúzcoa tras su liberación.

—¿Crees que tratará de matarle después de tanto tiempo?

—No sé, ni quiero amargarme la vida pensando en ello. A pesar de haber sido un trabajador ejemplar, nunca llegó a integrarse del todo

con la familia. Nunca perdió esa tristeza, ni esa cerrazón en sí mismo. Tiene treinta y tres años y ni siquiera se atrevió a comprometerse con una mujer allí, para no tener lazos que le unieran con las Indias. Su lugar está aquí, y se marcha con mis bendiciones. Le deseo lo mejor, pero lo que él haga a partir de ahora es cosa suya.

—No me extrañaría que se enrolara en el ejército —aventuró Gonzalo, que había recibido lecciones de esgrima de Miguel durante años—. Las únicas veces que le he visto contento tenía una espada en la mano.

—Es otra posibilidad —aceptó Alonso.

Luna regresó al camarote y anunció que ya había dado instrucciones para el banquete. Siguieron conversando antes de la comida, durante el transcurso de esta y después de dar cuenta del asado y de redoma y media de vino.

Una vez más, Antonio se sintió parte de la familia.

CAPÍTULO LX

LAS DOS SEMANAS QUE LA familia de Alonso pasó en Lisboa estuvieron plagadas de buenos momentos y mejores recuerdos. Compartieron gran parte del tiempo con Antonio, que siempre supo encontrar una excusa creíble para ausentarse de la Biblioteca Real. Gonzalo y Delia, que se habían criado en un ambiente opulento donde nada les faltó nunca, quedaron sorprendidos al ver la antigua casa de su abuela María. Alonso decidió entonces alquilar un carruaje y llevarles a la choza junto al Tajo donde él pasó su niñez, no lejos de la cantera donde trabajó cuando no era ni siquiera un hombre.

De la choza solo encontraron ruinas y una pila de recuerdos. A Alonso se le empañaron los ojos al ver el tramo del Tajo en el que había aprendido a nadar. Recordó el Río de la Podredumbre en Alcazarquivir y al torrente de muertos arrastrados por la corriente que tuvo que esquivar; también se acordó del salto a lomos de un caballo por el acantilado de Bel Younnech, que acabó en el mar. En cierto modo, le debía la vida a su niñez en ese río.

Visitaron la cantera donde su padre se dejó el alma, el territorio polvoriento e infernal que le hizo preferir la guerra antes que seguir golpeando piedras con un martillo. Contemplaron la explotación desde lo alto de un cerro. Aún había canteros haciendo añicos piedras, con los músculos de sus cuerpos semidesnudos cubiertos de una pátina de sudor ennegrecido por el polvo. Alonso se quedó un buen rato mirándoles y luego contempló su propia ropa, confeccionada con una tela ligera y hermosa. Luna supo leer su mirada y le consoló acariciándole el brazo, justo donde la hoja de un moro le abrió su primera herida de guerra. Alonso había llevado una vida cargada de peligros, pero ahí estaba, vivo para contarlo; si se hubiera quedado en la cantera, tal vez no tendría ni una cicatriz en el cuerpo, pero lo más seguro era que el propio lugar le hubiera matado, como hizo con su padre.

Otro día visitaron la casa de Tristán de Souza en la calle de San Pedro. Antonio les acompañó. La encontraron cerrada, silenciosa, con una fachada triste que parecía estar aún de duelo por la muerte de su dueño. Alonso se preguntó cuántos secretos quedarían encerrados entre sus muros, en ese sótano en el que tantas aventuras y conspiraciones se fraguaron. El olor a cera derretida, a madera y a oporto inundó su memoria como un aroma fantasmal.

Por fin llegó el día de partir. Antonio fue a despedirles al puerto. Le

había encantado reencontrarse con el cariño de Gonzalo y Delia. El barco zarpó antes de mediodía, surcando las aguas rumbo a Sanlúcar.

Antonio regresó a la torre del Palacio de la Ribeira caminando por la orilla del Tajo. Mientras se encaminaba a la biblioteca, dio gracias a Dios por haber cruzado en su camino a alguien tan especial como Alonso Teixeira.

4 de septiembre de 1602, Sanlúcar

Ese día, Alonso y su familia cruzaron la pasarela del Abundancia con la ilusión de volver por fin a casa. Úrsula y Glauco les esperaban en el palacete familiar, donde les recibieron con una noticia que les pilló por sorpresa: Alonsinho, que ya había cumplido los veinticuatro y era todo un hombre, se había prometido con la hija de un próspero comerciante de telas bretón, que tenía su establecimiento a tan solo unos pasos de las tiendas de las Sierpes. Si bien los jóvenes se habían enamorado a base de encuentros fortuitos en los establecimientos de sus padres —Úrsula compraba telas al bretón y este le encargaba vestidos para su esposa e hijas—, era evidente que dicho enlace fortalecería la economía de ambas casas, por lo que todos recibieron el compromiso con entusiasmo.

Efraín casi sufrió un ataque al ver a Alonso, a Luna y a sus hijos. Por supuesto, la imagen que guardaba de ellos no tenía nada que ver con la actual. El mayordomo, sin embargo, había cambiado muy poco en aquellos años, a pesar de tener una edad avanzada. Seguía tan nervioso como siempre, sin poder evitar hacer aspavientos al hablar y guiñando los ojos cada dos por tres, como si una mano invisible le pellizcara el culo cada tres segundos. Antes de seguir con la charla, insistió en que se instalaran en sus aposentos, que estaban tal y como los dejaron trece años atrás.

Gonzalo se reencontró con los juguetes que dejó en sus estantes y Delia con sus muñecas. Los criados los habían mantenido limpios de polvo, pero no habían cambiado nada de sitio. Delia, que había abandonado la casa a muy corta edad, apenas recordaba su habitación, aunque le encantó recuperar los recuerdos perdidos de su

más tierna infancia. Parecía que entre esos muros no hubiera pasado el tiempo. Úrsula y Glauco habían dejado las estancias de sus familiares exiliados siempre prestas para su regreso.

Al día siguiente de su llegada, Alonso redactó cartas para todos los clientes de su archivo, invitándoles a una liquidación de todas las existencias de «Mercancías Selectas». No permitió que Glauco y Fermín se lamentaran por la caída de un negocio que una vez fue tan próspero.

—Si alguien tiene la culpa, soy yo —les dijo, mientras hacían un inventario general—. De todos modos, no hay mal que por bien no venga. —Alonso paró de escribir para señalar la pared del fondo con el dedo—. Si tiramos ese tabique de allí y el que da al almacén, habrá sitio para que Úrsula contrate a diez costureras más; aquí, donde está ahora la tienda, recibirá a la clientela y tendrá los muestrarios de telas. Agrandaremos las ventanas para que haya más luz. —Glauco y Fermín trataban de recrear los cambios en sus mentes, pero les costaba seguir la planificación de Alonso, que hablaba sin parar—. Contrataremos a unos buenos ebanistas y llenaremos todo el testero de atrás de estanterías, y habrá espacio para almacenar cientos de rollos de tejidos. ¿Qué os parece?

—Que yo soy un simple estibador y que ojalá tuviera tus conocimientos y empuje para inventarme todos estos cambios —suspiró Glauco.

—Has mantenido el negocio sin pérdidas —trató de consolarle Alonso—, y eso ya es un logro. Yo mismo perdí mucha clientela cuando maese Samuel murió —reconoció—. Pero tengo un negocio para vosotros que nos dará bastante más dinero que la tienda.

Alonso les explicó su intención de construir un almacén para la venta de azúcar de caña. Conforme desgranaba los pormenores del negocio, los ojos de Glauco y Fermín recuperaban su entusiasmo.

—Trabajaremos con un único producto que dará mucho beneficio y pocos quebraderos de cabeza. Os lo enviaremos desde San Salvador en sacos cerrados. Vosotros solo tendréis que ocuparos de que se mantengan secos y de contratar personal para cargar los carros o los barcos. Ya he enviado una petición de audiencia al duque de Medina Sidonia para ver si me vende una parcela en el Puerto de la Barrameda: eso facilitará también el transporte por mar. —Alonso se dirigió a Glauco—. Mientras duren las obras del almacén, tú y yo viajaremos por toda Andalucía para buscar clientes. Quiero dejar el

negocio funcionando antes de irme de nuevo.

Una sombra de decepción atravesó el rostro de su cuñado.

—Entonces volvéis a las Indias…

—No pongas esa cara —le reprochó—. Ahora que nadie quiere rebanarme el pescuezo podré volver a Sanlúcar cada vez que me apetezca. Además, nuestros negocios dependerán el uno del otro, así que no tendremos más remedio que vernos con frecuencia.

Dos días después, Alonso recibió una carta firmada por el mismísimo duque de Medina Sidonia citándole en palacio el próximo 24 de septiembre. Desenfundó la daga de Sebastián y la admiró por enésima vez. Se regodeó en su filo, que había bebido dos veces la sangre de sus enemigos. Solo, en la biblioteca, le habló a la reliquia:

—Siempre me has tratado bien, tocándome con tu fortuna. Esto es lo último que te pido.

Si la entrevista con el Duque salía bien, sus sueños y los de toda su familia volverían a hacerse realidad, una vez más.

24 de septiembre de 1602, Sanlúcar

El duque de Medina Sidonia recibió a Alonso en los jardines de palacio. Se encontraba sentado en una silla, alrededor de una mesa redonda hecha de obra y forrada con mosaicos. Era una mañana soleada de cielo azul, celebrada por pájaros cantores. A una decena de pasos del noble, un sirviente esperaba en posición de firmes a que su amo le pidiera cualquier cosa.

Al verle venir, el Duque se levantó de su asiento y fue a recibirle con una sonrisa franca en el rostro, como quien recibe a un viejo amigo. Alonso hizo una reverencia.

—Excelencia, es un honor y una alegría veros de nuevo.

El Duque le agarró por los hombros, estudiándole de pies a cabeza.

Era evidente que su cambio físico le había sorprendido. Recordaba a alguien con cuerpo de guerrero, y ahora tenía frente a él a un hidalgo pasado de peso.

—¡Se ve que la vida te ha tratado bien en las Indias!

—No me puedo quejar, excelencia. Vos estáis igual que cuando me fui…

—Los disgustos me mantienen flaco —se quejó, elevando los ojos al cielo—. Vamos a la mesa. ¿Quieres una infusión de café? Acabo de comprar unos sacos procedentes de Etiopía, está exquisito. Créeme, algún día esta bebida se pondrá de moda y todo el mundo la tomará.

—La verdad es que nunca la he probado —admitió Alonso, aceptando la invitación.

El Duque le hizo una seña a su criado, y este desapareció por una puerta que daba a las cocinas.

—Ahora nos lo traen —dijo—. Decidme, ¿cuándo regresasteis a Sanlúcar?

—Hace veinte días, con mi esposa y mis hijos.

—¿Y el irlandés?

—Haciendo lo que más le gusta, excelencia, criando caballos con mi madre.

—Me extrañó que no regresarais en 1598, cuando Dios Nuestro Señor acogió en su seno a don Felipe. Temí por vosotros cuando me enteré de que los holandeses atacaron San Salvador de Bahía ese mismo año…

—Nos llevamos un buen susto, pero tuvimos suerte: mis barcos no se encontraban allí y las tropas no llegaron a internarse por donde tengo mi hacienda. Además, les dimos para el pelo —rio—. Nuestras fuerzas les obligaron a marcharse con el rabo entre las patas. De todos modos, decidimos dejar pasar un tiempo hasta ver cómo iban las cosas en España y Portugal con el nuevo rey.

—Hiciste bien —aprobó el Duque—, fuiste prudente.

El criado apareció con un carrito de madera con ruedas sobre el que reposaban una jarra caliente, un azucarero, unas tazas de porcelana

decoradas con escenas pastoriles y unas cucharillas de plata. Llenó las tazas con el humeante líquido negro y las dispuso frente a ellos. Cumplida su misión, regresó a su puesto, lejos de ellos pero a la vista.

—Échale azúcar —le sugirió el Duque a Alonso—. Mejora su sabor.

—Precisamente de azúcar quiero hablaros, excelencia…

Le puso al corriente de su deseo de abrir un almacén en el Puerto de la Barrameda, así como de mantener una ruta de importación y exportación entre San Salvador y Sanlúcar. Para ilustrar mejor su proyecto, extendió sobre la mesa un plano del puerto dibujado por uno de los mejores cartógrafos de la ciudad, donde había señalado el posible emplazamiento del almacén.

—Si me vendéis esta parcela —Alonso señaló el punto del mapa con el dedo—, podremos trazar rutas comerciales por tierra y mar. La construcción de la carretera correría de mi cuenta, e iría desde el almacén hasta la calle ancha de los mesones. Desde allí, las carretas pueden tomar cualquier salida de Sanlúcar.

—Y queda cerca del puerto, para cargar y descargar barcos —se adelantó el Duque, cuya visión de los negocios dejaba en pañales a la de Alonso; se alisó la barba con el pulgar y el índice—. Bien, déjame pensarlo un momento…

Alonso aprovechó para dar un sorbo al café. El sabor le sorprendió, como también lo hizo el regusto que le dejó en la boca. Era diferente a todo lo que había probado. Aquel brebaje sentaba bien, y el azúcar le daba un toque dulce que le pareció delicioso.

Mientras se deleitaba con su descubrimiento, el Duque parecía hacer cálculos mentales.

—Te venderé el terreno para que construyas tu almacén, pero con un par condiciones —dijo, al fin.

—Estoy aquí para escucharlas, excelencia.

—La primera: un contrato según el cual tus barcos reservarán al menos un tercio de su capacidad de carga para transportar vino de Sanlúcar a las Indias. Es el mismo acuerdo que tengo con los bretones —explicó—, seguro que lo conoces. Me hace ilusión que mis vinos sean degustados por los habitantes de Brasil. Ya deben de estar hartos de tanto oporto —bromeó.

Alonso, que ya contaba con eso antes de sentarse a negociar, no puso objeción alguna.

—Me parece justo, excelencia.

El Duque siguió hablando:

—Te dejaré las barricas a buen precio, para que puedas sacar beneficio en San Salvador. Al final, me rogarás que llene tus bodegas con mi vino —vaticinó, soltando una risita—. Segunda condición: quiero encargarme de la distribución de tu azúcar en el Guadalquivir, desde aquí hasta Sevilla. Tengo unos cuantos barcos de bajo calado que podrían servir para ese propósito, y clientes muy buenos a lo largo del río. ¿Podrías hacerme un precio especial para cantidades importantes?

—No tendría inconveniente en reservaros esa ruta en exclusiva, excelencia, pero solo esa, la del Guadalquivir —puntualizó—. El objeto de levantar este negocio es para que mi hermana, su marido y su hijo obtengan beneficios con él.

—Me parece lógico. El principal motivo de quedarme con esa ruta es rentabilizar esos barcos que tengo de sobra —explicó—. Por otro lado, si te parece bien, enviaré cartas a mis contactos andaluces recomendándoles este nuevo negocio, por si les interesara distribuir tu mercancía.

Alonso no pudo evitar que una sonrisa aflorara a su rostro. Con la ayuda del duque de Medina Sidonia, conseguir clientela en otras ciudades resultaría mucho más fácil.

—Eso es muy generoso por vuestra parte, excelencia.

—Pues esas son mis condiciones. Consultaré con mis contadores lo de la finca: son ellos quienes llevan estos asuntos, pero confía en que te la pondré a buen precio. Me gusta tu idea, y creo que será rentable tanto para ti como para mí. ¿Otro café?

—Sí, por favor. —El criado sirvió otras dos tazas, para luego regresar a su sitio y convertirse de nuevo en estatua. Alonso dio otro sorbo y alabó la infusión—. Esto es maravilloso, excelencia. Muchas gracias por todo: por el trato y por el café.

—Incluiré medio saco en el acuerdo, de regalo —concedió el Duque, riendo.

—Es un verdadero placer hacer negocios con vos.

Dando por cerrado el trato, el Duque cambió de tema, para sorpresa de Alonso.

—¿Te has enterado de que han capturado al impostor que los ingleses tenían preparado para hacerlo pasar por Sebastián de Portugal?

Alonso se hizo el despistado.

—Oí lo del pastelero…

—Ese es antiguo, de hace años. Yo te hablo del último, de Marco Tulio Catizone, el calabrés. Llevo oyendo hablar de él desde hace tiempo, pero como le pasa a todos estos sebastianes, empezó a dar por saco más de la cuenta y ha acabado en galeras de por vida.

—Pues ha tenido suerte, excelencia. A este, al menos, no le han ahorcado.

—Todavía —advirtió el Duque, levantando el índice—. Ese idiota está preso aquí al lado, en el invernadero de galeras del Puerto de Santa María, donde le visitan caballeros portugueses que apestan a sebastianistas desde leguas de distancia. Lo peor del caso es que me han llegado rumores de que quiere ponerse en contacto con su prima. —El de Medina Sidonia hizo un gesto de indignación que Alonso no entendió.

—¿Con su prima? ¿Quién es su prima?

El rostro del Duque se tornó grave.

—Mi esposa, coño, la Duquesa de Medina Sidonia, doña Ana Gómez de Silva…

Alonso lo comprendió todo en ese momento.

—Ah, claro, la prima del auténtico Sebastián. Perdonad, excelencia, no había caído…

—Si se atreve aunque sea a enviarle una carta, le mandaré traer aquí y enrollaré todo el peso de la justicia alrededor de su cuello. —Se percató de que Alonso había vaciado su taza, así que llamó de nuevo al criado con un gesto—. ¿Otro café?

Alonso regresó a casa poco antes de la hora de comer. Efraín le abrió la puerta, sometido a espasmos involuntarios de manos, ojos y cabeza;

estaba más nervioso que de costumbre por saber cómo se había desarrollado la reunión con el Duque.

—¿Cómo fue la entrevista, maese Alonso?

—No podía haber ido mejor —respondió este, tocándose el corazón y comprobando que iba mucho más rápido de lo normal—. Efraín ¿tú has tomado café alguna vez?

El mayordomo parpadeó cuatro veces seguidas, torció la boca en una mueca y contestó:

—¿Café? No, maese Alonso… ¿Qué es el café?

—Algo que, por tu bien, jamás te permitiré probar.

CAPÍTULO LXI

LOS DOCE MESES POSTERIORES A la reunión con el duque de Medina Sidonia pasaron muy deprisa para Alonso, inmerso en la construcción de su almacén de azúcar de caña. No se conformó con levantar un edificio funcional, de líneas cuadradas, sino que contrató a uno de los mejores arquitectos sevillanos y alzó un edificio de ladrillo de tres plantas que, además de cumplir las funciones de almacén, disponía de barracones para trabajadores, amplias cocheras, caballerizas y unas oficinas dignas de un banco. Estaba diseñado para transmitir grandeza y prosperidad, objetivo que consiguió con creces.

El Duque siguió las obras con interés, admirado por la belleza del edificio, que destacaba entre todos los demás en altura y señorío. Cumplió su promesa, enviando cartas a comerciantes en las que les animaba a entrar en el floreciente negocio del azúcar. Durante ese año, no solo se concertaron entrevistas donde se fraguaron acuerdos comerciales por toda Andalucía y Extremadura: también se consolidó la amistad entre los dos Alonsos, el de Medina Sidonia y el que una vez fuera cantero.

La liquidación de «Mercancías Selectas» tampoco fue mal, si bien Alonso llegó al punto de perder dinero en algunas transacciones, poseído por el afán de ver vacío el almacén. En abril de 1603, aprovechando que sus barcos regresaban a San Salvador, cargó los

restos de mercancía en la bodega del Abundancia por sugerencia de Luna. En Brasil no había tanto surtido de artículos de lujo, y sí un buen montón de nuevos ricos deseosos de gastar su dinero. Tras ese último movimiento, la tienda estuvo lista para la reforma.

Se hizo todo muy rápido. En julio de ese mismo año, Úrsula y su ejército de costureras —que por lo pronto se vio reforzado con cuatro aprendizas más— se instalaron en la antigua tienda y dejaron las de las Sierpes, que no tardaron en ser reconquistadas por mercaderes bretones. Alonso se prodigó en la calidad del mobiliario, y trajo la mayor parte de los muebles y de la maquinaria textil de talleres sevillanos. Úrsula estaba encantada con su nuevo establecimiento, y su clientela también.

El almacén se inauguró el lunes 1 de septiembre de 1603. Fue el propio duque de Medina Sidonia quien se encargó del acto de inauguración, al que asistió todo Sanlúcar y muchos invitados ilustres de Andalucía. Incluso al rey Felipe III se le envió una invitación, pero como estaba previsto, no hizo acto de presencia. «Pero al menos ya sabe que existimos», le dijo el Duque a Alonso. Tan implicado se sentía en el negocio, que muchas veces usaba la primera persona del plural al referirse a él. Esto no molestaba a Alonso, al contrario, le hacía sentir importante.

La fiesta tuvo lugar en el mismo recinto del almacén, y no se escatimó en comida y bebida. Los mejores jamones y quesos fueron regados por vinos sanluqueños cedidos por el Duque, y no resultaron escasos, a pesar de que los invitados abarrotaron tanto la nave interior como las zonas exteriores. Glauco y Úrsula no terminaban de creérselo del todo, atendiéndolos como si fueran nobles de la más alta alcurnia. Su hijo Alonsinho, su prometida y sus suegros bretones contemplaban el interior del almacén con ojos como platos. En un momento dado, durante la fiesta, Alonso se retiró a una esquina del edificio y contempló los balcones escalonados que limitaban la segunda y tercera planta, las dos grúas de madera y metal para poder subir los sacos con más rapidez a las alturas, los ventanales que regaban el interior con una luz hermosa. Sus dedos acariciaron el mango enfundado de la daga de Sebastián. Poco a poco, se fueron cerrando en torno a él, como si notara su poder mágico recorriéndole el brazo.

—Gracias —pronunció en voz alta, sin darse cuenta.

—¿A quién le das las gracias?

Alonso giró la cabeza para encontrarse a dos pasos del duque de

Medina Sidonia, que portaba dos copas, una de ellas para él. Iba vestido de gala, engolado hasta las orejas; parecía recién escapado de un cuadro.

—A Dios —mintió Alonso, aceptando la copa—. Gracias, excelencia.

—Deja ya de agradecer —le regañó—. Todo esto es mérito tuyo. Si hubiera diez más como tú en Sanlúcar, seríamos la capital del Imperio. —Señaló con la cabeza a la multitud que parloteaba como un ejército de comadres—. Ha venido muchísima gente, ¿verdad?

—Más de la que esperaba —reconoció Alonso—. Me ha dicho Glauco que ha cerrado seis acuerdos más desde que empezó la fiesta, entre ellos uno con un comerciante venido desde Badajoz que propone comprar cantidades muy importantes.

El Duque le señaló con un dedo acusador.

—Te veo comprando más barcos.

—Por ahora me conformo con los diez que tengo —rio Alonso—. Están atracados en el puerto, con las bodegas llenas hasta la boca de sacos de azúcar. En cuanto limpiemos los restos del festejo, los traeremos aquí y empezaremos a funcionar. Ya hay carros ahí afuera, esperando a ser cargados.

—Va a ir como la seda —auguró el Duque—. No olvides que tienes que reservar un tercio de la carga para mis barricas —le recordó.

—¿Solo un tercio? Cargad todas las que queráis, excelencia. Apuesto a que en San Salvador de Bahía están todos los ricos esperándonos con las copas vacías.

Entrechocaron las suyas y dieron un sorbo al vino. Aprovechando que estaban apartados de la multitud, el Duque compartió algo con su amigo:

—¿Te acuerdas de lo que te comenté un día acerca del galeote que se hizo pasar por Sebastián? Ese tal Marco Tulio. —Alonso asintió—. Pues una panda de portugueses hijos de perra, lameculos de los ingleses, intentaron rescatarle de la bodega de la nave napolitana donde estaba confinado, en el Puerto de Santa María.

—Vaya por Dios.

—La milicia los detuvo a todos, hasta frailes hay metidos en el ajo.

Pero lo que más me ha molestado es que al final se ha atrevido a escribirle una carta a mi esposa, la Duquesa, pidiéndole clemencia, ¡como si fuera su prima de verdad!

Alonso no supo si reír sería prudente del todo, así que aguantó las ganas.

—¿Y vais a tomar cartas en el asunto, excelencia?

—Ya he enviado a un emisario a Valladolid, a la nueva Corte, poniendo a su majestad al corriente de esta conspiración. Me he ofrecido a solucionar el tema de una vez por todas. No voy a aguantar una desfachatez como esa.

Alonso se hizo el ingenuo y le formuló al Duque una pregunta cuya respuesta ya sabía:

—¿Y qué solución le daréis?

—Serán juzgados aquí. Si resultan ser culpables, los ahorcaré a todos, sin compasión. Odio a esos sebastianistas hijos de puta.

Alonso le lanzó una mirada de reojo.

—Yo también lo fui, excelencia.

—Y en cierto modo yo también. No olvides que guardé su secreto cuando me lo pidió. Pero estos sebastianistas no son como vosotros: estos traicionan a España e intentan engañar a Portugal, con sus patrañas y pantomimas. Al final, quienes están detrás de ellos son Francia e Inglaterra —hizo una pausa y volvió a sonreír—. Pero bueno, no nos amarguemos, que hoy es un gran día. Vayamos a atender a nuestros invitados. Hoy es el principio de algo grande.

Sanlúcar, 26 de septiembre de 1603

El juicio contra Marco Tulio Catizone y sus leales se celebró durante los días 23 y 24 de septiembre. Los acusados, abrumados por documentos, testimonios y pruebas en su contra, no tuvieron más

remedio que confesar. El veredicto para todos ellos fue culpable. La ejecución se fijó para el jueves, 26 de septiembre, en la Plaza Pública. Los carpinteros comenzaron a montar el cadalso el día anterior, y las gentes de Sanlúcar no hablaban de otra cosa que del ahorcamiento.

Aunque Alonso no era amigo de presenciar ejecuciones, el Duque le emplazó para acudir a esta. Tanto insistió para que asistiera que al final no tuvo más remedio que aceptar la macabra invitación. Esa mañana, antes de salir de su residencia, rogó a su familia que no pasaran por la Plaza Pública. No quería que presenciaran ese horror. Todos estuvieron de acuerdo menos Gonzalo, su hijo, que tenía ganas de ver cómo ajusticiaban a Marco Tulio.

—Ya no soy un niño, padre —argumentó, enfurruñado—. Todo el mundo va a ver estas cosas, ¿qué hay de malo en que yo lo haga?

—No hay necesidad de ver cómo cuelgan a un hombre hasta que muere, por muy culpable que sea —trató de imponerse Alonso—. No es algo agradable. Gonzalo, me darías una satisfacción si te quedaras en casa con tu madre y tu hermana.

—¿Entonces, tú por qué vas?

—Ya te lo dije anoche, el Duque ha insistido mucho y no me puedo negar.

—Claro, el Duque. —Gonzalo dio media vuelta y desapareció por las escaleras que subían a sus aposentos.

Luna se acercó a su marido y le besó en la mejilla.

—Recuerda que el Duque te ha presionado para que vayas a la ejecución, pero nadie te impedirá que mires hacia otro lado.

Él le acarició el rostro y depositó un leve beso en sus labios.

—He arrebatado muchas vidas a lo largo de la mía. Ver morir a cinco más, no importa.

Ella le dejó marchar. Alonso recorrió el corto trayecto que separaba su residencia de la Plaza Pública caminando muy despacio. La encontró abarrotada de gente. Contó un buen número de mujeres y niños, el triple de los que se agolpaban alrededor de los teatros de marionetas que a veces se instalaban en el mismo lugar que ahora ocupaba el cadalso. Enfurruñado, se abrió paso a través de la multitud, buscando al Duque con la mirada.

Le divisó al otro lado de la plaza, sentado en un estrado improvisado cerca de la escalinata que daba acceso a la cárcel. Estaba acompañado por otras personalidades de Sanlúcar, con las que charlaba de forma animada. El gentío que se aglomeraba alrededor del cadalso hacía casi imposible avanzar, algunos atraídos por el espectáculo de la muerte y otros por la curiosidad de ver al impostor y a sus secuaces. Por fin, llegó al pasaje diáfano que habían despejado los soldados para que desfilaran los reos. Un miembro de la guardia le reconoció y le dejó pasar hacia el estrado. El Duque le vio y le llamó con un gesto de la mano.

—Buenos días, excelencia.

Este puso cara de contrariedad al descubrir que no había asiento libre para Alonso.

—Si quieres, puedo ordenar que traigan otra silla.

—Os lo agradezco, excelencia, pero no hace falta, de verdad. —Señaló la cuesta que subía a la calle de Santiago, mucho menos concurrida que el resto de la plaza—. La veré desde allí.

—Como quieras —dijo el Duque, dedicándole una sonrisa y retomando la conversación que mantenía con el noble sentado a su lado.

Alonso se internó en el muro humano que cerraba el paso a la callejuela. La pendiente que formaba ofrecía una vista privilegiada del cadalso, cosa que no le agradó demasiado. Deseando que aquello terminara pronto, se apoyó en la pared y bajó la vista al suelo.

No tuvo que esperar mucho. El verdugo subió al patíbulo, donde habían dispuesto cinco sogas con sendos bancos de madera donde se subirían los condenados. El aire se inundó con una fragancia de incienso, y un fraile acompañado de dos monaguillos precedió al desfile de reos, cada uno de ellos escoltado por dos soldados. Iban con la cara descubierta, en silencio, aunque desde donde estaba Alonso no fue capaz de ver sus rostros. Mejor para él. Muy despacio, todos subieron las escaleras de madera, que crujieron como las cuadernas de un barco a punto de hundirse. El público guardó un silencio sepulcral, lo que imprimía a la escena una atmósfera aún más tétrica.

Sonaron tambores, y un alguacil leyó los cargos en voz alta. Alonso, algo apartado de las filas de espectadores, miró hacia otro lado cuando terminó la lectura y los reos fueron obligados a subirse en las banquetas.

Entonces, su mirada se encontró con alguien que estaba de pie, al final de la calle.

Se trataba de un desconocido que presenciaba la ejecución desde lejos, sin quitar ojo al cadalso. Su atuendo era peculiar, una mezcla de hábito de peregrino y chaleco de cuero de aventurero. Varios correajes cruzaban su pecho y una espada de aspecto magnífico colgaba del lado izquierdo de su cinturón. Justo cuando sus miradas se cruzaron, un crujido de madera seguido por una exclamación, mezcla de celebración y miedo, anunció que la sentencia acababa de cumplirse.

Alonso clavó los ojos en él, y este le sostuvo la mirada durante un instante eterno, para luego darse la vuelta y caminar calle arriba. A pesar de ir armado y tener un aspecto inquietante, no le dio miedo. Dejándose llevar por un impulso, fue tras él. Agradeció a Dios no andar liado con la gota en ese momento, ya que eso le habría impedido andar rápido.

Llegó a su altura y le agarró de la manga. El desconocido no mostró sorpresa, como si de algún modo esperase ser abordado. Muy despacio, se dio la vuelta hasta que quedaron cara a cara. Cuando Alonso vio su rostro, tan solo pudo balbucear:

—¿Vos…?

El misterioso personaje le sorprendió con otra pregunta:

—Eres Alonso Teixeira, ¿verdad?

Ni siquiera pudo articular palabra. Las piernas le temblaban, el corazón se le desbocó y el rubor brotó en sus mejillas. Incapaz de hablar, hincó una rodilla en el empedrado de la callejuela, pero el hombre que tenía frente a él le incorporó de un fuerte tirón.

—Ni se te ocurra volver a hacer eso.

—Pero vos sois…

El encapuchado le interrumpió, componiendo una breve sonrisa que transmitió a su barba canosa, que un día fuera rubia. Alonso se fijó en que sus incisivos tenían un color diferente al del resto de la dentadura. Sin duda, una prótesis de marfil o hueso.

—Lo fui. Lo fui hace mucho tiempo, pero ya no.

—¿Qué hacéis aquí? ¿El Duque sabe que estáis en Sanlúcar?

—El Duque no sabe nada, ni debe saberlo —le ordenó, señalándole con un índice implacable—. He venido para comprobar el destino final de ese desgraciado que un día fue mi amigo.

—¿Marco Tulio?

Asintió.

—No respetó mi deseo de dejarme ser quien quiero ser, y en vista de que no pudo convencerme para que me descubriera, adoptó mi personalidad. Un traidor egoísta y ambicioso que ha acabado en la horca, como muchos otros. —Suspiró—. Veinticinco años muerto, y no me dejan descansar en paz.

Alonso recobró la calma y empezó a encajar la información que acababa de recibir con toda la que había reunido durante más de dos décadas, tanto la auténtica como la engañosa. Todos los años que había pasado con Tristán de Souza y los demás sebastianistas puros buscando a Sebastián le parecieron un sueño que nunca había llegado a materializarse, y ahora que su objetivo estaba frente a él, quería seguir siendo el Encubierto.

—Pero vuestro pueblo os necesita —espetó Alonso, dando un paso atrás—. Muchos amigos míos se han dejado la vida en vuestra búsqueda, majestad. Yo… yo podría hablar con el duque de Medina Sidonia y dar fe de que sois en verdad don Sebastián de Avis. Si hace falta, lo gritaré delante de Felipe III, del Papa de Roma y de quien me lo pregunte.

—No quiero recuperar el trono, Alonso —dijo Sebastián, con calma—. Llevé a mi pueblo al desastre una vez, y si aparezco ahora será aún peor.

—¡Pero vuestro pueblo os ama!

Sebastián negó con la cabeza.

—Mi pueblo ama mi leyenda, que vale mucho más que yo.

Alonso no supo qué decir, como cuando en Berbería escuchó de esos mismos labios una frase que afirmaba que la libertad se ganaba con la muerte y no se compraba con dinero. El Rey puso su mano sobre el hombro de Alonso.

—Me alegra saber que te ha ido bien, y te agradezco todos los años de tu vida que desperdiciaste buscándome. Eres mi mejor súbdito, y

contarás con mi agradecimiento y admiración hasta que muera.

Dicho esto se dio la vuelta y empezó a subir la cuesta que llevaba a la calle de Santiago. Alonso le detuvo con un grito:

—¿Y adónde iréis ahora?

Sebastián giró la cabeza.

—A donde me lleve la aventura —respondió, con media sonrisa—. Siempre la busqué, desde niño. En cierto modo, Alcazarquivir también lo fue, aunque tuvo un mal final —hizo una pausa y su sonrisa se volvió provocadora—. ¿Te gustaría acompañarme?

—No —contestó Alonso sin un atisbo de duda en la voz; en esos momentos, Luna, sus hijos, su madre, Tomás… en definitiva, su familia era más importante que el Rey—, pero quiero daros algo.

Sacó la daga de la funda de piel de cabra de Abdelouahed y la despojó de la envoltura de cuero que le había hecho Luna. Tanto la empuñadura enjoyada como la hoja de acero brillaron al sol de la mañana.

—Quiero que tengáis esto. Os pertenece.

Alonso se la tendió cogida por la hoja. Él la reconoció y la tomó entre sus dedos. La admiró durante unos instantes y echó su túnica a un lado. Colgada de un correaje, había una funda de puñal vacía. Sebastián deslizó el arma en su interior. Encajaba a la perfección: era la funda original de la daga de Carlos I.

—Existe una leyenda en vuestra familia que afirma que esta daga es un talismán de buena suerte —le recordó Alonso—. Doy fe de que la leyenda es cierta. Cuidadla como yo lo he hecho durante estos veinticinco años —sonrió—. La necesitaréis más que yo.

Sebastián de Avis ejecutó una reverencia ante Alonso, que se quedó muy quieto, sin saber cómo reaccionar. Sin pronunci palabra, el Encubierto dio media vuelta y siguió por la cuesta de Santiago. Alonso sintió el impulso de echar a correr tras él, pero supo en ese momento que su búsqueda había concluido no tal y como los sebastianistas querían, sino como lo deseaba el propio Sebastián.

Desapareció. Alonso dejó la vista perdida en la cuesta desierta durante un rato que no pudo precisar, hasta que una voz a sus espaldas llamó su atención:

—¡Padre! ¿Te pasa algo? Gonzalo llegó a su altura.

—¿Qué mirabas? —le preguntó a su padre—. Ni que hubieras visto a un fantasma…

—Algo parecido —rio—. Al final te escapaste para ver la ejecución, ¿no?

—No. Vine para estar contigo. Me figuré que lo estarías pasando mal.

Alonso dio un cariñoso pescozón a su hijo, y este se echó a reír también.

—¿Qué diablos te pasa? Te veo de un humor formidable.

Su padre no respondió a esa pregunta.

—Vamos a casa —decidió—. Los negocios en Sanlúcar van a ir viento en popa, estoy seguro, y tendremos que comprar más terrenos para expandir nuestras plantaciones.

—¿Cuando hablas de volver a casa, te refieres a San Salvador de Bahía?

—Sí. Tu abuela debe estar de Tomás hasta la coronilla. Tal vez lo haya tirado a la ciénaga…

—Ah, entonces tendremos que partir pronto. Me quedan muchos tirones de barba que darle. —Gonzalo reparó entonces en que su padre llevaba el envoltorio de cuero de la empuñadura de la daga en la mano, y que la funda de piel estaba vacía—. Padre, ¿y tu daga?

—Donde debe estar —fue su respuesta.

—No te entiendo… ¿Se la has regalado al Duque?

—Te responderé a esa pregunta cuando estemos de vuelta en San Salvador, no antes.

—No sé si aguantaré tanto tiempo —protestó.

—Lo harás.

Y Alonso y su hijo regresaron a casa.

EPÍLOGO

LA PUERTA DEL BURDEL SE abrió para dejar salir a un hombre ebrio, tocado con una capa y un sombrero de ala ancha. Recibió el aire de la noche con una mueca de desagrado y un escupitajo denso que patinó sobre el empedrado húmedo. Caía una lluvia poco densa, casi agradable, que acababa empapando a los incautos que se tomaban demasiadas confianzas con ella.

Aparte del aguardiente, la edad también influía en el caminar vacilante del hombre que ahora descendía las pronunciadas pendientes que llevaban a la costa. Abajo, a lo lejos, se distinguían las luces siempre encendidas del astillero y la ballenera; más allá, el sonido de un mar poderoso y negro como el cielo que reflejaba.

Tardó un rato en bajar la cuesta y los tramos de escaleras que le separaban del nivel del mar. Su residencia, una casa construida de piedra con un porche desde donde se podía ver la playa, estaba flanqueada por edificios de dos pisos muy parecidos al suyo. Llevaba años allí, y ni siquiera sabía quiénes eran sus vecinos. Su carácter huraño le ponía difícil el hacer amigos, por lo que tenía que pagar la compañía de prostitutas o invitar a rondas a borrachos en el figón para poder hablar con alguien. Tampoco le importaba demasiado. Mejor tener amigos de usar y tirar que interesarse por alguien que no fuera él mismo.

Giró la llave dos veces con su mano izquierda; la derecha hacía tiempo que le valía para poco. Antes de entrar, como cada vez que regresaba de noche, encendió un farolillo que le ayudaría a prender los demás candelabros. Se hizo la luz y cerró la puerta.

Notó que dentro de la casa hacía más frío de lo habitual. Encendió un par de cirios y una lámpara de aceite antes de caer en la cuenta de que una de las ventanas del piso superior estaba abierta; o se había olvidado de cerrarla o la había dejado mal encajada. No sería la primera vez que el viento le hacía una jugarreta.

Dejó la capa y el sombrero sobre la mesa que usaba para comer. Esgrimiendo el farolillo delante de él, subió las escaleras de piedra y madera que llevaban a sus aposentos. Llegó al rellano y descubrió la ventana del fondo abierta de par en par. Soltando una imprecación, depositó la lámpara en el suelo y fue a cerrar la ventana. Se sobresaltó al descubrir que la madera estaba rota hacia dentro, pero más se

sobresaltó al oír una voz que le saludaba a sus espaldas:

—Buenas noches, Urko. Me alegro de verte.

Urko se dio la vuelta con el corazón tan al galope que pensó que le iba a dar un pasmo. El intruso, casi con toda seguridad, habría estado esperándole en su alcoba.

—¿Quién eres? —inquirió el asesino—. ¿Te conozco?

—Fue hace mucho tiempo —contestó la voz en la oscuridad. Su tono era tan tranquilo que a Urko se le erizó el vello de la nuca. Si la Parca hablara y fuera hombre, tendría la misma voz—, en Lisboa, aunque esa no fue la última vez que nos vimos.

Urko no respondió. Se agachó muy despacio y recogió el farol del suelo. Avanzó por el rellano hasta que la figura del propietario de la voz comenzó a dibujarse entre las sombras. Se trataba de un hombre de unos treinta y cinco años, de rostro serio. Iba armado con una espada cuya hoja apuntaba al suelo. Se le veía tan calmado como su voz.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó, mirándole a los ojos con fijeza; en las pupilas del joven, la luz anaranjada ejecutaba una danza macabra que no auguraba nada bueno—. ¿Te han enviado a matarme?

—Nadie me envía. Estoy aquí porque quiero divertirme contigo lo mismo que una noche tú te divertiste conmigo.

Urko torció el gesto. El rumbo que acababa de tomar la conversación le preocupó más que el hecho de tener delante a una espada a sueldo.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Me llamo Miguel Correia, he venido a matarte.

Urko le dedicó una mueca de desprecio.

—¿A un viejo tullido y desarmado? —le espetó. Miguel soltó un resoplido de hastío.

—Y eso lo dice un asesino capaz de ensañarse con mujeres y niños…

Miguel se puso a su lado en dos zancadas y le golpeó en la cabeza con el pomo de la espada. El asesino ni siquiera le vio venir. Un hilo de sangre corrió por su frente, pero no cayó. El segundo golpe le hizo escupir dos dientes. El tercero, a un lado del cráneo, le hizo perder el

conocimiento.

No supo cuánto tiempo estuvo inconsciente. Al abrir los ojos, sintió frío. No solo fue por el jarro de agua helada que Miguel le había echado en la cara; también porque estaba desnudo como vino al mundo. Boca abajo, en su propia cama, todos sus esfuerzos por levantarse fueron inútiles. Miguel, aparte de haber encendido todas las lámparas de la estancia, se había tomado la molestia de amarrarle de pies y manos. Urko quiso gritar, pero la mordaza en su boca se lo impidió.

Miguel se agachó junto a la cama, donde Urko pudiera verle. El joven llevaba la espada del asesino en la mano. La había encontrado colgada de un perchero, oxidada tras años de exposición al ambiente húmedo y salino de la playa. Clavó su vista en los ojos espantados de Urko y acarició su cabello cano y grasiento.

—Ahora nos vamos a divertir tú y yo…

Y le dio un beso en la frente.

Fue el último gesto de cariño de los pocos que Urko Aguirre recibió en su vida. Tardó una eternidad en morir.

Cuando encontraron su cadáver, varios días después, su rostro estaba irreconocible, tenía cortes por todo el cuerpo y varios huesos rotos. Lo más desagradable de todo fue lo de su espada. La punta ensangrentada asomaba a través de la mordaza que sellaba su boca.

El magistrado que levantó el cadáver necesitó la ayuda de dos alguaciles para extraer la empuñadura de su recto. Lo que nunca imaginaron es que Urko Aguirre seguía vivo cuando Miguel acabó encajándosela en él a patadas.

Las autoridades conocían su pasado y no se preocuparon demasiado en investigar quién había sido el artífice de aquella tortura tan atroz. Nadie lloró su muerte. Le enterraron en una esquina del cementerio de Zarauz, en una tumba que nadie visitó jamás.

Miguel Correia cabalgó hacia el suroeste, sin remordimientos, con la conciencia tranquila. Después de años buscando a Urko, decidió regresar a Portugal. No sabía qué haría, ni a qué se dedicaría a partir de entonces. Tal vez viajara al Algarve a buscar a Amalia Pereira, a la que tanto debía. A ella le encantaría saber que Urko Aguirre, por fin, estaba muerto.

De una cosa sí estaba seguro Miguel; lo notaba en los músculos de su rostro y en su alma.

A partir de esa noche, sería capaz de sonreír.

Ceuta, 11 de enero de 2014

AGRADECIMIENTOS

QUIERO EXPRESAR MI AGRADECIMIENTO A todas las personas que me han ayudado durante el proceso de escritura de este libro. Espero que no se me escape ninguno.

Al páter D. Miguel Ángel García Arteaga, vicesecretario del Arzobispado Castrense, por su amabilidad al recibirme en la antigua Nunciatura Papal, en Madrid. Al final, casi toda esa parte de la trama se esfumó —así son las novelas, tienen vida propia—, pero estoy encantado de mencionarle aquí porque me pareció una gran persona.

Al personal del Monasterio del Escorial, por permitirme hacer fotografías donde estaba prohibido, ante la indignación de medio Imperio del Sol Naciente. Me hacía mucha gracia cómo se empeñaban en que fotografiara cuadros, bustos, y demás obras de arte cuando lo que me interesaba eran escaleras, vanos de ventana, suelos, techos y demás elementos de ambientación. Ya se sabe: los escritores estamos muy locos…

Al museo del Muelle de las Carabelas, en Palos de la Frontera, Huelva. Allí hay réplicas —que podemos visitar— de la Pinta, la Niña y la Santa María. La Cruz do Sul, la carabela del duque de Alandroal, nació allí en mi imaginación. A bordo de uno de esos barcos, uno entiende el auténtico mérito de los navegantes de aquellos tiempos.

A Rocío Garrido Neva, secretaria del Archivo de Medina Sidonia, en Sanlúcar de Barrameda. Tanto ella como el resto del personal sanluqueño dispensaron un trato maravilloso a este ceutí preguntón.

La Coca-Cola que nos tomamos en el jardín del palacio me inspiró una escena entre el protagonista y el duque de Medina Sidonia. Pasear por las calles de Sanlúcar, disfrutar de su gastronomía, paisajes y vino es una bendición. Prometo volver.

A Carmen Jurado, del Castillo de Santiago, Sanlúcar. Me lo pasé como un enano recorriendo el interior de sus muros. Otra maravilla que no hay que dejar de visitar. Contemplar el mar desde el mismo lugar en que lo contempló por primera vez Isabel la Católica no tiene precio.

A Gabriel Fernández Ahumada, de la Sección de Patrimonio de Ceuta, por toda la documentación que aportó a José Miguel Recio cuando esta novela aún se estaba gestando.

A José Luis Gómez Barceló, Cronista Oficial de Ceuta. Este hombre es una especie de ordenador de ultimísima generación: cada vez que le he pedido un dato, me lo ha facilitado en menos de veinte minutos y con una precisión quirúrgica. Eres un fenómeno.

Y me quedan algunos agradecimientos especiales.

El primero es para José Miguel Recio, el origen primigenio de esta novela: me diste los personajes, el escenario, la información histórica y permitiste que tu idea original se transformara en esta aventura. Ya sabes que este libro es de los dos, como quedamos aquel día de 2011 en el que entrechocamos las copas. Es nuestro libro.

El segundo es para María, mi hija, que soporta con alegría esta nueva vida de escritor que llevo desde finales de 2012. ¡Shhh! ¡María, no hagas ruido, que estoy escribiendo! (Me ahorro el chorreo que me suelta después, que no es educativo).

El tercero es para mi colega, la gran escritora Mercedes de Miguel. Ella fue quien me dio el empujoncito que necesitaba para salir al ruedo presentándome a su agente, quien logró un acuerdo de publicación para El secreto de Boca Verde después de muchos rechazos. Merche también ha ido leyendo este libro capítulo a capítulo, hasta que metí el turbo a tres cuartas partes de su final.

El cuarto es para quien más se lo ha currado con este libro y con todo lo demás que escribo: mi gran amiga y compañera de fatigas Marta Junquera. Me ha acompañado al Escorial de fotógrafa (con su «Canon-Troncho», como dice nuestra colega Gusa Pira. Yo, como fotógrafo, soy un desastre); ha estado siempre a mi lado en todas las presentaciones peninsulares, muchas veces llevándome en su propio coche; no solo ha sido lectora cero de esta novela capítulo a capítulo,

sino que la ha corregido y pulido de arriba abajo con látigo de nueve colas —nuestras peleas por Skype, a cuenta de comas y tiempos verbales, dan miedo a veces—, cosa que todo escritor debe agradecer. Aparte de ser una escritora que está dando y dará mucho de qué hablar, Marta Junquera es mi control de calidad.

El quinto es para todas esas personas, tanto escritores como lectores, que he conocido durante estos últimos años, tanto en redes sociales como en persona. No voy a mencionar a nadie porque me dejaría nombres en el tintero, pero vosotros sabéis quiénes sois: a muchos ya os considero amigos. Gracias por haberos portado tan bien siempre conmigo y por ser tan divertidos cuando nos encontramos por esos festivales, presentaciones y demás eventos en los que coincidimos.

Y a ti, que lees estas líneas, aunque no nos conozcamos,

¡GRACIAS!

Alberto Caliani

Table of Contents